«Consideramos que *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, es un clásico imperecedero. Dentro de dos siglos, lo mismo pensarán de *Por qué fracasan los países*.»

George Akerlof, premio Nobel de Economía (2001)



LOS ORÍGENES DEL PODER, LA PROSPERIDAD Y LA POBREZA

POR QUÉ FRACASAN LOS PAÍSES

DARON ACEMOGLU

JAMES A. ROBINSON

DEUSTO

eco no punto com mía

Índice



ELOGIOS PARA *Por qué fracasan los países*

«Acemoglu y Robinson han contribuido a dilucidar por qué algunos países, en apariencia similares, difieren tanto en su desarrollo económico y político. A través de múltiples ejemplos históricos muestran de qué forma el desarrollo de las instituciones, en ocasiones debido a circunstancias accidentales, ha tenido consecuencias enormes. De acuerdo con su análisis, una sociedad abierta, dispuesta a favorecer el concepto de Schumpeter de "destrucción creativa" y que cuente con un auténtico Estado de derecho son factores clave para el desarrollo económico.»

KENNETH J. ARROW, premio Nobel de Economía, 1972

«Los autores muestran de forma convincente que los países escapan a la pobreza solamente cuando tienen instituciones económicas apropiadas, especialmente en lo referente a competencia y propiedad privada. Además, defienden una idea muy original: existe una mayor probabilidad de que los países desarrollen las instituciones adecuadas cuando tienen un sistema político plural y abierto, con competencia entre los candidatos a ocupar cargos políticos y un amplio electorado con capacidad de apostar por nuevos líderes políticos. Esta conexión íntima entre las instituciones políticas y económicas es el núcleo principal de su análisis, y ha dado como resultado un estudio de gran vitalidad sobre una de las cuestiones cruciales en la economía y la economía política.»

GARY S. BECKER, premio Nobel de Economía, 1992

«En este libro, repleto de ejemplos históricos reveladores, se defiende que unas instituciones políticas con voluntad integradora que apoyan a instituciones económicas con carácter inclusivo resultan clave para una prosperidad sostenida. Los autores demuestran cómo el impulso de ciertos regímenes nuevos da lugar a una espiral virtuosa, del mismo modo que los regímenes nefastos caen en una espiral viciosa. En pocas palabras: es un análisis tan importante como imprescindible.»

PETER DIAMOND, premio Nobel de Economía, 2010

«Para quienes piensan que el destino económico de un país está predeterminado por la situación geográfica o el legado cultural, Daron Acemoglu y Jim Robinson tienen malas noticias. Son las instituciones artificiales, y no la naturaleza del terreno ni la fe de nuestros antepasados, lo que determina que un país sea rico o pobre. Con una síntesis brillante del trabajo de teóricos de todos los tiempos, desde Adam Smith a Douglass North, además de una investigación empírica de la actualidad más reciente por parte de historiadores económicos, Acemoglu y Robinson han escrito un libro convincente e interesante a partes iguales.»

NIALL FERGUSON, autor de *El triunfo del dinero*

«Acemoglu y Robinson, dos de los máximos expertos mundiales en desarrollo, revelan que ni la situación geográfica, ni las enfermedades, ni la cultura explican por qué algunos países son ricos y otros pobres. La riqueza o la pobreza depende de las instituciones y la política. Esta obra aporta una visión esclarecedora tanto para los especialistas como para el público en general.»

FRANCIS FUKUYAMA, autor de *El fin de la historia y el último hombre* y *The Origins of Political Order*

«Un libro fenomenal y edificante, pero también un toque de atención que resulta profundamente turbador. Acemoglu y Robinson elaboran una teoría convincente de prácticamente todo lo relacionado con el desarrollo económico. Los países mejoran cuando ponen en marcha instituciones políticas adecuadas que favorecen el crecimiento, pero que fracasan (a menudo, estrepitosamente) cuando dichas instituciones se anquilosan o no logran adaptarse a los tiempos cambiantes. En todo momento y lugar, las personas poderosas siempre procuran hacerse con el control total del gobierno, menoscabando el progreso social en favor de su propia codicia. Ejerza un férreo control sobre estas personas mediante una democracia efectiva o vea cómo fracasa su país.»

SIMON JOHNSON, coautor de *13 Bankers y profesor en la MIT Sloan*

«Dos de los mejores y más eruditos economistas analizan una cuestión clave en nuestros días: ¿por qué algunos países son pobres y otros ricos? Éste es probablemente el estudio más revelador escrito hasta la fecha en torno a la importancia de las instituciones; un estudio, por cierto, elaborado con un profundo conocimiento de la economía y la historia política. Se trata de una obra provocativa e instructiva, y, a la vez, totalmente fascinante.»

JOEL MOKYR, profesor de artes y ciencias del departamento de Económicas e Historia de la Universidad de Northwestern

«En esta obra, de lectura gratamente amena y que aborda cuatrocientos años de historia, dos gigantes de las ciencias sociales

contemporáneas nos transmiten un mensaje esperanzador y de suma importancia: la riqueza del mundo radica en la libertad. ¡Que tiemblen los tiranos del mundo!»

IAN MORRIS, Universidad de Stanford, autor de *Why the West Rules-for Now*

«Imagine que se ha sentado para escuchar a Jared Diamond, Joseph Schumpeter y James Madison reflexionar sobre cientos de años de historia política y económica. Imagine que entrelazan sus ideas en un marco teórico coherente que apuesta por limitar la explotación de personas y recursos, promover la destrucción creativa y crear instituciones políticas sólidas que compartan el poder, y empezará a ver lo que aporta este libro brillante y cautivador.»

SCOTT E. PAGE, Universidad de Michigan e Instituto de Santa Fe

«En este libro de vasto alcance, Acemoglu y Robinson se plantean una pregunta sencilla pero vital: ¿por qué algunos países se enriquecen y otros continúan siendo pobres? Su respuesta también es simple: porque algunos desarrollan instituciones políticas más inclusivas. Lo más destacable del libro es la concisión y claridad de su escritura, la elegancia del argumento y la admirable riqueza de los datos históricos que aporta. Este libro es de lectura obligada en un momento en el que los gobiernos de todo el mundo occidental deben alcanzar la voluntad política de abordar una crisis de deuda de proporciones extraordinarias.»

STEVEN PINCUS, profesor de historia y estudios internacionales
y regionales Bradford Durfee, Universidad de Yale

«Es la política, ¡tontos! Así explican Acemoglu y Robinson, de forma sencilla pero convincente, la razón por la que tantos países no consiguen desarrollarse. Desde el absolutismo de los Estuardo al período prebélico del Sur, de Sierra Leona a Colombia, este trabajo magistral muestra cómo las élites poderosas manipulan las reglas para beneficiarse en detrimento de la mayoría. Trazando un camino cuidadoso entre los pesimistas y los optimistas, los autores demuestran que la historia y la geografía no tienen por qué marcar el destino de ningún país. Sin embargo, también documentan de qué forma las ideas y las políticas económicas inteligentes a menudo logran pocos resultados cuando no existe un cambio político fundamental.»

DANI RODRIK, Escuela de Gobierno Kennedy, Universidad de Harvard

«Este libro no es sólo fascinante e interesante, sino también imprescindible. La innovadora investigación que han realizado, y continúan realizando, los profesores Acemoglu y Robinson sobre cómo las fuerzas económicas, la política y los programas políticos han evolucionado juntos y juntos se equilibran entre sí, y cómo las instituciones tienen un gran peso en dicha evolución, es esencial para comprender los éxitos y los fracasos de las sociedades y los países. Por lo demás, estas ideas incisivas se muestran de la forma más accesible que cabe imaginar. Quienes empiecen a leer este libro no podrán soltarlo hasta llegar a la última página.»

MICHAEL SPENCE, premio Nobel de Economía, 2001

«Este libro, fascinante y ameno, se centra en la evolución conjunta de las instituciones políticas y económicas, así como en sus dirigentes buenos y malos. El ensayo ofrece un delicado equilibrio entre la lógica del comportamiento político y económico y los cambios de rumbo provocados por los acontecimientos históricos en momentos críticos como los que vivimos. Acemoglu y Robinson proporcionan un amplio abanico de ejemplos históricos para demostrar cómo el cambio puede tender a instituciones favorables, innovación progresiva y éxito económico, o, igualmente, hacia instituciones represivas que desembocan en la decadencia o el estancamiento. Los autores logran generar entusiasmo y reflexión al mismo tiempo.»

ROBERT SOLOW, premio Nobel de Economía, 1987

«Hace tiempo, un filósofo escocés poco conocido escribió un libro sobre qué hace que los países tengan éxito y qué hace que fracasen. *La riqueza de las naciones* todavía se lee hoy en día. Con la misma perspicacia y la misma perspectiva histórica amplia, Daron Acemoglu y James Robinson han vuelto a abordar esta misma cuestión para nuestra época. Dentro de dos siglos, nuestros tataranietos también leerán *Por qué fracasan los países*.»

GEORGE AKERLOF, premio Nobel de economía, 2001

«Hay tres razones para que te guste este libro. Trata de las diferencias de renta nacionales del mundo moderno, quizá el mayor problema al que nos enfrentamos hoy día. El libro está salpicado de historias fascinantes que te convertirán en un orador espléndido en cualquier fiesta, como por qué Botsuana es un país próspero y Sierra Leona, no. Y es un libro fantástico. Como yo, quizá sucumbas y lo leas de un tirón, y después, vuelvas a releerlo sin parar.»

JARED DIAMOND, ganador del premio Pulitzer,

autor de bestsellers como *Armas, gérmenes y acero* y *Colapso*

«*Por qué fracasan los países* es tan bueno en tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Explica largos periodos de la historia humana. Se mueve con la misma soltura por Asia, África y el continente americano. Es justo con la izquierda y la derecha y con todos los matices intermedios. No golpea injustamente ni insulta para llamar la atención. Arroja luz sobre el pasado mientras nos ofrece una forma nueva de reflexionar sobre los momentos que vivimos. Es uno de los escasos libros de economía que convence al lector de que los autores desean lo mejor para toda la gente corriente. Dará a los expertos años de argumentación y a los lectores años de conversación de sobremesa del tipo "sabías que…". Además, está salpicado de ocurrencias divertidas, lo que siempre se agradece. Es un libro excelente y debería comprarse de inmediato para animar a los autores a seguir trabajando.»

CHARLES C. MANN, autor de *1491* y *1493*

Para Arda y Asu
D. A.

Para María Angélica, mi vida y mi alma
J. R.

Prefacio

Este libro trata de las enormes diferencias en ingresos y nivel de vida que separan a los países ricos del mundo, como Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, de los pobres, como los del África subsahariana, América Central y el sur de Asia.

Mientras escribimos este prefacio, el Norte de África y Oriente Próximo han sido sacudidos por la Primavera Árabe originada por la denominada revolución de los Jazmines, que comenzó debido a la indignación pública provocada por la autoinmolación de un vendedor ambulante, Mohamed Bouazizi, el 17 de diciembre de 2010. El 14 de enero de 2011, el presidente Zine el Abidine Ben Ali, que gobernaba Túnez desde 1987, dimitió, pero, lejos de disminuir, el fervor revolucionario contra el dominio de las élites privilegiadas tunecinas se hacía cada vez más fuerte y ya se había extendido al resto de Oriente Próximo. Hosni Mubarak, que había gobernado Egipto con un férreo control durante casi treinta años, fue derrocado el 11 de febrero de 2011. El destino de los regímenes de Baréin, Libia, Siria y Yemen se desconoce en el momento de acabar este prefacio.

Las raíces del descontento de estos países se encuentran en su pobreza. El egipcio medio tiene un nivel de ingresos de alrededor del 12 por ciento del ciudadano medio de Estados Unidos y su esperanza de vida es diez años menor. Además, el 20 por ciento de la población vive en una pobreza extrema. A pesar de que estas diferencias sean significativas, en realidad, son bastante pequeñas en comparación con las que existen entre Estados Unidos y los países más pobres del mundo, como Corea del Norte, Sierra Leona y Zimbabue, donde más de la mitad de la población vive en la pobreza.

¿Por qué Egipto es mucho más pobre que Estados Unidos? ¿Qué limitaciones existen para que los egipcios lleguen a ser más prósperos? ¿La pobreza de Egipto es inmutable o puede ser erradicada? Una forma natural de empezar a pensar en ello es ver qué dicen los propios egipcios sobre los problemas a los que se enfrentan y por qué se alzaron contra el régimen de Mubarak. Noha Hamed, de veinticuatro años, trabajadora de una agencia de publicidad de El Cairo, dejó clara su opinión mientras se manifestaba en la plaza de Tahrir: «Sufrimos debido a la corrupción, la opresión y la educación deficiente. Vivimos en un sistema corrupto que debe cambiar». Otra persona de la plaza, Mosaab el Shami, de veinte años, estudiante de Farmacia, estaba de acuerdo con ella: «Espero que, para finales de este año, tengamos un gobierno electo, que se apliquen las libertades universales y que pongamos fin a la corrupción que se ha apoderado de este país». Los manifestantes de la plaza de Tahrir hablaron con una sola voz sobre la corrupción del gobierno, su incapacidad para ofrecer servicios públicos y la falta de igualdad de oportunidades de su país. Se quejaban sobre todo de la represión y la falta de derechos políticos. Tal y como Mohamed el Baradei, ex director del Organismo Internacional de Energía Atómica, escribió en Twitter el 13 de enero de 2011: «Túnez: represión + ausencia de justicia social + negación de canales para el cambio pacífico = bomba de relojería». Tanto los egipcios como los tunecinos vieron que sus problemas económicos se debían fundamentalmente a su falta de derechos políticos. Cuando los manifestantes empezaron a formular sus demandas de una forma más sistemática, se hizo evidente que las primeras doce demandas inmediatas planteadas por Wael Jalil, el ingeniero de *software* y *blogger* que emergió como uno de los líderes del movimiento de protesta egipcio, se centraban en el cambio político. Cuestiones como el aumento del sueldo mínimo aparecían solamente entre las demandas transitorias que se implantarían posteriormente.

Para los egipcios, las cosas que los han retrasado incluyen un Estado ineficaz y corrupto y una sociedad en la que no pueden utilizar su talento, su ambición, su ingenio ni la formación académica que puedan conseguir. Sin embargo, también reconocen que las raíces de estos problemas son

políticas. Todos los impedimentos económicos a los que se enfrentan proceden de cómo se ejerce el poder político en Egipto y del monopolio de dicho poder por parte de una élite reducida. Y creen que éste es el primer elemento que debe cambiar.

No obstante, por creer esto, los manifestantes de la plaza de Tahrir se han desmarcado notablemente de la sabiduría convencional sobre el tema. La mayoría de los teóricos y comentaristas que analizan por qué un país como Egipto es pobre lo atribuyen a factores completamente distintos. Algunos subrayan que la pobreza del país viene determinada principalmente por su situación geográfica, por el hecho de que es casi todo desierto, carece de una pluviosidad adecuada y su suelo y su clima no permiten que exista una agricultura productiva. Sin embargo, otros apuntan a los atributos culturales de los egipcios, que supuestamente son hostiles a la prosperidad y al desarrollo económico. Defienden la idea de que los egipcios carecen del tipo de rasgos culturales y de ética del trabajo que han permitido que otros pueblos prosperen y que han aceptado creencias islámicas que no concuerdan con el éxito económico. Un tercer enfoque, el dominante entre los economistas y expertos políticos, se basa en la idea de que los gobernantes de Egipto sencillamente no saben qué es necesario para que su país prospere y han seguido políticas y estrategias incorrectas en el pasado. Creen que, si estos gobernantes consiguieran el asesoramiento apropiado de los asesores adecuados, se lograría la prosperidad. De acuerdo con estos académicos y expertos, el hecho de que Egipto haya sido gobernado por reducidas élites que buscan su beneficio personal a costa de la sociedad parece irrelevante a la hora de comprender los problemas económicos del país.

En este libro, defenderemos que los que están en lo cierto son los egipcios de la plaza de Tahrir, y no la mayoría de los teóricos y comentaristas. De hecho, Egipto es pobre precisamente porque ha sido gobernado por una reducida élite que ha organizado la sociedad en beneficio propio a costa de la mayor parte de la población. El poder político se ha concentrado en pocas manos y se ha utilizado para crear una gran riqueza para quienes lo ostentan, como la fortuna valorada, según parece, en setenta mil millones de dólares acumulada por el ex presidente Mubarak. Los perdedores han sido los egipcios, como ellos mismos saben de sobra.

Mostraremos que esta interpretación de la pobreza egipcia, la interpretación del pueblo, aparece para dar una explicación general de por qué los países pobres son pobres. Mostraremos que países como Corea del Norte, Sierra Leona o Zimbabue son pobres por la misma razón que lo es Egipto. Otros, como Gran Bretaña y Estados Unidos, se hicieron ricos porque sus ciudadanos derrocaron a las élites que controlaban el poder y crearon una sociedad en la que los derechos políticos estaban mucho más repartidos, en la que el gobierno debía rendir cuentas y responder a los ciudadanos y en la que la gran mayoría de la población podía aprovechar las oportunidades económicas. Mostraremos que, para comprender por qué existe esta desigualdad en el mundo actual, tenemos que hurgar en el pasado y estudiar las dinámicas históricas de las sociedades. Veremos que la razón de que Gran Bretaña sea más rica que Egipto es que, en 1688, se produjo una revolución en Gran Bretaña (o Inglaterra, para ser exactos) que transformó la política y, por tanto, también la economía del país. El pueblo luchó por alcanzar más derechos políticos, los ganó y los utilizó para ampliar sus oportunidades económicas. El resultado fue una trayectoria política y económica fundamentalmente distinta que culminó en la revolución industrial.

La revolución industrial y las tecnologías que impulsó no llegaron a Egipto, ya que este país estaba bajo el control del Imperio otomano, que trataba a Egipto de una forma parecida a como lo trataría posteriormente la familia Mubarak. El dominio otomano en Egipto fue derrocado por Napoleón Bonaparte en 1798, pero después el país cayó en manos del colonialismo británico, que tenía tan poco interés como los otomanos en promover la prosperidad egipcia. A pesar de que los egipcios se

deshicieron de los imperios otomano y británico y de que, en 1952, derrocaron a su monarquía, no fueron revoluciones como la de 1688 en Inglaterra. En lugar de transformar fundamentalmente la política de Egipto, condujeron al poder a otra élite tan poco interesada como los otomanos y los británicos en lograr la prosperidad para los egipcios de a pie. En consecuencia, la estructura básica de la sociedad no cambió y Egipto continuó siendo pobre.

En este libro, estudiaremos cómo se reproducen estos patrones con el tiempo y por qué a veces se alteran, como en el caso de Inglaterra en 1688 y de Francia con la revolución de 1789. Esto nos ayudará a comprender si la situación de Egipto ha cambiado actualmente y si la revolución que derrocó a Mubarak conducirá a un conjunto nuevo de instituciones capaces de llevar la prosperidad al egipcio medio. Egipto ha tenido revoluciones en el pasado que no cambiaron las cosas porque quienes organizaron las revoluciones se limitaron a arrebatar las riendas a los que las tenían antes que ellos y a recrear un sistema parecido. De hecho, es realmente difícil que los ciudadanos corrientes logren un verdadero poder político y cambien la forma de funcionar de la sociedad. Sin embargo, es posible, y veremos cómo sucedió en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, y también en Japón, Botsuana y Brasil. Fundamentalmente, es una transformación política de este tipo lo que se necesita para que una sociedad pobre pase a ser rica. Existen pruebas de que esto podría estar sucediendo en Egipto. Reda Metwaly, manifestante de la plaza de Tahrir, defendió: «Ahora ves a musulmanes y cristianos juntos, y a viejos y jóvenes juntos, todos quieren lo mismo». Veremos que un movimiento así de amplio de la sociedad fue fundamental para que ocurriera lo que sucedió en estas otras transformaciones políticas. Si entendemos cuándo y por qué ocurren estas transiciones, estaremos en mejor posición para evaluar cuándo esperamos que fracasen dichos movimientos de acuerdo con lo que ha ocurrido normalmente en el pasado y cuándo podemos esperar que tengan éxito y mejoren la vida de millones de personas.

1

Tan cerca y, sin embargo, tan diferentes

La economía de Río Grande

La ciudad de Nogales está dividida en dos por una alambrada. Si uno se queda de pie al lado de la valla y mira al norte, ve Nogales (Arizona), perteneciente al condado de Santa Cruz. La renta media de un hogar es de unos 30.000 dólares estadounidenses al año. La mayoría de los adolescentes van al instituto y la mayoría de los adultos tienen estudios secundarios. A pesar de toda la controversia que generan las deficiencias del sistema sanitario de Estados Unidos, la población está relativamente sana, y tiene una esperanza de vida elevada de acuerdo con criterios mundiales. Muchos de los residentes son mayores de sesenta y cinco años y tienen acceso al programa de asistencia sanitaria Medicare. Éste es uno de los muchos servicios que proporciona el gobierno que la mayoría de las personas da por sentado, igual que ocurre con la electricidad, el teléfono, el alcantarillado, la sanidad pública, una red de carreteras que las une a otras ciudades de la zona y al resto de Estados Unidos y, por último pero no menos importante, la ley y el orden. Los habitantes de Nogales (Arizona) pueden realizar sus actividades diarias sin temer por su vida ni su seguridad y no tienen un miedo constante al robo, la expropiación u otras cosas que podrían poner en peligro las inversiones en sus negocios y sus casas. Igualmente importante es que los residentes de Nogales (Arizona) dan por sentado que, a pesar de su ineficiencia y corrupción esporádica, el gobierno es su agente. Pueden votar para sustituir a su alcalde, y a congresistas y senadores; votan en las elecciones presidenciales que determinan quién dirigirá el país. La democracia es algo natural para ellos.

La vida al sur de la alambrada, a solamente unos metros de allí, es bastante distinta. A pesar de que los habitantes de Nogales (Sonora) viven en una parte relativamente próspera de México, la renta media de cualquier hogar es de alrededor de una tercera parte de la que tienen en Nogales (Arizona). La mayor parte de los adultos de Nogales (Sonora) no poseen el título de secundaria y muchos adolescentes no van al instituto. Las madres se preocupan por los altos índices de mortalidad infantil. Las condiciones de la sanidad pública son deficientes, lo que significa que no es de extrañar que los habitantes de Nogales (Sonora) no sean tan longevos como sus vecinos del norte. Además, no tienen acceso a muchos servicios públicos. Las carreteras están en mal estado al sur de la valla. La ley y el orden están en peor estado aún. Hay mucha delincuencia y abrir un negocio es una actividad peligrosa. Además de correr el riesgo de que le roben a uno, el hecho de conseguir todos los permisos y sobornos solamente para abrir no resulta nada fácil. Los habitantes de Nogales (Sonora) viven a diario con la corrupción y la ineptitud de los políticos.

A diferencia de lo que ocurre con sus vecinos del norte, la democracia es una experiencia muy reciente para ellos. Hasta las reformas políticas del año 2000, Nogales (Sonora), igual que el resto de México, estaba bajo el control corrupto del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

¿Cómo pueden ser tan distintas las dos mitades de lo que es, esencialmente, la misma ciudad? No hay diferencias en el clima, la situación geográfica ni los tipos de enfermedades presentes en la zona, ya que los gérmenes no se enfrentan a ninguna restricción al cruzar la frontera entre ambos países. Evidentemente, las condiciones sanitarias son muy distintas, pero esto no tiene nada que ver con el entorno de las enfermedades, sino que se debe a que la población al sur de la frontera vive en peores condiciones sanitarias y carece de una atención médica digna.

Pero quizá los habitantes sean muy distintos. ¿Podría deberse a que los de Nogales (Arizona) son nietos de inmigrantes de Europa, mientras que los del sur son descendientes de los aztecas? No. Los orígenes de las personas de ambos lados de la frontera son bastante similares. Después de que México se independizara de España en 1821, la zona de alrededor de «las dos Nogales» formaba parte del estado mexicano de Vieja California y continuó así después de la guerra entre México y Estados Unidos que tuvo lugar entre 1846 y 1848. De hecho, fue después de la compra de Gadsden de 1853 cuando la frontera estadounidense se amplió a esta zona. Fue el teniente N. Michler quien, mientras vigilaba la frontera, advirtió la presencia del «pequeño y bonito valle de los Nogales». Aquí, en ambos lados de la frontera, crecieron las dos ciudades. Los habitantes de Nogales (Arizona) y Nogales (Sonora) comparten antepasados, disfrutan de la misma comida y música e incluso nos aventuraríamos a decir que tienen la misma «cultura».

Evidentemente, hay una explicación muy sencilla y obvia de las diferencias entre las dos mitades de Nogales que el lector ya habrá adivinado: la propia frontera que define a las dos mitades. Nogales (Arizona) está en Estados Unidos. Sus habitantes tienen acceso a las instituciones económicas estadounidenses, lo que les permite elegir su trabajo libremente, adquirir formación académica y profesional y animar a sus empleadores a que inviertan en la mejor tecnología, lo que, a su vez, hace que ganen sueldos más elevados. También tienen acceso a instituciones políticas que les permiten participar en el proceso democrático, elegir a sus representantes y sustituirlos si tienen un comportamiento inadecuado. Por tanto, los políticos proporcionan los servicios básicos (desde sanidad pública hasta carreteras y ley y orden) que demandan los ciudadanos. Los de Nogales (Sonora) no tienen tanta suerte. Viven en un mundo distinto moldeado por diferentes instituciones. Éstas crean incentivos muy dispares para los habitantes de las dos Nogales y para los emprendedores y las empresas que desean invertir allí. Los incentivos creados por las distintas instituciones de las dos Nogales y los países en los que están situadas son la razón principal que explica las diferencias en prosperidad económica a ambos lados de la frontera.

¿Por qué las instituciones de Estados Unidos conducen mucho más al éxito económico que las de México o, de hecho, que las del resto de América Latina? La respuesta a esta pregunta se encuentra en cómo se formaron las distintas sociedades en el inicio del período colonial. En aquel momento, se produjo una divergencia institucional cuyas implicaciones todavía perduran. Para comprender esta divergencia, debemos empezar a observar la fundación de las colonias de Norteamérica y América Latina.

La fundación de Buenos Aires

A principios de 1516, el navegante español Juan Díaz de Solís llegó a un estuario amplio de la costa oriental de Sudamérica. Díaz de Solís vadeó hacia la orilla, reclamó ese territorio para España y dio nombre al Río de la Plata porque los lugareños tenían aquel metal precioso. Los pueblos indígenas de ambos lados del estuario (los charrúas en lo que actualmente es Uruguay y los querandíes en las llanuras que se conocerían como la pampa en la Argentina moderna) vieron a los recién llegados con hostilidad. Eran cazadores-recolectores que vivían en pequeños grupos sin autoridades políticas centralizadas fuertes. De hecho, fue una banda de charrúas la que mató a palos a Juan Díaz de Solís cuando éste exploraba los nuevos dominios que intentaba ocupar para España.

En 1534, los españoles, todavía optimistas, enviaron una primera misión de colonos desde España bajo el liderazgo de Pedro de Mendoza. Fundaron una ciudad en el emplazamiento de Buenos Aires

ese mismo año que debía de haber sido un lugar ideal para los europeos. Buenos Aires tenía un clima templado y hospitalario. Sin embargo, la primera estancia de los españoles allí duró poco tiempo. No estaban allí para conseguir buenos aires, sino para obtener recursos que extraerían los nativos bajo coacción. Sin embargo, los charrúas y los querandíes no cooperaron. Se negaron a proporcionar comida a los españoles y a trabajar cuando eran apresados. Atacaron el nuevo asentamiento con sus arcos y flechas. Los españoles estaban hambrientos, ya que no habían previsto tener que buscar su propio sustento. Buenos Aires no era lo que habían soñado. No podían coaccionar a los lugareños para que trabajaran para ellos. Y allí no había plata ni oro que explotar; la plata que Juan Díaz de Solís encontró, de hecho, procedía del Estado inca en los Andes, muy lejos hacia el oeste.

Mientras intentaban sobrevivir, los españoles empezaron a enviar expediciones para encontrar un nuevo lugar que ofreciera mayores riquezas y poblaciones más fáciles de someter. En 1537, una de aquellas expediciones, bajo el liderazgo de Juan de Ayolas, siguió aguas arriba el río Paraná, en busca de una ruta hacia los incas. En el camino, estableció contacto con los guaraníes, pueblo sedentario de economía agrícola basada en el maíz y la mandioca. Juan de Ayolas en seguida se dio cuenta de que los guaraníes eran completamente distintos de los charrúas y los querandíes. Tras un breve conflicto, los españoles vencieron la resistencia guaraní y fundaron una ciudad, Nuestra Señora de Santa María de la Asunción, que sigue siendo la capital de Paraguay. Los conquistadores se casaron con las princesas guaraníes y se establecieron rápidamente como una nueva aristocracia. Adaptaron los sistemas ya existentes de trabajos forzados y tributos de los guaraníes, pero con ellos al mando. Aquél era el tipo de colonia que deseaban establecer y, al cabo de cuatro años, habían abandonado Buenos Aires y todos los españoles establecidos allí se trasladaron a la nueva ciudad.

Buenos Aires, el «París de Sudamérica», una ciudad de avenidas anchas de estilo europeo basada en la gran riqueza agrícola de la pampa, no fue colonizada de nuevo hasta 1580. El abandono de Buenos Aires y la conquista de los guaraníes reflejan la lógica de la colonización europea de América. Los primeros españoles y, como veremos, también los colonos ingleses, no estaban interesados en cultivar la tierra ellos mismos, querían que lo hicieran otros por ellos y saquear sus riquezas, oro y plata.

De Cajamarca...

Las expediciones de Juan Díaz de Solís, Pedro de Mendoza y Juan de Ayolas llegaron tras las más famosas que siguieron al avistamiento de Cristóbal Colón de una de las islas Bahamas el 12 de octubre de 1492. La expansión y la colonización española de América empezaron en serio con la invasión de México por parte de Hernán Cortés en 1519, con la expedición de Francisco Pizarro a Perú una década y media después y con la de Pedro de Mendoza al Río de la Plata solamente dos años más tarde. Durante el siglo siguiente, España conquistó y colonizó la mayor parte de la América Central, y el oeste y el sur de Sudamérica, mientras que Portugal reclamó el este, Brasil.

La estrategia de colonización española fue muy efectiva. La inició Hernán Cortés en México, basándose en la observación de que la mejor forma de dominar al adversario era capturar al líder indígena. Esta estrategia le permitió reclamar la riqueza acumulada de los líderes y coaccionar a los pueblos indígenas para que le entregaran tributos y comida. El paso siguiente consistía en establecerse como la nueva élite de la sociedad indígena y hacerse con el control de los impuestos y tributos ya existentes y, sobre todo, de los trabajos forzados.

Cuando Cortés y sus hombres llegaron a la gran capital azteca de Tenochtitlán el 8 de noviembre

de 1519, fueron recibidos por Moctezuma, el emperador azteca, que había decidido, aconsejado por sus asesores, dar la bienvenida a los españoles de forma pacífica. Lo que ocurrió después fue descrito en la obra compilada después de 1545 por el religioso franciscano Bernardino de Sahagún en su famoso *Códice florentino*.

> Los españoles se apoderaron enseguida de Moctezuma... entonces, se dispararon cada una de las armas... Reinaba el miedo. Era como si todo el mundo se hubiera tragado el corazón. Incluso antes de que hubiera oscurecido, había terror, estupefacción, aprensión, la gente estaba aturdida.
>
> Y, con la puesta de sol, se proclamaron todas las cosas que los españoles necesitaban: tortillas blancas, pavas asadas, huevos, agua dulce, madera, leña, carbón... Moctezuma recibía órdenes.
>
> Y, cuando los españoles se hubieron asentado bien, preguntaron a Moctezuma sobre todo el tesoro de la ciudad... buscaban oro con gran celo. Y Moctezuma fue allí para dirigir a los españoles. Ellos fueron rodeándole... le abrazaban, le agarraban.
>
> Y, cuando llegaron al almacén, a un lugar llamado Teocalco, llevaron todas las cosas brillantes; el abanico de cabeza de plumas quetzal, los artefactos, los escudos, los discos dorados... las narigueras de oro con forma de luna creciente, las bandas de oro para las piernas, los brazos y la frente.
>
> Acto seguido, se separó el oro... enseguida prendieron fuego a todas las cosas preciosas. Lo quemaron todo. Y los españoles hicieron barras a partir de aquel oro... Y los españoles fueron caminando a todas partes... Lo tomaron todo, todo lo que veían que fuera bueno.
>
> Más tarde, fueron al propio almacén de Moctezuma, al lugar llamado Totocalcoy se llevaron las posesiones del propio Moctezuma... todo objetos preciosos; collares con colgantes, bandas de brazo con penachos de plumas de quetzal, bandas de oro para los brazos, brazaletes, bandas de oro con conchas... y la diadema de turquesas, característica del gobernante. Se lo llevaron todo.

La conquista militar de los aztecas se completó en 1521. Cortés, como gobernador de la provincia de Nueva España, empezó a dividir el recurso más valioso, la población indígena, a través de la institución de la encomienda. La encomienda había aparecido por primera vez durante el siglo XV en España como parte de la reconquista del sur del país a los árabes que se habían establecido allí a partir del siglo VIII. En el Nuevo Mundo, la encomienda adoptó una forma mucho más perniciosa: se trataba de una cesión de indígenas a un español que recibía el nombre de encomendero. Los indígenas tenían que dar al encomendero tributos y mano de obra y, a cambio, él debía convertirlos al cristianismo.

El funcionamiento de la encomienda ha llegado hasta nosotros a través de la crónica vívida y pronta escrita por Bartolomé de las Casas, fraile dominico que formuló una de las primeras críticas más devastadoras al colonialismo español. De Las Casas llegó a la isla La Española en 1502 con una flota de barcos dirigida por el nuevo gobernador, Nicolás de Ovando. Con el paso del tiempo, Bartolomé de las Casas quedó muy desilusionado y afectado por el trato cruel y explotador que recibían los pueblos indígenas, y que él presenciaba día tras día. En 1513, de Las Casas participó como capellán en la conquista española de Cuba, e incluso se le concedió una encomienda por sus servicios. Sin embargo, renunció a ella y empezó una larga campaña para reformar las instituciones coloniales españolas. Sus esfuerzos culminaron en su obra *Brevísima relación de la destrucición de las Indias*, escrita en 1542, un ataque fulminante a la barbarie del dominio español. Respecto a la encomienda, dice lo siguiente en el caso de Nicaragua:

> Como los pueblos que tenían eran todos una muy graciosa huerta cada uno, como se dijo, aposentáronse en ellos los cristianos, cada uno en el pueblo que le repartían (o, como dicen ellos, le encomendaban y hacía en él sus labranzas, manteniéndose de las comidas pobres de los indios, y así les tomaron sus particulares tierras y heredades de que se mantenían. Por manera que tenían los españoles dentro de sus mesmas casas todos los indios, señores, viejos, mujeres y niños, y a todos hacen que les sirvan noches y días, sin holganza.

En lo que se refiere a la conquista de Nueva Granada, la moderna Colombia, Bartolomé de Las Casas señala el funcionamiento de toda la estrategia española:

> Repartidos los pueblos y señores y gentes dellos por los españoles (que es todo lo que pretenden por medio para alcanzar su fin último, que es el oro), y puestos todos en la tiranía y servidumbre acostumbrada, el tirano capitán principal que aquella tierra mandaba prendió al señor y rey de todo aquel reino, y túvolo preso seis o siete meses, pidiéndole oro y esmeraldas sin otra causa ni razón alguna. El dicho rey, que se llamaba Bogotá, por el miedo que le pusieron, dijo que él daría una casa de oro que le pedían, esperando de soltarse de las manos de quien así lo afligía, y envió indios a que le trajesen oro; y por veces trajeron mucha cantidad de oro y piedras, pero porque no daba la casa de oro, decían los españoles que lo matase, pues no cumplía lo que había prometido. El tirano dijo que se lo pidiesen por justicia ante él mesmo. Pidiéronlo así por demanda, acusando al dicho rey de la tierra; él dio sentencia condenándolo a tormentos si no diese la casa de oro. Danle el tormento del tracto de cuerda, echábanle sebo ardiendo en la barriga, pónenle a cada pie una herradura hincada en un palo, y el pescuezo atado a otro palo, y dos hombres que le tenían las manos; y así le pegaban fuego a los pies; y entraba el tirano de rato en rato, y le decía que así lo había de matar poco a poco a tormentos si no le daba el oro. Y así lo cumplió y mató al dicho señor con los tormentos.

La estrategia y las instituciones de la conquista perfeccionadas en México fueron ávidamente adoptadas en el resto del imperio español. En ningún lugar se hizo de una forma más efectiva que en la conquista de Perú efectuada por Pizarro. Como relata De Las Casas:

> En el año de mil y quinientos y treinta y uno fue otro tirano grande con cierta gente a los reinos del Perú, donde entrando con el título e intención y con los principios que los otros todos pasados (porque era uno de los que se habían más ejercitado y más tiempo en todas las crueldades y estragos que en la tierra firme desde el año de mil y quinientos y diez, se habían hecho).

Pizarro empezó en la costa cerca de la ciudad peruana de Tumbes y fue hacia el sur. El 15 de noviembre de 1532, llegó a la ciudad montañosa de Cajamarca, donde el emperador inca Atahualpa había acampado con su ejército. Al día siguiente, Atahualpa, que acababa de vencer a su hermano Huáscar en una competición para determinar quién sucedería a su difunto padre, Huayna Capac, llegó con su séquito al lugar en el que habían acampado los españoles. Atahualpa estaba irritado porque le habían llegado noticias de las atrocidades que ya habían cometido los españoles, como violar un templo del dios sol Inti. Lo que ocurrió después es muy conocido. Los españoles les tendieron una trampa. Mataron a los guardias y criados de Atahualpa, posiblemente unas dos mil personas, y capturaron al rey. Para lograr su libertad, Atahualpa tuvo que prometer que llenaría una sala con oro y dos más del mismo tamaño con plata. Así lo hizo, pero los españoles incumplieron sus promesas y lo estrangularon en julio de 1533. Aquel noviembre, los españoles capturaron la capital inca de Cuzco, donde los aristócratas incas recibieron el mismo tratamiento que Atahualpa: fueron encarcelados hasta haber entregado oro y plata. Cuando los capturados no satisfacían las demandas españolas, eran quemados vivos. Los grandes tesoros artísticos de Cuzco, como el templo del Sol, fueron despojados de su oro para ser fundido en lingotes.

En este punto, los españoles se concentraron en la población del Imperio inca. Igual que en el caso de México, los nativos fueron divididos en encomiendas, y una de éstas fue concedida a los conquistadores que habían acompañado a Pizarro. La encomienda era la institución principal que se utilizaba para el control y la organización del trabajo en el período colonial inicial, sin embargo, pronto se enfrentó a un fuerte competidor. En 1545, un lugareño llamado Diego Gualpa estaba buscando un santuario indígena en lo alto de los Andes en lo que actualmente es Bolivia. De repente, fue lanzado al suelo por una ráfaga de viento y ante él apareció un alijo de mineral de plata que formaba parte de una vasta montaña de plata que los españoles bautizaron como el Cerro Rico. Alrededor del cerro creció la ciudad de Potosí que, en su punto álgido en 1650, llegó a tener una población de 160.000 personas, mayor que la de Lisboa o Venecia en aquel período.

Para explotar la plata, los españoles necesitaban muchísimos mineros. Enviaron a un nuevo virrey, el oficial jefe colonial Francisco de Toledo, cuya misión principal era resolver el problema de la mano de obra. Toledo, que llegó a Perú en 1569, pasó cinco años viajando e investigando cuáles serían sus nuevas responsabilidades. También encargó un gran estudio censal de toda la población adulta. Para

conseguir la mano de obra necesaria, primero trasladó a prácticamente toda la población indígena y la concentró en nuevas ciudades, llamadas reducciones. Éstas facilitarían la explotación de dicha mano de obra por parte de la Corona española. A continuación, revivió y adaptó una institución del trabajo inca conocida como mita que, en el idioma de los incas, el quechua, significa «turno». Bajo el sistema de la mita, los incas utilizaban el trabajo forzado para dirigir plantaciones destinadas a proporcionar comida para los templos, la aristocracia y el ejército. A cambio, la élite inca proporcionaba seguridad y ayuda en caso de hambruna. Pero en manos de Francisco de Toledo, la mita, sobre todo la de Potosí, se convertiría en el esquema de explotación de mano de obra más grande y oneroso del período colonial español. Toledo definió una zona de influencia enorme, desde el centro del Perú actual hasta la mayor parte de la Bolivia moderna, que cubría más de quinientos mil kilómetros cuadrados. En esta zona, una séptima parte de los hombres, recién llegados a sus reducciones, tuvieron que trabajar en las minas de Potosí. La mita de Potosí se mantuvo durante todo el período colonial y fue abolida en 1825. En el mapa 1, se muestra la zona de influencia de la mita superpuesta a la extensión del Imperio inca en el momento de la conquista española. Ilustra hasta qué punto la mita se solapaba con el corazón del Imperio, incluyendo la capital, Cuzco.

MAPA 1

El Imperio inca, la red de carreteras incas y la zona de influencia de la mita minera



Cabe señalar que hoy en día todavía se puede ver el legado de la mita en Perú. Veamos las

diferencias entre las provincias de Calca y la cercana Acomayo, que aparentemente son pocas. Ambas se encuentran en lo alto de las montañas y están habitadas por descendientes de los incas que hablan quechua. Sin embargo, Acomayo es mucho más pobre y sus habitantes consumen alrededor de un tercio menos que los de Calca. La gente lo sabe. En Acomayo preguntan a los extranjeros intrépidos: «¿No sabe que la gente aquí es mucho más pobre que la de Calca? ¿Por qué querría venir aquí?». Son intrépidos porque es mucho más difícil ir a Acomayo desde la capital regional de Cuzco, antiguo centro del Imperio inca, que ir a Calca. La carretera que lleva a Calca está pavimentada, mientras que la que va hasta Acomayo se encuentra en muy mal estado. Para ir más allá de Acomayo, se necesita un caballo o un mulo. En Calca y en Acomayo se cultivan las mismas cosas, pero en Calca las venden en el mercado por dinero, mientras que en Acomayo las cultivan para su propia subsistencia. Estas desigualdades, que saltan a la vista y son evidentes para la gente que vive allí, se pueden entender en términos de las diferencias institucionales entre estos departamentos: las diferencias institucionales, de raíces históricas, se remontan a Francisco de Toledo y su plan para la explotación efectiva de la mano de obra indígena. La principal diferencia histórica entre Acomayo y Calca es que Acomayo estaba en la zona de influencia de la mita de Potosí. Calca, no.

Además de la concentración de la mano de obra y la mita, Francisco de Toledo consolidó la encomienda en un impuesto per cápita, una cantidad fija de plata que debía pagar anualmente cada hombre adulto. Se trataba de otro plan para obligar a que la gente trabajara y reducir los sueldos que debían pagar los terratenientes españoles. Otra institución, el repartimiento de mercancías, también se extendió mientras Toledo ocupó su cargo. El repartimiento, derivado del verbo «repartir», implicaba la venta forzosa de mercancías a lugareños a precios determinados por los españoles. Finalmente, Toledo introdujo el trajín (literalmente, «la carga») que empleaba a los indígenas como sustitutos de animales de carga para llevar pesadas mercancías, como vino, artículos textiles u hojas de coca, en las aventuras empresariales de la élite española.

A lo largo y ancho del mundo colonial español en América, aparecieron instituciones y estructuras sociales parecidas. Tras una fase inicial de codicia y saqueo de oro y plata, los españoles crearon una red de instituciones destinadas a explotar a los pueblos indígenas. El conjunto formado por encomienda, mita, repartimiento y trajín tenía como objetivo obligar a los pueblos indígenas a tener un nivel de vida de subsistencia y extraer así toda la renta restante para los españoles. Esto se logró expropiando su tierra, obligándolos a trabajar, ofreciendo sueldos bajos por el trabajo, imponiendo impuestos elevados y cobrando precios altos por productos que ni siquiera se compraban voluntariamente. A pesar de que estas instituciones generaban mucha riqueza para la Corona española e hicieron muy ricos a los conquistadores y a sus descendientes, también convirtieron América Latina en uno de los continentes más desiguales del mundo y socavaron gran parte de su potencial económico.

... a Jamestown

Mientras los españoles empezaban su conquista de América a partir de 1492, Inglaterra era una potencia europea menor que se recuperaba de los devastadores efectos de una guerra civil, la guerra de las Dos Rosas. Inglaterra no estaba en condiciones de aprovechar la lucha por el saqueo y el oro y la oportunidad de explotar a los pueblos indígenas de América. Sin embargo, casi cien años después, en 1588, Europa quedó conmocionada por la derrota de la armada española, que fue un intento del rey español Felipe II de invadir Inglaterra. La victoria de Inglaterra fue fruto de la suerte, pero también se

convirtió en una señal de la confianza creciente de los ingleses en el mar, lo que les permitiría participar finalmente en la búsqueda del imperio colonial.

Por lo tanto, no es ninguna coincidencia que los ingleses empezaran su colonización de Norteamérica exactamente en aquel momento. De todas formas, llegaban tarde. No eligieron Norteamérica porque fuera una zona atractiva, sino porque era lo único que estaba disponible. Las partes «deseables» de América, con abundancia de población indígena y minas de oro y plata que explotar, ya habían sido ocupadas. Los ingleses consiguieron las sobras. Cuando el escritor y agrónomo inglés Arthur Young comentaba dónde se producían alimentos básicos rentables, en referencia a productos agrícolas exportables, observó:

> En general, parece que las producciones básicas de nuestras colonias reducen su valor en proporción a su distancia del sol. En las Antillas, que son las más calurosas de todas, llegan a ser de 8 libras 12 chelines y 1 penique por cabeza. En las continentales del sur, suman 5 libras y 10 chelines. En las centrales, son de 9 chelines con 6 peniques y medio. En los asentamientos del norte, son de 2 chelines con 6 peniques. Esta escala sin duda sugiere una lección crucial: evitar colonizar las latitudes más al norte.

El primer intento inglés de establecer una colonia en Roanoke (Carolina del Norte), entre 1585 y 1587, fue un rotundo fracaso. En 1607, lo intentaron de nuevo. Poco antes del final de 1606, tres barcos, *Susan Constant, Godspeed* y *Discovery,* bajo el mando del capitán Christopher Newport, zarparon hacia Virginia. Los colonos, bajo los auspicios de la Virginia Company, navegaron hasta la bahía de Chesapeake y remontaron el río que llamaron James en honor al monarca inglés reinante. El 14 de mayo de 1607 fundaron el asentamiento de Jamestown.

A pesar de que los colonos que iban a bordo de los barcos propiedad de la Virginia Company fueran ingleses, su modelo de colonización estaba fuertemente influido por el patrón fijado por Cortés, Pizarro y Toledo. Su plan inicial era capturar al jefe local y utilizarlo para conseguir provisiones y obligar a la población a cultivar alimentos y crear riqueza para ellos.

La primera vez que desembarcaron en Jamestown, los ingleses no sabían que estaban dentro del territorio reclamado por la Confederación Powhatan, coalición de unos treinta grupos políticos que debían lealtad a un rey llamado Wahunsunacock. La capital de Wahunsunacock estaba en la ciudad de Werowocomoco, a poco más de 30 kilómetros de Jamestown. El plan de los colonos era obtener más datos sobre la situación. Si no se podía obligar a los lugareños a que les proporcionaran comida y a que trabajaran para ellos, como mínimo podrían comerciar con ellos. Al parecer, la idea de que fueran los propios colonos quienes trabajaran y cultivaran sus propios alimentos no se les pasó por la cabeza. Eso no era lo que hacían los conquistadores del Nuevo Mundo.

Wahunsunacock en seguida se percató de la presencia de los colonos y observó sus intenciones con una gran sospecha. Dominaba lo que, para Norteamérica, era un imperio bastante grande. Sin embargo, tenía muchos enemigos y carecía del control político aplastante y centralizado de los incas. Wahunsunacock decidió esperar a ver cuáles eran las intenciones de los ingleses, así que, al principio, envió mensajeros que afirmaban que deseaba entablar relaciones amistosas con ellos.

A medida que el invierno de 1607 avanzaba, los colonos de Jamestown empezaron a quedarse sin víveres, y el líder designado por el consejo al mando de la colonia, Edward Marie Wingfield, perdía tiempo con su indecisión. Quien salvó la situación fue el capitán John Smith, cuyos textos proporcionan una de nuestras principales fuentes de información sobre el desarrollo inicial de la colonia. Smith era un personaje fuera de lo común. Nacido en Inglaterra, en el Lincolnshire rural, ignoró el deseo de su padre de dedicarse al comercio y se convirtió en un soldado de fortuna. Primero luchó con el ejército inglés en los Países Bajos, posteriormente se unió a las fuerzas austriacas que servían en Hungría luchando contra los ejércitos del Imperio otomano, y fue capturado en Rumanía y

vendido como esclavo para trabajar en el campo. Un día consiguió superar a su amo y, tras robarle la ropa y el caballo, escapó de vuelta a territorio austriaco. Pero Smith se había metido en problemas en el viaje a Virginia y fue encarcelado en el *Susan Constant* por motín tras desafiar las órdenes de Wingfield. Cuando los barcos alcanzaron el Nuevo Mundo tenían previsto llevarlo a juicio. Sin embargo, para inmenso horror de Wingfield, Newport y otros colonos de la élite, tras abrir sus órdenes selladas, descubrieron que la Virginia Company había designado a Smith como uno de los miembros del consejo que iba a gobernar Jamestown.

Mientras Newport navegaba de vuelta a Inglaterra en busca de provisiones y más colonos, y Wingfield no estaba seguro de qué hacer, fue Smith quien salvó la colonia. Inició una serie de misiones comerciales que garantizaban las provisiones de víveres. En una de ellas, fue capturado por Opechancanough, uno de los hermanos pequeños de Wahunsunacock, y fue llevado ante el rey en Werowocomoco. Fue el primer inglés que conoció a Wahunsunacock y en esa reunión inicial, según se cuenta, Smith se salvó de la muerte gracias a la intervención de la hija menor de Wahunsunacock, Pocahontas. El 2 de enero de 1608, Smith fue liberado y volvió a Jamestown, que aún carecía peligrosamente de comida, hasta el oportuno regreso de Newport desde Inglaterra más tarde el mismo día.

No obstante, los colonos de Jamestown aprendieron poco de esta experiencia inicial. A medida que avanzaba el año 1608, continuaban su búsqueda de oro y metales preciosos. Todavía no parecían haber entendido que, para sobrevivir, no podían confiar en que los lugareños los alimentaran a través de la coacción ni del comercio. Fue Smith el primero que se dio cuenta de que el modelo de colonización que había funcionado tan bien para Cortés y Pizarro no funcionaría en Norteamérica. Las circunstancias subyacentes eran demasiado distintas. Smith observó que, a diferencia de aztecas e incas, los pueblos de Virginia no tenían oro. Así lo anotó en su diario: «Debéis saber que los víveres son toda su riqueza». Anas Todkill, uno de los primeros colonos que dejó un amplio diario, expresaba bien las frustraciones de Smith y de los otros que cayeron en la cuenta de este hecho:

> «No había conversación, esperanza, ni trabajo, sino busca oro, refina oro, carga oro».

Cuando Newport partió hacia Inglaterra en abril de 1608, llevaba un cargamento de pirita, conocida como «el oro de los tontos». Volvió a finales de setiembre con órdenes de la Virginia Company de controlar con más firmeza a los lugareños. El plan que habían elaborado era coronar a Wahunsunacock con la esperanza de que así quedara sometido al rey inglés Jacobo I. Lo invitaron a Jamestown, pero Wahunsunacock, que todavía desconfiaba profundamente de los colonos, no tenía intención de arriesgarse a que lo capturaran. John Smith anotó la respuesta de Wahunsunacock: «Si tu rey me ha enviado regalos, yo también soy rey, y ésta es mi tierra... Tu padre debe venir a mí, no yo a él, ni a tu fuerte, no morderé ese anzuelo».

Si Wahunsunacock no iba a «morder ese anzuelo», Newport y Smith tendrían que ir a Werowocomoco a representar la coronación. Aparentemente, todo el asunto fue un fiasco absoluto, y lo único que consiguieron fue que Wahunsunacock decidiera que había llegado el momento de quitarse de encima la colonia. Impuso un embargo que impedía que Jamestown pudiera comerciar con víveres. Wahunsunacock haría que se murieran de hambre.

Newport, que partió de nuevo hacia Inglaterra en diciembre de 1608, esta vez llevaba consigo una carta escrita por Smith en la que insistía a los directores de la Virginia Company para que cambiaran su forma de pensar en la colonia. No había ninguna posibilidad de establecer una explotación para «hacerse rico rápidamente» en Virginia del estilo de las de México y Perú. No había oro ni metales

preciosos y no se podía obligar a los indígenas a que trabajaran para ellos ni a que les proporcionaran comida. Smith se dio cuenta de que, para que la colonia fuera viable, serían los propios colonos quienes tendrían que trabajar. Por eso, instó a los directores para que enviaran el tipo adecuado de personas: «Cuando vuelvan a enviar personas, les rogaría que enviaran a unos treinta carpinteros, labradores, jardineros, pescadores, herreros y albañiles, así como excavadores de árboles y raíces, bien provistos, y, después, mil personas como las que ya tenemos».

John Smith no quería más orfebres inútiles. Una vez más, Jamestown sobrevivió solamente gracias a su capacidad de improvisación. Smith consiguió persuadir e intimidar a varios grupos indígenas del lugar para que comerciaran con él, y cuando se negaban, él cogía lo que podía. De vuelta al asentamiento, Smith tomó el mando absoluto e impuso la siguiente regla: «Quien no trabaja no come». Jamestown sobrevivió un segundo invierno.

La Virginia Company era una empresa con ánimo de lucro pero, tras dos años desastrosos, no había el mínimo atisbo de beneficios. Los directores de la empresa decidieron que necesitaban un nuevo modelo de gobierno que sustituyera el consejo gobernante por un gobernador único. El primer hombre que ocupó este cargo fue sir Thomas Gates. Teniendo en consideración algunos aspectos del aviso de John Smith, los responsables de la Virginia Company se dieron cuenta de que tenían que intentar algo nuevo. Esta toma de conciencia se hizo más evidente durante los acontecimientos del invierno de 1609-1610, en el «período de la hambruna». El nuevo modelo de gobierno no dejaba espacio para Smith, quien, disgustado, volvió a Inglaterra en el otoño de 1609. Sin su capacidad de improvisación, y con Wahunsunacock estrangulando el suministro de alimentos, los colonos de Jamestown perecían. De los quinientos que empezaron el invierno, solamente quedaban sesenta vivos en marzo. La situación era tan desesperada que recurrieron al canibalismo.

La «novedad» impuesta en la colonia por Gates y su ayudante, sir Thomas Dale, fue un régimen de trabajo de una severidad draconiana para los colonos ingleses (aunque, evidentemente, no para la élite que dirigía la colonia). Fue Dale quien difundió las «leyes divinas, morales y marciales», que incluían las cláusulas:

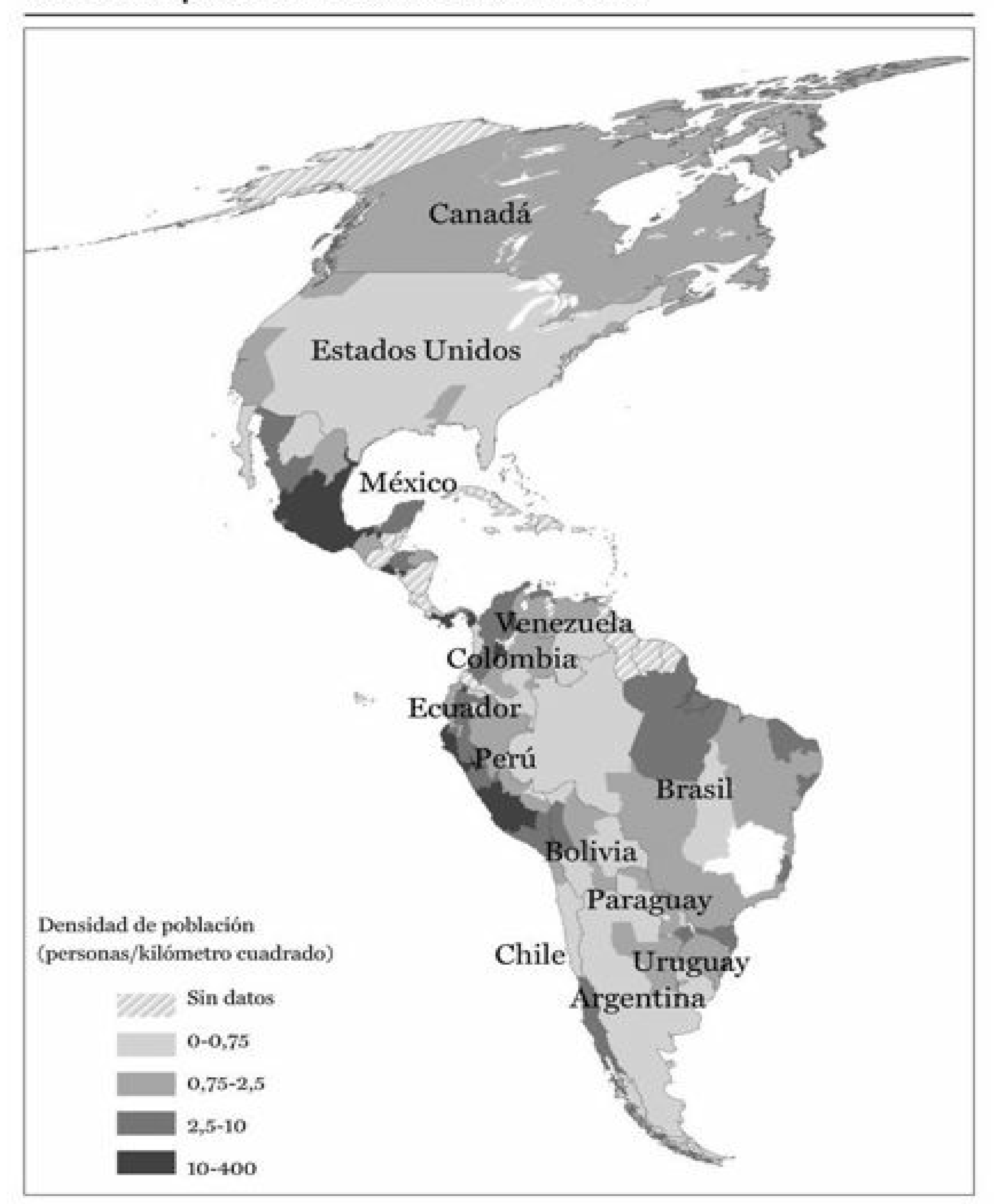
> Ningún hombre o mujer escapará de la colonia para ir con los indios, bajo pena de muerte.
>
> Todo aquel que robe en un huerto, público o privado, o en un viñedo, o que robe mazorcas de maíz será castigado con la muerte.
>
> Ningún miembro de la colonia venderá ni dará ningún producto de este país a ningún capitán, patrón o marinero para que lo transporte fuera de la colonia, para su uso privado, bajo pena de muerte.

Si los pueblos indígenas no podían ser explotados, razonó la Virginia Company, quizá los colonos sí. El nuevo modelo de desarrollo colonial implicaba que la Virginia Company era propietaria de la tierra. Los hombres fueron albergados en barracones y recibían raciones determinadas por la compañía. Se eligieron grupos de trabajo, cada uno supervisado por un agente de la compañía. Era muy parecido a la ley marcial, y la ejecución era el castigo al que se recurría primero. Como parte de las nuevas instituciones para la colonia, la primera cláusula que se acaba de dar es significativa. La compañía amenazaba con la muerte a los que huyeran. Teniendo en cuenta el nuevo régimen de trabajo, escaparse y vivir con los lugareños se convirtió en una opción cada vez más atractiva para los colonos que debían someterse al trabajo. Asimismo, la baja densidad de las poblaciones indígenas de Virginia en aquel momento también abría la posibilidad de escapar uno solo a la frontera que quedaba fuera del control de la Virginia Company. El poder de la compañía frente a aquellas opciones era limitado. No podía coaccionar a los colonos para que hicieran un trabajo muy duro con raciones de comida de mera subsistencia.

En el mapa 2 se muestra una estimación de la densidad de población de distintas regiones del continente americano en el momento de la conquista española. La densidad de población de Estados Unidos, excepto en un número limitado de núcleos, era, como máximo, de tres cuartas partes de persona por cada 2,59 kilómetros cuadrados. En el centro de México o en el Perú andino, la densidad de población era muy elevada, cuatrocientas personas por 2,59 kilómetros cuadrados, más de quinientas veces superior. Lo que era posible en México o Perú no era factible en Virginia.

MAPA 2

Densidad de población en el año 1500 en América



La Virginia Company tardó tiempo en reconocer que aquel modelo inicial de colonización no funcionaba en Virginia, y también pasó tiempo hasta que comprendió el fracaso de las «leyes divinas, morales y marciales». A partir de 1618, se adoptó una estrategia radicalmente nueva. Como no era posible coaccionar ni a los lugareños ni a los colonos, la única alternativa que quedaba era dar incentivos a los colonos. En 1618 empezó el «sistema de reparto de tierras por cabeza», que daba a cada colono adulto hombre cincuenta acres de tierra y cincuenta acres más por cada miembro de su familia y por casa sirviente que pudiera llevar a Virginia. Los colonos recibieron sus casas y fueron liberados de sus contratos y, en 1619, se introdujo una Asamblea General que daba voz efectiva a todos los hombres adultos en las leyes y las instituciones que gobernaban la colonia. Era el inicio de la democracia en Estados Unidos.

La Virginia Company tardó doce años en aprender su primera lección, es decir, que lo que había funcionado para los españoles en México, Centroamérica y Sudamérica no funcionaría en el norte del continente americano. El resto del siglo XVII fue testigo de una larga serie de luchas por la segunda lección: la única opción para lograr una colonia viable económicamente era crear instituciones que dieran incentivos a los colonos para invertir y trabajar duro.

A medida que Norteamérica se desarrollaba, las élites inglesas intentaban una y otra vez establecer instituciones que restringieran fuertemente los derechos económicos y políticos para todos los habitantes de la colonia, excepto para una minoría privilegiada, igual que habían hecho los españoles. Sin embargo, una y otra vez fracasó el modelo, como había sucedido en Virginia.

Uno de los intentos más ambiciosos empezó poco después del cambio de estrategia de la Virginia Company. En 1632, diez millones de acres de tierra de la parte alta de la bahía de Chesapeake fueron concedidos por el rey inglés Carlos I a Cecilius Calvert, lord Baltimore. La Carta de Maryland daba a lord Baltimore libertad absoluta para crear un gobierno siguiendo sus deseos, y la cláusula VII establecía que Baltimore tenía «por el buen y feliz gobierno de dicha provincia, la libre, total y absoluta potestad, de acuerdo con las presentes cláusulas, para ordenar, hacer y decretar leyes de cualquier tipo».

Lord Baltimore elaboró un plan detallado para crear una sociedad señorial, la variante norteamericana de una versión idealizada de la Inglaterra rural del siglo XVII. Esto implicaba dividir la tierra en parcelas de miles de acres que serían dirigidas por lores, quienes contratarían a arrendatarios que trabajarían la tierra y pagarían alquileres a la élite privilegiada que controlaba la tierra. Otro intento similar se hizo posteriormente, en 1663, con la fundación de Carolina por ocho propietarios, entre los que se incluía sir Anthony Ashley-Cooper, quien, junto con su secretario, el gran filósofo inglés John Locke, redactó las Constituciones Fundamentales de Carolina. Este documento, al igual que la Carta de Maryland elaborada anteriormente, proporcionaba un esquema para una sociedad elitista y jerárquica basada en el control por parte de una élite terrateniente. En el preámbulo, se observaba que «el gobierno de esta provincia puede ser de lo más agradable para la monarquía en la que vivimos y de la que esta provincia forma parte y podemos evitar establecer una democracia numerosa».

Los artículos de las Constituciones Fundamentales fijaban una rígida estructura social. En la parte inferior estaban los *leet-men*. El artículo 23 apuntaba: «Todos los hijos de *leet-men* serán *leet-men* y así todas las generaciones». Por encima de los *leet-men*, que no tenían poder político, estaban los *landgraves* y los caciques, que formarían la aristocracia. Se asignaría 48.000 acres de tierra a cada *landgrave* y 24.000 acres a cada cacique. Habría un parlamento, en el que estarían representados *landgraves* y caciques, pero sólo se permitiría debatir las medidas que hubieran aprobado los ocho

propietarios previamente.

Igual que el intento de imponer un gobierno draconiano en Virginia, también fracasaron los planes para establecer el mismo tipo de instituciones en Maryland y Carolina. Y por razones similares. En todos los casos, fue imposible imponer a los colonos una rígida sociedad jerárquica porque sencillamente tenían demasiadas opciones en el Nuevo Mundo. Lo que se debía hacer era darles incentivos para que quisieran trabajar. Y pronto exigieron mayor libertad económica y más derechos políticos. En Maryland, los colonos también insistieron en conseguir más libertad y derechos, y obligaron a lord Baltimore a crear una asamblea. En 1691, la asamblea hizo que el rey declarara a Maryland colonia de la Corona, por lo que se eliminaban los privilegios políticos de lord Baltimore y sus grandes lores. En las dos Carolinas se produjo una larga lucha en la que volvieron a perder los propietarios. Carolina del Sur se convirtió en colonia real en 1729.

A partir de 1720, las trece colonias de lo que llegaría a ser Estados Unidos tendrían estructuras de gobierno similares. En todos los casos había un gobernador y una asamblea basada en el derecho a voto de los propietarios masculinos. No eran democracias, puesto que las mujeres, los esclavos y las personas sin propiedad no podían votar. Sin embargo, los derechos políticos eran muy amplios comparados con los de las sociedades contemporáneas de otros lugares. Fueron aquellas asambleas y sus líderes los que se unieron para formar el Primer Congreso Continental en 1774, el preludio de la independencia de Estados Unidos. Las asambleas creían que tenían el derecho de determinar quiénes serían sus miembros y el derecho a cobrar impuestos. Como sabemos, esto creó problemas para el gobierno colonial inglés.

Historia de dos constituciones

Llegados a este punto, debería ser evidente que no es casualidad que fuera en Estados Unidos, y no en México, donde se adoptó y entró en vigor una constitución que incluía principios democráticos, creaba límites al uso del poder político y repartía dicho poder ampliamente entre la sociedad. El documento que los delegados se sentaron a redactar en Filadelfia en mayo de 1787 fue el resultado de un largo proceso iniciado por la formación de la Asamblea General de Jamestown en 1619.

El contraste entre el proceso constitucional que tuvo lugar en la época de la independencia de Estados Unidos y el que sucedió poco después en México es evidente. En febrero de 1808, el ejército francés de Napoleón Bonaparte invadió España. En mayo tomó la capital, Madrid, y en setiembre, el rey español, Fernando VII, fue capturado y abdicó. Una junta nacional, la Junta Central, ocupó su lugar, tomando el testigo en la lucha contra los franceses. La Junta se reunió por primera vez en Aranjuez, pero se retiró al sur para hacer frente al ejército francés. Finalmente, llegó al puerto de Cádiz, que, a pesar de estar sitiado por fuerzas napoleónicas, resistía. Allí, la Junta formó un parlamento, denominado las Cortes. En 1812, las Cortes elaboraron lo que se llegó a conocer como la Constitución de Cádiz, que exigía la introducción de una monarquía constitucional basada en ideas de soberanía popular, así como el fin de los privilegios especiales y la introducción de la igualdad de las personas ante la ley. Todas estas demandas resultaban abominables para las élites de Sudamérica, que todavía gobernaban en un entorno institucional formado por la encomienda, el trabajo forzoso, el Estado colonial y el poder absoluto que se les otorgaba.

El hundimiento del Estado español con la invasión napoleónica creó una crisis constitucional en toda la América Latina colonial. Había mucha controversia sobre si reconocer la autoridad de la Junta Central y, en respuesta, muchos latinoamericanos empezaron a formar sus propias juntas. Era

solamente cuestión de tiempo que empezaran a considerar la posibilidad de llegar a ser realmente independientes de España. La primera declaración de independencia tuvo lugar en La Paz (Bolivia), en 1809, aunque fue rápidamente aplastada por las tropas españolas enviadas desde Perú. En México, las actitudes políticas de la élite habían sido perfiladas por la Revuelta de Hidalgo de 1810, dirigida por el sacerdote fray Miguel Hidalgo. Cuando el ejército de Hidalgo saqueó Guanajuato el 23 de setiembre, mataron al intendente, el oficial colonial superior y, después, asesinaron a gente blanca indiscriminadamente. Era más una guerra étnica o de clases que un movimiento de independencia y unía a todas las élites de la oposición. Si la independencia permitía la participación popular en política, las élites locales, no solamente los españoles, estaban en contra de ésta. En consecuencia, las élites mexicanas vieron la Constitución de Cádiz, que abría la puerta a la participación popular, con un gran escepticismo; nunca reconocerían su legitimidad.

En 1815, mientras se hundía el Imperio europeo de Napoleón, el rey Fernando VII volvió al poder y la Constitución de Cádiz fue derogada. Cuando la Corona española empezó a intentar reclamar sus colonias americanas, no tuvo problemas con el leal México. Sin embargo, en 1820, el ejército español que se había reunido en Cádiz para zarpar hacia América para ayudar a restaurar la autoridad española se amotinó contra Fernando VII. Pronto se les unieron unidades del ejército de todo el país, y Fernando VII fue obligado a restaurar la Constitución de Cádiz y convocar a las Cortes. Aquellas Cortes eran mucho más radicales que las que habían redactado la Constitución de Cádiz y propusieron abolir todas las formas de coacción al trabajo. También atacaban los privilegios especiales, por ejemplo, el derecho de los militares a ser juzgados por delitos en sus propios tribunales. Finalmente, las élites de México, ante la imposición de este documento en el país, decidieron que era mejor ir por su cuenta y declarar la independencia.

Este movimiento independentista fue dirigido por Agustín de Iturbide, que había sido oficial del ejército español. El 24 de febrero de 1821 publicó el Plan de Iguala, su visión de un México independiente, que presentaba una monarquía constitucional con un emperador mexicano y eliminaba las disposiciones de la Constitución de Cádiz que las élites mexicanas consideraban tan amenazadoras para su estatus y privilegios. Recibió un apoyo instantáneo y España rápidamente se dio cuenta de que no podía detener lo inevitable. No obstante, Iturbide no organizó solamente la secesión mexicana. Reconoció el vacío de poder, y rápidamente se aprovechó de su respaldo militar para ser declarado emperador, el puesto que el gran líder de la independencia sudamericana, Simón Bolívar, describió como «emperador por la gracia de Dios y de las bayonetas». Iturbide no estaba limitado por las mismas instituciones políticas que limitaban a los presidentes de Estados Unidos; se convirtió rápidamente en dictador y, en octubre de 1822, había anulado el congreso aprobado constitucionalmente y lo había sustituido con una junta de su elección. Iturbide no duró mucho tiempo, pero este modelo que se desarrollaba siguiendo unas mismas pautas se repetiría una y otra vez en el México del siglo XIX.

La Constitución de Estados Unidos no creó una democracia de acuerdo con criterios modernos. Cada estado determinaba quién podía votar en las elecciones. Mientras los estados del norte rápidamente concedieron el voto a todos los hombres blancos independientemente de sus ingresos o sus propiedades, los estados del Sur lo concedieron solamente de forma gradual. Ningún estado concedió el derecho de voto a las mujeres ni a los esclavos y, como se eliminaron las restricciones de propiedad y riqueza para los hombres blancos, se introdujeron sufragios raciales que privaron de voto explícitamente a los hombres negros. Evidentemente, la esclavitud se consideraba constitucional cuando se redactó la Constitución de Estados Unidos en Filadelfia y la negociación más sórdida era la división de los escaños en la Cámara de Representantes entre los estados. Éstos fueron asignados en

función de la población de un estado, sin embargo, los representantes en el Congreso de los estados del Sur exigieron que se contara a los esclavos. Los representantes del norte objetaron. El acuerdo fue que, al asignar escaños a la Cámara de Representantes, un esclavo contara como tres quintas partes de una persona libre. Los conflictos entre el norte y el sur de Estados Unidos fueron reprimidos durante el proceso constitucional mientras se elaboraba la regla de las tres quintas partes y otros acuerdos. Con el tiempo, se añadieron nuevos pactos, por ejemplo, el Acuerdo de Misuri, por el que un estado proesclavista y uno antiesclavista siempre se añadían a la unión juntos, para mantener el equilibrio en el Senado entre los que estaban a favor y en contra de la esclavitud. Como se eludieron ciertas cuestiones, lograron mantener las instituciones políticas de Estados Unidos en un funcionamiento pacífico hasta que la guerra civil finalmente resolvió los conflictos a favor del norte.

La guerra civil fue sangrienta y destructiva. Sin embargo, antes y después de ésta, hubo muchas oportunidades económicas para gran parte de la población, sobre todo en Estados Unidos del norte y el oeste. En México, la situación era muy distinta. Si Estados Unidos experimentó cinco años de inestabilidad política entre 1860 y 1865, México experimentó una inestabilidad prácticamente constante durante sus primeros cincuenta años de independencia. El mejor ejemplo de esta situación fue la carrera profesional de Antonio López de Santa Ana.

Antonio López de Santa Ana, hijo de un oficial colonial de Veracruz, destacó como soldado luchando para los españoles en las guerras de independencia. En 1821, cambió de bando con Iturbide y nunca miró atrás. Se convirtió en presidente de México por primera vez en mayo de 1833, aunque ejerció el poder durante menos de un mes, y prefirió dejar que Valentín Gómez Farías hiciera de presidente. La presidencia de Gómez Farías duró quince días y, después, Santa Ana retomó el poder. Sin embargo, fue tan breve como su primer período y a principios de julio lo sustituyó de nuevo Gómez Farías. Santa Ana y Gómez Farías continuaron este baile hasta mediados de 1835, cuando Santa Ana fue reemplazado por Miguel Barragán. Pero Santa Ana no se rendía fácilmente. Volvió a ser presidente en 1839, 1841, 1844, 1847 y, por último, entre 1853 y 1855. En total, fue presidente once veces, durante las cuales presidió la pérdida de El Álamo y Texas, y la desastrosa guerra méxico-estadounidense, que condujo a la pérdida de lo que se llegaría a conocer como Nuevo México y Arizona. Entre 1824 y 1867, hubo 52 presidentes en México, pocos de los cuales asumieron el poder de acuerdo con algún procedimiento aprobado constitucionalmente.

Las consecuencias de esta inestabilidad política sin precedentes para los incentivos y las instituciones económicas deberían ser evidentes. Aquella inestabilidad condujo a derechos de propiedad muy inseguros. Asimismo, produjo un debilitamiento grave del Estado mexicano, que pasó a tener poca autoridad y capacidad para aumentar los impuestos o proporcionar servicios públicos. De hecho, aunque Santa Ana fue presidente de México, grandes zonas del país no estaban bajo su control, lo que permitió la anexión de Texas por parte de Estados Unidos. Además, como acabamos de ver, la motivación para la declaración de independencia de México fue proteger el conjunto de instituciones económicas desarrolladas durante el período colonial, que había hecho de México, en palabras del gran explorador y geógrafo alemán de Latinoamérica, Alexander von Humbolt, «el país de la desigualdad». Aquellas instituciones, que basaban la sociedad en la explotación de los pueblos indígenas y la creación de monopolios, bloquearon los incentivos y las iniciativas de la gran masa de la población. Mientras Estados Unidos empezaba a experimentar la revolución industrial en la primera mitad del siglo XIX, México se hacía cada vez más pobre.

Tener una idea, crear una empresa y conseguir un préstamo

La revolución industrial empezó en Inglaterra. Su primer éxito fue revolucionar la producción de tejido de algodón utilizando nuevas máquinas accionadas por ruedas de agua y, posteriormente, por motores de vapor. La mecanización de la producción de algodón aumentó extraordinariamente la productividad de los trabajadores, primero en el sector textil y más adelante en otros sectores. El motor de los avances tecnológicos en la economía era la innovación, encabezada por nuevos emprendedores y hombres de negocios dispuestos a aplicar sus nuevas ideas. Este florecimiento inicial pronto se extendió a través del Atlántico Norte a Estados Unidos. La gente vio las grandes oportunidades económicas que aparecían al adoptar las nuevas tecnologías desarrolladas en Inglaterra. Y los inspiró para desarrollar sus propias invenciones.

Podemos intentar comprender la naturaleza de estas invenciones observando a quiénes les concedieron patentes. El sistema de patentes, que protege los derechos de propiedad de las ideas, se sistematizó en el Estatuto de los Monopolios legislado por el Parlamento inglés en 1623, en parte como intento de impedir que el rey continuara concediendo arbitrariamente «cartas de patente» a quien quisiera, con lo que concedía derechos exclusivos para llevar a cabo actividades o negocios concretos. Las pruebas que existen sobre las patentes concedidas en Estados Unidos resultan sorprendentes porque las personas a las que se les concedían procedían de todo tipo de orígenes y profesiones, no eran solamente personas ricas y de la élite. Muchos amasaron fortunas gracias a sus patentes, como por ejemplo Thomas Edison, inventor del fonógrafo y la bombilla, y fundador de General Electric, que todavía es una de las empresas más grandes del mundo. Era el menor de siete hermanos. Su padre, Samuel Edison, tuvo muchos trabajos, de cortador de tejas para cubiertas a sastre o tabernero. Thomas cursó pocos estudios formales, pero su madre le hacía seguir lecciones en casa.

Entre 1820 y 1845, solamente el 19 por ciento de los titulares de patentes de Estados Unidos tenían padres que fueran profesionales o de grandes familias terratenientes conocidas. Durante el mismo período, el 40 por ciento de los que poseían patentes solamente habían cursado estudios primarios o menos, igual que Edison. Además, a menudo explotaban su patente creando una empresa, también como Edison. Estados Unidos, en el siglo XIX, era un país más democrático en el ámbito político que prácticamente cualquier otro en aquel momento, y también lo era en lo relativo a la innovación. Este hecho fue fundamental para que se convirtiera en el país más innovador del mundo en el terreno económico.

Si uno era pobre y tenía una buena idea, podía conseguir una patente, lo que, al fin y al cabo, no era demasiado caro. No obstante, muy distinto era utilizar aquella patente para ganar dinero. Evidentemente, una forma de conseguirlo era vendérsela a alguien. Eso es lo que hizo Edison al principio, para conseguir un poco de capital, cuando vendió su telégrafo cuádruple a Western Union por 10.000 dólares. Sin embargo, vender patentes era buena idea solamente para alguien como Edison, que tenía ideas mucho más rápido de lo que las podía poner en práctica. (Consiguió un récord mundial, 1.093 patentes registradas a su nombre en Estados Unidos y 1.500 en todo el mundo.) La verdadera forma de ganar dinero gracias a una patente era crear un negocio, pero requería capital, y bancos que se lo prestaran a uno.

Los inventores de Estados Unidos tenían suerte. Durante el siglo XIX, hubo una rápida expansión de la banca y la intermediación financiera, que fueron decisivas para facilitar la industrialización y el rápido crecimiento que experimentó la economía. Mientras que en 1818 había 338 bancos en funcionamiento en Estados Unidos, con activos totales por valor de 160 millones de dólares, en 1914 ya había 27.864 bancos, con activos totales valorados en 27.300 millones de dólares. Los inventores en potencia tenían fácil acceso al capital para crear sus empresas. Además, la intensa competencia entre

bancos e instituciones financieras provocaba que el capital estuviera disponible a tipos de interés bastante bajos.

El caso de México era muy distinto. De hecho, en 1910, cuando empezó la revolución mexicana, solamente había 42 bancos en México y dos de ellos controlaban el 60 por ciento de todos los activos bancarios. A diferencia de Estados Unidos, donde la competencia era feroz, prácticamente no había competencia entre los bancos mexicanos. Esta falta de competencia significaba que los bancos podían cobrar a sus clientes tipos de interés muy elevados y, normalmente, limitaban los préstamos a los privilegiados y a los que ya eran ricos, que utilizaban su acceso al crédito para aumentar su control en los distintos sectores de la economía.

La forma que adoptó el sector bancario mexicano en los siglos XIX y XX fue el resultado directo de las instituciones políticas posteriores a la independencia del país. Tras el caos de la era de Antonio López de Santa Ana, hubo un intento fallido del gobierno francés del emperador Napoleón II de crear un régimen colonial en México bajo el emperador Maximiliano entre 1864 y 1867. Los franceses fueron expulsados y se redactó una nueva Constitución. Sin embargo, el gobierno formado, primero, por Benito Juárez y, tras su muerte, por Sebastián Lerdo de Tejada, pronto fue cuestionado por un joven militar llamado Porfirio Díaz. Éste había sido un general victorioso en la guerra contra los franceses que desarrolló aspiraciones de poder. Formó un ejército rebelde y, en noviembre de 1876, derrotó al ejército del gobierno en la batalla de Tecoac. En mayo del año siguiente se autoproclamó presidente. Más adelante, gobernó México de una forma más o menos ininterrumpida y cada vez más autoritaria hasta su derrocamiento durante el estallido de la revolución, treinta y cuatro años más tarde.

Como Iturbide y Santa Ana antes que él, Díaz inició su carrera como comandante militar. No cabe duda de que aquel itinerario profesional hasta llegar a la política era conocido en Estados Unidos. El primer presidente estadounidense, George Washington, también fue un general de éxito en la guerra de Independencia. Ulysses S. Grant, uno de los generales de la Unión que ganaron la guerra civil, se convirtió en presidente en 1869, y Dwight D. Eisenhower, el comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa durante la segunda guerra mundial, fue presidente de Estados Unidos entre 1953 y 1961. Sin embargo, a diferencia de Iturbide, Santa Ana y Díaz, ninguno de aquellos militares utilizó la fuerza para llegar al poder. Tampoco la emplearon para evitar tener que renunciar al poder. Ellos acataban la Constitución. Y a pesar de que México tuviera constituciones en el siglo XIX, éstas imponían pocos límites a lo que podían hacer Iturbide, Santa Ana y Díaz. Aquellos hombres sólo podían ser apartados del poder de la misma forma en la que lo habían logrado: mediante el uso de la fuerza.

Díaz violaba los derechos de propiedad de la población, facilitando la expropiación de enormes extensiones de tierra, y concedía monopolios y favores a sus seguidores en todo tipo de negocios, incluida la banca. Aquel comportamiento no era nuevo, sino que reproducía exactamente lo que habían hecho los conquistadores españoles y también Santa Ana siguiendo su ejemplo.

La razón de que Estados Unidos tuviera un sector bancario radicalmente mejor para la prosperidad económica del país no tenía nada que ver con las diferencias en la motivación de aquellos que poseían los bancos. De hecho, el ánimo de lucro que sostenía la naturaleza monopolística del sector bancario en México también estaba presente en Estados Unidos. Sin embargo, se canalizó de formas distintas debido a que las instituciones estadounidenses eran radicalmente distintas. Los banqueros se enfrentaban a instituciones económicas diferentes que los sometían a una competencia mucho mayor. Y aquello se debía, en gran parte, a que los políticos que elaboraron las reglas para los banqueros se enfrentaban a incentivos muy distintos personalmente, forjados por diferentes instituciones políticas.

De hecho, a finales del siglo XVIII, poco después de que la Constitución de Estados Unidos entrara en vigor, empezó a aparecer un sistema bancario de aspecto similar al que posteriormente dominaría México. Los políticos intentaron establecer monopolios bancarios estatales que podían dar a sus amigos y socios a cambio de parte de los beneficios del monopolio. Los bancos pronto iniciaron el negocio de prestar dinero a los políticos que los regulaban, igual que en México. No obstante, esta situación no era sostenible en Estados Unidos, porque los políticos que intentaban crear aquellos monopolios bancarios, a diferencia de sus homólogos mexicanos, estaban sujetos a elección y reelección. Crear monopolios bancarios y dar préstamos a los políticos es un buen negocio para los políticos, si nadie se lo impide. Sin embargo, no es especialmente bueno para los ciudadanos. A diferencia de México, en Estados Unidos los ciudadanos podían mantener a raya a los políticos y librarse de aquellos que utilizaran su cargo para enriquecerse o crear monopolios para sus secuaces. En consecuencia, los monopolios bancarios se desmoronaron. La amplia distribución de los derechos políticos en Estados Unidos, especialmente si se compara con México, aseguró un acceso igualitario a la financiación y los créditos, lo que, a su vez, garantizó que quienes tuvieran ideas e invenciones pudieran beneficiarse de ellos.

El cambio que depende del camino

Entre 1870 y 1890, el mundo estaba cambiando, y América Latina no era una excepción. Las instituciones que Porfirio Díaz estableció no eran idénticas a las de Santa Ana ni al estado colonial español. La economía mundial marchaba muy bien en la segunda mitad del siglo XIX, y las innovaciones en el transporte como el barco de vapor y el ferrocarril condujeron a una enorme expansión del comercio internacional. Aquella ola de globalización significó que países ricos en recursos como México (o, mejor dicho, las élites de esos países) se podían enriquecer exportando materias primas y recursos naturales a Norteamérica o Europa occidental que estaban en proceso de industrialización. Por lo tanto, Díaz y sus secuaces se encontraron en un mundo distinto que cambiaba rápidamente, y se dieron cuenta de que México también tenía que cambiar. Sin embargo, el cambio no significaba arrancar las instituciones coloniales y sustituirlas por unas similares a las de Estados Unidos. Su cambio dependía del camino, solamente conducía a la siguiente etapa de las instituciones que ya habían hecho que gran parte de América Latina fuera pobre y poco igualitaria.

La globalización hizo que los grandes espacios abiertos de América, sus «fronteras abiertas», fueran valiosos. A menudo, aquellas fronteras solamente estaban abiertas de forma ficticia, ya que estaban habitadas por pueblos indígenas a los que se los desposeía de forma brutal. De todas formas, la lucha por este nuevo y valioso recurso fue uno de los procesos definitorios de América en la segunda mitad del siglo XIX. La apertura repentina de esta valiosa frontera no condujo a procesos paralelos en Estados Unidos y América Latina, sino a una mayor divergencia, perfilada por las diferencias institucionales existentes, especialmente las relacionadas con quién tenía acceso a la tierra. En Estados Unidos, una larga serie de leyes legislativas, desde la Ordenanza territorial de 1785 hasta la Ley de asentamientos rurales de 1862, dieron un amplio acceso a las tierras fronterizas. A pesar de que los pueblos indígenas habían sido marginados, aquello creó una frontera igualitaria y económicamente dinámica. En cambio, en la mayoría de los países latinoamericanos, las instituciones políticas condujeron a un resultado muy distinto. Las tierras fronterizas fueron asignadas a los que tenían poder político, riqueza y contactos, y aquello hizo que aquellas personas fueran todavía más poderosas.

Porfirio Díaz también empezó a desmantelar muchos de los legados institucionales coloniales específicos que impedían el comercio internacional, e imaginaba que podría enriquecerse enormemente, él y sus seguidores. Su modelo continuaba sin ser el tipo de desarrollo económico que veía al norte de Río Grande. Era el modelo de Cortés, Pizarro y Toledo, en el que la élite amasaba fortunas enormes mientras que el resto de la población quedaba excluida. Cuando la élite invertía, la economía crecía un poco, pero aquel crecimiento económico siempre iba a ser decepcionante. También se produjo a costa de quienes no tenían derechos en aquel nuevo orden, como el pueblo yaqui de Sonora, en el *hinterland* de Nogales. Entre 1900 y 1910, unos treinta mil yaquis fueron deportados, esencialmente esclavizados y enviados a trabajar a las plantaciones de henequén del Yucatán. (Las fibras de esta planta eran una exportación valiosa porque se podían utilizar para hacer cuerda y cordel.)

Un buen ejemplo de la persistencia hasta el siglo XX de un modelo institucional específico hostil para el crecimiento en México es el hecho de que, igual que en el siglo XIX, el modelo generó estancamiento económico e inestabilidad política, guerras civiles y golpes de Estado mientras los distintos grupos luchaban por los beneficios que acarreaba el poder. Finalmente, Díaz perdió el poder, que quedó en manos de los revolucionarios en 1910. La revolución mexicana fue seguida por otras en Bolivia en 1952, Cuba en 1959 y Nicaragua en 1979. Mientras tanto, las guerras civiles continuas y encarnizadas se prolongaban en Colombia, El Salvador, Guatemala y Perú. La expropiación o la amenaza de expropiación de activos continuaba a un ritmo acelerado, con las reformas agrarias masivas (o el intento de reformas) en Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Guatemala, Perú y Venezuela. Las revoluciones, las expropiaciones y la inestabilidad política llegaron acompañadas de gobiernos militares y varios tipos de dictadura. A pesar de que también había una deriva gradual hacia mayores derechos políticos, no ha sido hasta la década de los noventa cuando la mayoría de los países latinoamericanos se han convertido en democracias, e incluso así continúan sumidas en la inestabilidad.

Esta inestabilidad vino acompañada por el asesinato y la represión en masa. El informe de 1991 de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación de Chile determinó que 2.279 personas habían sido asesinadas por motivos políticos durante la dictadura de Pinochet entre 1973 y 1990. Posiblemente 50.000 fueron encarceladas y torturadas y cientos de miles fueron despedidas de su trabajo. El informe de la Comisión para la Clarificación Histórica de Guatemala de 1999 señalaba un total de 42.275 víctimas identificadas, aunque otros han señalado que hasta 200.000 fueron asesinadas entre 1962 y 1996, 70.000 durante el régimen del general Efraín Ríos Montt, que fue capaz de cometer estos crímenes con tal impunidad que pudo presentarse a presidente en el año 2003; afortunadamente, no ganó. La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas de Argentina cifra en 9.000 el número de personas asesinadas por los militares en aquel país entre 1976 y 1983, a pesar de que apunta que el número real podría ser superior. (Las organizaciones de derechos humanos calculan que fueron unos 30.000.)

Ganar 1.000 o 2.000 millones

Las implicaciones persistentes de la organización de la sociedad colonial y de los legados institucionales de estas sociedades perfilan las actuales diferencias entre Estados Unidos y México y, por lo tanto, entre las dos partes de Nogales. El contraste entre cómo Bill Gates y Carlos Slim se convirtieron en los hombres más ricos del mundo (Warren Buffett también es un aspirante) ilustra las

fuerzas imperantes. El auge de Gates y Microsoft es muy conocido, pero el estatus de Gates como persona más rica del mundo y fundador de una de las empresas más innovadoras desde el punto de vista tecnológico no impidió que el Departamento de Justicia de Estados Unidos entablara demandas civiles contra Microsoft el 8 de mayo de 1998 y afirmara que esta empresa había abusado del poder del monopolio. Una cuestión crucial era la forma en la que Microsoft había vinculado su navegador web, Internet Explorer, a su sistema operativo Windows. El gobierno había estado vigilando a Bill Gates durante bastante tiempo y, ya en 1991, la Comisión Federal de Comercio había iniciado una investigación para estudiar si esta empresa estaba abusando de su monopolio en sistemas operativos para PC. En noviembre de 2001, Microsoft llegó a un trato con el Departamento de Justicia. Le cortaron las alas, aunque el castigo fuera menor de lo que se pedía.

En México, Carlos Slim no ganó dinero mediante la innovación. Al principio, destacó en negocios bursátiles y en comprar y modernizar empresas que no eran rentables. Su golpe maestro fue la adquisición de Telmex, el monopolio de telecomunicaciones mexicano que fue privatizado por el presidente Carlos Salinas en 1990. El gobierno anunció su intención de vender el 51 por ciento de las acciones con derecho a voto (el 20,4 por ciento de las acciones totales) en la empresa en setiembre de 1989 y recibió ofertas en noviembre de 1990. A pesar de que Slim no hizo la oferta más elevada, un consorcio liderado por su Grupo Carso ganó la subasta. Y en lugar de pagar las acciones inmediatamente, Slim consiguió retrasar el pago, y utilizó los dividendos del mismo Telmex para pagar las acciones. Lo que una vez fue un monopolio público se había convertido en el monopolio de Slim, y era enormemente rentable.

Las instituciones económicas que hicieron que Carlos Slim fuera quien es son muy distintas de las de Estados Unidos. Para un emprendedor mexicano, los obstáculos de entrada serán cruciales en todas las etapas de su carrera profesional. Estos obstáculos incluyen licencias caras que obtener, burocracia con la que lidiar, políticos y titulares de otros cargos que obstaculizan el camino y la dificultad de conseguir financiación en un sector financiero a menudo confabulado con los titulares de los cargos con los que el emprendedor está tratando de competir. Estos obstáculos pueden ser insuperables, y mantener al emprendedor fuera de las áreas lucrativas, o ser su mejor amigo, y mantener a distancia a la competencia. Evidentemente, la diferencia entre ambos casos radica en a quién conoce uno y en quién puede influir, y, sí, también a quién puede sobornar. Carlos Slim es un hombre ambicioso y con talento, de origen relativamente humilde, procedente de una familia de inmigrantes libaneses, que ha sido un maestro a la hora de obtener contratos exclusivos. Consiguió monopolizar el lucrativo mercado de las telecomunicaciones de México y, posteriormente, amplió su alcance al resto de América Latina.

El monopolio Telmex de Slim ha topado con dificultades, pero las ha superado. En 1996, Avantel, un proveedor de telefonía a larga distancia, solicitó ante la Comisión Federal de la Competencia mexicana que comprobara si Telmex tenía una posición dominante en el mercado de las telecomunicaciones. En 1997, la Comisión declaró que Telmex tenía un poder de monopolio sustancial respecto a la telefonía local, las llamadas nacionales a larga distancia y las internacionales a larga distancia, entre otras cosas. Sin embargo, los intentos por parte de las autoridades reguladoras de México de limitar estos monopolios fueron en vano. Una razón es que Slim y Telmex pueden utilizar lo que se conoce como recurso de amparo. Un amparo, de hecho, es una petición para que una ley concreta no sea aplicable en el propio caso. La idea del amparo se remonta a la Constitución mexicana de 1857 y, originalmente, su intención era salvaguardar los derechos y las libertades individuales. No obstante, en manos de Telmex y otros monopolios mexicanos, se ha convertido en una herramienta formidable para consolidar el poder de monopolio. En lugar de proteger los derechos de las personas,

el amparo proporciona una laguna legal que impide la igualdad ante la ley.

Slim ha ganado este dinero en la economía mexicana en gran parte gracias a sus conexiones políticas. En los momentos en los que se ha aventurado a ir a Estados Unidos, no ha tenido éxito. En 1999, su Grupo Carso adquirió la empresa de distribución de productos informáticos CompUSA. En aquel momento, CompUSA había acordado una franquicia con una empresa llamada COC Services para vender sus productos en México. Slim inmediatamente rompió ese contrato con la intención de establecer su propia cadena de tiendas, evitando la competencia de COC. Sin embargo, COC demandó a CompUSA en un tribunal de Dallas. No hay amparos en Dallas, así que Slim perdió, y le impusieron una multa de 454 millones de dólares. El abogado de COC, Mark Werner, apuntó después que «el mensaje de este veredicto es que, en esta economía global, las empresas deben respetar las reglas de Estados Unidos si quieren venir aquí». Cuando Slim estuvo sometido a las instituciones de Estados Unidos, sus tácticas habituales para ganar dinero no funcionaron.

Hacia una teoría de la desigualdad mundial

Vivimos en un mundo que no es igualitario. Las diferencias que existen entre los países son similares a las que hay entre las dos partes de Nogales, pero a mayor escala. En los países ricos, las personas están más sanas, viven más tiempo y tienen unos niveles de educación más altos. Asimismo, pueden acceder a una serie de comodidades y opciones en la vida, desde vacaciones hasta carreras profesionales, con las que las personas de los países pobres solamente pueden soñar. Además, los habitantes de los países ricos conducen por carreteras sin baches y disfrutan de lavabos, electricidad y agua corriente en sus hogares. Normalmente, sus gobiernos no los detienen ni los hostigan arbitrariamente; al contrario, les proporcionan servicios que incluyen educación, atención sanitaria, carreteras y ley y orden. También hay que señalar que los ciudadanos votan en las elecciones y tienen cierta voz en la dirección política que toman sus países.

Las grandes diferencias en la desigualdad mundial son evidentes para todos, incluso para los habitantes de países pobres, aunque muchos carezcan de acceso a la televisión o a Internet. Es la percepción y la realidad de estas diferencias lo que empuja a la gente a cruzar el río Grande o el mar Mediterráneo ilegalmente para tener la ocasión de experimentar las oportunidades y el nivel de vida de los países ricos. Esta desigualdad no tiene consecuencias solamente para la vida de las personas de los países pobres, sino que también provoca agravio y resentimiento, con consecuencias políticas enormes en Estados Unidos y en otros lugares. Comprender por qué existen estas diferencias y qué las provoca es nuestro objetivo central al escribir este libro. Lograr comprenderlo no es un fin en sí mismo, sino un primer paso para generar ideas sobre cómo mejorar la vida de miles de millones de personas que todavía viven en la pobreza.

Las disparidades entre los dos lados de la valla en Nogales son solamente la punta del iceberg. Igual que ocurre en el norte de México, que se beneficia del comercio con Estados Unidos, incluso aunque no todo sea legal, los residentes de Nogales son más prósperos que otros mexicanos, cuya renta anual media por hogar es del orden de cinco mil dólares. Esta mayor prosperidad relativa de Nogales (Sonora) procede de las fábricas maquiladoras centralizadas en polígonos industriales, la primera de las cuales fue montada por Richard Campbell Jr., un fabricante de cestas de California. El primer arrendatario fue Coin-Art, la empresa de instrumentos musicales de Richard Bosse, propietario de la fábrica de flautas y saxofones Artley de Nogales (Arizona). Después de Coin-Art, llegó

Memorex (cableado informático), Avent (confección para hospitales), Grant (gafas de sol), Chamberlain (fabricante de dispositivos abrepuertas de garaje para Sears), y Samsonite (maletas). Es significativo que todos sean hombres de negocios y empresas de Estados Unidos, que utilizan capital y *know how* estadounidense. Por lo tanto, la mayor prosperidad de Nogales (Sonora) respecto al resto de México procede del exterior.

Las diferencias entre Estados Unidos y México, a su vez, son pequeñas comparadas con las que existen en todo el mundo. El ciudadano medio estadounidense es siete veces más próspero que el mexicano medio y más de diez veces más que el de Perú o América Central. Es unas veinte veces más próspero que el habitante medio del África subsahariana y casi cuarenta veces más que los naturales de los países africanos más pobres, como Mali, Etiopía y Sierra Leona. Y no sólo es en Estados Unidos. Existe un grupo pequeño pero creciente de países ricos (principalmente en Europa y Norteamérica, junto con Australia, Japón, Nueva Zelanda, Singapur, Corea del Sur y Taiwán) cuyos ciudadanos disfrutan de vidas muy distintas a las de los del resto del mundo.

La razón de que Nogales (Arizona) sea mucho más rica que Nogales (Sonora) es sencilla: se debe a las diferencias existentes entre las instituciones de ambos lados de la frontera, que crean incentivos muy distintos para los habitantes de Nogales (Arizona) y de Nogales (Sonora). Estados Unidos también es un país mucho más rico actualmente que México o Perú debido a que sus instituciones, tanto económicas como políticas, determinan de forma distinta los incentivos para empresas, individuos y políticos. Cada sociedad funciona con una serie de reglas políticas y económicas creadas e impuestas por el Estado y los ciudadanos colectivamente. Las instituciones económicas dan forma a los incentivos económicos: los incentivos para recibir una educación, ahorrar e invertir, innovar y adoptar nuevas tecnologías, etcétera. Es el proceso político lo que determina bajo qué instituciones económicas se vivirá y son las instituciones políticas las que determinan cómo funciona este proceso. Por ejemplo, las instituciones políticas de una nación determinan la capacidad de los ciudadanos de controlar a los políticos e influir en su comportamiento. Esto, a su vez, determina si los políticos son agentes (aunque sea imperfectos) de los ciudadanos, o si son capaces de abusar del poder que se les confía o que han usurpado, para amasar sus propias fortunas y seguir sus objetivos personales en detrimento de los de los ciudadanos. Las instituciones políticas incluyen constituciones escritas y si la sociedad es una democracia, pero no se limitan a ello. Incluyen el poder y la capacidad del Estado para regular y gobernar la sociedad. También es necesario considerar más ampliamente los factores que determinan cómo se reparte el poder político en la sociedad, sobre todo la capacidad de los distintos grupos de actuar colectivamente para conseguir sus objetivos o impedir que otras personas consigan los suyos.

Como las instituciones influyen en el comportamiento y los incentivos en la vida real, forjan el éxito o el fracaso de los países. El talento individual importa en todos los niveles de la sociedad, pero incluso este factor requiere un marco institucional para transformarse en una fuerza positiva. Bill Gates, al igual que otras figuras legendarias del sector de la tecnología de la información (como Paul Allen, Steve Ballmer, Steve Jobs, Larry Page, Sergey Brin y Jeff Bezos), tenía una ambición y un talento inmensos, pero, en última instancia, respondía a incentivos. El sistema escolar estadounidense permitió que Bill Gates y otros como él adquirieran un conjunto único de habilidades con las que complementar sus talentos. Las instituciones económicas de este país permitieron que estos hombres crearan empresas con facilidad, sin enfrentarse a obstáculos infranqueables. E hicieron que la financiación de sus proyectos fuera factible. El mercado laboral estadounidense les permitió contratar a personal cualificado y el entorno de mercado relativamente competitivo posibilitó que ampliaran sus empresas y comercializaran sus productos. Estos emprendedores tenían confianza desde el principio

en que podrían llevar a la práctica sus proyectos soñados: confiaban en las instituciones y en el Estado de derecho que éstas generaban y no se preocupaban por la seguridad de sus derechos de propiedad. Por último, las instituciones políticas garantizaban la estabilidad y la continuidad. Se aseguraban de que no había ningún riesgo de que un dictador se hiciera con el poder y cambiara las reglas del juego, expropiara la riqueza de los emprendedores o amenazara sus vidas o su trabajo. También se aseguraban de que ningún interés concreto de la sociedad pudiera hacer que el gobierno tomara un rumbo desastroso desde el punto de vista económico. Y esto era posible porque el poder político estaba limitado y suficientemente repartido. De esta forma, podía haber prosperidad, porque un conjunto de instituciones económicas creaban los incentivos para que fuera factible.

En este libro se mostrará que, aunque las instituciones económicas sean críticas para establecer si un país es pobre o próspero, son la política y las instituciones políticas las que determinan las instituciones económicas que tiene un país. En última instancia, las buenas instituciones económicas de Estados Unidos fueron el resultado de las instituciones políticas que aparecieron gradualmente después de 1619. Nuestra teoría para explicar la desigualdad mundial señala cómo interactúan las instituciones políticas y económicas para crear pobreza o prosperidad y cómo las distintas partes del mundo acabaron con conjuntos de instituciones tan distintos. Nuestra breve revisión de la historia de las distintas zonas de América empieza a dar un sentido de las fuerzas que perfilan las instituciones políticas y económicas. Los distintos modelos de las instituciones actuales están profundamente arraigados en el pasado, porque, una vez que una sociedad se organiza de una forma concreta, ésta tiende a persistir. Mostraremos que este hecho procede de la forma en la que interactúan las instituciones políticas y económicas.

Esta persistencia y las fuerzas que la crean también explican por qué es tan difícil eliminar la desigualdad mundial y hacer que los países pobres sean prósperos. A pesar de que las instituciones sean clave para establecer las diferencias entre las dos Nogales y entre México y Estados Unidos, esto no significa que haya un consenso en México para cambiar las instituciones. No es necesario que una sociedad desarrolle o adopte las instituciones que son mejores para el crecimiento económico o el bienestar de sus ciudadanos, porque otras instituciones pueden ser incluso mejores para las personas que controlan la política y las instituciones políticas. Los poderosos y el resto de la sociedad a menudo están en desacuerdo sobre qué conjunto de instituciones deberían continuar en vigor y cuáles se deberían cambiar. Carlos Slim no se habría alegrado de ver cómo se esfumaban sus conexiones políticas y los obstáculos de entrada que protegen sus empresas (independientemente de que la entrada de nuevas empresas enriquecería a millones de mexicanos). Como no existe este consenso, las reglas con las que acaba la sociedad están determinadas por los políticos: quién tiene poder y cómo se puede ejercer. Carlos Slim tiene el poder de conseguir lo que quiera. El poder de Bill Gates está mucho más limitado. Por eso, nuestra teoría no trata sólo de la economía, sino también de la política, de los efectos de las instituciones en el éxito y el fracaso de los países y, en consecuencia, en la economía de la pobreza y la prosperidad. También trata de cómo se determinan y cambian las instituciones con el tiempo y cómo no cambian aunque creen pobreza y miseria para millones de personas. Por lo tanto, trata de la política de la pobreza y la prosperidad.

2

Teorías que no funcionan

El estado de la cuestión

El objetivo de nuestro libro es explicar la desigualdad mundial y también algunos de los amplios modelos fácilmente visibles que anidan en su interior. El primer país que experimentó un crecimiento económico sostenido fue Inglaterra (o Gran Bretaña, como se conoce a la unión de Inglaterra, Gales y Escocia después de 1707). El crecimiento emergió lentamente en la segunda mitad del siglo XVIII con el desarrollo de la revolución industrial, que se basó en grandes avances tecnológicos y en su aplicación a la industria. La industrialización de Inglaterra pronto dio paso a la de la mayor parte de Europa occidental y Estados Unidos. La prosperidad inglesa también se expandió rápidamente a los «asentamientos de colonos» británicos de Canadá, Australia y Nueva Zelanda. En una lista de los treinta países más ricos actualmente, se incluirían éstos y Japón, Singapur y Corea del Sur. La prosperidad de estos tres últimos, a su vez, forma parte de un modelo más amplio en el que muchos países del este de Asia, incluidos Taiwán y más adelante China, han experimentado recientemente un rápido crecimiento.

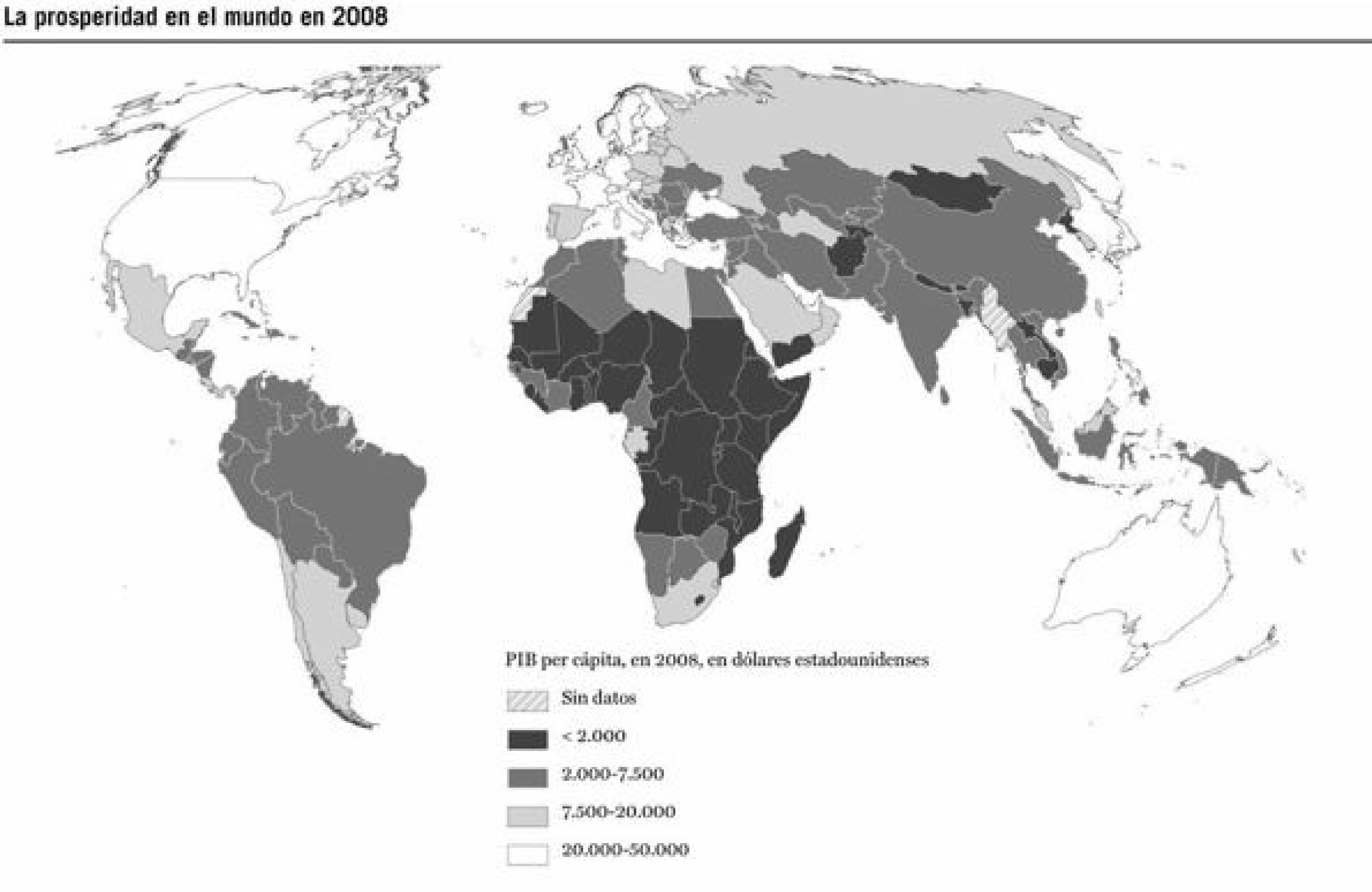
La parte inferior de la distribución de la renta mundial dibuja una imagen tan marcada y distintiva como la parte superior. Si se hace una lista de los treinta países más pobres del mundo actualmente, se ve que casi todos se encuentran en el África subsahariana. Además, también aparecen otros como Afganistán, Haití y Nepal, que, aunque no estén en África, comparten algo crítico con los países africanos, como explicaremos más adelante. Si retrocediéramos cincuenta años, los países de la parte superior e inferior no cambiarían mucho. Singapur y Corea del Sur no estarían entre los más ricos, y habría varios cambios entre los treinta últimos, pero la imagen general sería notablemente parecida a la que vemos hoy en día. Si retrocediéramos cien años, o ciento cincuenta, encontraríamos prácticamente los mismos países en los mismos grupos.

En el mapa 3, se indica la situación en 2008. Los países que muestran el color más oscuro son los más pobres del mundo, con una renta media per cápita (denominada PIB, producto interior bruto, por los economistas) inferior a 2.000 dólares anuales. La mayor parte de África está pintada de este color, igual que Afganistán, Haití y partes del Sudeste asiático (por ejemplo, Camboya y Laos). Corea del Norte también se encuentra en este grupo. Los países en blanco son los más ricos, es decir, los que tienen una renta anual per cápita de 20.000 dólares o más. Aquí encontramos a los sospechosos habituales: Norteamérica, Europa occidental, Australasia y Japón.

Además, se puede percibir otro patrón interesante en América. Si se elabora una lista de los países del continente americano, del más rico al más pobre, se ve que los que aparecen en primer lugar son Estados Unidos y Canadá. A continuación, Chile, Argentina, Brasil, México y Uruguay, y quizá también Venezuela, en función del precio del petróleo. Luego aparecen Colombia, República Dominicana, Ecuador y Perú. Al final de la lista, otro grupo, mucho más pobre, que incluye a Bolivia, Guatemala y Paraguay. Si retrocedemos cincuenta años, veremos que la clasificación es idéntica. Cien años: lo mismo. Ciento cincuenta años: lo mismo otra vez. Por lo tanto, no es sólo que Estados Unidos y Canadá sean más ricos que América Latina, sino que existe una brecha definitiva y persistente entre los países ricos y pobres dentro de América Latina.

MAPA 3

La prosperidad en el mundo en 2008



Por último, un modelo interesante es el de Oriente Próximo. Allí, encontramos países ricos en petróleo como Arabia Saudí y Kuwait, que tienen niveles de renta cercanos a los de nuestro «top treinta». Sin embargo, si cayera el precio del petróleo, rápidamente bajarían en la tabla. Los países de Oriente Próximo con poco o nada de petróleo, como Egipto, Jordania y Siria, se agrupan en un nivel de renta similar al de Guatemala o Perú. Sin petróleo, los países de Próximo Oriente también son todos pobres, pero como los de América Central y los Andes, no tan pobres como los del África subsahariana.

Aunque los patrones de prosperidad que vemos a nuestro alrededor hoy en día puedan parecer persistentes, estos patrones no son inalterables o inmutables. En primer lugar, como ya hemos señalado, la mayor parte de la desigualdad del mundo apareció a partir de finales del siglo XVIII, poco después de la revolución industrial. No solamente había brechas mucho menores en la prosperidad a mediados del siglo XVIII, sino que las clasificaciones, tan estables, hasta entonces, no son las mismas cuando retrocedemos en la historia. Por ejemplo, en América, la clasificación para los últimos ciento cincuenta años era completamente distinta hace quinientos años. En segundo lugar, muchos países han experimentado varias décadas de crecimiento rápido, como gran parte del este de Asia desde la segunda guerra mundial y, más recientemente, China. Muchos de estos países vieron posteriormente cómo se invertía la tendencia de este crecimiento. Por ejemplo, Argentina creció rápidamente durante cinco décadas hasta 1920 y se convirtió en uno de los países más ricos del mundo, pero después empezó una larga cuesta abajo. La Unión Soviética es un ejemplo todavía más destacable. Creció rápidamente entre 1930 y 1970, pero después se desplomó rápidamente.

¿Qué explica estas diferencias cruciales en la pobreza y la prosperidad y los modelos de crecimiento? ¿Por qué los países de Europa occidental y sus ramificaciones coloniales llenas de colonos europeos empezaron a crecer en el siglo XIX, sin apenas mirar atrás? ¿Qué explica la clasificación persistente de la desigualdad entre las distintas zonas de América? ¿Por qué los países de África subsahariana y Oriente Próximo no lograron el tipo de crecimiento económico observado en Europa occidental, mientras que gran parte del este asiático ha experimentado ritmos de crecimiento económico de vértigo?

Se podría pensar que el hecho de que la desigualdad mundial sea tan enorme y significativa y con modelos tan marcados querría decir que tiene una explicación bien aceptada. Sin embargo, no es así. La mayoría de las hipótesis que han propuesto los sociólogos para los orígenes de la pobreza y la prosperidad simplemente no funcionan y no explican convincentemente la situación.

La hipótesis geográfica

Una teoría ampliamente aceptada de las causas de la desigualdad mundial es la hipótesis de la geografía, que afirma que la gran brecha entre países ricos y pobres se debe a las diferencias geográficas. Muchos países pobres, como los de África, América Central y el sur de Asia, se encuentran entre los trópicos de Cáncer y Capricornio. En cambio, los países ricos suelen estar en latitudes templadas. Esta concentración geográfica de la pobreza y la prosperidad da un atractivo superficial a la hipótesis geográfica, que es el punto de partida de las teorías e ideas de muchos sociólogos y expertos. No obstante, no por eso está menos equivocada.

Ya a finales del siglo XVIII, el gran filósofo político francés Montesquieu observó la concentración geográfica de la prosperidad y la pobreza y propuso una explicación para ello. Afirmó que los habitantes de los climas tropicales tendían a ser holgazanes y a no ser nada curiosos. En consecuencia,

no se esforzaban en el trabajo, ni innovaban, y ésa era la razón de que fueran pobres. También afirmaba que los individuos holgazanes tendían a estar gobernados por déspotas, lo que sugería que una ubicación tropical podía explicar no solamente la pobreza, sino también algunos de los fenómenos políticos asociados con el fracaso económico, como las dictaduras.

La teoría de que los países cálidos son intrínsecamente pobres, a pesar de contradecirse por el reciente y rápido avance económico de países como Singapur, Malasia y Botsuana, todavía es defendida enérgicamente por algunas voces, como la del economista Jeffrey Sachs. La versión moderna de esta idea hace énfasis no en los efectos directos del clima en el esfuerzo a la hora de trabajar o pensar, sino en dos argumentos adicionales: en primer lugar, que las enfermedades tropicales, sobre todo la malaria, tienen consecuencias muy adversas para la salud y, en consecuencia, para la productividad en el trabajo; en segundo lugar, que el suelo tropical no permite desarrollar una agricultura productiva. De todas formas, la conclusión es la misma: los climas templados tienen una ventaja relativa frente a las zonas tropicales y semitropicales.

Sin embargo, la desigualdad mundial no se puede explicar mediante climas o enfermedades, ni otras versiones de las hipótesis geográficas. Simplemente, pensemos en Nogales. Lo que separa a las dos partes no es el clima, la geografía ni las enfermedades medioambientales, sino la frontera entre Estados Unidos y México.

Si la hipótesis geográfica no puede explicar las diferencias entre el norte y el sur de Nogales, o Corea del Norte y del Sur, o entre las dos Alemanias antes de la caída del Muro de Berlín, ¿podría ser todavía una teoría útil para explicar las diferencias entre Norteamérica y Sudamérica? ¿O entre Europa y África? Sencillamente, no.

La historia ilustra que no existe una conexión sencilla ni duradera entre el clima o la geografía y el éxito económico. Por ejemplo, no es cierto que los trópicos siempre hayan sido más pobres que las latitudes templadas. Como vimos en el primer capítulo, en el momento de la conquista de América por parte de Cristóbal Colón, las zonas al sur del trópico de Cáncer y al norte del trópico de Capricornio, que hoy en día incluyen México, América Central, Perú y Bolivia, fueron los lugares en los que se desarrollaron las grandes civilizaciones azteca e inca. Aquellos imperios estaban centralizados políticamente y eran complejos, construyeron carreteras y eran capaces de aliviar las hambrunas. Los aztecas tenían dinero y escritura, y los incas, a pesar de carecer de estos dos elementos clave, registraron una cantidad ingente de información en cuerdas con nudos llamadas quipus. En cambio, en la época de los aztecas y los incas, el norte y el sur de la zona habitada por estos dos pueblos, que actualmente incluye Estados Unidos, Canadá, Argentina y Chile, estaban habitados en su mayoría por civilizaciones en la edad de Piedra que carecían de aquellas tecnologías. Por lo tanto, los trópicos de América eran mucho más ricos que las zonas templadas, lo que sugiere que el «hecho obvio» de la pobreza tropical ni es obvio ni es un hecho. Al contrario, la mayor riqueza de Estados Unidos y Canadá representa un cambio radical respecto a lo que había allí cuando llegaron los europeos.

Este cambio radical, sin duda, no tuvo nada que ver con la geografía, sino que, como hemos visto, estuvo relacionado con la forma en la que aquellas zonas fueron colonizadas. Además, no se trata de un cambio limitado a las distintas zonas de América. Los pueblos del sur de Asia, sobre todo los del subcontinente indio y China, eran más prósperos que la mayoría de los pueblos de muchas otras partes de Asia y, sin duda, más que los de Australia y Nueva Zelanda. Aquello también sufrió un cambio brusco cuando Corea del Sur, Singapur y Japón aparecieron como los países más ricos de Asia, y Australia y Nueva Zelanda superaron a prácticamente toda Asia en lo que respecta a la prosperidad. Incluso en el África subsahariana hubo un cambio similar. Más recientemente, antes del inicio del intenso contacto europeo con África, la zona sur de África era la que tenía asentamientos más

dispersos y estaba más lejos de lograr Estados desarrollados con algún tipo de control en su territorio. Sin embargo, ahora, Sudáfrica es uno de los países más prósperos del África subsahariana. Si retrocedemos más en la historia, veremos que hubo mucha prosperidad en los trópicos; algunas de las grandes civilizaciones premodernas, como la angkor en la Camboya moderna, la vijayanagara en el sur de la India y la aksum en Etiopía, florecieron en los trópicos, así como las grandes civilizaciones del valle del Indo de Mohenjo-Daro y Harappa en el Pakistán moderno. Por lo tanto, la historia deja pocas dudas de que no existe una simple conexión entre una ubicación tropical y el éxito económico.

Evidentemente, las enfermedades tropicales causan mucho sufrimiento y altas tasas de mortalidad infantil en África, pero no son la razón de que este continente sea pobre. La enfermedad, en gran parte, es consecuencia de la pobreza y de que los gobiernos son incapaces o no tienen la voluntad de poner en marcha las medidas de atención sanitaria pública necesarias para erradicarlas. En el siglo XIX, Inglaterra también era un sitio muy poco saludable, pero el gobierno invirtió gradualmente en agua limpia, alcantarillado y tratamiento de las aguas residuales y, finalmente, en un servicio de salud efectivo. La mejora de la salud y de la esperanza de vida no eran la causa del éxito económico de Inglaterra, sino uno de los frutos de sus cambios políticos y económicos anteriores. Lo mismo sucede en el caso de Nogales (Arizona).

La otra parte de la hipótesis geográfica es que los trópicos son pobres porque la agricultura tropical es intrínsecamente improductiva. Según afirman, la tierra tropical es fina e incapaz de mantener los nutrientes, y dicen que esas tierras se erosionan rápidamente debido a las lluvias torrenciales. Sin duda, este argumento tiene cierto mérito, pero, como veremos, el determinante principal de por qué la productividad agrícola (la producción agrícola por unidad de superficie) es tan baja en muchos países pobres, sobre todo del África subsahariana, tiene poco que ver con la calidad de la tierra. De hecho, es consecuencia de la estructura de propiedad de la tierra y de los incentivos que el gobierno y las instituciones crean para los agricultores. También mostraremos que la desigualdad del mundo no se puede explicar por las diferencias en la productividad agrícola. La gran desigualdad del mundo moderno que apareció en el siglo XIX fue debida a la desigual distribución de las tecnologías industriales y la producción manufacturera, no a la divergencia en los resultados agrícolas.

Otra versión influyente de la hipótesis geográfica es la que avanza el ecologista y biólogo evolucionista Jared Diamond, quien defiende que el origen de la desigualdad intercontinental al principio del período moderno, hace quinientos años, radicó en las distintas dotaciones históricas de plantas y especies de animales que, posteriormente, influirían en la productividad agrícola. En algunos lugares, como el Creciente Fértil del moderno Oriente Próximo, había un gran número de especies que pudieron ser domesticadas por los humanos. En otros, como en el continente americano, no existían. Tener muchas especies que podían ser domesticadas hizo que la transición del estilo de vida de cazador-recolector al de agricultor fuera atractivo para aquellas sociedades. En consecuencia, la agricultura se desarrolló antes en el Creciente Fértil que en América. La densidad de la población aumentó, lo que permitió la especialización del trabajo, el comercio, la urbanización y el desarrollo político. Resulta significativo que, en lugares en los que dominaba la agricultura, la innovación tecnológica tuviera lugar con mucha más rapidez que en otras partes del mundo. Por lo tanto, según Diamond, la diferencia en la disponibilidad de animales y especies de plantas creó distintas intensidades de agricultura, lo que condujo a diferentes caminos de prosperidad y cambio tecnológico en los distintos continentes.

A pesar de que la tesis de Diamond es una aportación sólida al rompecabezas en el que se centra, no se puede generalizar para explicar la desigualdad mundial moderna. Por ejemplo, Diamond afirma que los españoles fueron capaces de dominar las civilizaciones de América por su amplio dominio de

la agricultura y porque, por lo tanto, disponían de una tecnología superior. Pero ahora tenemos que explicar por qué los mexicanos y los peruanos que vivían en las antiguas tierras de los aztecas y los incas eran pobres. A pesar de que el acceso al trigo, la cebada y los caballos podría haber hecho a los españoles más ricos que a los incas, la brecha entre sus rentas no era muy grande. La renta media de un español era probablemente menos del doble que la de un ciudadano del Imperio inca. La tesis de Diamond implica que, una vez que los incas hubieran estado expuestos a todas las especies y tecnologías resultantes que no habían sido capaces de desarrollar por sí mismos, deberían haber alcanzado rápidamente el nivel de vida de los españoles. Sin embargo, no ocurrió nada de esto. Al contrario, en los siglos XIX y XX, apareció una brecha mucho mayor en las rentas entre España y Perú. Actualmente, el español medio es más de seis veces más rico que el peruano medio. Esta brecha en las rentas está estrechamente relacionada con el reparto desigual de las tecnologías industriales modernas, pero no tiene mucho que ver con el potencial de domesticación de animales y plantas ni con las diferencias de productividad agrícola intrínseca entre España y Perú.

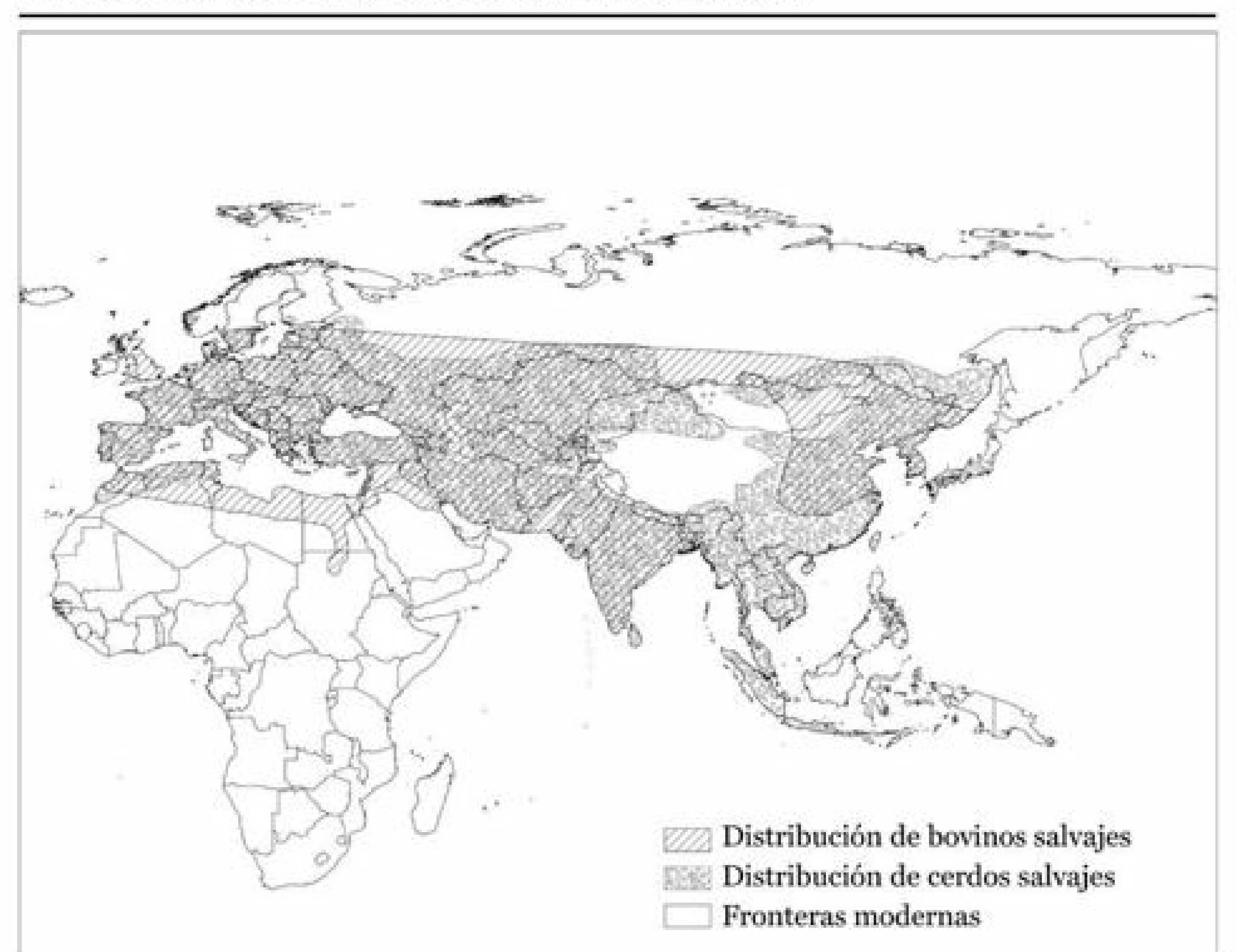
Mientras que España, aunque con cierto retraso, adoptó las tecnologías de la energía de vapor, el ferrocarril, la electricidad, la mecanización y la producción fabril, Perú no lo hizo, o, en el mejor de los casos, lo hizo de forma muy lenta e imperfecta. Esta brecha tecnológica persiste hoy en día y se reproduce a mayor escala a medida que las nuevas tecnologías, en particular las relacionadas con la tecnología de la información, impulsan un crecimiento mayor en muchos países desarrollados y en algunos de desarrollo rápido. La tesis de Diamond no nos dice por qué esas tecnologías cruciales no se difundieron e igualaron las rentas de todo el mundo, ni explica por qué la mitad norte de Nogales es mucho más rica que su gemela que está justo al sur de la valla, a pesar de que ambas formaran parte de la misma civilización hace quinientos años.

La historia de Nogales destaca otro problema crucial para adoptar la tesis de Diamond: como ya hemos visto, fueran cuales fuesen los inconvenientes de los imperios inca y azteca en 1532, Perú y México eran, sin duda, más prósperos que aquellas partes de América que se convertirían en Estados Unidos y Canadá. Norteamérica llegó a ser próspera precisamente porque adoptó con entusiasmo las tecnologías y los avances de la revolución industrial. La población recibió educación y el ferrocarril se extendió a través de las grandes llanuras en claro contraste con lo que sucedió en Sudamérica. Esto no se puede explicar en función de las distintas dotaciones geográficas del norte y el sur de América, que, en todo caso, habrían favorecido a Sudamérica.

La desigualdad del mundo moderno es, en gran medida, el resultado del reparto y la adopción desiguales de tecnologías, y la tesis de Diamond no incluye argumentos importantes sobre este asunto. Por ejemplo, él afirma, siguiendo al historiador William McNeill, que la orientación este-oeste de Eurasia permitió que los cultivos, los animales y las innovaciones se extendieran desde el Creciente Fértil hasta Europa occidental, mientras que la orientación norte-sur de América explica por qué los sistemas de escritura, como el que se creó en México, no se extendieron a los Andes ni a Norteamérica. Sin embargo, la orientación de los continentes no puede proporcionar una explicación para la desigualdad del mundo actual. Veamos el caso de África. A pesar de que el desierto del Sáhara presentaba realmente una barrera importante para el traslado de productos e ideas desde el norte hasta el África subsahariana, no era una barrera insuperable. Los portugueses, y después otros europeos, navegaron cerca de la costa y eliminaron las posibles diferencias de conocimiento en un momento en el que la brecha entre las rentas era muy pequeña en comparación con la que existe actualmente. Desde entonces, África no ha podido seguir el ritmo de Europa; al contrario, ahora la brecha entre las rentas de la mayoría de los países africanos y europeos es mucho mayor.

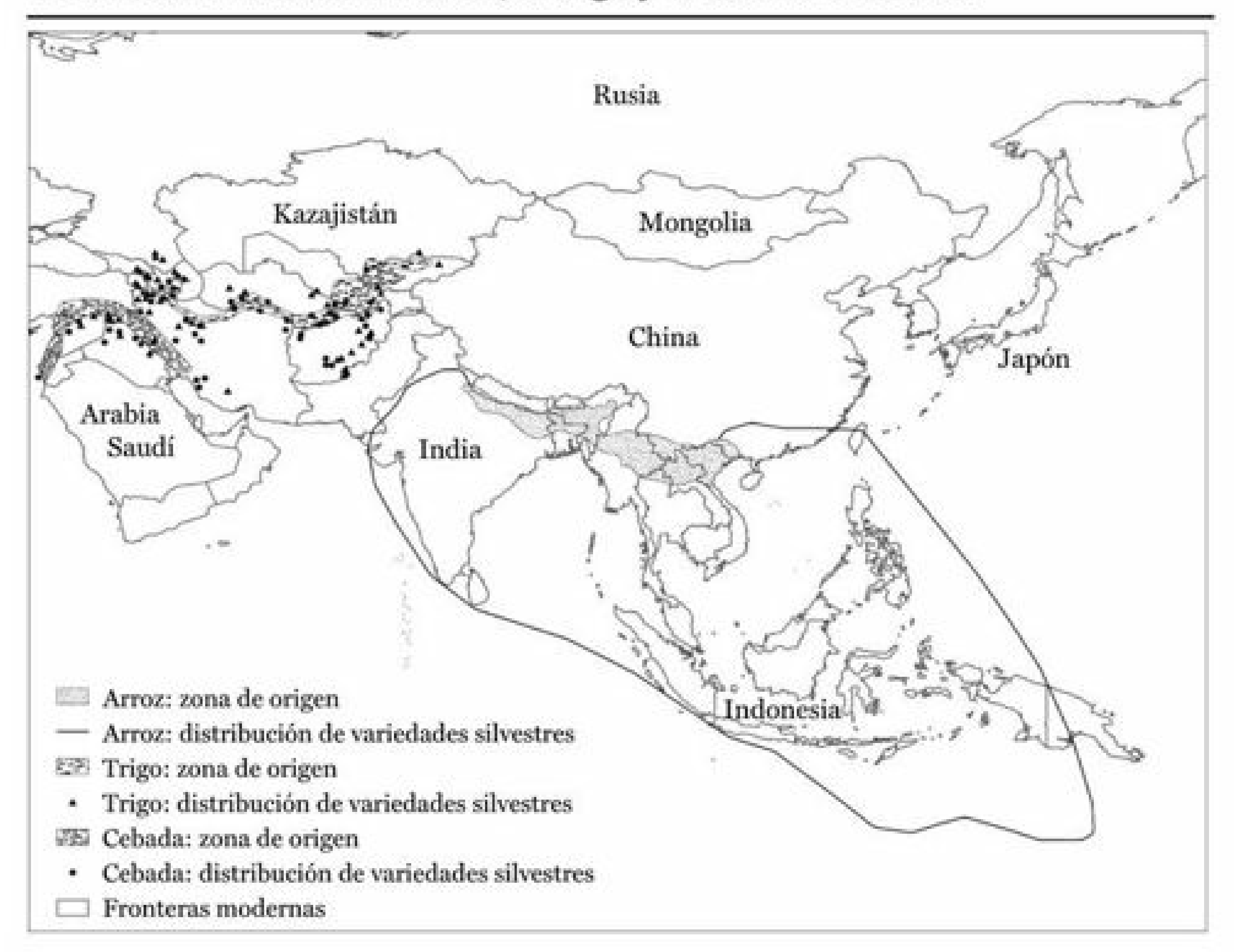
También debería quedar claro que el argumento de Diamond, que trata de la desigualdad

continental, no permite explicar la variación entre los continentes, parte esencial de la desigualdad del mundo moderno. Por ejemplo, aunque la orientación del territorio euroasiático podría explicar cómo consiguió Inglaterra beneficiarse de las innovaciones de Oriente Próximo sin tener que reinventarlas, no explica por qué la revolución industrial tuvo lugar en Inglaterra y no, por ejemplo, en Moldavia. Además, como indica el propio Diamond, China y la India se beneficiaron mucho de grupos muy ricos de animales y plantas y de la orientación de Eurasia. No obstante, la mayor parte de los pobres del mundo actual se encuentran en estos dos países.



De hecho, la mejor forma de ver el alcance de la tesis de Diamond es en términos de sus propias variables explicativas. El mapa 4 muestra datos sobre el reparto de *Sus scrofa*, el antepasado del cerdo moderno, y el uro, antepasado de la vaca moderna. Ambas especies estaban ampliamente repartidas a lo largo de Eurasia e incluso el Norte de África. El mapa 5 muestra la distribución de algunas de las variedades silvestres de cultivos domesticados modernos, como la *Oryza sativa*, antecesora del arroz cultivado asiático y las variedades primitivas del trigo y la cebada. Demuestra que la variedad

silvestre del arroz estaba distribuida ampliamente en el sur y el Sudeste de Asia, mientras que las del trigo y la cebada estaban repartidas a través de un arco largo desde el Levante hasta Irán y Afganistán y el núcleo de los actuales Turkmenistán, Tayikistán y Kirguistán. Estas especies ancestrales están presentes en gran parte de Eurasia. Sin embargo, su amplia distribución sugiere que la desigualdad dentro de Eurasia no se puede explicar mediante una teoría basada en la frecuencia de las especies.



La hipótesis geográfica no solamente no ayuda a explicar el origen de la prosperidad a lo largo de la historia, sino que es en gran parte incorrecta en su énfasis y no es capaz de explicar la situación con la que empezamos este capítulo. Se podría pensar que cualquier modelo persistente, como la jerarquía de las rentas en América o las diferencias muy marcadas y de largo alcance entre Europa y Oriente Próximo, se puede explicar por una geografía inalterable. Sin embargo, no es así. Ya hemos visto que es bastante improbable que los modelos existentes en las Américas hayan sido impulsados por factores geográficos. Antes de 1492, fueron las civilizaciones del valle central de México, América

Central y los Andes las que tenían una tecnología y un nivel de vida superiores a los de Norteamérica o lugares como Argentina y Chile. A pesar de que la geografía continuaba siendo la misma, las instituciones impuestas por los colonos europeos crearon un «revés de la fortuna». Además, también es poco probable que la geografía pueda explicar la pobreza de Oriente Próximo por razones similares. Al fin y al cabo, este territorio fue pionero mundial en la revolución neolítica y las primeras ciudades se desarrollaron en el Irak moderno. El hierro fue fundido por primera vez en Turquía y no fue hasta la Edad Media cuando Oriente Próximo fue tecnológicamente dinámico. No fue la geografía de este territorio lo que hizo que la revolución neolítica floreciera en esa parte del mundo, como veremos en el capítulo 5, y tampoco fue la geografía la que hizo que fuera pobre. De hecho, fueron la expansión y la consolidación del Imperio otomano y es el legado institucional de este imperio lo que mantiene pobre a Oriente Próximo hoy en día.

Por último, los factores geográficos no ayudan a explicar no solamente las diferencias que vemos en distintas partes del mundo hoy en día, sino tampoco por qué muchos países como Japón o China se estancan durante largos períodos y, posteriormente, inician procesos de rápido crecimiento. Necesitamos una teoría que sea mejor.

La hipótesis de la cultura

La segunda teoría ampliamente aceptada, la hipótesis de la cultura, relaciona la prosperidad con la cultura. La hipótesis de la cultura, igual que la geográfica, tiene un linaje distinguido, que se remonta como mínimo al gran sociólogo alemán Max Weber, que defendía que la Reforma protestante y la ética protestante que estimuló tuvieron un papel clave a la hora de facilitar el ascenso de la sociedad industrial moderna en la Europa occidental. La hipótesis de la cultura ya no se basa solamente en la religión, sino que destaca también otros tipos de creencias, valores y ética.

A pesar de que no sea políticamente correcto decirlo en público, mucha gente todavía afirma que los africanos son pobres porque carecen de una buena ética del trabajo, todavía creen en la brujería y la magia y se resisten a las nuevas tecnologías occidentales. Muchos piensan también que América Latina nunca será rica porque sus habitantes son intrínsecamente derrochadores, carecen de medios económicos y sufren de la cultura «ibérica» o del «ya lo haré mañana». Evidentemente, muchos creyeron también una vez que la cultura china y los valores del confucianismo eran perjudiciales para el desarrollo económico, aunque ahora la importancia de la ética de trabajo china como motor del crecimiento en China, Hong Kong y Singapur se pregona a los cuatro vientos.

¿La hipótesis de la cultura es útil para comprender la desigualdad del mundo? Sí y no. Sí, en el sentido de que las normas sociales, que están relacionadas con la cultura, importan y pueden ser difíciles de cambiar y, en ocasiones, apoyan diferencias institucionales, la explicación de este libro de la desigualdad mundial. Pero, en gran medida, no, porque los aspectos de la cultura que se suelen destacar (religión, ética nacional, valores africanos o latinos) no son importantes para comprender cómo llegamos aquí y por qué persisten las desigualdades en el mundo. Otros aspectos, como hasta qué punto la gente confía en los demás o es capaz de cooperar, son importantes, pero sobre todo son resultados de las instituciones, no una causa independiente.

Volvamos a Nogales. Como vimos anteriormente, muchos aspectos de la cultura son los mismos al norte y al sur de la valla. Sin embargo, puede que haya algunas diferencias notables en prácticas, normas y valores, aunque éstas no sean causas sino resultados de los dos caminos de desarrollo divergentes en los dos lugares. Por ejemplo, en las encuestas, los mexicanos suelen afirmar que

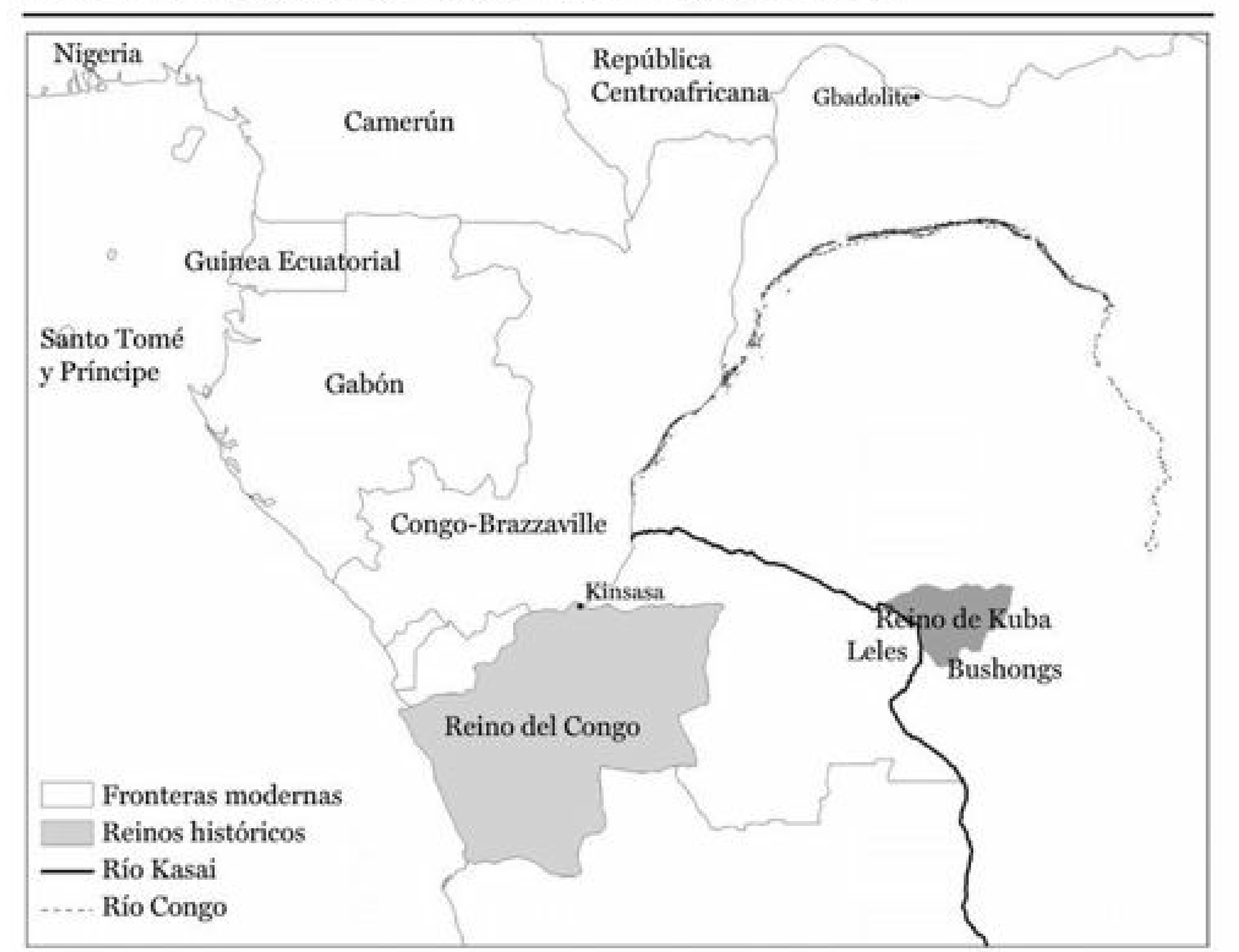
confían en los demás menos de lo que dicen que confían en los demás los estadounidenses. Pero no es de extrañar que los mexicanos carezcan de confianza cuando su gobierno no puede eliminar los cárteles de la droga ni proporcionar un sistema legal imparcial que funcione. Lo mismo sucede con Corea del Norte y del Sur, como veremos en el capítulo siguiente. Corea del Sur es uno de los países más ricos del mundo, mientras que Corea del Norte lucha contra las hambrunas periódicas y la absoluta pobreza. A pesar de que la «cultura» es muy distinta entre el sur y el norte actualmente, no tuvo ningún papel a la hora de causar la distinta fortuna económica de estas dos mitades de la Península coreana. Este territorio tuvo un largo período de historia en común. Antes de la guerra de Corea y la posterior división en el paralelo 38, tenía una homogeneidad sin precedentes en lo que respecta a idioma, etnia y cultura. Igual que en el caso de Nogales, lo importante es la frontera. En el norte existe un régimen distinto, que impone instituciones diferentes y crea incentivos distintos también. Por lo tanto, cualquier diferencia en la cultura al sur y al norte de la frontera que corta Nogales o Corea en dos no es una causa de las diferencias en la prosperidad, sino, más bien, una consecuencia.

¿Y qué hay acerca de África y la cultura africana? Desde el punto de vista histórico, el África subsahariana era mucho más pobre que la mayoría de las otras partes del mundo y sus civilizaciones antiguas no desarrollaron la rueda, la escritura (excepto Etiopía y Somalia) ni el arado. A pesar de que estas tecnologías no se utilizaron ampliamente hasta la colonización formal europea a finales del siglo XIX y principios del XX, las sociedades africanas las conocían desde mucho antes. Los europeos empezaron a circunnavegar la costa occidental a finales del siglo XV y los asiáticos navegaban continuamente al este de África desde mucho antes.

Podemos entender por qué no se adoptaron estas tecnologías teniendo en cuenta la historia del reino del Congo en la desembocadura del río Congo, que ha dado nombre a la moderna República Democrática del Congo. En el mapa 6 se muestra dónde estaba el Congo junto a otro Estado africano central, el reino de Kuba, que comentaremos más adelante en este libro.

El Congo tuvo un contacto intenso con los portugueses después de la primera visita del marinero Diogo Cão en 1483. En aquel entonces, era un Estado altamente centralizado para los parámetros africanos. Su capital, Mbanza, tenía una población de 60.000 habitantes, aproximadamente del mismo tamaño que la capital portuguesa, Lisboa, y mucho más grande que Londres, que tenía alrededor de 50.000 habitantes en el año 1500. El rey del Congo, Nzinga a Nkuwu, se convirtió al catolicismo y adoptó el nombre de João I. Más adelante, Mbanza fue rebautizada como São Salvador. Gracias a los portugueses, los congoleños conocieron la rueda y el arado, y los portugueses incluso fomentaron su adopción con las misiones agrícolas de 1491 y 1512. Sin embargo, todas estas iniciativas fracasaron. Pero los congoleños no se mostraron contrarios a las tecnologías modernas en general, y adoptaron rápidamente una innovación occidental venerable: las armas de fuego. Utilizaron estas nuevas y poderosas herramientas para responder a los incentivos del mercado: capturar y exportar esclavos. No hay ninguna señal aquí de que los valores o la cultura africana impidieran la adopción de nuevas tecnologías y prácticas. A medida que profundizaban su contacto con los europeos, los congoleños adoptaron otras prácticas occidentales: alfabetización, estilos de vestir y diseños de casas. En el siglo XIX, muchas sociedades africanas también aprovecharon las oportunidades económicas crecientes creadas por la revolución industrial y cambiaron sus modelos de producción. En África occidental se produjo un rápido desarrollo económico basado en la exportación de aceite de palma y cacahuetes; a través del sur de África, los africanos llevaron sus exportaciones a las zonas industriales y mineras del Rand que se expandían con rapidez en Sudáfrica. Sin embargo, estas experiencias económicas prometedoras fueron destruidas no por la cultura africana o por la incapacidad de los africanos

corrientes de actuar en su propio interés, sino, primero, por el colonialismo europeo y, posteriormente, por los gobiernos africanos que se instauraron después de la independencia.



La verdadera razón de que los congoleños no adoptaran una tecnología superior fue que carecían de incentivos para hacerlo. Se enfrentaban a un alto riesgo de que su producción fuera expropiada y gravada con impuestos por el todopoderoso rey, independientemente de que se hubiera convertido o no al catolicismo. De hecho, no solamente su propiedad era insegura, su propia vida pendía de un hilo. Muchos de ellos eran capturados y vendidos como esclavos. Un entorno como éste difícilmente animaría a invertir para aumentar la productividad a largo plazo. Tampoco el rey tenía incentivos para que se adoptara el arado a gran escala ni para hacer que su prioridad fuera aumentar la productividad agrícola, ya que la exportación de esclavos era muchísimo más rentable.

Actualmente, podría ser cierto que los africanos confían menos en los demás de lo que lo hacen los habitantes de otras partes del mundo. Pero esto es el resultado de una larga historia de instituciones

que han minado los derechos humanos y de propiedad en África. Sin duda, la posibilidad de ser capturado y vendido como esclavo influyó en la falta de confianza histórica de los africanos en los demás.

¿Y la ética protestante de Max Weber? Aunque pueda ser verdad que los países predominantemente protestantes, como los Países Bajos e Inglaterra, fueron los primeros con éxitos económicos de la era moderna, hay poca relación entre la religión y el éxito económico. Francia, país predominantemente católico, copió rápidamente los resultados económicos de los holandeses y los ingleses en el siglo XIX e Italia es tan próspera como cualquiera de esos países hoy en día. Si miramos más hacia el este, veremos que ninguno de los éxitos económicos del este de Asia tiene nada que ver con ningún tipo de religión cristiana, así que no hay muchos argumentos que apoyen la existencia de una relación especial entre el protestantismo y el éxito económico en este aspecto.

Volvamos a una zona favorita para los entusiastas de la hipótesis de la cultura: Oriente Próximo. Los países de Oriente Próximo son principalmente islámicos, y, de ellos, los que no son productores de petróleo son muy pobres, como hemos señalado anteriormente. Los productores de petróleo son ricos, pero esa riqueza caída del cielo tiene poco que ver con crear economías modernas diversificadas en Arabia Saudí o Kuwait. ¿No muestran estos hechos convincentemente que la religión importa? A pesar de que sea plausible, este argumento tampoco es acertado. Sí, países como Siria y Egipto son pobres, y su población es principalmente musulmana. Sin embargo, estos países también difieren sistemáticamente en otros elementos que son mucho más importantes para la prosperidad. Todos fueron provincias del Imperio otomano, que perfiló con fuerza y de forma adversa cómo se desarrollarían. Después del colapso del control otomano, Oriente Próximo fue absorbido por los imperios coloniales inglés y francés que, de nuevo, limitaron las posibilidades de estos países. Tras la independencia, siguieron en gran medida con el mundo colonial anterior, desarrollando regímenes políticos jerárquicos y autoritarios con pocas de las instituciones políticas y económicas que, como defenderemos, son cruciales para generar éxito económico. Este camino de desarrollo fue forjado en gran medida por la historia del dominio otomano y europeo. En general, la relación entre la religión islámica y la pobreza en Oriente Próximo carece de validez.

El papel de estos acontecimientos históricos, más que los factores culturales, a la hora de perfilar la trayectoria económica de Oriente Próximo, también se ve en el hecho de que las partes de Oriente Próximo que temporalmente se separaron del control del Imperio otomano y las potencias europeas, como Egipto entre 1805 y 1848 bajo el dominio de Muhammad Alí, podían embarcarse en un camino de rápido cambio económico. Muhammad Alí usurpó el poder tras la retirada de las fuerzas francesas que habían ocupado Egipto bajo el mando de Napoleón Bonaparte. Mediante la explotación de los puntos débiles del dominio otomano en territorio egipcio en aquel momento, pudo fundar su propia dinastía, que, de una forma u otra, tuvo el control hasta la Revolución egipcia comandada por Nasser en 1952. Las reformas de Muhammad Alí, a pesar de ser coercitivas, ayudaron al desarrollo de Egipto ya que modernizaron la burocracia estatal, el ejército y el sistema impositivo, y hubo un desarrollo de la agricultura y la industria. Sin embargo, este proceso de modernización y crecimiento acabó tras la muerte de Alí, cuando Egipto cayó bajo la influencia europea.

Pero quizá sea una forma equivocada de pensar en la cultura. Tal vez los factores culturales que importan no estén relacionados con la religión, sino más concretamente con «culturas nacionales». ¿Podría ser la influencia de la cultura inglesa lo que importa y explica por qué países como Estados Unidos, Canadá y Australia son tan prósperos? A pesar de que esta idea pueda sonar atractiva inicialmente, tampoco funciona. Sí, Canadá y Estados Unidos fueron colonias inglesas, pero también lo fueron Sierra Leona y Nigeria. La variación en términos de prosperidad entre las antiguas colonias

inglesas es tan grande como en todo el mundo. El legado inglés no es la razón del éxito de Norteamérica.

No obstante, existe una versión más de la hipótesis de la cultura: quizá no sea lo inglés frente a lo no inglés lo que importa, sino lo europeo frente a lo no europeo. ¿Cabría la posibilidad de que los europeos fueran superiores de alguna forma debido a su ética de trabajo, visón de la vida, valores judeocristianos o legado romano? Es cierto que Europa occidental y Norteamérica, con población mayoritariamente de origen europeo, son las partes más prósperas del mundo. Quizá el legado cultural europeo superior sea la base de la prosperidad (y el último refugio de la hipótesis de la cultura). Sin embargo, esta versión de la hipótesis de la cultura tiene tan poco potencial explicativo como las demás. La mayor parte de la población argentina y uruguaya, en comparación con la canadiense y estadounidense, es de ascendencia europea, pero el resultado económico de Argentina y Uruguay deja bastante que desear. Japón y Singapur nunca tuvieron más que unos pocos habitantes de ascendencia europea y, no obstante, son países tan prósperos como muchas partes de Europa occidental.

China, a pesar de las muchas imperfecciones de su sistema político y económico, ha sido el país con un crecimiento más rápido de los últimos treinta años. La pobreza china hasta la muerte de Mao Zedong no tiene nada que ver con la cultura del país, sino que se debió a la desastrosa organización de la economía y a cómo llevó a cabo Mao sus políticas. En los años cincuenta, impulsó el Gran Salto Adelante, una política de industrialización llevada a rajatabla que condujo a la hambruna y la muerte por inanición. A partir de 1960, difundió la Revolución cultural, que condujo a la persecución en masa de intelectuales y personas con estudios (de cualquiera cuya lealtad al partido fuera dudosa). Aquello volvió a conducir al terror y a un gran desperdicio del talento y los recursos de la sociedad. Del mismo modo, el desarrollo actual de este país no tiene nada que ver con los valores o los cambios en la cultura china, sino que es el resultado de un proceso de transformación económica desencadenado por las reformas implantadas por Deng Xiaoping y sus aliados, quienes, tras la muerte de Mao Zedong, abandonaron gradualmente las instituciones y políticas económicas socialistas, primero en la agricultura y después en la industria.

Igual que sucede con la hipótesis geográfica, la hipótesis de la cultura no ayuda a explicar otros aspectos de la situación actual. Evidentemente, existen diferencias en cuanto a creencias, actitudes culturales y valores entre Estados Unidos y América Latina, pero igual que las que existen entre Nogales (Arizona) y Nogales (Sonora) o entre Corea del Sur y Corea del Norte, estas diferencias son la consecuencia de las distintas instituciones e historias institucionales de los dos lugares. Los factores culturales que hacen hincapié en cómo la cultura «hispánica» o «latina» moldeó el imperio español no pueden explicar las diferencias entre los países de América Latina, por ejemplo, por qué Argentina y Chile son más prósperos que Perú y Bolivia. Otros tipos de argumentos culturales, como los que destacan la cultura indígena contemporánea, tampoco funcionan. Argentina y Chile tienen pocos indígenas en comparación con Perú y Bolivia. A pesar de ello, la cultura indígena como explicación tampoco funciona. Colombia, Ecuador y Perú tienen niveles de renta similares, pero Colombia tiene muy pocos indígenas actualmente, mientras que Ecuador y Perú tienen muchos. Por último, las actitudes culturales, que, en general, tardan mucho en cambiar, es poco probable que puedan explicar por sí solas el milagroso desarrollo del este de Asia y China. A pesar de que las instituciones sean persistentes, en ciertas circunstancias cambian realmente rápido, como veremos.

La hipótesis de la ignorancia

La última teoría popular para explicar por qué algunos países son pobres y otros ricos es la hipótesis de la ignorancia, que afirma que la desigualdad del mundo existe porque nosotros o nuestros gobernantes no sabemos cómo hacer que un país pobre sea rico. Esta idea es la que defienden la mayoría de los economistas, que siguen el ejemplo de la famosa definición del economista inglés Lionel Robbins, que en 1935 afirmó que «la economía es una ciencia que estudia el comportamiento humano como relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos».

Por lo tanto, es un pequeño paso concluir que la ciencia económica debería centrarse en el mejor uso de los medios escasos para satisfacer los fines sociales. De hecho, el resultado teorético más famoso en economía, el denominado primer teorema del bienestar, identifica las circunstancias bajo las cuales la asignación de recursos en una «economía de mercado» es socialmente deseable desde el punto de vista económico. Una economía de mercado es una abstracción que tiene por objetivo capturar una situación en la que todos los individuos y empresas puedan producir, comprar y vender libremente cualquier producto o servicio que deseen. Cuando estas circunstancias no están presentes, existe un «fallo de mercado». Dichos fallos proporcionan la base para una teoría de la desigualdad del mundo, ya que, cuantos más fallos del mercado dejen de abordarse, más probable es que el país se empobrezca. La hipótesis de la ignorancia afirma que los países pobres lo son porque tienen muchos fallos de mercado y porque los economistas y los diseñadores de políticas no saben cómo eliminarlos y han hecho caso de consejos equivocados en el pasado. Los países ricos son ricos porque han aplicado mejores políticas y han eliminado con éxito esos fallos.

¿Podría la hipótesis de la ignorancia explicar la desigualdad del mundo? ¿Podría ser que los países africanos sean más pobres que el resto del mundo porque sus líderes tienden a tener las mismas ideas equivocadas sobre cómo dirigir sus países, lo que conduce a la pobreza allí, mientras que los líderes de la Europa occidental están mejor informados o asesorados, lo que explica su éxito relativo? Aunque existan ejemplos famosos de líderes que adoptaron políticas desastrosas porque se equivocaron sobre las consecuencias de dichas políticas, la ignorancia puede explicar, en el mejor de los casos, una pequeña parte de la desigualdad del mundo.

A primera vista, el declive económico sostenido que pronto se extendió en Ghana después de la independencia de Gran Bretaña fue causado por la ignorancia. El economista británico Tony Killick, que entonces trabajaba como asesor para el gobierno de Kwame Nkrumah, tomó nota de muchos de los problemas con gran detalle. Las políticas de Nkrumah se centraban en desarrollar la industria estatal, que resultó ser muy ineficiente. Killick recordaba:

> La fábrica de calzado... que habría conectado la fábrica de carne del norte a través del transporte del cuero con el sur (a una distancia de más de 800 kilómetros) a una curtiduría (ahora, abandonada); las pieles tenían que volver a la fábrica de calzado de Kumasi, en el centro del país y a unos 320 kilómetros al norte de la curtiduría. Como el mercado de calzado principal está en el área metropolitana de Acra, los zapatos tendrían que transportarse otros 320 kilómetros al sur.

Killick señala sutilmente que era una empresa «cuya viabilidad fue minada por el emplazamiento inadecuado». La fábrica de calzado fue uno de los muchos proyectos de este tipo, como el de la planta de enlatado de mangos situada en una parte de Ghana en la que no se cultivaban mangos y cuya producción iba a ser superior a la demanda mundial del producto. Este flujo ilimitado de proyectos irracionales desde el punto de vista económico no era debido al hecho de que Nkrumah o sus asesores estuvieran mal informados o ignoraran las políticas económicas adecuadas. Contaban con personas como Killick e incluso habían sido asesorados por el premio Nobel sir Arthur Lewis, que sabía que aquellas políticas no eran buenas. Lo que impulsó la forma que adoptaron las políticas económicas fue el hecho de que Nkrumah necesitaba utilizarlas para comprar apoyo político y mantener su régimen

antidemocrático.

Ni el rendimiento decepcionante de Ghana tras la independencia ni los innumerables casos de aparente mala gestión económica se pueden atribuir a la ignorancia. Al fin y al cabo, si el problema fuera la ignorancia, los líderes bienintencionados aprenderían rápidamente qué tipos de políticas son las que aumentarían la renta y el bienestar de sus ciudadanos y tenderían a implantarlas.

Veamos los caminos divergentes de Estados Unidos y México. Culpar de la disparidad a la ignorancia de los líderes de los dos países es, en el mejor de los casos, altamente inverosímil. No fueron las divergencias de conocimiento o de intenciones entre John Smith y Cortés lo que sentó las bases de la disparidad durante el período colonial, y no fueron las diferencias en cuanto a conocimientos entre los presidentes estadounidenses posteriores, como Teddy Roosevelt o Woodrow Wilson y Porfirio Díaz lo que hizo que México eligiera instituciones económicas que enriquecían a las élites a costa del resto de la sociedad a finales del siglo XIX y comienzos del XX, mientras que Roosevelt y Wilson hacían lo contrario. Fueron las diferencias en los límites institucionales a los que se enfrentaban los presidentes y las élites de ambos países. Un caso parecido es el de los líderes de los países africanos que han languidecido durante el último medio siglo bajo instituciones económicas y derechos de propiedad inseguros, que han empobrecido a gran parte de su población. Estos líderes no dejaron que pasara esto porque pensaran que fuera una buena economía; lo hicieron porque podían hacerlo y salir indemnes y enriquecerse a costa de los demás, o porque pensaban que era una buena política, una forma de mantenerse en el poder comprando el apoyo de grupos o élites cruciales.

La experiencia del primer ministro de Ghana en 1971, Kofi Abrefa Busia, ilustra lo errónea que puede ser la hipótesis de la ignorancia. Busia se enfrentaba a una peligrosa crisis económica. Tras hacerse con el poder en 1969, él, igual que Nkrumah antes que él, siguió políticas económicas expansionistas y mantuvo varios controles de precios a través de juntas de comercialización y un tipo de cambio sobrevalorado. A pesar de que Busia había sido adversario de Nkrumah, y dirigía un gobierno democrático, se enfrentaba a muchos de los mismos límites políticos. Igual que con Nkrumah, sus políticas económicas no se adoptaron porque fuera «ignorante» y creyera que aquellas políticas fueran buena economía o una forma ideal para desarrollar el país. Las eligió porque eran buenas políticas y permitían que Busia transfiriera recursos a grupos políticamente poderosos, por ejemplo, en áreas urbanas, a los que debía mantener contentos. Los controles de precios exprimían la agricultura para dar comida barata a los distritos urbanos y generar ingresos para financiar el gasto del gobierno. Sin embargo, aquellos controles eran insostenibles. Ghana pronto empezó a sufrir una serie de crisis de la balanza de pagos y escasez de divisas. Frente a estos dilemas, el 27 de diciembre de 1971, Busia firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional que incluía una devaluación masiva de la moneda.

El FMI, el Banco Mundial y toda la comunidad internacional presionaron a Busia para que implantara las reformas del acuerdo. Pero a pesar de que las instituciones internacionales permanecían en una feliz ignorancia, Busia sabía que estaba haciendo una gran apuesta política. La consecuencia inmediata de la devaluación de la moneda fueron disturbios y descontento en Acra, la capital de Ghana, que aumentaron incontrolablemente hasta que Busia fue derrocado por los militares, dirigidos por el teniente coronel Acheampong, que invirtió la devaluación de inmediato.

La hipótesis de la ignorancia difiere de las hipótesis de la geografía y la cultura en que aporta una sugerencia fácil sobre cómo «resolver» el problema de la pobreza. Si la ignorancia nos ha llevado hasta aquí, los gobernantes y los diseñadores de políticas ilustrados e informados nos pueden sacar del atolladero. Deberíamos ser capaces de crear prosperidad proporcionando el asesoramiento adecuado y convenciendo a los políticos de lo que es una buena economía. Sin embargo, la experiencia de Busia

hace hincapié en que el obstáculo principal para la adopción de políticas que reducirían los fallos del mercado y fomentarían el crecimiento económico no es la ignorancia de los políticos, sino los incentivos y los límites a los que se enfrentan desde las instituciones políticas y económicas de sus sociedades.

A pesar de que la hipótesis de la ignorancia todavía impera entre la mayoría de los economistas y en los círculos de elaboración de políticas occidentales (lo que, casi excluyendo a cualquier otra cosa, se centra en cómo crear prosperidad) es solamente otra hipótesis que no funciona. No explica ni los orígenes de la prosperidad en el mundo ni la situación a nuestro alrededor. Por ejemplo, por qué algunos países, como México y Perú, pero no Estados Unidos o Inglaterra, adoptaron instituciones y políticas que empobrecerían a la mayor parte de sus ciudadanos o por qué casi toda el África subsahariana y la mayor parte de América Central son mucho más pobres que Europa occidental o el este de Asia.

Cuando los países escapan de modelos institucionales que los condenan a la pobreza y consiguen iniciar un camino hacia el crecimiento económico, no es porque sus líderes ignorantes de repente estén mejor informados o sean menos egoístas o porque hayan sido asesorados por mejores economistas. China, por ejemplo, es uno de los países que cambió las políticas económicas que condenaron a la pobreza y el hambre a millones de personas por políticas que fomentaban el crecimiento económico. No obstante, como analizaremos con más detalle más adelante, esto no sucedió porque el Partido Comunista Chino finalmente entendiera que la propiedad colectiva de la tierra agrícola y la industria creaba incentivos económicos terribles, sino porque Deng Xiaoping y sus aliados, que no eran menos egoístas que sus rivales pero tenían objetivos políticos e intereses distintos, derrotaron a sus poderosos oponentes del Partido Comunista y planearon una especie de revolución política que cambiaría radicalmente el liderazgo y la dirección del partido. Sus reformas económicas, que crearon incentivos de mercado en la agricultura y, posteriormente, en la industria, siguieron a aquella revolución política. Fue la política lo que determinó que se pasara del comunismo a los incentivos de mercado de China, no la mejora del asesoramiento ni de la comprensión de cómo funciona la economía.

Defenderemos la idea de que, para comprender la desigualdad del mundo, tenemos que entender por qué algunas sociedades están organizadas de una forma muy ineficiente y socialmente indeseable. Algunos países consiguen adoptar instituciones eficientes y alcanzan la prosperidad, pero, por desgracia, son un número reducido de casos. La mayoría de los economistas y los encargados de formular políticas se han centrado en «hacerlo bien», mientras que lo que se necesita realmente es una explicación de por qué los países pobres «lo hicieron mal». En general, su situación no se debe a su ignorancia ni a su cultura. Como mostraremos, los países pobres lo son porque quienes tienen el poder toman decisiones que crean pobreza. No lo hacen bien, no porque se equivoquen o por su ignorancia, sino a propósito. Para comprenderlo, tenemos que ir más allá de la economía y el asesoramiento experto sobre lo mejor que se puede hacer y, en su lugar, debemos estudiar cómo se toman realmente las decisiones, quién las toma y por qué estas personas deciden hacer lo que hacen. Éste es el estudio de la política y los procesos políticos. Tradicionalmente, la economía ha ignorado la política, pero la comprensión de la política resulta esencial para explicar la desigualdad del mundo. Tal y como señaló el economista Abba Lerner en la década de 1970: «La economía ha ganado el título de reina de las ciencias sociales eligiendo como campo los problemas políticos resueltos».

Defenderemos la idea de que lograr la prosperidad depende de la resolución de algunos problemas

políticos básicos. Y es precisamente porque la economía ha asumido que los problemas políticos están resueltos por lo que no ha sido capaz de aportar una explicación convincente de la desigualdad mundial. Para explicar la desigualdad mundial, todavía es necesario que la economía comprenda que los distintos tipos de Estados y acuerdos sociales afectan a los incentivos y a los comportamientos económicos. Pero también es necesaria la política.

3

La creación de la prosperidad y la pobreza

La economía del paralelo 38

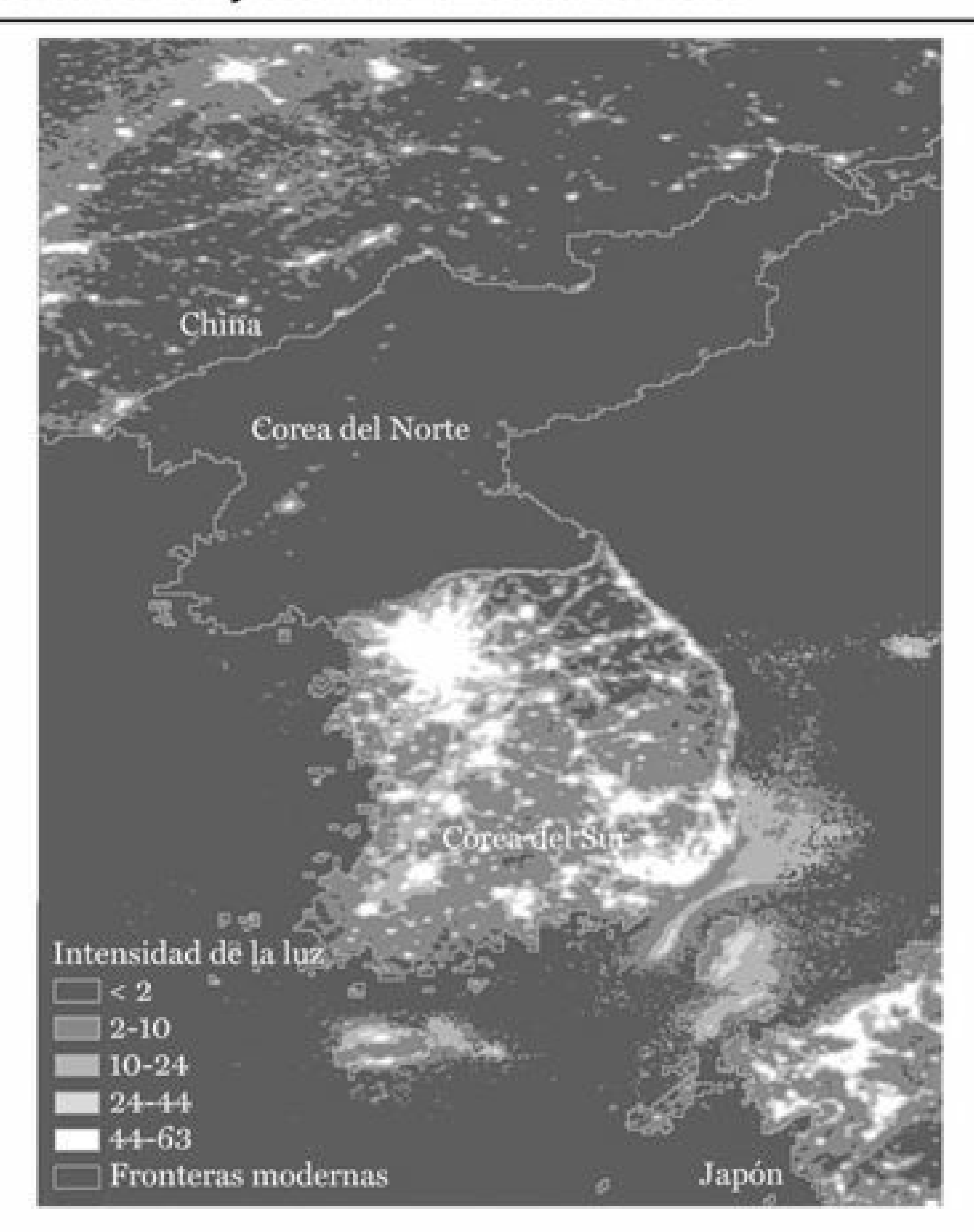
En el verano de 1945, cuando la segunda guerra mundial tocaba a su fin, la colonia japonesa de Corea empezó a hundirse. Al cabo de un mes de la rendición incondicional de Japón el 15 de agosto, Corea fue dividida en dos esferas de influencia siguiendo el paralelo 38. La zona al sur de éste fue administrada por Estados Unidos y la del norte, por Rusia. La frágil paz de la guerra fría terminó en junio de 1950, cuando el ejército de Corea del Norte invadió Corea del Sur. A pesar de que inicialmente los norcoreanos hicieron grandes incursiones y conquistaron la capital, Seúl, en el otoño ya se habían retirado por completo. Fue entonces cuando Hwang Pyŏng Wŏn y su hermano fueron separados. Hwang Pyŏng Wŏn consiguió esconderse y evitó ser reclutado por el ejército norcoreano. Se quedó en el sur y trabajó como farmacéutico. Su hermano era médico, trabajaba en Seúl ocupándose de los soldados heridos del ejército de Corea del Sur, y fue llevado al norte durante la retirada del ejército de Corea del Norte. Fueron separados en 1950, y se volvieron a ver en 2000, en Seúl, por primera vez en cincuenta años, después de que los dos gobiernos finalmente aceptaran iniciar un programa limitado para la reunificación familiar.

Como el hermano de Hwang Pyŏng Wŏn era médico, acabó trabajando para las fuerzas aéreas, un buen trabajo en una dictadura militar. Sin embargo, ni siquiera a los privilegiados en Corea del Norte les va demasiado bien. Cuando se reencontraron, Hwang Pyŏng Wŏn le preguntó a su hermano cómo era la vida al norte del paralelo 38. Él tenía coche, pero su hermano, no. «¿Tienes teléfono?», preguntó a su hermano. «No», le contestó. «Mi hija, que trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores, tiene teléfono, pero si no sabes el código, no puedes llamar». Hwang Pyŏng Wŏn recordó que todas las personas del norte que habían acudido a la reunión pedían dinero, así que le ofreció unos billetes a su hermano. No obstante, éste le dijo: «Si vuelvo con dinero, el gobierno me lo pedirá, así que quédatelo». Hwang Pyŏng Wŏn se fijó en que el abrigo de su hermano estaba raído: «Quítate ese abrigo y déjalo, y, cuando vuelvas, ponte éste», sugirió. «No puedo hacerlo», respondió su hermano. «Me lo ha prestado el gobierno para venir aquí.» Hwang Pyŏng Wŏn recordaba que, cuando se separaron, su hermano estaba incómodo y muy nervioso, como si alguien los estuviera escuchando. Era más pobre de lo que había imaginado. Su hermano decía que vivía bien, pero Hwang Pyŏng Wŏn pensó que tenía un aspecto horrible y estaba muy delgado.

El nivel de vida de los habitantes de Corea del Sur es similar al de la población de Portugal y España. En el norte, en la denominada República Popular Democrática de Corea, o Corea del Norte, el nivel de vida es parecido al de un país subsahariano, alrededor de una décima parte del nivel de vida medio en Corea del Sur. La salud de los norcoreanos es aún peor; el norcoreano medio tiene una esperanza de vida diez años menor que la de sus primos al sur del paralelo 38. En el mapa 7 se ilustra la increíble brecha económica que existe entre los dos países. Muestra la intensidad de la luz de noche captada con imágenes por satélite. Corea del Norte está prácticamente a oscuras debido a la falta de electricidad, mientras que Corea del Sur luce resplandeciente.

MAPA 7

Luces en Corea del Sur y oscuridad en Corea del Norte



Estas diferencias tan marcadas son recientes. De hecho, no existían antes del final de la segunda guerra mundial. Sin embargo, después de 1945, los distintos gobiernos del norte y del sur adoptaron maneras muy diferentes de organizar sus economías. Corea del Sur estaba dirigida, y sus incipientes instituciones políticas y económicas estaban perfiladas, por el anticomunista Syngman Rhee, que estudió en Harvard y Princeton, y contaba con el apoyo significativo de Estados Unidos. Rhee fue elegido presidente en 1948. Forjada en medio de la guerra de Corea y contra la amenaza del comunismo que se extendía al sur del paralelo 38, Corea del Sur no era una democracia. Tanto Rhee como su sucesor, el general Park Chung Hee, tan famoso como él, pasaron a la historia como presidentes autoritarios. Ambos gobernaron una economía de mercado en la que se reconocía la

propiedad privada y, después de 1961, Park, de hecho, apoyó con todas sus fuerzas el rápido crecimiento económico, canalizando los créditos y subsidios a las empresas prósperas.

La situación al norte del paralelo 38 era distinta. Kim Il Sung, líder de los partisanos comunistas antijaponeses durante la segunda guerra mundial, se autoproclamó dictador en 1947 y, con la ayuda de la Unión Soviética, introdujo una forma estricta de economía planificada central que formaba parte del denominado sistema Juche. Se prohibieron la propiedad privada y los mercados. También se restringieron las libertades, no solamente en el mercado, sino en todas las esferas de la vida, excepto las de aquellos que formaban parte de la pequeña élite gobernante de Kim Il Sung y, posteriormente, de su hijo y sucesor Kim Jong Il.

No es de extrañar que la fortuna económica de Corea del Sur y Corea del Norte fuera tan increíblemente distinta. La economía planificada de Kim Il Sung y el sistema Juche pronto demostraron ser un desastre. No se dispone de estadísticas detalladas de este país, ya que es un Estado cuando menos hermético. De todas formas, las pruebas disponibles confirman lo que sabemos de las hambrunas recurrentes con demasiada frecuencia: no solamente la producción industrial no despegó, sino que la productividad agrícola de Corea del Norte se desplomó. Al no existir la propiedad privada, pocas personas tenían incentivos para invertir o para esforzarse en aumentar o mantener la productividad. El régimen represivo y sofocante era hostil a la innovación y a la adopción de nuevas tecnologías. Kim Il Sung, Kim Jong Il y sus secuaces no tenían ninguna intención de reformar el sistema ni de introducir la propiedad privada, los mercados, los contratos privados, ni de cambiar las instituciones políticas y económicas. Corea del Norte continúa estancada económicamente.

Mientras tanto, en el sur, las instituciones económicas fomentaban la inversión y el comercio. Los políticos de Corea del Sur invirtieron en educación, con lo que lograron alcanzar unos índices elevados de alfabetización y escolarización. Las empresas de Corea del Sur no tardaron en aprovechar aquella población relativamente formada, mientras que las políticas fomentaban la inversión, la industrialización, las exportaciones y la transferencia de tecnología. Corea del Sur se convirtió rápidamente en una de las «economías milagrosas» del este asiático, uno de los países con un crecimiento más rápido del mundo.

A finales de los años noventa, en solamente medio siglo, el desarrollo de Corea del Sur y el estancamiento de Corea del Norte condujeron a una brecha que se multiplicó por diez entre las dos mitades de aquel país que estuvo unido en el pasado. Imaginemos qué diferencia puede llegar a haber después de doscientos años. El desastre económico de Corea del Norte, que condujo a la muerte por inanición de millones de personas, frente al éxito económico de Corea del Sur, resulta increíble: ni la cultura, ni la geografía ni la ignorancia pueden explicar los caminos divergentes que tomaron Corea del Norte y Corea del Sur. Para alcanzar una respuesta, debemos analizar las instituciones.

Instituciones económicas extractivas e inclusivas

El éxito económico de los países difiere debido a las diferencias entre sus instituciones, a las reglas que influyen en cómo funciona la economía y a los incentivos que motivan a las personas. Imaginemos a los adolescentes de Corea del Norte y de Corea del Sur y lo que esperan de la vida. Los de Corea del Norte crecen en la pobreza, sin iniciativa empresarial, ni creatividad ni una educación adecuada para prepararlos para el trabajo cualificado. Gran parte de la educación que reciben en la escuela es pura propaganda, destinada a dar apoyo a la legitimidad del régimen, hay pocos libros, y ya no digamos ordenadores. Al acabar los estudios, todos deben pasar diez años en el ejército. Estos

adolescentes saben que no podrán ser propietarios, ni crear una empresa ni ser más prósperos, aunque mucha gente se dedica ilegalmente a actividades económicas privadas para ganarse la vida. También saben que no tendrán acceso a los mercados en los que puedan utilizar sus habilidades o sus ingresos para comprar los productos que necesitan y desean. Ni siquiera saben con certeza el tipo de derechos humanos que tendrán.

En cambio, los de Corea del Sur reciben una buena educación y tienen incentivos que los animan a esforzarse y a destacar en la profesión elegida. Este país posee una economía de mercado basada en la propiedad privada. Los adolescentes de Corea del Sur saben que, si tienen éxito como emprendedores o trabajadores, un día podrán disfrutar de las ganancias obtenidas de sus inversiones y esfuerzos; pueden mejorar su nivel de vida y comprar coches, casas y atención sanitaria.

En Corea del Sur, el Estado apoya la actividad económica, por lo que los emprendedores pueden pedir préstamos a los bancos y a los mercados financieros, las empresas extranjeras pueden asociarse con firmas surcoreanas y la población puede conseguir hipotecas para comprar casas. En el sur, en general, uno es libre de crear la empresa que quiera. En Corea del Norte, no. En Corea del Sur, uno puede contratar trabajadores, vender productos o servicios y gastar el dinero en el mercado como quiera. En Corea del Norte, solamente hay mercados negros. Estas reglas distintas son las instituciones bajo las que viven los norcoreanos y los surcoreanos.

Las instituciones económicas inclusivas, como las de Corea del Sur o las de Estados Unidos, posibilitan y fomentan la participación de la gran mayoría de las personas en actividades económicas que aprovechan mejor su talento y sus habilidades y permiten que cada individuo pueda elegir lo que desea. Para ser inclusivas, las instituciones económicas deben ofrecer seguridad de la propiedad privada, un sistema jurídico imparcial y servicios públicos que proporcionen igualdad de condiciones en los que las personas puedan realizar intercambios y firmar contratos; además de permitir la entrada de nuevas empresas y dejar que cada persona elija la profesión a la que se quiere dedicar.

El contraste entre Corea del Sur y Corea del Norte y entre Estados Unidos y América Latina ilustra un principio general. Las instituciones económicas inclusivas fomentan la actividad económica, el aumento de la productividad y la prosperidad económica. Garantizar el derecho a tener propiedad privada es crucial, ya que solamente quienes disfruten de este derecho estarán dispuestos a invertir y aumentar la productividad. Una persona de negocios que teme que su producción sea robada, expropiada o absorbida totalmente por los impuestos tendrá pocos incentivos para trabajar, y muchos menos incentivos aún para llevar a cabo inversiones o innovaciones. Es imprescindible que la mayoría de los integrantes de la sociedad puedan disfrutar de estos derechos.

En 1680, el gobierno inglés hizo un censo de la población de su colonia antillana de Barbados. Los datos revelaron que, de la población total de la isla, de alrededor de sesenta mil personas, casi treinta y nueve mil eran esclavos africanos propiedad del tercio restante de la población. De hecho, casi todos pertenecían a los ciento setenta y cinco propietarios de plantaciones de caña de azúcar más grandes, que también poseían casi todas las tierras. Aquellos grandes hacendados tenían derechos de propiedad seguros, que hacían que se respetaran tanto sus tierras como el derecho a tener sus esclavos. Si un propietario deseaba vender esclavos a otro, podía hacerlo y esperar que un tribunal hiciera respetar aquella venta o cualquier otro contrato que él firmara. ¿Por qué? Pues porque, de los cuarenta jueces y jueces de paz de la isla, veintinueve eran grandes propietarios de plantaciones. Y también lo eran los ocho oficiales militares de mayor rango. A pesar de que la élite de la isla tenía derechos de propiedad y contratos bien definidos, seguros y de obligado cumplimiento, Barbados no disponía de instituciones económicas inclusivas, ya que dos tercios de la población eran esclavos sin acceso a educación ni oportunidades económicas, y sin capacidad ni incentivos para utilizar su talento ni su habilidad. Las

instituciones económicas inclusivas implican la existencia de derechos de propiedad seguros y oportunidades económicas no solamente para la élite, sino también para la mayor parte de la sociedad.

Los derechos de propiedad seguros, las leyes, los servicios públicos y la libertad de contratación e intercambio recaen en el Estado, la institución con capacidad coercitiva para imponer el orden, luchar contra el robo y el fraude y hacer que se cumplan los contratos entre particulares. Para que funcione bien, la sociedad también necesita otros servicios públicos: red de carreteras y de transportes para poder trasladar las mercancías; infraestructuras públicas para que pueda florecer la actividad económica, y algún tipo de regulación básica para impedir el fraude y las malas conductas. A pesar de que muchos de estos servicios públicos los pueden ofrecer los mercados y los particulares, el grado de coordinación necesario para hacerlo a gran escala suele ser exclusivo de una autoridad central. Por lo tanto, el Estado está inexorablemente entrelazado con las instituciones económicas, como responsable de la ley y el orden, de garantizar la propiedad privada y los contratos y, a menudo, como proveedor clave de servicios públicos. Las instituciones económicas inclusivas necesitan al Estado y lo utilizan.

Las instituciones económicas de Corea del Norte o de la América Latina colonial (la mita, la encomienda o el repartimiento descritos anteriormente) no tienen estas propiedades. La propiedad privada no existe en Corea del Norte. En la América Latina colonial existía la propiedad privada para los españoles, pero la propiedad de los pueblos indígenas era muy insegura. En ninguno de estos tipos de sociedades era posible que la amplia mayoría de la población tomara las decisiones económicas que quería, sino que estaba sujeta a la coacción en masa. En ninguno de estos tipos de sociedad se utilizaba el poder del Estado para proporcionar servicios públicos clave que fomentaran la prosperidad. En Corea del Norte, el Estado construyó un sistema educativo para inculcar propaganda, pero fue incapaz de impedir la hambruna. En la América Latina colonial, el Estado se concentró en coaccionar a los pueblos indígenas. En ninguno de estos tipos de sociedad había igualdad de oportunidades ni un sistema legal imparcial. En Corea del Norte, el sistema legal es un brazo del Partido Comunista en el poder, y en América Latina, fue una herramienta de discriminación contra la mayor parte del pueblo. Denominamos instituciones económicas extractivas a las que tienen propiedades opuestas a las instituciones inclusivas. Son extractivas porque tienen como objetivo extraer rentas y riqueza de un subconjunto de la sociedad para beneficiar a un subconjunto distinto.

Motores de prosperidad

Las instituciones económicas inclusivas crean mercados inclusivos, que no solamente dan a las personas libertad para ejercer la profesión que mejor se adapte a su talento, sino que también proporcionan igualdad de condiciones que les dé la oportunidad de hacerlo. Quienes tengan buenas ideas, serán capaces de crear empresas, los trabajadores tenderán a ejercer actividades en las que su productividad sea mayor y las empresas menos eficientes serán sustituidas por las más eficientes. Comparemos cómo eligen las personas sus profesiones en mercados inclusivos frente a Perú y Bolivia en la época colonial, donde, bajo la mita, muchos fueron forzados a trabajar en las minas de plata y mercurio, sin tener en cuenta sus habilidades ni si querían hacerlo. Los mercados inclusivos no son únicamente mercados libres. Barbados, en el siglo XVII, también tenía mercados. Sin embargo, de la misma forma que todos, excepto la reducida élite de propietarios de plantaciones, carecían de derechos de propiedad, sus mercados, lejos de ser inclusivos —los mercados de esclavos, de hecho—, fueron una parte de las instituciones económicas que coaccionaban sistemáticamente a la mayoría de la población y le hurtaban la capacidad de elegir su profesión y cómo utilizar su talento.

Las instituciones económicas inclusivas también allanan el camino para otros dos motores de prosperidad: la tecnología y la educación. El desarrollo económico sostenido casi siempre va acompañado de mejoras tecnológicas que permiten que las personas (mano de obra), las tierras y el capital existente (edificios, maquinaria, etc.) pasen a ser más productivos. Pensemos que nuestros tatarabuelos, hace solamente un siglo, no tenían acceso a aviones ni automóviles, ni a la mayoría de los medicamentos y la atención sanitaria que ahora damos por hechos, por no mencionar las instalaciones sanitarias domésticas, el aire acondicionado, los centros comerciales, la radio, el cine y, por supuesto, la tecnología de la información, la robótica o la maquinaria controlada por ordenador. Y si retrocedemos algunas generaciones más, el saber hacer tecnológico y el nivel de vida estaban todavía más atrasados, tanto que nos costaría imaginar cómo podía salir adelante la mayoría de la población. Este desarrollo del nivel de vida procedía de la ciencia y de emprendedores como Thomas Edison, que aplicaron la ciencia para crear negocios rentables. Este proceso de innovación es posible gracias a instituciones económicas que fomentan la propiedad privada, hacen cumplir los contratos, crean igualdad de condiciones y fomentan y permiten la creación de nuevas empresas que pueden dar vida a las nuevas tecnologías. Por lo tanto, no es de extrañar que fuera la sociedad estadounidense, y no la de México ni la de Perú, la que produjera a un Thomas Edison, y que sea Corea del Sur, y no Corea del Norte, la que produce actualmente empresas tecnológicas innovadoras como Samsung y Hyundai.

Íntimamente relacionados con la tecnología están la educación, las habilidades, las competencias y el saber hacer del personal laboral, que se aprenden en la escuela, en casa y en el trabajo. Actualmente, somos mucho más productivos que hace cien años, no solamente por la mejora de la tecnología en forma de máquinas, sino también por el mayor saber hacer que poseen los trabajadores. Toda la tecnología del mundo serviría de poco sin trabajadores que sepan cómo emplearla. Sin embargo, las habilidades y las competencias incluyen algo más que la mera capacidad de hacer funcionar máquinas. La educación y las habilidades de los trabajadores son lo que genera el conocimiento científico sobre el que se construye nuestro progreso y lo que permite la adaptación y adopción de estas tecnologías en varias líneas de negocio. Aunque en el capítulo 1 vimos que muchos de los innovadores de la revolución industrial y posteriores, como Thomas Edison, no tenían muchos estudios, esas innovaciones eran mucho más sencillas que la tecnología moderna. Hoy en día, el cambio tecnológico requiere formación tanto en el caso del innovador como en el del trabajador. Y aquí vemos la importancia de que las instituciones económicas sean capaces de crear igualdad de condiciones. Estados Unidos pudo producir, o atraer del extranjero, a personas como Bill Gates, Steve Jobs, Sergey Brin, Larry Page y Jeff Bezos, y a los cientos de científicos que realizaron descubrimientos fundamentales en tecnología de la información, energía nuclear, biotecnología y otros campos en los que construyeron sus empresas estos emprendedores. La oferta de talento estaba allí para ser utilizada porque, en general, los adolescentes de Estados Unidos tienen acceso a toda la escolarización que desean o que son capaces de lograr. Ahora, imaginemos un tipo de sociedad distinto, por ejemplo, el Congo o Haití, donde la gran mayoría de la población no tiene medios para asistir a la escuela o, si se consigue ir al colegio, la calidad de la enseñanza es lamentable, algunos profesores no aparecen por clase, y cuando hay profesores puede que no haya libros.

El bajo nivel educativo de los países pobres se debe a las instituciones económicas que no logran crear incentivos para que los padres eduquen a sus hijos, y a las instituciones políticas que no inducen al gobierno a construir, financiar y dar apoyo a las escuelas y a los deseos de los padres y sus hijos. El precio que pagan estos países por el bajo nivel educativo de su población y la falta de mercados inclusivos es elevado. No consiguen movilizar su talento incipiente. Tienen muchos Bill Gates en

potencia y quizá uno o dos Albert Einstein que ahora trabajan como agricultores pobres, sin estudios, forzados a hacer lo que no quieren hacer o reclutados para el ejército, porque nunca han tenido la oportunidad de elegir la profesión que quieren ejercer en la vida.

La capacidad de las instituciones económicas para aprovechar el potencial de los mercados inclusivos, fomentar la innovación tecnológica, invertir en personas y movilizar el talento y las habilidades de un gran número de individuos es esencial para el desarrollo económico. Explicar por qué tantas instituciones económicas no cumplen estos objetivos tan sencillos es el tema principal de este libro.

Instituciones políticas extractivas e inclusivas

Todas las instituciones económicas están creadas por la sociedad. Las de Corea del Norte, por ejemplo, fueron impuestas a sus ciudadanos por los comunistas que se hicieron con el control del país a partir de 1940, mientras que las de la América Latina colonial fueron impuestas por los conquistadores españoles. Corea del Sur acabó con instituciones económicas muy distintas de las de Corea del Norte porque personas distintas, con intereses y objetivos diferentes, tomaron las decisiones sobre cómo estructurar la sociedad. Es decir, Corea del Sur tenía políticas distintas.

La política es el proceso mediante el cual una sociedad elige las reglas que la gobernarán. La política acompaña a las instituciones por la sencilla razón de que, aunque las instituciones inclusivas pueden ser buenas para la prosperidad económica de un país, algunas personas o grupos, como la élite del Partido Comunista de Corea de Norte o los propietarios de plantaciones de caña de azúcar de la Barbados colonial, estarán mucho mejor estableciendo instituciones que sean extractivas. Cuando hay conflictos sobre las instituciones, lo que suceda dependerá de qué personas o grupos ganen en el juego político: quién puede conseguir más apoyo, obtener recursos adicionales y formar alianzas más efectivas. En resumen, el ganador depende de la distribución del poder político en la sociedad.

Las instituciones políticas de una sociedad son un elemento determinante del resultado de este juego. Y hay algunas reglas que rigen cómo se establecen los incentivos en política, determinan cómo se elige al gobierno y qué parte de éste tiene derecho a hacer qué. Las instituciones políticas estipulan quién tiene poder en la sociedad y para qué fines puede utilizarse. Si el reparto del poder es restrictivo e ilimitado, las instituciones políticas son absolutistas, como las monarquías que reinaron en el mundo durante gran parte de la historia. Con instituciones políticas absolutistas como las de Corea del Norte y la América Latina colonial, quienes ejerzan este poder serán capaces de establecer instituciones económicas para enriquecerse y aumentar su poder a costa de la sociedad. En cambio, las instituciones políticas que reparten el poder ampliamente en la sociedad y lo limitan son pluralistas. En lugar de concederlo a un individuo o a un pequeño grupo, el poder político reside en una amplia coalición o pluralidad de grupos.

Evidentemente, existe una estrecha conexión entre el pluralismo y las instituciones económicas inclusivas. Sin embargo, la clave para comprender por qué Corea del Sur y Estados Unidos tienen instituciones económicas inclusivas no está solamente en sus instituciones políticas pluralistas, sino también en sus Estados poderosos y suficientemente centralizados. Un contraste revelador es Somalia, país situado al este de África. Como veremos más adelante, el poder político de Somalia hace tiempo que está repartido ampliamente, de forma casi pluralista. De hecho, no existe una autoridad real que pueda controlar o sancionar a alguien. La sociedad está dividida en clanes profundamente antagónicos y ninguno de ellos puede dominar a los demás. El poder de un clan está limitado solamente por las

armas de otro. Esta distribución del poder no conduce a instituciones inclusivas, sino al caos, y se debe a que el Estado somalí no cuenta con ningún tipo de centralización política o estatal, y es incapaz de imponer siquiera un mínimo nivel de ley y orden para dar apoyo a la actividad económica, el comercio o la seguridad básica de sus ciudadanos.

Max Weber, a quien mencionamos en el capítulo anterior, proporcionó la definición más famosa y ampliamente aceptada de Estado, que identificó con el «monopolio de la violencia legítima» en la sociedad. Sin este monopolio y el grado de centralización que implica, el Estado no puede representar su papel de órgano encargado de imponer la ley y el orden, y mucho menos proporcionar servicios públicos y fomentar y regular la actividad económica. Cuando el Estado no logra prácticamente ninguna centralización política, la sociedad, tarde o temprano, llega al caos, como en el caso de Somalia.

Denominaremos instituciones políticas inclusivas a aquellas que están suficientemente centralizadas y que son pluralistas. Cuando falle alguna de estas condiciones, nos referiremos a ellas como instituciones políticas extractivas.

Existe una fuerte sinergia entre las instituciones económicas y las políticas. Las instituciones políticas extractivas concentran el poder en manos de una élite reducida y fijan pocos límites al ejercicio de su poder. Las instituciones económicas a menudo están estructuradas por esta élite para extraer recursos del resto de la sociedad. Por lo tanto, las instituciones económicas extractivas acompañan de forma natural a las instituciones políticas extractivas. De hecho, deben depender inherentemente de las instituciones políticas extractivas para su supervivencia. Las instituciones políticas inclusivas, que confieren el poder ampliamente, tenderían a eliminar las instituciones económicas que expropian los recursos de la mayoría, levantan barreras de entrada y suprimen el funcionamiento de mercados que solamente benefician a un número reducido de personas.

Por ejemplo, en Barbados, el sistema de plantaciones basado en la explotación de esclavos no podría haber sobrevivido sin las instituciones políticas que suprimieron y excluyeron completamente a los esclavos del proceso político. El sistema económico que empobrece a millones de personas en beneficio de una reducida élite comunista en Corea del Norte también sería impensable sin el dominio político absoluto del Partido Comunista.

La relación sinérgica entre las instituciones económicas y políticas extractivas introduce un bucle de fuerte retroalimentación: las instituciones políticas permiten que las élites controlen el poder político para elegir instituciones económicas con menos limitaciones o fuerzas que se opongan. También permiten que las élites estructuren las futuras instituciones políticas y su evolución. A su vez, las instituciones económicas extractivas enriquecen a esas mismas élites, y su riqueza económica y su poder ayudan a consolidar su dominio político. En Barbados o en América Latina, por ejemplo, los colonos utilizaron su poder político para imponer un conjunto de instituciones económicas con las que consiguieron grandes fortunas a costa del resto de la población. Los recursos que generaron aquellas instituciones económicas permitieron que estas élites crearan ejércitos y fuerzas de seguridad para defender su monopolio absolutista del poder político. Evidentemente, la implicación es que las instituciones políticas y económicas extractivas se apoyan entre sí y tienden a perdurar.

De hecho, la sinergia entre las instituciones económicas y políticas extractivas es aún mayor. Cuando las élites existentes son cuestionadas bajo instituciones políticas extractivas y los recién llegados van avanzando, es probable que estos recién llegados estén sujetos a un número reducido de limitaciones. Por lo tanto, tienen incentivos para mantener estas instituciones políticas y crear un conjunto similar de instituciones económicas, como hicieron Porfirio Díaz y la élite que lo rodeaba a finales del siglo XIX en México.

Las instituciones económicas inclusivas, a su vez, se forjan sobre bases establecidas por las instituciones políticas inclusivas, que reparten ampliamente el poder en la sociedad y limitan su ejercicio arbitrario. Estas instituciones políticas también dificultan que otras personas usurpen el poder y socaven las bases de las instituciones inclusivas. Quienes controlan el poder político no pueden utilizarlo fácilmente para establecer instituciones económicas extractivas en beneficio propio. Y estas instituciones económicas inclusivas, a su vez, crean un reparto más equitativo de los recursos, facilitando la persistencia de las instituciones políticas inclusivas.

No fue casualidad que un año después de que, en 1618, la Virginia Company diera tierras a los colonos y los liberara de sus contratos draconianos con los que previamente los había intentado coaccionar, la Asamblea General permitiera que los colonos empezaran a gobernarse a sí mismos. Éstos no habrían confiado en tener derechos económicos sin derechos políticos, ya que habían sufrido los esfuerzos persistentes de la Virginia Company por coaccionarlos. Tampoco ninguna de estas economías habría sido estable y duradera. De hecho, las combinaciones de instituciones extractivas e inclusivas, en general, son inestables. Las instituciones económicas extractivas bajo instituciones políticas inclusivas no es probable que sobrevivan durante mucho tiempo, tal y como sugiere nuestro análisis de Barbados.

De forma similar, las instituciones económicas inclusivas ni darán apoyo ni serán apoyadas por las instituciones políticas extractivas. Serán transformadas en instituciones económicas extractivas en beneficio de los intereses que controlan el poder o el dinamismo económico que crean desestabilizará a las instituciones políticas extractivas y abrirá el camino para que aparezcan instituciones políticas inclusivas. Las instituciones económicas inclusivas también tienden a reducir los beneficios de los que pueden disfrutar las élites gobernantes en instituciones políticas extractivas, ya que esas instituciones se enfrentan a la competencia en el mercado y están limitadas por los contratos y los derechos de propiedad del resto de la sociedad.

¿Por qué no elegir siempre la prosperidad?

Las instituciones políticas y económicas que, en última instancia, son elegidas por la sociedad, pueden ser inclusivas y fomentar el crecimiento económico o pueden ser extractivas y convertirse en impedimentos para el desarrollo económico. Los países fracasan cuando tienen instituciones económicas extractivas, apoyadas por instituciones políticas extractivas que impiden e incluso bloquean el crecimiento económico. Sin embargo, esto significa que la elección de las instituciones (es decir, la política de las instituciones) es crucial para nuestro esfuerzo por comprender las razones del éxito y el fracaso de los países. Tenemos que comprender por qué las políticas de algunas sociedades conducen a instituciones inclusivas que fomentan el desarrollo económico, mientras que las políticas de la amplia mayoría de las sociedades a lo largo de la historia han conducido, y todavía lo hacen, a instituciones extractivas que lo dificultan.

Podría parecer obvio que todo el mundo debería estar interesado en crear el tipo de instituciones económicas que aportan prosperidad. ¿Acaso no querría todo ciudadano, político e incluso dictador depredador que su país fuera lo más rico posible?

Volvamos al reino del Congo que comentamos anteriormente. A pesar de que desapareció como tal en el siglo XVII, dio nombre al país moderno que se independizó del dominio colonial belga en 1960. Como Estado independiente, el Congo experimentó prácticamente un declive económico y una pobreza constantes y crecientes bajo el control de Mobutu, entre 1965 y 1997. Y este declive continuó

después de que Mobutu fuera derrocado por Laurent Kabila. Mobutu creó un conjunto altamente extractivo de instituciones económicas. Los ciudadanos eran más pobres, pero Mobutu y la élite que le rodeaba, conocida como *les grosses legumes*, pasaron a ser tremendamente ricos. Mobutu se construyó un palacio en su lugar de origen, Gbadolite, al norte del país, con un aeropuerto lo suficientemente grande para que pudiera aterrizar un *jet* Concord supersónico, el avión que solía alquilar a Air France para viajar a Europa. En Europa, compró varios castillos y era propietario de grandes extensiones en Bruselas, la capital belga.

¿No habría sido mejor para Mobutu montar instituciones económicas que incrementaran la riqueza de los congoleños en lugar de aumentar su pobreza? Si Mobutu hubiera conseguido incrementar la prosperidad de su nación, ¿acaso no habría podido apropiarse de incluso más dinero, no habría podido comprar un Concord en lugar de alquilarlo, no habría tenido más castillos y mansiones, y posiblemente un ejército más grande y potente? Por desgracia para los ciudadanos de muchos países del mundo, la respuesta es negativa. Las instituciones económicas que crean incentivos para el progreso económico también pueden redistribuir simultáneamente la renta y el poder de forma que el dictador depredador y sus subordinados con poder político empeoren su situación.

El problema fundamental es que necesariamente habrá disputas y conflictos sobre las instituciones económicas. Diferentes instituciones tienen distintas consecuencias para la prosperidad de una nación, sobre cómo se reparte esa prosperidad y quién tiene el poder. El desarrollo económico que pueden inducir las instituciones crea ganadores y perdedores. Esto fue evidente durante la revolución industrial en Inglaterra, que sentó las bases de la prosperidad que vemos actualmente en los países ricos del mundo. Se centraba en una serie de cambios tecnológicos pioneros en los campos de la energía de vapor, el transporte y la producción textil. A pesar de que la mecanización condujo a un aumento enorme de la renta total y, en última instancia, se convirtió en la base de la sociedad industrial moderna, muchos se opusieron duramente a la mecanización. Y no fue por su ignorancia o estrechez de miras, sino todo lo contrario. Por desgracia, aquella oposición al desarrollo económico tiene su propia lógica coherente. El crecimiento económico y el cambio tecnológico están acompañados por lo que el gran economista Joseph Schumpeter denominó «destrucción creativa». Sustituyen lo viejo por lo nuevo. Los sectores nuevos atraen recursos que antes se destinaban a los viejos. Las empresas nuevas quitan negocio a las ya establecidas. Las nuevas tecnologías hacen que las habilidades y las máquinas existentes queden obsoletas. El proceso de crecimiento económico y las instituciones inclusivas en las que se basan crean perdedores y ganadores en el escenario político y en el mercado económico. A menudo, el temor a la destrucción creativa tiene su origen en la oposición a instituciones políticas y económicas inclusivas.

La historia europea proporciona un ejemplo vívido de las consecuencias de la destrucción creativa. En vísperas de la revolución industrial en el siglo XVIII, los gobiernos de la mayoría de los países europeos estaban controlados por aristocracias y élites tradicionales, cuya fuente principal de ingresos era la tenencia de tierras o los privilegios comerciales de los que disfrutaban gracias a los monopolios y a los aranceles impuestos por los monarcas. En consonancia con la idea de la destrucción creativa, la expansión de industrias, fábricas y pueblos se llevó recursos de la tierra, redujo las rentas de los terratenientes y aumentó los sueldos que éstos tenían que pagar a sus trabajadores. Estas élites también vieron que la aparición de nuevos comerciantes y hombres de negocios perjudicaba sus privilegios comerciales. En términos generales, fueron los mayores perdedores económicos de la industrialización. La urbanización y la aparición de una clase obrera y media con conciencia social también cuestionaba el monopolio político de las aristocracias terratenientes. Así, con la expansión de la revolución industrial, los aristócratas no fueron únicamente los perjudicados económicos, sino que

también corrían el riesgo de convertirse en infortunados políticos, al perder su control sobre el poder político. Al ver amenazado su poder político y económico, estas élites a menudo constituían una oposición notable contra la industrialización.

Pero la aristocracia no era la única perdedora de la industrialización. Los artesanos cuyas habilidades manuales estaban siendo reemplazadas por la mecanización también se oponían a la expansión de la industria. Muchos mostraron su disconformidad organizando disturbios y destruyendo las máquinas que consideraban responsables del empeoramiento de su forma de ganarse la vida. Eran los luditas, una palabra que hoy en día es sinónimo de resistencia al cambio tecnológico. A John Kay, el inglés que inventó la lanzadera *flying shuttle* en 1733, una de las primeras mejoras significativas en la mecanización del tejido, le quemaron la casa los luditas en 1753. A James Hargreaves, inventor de una mejora revolucionaria en el hilado, la hiladora con husos múltiples conocida como *spinning jenny*, le ocurrió algo similar.

No obstante, los artesanos fueron mucho menos efectivos que los terratenientes y las élites a la hora de oponerse a la industrialización. Los luditas no poseían el poder político (la capacidad para afectar al resultado político contra los deseos de otros grupos) de la aristocracia terrateniente. En Inglaterra, la industrialización continuó, a pesar de la oposición de los luditas, porque la oposición aristocrática, aunque real, fue silenciada. En cambio, en los imperios austro-húngaro y ruso, en los que los aristócratas y las monarquías absolutistas tenían mucho más que perder, la industrialización fue bloqueada. En consecuencia, las economías de estos dos imperios se estancaron. Quedaron rezagados respecto a otros países europeos en los que el desarrollo económico despegó durante el siglo XIX.

A pesar del éxito y el fracaso de algunos grupos específicos, hay algo que es evidente: los grupos poderosos suelen oponer resistencia al poder económico y a los motores de prosperidad. El crecimiento económico no es solamente un proceso de más y mejores máquinas, y de más y mejores personas con estudios, sino que también es un proceso transformador y desestabilizador asociado con una destrucción creativa generalizada. Por lo tanto, el movimiento solamente avanza si no queda bloqueado por los perdedores económicos, que prevén que perderán sus privilegios económicos, y por los perdedores políticos, que temen que se erosione su poder político.

El conflicto por la escasez de recursos, rentas y poder se traduce en conflicto por las reglas del juego, las instituciones económicas, lo que determinará las actividades económicas y quién se beneficiará de ellas. Cuando hay un conflicto, no se puede dar respuesta a los deseos de todas las partes simultáneamente. Algunos serán derrotados y fracasarán, mientras que otros lograrán proteger aquello que desean. Los ganadores de este conflicto son una pieza fundamental de la trayectoria económica de un país. Si los grupos que se oponen al crecimiento son los ganadores, pueden bloquear con éxito el desarrollo económico y la economía se estancará.

La lógica de por qué los poderosos no querrán establecer necesariamente las instituciones económicas que fomentan el éxito económico se amplía fácilmente a la elección de las instituciones políticas. En un régimen absolutista, algunas élites pueden ejercer el poder para establecer las instituciones económicas que prefieran. ¿Estarían estas élites interesadas en cambiar las instituciones políticas para hacerlas más pluralistas? En general no, ya que, de esta forma, solamente reducirían su poder político, y harían más difícil, quizá imposible, para ellas estructurar instituciones económicas para promover sus propios intereses. De nuevo, vemos una fuente fácil de conflicto. Las personas que sufren por las instituciones económicas extractivas no pueden esperar que los gobernantes absolutistas cambien voluntariamente las instituciones políticas y redistribuyan el poder entre la sociedad. La única forma de cambiar estas instituciones políticas es obligar a las élites a crear instituciones más plurales.

De la misma forma que no existe ninguna razón por la que las instituciones políticas deban ser automáticamente pluralistas, tampoco hay ninguna tendencia natural hacia la centralización política. Sin duda, habría incentivos para crear instituciones estatales más centralizadas en cualquier sociedad, sobre todo en las que no tienen esa centralización en absoluto. Por ejemplo, en Somalia, si un clan creara un Estado centralizado capaz de imponer orden en el país, la nueva situación podría conducir a la creación de beneficios económicos y podría aumentar la riqueza de este clan. ¿Qué lo impide? El principal obstáculo para la centralización política vuelve a ser el miedo al cambio: cualquier clan, grupo o político que intente centralizar el poder en el Estado también lo estará centralizando en sus propias manos, y esto es probable que provoque la ira de otros clanes, grupos e individuos que serían los perdedores políticos de este proceso. La falta de centralización política no se traduciría solamente en el caos en gran parte de un territorio, sino que también existen muchos actores con poder suficiente para bloquear o trastornar la situación, y el miedo a su oposición y a una reacción violenta a menudo disuadirá a muchos posibles centralizadores. La centralización política solamente es probable cuando un grupo de personas es lo suficientemente más poderoso que otro para construir un Estado. En Somalia, el poder está equilibrado equitativamente, y ningún clan puede imponer su voluntad sobre otro. Por lo tanto, la falta de centralización política persiste.

La larga agonía del Congo

El Congo es uno de los ejemplos mejores, y más deprimentes, de las fuerzas que explican la lógica de por qué la prosperidad económica es tan persistentemente escasa bajo instituciones extractivas, e ilustra la sinergia entre instituciones económicas y políticas extractivas. Los portugueses y los holandeses que visitaron el Congo en los siglos XV y XVI destacaron la «pobreza miserable» del país. La tecnología era rudimentaria desde el punto de vista europeo y los congoleños no tenían ni escritura, ni rueda ni arado. Los relatos históricos dejan claro cuál era la causa de esta pobreza, así como el hecho de que los campesinos congoleños fueran reacios a adoptar tecnologías mejores. La causa era la naturaleza extractiva de las instituciones económicas del país.

Como hemos visto, el reino del Congo estaba gobernado por un rey que vivía en Mbanza, ciudad que posteriormente recibiría el nombre de São Salvador. Las zonas situadas lejos de la capital estaban gobernadas por una élite que representaba a los gobernantes de distintas partes del reino. La riqueza de esta élite se basaba en las plantaciones esclavistas situadas cerca de São Salvador y en la recaudación de impuestos del resto del país. La esclavitud era crucial para la economía, la élite utilizaba esclavos para abastecer a sus propias plantaciones y los europeos enviaban esclavos a la costa. Los impuestos eran arbitrarios, e incluso se cobraba un impuesto cada vez que al rey le venía en gana. Para ser más próspero, el pueblo congoleño tendría que haber ahorrado e invertido, por ejemplo, en comprar arados. Pero no habría valido la pena, porque cualquier excedente de producción que hubieran conseguido utilizando una tecnología mejor habría sido expropiado por el rey y su élite. Así que, en lugar de invertir para aumentar su productividad y vender sus productos en mercados, los congoleños alejaron sus pueblos del mercado para intentar estar tan lejos como fuera posible de las carreteras y reducir así la frecuencia de los saqueos y escapar de los traficantes de esclavos.

Por lo tanto, la pobreza del Congo fue el resultado de instituciones económicas extractivas que bloquearon los motores de prosperidad o que incluso los hicieron trabajar en sentido inverso. El gobierno del Congo proporcionó muy pocos servicios públicos a sus ciudadanos, ni siquiera los básicos, como los derechos de propiedad, respeto a la ley y el orden. Al contrario, el gobierno en sí era

la mayor amenaza para la propiedad y los derechos humanos de sus súbditos. La institución de la esclavitud significó que no pudo existir el mercado más fundamental de todos, el mercado de trabajo inclusivo en el que las personas pueden elegir su profesión o su trabajo de manera que pueden contribuir a una economía próspera. Además, el comercio a larga distancia y las actividades mercantiles estaban controladas por el rey y vetadas a quienes no estaban relacionados con él. Y a pesar de que la élite pronto se alfabetizó después de que los portugueses introdujeran la escritura, el rey no intentó extender la alfabetización al resto de la población.

Sin embargo, a pesar de que la «pobreza miserable» fuera generalizada, las instituciones extractivas congoleñas tenían su propia lógica impecable: un número reducido de personas, las que ocupaban el poder político, se hacían muy ricas. En el siglo XVI, el rey del Congo y la aristocracia fueron capaces de importar productos de lujo europeos y vivían rodeados de siervos y esclavos.

Las raíces de las instituciones económicas de la sociedad congoleña fluían desde la distribución del poder político en la sociedad y, por lo tanto, desde la naturaleza de las instituciones políticas. Excepto la amenaza de una revuelta, nada le impedía al rey tomar las posesiones o los cuerpos de la gente. Y a pesar de que aquella amenaza fuera real, no era suficiente para garantizar la seguridad de las personas ni de su riqueza. Las instituciones políticas del Congo eran verdaderamente absolutistas, por consiguiente, el rey y su élite no estaban sujetos esencialmente a ningún límite y no se daba voz ni voto a los ciudadanos respecto a cómo organizar su sociedad.

Evidentemente, no es difícil ver que las instituciones políticas del Congo contrastan claramente con instituciones políticas inclusivas en las que el poder es limitado y está repartido ampliamente. Las instituciones absolutistas del Congo mantuvieron su posición gracias al ejército. El rey tenía un ejército permanente de cinco mil soldados a mediados del siglo XVII, con un núcleo de quinientos mosqueteros, una fuerza formidable para su época. Por eso, es fácil comprender por qué el rey y la aristocracia adoptaron con tanto interés las armas de fuego europeas.

No había posibilidades de crecimiento económico sostenido bajo este conjunto de instituciones económicas e incluso los incentivos para generar un desarrollo temporal estaban muy limitados. Reformar las instituciones económicas para mejorar los derechos de propiedad individual habría hecho que la sociedad congoleña en general fuera más próspera. Sin embargo, es poco probable que la élite se hubiera beneficiado de esta mayor prosperidad porque, en primer lugar, estas reformas habrían provocado que la élite fuera la perdedora económica, al reducir la riqueza que aportaban el tráfico de esclavos y las plantaciones esclavistas. Y en segundo lugar, estas reformas sólo habrían sido posibles si el poder político del rey y de la élite se hubiera reducido. Por ejemplo, si el rey continuaba al mando de sus quinientos mosqueteros, ¿quién se habría creído el anuncio de que se había abolido la esclavitud? ¿Qué habría impedido que el rey cambiara de idea más adelante? La única garantía real habría sido un cambio de las instituciones políticas para que los ciudadanos obtuvieran algún poder político que lo contrarrestara y que les dejara expresar sus ideas sobre los impuestos o sobre lo que hacían los mosqueteros. Sin embargo, en este caso, es poco probable que mantener el consumo y el estilo de vida del rey y de la élite hubiera sido una de sus prioridades. Los cambios que habrían creado instituciones económicas mejores en la sociedad habrían convertido al rey y a la aristocracia en perdedores políticos y económicos.

La interacción entre las instituciones económicas y políticas de hace quinientos años es relevante para comprender por qué el moderno Estado del Congo todavía es miserablemente pobre hoy en día. La llegada del dominio europeo a esta zona, y más profundamente en la cuenca del río Congo en la época de la «lucha por África» a finales del siglo XIX, condujo a una inseguridad en cuanto a los derechos humanos y de propiedad aún más atroz que la que había caracterizado al Congo precolonial.

Además, reprodujo el modelo de instituciones extractivas y absolutismo político que otorgó poder y enriqueció a unos pocos a costa de la mayoría, aunque esos pocos pasaran a ser los colonos belgas, sobre todo el rey Leopoldo II.

Cuando el Congo se independizó en 1960, se reprodujo el mismo modelo de instituciones, incentivos y resultados económicos. Las instituciones congoleñas extractivas de nuevo recibieron el apoyo de instituciones políticas altamente extractivas. La situación empeoró porque el colonialismo europeo creó un Estado, el Congo, formado por muchos territorios y sociedades precoloniales diferentes que el Estado nacional, dirigido desde Kinsasa, poco podía controlar. A pesar de que el presidente Mobutu utilizó el Estado para enriquecerse a sí mismo y a sus compinches (por ejemplo, mediante el programa Zairianization de 1973, que significó la expropiación masiva de intereses económicos extranjeros), presidió un Estado no centralizado con poca autoridad sobre gran parte del país y tuvo que apelar a la ayuda extranjera para impedir que las provincias de Katanga y Kasai se separaran en los años sesenta. Esa falta de centralización política, que casi condujo al punto de colapso total del Estado, es un rasgo que comparte el Congo con gran parte del África subsahariana.

La moderna República Democrática del Congo continúa siendo pobre porque sus ciudadanos todavía carecen de las instituciones económicas que crean los incentivos básicos para que una sociedad sea próspera. No es la situación geográfica, ni la cultura ni la ignorancia de sus ciudadanos o de sus políticos lo que mantiene pobre al país, sino sus instituciones económicas extractivas. Éstas aún están en vigor después de todos estos siglos porque el poder político continúa concentrado en manos de una reducida élite que tiene pocos incentivos para obligar a que se garanticen los derechos de las personas, proporcionar los servicios públicos básicos que mejorarían la calidad de vida o impulsar el progreso económico. Bien al contrario, sus intereses consisten en obtener rentas y mantenerse en el poder. No han utilizado este poder para construir un Estado centralizado porque hacerlo les crearía los mismos problemas de oposición y retos políticos que fomentar el desarrollo económico. Además, como en gran parte del resto del África subsahariana, las luchas internas provocadas por grupos rivales que intentaban hacerse con el control de las instituciones extractivas destruyeron cualquier tendencia a la centralización estatal que hubiera podido existir.

La historia del reino del Congo, y la historia más reciente de la República Democrática del Congo, ilustra gráficamente cómo las instituciones políticas determinan las instituciones económicas y, a través de éstas, los incentivos económicos y el alcance del desarrollo económico. También muestra la relación simbiótica entre el absolutismo político y las instituciones económicas que otorgan poder y enriquecen a unos cuantos a costa de la mayoría.

El desarrollo bajo instituciones políticas extractivas

Hoy en día, el Congo es un ejemplo extremo, con caos generalizado y derechos de propiedad muy inseguros. Sin embargo, en la mayoría de los casos, este extremismo no serviría a los intereses de la élite, ya que destruiría todos los incentivos económicos y generaría pocos recursos que extraer. La tesis central de este libro es que el desarrollo y la prosperidad económicos están asociados con instituciones económicas y políticas inclusivas, mientras que las instituciones extractivas normalmente conducen al estancamiento y la pobreza. No obstante, esto no implica que las instituciones extractivas no puedan generar nunca crecimiento ni que todas las instituciones extractivas se hayan creado igual.

Existen dos formas distintas pero complementarias en las que puede haber desarrollo económico

bajo instituciones políticas extractivas. Primero, incluso aunque las instituciones económicas sean extractivas, el crecimiento es posible cuando las élites pueden asignar recursos directamente a actividades de alta productividad que controlan personalmente. Un ejemplo destacado de este tipo de crecimiento bajo instituciones extractivas fueron las islas caribeñas entre los siglos XVI y XVIII. La mayoría de la población eran esclavos que trabajaban en condiciones horribles en las plantaciones, y que apenas vivían por encima del nivel de subsistencia. Muchos murieron de malnutrición y agotamiento. En las islas Barbados, Cuba, Haití y Jamaica, en los siglos XVII y XVIII, una minoría reducida, la élite de los propietarios de las plantaciones, controlaba todo el poder político y poseía todos los bienes, lo que incluía a todos los esclavos. Mientras que la mayoría de la población no tenía derechos, la propiedad y los bienes de la élite de los propietarios estaban bien protegidos. A pesar de las instituciones económicas extractivas que explotaban despiadadamente a la mayoría de la población, estas islas eran de los lugares más ricos del mundo, porque podían producir azúcar y venderlo en los mercados mundiales. La economía de las islas sólo se estancó cuando hubo la necesidad de cambiar a nuevas actividades económicas, que amenazaron tanto las rentas como el poder político de la élite de propietarios de plantaciones.

Otro ejemplo es el desarrollo económico y la industrialización de la Unión Soviética desde el primer plan quinquenal de 1928 hasta los años setenta. Las instituciones políticas y económicas eran altamente extractivas y los mercados estaban fuertemente limitados. Sin embargo, la Unión Soviética pudo lograr un desarrollo económico rápido porque utilizó el poder del Estado para trasladar recursos de la agricultura, donde se utilizaban de forma muy ineficiente, a la industria.

El segundo tipo de crecimiento bajo instituciones políticas extractivas aparece cuando se permite el desarrollo de instituciones económicas inclusivas, aunque sea solamente de forma limitada e incompleta. Muchas sociedades con instituciones políticas extractivas evitarán las instituciones económicas inclusivas debido al miedo que les provoca la destrucción creativa. No obstante, el grado hasta el cual la élite consigue monopolizar el poder varía según las sociedades. En algunas, la posición de la élite podría ser lo suficientemente segura como para permitir algunos cambios hacia instituciones económicas inclusivas porque sabe que éstas no amenazarán su poder político. Alternativamente, la situación histórica podría ser tal que dotara a un régimen político extractivo de instituciones económicas bastante inclusivas que decidan no bloquear. Éstas proporcionan la segunda forma de producir crecimiento bajo instituciones políticas extractivas.

La rápida industrialización de Corea del Sur bajo el mandato del general Park es un ejemplo de lo anterior. Park llegó al poder mediante un golpe militar en 1961, pero lo hizo en una sociedad fuertemente apoyada por Estados Unidos y con una economía en la que las instituciones económicas eran esencialmente inclusivas. A pesar de que el régimen de Park fuera autoritario, parecía lo suficientemente seguro para impulsar el crecimiento económico y, de hecho, lo hizo muy activamente, quizá en parte porque el régimen no estaba directamente apoyado por instituciones económicas extractivas. A diferencia de la Unión Soviética y la mayor parte de los otros casos de crecimiento bajo instituciones extractivas, Corea del Sur hizo la transición desde instituciones políticas extractivas hacia instituciones políticas inclusivas en los años ochenta. El éxito de esta transición se debió a la confluencia de varios factores.

En los años setenta, las instituciones económicas de Corea del Sur habían pasado a ser lo suficientemente inclusivas para reducir uno de los fuertes fundamentos para las instituciones políticas extractivas: la élite económica tenía muy poco que ganar de su propio dominio o del dominio militar de la política. La relativa igualdad de rentas de Corea del Sur también significó que la élite tenía menos que temer del pluralismo y la democracia. La influencia clave de Estados Unidos, dada la

amenaza de Corea del Norte, también significó que el importante movimiento prodemocracia que había cuestionado la dictadura militar no pudiera ser reprimido durante mucho tiempo. A pesar de que el asesinato del general Park en 1979 fue seguido por otro golpe militar, dirigido por Chun Doo Hwan, el sucesor elegido por Chun, Roh Tae Woo, inició un proceso de reformas políticas que condujo a la consolidación de una democracia plural después de 1992. Evidentemente, en la Unión Soviética no se produjo ninguna transición de este tipo y, en consecuencia, el desarrollo soviético perdió impulso, la economía empezó a hundirse en los años ochenta y se desplomó totalmente en los noventa.

El desarrollo económico chino actual también tiene varios puntos en común con las experiencias soviética y surcoreana. Mientras que las etapas iniciales del desarrollo chino fueron encabezadas por reformas radicales del mercado en el sector agrícola, las reformas en el sector industrial fueron más moderadas. Incluso hoy, el Estado y el Partido Comunista tienen un papel central a la hora de decidir qué sectores y empresas recibirán un capital adicional y se expandirán (proceso que provocará que se creen y se pierdan fortunas). Igual que la Unión Soviética en su apogeo, China crece de prisa, pero con instituciones extractivas, bajo el control del Estado, con pocas señales de transición a instituciones políticas inclusivas. El hecho de que las instituciones económicas chinas estén todavía lejos de ser totalmente inclusivas también sugiere que es menos probable una transición de estilo surcoreano, aunque, por supuesto, no es imposible.

Vale la pena destacar que la centralización política es clave para las dos formas en las que se puede dar el crecimiento bajo instituciones políticas extractivas. Si no hubiera contado con algún tipo de centralización política, la élite de propietarios de plantaciones de Barbados, Cuba, Haití y Jamaica no habría sido capaz de mantener la ley y el orden, ni de defender sus propios bienes y propiedades. Sin una centralización política importante y un control férreo del poder político, ni las élites militares de Corea del Sur ni el Partido Comunista Chino se habrían sentido lo suficientemente seguros para hacer unas reformas económicas tan significativas e, incluso así, conseguir aferrarse al poder. Y sin esa centralización, el Estado, en la Unión Soviética o en China, no habría sido capaz de coordinar la actividad económica para canalizar los recursos hacia áreas de productividad elevada. Por lo tanto, una línea divisoria central entre las instituciones políticas extractivas es su grado de centralización política. Los que no la tienen, como muchos países del África subsahariana, tendrán dificultades incluso para lograr un desarrollo limitado.

Aunque las instituciones extractivas puedan generar algo de crecimiento, normalmente no generan un desarrollo económico sostenido y, sin duda, no el tipo del que llega acompañado por una destrucción creativa. Cuando tanto las instituciones políticas como las económicas son extractivas, no hay incentivos para la destrucción creativa y el cambio tecnológico. Durante un tiempo, el Estado puede ser capaz de crear un desarrollo económico rápido asignando recursos y personas por decreto, pero este proceso está limitado intrínsecamente. Cuando se alcanzan los límites, el desarrollo se detiene, como ocurrió en la Unión Soviética en los años setenta. A pesar de que los soviéticos lograron un crecimiento económico rápido, hubo muy poco cambio tecnológico en la mayor parte de la economía; no obstante, destinaron enormes recursos al campo militar, y pudieron desarrollar tecnologías militares e incluso adelantarse a Estados Unidos en la carrera espacial y nuclear durante un período corto de tiempo. Sin embargo, este desarrollo sin destrucción creativa y sin innovación tecnológica de base amplia no era sostenible y terminó abruptamente.

Además, los acuerdos que apoyan el crecimiento económico con instituciones políticas extractivas son, por su propia naturaleza, frágiles. Se pueden hundir o destruir fácilmente por las luchas internas que generan las propias instituciones extractivas. De hecho, las instituciones políticas y económicas extractivas crean una tendencia general de luchas internas, porque conducen a la concentración de la

riqueza y el poder en manos de una reducida élite. Si existe otro grupo que pueda superar y ser mejor estratega que esta élite y toma el control del Estado, será éste el que disfrutará de la riqueza y el poder. En consecuencia, tal y como ilustrará nuestro debate sobre el colapso del último Imperio romano y las ciudades mayas (capítulos 5 y 6), la lucha por el control del Estado todopoderoso siempre está latente, y periódicamente se intensifica y produce la ruina de estos regímenes, cuando se convierte en guerra civil y, en ocasiones, la quiebra total y el hundimiento del Estado. Una implicación de lo anterior es que ninguna sociedad con instituciones extractivas logra pervivir a pesar de que inicialmente exista algún tipo de centralización estatal. De hecho, las luchas internas para hacerse con el control de las instituciones extractivas a menudo conducen a guerras civiles y al caos generalizado, lo que consagra la inexistencia permanente de la centralización estatal, como en muchos países del África subsahariana y algunos de América Latina y del sur de Asia.

Por último, cuando el desarrollo llega con instituciones políticas extractivas, pero en lugares en los que las instituciones económicas tienen aspectos inclusivos, como en el caso de Corea del Sur, siempre existe el peligro de que las instituciones económicas se vuelvan más extractivas y se detenga el crecimiento. Los que controlan el poder político finalmente encontrarán más beneficioso utilizar su poder para limitar la competencia, aumentar su trozo del pastel o incluso robar y saquear en vez de apoyar el progreso económico. La distribución del poder y la capacidad para ejercerlo socavarán, en última instancia, las propias bases de la prosperidad económica, a menos que las instituciones políticas pasen de ser extractivas a ser inclusivas.

4

Pequeñas diferencias y coyunturas críticas: el peso de la historia

El mundo creado por la peste

En 1346, la plaga bubónica, también conocida como peste negra, llegó a la ciudad portuaria de Tana, en la desembocadura del río Don, en el mar Negro. La plaga se transmitía a través de las pulgas que vivían en las ratas y la trajeron desde China los comerciantes que viajaban por la Ruta de la Seda, la gran arteria comercial transasiática. Por culpa de los comerciantes genoveses, las ratas no tardaron en propagar las pulgas y la peste desde Tana hasta el resto del Mediterráneo. A principios de 1347, la peste había alcanzado Constantinopla. En la primavera de 1348, se extendía por Francia y el Norte de África y subía por la bota de Italia. La peste acababa con alrededor de la mitad de la población de cualquier zona afectada. El escritor italiano Giovanni Boccaccio presenció la llegada de la peste negra a la ciudad italiana de Florencia. La recordaría así:

> Y no valiendo contra ella ningún saber ni providencia humana... casi al principio de la primavera del año antes dicho empezó horriblemente y en asombrosa manera a mostrar sus dolorosos efectos. Y no era como en Oriente, donde a quien salía sangre de la nariz le era manifiesto signo de muerte inevitable, sino que en su comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles o bajo las axilas ciertas hinchazones que algunas crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo, y algunas más y algunas menos... Y de las dos dichas partes del cuerpo, en poco espacio de tiempo empezó la pestífera buba a extenderse a cualquiera de sus partes indiferentemente, e inmediatamente comenzó la calidad de la dicha enfermedad a cambiarse en manchas negras o lívidas que aparecían a muchos en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo... Y para curar tal enfermedad ... no parecía que valiese ni aprovechase consejo de médico o virtud de medicina alguna; casi todos antes del tercer día de la aparición de las señales antes dichas, quien antes, quien después, y la mayoría sin alguna fiebre u otro accidente, morían.

La población de Inglaterra sabía que la plaga iba a llegar y todos eran muy conscientes de la fatalidad inminente. A mediados de agosto de 1348, el rey Eduardo III pidió al arzobispo de Canterbury que organizara plegarias y muchos obispos escribieron cartas para que los curas las leyeran en voz alta en misa para ayudar a la población a soportar lo que estaba a punto de caerles encima. Ralph de Shrewsbury, obispo de Bath, escribió a sus sacerdotes:

> Dios todopoderoso utiliza truenos, relámpagos y otros golpes que emanan de su trono para azotar a los hijos que desea redimir. Por consiguiente, como ha llegado una peste catastrófica de Oriente a un reino vecino, hay peligro de que, a menos que recemos devotamente y sin parar, una peste similar despliegue sus ramas venenosas en este reino y azote y consuma a sus habitantes. Por lo tanto, todos debemos llegar ante el Señor a confesarnos recitando salmos.

Pero no sirvió de nada. La peste atacó y mató rápidamente a alrededor de la mitad de la población inglesa. Estas catástrofes pueden tener un efecto enorme en las instituciones de la sociedad. Quizá sea comprensible que muchísima gente se volviera loca. Boccaccio observó que «otros, inclinados a la opinión contraria, afirmaban que la medicina certísima para tanto mal era el beber mucho y el gozar y andar cantando de paseo y divirtiéndose y satisfacer el apetito con todo aquello que se pudiese, y reírse y burlarse de todo lo que sucediese; lo que en aquellas mujeres que se curaron fue razón de honestidad menor en el tiempo que sucedió». Sin embargo, la peste también tuvo un impacto transformador en el aspecto social, económico y político en las sociedades europeas medievales.

A finales del siglo XIV, Europa tenía un orden feudal, una organización de la sociedad que apareció

primero en Europa occidental tras el declive del Imperio romano. Se basaba en una relación jerárquica entre el rey, los señores (que ocupaban el estrato medio) y los campesinos (que formaban el estrato final). El rey poseía la tierra y la concedía a los señores a cambio de servicios militares. A continuación, los señores asignaban tierras a los campesinos, a cambio de lo cual éstos debían trabajarlas para ellos sin obtener remuneración y estaban sujetos a múltiples multas e impuestos. Los campesinos, que a causa de su estatus «servil» eran denominados siervos, estaban atados a la tierra, no podían trasladarse sin el permiso de su señor, que no era solamente el terrateniente, sino también juez, jurado y fuerza policiaca. Era un sistema muy extractivo, en el que la riqueza fluía de abajo arriba, de los muchos campesinos a un número reducido de señores.

La enorme escasez de mano de obra que originó la peste negra sacudió violentamente los cimientos del orden feudal. Animó a los campesinos a exigir que cambiaran las cosas. En la abadía de Eynsham, por ejemplo, los campesinos exigieron la reducción de muchas de las multas y del trabajo no remunerado. Consiguieron lo que querían y su nuevo contrato empezaba con la afirmación: «En el tiempo de la mortandad o la pestilencia, que tuvo lugar en 1349, apenas dos arrendatarios permanecían en el feudo, y expresaron su intención de marcharse a menos que el hermano Nicolás de Upton, entonces abad y señor del feudo, llegara a un nuevo acuerdo con ellos». Y lo hizo.

Lo sucedido en Eynsham se repetía en todas partes. Los campesinos empezaron a liberarse de los trabajos obligatorios y de las muchas obligaciones que tenían con sus señores. Los sueldos empezaron a aumentar. El gobierno intentó poner fin a la situación y, en 1351, aprobó el Estatuto de los Trabajadores, que empezaba así:

> Como una gran parte de las personas y sobre todo de los trabajadores y siervos han perecido debido a la peste, algunos de ellos, viendo la abundancia de los señores y la escasez de los siervos, no están dispuestos a servir a menos que reciban sueldos excesivos... Nosotros, considerando los graves inconvenientes que podrían causar la falta sobre todo de labradores y otros trabajadores agrícolas, hemos [...] considerado adecuado decretar: que todo hombre y mujer de nuestro reino de Inglaterra estará obligado a servir a quien haya considerado adecuado buscarlo; y que solamente tomará los sueldos, tierras, remuneración o salario que, en el lugar en el que desee servir, sean costumbre pagar en el año veinte de nuestro reino de Inglaterra [el rey Eduardo III llegó al trono el 25 de enero de 1327, así que la referencia aquí es a 1347] o los cinco o seis años comunes inmediatamente anteriores.

De hecho, el estatuto intentaba fijar los sueldos en el nivel que se pagaba antes de la peste negra. Particularmente preocupante para la élite inglesa era el «incentivo», el intento de un señor de atraer a los escasos campesinos de otro. La solución fue hacer que el castigo por dejar el empleo sin permiso del empleador fuera la cárcel:

> Si un cosechador o segador, o algún otro trabajador o sirviente, de cualquier nivel o condición, que permanezca al servicio de alguien, dejara dicho servicio antes del final del período acordado, sin permiso ni causa razonable, será castigado con pena de cárcel y no se dejará que nadie... además, pague o permita que se pague a alguien ningún sueldo, tierra, remuneración o salario de lo que era costumbre tal y como se ha mencionado anteriormente.

El intento por parte del Estado inglés de poner fin a los cambios de las instituciones y los sueldos tras la peste negra no funcionó. En 1381 estalló la revuelta campesina, y los rebeldes, encabezados por Wat Tyler, incluso llegaron a dominar la mayor parte de Londres. A pesar de que acabaron siendo derrotados, y de que Tyler fuera ejecutado, no hubo más intentos de imponer el Estatuto de los Trabajadores. Los trabajos feudales se redujeron, empezó a aparecer un mercado de trabajo inclusivo en Inglaterra y los sueldos aumentaron.

En principio, la peste negra afectó a la mayor parte del mundo, y en todos lados pereció una proporción similar de la población. Por lo tanto, el impacto demográfico en Europa oriental fue el

mismo que en Inglaterra y en Europa occidental. Las fuerzas sociales y económicas en vigor también eran las mismas. La mano de obra escaseaba y la población exigía mayores libertades. Pero en el este funcionaba una lógica contradictoria más potente. Menos personas significaba sueldos mayores en un mercado de trabajo inclusivo. Sin embargo, eso dio a los señores un mayor incentivo para mantener el mercado de trabajo extractivo y a los campesinos como siervos. En Inglaterra esta motivación también había estado presente, tal y como reflejó el Estatuto de los Trabajadores. No obstante, los trabajadores tenían el poder suficiente, y consiguieron ciertos avances. No ocurrió lo mismo en Europa oriental. Tras la plaga, los terratenientes de la parte oriental empezaron a adueñarse de grandes extensiones de tierra para ampliar sus posesiones, que ya eran más grandes que las de Europa occidental. Las ciudades eran más débiles y estaban menos pobladas y los trabajadores, en lugar de llegar a ser más libres, empezaron a ver atacadas las libertades que ya tenían.

Los efectos fueron especialmente claros después del año 1500, cuando Europa occidental empezó a demandar productos agrícolas como trigo, centeno y también ganado, procedentes de Europa oriental. El 80 por ciento de las importaciones de centeno en Ámsterdam procedían de los valles de los ríos Elba, Vístula y Oder. Pronto, la mitad del floreciente comercio de los Países Bajos se realizaba con el este de Europa. A medida que se ampliaba la demanda occidental, los señores de la zona oriental elevaron al máximo su control sobre la mano de obra para aumentar su oferta. Esta etapa recibiría el nombre de segunda Servidumbre, distinta y más intensa que su forma original a principios de la Edad Media. Los señores aumentaron los impuestos que recaudaban de las propias parcelas de los inquilinos y se quedaban con la mitad de la producción bruta. En Korczyn (Polonia) todo el trabajo para un señor en 1533 era remunerado. Sin embargo, en 1600 casi la mitad era trabajo forzado y no remunerado. En 1500, los trabajadores de Mecklemburgo, en el este de Alemania, solamente tenían un número reducido de días de servicios de mano de obra no remunerados al año. En 1550, era de un día a la semana, y en 1600, de tres días a la semana. Los hijos de los trabajadores tenían que trabajar para el señor gratuitamente durante varios años. En Hungría, los señores se hicieron con el control total de la tierra en 1514 y legislaron que habría un día por semana de servicios de mano de obra no remunerados para cada trabajador. En 1550, en vez de un día, se pasó a dos días por semana. A finales de siglo, eran tres días. Los siervos sujetos a estas reglas eran el 90 por ciento de la población rural en aquel momento.

A pesar de que en 1346 había pocas diferencias entre Europa occidental y oriental en lo referente a instituciones políticas y económicas, en el año 1600 eran dos mundos distintos. En Europa occidental, los trabajadores ya no tenían deudas, multas, ni regulaciones feudales y se estaban convirtiendo en una parte clave de una economía de mercado floreciente. En cambio, en Europa oriental también participaban en esa economía, pero como siervos coaccionados que cultivaban los alimentos y los productos agrícolas que demandaban en Europa occidental. Era una economía de mercado, pero no era inclusiva. Esta divergencia institucional fue el resultado de una situación en la que las diferencias entre estas áreas inicialmente parecían muy pequeñas: en el este, los señores estaban un poco mejor organizados; tenían algunos derechos más y más tierras. Las ciudades eran más débiles y pequeñas, y los campesinos estaban menos organizados. Desde una gran perspectiva histórica, se trataba de pequeñas diferencias. No obstante, estas diferencias entre el este y el oeste de Europa revistieron mucha importancia para la vida de la población y para el camino futuro que seguiría el desarrollo institucional cuando el orden feudal fue sacudido por la peste negra.

La peste negra es un ejemplo claro de una coyuntura crítica, un gran acontecimiento o una confluencia de factores que trastorna el equilibrio económico o político existente en la sociedad. Una coyuntura crítica es una arma de doble filo que puede provocar un giro decisivo en la trayectoria de un

país. Por una parte, puede allanar el camino para romper el ciclo de instituciones extractivas y permitir que aparezcan otras más inclusivas, como en Inglaterra. O puede intensificar la aparición de instituciones extractivas, como en el caso de la segunda Servidumbre en la Europa oriental.

El hecho de comprender cómo la historia y las coyunturas críticas perfilan el camino de las instituciones económicas y políticas nos permite tener una teoría más completa de los orígenes de las diferencias en pobreza y prosperidad. Y además, nos permite explicar la situación actual y por qué algunos países hacen la transición a instituciones económicas y políticas inclusivas y otros, no.

La creación de instituciones inclusivas

Inglaterra fue el país que dio el primer paso hacia el crecimiento económico sostenido en el siglo XVII. Los grandes cambios económicos fueron precedidos por una revolución política que aportó un conjunto de instituciones económicas y políticas distintas, mucho más inclusivas que las de cualquier sociedad anterior. Estas instituciones tendrían implicaciones profundas no solamente para los incentivos y la prosperidad económicos, sino también para quienes cosecharían los beneficios de la prosperidad. No se basaban en el consenso, sino que eran el resultado de un conflicto intenso ya que había distintos grupos que competían por el poder, cuestionaban la autoridad de los demás e intentaban estructurar instituciones a su favor. La culminación de las luchas institucionales de los siglos XVI y XVII fueron dos acontecimientos históricos: la guerra civil inglesa entre 1642 y 1651 y, sobre todo, la Revolución gloriosa de 1688.

La Revolución gloriosa limitó el poder del rey y del ejecutivo, y devolvió al Parlamento el poder para determinar las instituciones económicas. Al mismo tiempo, abrió el sistema político a una amplia muestra representativa de la sociedad, que fue capaz de ejercer una influencia considerable sobre la manera de funcionar del Estado. La Revolución gloriosa fue la base para la creación de una sociedad plural, que se desarrolló a partir de un proceso de centralización político que también la aceleró. Creó el primer conjunto de instituciones políticas inclusivas del mundo.

En consecuencia, las instituciones económicas también empezaron a ser más inclusivas. Ni la esclavitud ni las estrictas limitaciones económicas del período medieval feudal, como la servidumbre, existían en la Inglaterra de principios del siglo XVII. Sin embargo, había muchas restricciones respecto a las actividades económicas que podía realizar una persona. Tanto la economía nacional como la internacional estaban ahogadas por los monopolios. El Estado recaudaba impuestos de forma arbitraria y manipulaba el sistema jurídico. La mayor parte de la tierra estaba sujeta a formas arcaicas de derechos de propiedad que hacían que fuera imposible de vender y muy arriesgado invertir en ella.

Este panorama cambió tras la Revolución gloriosa. El gobierno adoptó una serie de instituciones económicas que proporcionaron incentivos para la inversión, el comercio y la innovación. Impuso firmemente derechos de propiedad, lo que incluía las patentes que concedían derechos de propiedad a las ideas, con lo que proporcionaba un gran estímulo a la innovación. Protegía la ley y el orden. La aplicación de la ley inglesa a todos los ciudadanos no tenía precedentes históricos. Se puso fin a los impuestos arbitrarios y se abolieron los monopolios prácticamente por completo. El Estado inglés fomentaba intensamente las actividades mercantiles y procuraba impulsar la industria nacional, no solamente eliminando obstáculos para la ampliación de la actividad industrial, sino también prestando toda la potencia de la marina inglesa para defender los intereses mercantiles. Al racionalizar los derechos de propiedad, facilitó la construcción de infraestructuras, sobre todo de carreteras, canales y, más adelante, vías férreas, que demostrarían ser cruciales para el desarrollo industrial.

Estas bases cambiaron decididamente los incentivos para todas las personas e impulsaron los motores de la prosperidad, allanando el camino para la revolución industrial. En primer lugar, la revolución industrial dependía de que los grandes avances tecnológicos explotaran la base de conocimiento que había acumulado Europa durante los siglos pasados. Era una ruptura radical con el pasado, posibilitada por la investigación científica y el talento de individuos únicos. Toda la fuerza de esta revolución procedía del mercado que creó oportunidades rentables para que se desarrollaran y aplicaran las tecnologías. Fue la naturaleza inclusiva de los mercados lo que permitió que las personas asignaran su talento a las líneas de negocio adecuadas. También se basaba en la educación y las habilidades, ya que fue el nivel relativamente elevado de estudios —como mínimo, según los cánones de la época— lo que permitió que aparecieran emprendedores con la visión para emplear las nuevas tecnologías en sus negocios y encontrar trabajadores que tuvieran las habilidades para utilizarlas.

No es casualidad que la revolución industrial empezara en Inglaterra unas cuantas décadas después de la Revolución gloriosa. Grandes inventores como James Watt (perfeccionador de la máquina de vapor), Richard Trevithick (constructor de la primera locomotora de vapor), Richard Arkwright (inventor del torno de hilar de agua) o Isambard Kingdom Brunel (creador de varios barcos de vapor revolucionarios) fueron capaces de aprovechar las oportunidades económicas generadas por sus ideas, confiaban en que sus derechos de propiedad fueran respetados y tenían acceso a mercados en los que sus innovaciones se pudieron utilizar y vender provechosamente. En 1775, justo después de haber renovado la patente de su máquina de vapor, que llamó «máquina de fuego», James Watt escribió a su padre:

> Querido padre:
>
> Tras una serie de varias y violentas oposiciones, por fin tengo una ley parlamentaria que me concede la propiedad de mi nueva máquina de fuego a mí y a mis concesionarios, en toda Gran Bretaña y las plantaciones durante los veinticinco próximos años, que espero que sean muy beneficiosos para mí, puesto que ya existe una demanda considerable de esta máquina.

Esta carta revela dos cosas. La primera es que Watt estaba motivado por las oportunidades de mercado que esperaba, por la «demanda considerable» en Gran Bretaña y sus plantaciones, las colonias inglesas de ultramar. La segunda muestra cómo fue capaz de influir en el Parlamento para conseguir lo que quería dado que daba respuesta al interés de individuos e innovadores.

Los avances tecnológicos, el impulso de los negocios para ampliar e invertir y el uso eficiente de habilidades y talento fueron posibles gracias a las instituciones económicas inclusivas que desarrolló Inglaterra. Éstas, a su vez, se fundaron en sus instituciones políticas inclusivas.

Inglaterra desarrolló esas instituciones políticas inclusivas a causa de dos factores. Primero, había instituciones políticas, que incluían a un Estado centralizado, que le permitieron dar el siguiente paso radical (de hecho, sin precedentes) hacia las instituciones inclusivas con el comienzo de la Revolución gloriosa. A pesar de que este factor distinguiera a Inglaterra de gran parte del mundo, no la diferenciaba significativamente del resto de los países de Europa occidental como Francia y España. El segundo factor revestía mayor importancia. Los acontecimientos que condujeron a la Revolución gloriosa forjaron una coalición amplia y poderosa capaz de imponer limitaciones duraderas al poder de la monarquía y al ejecutivo, que se vieron obligados a permanecer abiertos a las demandas de esta coalición. De este modo, se sentaron las bases para las instituciones políticas plurales, que entonces permitieron el desarrollo de instituciones económicas que respaldarían la primera revolución industrial.

Pequeñas diferencias que importan

La desigualdad mundial aumentó notablemente con la revolución industrial británica, o inglesa, porque solamente algunas partes del mundo adoptaron las innovaciones y las nuevas tecnologías que desarrollaron hombres como Arkwright y Watt, y otros muchos posteriormente. La respuesta de los países a aquella ola de tecnologías, que determinó si languidecerían en la pobreza o lograrían un crecimiento económico sostenido, se debía, en gran parte, a los distintos caminos históricos de sus instituciones. A mediados del siglo XVIII, ya existían diferencias notables entre las instituciones políticas y económicas de todo el mundo. Pero ¿de dónde procedían esas diferencias?

Las instituciones políticas inglesas se dirigían a un pluralismo mucho mayor en 1688, en comparación con sus homólogas en Francia y España, pero, cien años antes, en 1588, las diferencias eran prácticamente inexistentes. Los tres países estaban gobernados por monarcas relativamente absolutistas: Isabel I en Inglaterra, Felipe II en España y Enrique II en Francia. Las tres luchaban contra asambleas de ciudadanos (el Parlamento en Inglaterra, las Cortes en España y los Estados Generales en Francia) que demandaban más derechos y control sobre la monarquía. Todas estas asambleas tenían distintos poderes y ámbitos. Por ejemplo, el Parlamento inglés y las Cortes españolas tenían poderes para recaudar impuestos, pero los Estados Generales, no. En España, era un asunto poco importante, porque, a partir de 1492, la Corona española tenía un vasto imperio americano y se beneficiaba intensamente del oro y la plata que encontraba allí. En Inglaterra, la situación era distinta. Isabel I era mucho menos independiente desde el punto de vista financiero, así que tenía que pedir al Parlamento que recaudara más impuestos. A cambio, el Parlamento exigía concesiones, sobre todo, restricciones al derecho de Isabel I a crear monopolios. Fue un conflicto que el Parlamento ganó poco a poco. En España, las Cortes perdieron un conflicto similar. El comercio no solamente se monopolizó, sino que fue monopolizado por la monarquía española.

Estas diferencias, que al principio parecían pequeñas, empezaron a importar mucho en el siglo XVII. A pesar de que América había sido descubierta en 1492 y Vasco de Gama había llegado a la India rodeando el cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur de África, en 1498, hubo que esperar hasta 1600 para que hubiera una enorme expansión del comercio mundial, sobre todo en el Atlántico. En 1585 comenzó la primera colonización inglesa de Norteamérica en Roanoke, lo que hoy en día es Carolina del Norte. En el año 1600, se fundó la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. En 1602, se creó su equivalente holandesa. En 1607, la Virginia Company fundó la colonia de Jamestown. En la década de 1620, fue colonizado el Caribe, y Barbados fue ocupado en 1627. Francia también se estaba expandiendo en el Atlántico y fundó la ciudad de Quebec en 1608 como capital de la Nueva Francia, en lo que actualmente es Canadá. Las consecuencias de esta expansión económica para las instituciones fueron muy distintas en Inglaterra, España y Francia debido a pequeñas diferencias iniciales.

Isabel I y sus sucesores no podían monopolizar el comercio con América. Pero sí lo hicieron otros monarcas europeos. Así, mientras en Inglaterra, el comercio y la colonización en el Atlántico empezaron a crear un amplio grupo de comerciantes ricos poco vinculados con la Corona, no ocurrió lo mismo en España ni en Francia. Los comerciantes ingleses no aceptaban el control real y exigían cambios en las instituciones políticas y la restricción de las prerrogativas reales. Tuvieron un papel crítico en la guerra civil inglesa y en la Revolución gloriosa. Hubo conflictos similares por doquier. Por ejemplo, los reyes franceses se enfrentaron a la rebelión de la Fronda entre 1648 y 1652. La diferencia fue que en Inglaterra era mucho más probable que los que se oponían al absolutismo triunfaran, porque eran relativamente ricos y más numerosos que los contrarios al absolutismo en

España y Francia.

Los caminos divergentes de las sociedades inglesa, francesa y española en el siglo XVII ilustran la importancia de la interacción de pequeñas diferencias institucionales con coyunturas críticas. Durante las coyunturas críticas, un gran acontecimiento o una confluencia de factores perturba el equilibrio existente de poder político o económico en una nación. Esto puede afectar solamente a un único país, como la muerte del presidente Mao Zedong en 1976, que, al principio, creó una coyuntura crítica solamente para la China comunista. Sin embargo, a menudo, las coyunturas críticas afectan a un grupo de sociedades, del mismo modo que, por ejemplo, la colonización y, posteriormente, la descolonización, afectaron a la mayor parte del mundo.

Estas coyunturas críticas son importantes porque existen enormes obstáculos contra las mejoras graduales, debido a la sinergia entre instituciones políticas y económicas extractivas y el apoyo que se prestan entre sí. La persistencia de este bucle de retroalimentación crea un círculo vicioso. Quienes se benefician del statu quo son ricos y están bien organizados, y pueden luchar eficientemente contra los grandes problemas que les arrebatarán sus privilegios económicos y su poder político.

Una vez que se produce una coyuntura crítica, las pequeñas diferencias que importan son las desigualdades institucionales iniciales que activan respuestas muy distintas. Por esa razón, las diferencias institucionales relativamente pequeñas en Inglaterra, Francia y España condujeron a caminos de desarrollo fundamentalmente distintos. Los caminos fueron resultado de la coyuntura crítica creada por las oportunidades económicas que representó el comercio atlántico para los europeos.

Aunque las pequeñas diferencias institucionales importen mucho durante las coyunturas críticas, no todas son pequeñas y, naturalmente, las más grandes conducen a modelos todavía más divergentes durante esas coyunturas. A pesar de que las desigualdades institucionales entre Inglaterra y Francia fueran pequeñas en 1588, las que había entre Europa occidental y oriental eran mucho mayores. En la parte occidental, Estados fuertemente centralizados como Inglaterra, Francia y España tenían instituciones constitucionales latentes (el Parlamento inglés, los Estados Generales en Francia y las Cortes españolas). Además, había similitudes subyacentes en las instituciones económicas, como la inexistencia de servidumbre.

MAPA 8

La servidumbre en Europa en 1800



Europa oriental era muy distinta. Por ejemplo, el reino de Polonia-Lituania estaba dominado por una clase de élite, denominada *szlachta*, tan poderosa que incluso había introducido la elección de los reyes. No se trataba del control absoluto como en la Francia de Luis XIV, el Rey Sol, sino del absolutismo de una élite, que igualmente tenía instituciones políticas extractivas. Los *szlachta* gobernaron una sociedad en su mayoría rural cuyos siervos no tenían libertad de movimiento ni oportunidades económicas. Más al este, el emperador ruso Pedro el Grande también estaba consolidando un absolutismo mucho más intenso y extractivo de lo que incluso Luis XIV podía conseguir. En el mapa 8 se ofrece una forma sencilla de ver el alcance de la divergencia entre Europa occidental y oriental a principios del siglo XIX. Señala los países que todavía tenían servidumbre en el año 1800. Los países pintados de oscuro, la tenían, y los que muestran un color claro, no. Europa

oriental está oscura y la occidental, clara.

Sin embargo, las instituciones de Europa occidental no siempre habían sido tan distintas a las de Europa oriental. Como vimos anteriormente, empezaron a diferenciarse en el siglo XIV con el avance de la peste negra en 1346. Hasta entonces había pequeñas diferencias entre las instituciones políticas y económicas de Europa occidental y oriental. Inglaterra y Hungría incluso estaban gobernadas por miembros de la misma familia, los angevinos. Las diferencias institucionales más importantes que aparecieron tras la peste negra crearon el trasfondo en el que se producirían las divergencias más significativas entre Oriente y Occidente durante los siglos XVII, XVIII y XIX.

Pero ¿dónde surgieron estas pequeñas diferencias institucionales que iniciaron este proceso de divergencia? ¿Por qué Europa oriental tenía instituciones políticas y económicas distintas a las de Europa occidental en el siglo XIV? ¿Por qué el equilibrio de poder entre la Corona y el Parlamento era distinto en Inglaterra, Francia y España? Como veremos en el siguiente capítulo, incluso sociedades mucho menos complejas que nuestra sociedad moderna crean instituciones políticas y económicas que tienen poderosos efectos en las vidas de sus miembros. Esto sucedió incluso en el caso de los cazadores-recolectores, como sabemos por las sociedades que han sobrevivido, como el pueblo san de la actual Botsuana, cuyos miembros no son agricultores y ni siquiera viven en asentamientos permanentes.

No existen dos sociedades que creen las mismas instituciones, siempre habrá distintas costumbres, diferentes sistemas de derechos de propiedad y variadas formas de despiezar un animal que se ha matado o de repartir un botín robado. Algunas sociedades reconocerán la autoridad de los ancianos, otras, no; unas lograrán algún tipo de centralización política temprana, otras, no. Las sociedades están constantemente sujetas al conflicto económico y político que se resuelve de distinta forma debido a diferencias históricas específicas, al papel de los individuos o simplemente, a factores aleatorios.

A menudo, estas diferencias son pequeñas en un principio, pero se acumulan y crean así un proceso de deriva institucional. Igual que dos poblaciones de organismos aisladas se empezarían a distanciar lentamente en un proceso de deriva genética, porque las mutaciones genéticas aleatorias se acumulan, dos sociedades, por lo demás similares, también se empezarán a distanciar poco a poco en sus instituciones. E igual que en la deriva genética, la deriva institucional no tiene un camino predeterminado y ni siquiera tiene que ser acumulativa; con los siglos, puede conducir a diferencias perceptibles y, en ocasiones, importantes. Las diferencias creadas por la deriva institucional llegan a ser especialmente importantes porque influyen en cómo reacciona la sociedad a los cambios de circunstancias económicas o políticas durante coyunturas críticas.

Los modelos ricamente divergentes de desarrollo económico en el mundo dependen de la interacción entre las coyunturas críticas y la deriva institucional. Las instituciones políticas y económicas existentes (en ocasiones formadas por un largo proceso de deriva institucional y en otros casos, como resultado de respuestas divergentes a coyunturas críticas previas) crean el yunque sobre el que se forjará el cambio futuro. La peste negra y la expansión del comercio mundial después de 1600 fueron grandes coyunturas críticas para los poderes europeos e interactuaron con distintas instituciones iniciales para crear una gran divergencia. Como en el año 1346, los campesinos de Europa occidental tenían más poder y autonomía que en Europa oriental, la peste negra condujo a la disolución del feudalismo en la parte occidental y a la Segunda Servidumbre en la oriental. Como Europa oriental y occidental habían empezado a divergir en el siglo XIV, las nuevas oportunidades económicas de los siglos XVII, XVIII y XIX también tendrían implicaciones fundamentalmente diferentes para estas distintas partes de Europa. Como en el año 1600 el control de la Corona era más débil en Inglaterra que en Francia y España, el comercio atlántico abrió el camino a la creación de nuevas

instituciones con un mayor pluralismo en Inglaterra, mientras que en Francia y España reforzó a sus monarcas.

El devenir circunstancial de la historia

Los resultados de los acontecimientos durante coyunturas críticas están perfilados por el peso de la historia, porque las instituciones económicas y políticas existentes perfilan el equilibrio de poder y definen lo que es factible políticamente. No obstante, el resultado no está predeterminado históricamente, sino que es contingente. El camino exacto del desarrollo institucional durante estos períodos depende de cuál de las fuerzas en oposición logra tener éxito, de qué grupos son capaces de formar coaliciones efectivas y de qué líderes pueden estructurar los acontecimientos en provecho propio.

El papel de la contingencia puede ilustrarse a través de los orígenes de las instituciones políticas inclusivas de Inglaterra. No solamente no había nada predeterminado en la victoria de los grupos que competían para limitar el poder de la Corona y que deseaban instituciones más plurales en la Revolución gloriosa de 1688, sino que todo el camino que conducía a esta revolución política estaba a merced de acontecimientos circunstanciales. La victoria de los grupos ganadores estaba inexorablemente relacionada con la coyuntura crítica creada por el auge del comercio atlántico que enriqueció y alentó a los comerciantes que se oponían a la Corona inglesa. Sin embargo, un siglo atrás, no resultaba nada obvio que Inglaterra tuviera capacidad para dominar el mar, colonizar muchos territorios del Caribe y Norteamérica ni abarcar gran parte del comercio lucrativo con América y Oriente. Ni Isabel I ni otros monarcas Tudor antes que ella habían construido una marina poderosa y unificada. La marina inglesa se nutría de barcos de comerciantes independientes y corsarios y era mucho menos potente que la flota española. Sin embargo, los beneficios del Atlántico atrajeron a dichos corsarios, que se enfrentaron al monopolio español del océano. En 1588, los españoles decidieron acabar con esos enfrentamientos contra su monopolio, y con la intromisión inglesa en los Países Bajos españoles que, en aquel momento, luchaban contra España por la independencia.

El monarca español, Felipe II, envió una flota potente, la armada española, bajo el mando del duque de Medina Sidonia. Muchos preveían que los españoles derrotarían definitivamente a los ingleses, reforzarían su monopolio del Atlántico y probablemente derrocarían a Isabel I, quizá logrando, por último, el control de las islas Británicas. Sin embargo, ocurrió algo muy distinto. El mal tiempo y los errores estratégicos que cometió Sidonia, al que habían puesto al mando en el último minuto tras la muerte de un comandante más experimentado, provocaron que la armada española perdiera su ventaja. Contra todo pronóstico, los ingleses destruyeron gran parte de la flota de sus adversarios, que eran más potentes. A partir de aquel momento, el Atlántico se abrió a los ingleses con condiciones más equitativas. Sin aquella improbable victoria inglesa, los acontecimientos que habrían creado la coyuntura crítica transformadora y que generaron las instituciones políticas distintivamente plurales del período posterior a 1688, Inglaterra nunca se habría puesto en movimiento. En el mapa 9 se muestra el rastro de los naufragios españoles producidos en el momento en el que la Armada era perseguida alrededor de las islas Británicas.

Evidentemente, en 1588, nadie podía prever las consecuencias de la afortunada victoria inglesa. Probablemente, pocos comprendieron en aquel momento que aquello crearía una coyuntura crítica que conduciría a una gran revolución política un siglo después.

MAPA 9

La Armada española, naufragios y lugares clave del punto de inflexión



No se debe presuponer que cualquier coyuntura crítica conducirá a una revolución política de éxito o a un cambio para mejor. La historia está llena de ejemplos de revoluciones y movimientos radicales que sustituyen una tiranía por otra, en un modelo que el sociólogo alemán Robert Michels describió como la ley de hierro de la oligarquía, una forma particularmente perniciosa del círculo vicioso. El fin del colonialismo en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial creó coyunturas críticas para muchas antiguas colonias. Sin embargo, en la mayoría de los casos del África subsahariana y en muchos de Asia, los gobiernos posteriores a la independencia simplemente arrancaron una página del libro de Robert Michels y repitieron e intensificaron los abusos de sus antecesores, a menudo reduciendo gravemente el reparto del poder político, desmantelando limitaciones y socavando los ya exiguos incentivos que proporcionaban las instituciones económicas para la inversión y el progreso económico. Solamente en algunos casos, en sociedades como Botsuana (véase el capítulo 14) utilizaron coyunturas críticas para iniciar un proceso de cambio político y económico que preparó el terreno para el desarrollo económico.

Las coyunturas críticas también pueden dar como resultado un gran cambio hacia instituciones extractivas, en lugar de provocar el alejamiento de ellas. Las instituciones inclusivas, aunque tengan su propio bucle de retroalimentación, el círculo virtuoso, también pueden cambiar radicalmente de sentido y hacerse gradualmente más extractivas debido a los retos que surgen durante las coyunturas críticas (y la posibilidad de que esto ocurra es, de nuevo, contingente). La república veneciana, como veremos en el capítulo 6, hizo grandes progresos hacia las instituciones políticas y económicas inclusivas en el período medieval. Sin embargo, mientras esas instituciones cobraban cada vez más fuerza en Inglaterra tras la Revolución gloriosa de 1688, en Venecia se acabaron transformando en instituciones extractivas bajo el control de una reducida élite que monopolizó tanto las oportunidades económicas como el poder político.

Elementos para comprender el estado de la cuestión

La aparición de una economía de mercado basada en instituciones inclusivas y en el desarrollo económico sostenido en el siglo XVIII en Inglaterra se extendió por todo el mundo, entre otras razones porque permitió a Inglaterra colonizar gran parte del mundo. La influencia del desarrollo económico inglés llegó claramente a todas partes, pero no ocurrió lo mismo con las instituciones económicas y políticas que creó. La difusión de la revolución industrial tuvo distintos efectos en el mundo, de la misma forma que la peste negra tuvo diferentes efectos en Europa occidental y oriental, y como distintos fueron también los efectos de la expansión del comercio por el Atlántico en Inglaterra y en España. Fueron las instituciones que había en las distintas partes del mundo las que determinaron el impacto, y éstas eran realmente diferentes entre sí, puesto que las pequeñas diferencias iniciales se habían ampliado con el tiempo debido a coyunturas críticas anteriores. Estas desigualdades institucionales y sus implicaciones han tendido a persistir hasta el presente debido a los círculos viciosos y virtuosos, aunque de forma imperfecta, y son la clave para comprender cómo apareció la desigualdad mundial y cuál es la situación en la que nos encontramos.

Algunas partes del mundo desarrollaron instituciones muy parecidas a las de Inglaterra, pero por vías muy distintas. Fueron los casos de algunos «asentamientos de colonos» europeos como Australia, Canadá y Estados Unidos, aunque sus instituciones aún se estaban formando cuando la revolución industrial se inició. Como vimos en el capítulo 1, el proceso que empezó con la fundación de la

colonia de Jamestown en 1607 y que culminó con la guerra de la Independencia y la promulgación de la Constitución estadounidense comparte muchas de las características de la larga lucha en Inglaterra entre el Parlamento y la monarquía, ya que también condujo a un Estado centralizado con instituciones políticas plurales. La revolución industrial se extendió entonces rápidamente a dichos países.

Europa occidental experimentó muchos de los mismos procesos históricos, y tenía instituciones similares a las de Inglaterra en el momento de la revolución industrial. No obstante, había diferencias pequeñas pero importantes entre Inglaterra y el resto de los países, y por esa razón la revolución industrial se dio en Inglaterra y no en Francia. Esta revolución creó una situación completamente nueva y varios retos considerablemente distintos para los regímenes europeos, lo que a su vez generó nuevos conflictos que culminaron en la Revolución francesa. La Revolución francesa fue otra coyuntura crítica que condujo a las instituciones de Europa occidental a converger con las de Inglaterra, mientras que Europa oriental divergía cada vez más.

El resto del mundo siguió trayectorias institucionales distintas. La colonización europea preparó el camino para la divergencia institucional en América, donde, frente a las instituciones inclusivas desarrolladas en Estados Unidos y Canadá, aparecieron instituciones extractivas en América Latina, lo que explica los modelos de desigualdad que vemos en el continente americano. Las instituciones políticas y económicas extractivas de los conquistadores españoles en Latinoamérica han perdurado, condenando así a gran parte de esta región a la pobreza. Sin embargo, a Argentina y Chile les ha ido mucho mejor que a la mayoría de los países de la región. Había allí pocos pueblos indígenas y escasas riquezas minerales, por lo que los españoles «no les prestaron atención» y se concentraron en las tierras ocupadas por las civilizaciones azteca, maya e inca. No es ninguna casualidad que la parte más pobre de Argentina sea el noroeste, la única zona del país que estuvo integrada en la economía colonial española. Su pobreza persistente, como legado de las instituciones extractivas, es similar a la que creó la mita de Potosí en Bolivia y Perú (véase el capítulo 1).

África fue la parte del mundo que tuvo instituciones menos capaces de aprovechar las oportunidades que ofreció la revolución industrial. Como mínimo durante los últimos mil años, excepto pequeños núcleos y durante períodos de tiempo limitados, África ha quedado rezagada con relación al resto del mundo en tecnología, prosperidad y desarrollo político. Es la parte del mundo en la que los Estados centralizados se formaron más tarde y de forma muy frágil. Una vez formados, era probable que fueran tan absolutistas como el Congo y, a menudo, tenían una vida corta, ya que normalmente desaparecían. África comparte esta trayectoria de falta de centralización estatal con países como Afganistán, Haití y Nepal, que tampoco han podido imponer el orden en su territorio y crear algo parecido a la estabilidad para lograr un mínimo de progreso económico. A pesar de encontrarse en partes del mundo muy distintas, Afganistán, Haití y Nepal tienen mucho en común institucionalmente con la mayoría de los países del África subsahariana, por lo que son algunos de los más pobres del mundo hoy en día.

La manera en la que las instituciones africanas evolucionaron a su forma extractiva actual ilustra de nuevo el proceso de deriva institucional marcado por coyunturas críticas, pero esta vez a menudo con resultados muy perversos, sobre todo durante la expansión del tráfico de esclavos a través del Atlántico. Al llegar los comerciantes europeos, se crearon nuevas oportunidades económicas para el reino del Congo. El comercio de larga distancia que transformó Europa también transformó al reino del Congo, pero, de nuevo, cobraban importancia las diferencias institucionales iniciales. El absolutismo congoleño pasó de ser una sociedad completamente dominante, con instituciones económicas extractivas, que se limitaba a apropiarse de toda la producción agrícola de sus ciudadanos,

a esclavizar en masa a la población y enviarla a los portugueses a cambio de armas y productos de lujo para la élite congoleña.

Las diferencias iniciales entre Inglaterra y el Congo supusieron que las oportunidades del nuevo comercio a larga distancia que crearon una coyuntura crítica para las instituciones políticas plurales en Inglaterra también eliminaran cualquier esperanza de derrotar al absolutismo en el Congo. En gran parte de África, los beneficios sustanciales procedentes de la esclavitud condujeron no solamente a su intensificación e incluso a derechos de propiedad más inseguros para las personas, sino también a una guerra intensa y a la destrucción de muchas instituciones existentes; al cabo de pocos siglos, cualquier proceso de centralización estatal había cambiado completamente de sentido y muchos de los Estados africanos habían desaparecido. A pesar de que se crearon algunos nuevos y, en ocasiones, potentes, para explotar el tráfico de esclavos, estos Estados se basaban en la guerra y el saqueo. La coyuntura crítica del descubrimiento de América pudo ayudar a Inglaterra a desarrollar instituciones inclusivas, pero hizo que las instituciones de África fueran todavía más extractivas.

Aunque el tráfico de esclavos acabara en general después de 1807, el colonialismo europeo posterior no solamente revirtió una modernización económica incipiente en algunas partes del sur y el oeste de África, sino que también eliminó cualquier posibilidad de reforma institucional indígena. Aquello significó que, incluso fuera de áreas como el Congo, Madagascar, Namibia y Tanzania —zonas en las que el saqueo, el caos en masa e incluso el asesinato a gran escala eran la norma—, fuera muy poco probable que África cambiara su camino institucional.

Aún peor, las estructuras del dominio colonial dejaron África con un legado institucional más complejo y perjudicial en la década de los sesenta que al comienzo del período colonial. El desarrollo de las instituciones políticas y económicas en muchas colonias africanas significó que, en lugar de instaurar una coyuntura crítica para la mejora de sus instituciones, la independencia creó una oportunidad para que los líderes sin escrúpulos consiguieran e intensificaran la extracción que los colonianistas europeos presidieron. Los incentivos políticos que crearon estas estructuras condujeron a un estilo de política que reproducía los modelos históricos de derechos de propiedad inseguros e ineficientes en Estados con tendencias absolutistas fuertes que, sin embargo, carecían de cualquier autoridad centralizada sobre sus territorios.

La revolución industrial todavía no se ha extendido a África porque dicho continente ha experimentado un largo círculo vicioso de persistencia y recreación de instituciones políticas y económicas extractivas. Botsuana es la excepción. Como veremos en el capítulo 14, en el siglo XIX, el rey Khama, abuelo del primer ministro de Botsuana tras la independencia, Seretse Khama, inició algunos cambios para modernizar las instituciones políticas y económicas de su tribu. Resulta excepcional que dichos cambios no fueran destruidos en el período colonial, y en parte esto fue debido a los inteligentes desafíos que Khama y otros jefes supusieron para la autoridad colonial. Su interacción con la coyuntura crítica que creó la independencia del control colonial sentó las bases para el éxito político y económico de Botsuana. Es otro caso que demuestra la importancia que tienen las pequeñas diferencias históricas.

La tendencia a ver los acontecimientos históricos como consecuencias inevitables de fuerzas profundamente arraigadas es real. Aunque hagamos mucho hincapié en cómo la historia de las instituciones económicas y políticas crea círculos viciosos y virtuosos, la casualidad, como hemos destacado en el contexto del desarrollo de las instituciones inglesas, siempre puede ser un factor determinante. Seretse Khama, que estudiaba en Inglaterra en la década de los cuarenta, se enamoró de Ruth Williams, una mujer blanca. Por esta razón, el régimen racista del *apartheid* de Sudáfrica convenció al gobierno inglés para que le prohibieran entrar en el protectorado, después llamado

Bechuanalandia (cuya administración estaba bajo el Alto Comisionado de Sudáfrica), y él renunció a su reinado. Cuando volvió a dirigir la lucha anticolonial, lo hizo con la intención no de afianzar las instituciones tradicionales, sino de adaptarlas al mundo moderno. Khama era un hombre extraordinario, sin interés por la riqueza personal y entregado a la construcción de su país. La mayor parte de los países africanos no han tenido tanta suerte. Las dos cosas fueron importantes, el desarrollo histórico de las instituciones en Botsuana y los factores circunstanciales que provocaron que fueran construidas en lugar de ser derrocadas o distorsionadas como sucedió en el resto de África.

En el siglo XIX, un absolutismo no muy distinto al de África o Europa oriental bloqueaba el camino a la industrialización de gran parte de Asia. En China, el Estado era fuertemente absolutista y las ciudades, los comerciantes y los industriales independientes prácticamente no existían o bien eran muy débiles desde el punto de vista político. China fue una gran potencia naval y ya participaba en el comercio a larga distancia siglos antes que los europeos. Sin embargo, se alejó de los océanos justo en el peor momento, cuando los emperadores Ming decidieron, a finales del siglo XIV y principios del XV, que aumentar el comercio a larga distancia y la destrucción creativa que ello podría aportar probablemente amenazaría su control.

En la India, la deriva institucional funcionó de una forma distinta y condujo al desarrollo de un sistema de castas hereditario excepcionalmente rígido, que limitaba el funcionamiento de los mercados y la asignación de la mano de obra en las profesiones de una manera más estricta que el orden feudal en la Europa medieval. Además, también apoyó otro tipo de absolutismo bajo los gobernantes mogoles. La mayoría de los países europeos tenían sistemas similares en la Edad Media. Algunos apellidos anglosajones modernos como Baker (panadero), Cooper (tonelero) y Smith (herrero) son descendientes directos de categorías ocupacionales hereditarias. Los Baker hacían pan, los Cooper hacían toneles y los Smith forjaban metales. Sin embargo, estas categorías nunca fueron tan rígidas como las distinciones de castas indias y fueron perdiendo el significado como elemento para predecir la profesión de una persona. Los comerciantes indios comerciaban a través del océano Índico y se desarrollaba una gran industria textil, pero el sistema de castas y el absolutismo mogol impidieron el desarrollo de instituciones económicas inclusivas en la India. En el siglo XIX, la situación era incluso menos propicia para la industrialización dado que la India pasó a ser una colonia extractiva de los ingleses. China nunca fue formalmente colonizada por una potencia europea, pero después de que los ingleses derrotaran a los chinos en las guerras del Opio entre 1839 y 1842, y de nuevo entre 1856 y 1860, tuvo que firmar varios tratados humillantes y permitir la entrada de exportaciones europeas. China, como la India y otros países, no aprovechó las oportunidades comerciales e industriales. Asia, excepto Japón, quedó rezagada mientras que Europa occidental salía adelante.

El camino del desarrollo institucional que trazó Japón en el siglo XIX ilustra de nuevo la interacción entre coyunturas críticas y pequeñas diferencias creadas por la deriva institucional. Japón, como China, estaba bajo el dominio absolutista. La familia Tokugawa se hizo con el poder en 1600 y gobernó con un sistema feudal que también prohibía el comercio internacional. Japón asimismo se enfrentó a una coyuntura crítica provocada por la intervención occidental cuando cuatro buques de guerra estadounidenses, dirigidos por Matthew C. Perry, entraron en la bahía de Edo en julio de 1853 y exigieron concesiones comerciales similares a las que había obtenido Inglaterra de los chinos en las

guerras del Opio. Sin embargo, esta coyuntura crítica se desarrolló de una forma muy distinta en Japón. A pesar de su proximidad y de las frecuentes interacciones, en el siglo XIX, China y Japón ya se habían distanciado institucionalmente.

El dominio Tokugawa en Japón era absolutista y extractivo, pero ejercía un control frágil sobre los líderes de los otros grandes dominios feudales y podía ser cuestionado. Por el contrario, y aunque hubiera rebeliones de campesinos y conflictos civiles, el absolutismo de China era más fuerte, la oposición estaba menos organizada y tenía menos autonomía. No había equivalentes de los líderes de los otros dominios en China que pudieran cuestionar el dominio absolutista del emperador y marcar un camino institucional alternativo. Esta diferencia institucional, en muchos aspectos pequeña de acuerdo con las diferencias existentes entre China y Japón y Europa occidental, tuvo consecuencias decisivas durante la crítica coyuntura que se produjo por la contundente llegada de ingleses y norteamericanos. China continuó su camino absolutista después de las guerras del Opio, mientras que la amenaza estadounidense fortaleció la oposición al dominio Tokugawa en Japón y condujo al país a una revolución, la restauración Meiji, como veremos en el capítulo 10. Esta revolución política japonesa permitió que hubiera más instituciones políticas inclusivas y muchas más instituciones económicas inclusivas que desarrollar y sentó las bases para el rápido desarrollo japonés posterior, mientras China languidecía bajo el absolutismo.

La forma de reaccionar de Japón ante la amenaza de los buques de guerra estadounidenses fue empezar un proceso de transformación institucional fundamental, lo que nos ayuda a entender otro aspecto de la situación en la que nos encontramos: las transiciones del estancamiento al rápido crecimiento. Corea del Sur, Taiwán y finalmente China lograron un ritmo de crecimiento económico de vértigo a partir de la segunda guerra mundial por una vía similar a la de Japón. En cada uno de estos casos, este desarrollo económico fue precedido por cambios históricos en las instituciones económicas de estos países, aunque no siempre en sus instituciones políticas, como deja claro el ejemplo chino.

También existe una relación con la lógica de cómo los episodios del rápido desarrollo económico llegaron a un fin abrupto e involucionaron. Del mismo modo que los pasos decisivos hacia las instituciones económicas inclusivas pueden iniciar un rápido desarrollo económico, un cambio radical respecto a las instituciones inclusivas puede conducir al estancamiento económico. Sin embargo, es más frecuente que el colapso del rápido desarrollo económico sea consecuencia de que el crecimiento bajo instituciones extractivas haya llegado a su fin, como fue el caso de Argentina o la Unión Soviética. Como hemos visto, esto puede suceder debido a luchas internas por el botín de la extracción, lo que conduciría al colapso del régimen o por la falta inherente de innovación y destrucción creativa bajo instituciones extractivas que ponen límites al desarrollo sostenido. En el siguiente capítulo, se analizará en detalle cómo los soviéticos toparon seriamente con estos límites.

Si las instituciones políticas y económicas de América Latina durante los últimos quinientos años estuvieron marcadas por el colonialismo español, las de Oriente Próximo lo estuvieron por el colonialismo otomano. En 1453, los otomanos, bajo el sultán Mehmet II, tomaron Constantinopla y la convirtieron en su capital. Durante el resto del siglo, conquistaron gran parte de los Balcanes y la mayor parte del resto de Turquía. En la primera mitad del siglo XVI, el dominio otomano se extendió por todo Oriente Próximo y el Norte de África. En 1566, tras la muerte del sultán Solimán I, conocido como el Magnífico, su imperio se extendía desde Túnez en el este, pasando por Egipto, hasta llegar a la Meca en la península Arábiga y hasta lo que actualmente es Irak. El Estado otomano era absolutista,

el sultán rendía cuentas a pocas personas y no compartía el poder con nadie. Las instituciones económicas que imponían los otomanos eran muy extractivas. No existía la propiedad privada de la tierra, ya que toda pertenecía formalmente al Estado. Los impuestos sobre la tierra y la producción agrícola, junto con los botines de guerra, eran la principal fuente de ingresos del gobierno. Sin embargo, el Estado otomano no dominaba Oriente Próximo de la misma forma que podía dominar su núcleo tradicional, Anatolia, ni hasta el punto en que el Estado español dominaba la sociedad latinoamericana. El Estado otomano era cuestionado continuamente por los beduinos y otros poderes tribales de la península Arábiga. Carecía de suficente poder para imponer un orden estable en gran parte de Oriente Próximo, y de capacidad administrativa para recaudar impuestos, así que encargaba esta función a terceros, vendiéndoles el derecho a recaudar impuestos, actividad que podían ejercer de la forma que considerasen más oportuna. Así que aquellos campesinos que cobraban impuestos se hicieron autónomos y poderosos. Los impuestos en los territorios de Oriente Próximo llegaron a ser muy altos, de uno a dos tercios de lo que produjeran los campesinos, y gran parte de ellos se los quedaban los cobradores de impuestos. Como el Estado otomano no fijó un orden estable en estas áreas, no estaban garantizados los derechos de propiedad, y reinaba un caos dominado por bandidos y en el que los distintos grupos armados rivalizaban por el control local. Por ejemplo, en Palestina, la situación era tan extrema que, a finales del siglo XVI, los campesinos abandonaron la tierra más fértil y se trasladaron a zonas montañosas para conseguir una mayor protección frente a los bandidos.

Las instituciones económicas extractivas de las zonas urbanas del Imperio otomano no eran menos sofocantes. El comercio estaba bajo control estatal y las profesiones, estrictamente reguladas por gremios y monopolios. Así pues, durante la revolución industrial, las instituciones económicas de Oriente Próximo eran extractivas y la zona experimentó un estancamiento económico.

A partir de la década de 1840, los otomanos intentaron reformar las instituciones, revocaron los impuestos agrarios y consiguieron controlar a algunos grupos autónomos. Sin embargo, el absolutismo persistió hasta la primera guerra mundial y los esfuerzos por lograr una reforma fueron frustrados por el temor habitual de la élite dirigente a la destrucción creativa y a perder sus privilegios económicos y políticos. Mientras los reformadores otomanos hablaban de introducir derechos de propiedad privada en la tierra para aumentar la productividad agrícola, persistía el statu quo debido al deseo de recaudar impuestos y controlar la política. A partir de 1918, se puso fin a la colonización otomana y empezó la colonización europea. Cuando acabó el control europeo, se produjo la misma dinámica que vimos en el África subsahariana, cuando las élites independientes se apoderaron de las instituciones coloniales extractivas. En algunos casos, como en la monarquía de Jordania, estas élites eran creaciones directas de los poderes coloniales, lo que también sucedía con frecuencia en África, como veremos. Los niveles de renta de los países de Oriente Próximo que hoy día no tienen petróleo son similares a los de los países pobres de América Latina. No sufrieron los efectos de fuerzas tan empobrecedoras como el tráfico de esclavos, y se beneficiaron durante un período más largo de los flujos de tecnología europea. En la Edad Media, Oriente Próximo era una parte relativamente avanzada del mundo desde el punto de vista económico. Hoy en día, no es tan pobre como África, pero la mayor parte de su población todavía vive en la pobreza.

Hemos visto que ni las teorías basadas en la geografía, ni en la cultura ni en la ignorancia ayudan a explicar la situación en la que estamos inmersos. No proporcionan una justificación satisfactoria de los principales patrones de la desigualdad mundial: el hecho de que el proceso de divergencia económica empezara con la revolución industrial en Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX y se

extendiera después a Europa occidental y a las colonias europeas; la persistente divergencia entre distintas partes de América; la pobreza de África u Oriente Próximo; la diferencia entre Europa oriental y occidental; las transiciones desde el estancamiento hasta el desarrollo económico, y el fin, en ocasiones, abrupto, de los impulsos de crecimiento. Sin embargo, nuestra teoría institucional sí que lo explica.

En los capítulos restantes, analizaremos con mayor detalle cómo funciona esta teoría institucional e ilustraremos la amplia gama de fenómenos que puede explicar: desde el origen de la revolución neolítica hasta el desmoronamiento de varias civilizaciones, ya fuera por los límites intrínsecos al crecimiento impuestos por las propias instituciones extractivas o por los pasos limitados que se dieron para conseguir el cambio a la inclusividad.

Conoceremos cómo y por qué se dieron los pasos decisivos hacia instituciones políticas inclusivas durante la Revolución gloriosa en Inglaterra. Veremos más específicamente lo siguiente:

- Cómo aparecieron las instituciones inclusivas a partir de la interacción entre la coyuntura crítica creada por el comercio atlántico y la naturaleza de las instituciones inglesas preexistentes.
- Cómo persistieron esas instituciones y cómo cobraron fuerza para sentar las bases para la revolución industrial, gracias, en parte, al círculo virtuoso y, en parte, a afortunados cambios de contingencia.
- Cuántos regímenes que gobiernan con instituciones absolutistas y extractivas rechazaron firmemente la expansión de nuevas tecnologías desencadenadas por la revolución industrial.
- Cómo los propios europeos acabaron con la posibilidad de crecimiento económico en muchas partes del mundo que conquistaron.
- Cómo el círculo vicioso y la ley de hierro de la oligarquía han creado una potente tendencia para que persistan las instituciones extractivas y, así, las zonas en las que la revolución industrial no se extendió originalmente continúan siendo relativamente pobres.
- Por qué la revolución industrial y otras nuevas tecnologías no se han ampliado y es poco probable que lo hagan en lugares del mundo en los que no se ha logrado un mínimo grado de centralización del Estado.

Nuestro análisis también mostrará que determinadas áreas que consiguieron transformar sus instituciones en una dirección más inclusiva, como Francia o Japón, o que impidieron el establecimiento de instituciones extractivas, como Estados Unidos o Australia, eran más receptivas a la extensión de la revolución industrial y se adelantaron a las demás. No siempre fue un proceso exento de problemas y, como en Inglaterra, en el camino se superaron muchos retos a las instituciones inclusivas gracias a la dinámica del círculo virtuoso o bien al devenir circunstancial de la historia.

Por último, también analizaremos cómo el fracaso actual de los países está fuertemente influido por sus historias institucionales, cómo una parte del asesoramiento en materia política está basado en hipótesis incorrectas y es potencialmente engañoso y cómo los países todavía pueden controlar coyunturas críticas y romper el molde para reformar sus instituciones y embarcarse en un camino que los conduzca a una mayor prosperidad.

5

«He visto el futuro, y funciona»: el crecimiento bajo instituciones extractivas

He visto el futuro

Las diferencias institucionales son fundamentales para explicar el desarrollo económico a lo largo de los tiempos. No obstante, dado que la mayoría de las sociedades de la historia se basan en instituciones políticas y económicas extractivas, ¿implica esto que nunca aparece el crecimiento económico? Evidentemente no. Las instituciones extractivas, por su propia lógica, deben crear riqueza para que ésta pueda ser extraída. Un gobernante que monopoliza el poder político y que controla un Estado centralizado puede introducir cierto grado de ley y orden y un sistema de regulaciones y estimular la actividad económica.

Sin embargo, la naturaleza del desarrollo bajo instituciones extractivas es diferente de la del que se obtiene mediante instituciones inclusivas. Lo más importante es que no será un desarrollo sostenible que implique un cambio tecnológico, sino que estará basado en las tecnologías existentes. La trayectoria económica de la Unión Soviética proporciona un ejemplo claro de cómo la autoridad y los incentivos proporcionados por el Estado pueden dirigir un desarrollo económico rápido con instituciones extractivas y cómo este tipo de crecimiento, en última instancia, llega a su fin y se hunde.

La primera guerra mundial había acabado y las potencias vencedoras y vencidas se reunieron en el gran palacio de Versalles, a las afueras de París, para decidir los parámetros de la paz. Uno de los asistentes destacados era Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos. Resulta destacable que no hubiera ninguna representación de Rusia. El viejo régimen zarista había sido derrocado por los bolcheviques en octubre de 1917. La guerra civil enfrentaba encarnecidamente a los rojos (bolcheviques) y a los blancos. Los ingleses, los franceses y los estadounidenses habían enviado una fuerza expedicionaria para luchar contra los bolcheviques. Una comisión dirigida por un joven diplomático, William Bullitt, y el veterano intelectual y periodista Lincoln Steffens fue enviada a Moscú para celebrar una reunión con Lenin y tratar de comprender las intenciones de los bolcheviques. Steffens se había hecho un nombre como iconoclasta, como periodista especializado en destapar escándalos que había denunciado sistemáticamente los males del capitalismo en Estados Unidos. Estuvo en Rusia durante la Revolución. Su presencia tenía como objetivo hacer que la misión pareciera creíble y no demasiado hostil. La misión volvió con un esbozo de oferta de Lenin sobre qué implicaría la paz con la Unión Soviética recientemente creada. Steffens estaba asombrado por lo que consideró un gran potencial del régimen soviético.

«La Rusa soviética —recordaba en su biografía de 1931— era un gobierno revolucionario con un plan evolucionario. Su plan no era acabar con males como la pobreza y la riqueza, la corrupción, los privilegios, la tiranía y la guerra mediante la acción directa, sino buscar y eliminar sus causas. Habían fijado una dictadura, apoyada por una minoría pequeña y entrenada, para que hiciera la reordenación científica de las fuerzas económicas y la mantuviera durante algunas generaciones, lo que daría como resultado la democracia económica primero y la democracia política al final.»

Cuando Steffens regresó de su misión diplomática, fue a ver a su viejo amigo escultor Jo Davidson

y lo encontró haciendo un busto del rico financiero Bernard Baruch. «Así que has ido a Rusia», dijo Baruch. Steffens respondió: «He estado en el futuro, y funciona». Steffens perfeccionaría esta frase y la cambiaría por otra que pasaría a la historia: «He visto el futuro, y funciona».

Hasta principios de la década de los ochenta, muchos occidentales todavía veían el futuro en la Unión Soviética y continuaban creyendo que funcionaba. En cierto sentido, era así, o, como mínimo, lo fue durante algún tiempo. Lenin había muerto en 1924, y en 1927 Stalin había consolidado su control sobre el país. Purgó a sus oponentes e impulsó la rápida industrialización del país. Y lo hizo a través de la reactivación del Comité de Planificación Estatal, el Gosplan, fundado en 1921. El Gosplan elaboró el primer plan quinquenal, que estuvo en vigor entre 1928 y 1933. El crecimiento económico según el estilo de Stalin era sencillo: desarrollo de la industria por orden gubernamental y obtención de los recursos necesarios para hacerlo recaudando impuestos elevados en la agricultura. El Estado comunista no tenía un sistema impositivo efectivo, así que Stalin «colectivizó» la agricultura, proceso que implicó que se abolieran los derechos de propiedad privada de la tierra y que todas las personas del campo fueran agrupadas en granjas colectivas gigantes dirigidas por el Partido Comunista. Aquello facilitaba a Stalin tomar la producción agrícola y utilizarla para alimentar a todas las personas que construían y dotaban las nuevas fábricas. Las consecuencias de esta situación para la población rural fueron desastrosas. Las granjas colectivas carecían por completo de incentivos para que la gente se esforzara por trabajar, así que la producción cayó en picado. Se llevaban tanto de lo que se producía que no había suficiente para comer, y la gente empezó a morirse de hambre. Al final, probablemente unos seis millones de personas murieron de inanición, y cientos de miles fueron asesinadas o enviadas a Siberia durante la colectivización forzosa.

Ni la recién creada industria ni las granjas colectivizadas eran económicamente eficientes en el sentido de aprovechar al máximo los recursos que poseía la Unión Soviética. Parece una receta para el estancamiento y el desastre económico, o directamente para el colapso. Sin embargo, la Unión Soviética creció con rapidez. La razón que lo explica no es difícil de entender. Permitir que la gente tome sus propias decisiones a través de los mercados es la mejor forma de que una sociedad utilice eficientemente sus recursos. Cuando el Estado o una reducida élite controla todos estos recursos, ni se crearán los incentivos adecuados ni habrá una asignación eficiente de la habilidad y el talento de las personas. No obstante, en algunos casos, la productividad del trabajo y el capital puede ser tan superior en un sector o actividad, como la industria pesada en la Unión Soviética, que incluso un proceso *topdown* bajo instituciones extractivas que asigne recursos a dicho sector puede generar crecimiento. Como vimos en el capítulo 3, las instituciones extractivas de las islas caribeñas como Barbados, Cuba, Haití y Jamaica podían generar niveles relativamente elevados de renta porque asignaban recursos a la producción de azúcar, un producto codiciado en todo el mundo. La producción de azúcar basada en grupos de esclavos sin duda no era «eficiente» y no había cambio tecnológico ni destrucción creativa en estas sociedades, pero esto no impidió que lograran cierto desarrollo bajo instituciones extractivas. La situación era similar en la Unión Soviética, pero allí era la industria la que representaba el papel del azúcar en el Caribe. El desarrollo industrial de la Unión Soviética avanzó mucho porque su tecnología estaba muy atrasada en relación con la de Europa y Estados Unidos, por eso se podían lograr grandes beneficios reasignando recursos al sector industrial, aunque se hiciera de forma ineficiente y por la fuerza.

Antes de 1928, la mayoría de los rusos vivía en el campo. La tecnología utilizada por los campesinos era primitiva y había pocos incentivos para ser productivos. De hecho, los últimos vestigios del feudalismo ruso fueron erradicados poco antes de la primera guerra mundial. Por lo tanto, había un enorme potencial económico sin explotar con la reasignación de esta mano de obra de

la agricultura a la industria. La industrialización estalinista fue una manera brutal de desbloquear este potencial. Stalin trasladó, por decreto, esos recursos utilizados de forma insuficiente a la industria, donde se podrían emplear de un modo mucho más productivo, aunque la propia industria estuviera organizada muy ineficientemente en relación con lo que se podría haber logrado. De hecho, entre 1928 y 1960, la renta nacional creció un 6 por ciento anual, probablemente el esfuerzo de desarrollo económico más rápido de la historia hasta entonces. Este rápido desarrollo económico no fue creado por el cambio tecnológico, sino por la reasignación de la mano de obra y la acumulación de capital mediante la creación de nuevas herramientas y fábricas.

El crecimiento fue tan rápido que cautivó a varias generaciones de occidentales, no solamente a Lincoln Steffens, sino también a la CIA de Estados Unidos e incluso a los propios líderes de la Unión Soviética, como Nikita Jruschov, quien presumió ante distintos diplomáticos occidentales, en 1956, con la célebre frase: «Os enterraremos [a Occidente]». Ya tarde, en 1977, un importante libro académico escrito por un economista inglés defendía la idea de que las economías de estilo soviético eran superiores a las capitalistas en términos de crecimiento económico, ya que proporcionaban pleno empleo, estabilidad de precios e incluso daban una motivación altruista a las personas. El pobre y viejo capitalismo occidental solamente era mejor a la hora de proporcionar libertad política. De hecho, el libro de texto universitario más utilizado en economía, escrito por el ganador del Premio Nobel Paul Samuelson, predijo repetidamente el futuro dominio económico de la Unión Soviética. En la edición de 1961, Samuelson predijo que la renta nacional soviética superaría a la de Estados Unidos posiblemente en 1984, pero probablemente en 1997. En la edición de 1980, hubo pocos cambios en el análisis, aunque las dos fechas se retrasaran a los años 2002 y 2012.

A pesar de que las políticas de Stalin y los posteriores líderes soviéticos pudieran favorecer un desarrollo económico rápido, no podían hacerlo de forma sostenida. En la década de los setenta, el desarrollo económico prácticamente había acabado. La lección más importante que se puede aprender es que las instituciones extractivas no pueden generar un cambio tecnológico sostenido por dos razones: la falta de incentivos económicos y la resistencia por parte de las élites. Además, una vez que todos los recursos que se utilizaban muy ineficientemente se habían reasignado a la industria, pocos beneficios económicos podían obtenerse por decreto. En ese momento, el sistema soviético se enfrentó a un nuevo obstáculo por la falta de innovación y los pobres incentivos económicos que impidieron seguir avanzando. El único sector en el que sí que lograron sostener algún tipo de innovación fue a través de enormes esfuerzos en tecnología militar y aeroespacial. En consecuencia, lograron enviar a la primera perra, *Laika*, y al primer hombre, Yuri Gagarin, al espacio. Otro de los legados que dejaron al mundo fue el rifle AK-47.

El Gosplan era el supuestamente todopoderoso comité encargado de la planificación central de la economía soviética. Una de las ventajas de la serie de planes quinquenales elaborados y administrados por el Gosplan se suponía que debía ser el amplio horizonte de tiempo necesario para la inversión y la innovación racionales. En realidad, lo que se implantó en la industria soviética tenía poco que ver con los planes quinquenales, que se revisaban y reescribían frecuentemente o que incluso se pasaban por alto. El desarrollo de la industria tuvo lugar basándose en las órdenes de Stalin y el Politburó, que cambiaban de opinión con frecuencia y a menudo modificaban por completo las decisiones que ya habían tomado. Todos los planes llevaban la etiqueta de «borrador» o «preliminar». Solamente una copia de un plan denominado «final» (para la industria ligera en 1939) ha salido a la luz. El propio Stalin dijo, en 1937, que «sólo los burócratas pueden pensar que el trabajo de planificación acaba con la creación del plan. La elaboración del plan es solamente el principio. El rumbo verdadero del plan se desarrolla solamente después de haberlo elaborado». Stalin deseaba maximizar su discreción para

recompensar a personas o grupos que fueran leales políticamente y castigar a los que no lo fueran. Respecto al Gosplan, su papel principal era proporcionar información a Stalin para que pudiera controlar mejor a sus amigos y a sus enemigos. De hecho, intentaban evitar tomar decisiones. Si uno tomaba una decisión que salía mal, podía acabar fusilado. Lo mejor era evitar cualquier responsabilidad.

El censo soviético de 1937 proporciona un ejemplo de lo que podía ocurrir si uno se tomaba su trabajo demasiado en serio, en lugar de suponer lo que quería el Partido Comunista. Cuando llegaron los datos de aquel censo, se hizo evidente que mostraría una población de unos 162 millones de habitantes, muchos menos que los 180 millones que Stalin había previsto y, de hecho, por debajo de la cifra de 168 millones que el propio Stalin había anunciado en 1934. El censo de 1937 fue el primero que se hacía desde 1926, por lo tanto, el que siguió a las purgas y a las hambrunas masivas de principios de la década de los treinta. El número preciso de habitantes lo reflejaba. La respuesta de Stalin fue ordenar que los que organizaron el censo fueran arrestados y enviados a Siberia o bien fusilados. Mandó que se realizara otro censo, que tuvo lugar en 1939. Esta vez los organizadores lo hicieron bien; averiguaron que la población, en realidad, era de 171 millones.

Stalin comprendió que, en la economía soviética, la gente tenía pocos incentivos para esforzarse en el trabajo. Una respuesta natural habría sido introducir tales incentivos y, en ocasiones, lo hizo (por ejemplo, llevando suministros de comida a áreas en las que la productividad se había reducido) para compensar las mejoras. Además, ya en 1931, renunció a la idea de crear «hombres y mujeres socialistas» que trabajaran sin incentivos monetarios. En un famoso discurso, criticó la «política de la igualdad» y, posteriormente, no sólo los distintos trabajos recibieron sueldos diferentes, sino que también se introdujo un sistema de primas. Resulta instructivo comprender cómo funcionaba. Normalmente, una empresa con planificación central tenía que lograr un objetivo de producción establecido en el plan, aunque éste a menudo se renegociara y se cambiara. A partir de la década de los treinta, si se lograban determinados niveles de producción, los trabajadores recibían primas que podían ser bastante elevadas (por ejemplo, hasta el 37 por ciento del sueldo para la dirección o los ingenieros superiores). Sin embargo, pagar esas primas creaba toda clase de desincentivos para el cambio tecnológico. Por una razón: la innovación, que tomaba recursos de la producción actual, ponía en riesgo los objetivos de producción, lo que provocaría que no se pagaran las primas. Y por otra razón: los objetivos de producción normalmente se basaban en niveles de producción previos. Aquello creaba un enorme incentivo para no ampliar nunca la producción, porque entonces se tendría que producir más en el futuro, ya que los objetivos futuros estarían elevados al máximo. Tener un rendimiento por debajo de lo exigido siempre ha sido la mejor forma de lograr los objetivos y conseguir la prima. El hecho de que éstas se pagaran mensualmente también mantuvo a todo el mundo concentrado en el presente, mientras que la innovación implica hacer sacrificios hoy para tener más mañana.

Pero, incluso cuando las primas y los incentivos resultaban eficientes para cambiar el comportamiento, a menudo creaban otros problemas. La planificación central simplemente no era buena para sustituir lo que el gran economista del siglo XVIII, Adam Smith, denominó la «mano invisible» del mercado. Cuando el plan se formulaba en toneladas de hojas de acero, la hoja era demasiado pesada. Cuando se hacía en superficie de hojas de acero, la hoja era demasiado fina. Cuando el plan de producción de lámparas se realizaba en toneladas, eran tan pesadas que apenas podían colgar de los techos.

En la década de los cuarenta, los líderes de la Unión Soviética, aunque no sus admiradores occidentales, eran muy conscientes de aquellos incentivos perversos. Y actuaron como si se debieran a

problemas técnicos que se podían arreglar. Por ejemplo, dejaron de pagar primas basadas en objetivos de producción y permitieron que las empresas reservaran parte de los beneficios para pagar primas. Sin embargo, un «motivo de beneficios» no era más motivador para innovar que uno basado en objetivos de producción. El sistema de precios utilizado para calcular beneficios no guardaba prácticamente ninguna relación con el valor de la tecnología o las innovaciones. A diferencia de lo que sucede en una economía de mercado, los precios en la Unión Soviética eran fijados por el gobierno, con lo que tenían poca relación con el valor. Para crear más específicamente incentivos para la innovación, la Unión Soviética introdujo primas de innovación explícitas en 1946. Ya en 1918, se había reconocido el principio de que un innovador debía recibir una recompensa monetaria por su innovación. Sin embargo, dichas recompensas eran pequeñas y se fijaron sin relación alguna con el valor de la nueva tecnología. Esto no cambió hasta 1956, cuando se estipuló que la prima debía ser proporcional a la productividad de la innovación. No obstante, ésta se calculaba en términos de beneficio económico medido utilizando el sistema de precios existentes. De nuevo, no resultó ser un gran incentivo para innovar. Se podrían llenar muchas páginas con ejemplos de los incentivos perversos que generaron estos métodos de planificación. Por ejemplo, como el tamaño de un fondo de primas de innovación estaba limitado por los costes salariales de una empresa, aquello reducía inmediatamente el incentivo para producir o adoptar cualquier innovación que podría haber ahorrado costes de mano de obra.

Concentrarse en las distintas reglas y sistemas de primas tiende a enmascarar los problemas inherentes del sistema. Mientras la autoridad y el poder político estuvieran en manos del Partido Comunista, era imposible cambiar de manera fundamental los incentivos básicos a los que se enfrentaba la gente, fueran primas o no. Desde su creación, el Partido Comunista no había utilizado solamente zanahorias, sino también palos, palos grandes, para imponer su voluntad. La productividad en la economía no era un caso distinto. Una serie entera de leyes fijó delitos criminales para los trabajadores que se percibía que holgazaneaban. Por ejemplo, en junio de 1940, una ley hizo que el absentismo, definido como veinte minutos de ausencia sin autorización o de estar sin hacer nada en el trabajo, fuera un delito criminal que podía ser castigado con seis meses de trabajos forzados y una reducción de sueldo del 25 por ciento. Se introdujeron todo tipo de castigos similares y se implantaron con una frecuencia sorprendente. Entre 1940 y 1955, 36 millones de personas, alrededor de una tercera parte de la población adulta, fueron consideradas culpables de dichos delitos. De éstas, 15 millones fueron encarceladas y 250.000, fusiladas. En un año cualquiera, había un millón de adultos en la cárcel por delitos en el trabajo, sin contar los 2,5 millones de personas que Stalin envió al exilio a los gulags de Siberia. Sin embargo, aquello no funcionaba. Se puede trasladar a una persona a una fábrica, pero no se la puede obligar a pensar y a tener buenas ideas amenazándola con la muerte. Una coacción como ésa podría haber generado una producción elevada de azúcar en las islas Barbados o en Jamaica, pero no podía compensar la falta de incentivos en una economía industrial moderna.

El hecho de que no se pudieran introducir incentivos realmente efectivos en la economía de planificación central no se debía a errores técnicos en el diseño de los sistemas de primas, sino que era intrínseco a todo el método por el que se había logrado el crecimiento extractivo. Se había hecho por orden del gobierno, lo que podía resolver algunos problemas económicos básicos. Sin embargo, estimular el crecimiento económico sostenido exigía que los individuos utilizaran su talento y sus ideas, y eso nunca se podría hacer con un sistema económico de estilo soviético. Los gobernantes de la Unión Soviética tendrían que haber abandonado las instituciones económicas extractivas, pero un cambio así habría puesto en peligro su poder político. De hecho, cuando Mijaíl Gorbachov empezó a distanciarse de las instituciones económicas extractivas a partir de 1987, se desmoronó el poder del

Partido Comunista y, con él, la Unión Soviética.

La Unión Soviética fue capaz de generar un rápido desarrollo incluso con instituciones extractivas porque los bolcheviques construyeron un Estado centralizado poderoso y lo utilizaron para asignar recursos a la industria. No obstante, como en todos los casos de desarrollo con instituciones extractivas, esta experiencia no incluyó un cambio tecnológico y el desarrollo no fue prolongado. El crecimiento primero se ralentizó y después se desplomó por completo. Aunque sea efímero, este tipo de desarrollo demuestra que las instituciones extractivas pueden estimular la actividad económica.

A lo largo de la historia, la mayoría de las sociedades han sido gobernadas por instituciones extractivas, y las que han conseguido imponer algún tipo de orden en los países han generado un desarrollo limitado, aunque ninguna de estas sociedades extractivas haya conseguido que fuera prolongado. De hecho, algunos de los puntos de inflexión más importantes de la historia están caracterizados por innovaciones institucionales que consolidaron las instituciones extractivas y aumentaron la autoridad de un grupo para imponer la ley y el orden y beneficiarse de la extracción. En el resto de este capítulo, primero, comentaremos la naturaleza de las innovaciones institucionales que establecen algún tipo de centralización estatal y permiten el crecimiento bajo instituciones extractivas. A continuación, veremos cómo estas ideas nos ayudan a comprender la revolución neolítica, la transición crucial a la agricultura, en la que se fundamentan muchos aspectos de nuestra civilización actual. Por último, ilustraremos, con el ejemplo de las ciudades-Estado mayas, que el desarrollo bajo instituciones extractivas está limitado no solamente por la falta de avance tecnológico, sino también porque fomenta luchas internas de grupos rivales que desean hacerse con el control del Estado y la extracción que genera.

En las orillas del Kasai

Uno de los grandes afluentes del río Congo es el Kasai, que nace en Angola, se dirige al norte y se une al Congo en el noreste de Kinsasa, la capital de la actual República Democrática del Congo. A pesar de que este país es pobre en comparación con el resto del mundo, siempre ha habido diferencias significativas en la prosperidad de los distintos grupos del Congo. El Kasai es la frontera entre dos de ellos. Poco después de pasar al Congo a lo largo de la orilla oeste, uno encuentra al pueblo lele, y en la orilla este, a los bushongs (mapa 6). A primera vista, tendría que haber pocas diferencias entre estos dos grupos respecto a su prosperidad. Solamente están separados por un río, que cualquiera de los dos grupos puede cruzar en barca. Las dos tribus tienen un origen común y lenguas relacionadas. Además, muchas de las cosas que hacen son de un estilo parecido, desde casas o barcas hasta prendas de ropa.

Sin embargo, cuando la antropóloga Mary Douglas y el historiador Jan Vansina estudiaron a ambos grupos en la década de los cincuenta, descubrieron algunas diferencias sorprendentes. Tal y como afirmó Douglas: «Los leles son pobres, mientras que los bushongs son ricos... De cualquier cosa que tengan o hagan los leles, los bushongs tienen más y la pueden hacer mejor». Es fácil explicar esta desigualdad. Una diferencia, que recuerda a la de lugares de Perú que estuvieron o no sujetos a la mita de Potosí, era que los leles producían para la subsistencia y los bushongs, para el intercambio en el mercado. Douglas y Vansina también observaron que los leles utilizaban una tecnología inferior. Por ejemplo, no empleaban redes para cazar, aunque éstas mejoran mucho la productividad. Douglas argumentaba lo siguiente: «La ausencia de redes concuerda con la tendencia general lele de no invertir

tiempo y trabajo en equipo a largo plazo».

También había diferencias importantes en cuanto a tecnologías y organización agrícolas. Los bushongs practicaban un tipo sofisticado de agricultura mixta en la que se plantaban cinco cultivos sucesivamente en un sistema de rotación cada dos años. Cosechaban ñame, boniatos, mandioca y judías, y recogían dos y en ocasiones tres cosechas de maíz al año. Los leles no tenían ese sistema y conseguían solamente una cosecha de maíz anual.

También había diferencias abismales en la ley y el orden. Los leles estaban dispersos en pueblos fortificados, que estaban en conflicto permanente. Cualquier persona que viajara entre dos pueblos o que se aventurara a ir al bosque a por comida probablemente sería atacada o secuestrada. En el país de los bushongs aquello raramente pasaba, si es que pasaba alguna vez.

¿Qué se esconde tras estas diferencias en los modelos de producción, tecnología agrícola y predominio del orden? Evidentemente, no era la situación geográfica lo que inducía a los leles a utilizar una tecnología agrícola y de caza inferior. Sin duda, tampoco era la ignorancia, porque conocían las herramientas que utilizaban los bushongs. Una explicación alternativa sería la cultura; ¿podría ser que los leles tuvieran una cultura que no fomentara la inversión en redes para cazar y en casas más robustas y mejor construidas? Esto tampoco parece ser cierto. Los leles estaban muy interesados en comprar armas de fuego, como la población del Congo, y Douglas incluso observó que «su entusiasmo por comprar armas de fuego muestra que su cultura no los limita a técnicas inferiores cuando éstas no requieren colaboración y esfuerzo a largo plazo». Por lo tanto, ni la aversión cultural a la tecnología, ni la ignorancia ni la geografía ofrecen una buena explicación a la mayor prosperidad de los bushongs respecto de los leles.

La razón que explica las diferencias entre ambos pueblos radica en las distintas instituciones políticas que aparecieron en las tierras de los bushongs y los leles. Anteriormente, apuntamos que los leles vivían en pueblos fortificados que no formaban parte de una estructura política unificada. En cambio, la situación era distinta al otro lado del río Kasai. Alrededor de 1620, se produjo una revolución política dirigida por un hombre llamado Shyaam, que creó el reino Kuba, que vimos en el mapa 6, con los bushongs en su centro y con él como rey. Antes de este período, probablemente hubiera pocas diferencias entre los bushongs y los leles; éstas aparecieron como consecuencia de la forma en la que Shyaam reorganizó la sociedad al este del río. Construyó un Estado y una pirámide de instituciones políticas, que no estaban sólo significativamente más centralizados que en el pasado, sino que también implicaban estructuras muy elaboradas. Shyaam y sus sucesores crearon una burocracia para aumentar los impuestos y un sistema legal y una fuerza de policía para administrar la ley. Los líderes eran controlados por consejos, a los que debían consultar antes de tomar decisiones. Incluso había juicios ante un jurado, algo aparentemente único en el África subsahariana antes del colonialismo europeo. Sin embargo, el Estado centralizado que construyó Shyaam fue una herramienta de extracción y era muy absolutista. Nadie le votaba y la política estatal estaba dictada desde lo más alto, no existía la participación popular.

Esta revolución política que introdujo la centralización del Estado y la ley y el orden en el país Kuba condujo, a su vez, a la revolución económica. La agricultura fue reorganizada y se adoptaron nuevas tecnologías para aumentar la productividad. Los cultivos que previamente habían sido los alimentos básicos fueron sustituidos por otros nuevos de mayor rendimiento procedentes de América (sobre todo maíz, mandioca y guindillas). En esa época se introdujo el intenso ciclo de agricultura mixta y la cantidad de comida producida por cápita se duplicó. Para adoptar estos cultivos y reorganizar el ciclo agrícola, se necesitaban más manos en los campos. Por lo tanto, la edad para casarse se redujo hasta los veinte años, lo que condujo a los hombres a la fuerza de trabajo agrícola a

una edad más temprana. El contraste con los leles es profundo. Sus hombres tendían a casarse a los treinta y cinco años y solamente entonces trabajaban en los campos. Hasta entonces, se dedicaban a luchar y robar.

La conexión entre la revolución política y económica fue sencilla. El rey Shyaam y quienes lo apoyaban querían recaudar impuestos y riqueza de los kubas, que tenían que producir un excedente además de la cantidad para el consumo propio. Aunque Shyaam y sus hombres no introdujeron instituciones inclusivas en la orilla este del río Kasai, cierto grado de prosperidad económica es intrínseca a las instituciones extractivas que logran cierto grado de centralización estatal e imponen la ley y el orden. Evidentemente, fomentar la actividad económica era interesante para Shyaam y sus hombres puesto que, sin ella, no habría nada que extraer. Igual que Stalin, Shyaam ordenó crear una serie de instituciones que generaran la riqueza necesaria para sustentar aquel sistema. En comparación con la ausencia total de ley y orden que reinaba en la otra orilla del río Kasai, esto generaba una prosperidad económica significativa, aunque gran parte de ésta fue a parar probablemente a Shyaam y sus élites. Sin embargo, estaba necesariamente limitada. Igual que en la Unión Soviética, no había una destrucción creativa en el reino kuba y no hubo una innovación tecnológica tras este cambio inicial. Aquella situación permaneció sin cambios significativos hasta el momento en el que el reino fue «descubierto» por primera vez por oficiales coloniales belgas a finales del siglo XIX.

El logro del rey Shyaam ilustra que mediante instituciones extractivas se puede lograr cierto grado limitado de éxito económico. Crear tal desarrollo exige un Estado centralizado, y para ello a menudo es necesaria una revolución política. Una vez que Shyaam creó este Estado, podía utilizar su poder para reorganizar la economía e impulsar la productividad agrícola, para poder cobrar impuestos.

¿Por qué fueron los bushongs y no los leles los sujetos de una revolución política? ¿No podían haber tenido los leles su propio rey Shyaam? Lo que éste logró fue una innovación institucional no relacionada de ninguna forma determinista con la geografía, la cultura ni la ignorancia. Los leles podrían haber tenido esa revolución y haber transformado sus instituciones de forma similar, pero no lo hicieron. Quizá fuera por razones que no entendemos, por nuestro conocimiento limitado de su sociedad actual. Lo más probable es que se deba a la naturaleza contingente de la historia. La misma casualidad se dio probablemente cuando, hace doce mil años, algunas de las sociedades de Oriente Próximo se embarcaron en una serie más radical de innovaciones institucionales que condujeron al establecimiento de las sociedades sedentarias y, posteriormente, a la domesticación de plantas y animales, como comentaremos posteriormente.

El Largo Verano

Alrededor de 15000 a. C., la era glacial llegaba a su fin a medida que el clima de la Tierra se hacía más cálido. Las pruebas encontradas en el núcleo de hielo de Groenlandia sugieren que las temperaturas medias aumentaron hasta los quince grados Celsius en un corto período de tiempo. Este calentamiento parece haber coincidido con rápidos aumentos de la población humana, cuando el calentamiento global condujo a la expansión de poblaciones animales y a una mayor disponibilidad de plantas y alimentos silvestres. Este proceso se revirtió rápidamente alrededor de 14000 a. C., durante un período de enfriamiento conocido como Dryas Reciente, pero, después de 9600 a. C., las temperaturas globales volvieron a aumentar siete grados Celsius en menos de una década y, desde

entonces, permanecen elevadas. El arqueólogo Brian Fagan lo denomina el Largo Verano. El calentamiento del clima fue una coyuntura crítica enorme que preparó el trasfondo para la revolución neolítica en la que las sociedades humanas hicieron la transición a la vida sedentaria, la agricultura y la ganadería. Esto y el resto de la historia humana posterior se han desarrollado disfrutando de este Largo Verano.

Existe una diferencia fundamental entre la agricultura-ganadería, y la caza-recolección. Las primeras se basan en la domesticación de especies de plantas y animales, conllevan una intervención activa en sus ciclos de vida para cambiar la genética y hacer que sean más útiles para los humanos. La domesticación es un cambio tecnológico que permite que los humanos produzcan mucha más comida a partir de las plantas y los animales disponibles. Por ejemplo, el cultivo del maíz empezó cuando los humanos recogieron teocinte, el antepasado silvestre del maíz. Las mazorcas de teocinte son muy pequeñas, apenas miden unos centímetros de largo. Son de un tamaño muy reducido en comparación con una mazorca de maíz actual. Sin embargo, gradualmente, seleccionado las mazorcas más grandes de teocinte y las plantas que no se rompían, sino que permanecían en el tallo para ser cosechadas, los humanos crearon el maíz moderno, que proporciona mucho más alimento en la misma superficie de tierra.

Las primeras pruebas conocidas de agricultura, ganadería y domesticación de plantas y animales proceden de Oriente Próximo, concretamente de la zona conocida como Hilly Flanks, que se extiende desde el sur del actual Israel hasta Palestina y la orilla oeste del río Jordán, a través de Siria y hasta el sureste de Turquía, el norte de Irak y el oeste de Irán. De alrededor del año 9500 a. C., datan las primeras plantas domésticas. Farro y cebada se hallaron en dos carreras en Jericó, en la orilla oeste del río Jordán, en Palestina. Farro, guisantes y lentejas se encontraron en Tell Aswad, mucho más al norte, en Siria. En estos lugares se desarrolló la denominada cultura natufiense y ambos tenían grandes ciudades. La ciudad de Jericó tenía una población aproximada de quinientas personas en aquel momento.

¿Por qué aparecieron allí los primeros pueblos agrícolas y no en otro lugar? ¿Por qué los natufienses, y no otros pueblos, fueron quienes domesticaron los guisantes y las lentejas? ¿Tuvieron suerte y sencillamente vivían allí donde había muchos candidatos potenciales para la domesticación? Aunque sea verdad, muchas otras personas vivían entre esas especies, pero no las domesticaron. Como vimos en el capítulo 2, en los mapas 4 y 5, la investigación de genetistas y arqueólogos para determinar la distribución de los antepasados silvestres de los animales y plantas domesticados modernos revela que muchos de estos antepasados se habían diseminado en áreas muy grandes, de millones de kilómetros cuadrados. Los antepasados silvestres de las especies de animales domesticados se habían dispersado a través de Eurasia. Los Hilly Flanks estaban particularmente bien provistos de especies de cultivos silvestres, pero no era eso lo que diferenciaba este lugar de cualquier otro. No era el hecho de que los natufienses vivieran en una zona únicamente provista con especies silvestres lo que los hizo especiales, sino el hecho de que eran sedentarios antes de empezar a domesticar plantas o animales. Una prueba de ello procede de los dientes de gacela, que están compuestos por cemento, un tejido óseo conectivo que crece en capas. Durante la primavera y el verano, cuando el crecimiento del cemento es más rápido, las capas son de un color distinto a las que se forman en invierno. Si se corta una parte del diente, se puede ver el color de la última capa creada antes de que muriera la gacela. Y utilizando esta técnica, se puede determinar si mataron a la gacela en verano o en invierno. En los sitios natufienses, se encuentran gacelas a las que mataron en todas las estaciones, lo que sugiere que vivían allí durante todo el año. El pueblo de Abu Hureyra, en el río Éufrates, es uno de los asentamientos natufienses que se han investigado más intensamente. Durante

casi cuarenta años, los arqueólogos han examinado las capas del suelo, lo que proporciona uno de los ejemplos mejor documentados de vida sedentaria antes y después de la transición a la agricultura. El asentamiento probablemente empezó alrededor de 9500 a. C., y los habitantes continuaron su estilo de vida de cazadores-recolectores otros quinientos años antes de iniciar la transición a la agricultura. Los arqueólogos estiman que la población del poblado antes de la agricultura era de entre cien y trescientas personas.

Se pueden imaginar toda clase de razones por las que una sociedad se beneficiaría al convertirse en sedentaria. Trasladarse de un sitio a otro resultaba costoso; los niños y los ancianos debían ser transportados y era imposible almacenar comida para los períodos de carestía cuando se iba de un sitio a otro. Además, ciertas herramientas, como las piedras de moler y las hoces, útiles para procesar comida salvaje, pesaban mucho. Existen pruebas de que incluso los cazadores-recolectores nómadas almacenaban comida en sitios escogidos, como, por ejemplo, en cuevas. El maíz se almacena muy bien, y ésa es la razón de que fuera muy atractivo y explica que se cultivara tan intensamente en todo el continente americano. La capacidad para manejar con eficacia el almacenamiento y acumular reservas de alimentos seguramente fuera un importante incentivo para adoptar una forma de vida sedentaria.

A pesar de que fuera colectivamente deseable convertirse en sedentario, esto no significa que tuviera que pasar necesariamente. Un grupo nómada de cazadores-recolectores tenía que ponerse de acuerdo para hacerlo, o alguien los tuvo que obligar. Algunos arqueólogos han sugerido que el aumento de la densidad de la población y la reducción del nivel de vida fueron factores clave en la aparición de la vida sedentaria, lo que obligó a la población nómada a quedarse en un lugar. Sin embargo, la densidad de los lugares natufienses no es mayor que la que había en los grupos anteriores, así que no parece haber pruebas del aumento de la densidad de la población. Tampoco los fósiles dentales y de esqueletos sugieren que su salud se deteriorara. Por ejemplo, la escasez de alimentos tiende a crear hipoplasia, líneas finas en el esmalte dental, pero éstas son menos frecuentes en el pueblo natufiense que en otros pueblos agrícolas posteriores.

Lo más importante es que, aunque la vida sedentaria tuviera ventajas, también tenía inconvenientes. La resolución de conflictos probablemente fuera más complicada para los grupos sedentarios, ya que entre los nómadas los desacuerdos se resolvían cuando ciertas personas o grupos se marchaban. En cuanto se construyeron edificios permanentes y se disponía de más bienes de los que se podían transportar, trasladarse se convirtió en una opción mucho menos atractiva. Así que los pueblos tenían que dotarse de formas más efectivas de resolver conflictos y de nociones de propiedad más elaboradas. Había que tomar decisiones sobre quién tenía acceso a qué parte de tierra cerca del pueblo o quién recogería fruta de qué filas de árboles y quién pescaría en qué parte del arroyo. Hubo que desarrollar reglas, y también las instituciones que debían crearlas y hacerlas cumplir.

Para que apareciera la vida sedentaria, parece plausible que los cazadores-recolectores hayan sido obligados a establecerse, lo que debió estar precedido por una innovación institucional que concentrara el poder en manos de un grupo que se convertiría en la élite política, que impusiera derechos de propiedad, mantuviera el orden y también se beneficiara de su estatus obteniendo los recursos del resto de la sociedad. De hecho, es probable que se produjera una revolución política similar a la iniciada por el rey Shyaam, aunque a menor escala, y ése sería el avance que habría conducido a la vida sedentaria.

De hecho, las pruebas arqueológicas sugieren que los natufienses desarrollaron una sociedad compleja caracterizada por jerarquía, orden y desigualdad (el comienzo de lo que reconoceríamos como instituciones extractivas) mucho tiempo antes de convertirse en agricultores. Una prueba sólida

de esta jerarquía y desigualdad se encuentra en las tumbas. Algunas personas eran enterradas con una gran cantidad de conchas de obsidiana y dentalium, que procedían de la costa del Mediterráneo próxima al monte Carmelo. Otros tipos de ornamentación incluyen collares, bandas y brazaletes, realizados con conchas, dientes caninos y falanges de ciervos. Otras personas eran enterradas sin ninguna de estas cosas. Se comerciaba con conchas y con obsidiana, y el control de este comercio, muy probablemente, era una fuente de desigualdad y acumulación de poder. Existen más pruebas de desigualdad económica y política en el sitio natufiense de Ain Mallaha, al norte del mar de Galilea. Entre un grupo de alrededor de cincuenta cabañas redondas y muchos pozos, claramente utilizados como almacén, existe un gran edificio intensamente enlucido próximo a una plaza central despejada. Lo más seguro es que fuera la casa de un jefe. Aparte de las sepulturas del lugar, algunas de las cuales son mucho más elaboradas, también hay pruebas del culto a las calaveras, lo que posiblemente indique adoración a los antepasados. Estos cultos están extendidos por los sitios natufienses, sobre todo en Jericó. El predominio de pruebas de lugares natufienses sugiere que probablemente ya se trataba de sociedades con instituciones elaboradas que determinaban la herencia del estatus de la élite. Comerciaban con lugares lejanos y tenían formas incipientes de jerarquías políticas y religiosas.

Lo más probable es que la aparición de las élites políticas provocara, en primer lugar, la transición a la vida sedentaria y, después, a la agricultura. Tal y como muestran los lugares natufienses, la vida sedentaria no significaba necesariamente agricultura y ganadería. La población se establecía en un sitio, pero continuaba cazando y recolectando para vivir. Al fin y al cabo, el Largo Verano hizo que las cosechas silvestres fueran más abundantes y la caza y la recolección, probablemente, más atractivas. La mayoría de la población habría estado bastante satisfecha con una vida de subsistencia basada en la caza y la recolección, que no exigían mucho esfuerzo. Ni siquiera la innovación tecnológica conduce necesariamente a un aumento de la producción agrícola. De hecho, se sabe que una innovación tecnológica importante como la introducción del hacha de acero entre los aborígenes australianos conocidos como Yir Yoront no condujo a una producción más intensa, sino a más tiempo para dormir, porque les permitía alcanzar los requisitos de subsistencia con más facilidad y había pocos incentivos para trabajar para lograr más.

La explicación tradicional, basada en la situación geográfica, para justificar la revolución neolítica (eje central del argumento de Jared Diamond, descrita en el capítulo 2) es que fue impulsada por la disponibilidad inesperada de muchas especies de plantas y animales que se podían domesticar fácilmente. Aquello hizo que la agricultura y la ganadería fueran atractivas y provocó la vida sedentaria. Después de que las sociedades se volvieran sedentarias y empezaran a dedicarse a la agricultura, comenzaron a desarrollarse la jerarquía política, la religión y otras instituciones significativamente más complejas. Las pruebas de los natufienses sugieren que esta explicación tradicional, aunque esté ampliamente aceptada, empieza la casa por el tejado. Los cambios institucionales tuvieron lugar en sociedades mucho antes de que iniciaran la transición a la agricultura y probablemente fueron la causa tanto del paso al sedentarismo, que reforzó los cambios institucionales, como, posteriormente, de la revolución neolítica. Este patrón es sugerido no solamente por las pruebas de los Hilly Flanks, el área estudiada con más intensidad, sino también por la mayoría de las pruebas encontradas en América, el África subsahariana y el este de Asia.

Sin duda, la transición a la agricultura condujo a una mayor productividad agrícola y permitió una expansión significativa de la población. Por ejemplo, en lugares como Jericó y Abu Hureyra se observa que el pueblo agrícola inicial era mucho mayor que el preagrícola. En general, los pueblos crecieron entre dos y seis veces después de la transición. Además, muchas de las consecuencias que tradicionalmente se ha defendido que fluyeron tras esta transición sin duda tuvieron lugar. Hubo una

mayor especialización en las profesiones, un progreso tecnológico mucho más rápido y, probablemente, se desarrollaron instituciones políticas más complejas y posiblemente menos igualitarias. Sin embargo, que esto ocurriera en un sitio concreto no estuvo determinado por la disponibilidad de especies de plantas y animales, sino porque la sociedad experimentó los tipos de innovaciones institucionales, sociales y políticas que habrían permitido que apareciera la vida sedentaria y, posteriormente, la agricultura.

El Largo Verano y la presencia de cultivos y especies de animales permitieron que esto tuviera lugar, pero no determinaron dónde ni cuándo exactamente, sino que sucediera después de que el clima se hubiera vuelto más cálido. De hecho, lo determinaron la interacción de una coyuntura crítica, el Largo Verano, con pequeñas pero importantes diferencias institucionales. A medida que el clima se hizo más cálido, algunas sociedades, como la natufiense, desarrollaron elementos de jerarquía e instituciones centralizadas, pero a una escala muy pequeña en relación con la de los Estados-nación modernos. Como los bushongs bajo Shyaam, las sociedades se reorganizaron para aprovechar las mayores oportunidades que ofrecía el exceso de animales y plantas silvestres y, sin duda, fueron los miembros de la élite política los principales beneficiados de estas nuevas oportunidades y del proceso de centralización política. Otros lugares que tenían instituciones un poco distintas no permitieron a sus élites políticas que aprovecharan del mismo modo esta coyuntura y quedaron rezagados en su proceso de centralización política y en la creación de sociedades asentadas, agrícolas y más complejas. Aquello sentó las bases para una divergencia posterior exactamente del tipo que hemos visto con anterioridad. Una vez que aparecían estas diferencias, se extendían a algunos lugares pero no a otros. Por ejemplo, la agricultura se extendió a Europa desde Oriente Próximo a partir de 6500 a. C., sobre todo como consecuencia de la migración de agricultores. En Europa, las instituciones se distanciaron de otras partes del mundo, como África, donde las instituciones iniciales habían sido diferentes y las innovaciones puestas en marcha por el Largo Verano en Oriente Próximo sucedieron mucho más tarde, e, incluso entonces, adoptaron una forma muy distinta.

Las innovaciones institucionales de los natufienses casi con toda probabilidad se fundamentaron en la revolución neolítica, pero no dejaron un simple legado en la historia del mundo y no condujeron inexorablemente a la prosperidad a largo plazo de sus tierras de origen en los actuales Estados de Israel, Palestina y Siria. Siria y Palestina son partes del mundo moderno relativamente pobres y la prosperidad de Israel fue, en general, importada por el asentamiento de población judía después de la segunda guerra mundial y su nivel elevado de educación y fácil acceso a tecnologías avanzadas. El desarrollo inicial de los natufienses no pasó a ser prolongado por la misma razón que se detuvo el desarrollo soviético. A pesar de que fue muy significativo, e incluso revolucionario para su tiempo, era un desarrollo bajo instituciones extractivas. Para la sociedad natufiense, también era probable que este tipo de desarrollo creara conflictos profundos sobre quién controlaría las instituciones y la extracción que permitía. Para cada élite que se beneficia de una extracción, existe una no élite que querría sustituirla. En ocasiones, las luchas internas simplemente sustituyen a una élite por otra. En otros casos, destroza toda la sociedad extractiva y desencadena un proceso de colapso estatal y social, como experimentó la espectacular civilización que construyó las ciudades-Estado mayas hace más de mil años.

La extracción inestable

La agricultura apareció de forma independiente en varios lugares del mundo. En lo que hoy es México, las sociedades formaron estos Estados y asentamientos estables y pasaron a la agricultura. Como los natufienses en Oriente Próximo, también consiguieron cierto nivel de desarrollo económico. De hecho, las ciudades-Estado mayas del área del sur de México, Belice, Guatemala y el oeste de Honduras, construyeron una civilización bastante sofisticada con su propio tipo de instituciones extractivas. La experiencia maya ilustra no solamente la posibilidad de desarrollo bajo instituciones extractivas, sino también otro límite fundamental para este tipo de crecimiento: la inestabilidad política que aparece y que, en última instancia, conduce al colapso tanto de la sociedad como del Estado a medida que los diferentes grupos y personas luchan para llegar a convertirse en los extractores.

Las ciudades mayas se empezaron a desarrollar alrededor de 500 a. C. y finalmente fracasaron en algún momento del siglo I d. C. Entonces, apareció un nuevo modelo político, que sentó las bases para la era clásica, entre 250 y 900 d. C. Este período marcó el florecimiento total de la cultura y la civilización mayas. Sin embargo, esta civilización más sofisticada también sucumbiría en el curso de los siguientes seiscientos años. Cuando los conquistadores españoles llegaron a principios del siglo XVI, los grandes templos y palacios de sitios mayas como Tikal, Palenque y Calakmul se habían desvanecido en la selva y no se volverían a descubrir hasta el siglo XIX.

Las ciudades mayas nunca se unieron en un imperio, aunque algunas estaban subordinadas a otras y, a menudo, parecen haber cooperado, sobre todo en guerras. La conexión principal entre las ciudades-Estado de la región, cincuenta de las cuales se pueden reconocer por sus propios glifos, es que sus habitantes hablaban unas treinta y una lenguas mayas, distintas pero estrechamente relacionadas. Los mayas desarrollaron un sistema de escritura, y existen como mínimo quince mil inscripciones que describen muchos aspectos de la cultura, la religión y la vida de la élite. Además, tenían la cuenta larga, un calendario sofisticado para registrar fechas que se parecía mucho a nuestro calendario, ya que contaba el transcurso de los años desde una fecha fija y era utilizado por todas las ciudades mayas. La cuenta larga empezó en el año 3114 a. C., aunque no sepamos qué significado daban los mayas a esta fecha, que hace referencia a un tiempo que precede a la aparición de cualquier cosa parecida a la sociedad maya.

Los mayas eran albañiles hábiles que inventaron el cemento. Sus construcciones e inscripciones proporcionan información vital sobre las trayectorias de las ciudades, ya que a menudo registraban acontecimientos fechados de acuerdo con la cuenta larga. Al estudiar todas las ciudades mayas, los arqueólogos pueden contar cuántos edificios se acabaron en años concretos. Alrededor del año 500 a. C., había pocos monumentos fechados. Por ejemplo, la fecha de la cuenta larga correspondiente al año 514 a. C. registraba solamente diez. Hubo un aumento constante, que llegó a veinte en el año 672 d. C. y a cuarenta a mediados del siglo VIII. Después, el número de monumentos datados se desploma. En el siglo IX, es inferior a diez al año y en el siglo X, es de cero. Estas inscripciones que incluían fechas nos dan una imagen clara de la expansión de las ciudades mayas y su posterior declive a partir de finales del siglo VIII.

Este análisis de fechas puede complementarse examinando la lista de reyes que registraron los mayas. En la ciudad maya de Copán, actualmente en el oeste de Honduras, hay un monumento famoso conocido como Altar Q que registra los nombres de todos los reyes desde el fundador de la dinastía K’inich Yax K’uk’ Mo’, o «Primer Rey Dios Sol Verde Quetzal Guacamayo», llamado así en honor no solamente al Sol, sino también al de dos pájaros exóticos de la selva de América Central cuyas plumas eran muy apreciadas por los mayas. K’inich Yax K’uk’ Mo’ llegó al poder en Copán en 426 d. C., dato

que sabemos por la fecha de la cuenta larga del Altar Q, y fundó una dinastía que reinaría durante cuatrocientos años. Algunos de los sucesores de K'inich Yax también tenían nombres llamativos. El glifo del trigésimo gobernante se traduce como «18 Conejo», a quien siguieron «Humo Mono» y «Humo Concha», que murió en 763 d. C. El último nombre del altar es el rey Yax Pasaj Chan Yoaat o «Dios de la Primera Luz del Ocaso», que fue el decimosexto gobernante de esta línea y asumió el trono tras la muerte de Humo Concha. Después de él, solamente conocemos a un rey más, Ukit Took («Rey Patrono de Pedernal») a partir de un fragmento de un altar. Después de Yax Pasaj, las construcciones y las inscripciones se detuvieron y parece que la dinastía fue derrocada al cabo de poco tiempo. Ukit Took probablemente no fuera el pretendiente real al trono, sino un pretendiente más.

Existe otra forma de ver estas pruebas de Copán, la desarrollada por los arqueólogos Ann Corinne Freter, Nancy Gonlin y David Webster. Estos investigadores registraron el auge y el declive de Copán examinando la extensión del asentamiento en el valle de Copán durante un período de 850 años, de 400 d. C. a 1250 d. C., utilizando una técnica denominada hidratación de obsidiana, que calcula el contenido de agua de ésta en la fecha en la que se extrajo. Una vez obtenida, el agua cae a un ritmo conocido, lo que permite calcular la fecha en la que se extrajo un trozo de obsidiana. Freter, Gonlin y Webster fueron capaces de trazar un mapa para situar en qué lugar del valle de Copán se habían encontrado los trozos de obsidiana datada y hacer un seguimiento de la expansión de la ciudad y su declive posterior. Como es posible hacer un cálculo razonable del número de casas y edificios de una zona en particular, se puede estimar la población total de la ciudad. En el período entre 400 y 449 d. C., la población era insignificante, estimada en unas seiscientas personas, y aumentó de forma constante hasta alcanzar un pico de veintiocho mil entre los años 750 y 799 d. C. Aunque no parezca una cifra elevada para los criterios urbanos contemporáneos, era enorme para aquel período; en aquel entonces, Copán tenía más habitantes que Londres o París. Sin duda, otras ciudades mayas, como Tikal y Calakmul, eran mucho más grandes. De acuerdo con las pruebas de las fechas de la cuenta larga, la población alcanzó su máximo histórico en Copán el año 800 d. C. Después empezó a descender y en el año 900 d. C. era de alrededor de quince mil personas. A partir de entonces, continuó la caída y, hacia el año 1200 d. C., el número de habitantes había vuelto a ser el mismo que ochocientos años antes.

La base del desarrollo económico de la era clásica maya era la misma que para los bushongs y los natufienses: la creación de instituciones extractivas con algún tipo de centralización estatal. Estas instituciones tenían varios elementos clave. Alrededor del año 100 d. C. en la ciudad de Tikal de Guatemala, apareció un nuevo tipo de reino dinástico. Una clase dirigente basada en el *ajaw* (señor o gobernante) arraigó con un rey llamado *k'uhul ajaw* (señor divino) y, bajo él, una jerarquía de aristócratas. El señor divino organizaba la sociedad con la cooperación de estas élites y también se comunicaba con los dioses. Que sepamos, este nuevo grupo de instituciones políticas no permitió ningún tipo de participación popular, pero aportó estabilidad. El *k'uhul ajaw* cobraba impuestos a los agricultores y organizaba la mano de obra para que construyera los grandes monumentos, y la coalescencia de estas instituciones creó la base para que hubiera una impresionante expansión económica. La economía maya se basaba en una especialización ocupacional amplia, con hábiles alfareros, tejedores, carpinteros y creadores de herramientas y adornos. También comerciaban con obsidiana, pieles de jaguar, conchas marinas, cacao, sal y plumas, entre ellos y con otros Estados situados a largas distancias en México. Probablemente tuvieran dinero y, como los aztecas, utilizaban los granos de cacao como moneda.

La era clásica maya se fundó sobre la creación de instituciones políticas extractivas, de una forma muy parecida a la de los bushongs, en la que el Yax Ehb' Xook de Tikal tuvo un papel similar al del

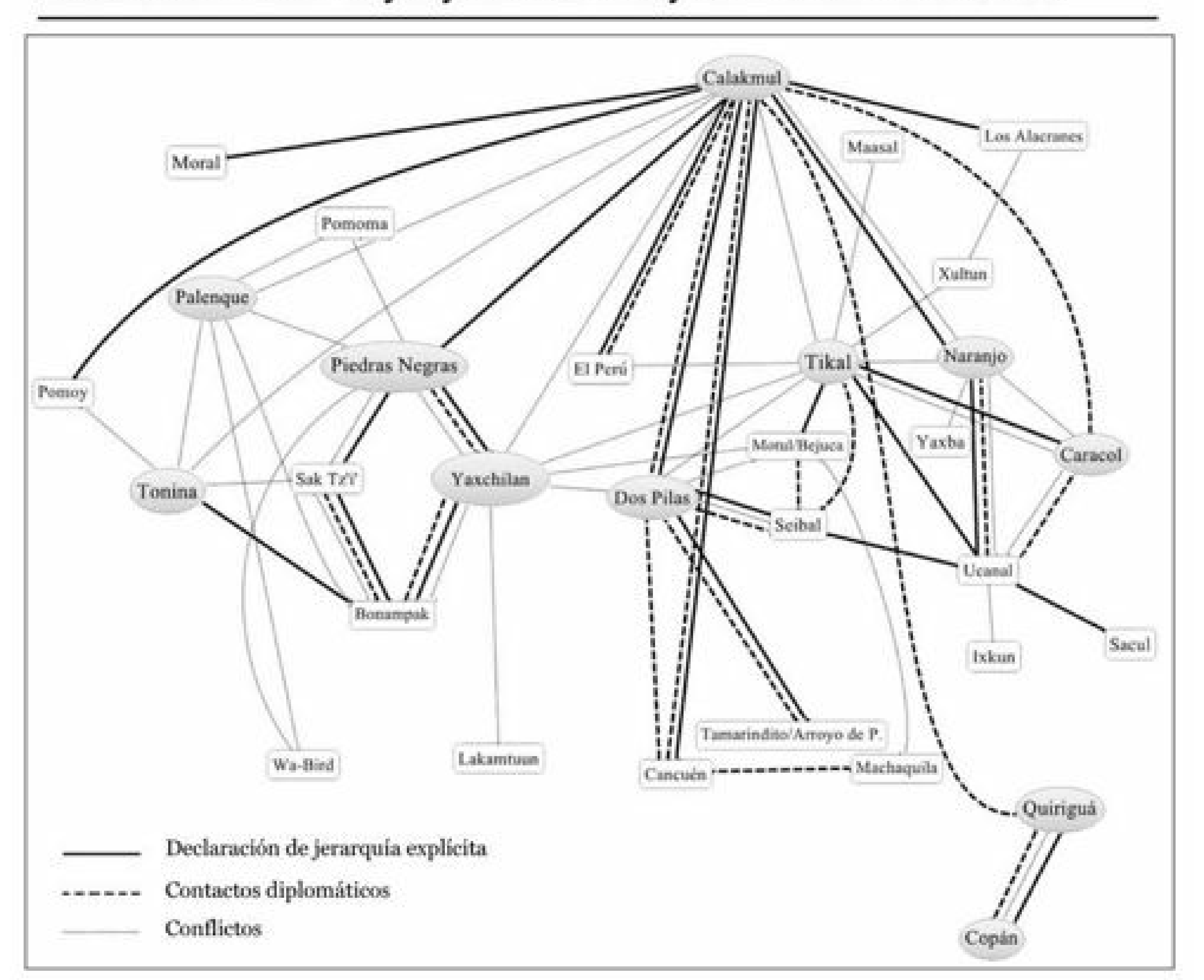
rey Shyaam. Las nuevas instituciones políticas condujeron a un aumento significativo de la prosperidad económica, gran parte de la cual fue extraída entonces por la nueva élite relacionada directamente con el *k'uhul ajaw*. Una vez que se consolidó este sistema, alrededor del año 300 d. C., hubo pocos cambios tecnológicos adicionales. Aunque haya pruebas de la mejora del riego y de las técnicas de gestión del agua, la tecnología agrícola era rudimentaria y, aparentemente, no cambió. Las técnicas artísticas y las de construcción se hicieron mucho más sofisticadas con el tiempo, pero, en conjunto, hubo poca innovación.

Tampoco hubo destrucción creativa. Sin embargo, existieron otras formas de destrucción, ya que la riqueza que creaban las instituciones extractivas para el *k'uhul ajaw* y la élite maya condujo a una guerra constante que empeoró con el tiempo. La secuencia de los conflictos está registrada en las inscripciones mayas, con glifos especiales que indican que tuvo lugar una guerra en una fecha concreta en la cuenta larga. El planeta Venus era el patrón celestial de la guerra, y los mayas consideraban que algunas fases de la órbita de este planeta eran particularmente favorables para librar guerras. El glifo que indicaba la guerra, conocido como «estrella-guerra» por los arqueólogos, muestra una estrella tirando un líquido que podría ser agua o sangre sobre la Tierra. Las inscripciones también revelan patrones de alianza y competencia. Había largas luchas por el poder entre los Estados más grandes, como Tikal, Calakmul, Copán y Palenque, y otros más pequeños subyugados a un estatus de vasallos. Las pruebas de estas luchas proceden de los glifos que marcaban las ascensiones reales. Durante este período, empiezan indicando que los Estados más pequeños entonces estaban dominados por un gobernante exterior.

En el mapa 10 se muestran las ciudades mayas principales y los distintos patrones de contacto entre ellas tal y como las reconstruyeron los arqueólogos Nikolai Grube y Simon Martin. Estos patrones indican que, a pesar de que las ciudades más grandes como Calakmul, Dos Pilas, Piedras Negras y Yaxchilán tuvieran amplios contactos diplomáticos, algunas a menudo estaban dominadas por otras y también luchaban entre sí.

MAPA 10

Las ciudades-Estado mayas y los contactos y conflictos entre ciudades



El hecho más importante del colapso maya es que coincide con el derrocamiento del modelo político basado en el *k'uhul ajaw*. Vimos que, en Copán, después de la muerte de Yax Pasaj en el año 810 d. C., no hubo más reyes. Aproximadamente en aquel momento, los palacios reales fueron abandonados. A unos 32 kilómetros al norte de Copán, en la ciudad de Quiriguá, el último rey, Jade Cielo, ascendió al trono entre 795 y 800 d. C. El último monumento datado es del año 810 d. C., según la cuenta larga, el mismo año en el que murió Yax Pasaj. Poco después, la ciudad fue abandonada. Por toda la zona maya, se repite esta historia: las instituciones políticas que habían proporcionado el contexto para la expansión del comercio, la agricultura y la población desaparecieron. Los tribunales reales no funcionaban, los monumentos y los templos no se tallaban y los palacios se vaciaron. A medida que se deshacían las instituciones políticas y sociales, revirtiendo así el proceso de centralización estatal, la economía se contrajo y la población descendió.

En algunos casos, los principales centros se hundieron debido a la violencia generalizada. La región de Petexbatún de Guatemala (donde los grandes templos posteriormente fueron derribados y su piedra que utilizada para construir amplias murallas defensivas) proporciona un ejemplo claro. Como veremos en el capítulo siguiente, fue muy parecido a lo que sucedió en el Imperio romano. Más tarde, incluso en lugares como Copán, en los que hay menos signos de violencia en el momento del colapso, muchos monumentos fueron dañados o destruidos. En algunos lugares, la élite perduró incluso tras el derrocamiento inicial del *k'uhul ajaw*. En Copán hay pruebas de que continuó erigiendo edificios durante, como mínimo, otros doscientos años antes de desaparecer definitivamente. En otros lugares, las élites parecen haberse ido al mismo tiempo que el señor divino.

Las pruebas arqueológicas existentes no nos permiten llegar a una conclusión definitiva sobre por qué el *k'uhul ajaw* y las élites que lo rodeaban fueron derrocados y las instituciones que habían creado los mayas en la era clásica desaparecieron. Sabemos que tuvo lugar en el contexto de intensas guerras entre ciudades y parece probable que la oposición y la rebelión dentro de las ciudades, quizá dirigidas por distintas facciones de la élite, derrocaran la institución.

A pesar de que las instituciones extractivas que los mayas crearon suficiente riqueza para que florecieran las ciudades y la élite consiguiera ser rica y generara arte y edificios monumentales, el sistema no era estable. Las instituciones extractivas sobre las que gobernaba esta reducida élite crearon una importante desigualdad y, en consecuencia, generaron también la posibilidad de luchas internas entre aquellos que se podían beneficiar de la riqueza extraída al pueblo. Finalmente, este conflicto condujo a la ruina de la civilización maya.

¿Qué va mal?

Las instituciones extractivas son muy habituales en la historia porque tienen una lógica aplastante: pueden generar cierta prosperidad limitada y, al mismo tiempo, repartirla entre una pequeña élite. Para que se dé este crecimiento, debe haber centralización política. Una vez que existe, el Estado (o la élite que lo controla) normalmente tiene incentivos para invertir y generar riqueza, animar a los otros a invertir para que el Estado pueda extraer recursos de ellos e incluso imitar algunos de los procesos que normalmente pondrían en marcha los mercados y las instituciones económicas inclusivas. En las economías de plantaciones caribeñas, las instituciones extractivas adoptaron la forma de una élite que utilizaba la coacción para obligar a los esclavos a producir azúcar. En la Unión Soviética, adoptaron la forma del Partido Comunista, que reasignaba recursos de la agricultura a la industria y estructuraba algún tipo de incentivos para los gestores y los trabajadores. Como hemos visto, estos incentivos fueron debilitados por la naturaleza del sistema.

El potencial para crear un desarrollo extractivo da impulso a la centralización política y es la razón de que el rey Shyaam deseara crear el reino de Kuba, y probablemente explica por qué los natufienses en Oriente Próximo fijaron una forma primitiva de ley y orden, jerarquía e instituciones extractivas que, finalmente, conducirían a la revolución neolítica. Asimismo, también es probable que hubiera procesos similares que socavaran la aparición de sociedades estables y la transición a la agricultura en América, y se puede ver en la civilización sofisticada que construyeron los mayas en las bases establecidas por las instituciones muy extractivas que coaccionaban a muchos para provecho de sus reducidas élites.

Sin embargo, el desarrollo generado por las instituciones extractivas es muy distinto del que se crea bajo instituciones inclusivas. Lo más importante es que no es sostenible. Por su propia naturaleza,

las instituciones extractivas no fomentan la destrucción creativa y generan, en el mejor de los casos, solamente una cantidad limitada de avance tecnológico. Por lo tanto, el desarrollo que crean dura mientras duran dichas instituciones. La experiencia soviética es un ejemplo claro de este límite. La Unión Soviética generó un crecimiento rápido ya que pronto se puso al día de algunas de las tecnologías avanzadas del mundo y asignó recursos del muy ineficiente sector agrícola al sector industrial. Al final, los incentivos en todos los sectores, desde la agricultura hasta la industria, no pudieron estimular el avance tecnológico. Esto tuvo lugar solamente en algunos núcleos en los que se dirigían los recursos y donde la innovación era fuertemente recompensada debido a su papel en la competencia con Occidente. Sin embargo, el desarrollo soviético, a pesar de ser rápido, estaba condenado a durar poco, y ya perdía impulso en la década de los setenta.

La falta de innovación y destrucción creativa no es la única razón por la que existen límites graves al crecimiento bajo instituciones extractivas. La historia de las ciudades-Estado mayas ilustra un fin más siniestro y, por desgracia, más común, de nuevo implícito en la lógica interna de las instituciones extractivas. Como éstas crean beneficios significativos para la élite, habrá fuertes incentivos para que otros luchen para sustituir a la élite actual. Por lo tanto, las luchas internas y la inestabilidad son rasgos inherentes de las instituciones extractivas y no solamente crean más ineficiencias, sino que también suelen revertir la centralización política, en ocasiones incluso conduciendo al fracaso total de la ley y el orden y al caos, como experimentaron las ciudades-Estado mayas tras su éxito relativo durante la era clásica.

Aunque sea inherentemente limitado, el crecimiento bajo instituciones extractivas puede parecer espectacular cuando está en marcha. Muchas personas de la Unión Soviética y muchas más en el mundo occidental se quedaron asombradas con el crecimiento soviético de los años veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta e incluso setenta del siglo XX, de la misma forma que las fascina el ritmo vertiginoso del crecimiento económico chino actual. Sin embargo, como comentaremos con más detalle en el capítulo 15, China, bajo el control del Partido Comunista, es otro ejemplo de sociedad que experimenta un crecimiento bajo instituciones extractivas y es igualmente improbable que genere un desarrollo sostenido a menos que emprenda una transformación política fundamental hacia instituciones políticas inclusivas.

6

El distanciamiento

Cómo se convirtió Venecia en un museo

El grupo de islas que forman Venecia, en el extremo norte del mar Adriático, posiblemente fueran, en la Edad Media, el lugar más rico del mundo, con el conjunto más avanzado de instituciones económicas inclusivas apoyadas por la inclusividad política naciente. Venecia logró su independencia en el 810 d. C. en lo que resultó ser un momento fortuito. La economía de Europa se estaba recuperando del declive que sufrió tras el hundimiento del Imperio romano y reyes como Carlomagno estaban reconstituyendo un poder político central fuerte. Aquello condujo a la estabilidad, a una mayor seguridad y a la expansión del comercio, y Venecia estaba en una situación única para aprovecharlo. Era una nación de navegantes, situada justo en mitad del Mediterráneo. De Oriente llegaban especias, productos fabricados por los bizantinos y esclavos. Venecia se hizo rica. En el año 1050, un siglo después del inicio de su expansión económica, tenía una población de cuarenta y cinco mil personas, cifra que aumentó en más del 50 por ciento, a setenta mil en el año 1200. En 1330, la población había vuelto a aumentar otro 50 por ciento, a ciento diez mil; Venecia era entonces tan grande como París y probablemente tres veces mayor que Londres.

Una de las causas principales de la expansión económica de Venecia fue una serie de innovaciones contractuales que hicieron que las instituciones económicas fueran mucho más inclusivas. La más famosa fue la *commenda*, un tipo de sociedad por acciones rudimentaria que se formaba solamente mientras durara una única misión comercial. En la *commenda* participaban dos socios, uno «sedentario», el que permanecía en Venecia, y otro que viajaba. El socio sedentario ponía capital en la empresa, mientras que el socio que viajaba acompañaba a la carga. Normalmente, el socio sedentario ponía la mayor parte del capital. Los jóvenes emprendedores que no tenían riquezas podían entrar así en el negocio del comercio viajando con la mercancía. Era una de las principales formas de ascenso social. Si había pérdidas, se repartían de acuerdo con el capital que habían puesto los socios. Si se ganaba dinero, los beneficios se basaban en dos tipos de contratos de *commenda*. Si la *commenda* era unilateral, el mercader sedentario proporcionaba el 100 por ciento del capital y recibía el 75 por ciento de los beneficios. Si era bilateral, el mercader sedentario proporcionaba el 67 por ciento del capital y recibía el 50 por ciento de los beneficios. Al estudiar documentos oficiales, se observa lo potente que era la *commenda* para fomentar el ascenso social. Estos documentos están llenos de nombres nuevos, personas que hasta entonces no habían figurado entre la élite veneciana. En documentos gubernamentales de 960, 971 y 982, el número de nombres nuevos es del 69, 81 y 65 por ciento, respectivamente, de los registrados.

Esta inclusividad económica y el ascenso de nuevas familias a través del comercio obligaron al sistema político a ser más abierto todavía. El dux, que gobernaba Venecia, era elegido de por vida por la Asamblea General, que representaba a todos los ciudadanos, aunque en la práctica estaba dominada por un grupo de familias poderosas. El dux tenía mucho poder, pero con el tiempo lo fue perdiendo poco a poco debido a los cambios de las instituciones políticas. A partir de 1032, el dux fue elegido junto con el Consejo Ducal de nueva creación, cuya tarea era garantizar que aquél no llegara a tener un poder absoluto. El primer dux asediado por este Consejo, Domenico Flabianico, era un rico mercader de seda de una familia que no había ocupado ningún alto cargo con anterioridad. Tras el cambio

institucional, se produjo una enorme expansión del poder mercantil y naval de Venecia. En 1082, la ciudad consiguió amplios privilegios comerciales en Constantinopla y se creó un barrio veneciano en aquella ciudad que rápidamente llegó a tener diez mil habitantes venecianos. Vemos en este caso que las instituciones económicas y políticas inclusivas empezaban a trabajar conjuntamente.

La expansión económica de Venecia, que creó más presión para el cambio político, explotó después de los cambios en las instituciones políticas y económicas cuando el dux fue asesinado en 1171. La primera innovación importante fue la creación de un Gran Consejo que se convertiría en la fuente definitiva de poder político en Venecia a partir de aquel momento. El Gran Consejo estaba formado por quienes ocupaban cargos en el Estado veneciano, como los jueces, y estaba dominado por los aristócratas. Además de los titulares de los cargos, cada año eran nombrados cien miembros nuevos del Consejo por parte de un comité de nombramiento cuyos cuatro integrantes eran elegidos por sorteo por el Gran Consejo existente. Posteriormente, el Consejo también elegía a los miembros para dos subconsejos, el Senado y el Consejo de los Cuarenta, que tenían encomendadas varias tareas legislativas y ejecutivas. El Gran Consejo también elegía al Consejo ducal, que se amplió de dos a seis miembros. La segunda innovación fue la creación de otro consejo, elegido por el Gran Consejo por sorteo, para nombrar al dux. A pesar de que la elección debía ser ratificada por la Asamblea General, como solamente nombraban a una persona, en la práctica la elección del dux estaba en manos del Consejo. La tercera innovación fue que el nuevo dux debía jurar el cargo y atenerse al poder ducal. Con el tiempo, aquellas limitaciones se ampliaron continuamente, con lo que el dux que hubiera en aquel momento tuvo que obedecer a los magistrados y, posteriormente hacer que sus decisiones fueran aprobadas por el Consejo Ducal. Éste también adoptó el papel de garante de que el dux acatara todas las decisiones del Gran Consejo.

Estas reformas políticas condujeron a otras innovaciones institucionales: en el ámbito jurídico, la creación de magistrados, tribunales, tribunal de apelación y nuevas leyes relativas a la bancarrota y al contrato privado independientes. Estas nuevas instituciones económicas venecianas permitieron, a su vez, la creación de nuevas formas de negocios legales y nuevos tipos de contrato. Hubo una rápida innovación financiera que, en realidad, supuso el inicio de la banca moderna en esta época en Venecia. La dinámica de Venecia hacia unas instituciones totalmente inclusivas parecía imparable.

Sin embargo, Venecia estaba sometida a una gran tensión. El crecimiento económico al que daban apoyo las instituciones venecianas inclusivas iba acompañado de destrucción creativa. Cada nueva ola de jóvenes emprendedores que se hacían ricos a través de la *commenda* o de otras instituciones económicas similares tendía a reducir los beneficios y el éxito económico de las élites establecidas. Y no solamente redujo sus beneficios, sino también su poder político. Por lo tanto, las élites del Gran Consejo siempre tuvieron la tentación, si podían hacerlo y no sufrir consecuencia alguna, de cerrar el sistema a los nuevos candidatos.

Al principio, los miembros del Gran Consejo se elegían cada año. Como vimos, a finales del primer año, se eligieron cuatro electores al azar para proponer a cien miembros durante ese año, que eran elegidos automáticamente. El 3 de octubre de 1286, se propuso al Gran Consejo cambiar las reglas de manera que los nombramientos tuvieran que ser confirmados por una mayoría en el Consejo de los Cuarenta, que estaba estrechamente controlado por las familias de la élite. Esto habría dado a esta élite poder de veto sobre los nuevos nombramientos para el Consejo, lo que no habían tenido anteriormente. La propuesta fue rechazada. El 5 de octubre de 1286, se presentó otra propuesta, y esta vez fue aprobada. A partir de aquel momento, habría una confirmación automática de una persona si sus padres y abuelos habían servido en el Consejo. En caso contrario, era necesaria la confirmación del Consejo Ducal. El 17 de octubre, se aprobó otro cambio de las reglas que estipulaban que el

Consejo de los Cuarenta, el dux y el Consejo Ducal debían aprobar cualquier nombramiento para el Gran Consejo.

Los debates y las enmiendas constitucionales de 1286 presagiaban la *serrata* («el cierre») de Venecia. En febrero de 1297, se decidió que quien hubiera sido miembro del Gran Consejo en los cuatro años anteriores recibiría automáticamente un nombramiento y su aprobación. A partir de entonces, los nuevos nombramientos tenían que ser aprobados por el Consejo de los Cuarenta, pero solamente con doce votos. Después del 11 de setiembre de 1298, los miembros y sus familias actuales ya no necesitaban confirmación. El Gran Consejo se cerraba para los de fuera, y los titulares iniciales se habían convertido en una aristocracia hereditaria. Esto se selló en 1315, con el Libro d'Oro, el registro oficial de la nobleza veneciana.

Los que no pertenecían a la nobleza naciente no dejarían que sus poderes se erosionaran sin oponer resistencia, y las tensiones políticas fueron aumentando sin parar entre 1297 y 1315. El Gran Consejo respondió parcialmente a estas demandas haciéndose más grande. En un intento de neutralizar a sus adversarios más locuaces, pasó de 450 a 1.500 miembros. Pero esta expansión fue complementada por la represión. En 1310, se introdujo por primera vez una fuerza policial, y hubo un aumento constante en la coacción doméstica, sin duda como forma de solidificar el nuevo orden político.

Tras la implantación de la *serrata* política, el Gran Consejo pasó a adoptar una *serrata* económica. Al establecimiento de instituciones políticas extractivas, le siguió el cambio a instituciones económicas extractivas. Lo más importante es que se prohibió el uso de los contratos de *commenda*, una de las grandes innovaciones institucionales que había hecho rica a Venecia. Y no debería ser una sorpresa: la *commenda* beneficiaba a los nuevos mercaderes y, a partir de aquel momento, la élite establecida intentó excluirlos. Aquél era solamente un paso hacia instituciones económicas más extractivas. El siguiente paso se dio cuando, a partir de 1314, el Estado veneciano empezó a controlar y nacionalizar el comercio. Organizó galeras estatales para que se dedicaran al comercio y, a partir de 1324, empezó a recaudar elevados impuestos a quienes querían dedicarse a esa actividad. El comercio a larga distancia se convirtió en dominio exclusivo de la nobleza, y aquello fue el principio del fin de la prosperidad veneciana. Cuando las principales líneas de negocios pasaron a estar monopolizadas por aquella élite cada vez más reducida, empezó el declive. Venecia iba camino de convertirse en la primera sociedad inclusiva del mundo, pero cayó por un golpe. Las instituciones políticas y económicas se hicieron más extractivas y la ciudad empezó a experimentar el declive económico. En el año 1500, la población se había reducido a cien mil habitantes. Entre los años 1650 y 1800, mientras Europa crecía rápidamente, Venecia se empequeñecía.

Actualmente, la única economía de Venecia, aparte de algo de pesca, es el turismo. En lugar de ser pioneros en rutas comerciales e instituciones económicas, los venecianos hacen pizza y helados, y soplan cristal de colores para hordas de extranjeros. Los turistas acuden a ver las maravillas del período anterior a la *serrata* de Venecia, como el palacio del dux y los leones de la catedral de San Marcos, saqueados de Bizancio cuando Venecia dominaba el Mediterráneo. Venecia dejó de ser un motor económico y se convirtió en un museo.

En este capítulo, nos centramos en el desarrollo histórico de instituciones en distintas partes del mundo y explicamos por qué evolucionaron de formas diferentes. En el capítulo 4, vimos cómo las instituciones de Europa occidental se diferenciaban de las de Europa oriental y cómo las de Inglaterra divergían de las del resto de Europa occidental. Fue consecuencia de pequeñas diferencias institucionales, en su mayoría causadas por la deriva institucional que interactuaba con coyunturas

críticas. Por lo tanto, resultaría tentador pensar que estas diferencias institucionales son la punta de un iceberg histórico profundo y que, debajo del agua, encontraremos instituciones inglesas y europeas que se alejan inexorablemente de las de los demás lugares, según acontecimientos históricos que se remontan a milenios. Como se suele decir, el resto es historia.

Pero el caso es que no es así, por dos motivos. En primer lugar, los movimientos hacia las instituciones inclusivas, tal y como muestra nuestro análisis de Venecia, pueden ser revertidos. Venecia llegó a ser próspera. Sin embargo, sus instituciones políticas y económicas fueron derrocadas, y esa prosperidad cambió por completo. Actualmente, solamente es rica porque muchas personas que consiguen ingresos en otros lugares optan por ir a gastarlos allí para admirar su glorioso pasado. El hecho de que las instituciones inclusivas puedan cambiar totalmente de rumbo muestra que no existe un proceso acumulativo simple de mejora institucional.

En segundo lugar, las pequeñas diferencias institucionales que tienen un papel crucial durante las coyunturas críticas son efímeras por naturaleza. Como son pequeñas, se pueden revertir, y reaparecer y revertirse de nuevo. En este capítulo, veremos que, a diferencia de lo que se esperaría de las teorías de la situación geográfica o de las culturas, Inglaterra, donde tuvo lugar el paso decisivo hacia instituciones inclusivas en el siglo XVII, era un páramo, no solamente en los miles de años posteriores a la revolución neolítica en Oriente Próximo, sino también a principios de la Edad Media tras la caída del Imperio romano de Occidente. Las islas Británicas eran marginales para los romanos, y, sin duda, tenían menos importancia que Europa occidental, el Norte de África, los Balcanes, Constantinopla u Oriente Próximo. Cuando el Imperio romano de Occidente se hundió en el siglo V a. C., Gran Bretaña sufrió el declive más absoluto. No obstante, las revoluciones políticas que aportaría finalmente la revolución industrial no se producirían en Italia, en Turquía ni en la Europa continental occidental, sino en las islas Británicas.

No obstante, para entender el camino de la revolución industrial inglesa y los países que la siguieron, el legado de Roma es importante por diversas razones. La primera es que Roma, como Venecia, pronto experimentó grandes innovaciones institucionales. Igual que en Venecia, el éxito económico inicial de Roma se basaba en instituciones inclusivas, según los cánones de su época. Como en Venecia, dichas instituciones se hicieron decididamente más extractivas con el paso del tiempo. En Roma, aquella situación fue consecuencia del cambio de la república (510 a. C.-49 a. C.) al imperio (49 a. C.-476 d. C.). Aunque durante el período republicano Roma construyó un imperio impresionante y el transporte y el comercio a larga distancia florecieron, gran parte de la economía romana se basaba en la extracción. La transición de la república al imperio aumentó la extracción y, finalmente, condujo al tipo de luchas internas, inestabilidad y colapso que vimos con las ciudades-Estado mayas.

La segunda razón, más importante, es que, como veremos, el desarrollo institucional posterior de Europa occidental, a pesar de no ser un legado directo de Roma, fue consecuencia de las coyunturas críticas comunes a toda la región tras el hundimiento del Imperio romano de Occidente. Estas coyunturas críticas tienen pocos paralelismos con otras partes del mundo, como África, Asia o América, aunque también mostraremos, a través de la historia de Etiopía, que, cuando otros lugares experimentaron coyunturas críticas similares, en ocasiones reaccionaron de formas notablemente parecidas. El declive romano condujo al feudalismo, que, más adelante, hizo desaparecer la esclavitud, creó ciudades que estaban fuera de la esfera de influencia de monarcas y aristócratas y, en ese proceso, hizo posible la existencia de un conjunto de instituciones en las que los poderes políticos de los gobernantes se fueron debilitando. En esta época feudal, la peste negra causaría estragos y reforzaría más a los campesinos y las ciudades independientes a costa de los monarcas, los aristócratas y los

grandes latifundistas. Y en este ámbito se desarrollarían las oportunidades creadas por el comercio atlántico. Muchas partes del mundo no experimentaron estos cambios y, en consecuencia, se fueron distanciando.

Virtudes romanas...

En el año 133 a. C., el tribuno plebeyo romano Tiberio Graco fue golpeado hasta la muerte por senadores romanos y arrojado sin contemplaciones al río Tíber. Sus asesinos eran aristócratas como el propio Tiberio y el asesinato fue orquestado por su primo Publio Cornelio Escipión Nasica. Tiberio Graco tenía un pedigrí aristocrático impecable como descendiente de uno de los líderes más ilustres de la República romana, Lucio Emilio Paulo, héroe de las guerras ilíricas y de las segunda guerra púnica, y Escipión el Africano, el general que derrotó a Aníbal en la segunda guerra púnica. ¿Por qué aquellos poderosos senadores, entre ellos su propio primo, se habían vuelto en su contra?

La respuesta dice mucho de las tensiones en la República romana y de las causas de su declive posterior. Lo que enfrentó a Tiberio contra aquellos senadores poderosos fue su voluntad de hacerles frente en una cuestión crucial en aquel momento: la asignación de tierras y los derechos de los plebeyos, los ciudadanos romanos comunes.

En la época de Tiberio Graco, Roma era una república bien establecida. Sus instituciones políticas y las virtudes de los ciudadanos-soldados romanos (tal y como captó la famosa obra de Jacques-Louis David *Juramento de los Horacios*, que muestra a los hijos jurando a sus padres que defenderán la República romana hasta la muerte) todavía son consideradas por muchos historiadores la base del éxito de la República... Los ciudadanos romanos crearon la República derrocando a su rey, Lucio Tarquinio el Soberbio, conocido como *Tarquinio el Orgulloso*, alrededor de 510 a. C. La república diseñó inteligentemente instituciones políticas con muchos elementos inclusivos. Estaba gobernada por magistrados elegidos por un año. El hecho de que el cargo de magistrado fuera elegido anualmente, y que fuera ocupado por varias personas al mismo tiempo, reducía la capacidad de que una persona en concreto consolidara o explotara su poder. Las instituciones de la República contenían un sistema de controles y equilibrios que repartían el poder bastante ampliamente, aunque no todos los ciudadanos tuvieran la misma representación, porque el voto era indirecto. También había un gran número de esclavos cruciales para la producción en gran parte de Italia, que representaban quizá un tercio de la población. Evidentemente, los esclavos no tenían derechos, y mucho menos representación política.

Sin embargo, igual que en Venecia, las instituciones políticas romanas tenían elementos pluralistas. Los plebeyos contaban con su propia asamblea, que podía elegir a la tribuna plebeya, que tenía el poder de vetar acciones de los magistrados, convocar a la asamblea plebeya y proponer leyes. Fueron los plebeyos quienes pusieron a Tiberio Graco en el poder en 133 a. C. Su poder había sido forjado por la «secesión», una forma de huelga por parte de los plebeyos y, sobre todo, los soldados, que consistía en retirarse a una montaña fuera de la ciudad y negarse a cooperar con los magistrados hasta que sus quejas fueran atendidas. Evidentemente, aquella amenaza era particularmente importante en tiempos de guerra. Se supone que, durante una de aquellas secesiones del siglo V a. C., los ciudadanos ganaron el derecho a elegir su tribuna y a promulgar leyes que gobernaran su comunidad. Su protección política y legal, aunque parezca limitada según nuestro criterio actual, creó oportunidades económicas para los ciudadanos y cierto nivel de inclusividad en las instituciones económicas. En consecuencia, el comercio a través del Mediterráneo floreció bajo la República

romana. Las pruebas arqueológicas sugieren que, a pesar de que la mayoría de los ciudadanos y los esclavos no vivieran muy por encima del nivel de subsistencia, muchos romanos, e incluso algunos ciudadanos normales, obtenían rentas elevadas y tenían acceso a servicios públicos como iluminación en las calles y sistema de alcantarillado en las ciudades.

Además, existen pruebas de que también hubo cierto crecimiento económico bajo la República romana. Podemos seguir la pista de las fortunas económicas de los romanos a partir de los naufragios. El Imperio que construyeron, en cierto sentido, fue una red de ciudades portuarias (desde Atenas, Antioquía y Alejandría en el este, vía Roma, Cartago y Cádiz, hasta llegar a Londres en el Lejano Occidente). A medida que se ampliaban los territorios romanos, también lo hacían el comercio y la navegación, que se pueden estudiar a partir de los pecios encontrados por los arqueólogos en el fondo del Mediterráneo. Dichos pecios pueden datarse de muchas formas. A menudo, los barcos llevaban ánforas llenas de vino o aceite de oliva, transportadas de Italia a la Galia, o aceite de oliva español que se vendería o repartiría gratis en Roma. Las ánforas, recipientes cerrados de arcilla, solían contener información sobre quién las había hecho y en qué fecha. Justo cerca del río Tíber en Roma, hay una colina, el monte Testaccio, también conocido como *monte dei cocci*, formado por aproximadamente 53 millones de ánforas. Tras descargar las ánforas de los barcos, éstas eran arrojadas en la colina que, con el paso de los siglos, creó un monte.

Otros productos de los barcos, y los propios barcos, a veces se pueden fechar utilizando la datación por radiocarbono, una técnica potente utilizada por los arqueólogos para conocer la edad de los restos orgánicos. Las plantas crean energía mediante fotosíntesis, que utiliza la energía del sol para convertir el dióxido de carbono en azúcares. Mientras lo hacen, incorporan una cantidad de radioisótopos que aparecen de forma natural, el carbono 14. Cuando la planta muere, el carbono 14 se deteriora debido a la desintegración radiactiva. Cuando los arqueólogos encuentran un pecio, pueden datar la madera del barco comparando la fracción restante de carbono 14 que contiene con el que se espera del carbono 14 atmosférico. Así, obtienen una estimación de la fecha en la que se cortó el árbol. Solamente se han datado unos veinte pecios de 500 a. C. Probablemente no fueran barcos romanos; podrían ser cartagineses, por ejemplo. Sin embargo, después, el número de pecios romanos aumenta rápidamente. Alrededor del momento del nacimiento de Cristo, alcanzaron un máximo histórico de ciento ochenta.

Los pecios son una forma convincente de descubrir los límites económicos de la República romana y realmente dan pruebas de cierto crecimiento económico, pero deben analizarse con perspectiva. Probablemente, dos terceras partes del contenido de estos barcos era propiedad del Estado romano, como impuestos y tributos que se enviaban de las provincias a Roma, o cereales y aceite de oliva del Norte de África para entregar gratuitamente a los ciudadanos. Son estos frutos de la extracción lo que construyó prácticamente todo el monte Testaccio.

Otra forma fascinante de encontrar pruebas de desarrollo económico es mediante el GRIP (Proyecto del Núcleo de Hielo de Groenlandia). Cuando cae un copo de nieve, recoge pequeñas cantidades de contaminación de la atmósfera, sobre todo de metales como el plomo, la plata y el cobre. La nieve se congela y se acumula encima de la nieve que cayó en años anteriores. Este proceso hace milenios que se da, y proporciona una oportunidad inigualable para los científicos de comprender el alcance de la contaminación atmosférica de hace miles de años. Entre 1990 y 1992, el Proyecto sobre el Hielo de Groenlandia perforó tres mil treinta metros de hielo que cubrían unos doscientos cincuenta mil años de historia humana. Uno de los descubrimientos principales de este proyecto y de otros que lo precedieron fue que, a partir de alrededor del año 500 a. C. se había producido un aumento claro en los contaminantes atmosféricos. Las cantidades atmosféricas de plomo, plata y cobre aumentaron de forma constante y alcanzaron un punto máximo en el siglo I d. C. Cabe destacar que

esta cantidad de plomo atmosférico solamente se vuelve a dar en el siglo XIII. Estos descubrimientos muestran lo intensa que fue la minería romana en comparación con lo que hubo antes y después. Este aumento de la minería indica claramente que hubo expansión económica.

Sin embargo, el desarrollo romano no era sostenible, y se daba bajo instituciones en parte inclusivas y en parte extractivas. Los ciudadanos romanos tenían derechos políticos y económicos, pero la esclavitud estaba extendida y era muy extractiva, y la élite, la clase senatorial, dominaba tanto la economía como la política. A pesar de la presencia de la asamblea plebeya y el tribuno plebeyo, por ejemplo, el poder real descansaba en el Senado, cuyos miembros eran los grandes terratenientes que formaban la clase senatorial. De acuerdo con el historiador romano Livio, el Senado fue creado por el primer rey de Roma, Rómulo, y estaba formado por cien hombres. Sus descendientes formaban la clase senatorial, aunque también se añadió sangre nueva. El reparto de las tierras era muy desigual y lo más probable es que lo fuera todavía más en el siglo II a. C. Ésa fue la raíz de los problemas que Tiberio Graco llevó al foro como tribuno.

A medida que continuaba su expansión por el Mediterráneo, Roma experimentó una gran entrada de riquezas. No obstante, la mayor parte de este botín se quedaba en manos de unas pocas familias de rango senatorial, lo que aumentó la desigualdad entre ricos y pobres. Los senadores debían su riqueza no solamente a su control de las provincias lucrativas, sino también a las enormes fincas que poseían por toda Italia, en las que trabajaban grupos de eslavos que normalmente habían sido capturados en las guerras contra Roma. Pero también tenía importancia de dónde procedían las tierras de estas fincas. Los ejércitos de Roma durante la República estaban formados por ciudadanos-soldados que eran pequeños terratenientes, primero en Roma y más tarde en otras partes de Italia. Tradicionalmente, luchaban en el ejército cuando era necesario y, después, volvían a sus parcelas. A medida que Roma se expandía y las campañas duraban más, este modelo dejó de funcionar. A veces, los soldados estaban fuera de las parcelas durante años, por lo que muchas tierras caían en desuso. Las familias de los soldados en ocasiones se encontraban asfixiadas por las deudas y prácticamente se morían de hambre. Por eso, muchas parcelas se fueron abandonando gradualmente y fueron absorbidas por las fincas de los senadores. A medida que la clase senatorial se hacía más y más rica, la gran masa de ciudadanos sin tierra se fue a Roma, a menudo después de haber sido despedidos del ejército. Y al no tener tierra a la que volver, buscaban trabajo en Roma. A finales del siglo II a. C., la situación había llegado a un punto peligroso, porque la brecha entre ricos y pobres había aumentado hasta llegar a niveles sin precedentes y porque había hordas de ciudadanos descontentos en Roma dispuestos a rebelarse y a enfrentarse a la aristocracia romana en respuesta a estas injusticias. Sin embargo, el poder político residía en los terratenientes ricos de la clase senatorial, que eran los beneficiarios de los cambios que se habían producido durante los dos últimos siglos. Y la mayoría no tenía intención de cambiar el sistema que le había ido tan bien.

Según el historiador romano Plutarco, Tiberio Graco, cuando viajaba por Etruria, situada en lo que es actualmente el centro de Italia, se enteró de las dificultades por las que pasaban las familias de los ciudadanos-soldados. Ya fuera por esta experiencia o por fricciones anteriores con los poderosos senadores de su tiempo, pronto se embarcaría en un osado plan para cambiar la asignación de tierras en Italia. Se presentó a tribuno plebeyo en el año 133 a. C. y, después, utilizó su cargo para proponer una reforma de la tierra. Propuso que una comisión investigara si las tierras públicas se estaban ocupando ilegalmente y que las que superaran el límite legal de 300 acres se repartieran a los ciudadanos romanos que no tenían tierras. De hecho, el límite de los 300 acres formaba parte de una antigua ley que había sido ignorada y que no se había acatado durante siglos. La propuesta de Tiberio Graco causó conmoción en la clase senatorial, que pudo bloquear la implantación de estas reformas

durante un tiempo. Cuando Tiberio logró utilizar el poder de la multitud que le apoyaba para eliminar a otro tribuno que amenazaba con vetar su reforma de tierras, finalmente se fundó la comisión que había propuesto. Sin embargo, el senado impidió su implantación dejando a la comisión sin fondos.

La situación se agravó cuando Tiberio Graco reclamó para su comisión de reforma de la tierra los fondos legados por el rey de la ciudad griega de Pérgamo al pueblo romano. También intentó presentarse a tribuno una segunda vez, en parte porque tenía miedo de que el Senado le persiguiera tras haberse retirado. Aquel intento dio la excusa a los senadores para acusar a Tiberio de pretender declararse rey. Él y sus defensores fueron atacados y muchos fueron asesinados. El propio Tiberio Graco fue uno de los primeros en caer, a pesar de que su muerte no resolvía el problema. Hubo otros que intentaron reformar la distribución de la tierra y otros aspectos de la economía y la sociedad romanas. Muchos tendrían un destino similar. El hermano de Tiberio Graco, Cayo, por ejemplo, también fue asesinado por los terratenientes, tras haber tomado el testigo de su hermano.

Estas tensiones volverían a aflorar de forma periódica durante el siglo siguiente cuando, por ejemplo, condujeron a la «guerra social» entre los años 91 y 87 a. C. El defensor agresivo de los intereses senatoriales, Lucio Cornelio Sila, no sólo suprimió brutalmente las demandas de cambio, sino que también redujo notablemente los poderes de los tribunos de la plebe. Las mismas cuestiones también serían un factor central para el apoyo que Julio César recibiría del pueblo romano en su lucha contra el Senado.

Las instituciones políticas que formaban la base de la República romana fueron derrocadas por Julio César en el año 49 a. C. cuando trasladó su legión a través del Rubicón, el río que separaba las provincias romanas de la Galia Cisalpina de Italia. Roma cayó en manos del César y estalló otra guerra civil. Y aunque salió victorioso, fue asesinado por senadores descontentos dirigidos por Bruto y Casio en 44 a. C. La República romana nunca volvió. Estalló una nueva guerra civil entre los partidarios del César, sobre todo Marco Antonio y Octavio, y sus enemigos. Después de la victoria de Marco Antonio y Octavio, se enfrentaron entre ellos, hasta que Octavio venció en la batalla de Accio en el 31 a. C. Un año después, y durante los siguientes cuarenta y cinco años, Octavio, conocido después de 28 a. C. como César Augusto, gobernó Roma solo. Creó el Imperio romano, aunque él prefería el título de *princep*, «primero entre iguales», y denominó «principado» al régimen. En el mapa 11, se muestra el Imperio romano en su máxima extensión en el año 117 d. C. También incluye el río Rubicón, que César cruzó tan fatalmente.

Fue esta transición de república a principado y, después, el imperio puro, lo que sentó las bases para el declive de Roma. Las instituciones políticas parcialmente inclusivas, que habían supuesto la base del éxito económico fueron socavadas gradualmente. Ni la República romana, que creó unas reglas de juego que favorecían a la clase senatorial y a otros romanos ricos, no fue un régimen absolutista y nunca había concentrado tanto poder en un único cargo. Pero Augusto desencadenó unos cambios políticos similares a los de la *serrata* veneciana, que posteriormente tendrían consecuencias económicas importantes. Y como resultado de estos cambios, en el siglo v d. C., el Imperio romano de Occidente, como fue denominado el oeste tras separarse del este, se había debilitado desde el punto de vista económico y militar y estaba al borde del colapso.

MAPA 11

El Imperio romano en el año 117 d. C.

... Vicios romanos

Flavio Aecio fue uno de los personajes fuera de lo común del Imperio romano tardío, llamado «el último romano» por Edward Gibbon, autor de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano.* Entre 433 y 454 d. C., cuando fue asesinado por el emperador Valentiniano III, el general Aecio probablemente fuera la persona con más poder del Imperio. Desarrolló tanto la política nacional como la exterior, y libró varias batallas cruciales contra los bárbaros y contra otros romanos en guerras civiles. Era el único entre los generales con poder que luchaban en guerras civiles que no pretendía ser emperador. Desde el fin del siglo II, la guerra civil se había convertido en un hecho cotidiano en el Imperio romano. Desde la muerte de Marco Aurelio en 180 d. C. hasta la caída del Imperio romano de Occidente en 476 d. C., prácticamente no hubo ninguna década sin guerra civil un *palace coup* contra un emperador. Pocos emperadores murieron por causas naturales o en una batalla, la mayoría fueron asesinados por usurpadores o por sus propias tropas.

La carrera de Aecio ilustra los cambios desde la República romana y el imperio inicial al Imperio romano tardío. No solamente esta participación en guerras civiles continuas y su poder en todos los ámbitos del imperio contrastan con el mucho más limitado poder de los generales y los senadores durante períodos anteriores, sino que también destaca cómo cambiaron radicalmente las fortunas de los romanos en los siglos intermedios en otros aspectos.

Durante el Imperio romano tardío, los denominados bárbaros, que inicialmente fueron dominados e incorporados a los ejércitos romanos o utilizados como esclavos, pasaron a controlar muchas partes del imperio. De joven, Aecio había sido capturado por los bárbaros, primero por los godos comandados por Alarico y después por los hunos. Las relaciones romanas con estos bárbaros indican cómo habían cambiado las cosas desde la República. Alarico era tanto un enemigo feroz como un aliado, tanto que, en 405, fue nombrado uno de los generales de más alto rango del ejército romano. Sin embargo, el plan fue temporal. En 408, Alarico ya luchaba contra los romanos, invadió Italia y saqueó Roma.

Los hunos también eran a la vez enemigos poderosos y aliados frecuentes de los romanos, y aunque también tomaron a Aecio como rehén, posteriormente lucharon a su lado en una guerra civil. Sin embargo, los hunos no se quedaban mucho tiempo en un mismo bando y, bajo Atila, libraron una gran batalla contra los romanos en 451, en el Rin. Esta vez eran los godos, bajo el mando de Teodorico, quienes defendían a los romanos.

Nada de esto impidió que las élites romanas intentaran satisfacer a los jefes bárbaros, a menudo no para proteger los territorios romanos, sino para tener el control de las luchas de poder internas. Por ejemplo, los vándalos, con su rey Genserico al frente, devastaron grandes partes de la península Ibérica y, posteriormente, conquistaron los graneros romanos del Norte de África a partir de 429. La respuesta romana fue ofrecer como esposa para Genserico a la hija del emperador Valentiniano III, que entonces era una niña. En aquel momento, Genserico estaba casado con la hija de uno de los líderes de los godos, pero aquello no le detuvo. Anuló el matrimonio con la excusa de que su esposa intentaba asesinarlo y la envió de nuevo con su familia tras mutilarla cortándole las orejas y la nariz. Por suerte, la futura esposa, debido a su corta edad, permaneció en Italia y nunca consumó su matrimonio con Genserico. Posteriormente, se casaría con otro general poderoso, Petronio Máximo, el cerebro del asesinato de Aecio por parte del emperador Valentiniano III, quien, al cabo de poco tiempo, también fue asesinado en un complot urdido por Máximo. Posteriormente, Máximo se declaró emperador, pero su reinado sería muy corto. Acabó con su muerte durante la gran ofensiva de los vándalos, comandada por Genserico, contra Italia, que vio la caída y el salvaje saqueo de Roma.

A principios del siglo V, los bárbaros estaban literalmente en las puertas. Algunos historiadores defienden que si llegaron hasta allí fue porque eran los oponentes más formidables a los que se enfrentaron los romanos durante el imperio tardío. Sin embargo, el éxito de los godos, los hunos y los vándalos contra Roma fue un síntoma, no la causa, del declive romano. Durante la República, Roma se había enfrentado a oponentes mucho más amenazadores y organizados, como los cartagineses. Las causas del declive de Roma fueron muy similares a las que llevaron a las ciudades-estado mayas a la decadencia. Las instituciones políticas y económicas de Roma eran cada vez más extractivas, y generaron su desaparición porque causaron luchas internas y guerras civiles.

Los orígenes del declive se remontan, como mínimo, a la toma del poder por Augusto, que puso en marcha cambios que hicieron que las instituciones políticas fueran mucho más extractivas. Hubo cambios en la estructura del ejército, que hicieron que la secesión fuera imposible, con lo que eliminaron un elemento crucial que garantizaba la representación política para los romanos comunes. El emperador Tiberio, que siguió a Augusto en el año 14 d. C., abolió la asamblea plebeya y transfirió sus poderes al Senado. En lugar de una voz política, los ciudadanos romanos pasaron a recibir trigo gratis y, posteriormente, aceite de oliva, vino y cerdo, y gozaban de entretenimientos gracias al circo y a los combates de gladiadores. Con las reformas de Augusto, los emperadores empezaron a desconfiar del ejército formado por ciudadanos-soldados y a confiar más en la guardia pretoriana, el grupo de élite de soldados profesionales creado por Augusto. La guardia en sí pronto se convertiría en un intermediario independiente importante de aquel que se convirtiera en emperador, a menudo no por medios pacíficos, sino mediante intrigas y guerras civiles. Augusto también reforzó la aristocracia contra los ciudadanos romanos comunes, y la desigualdad creciente que había fundamentado el conflicto entre Tiberio Graco y los aristócratas continuó, quizá incluso se reforzara.

La acumulación de poder en el centro hizo que los derechos de propiedad de los romanos corrientes fueran menos seguros. Las tierras del Estado también se ampliaron con el imperio como consecuencia de la confiscación y aumentaron hasta llegar a ser la mitad de las tierras en muchas partes del Imperio. Los derechos de propiedad se hicieron particularmente inestables por la concentración del poder en manos del emperador y su entorno. Era un modelo no demasiado distinto a lo que sucedió en las ciudades-Estado mayas, y aumentaron las luchas internas para hacerse con el control de esta posición poderosa. Las guerras civiles se convirtieron en algo habitual, incluso antes del caótico siglo V, cuando los bárbaros tenían el poder supremo. Por ejemplo, Septimio Severo se hizo con el poder de Didio Juliano, que se había nombrado a sí mismo emperador tras el asesinato de Pertinax en 193 d. C. Severo, el tercer emperador en el denominado «año de los cinco emperadores», declaró la guerra contra sus pretendientes rivales, los generales Pescenio Nigro y Clodio Albino, que fueron finalmente derrotados en los años 194 y 197 d. C., respectivamente. Severo confiscó todas las propiedades de estos adversarios perdedores en la guerra civil posterior. Hubo gobernantes capaces, como Trajano (98-117 d. C.), Adriano y Marco Aurelio en el siglo siguiente, que hubieran podido contener el declive, pero ninguno quiso abordar los problemas institucionales fundamentales. Ninguno de ellos propuso abandonar el imperio ni recrear instituciones políticas efectivas siguiendo la línea establecida por la República romana. Marco Aurelio, con sus éxitos, dio paso a su hijo Cómodo, que fue más como Calígula o Nerón que como su padre.

El aumento de la inestabilidad era evidente por el diseño y la ubicación de los pueblos y las ciudades del Imperio. En el siglo III d. C., todas las ciudades grandes del Imperio tenían una muralla defensiva. En muchos casos, se derribaron monumentos para conseguir piedra con la que construir las

fortificaciones. En la Galia, antes de que llegaran los romanos en 125 a. C., era habitual construir los asentamientos en la cima de las colinas, ya que así se defendían con más facilidad. Con la llegada inicial de Roma, los asentamientos se trasladaron a las llanuras, pero en el siglo III la tendencia se invirtió.

Junto con la inestabilidad política creciente, llegaron cambios en la sociedad que hicieron que las instituciones económicas fueran más extractivas. Aunque el derecho a la ciudadanía se amplió hasta el punto de que en 212 d. C. casi todos los habitantes del Imperio eran ciudadanos, este cambio llegó acompañado de modificaciones en el estado de los ciudadanos, y cualquier posible igualdad ante la ley se deterioró. Por ejemplo, en el reino de Adriano (117-138 d. C.), había diferencias claras en los tipos de leyes aplicadas a distintas categorías de ciudadanos romanos. Y el papel de los ciudadanos era completamente distinto a como había sido en los días de la República romana, cuando eran capaces de ejercer cierto poder sobre las decisiones políticas y económicas a través de las asambleas de Roma.

La esclavitud continuaba siendo una constante en todo el territorio romano, aunque existe controversia sobre si el porcentaje de esclavos con respecto del total de la población realmente se redujo con los siglos. También es importante destacar que, a medida que se desarrollaba el Imperio, cada vez más agricultores se veían reducidos a un estado de semiesclavitud y quedaban atados a la tierra. El estatus de estos *coloni* serviles se comenta ampliamente en documentos legales como el Codex Theodosianus y el Codex Justinianus, y probablemente se originó durante el reinado de Diocleciano (284-305 d. C.). Los derechos de los terratenientes sobre los *coloni* fueron aumentando progresivamente. En el año 332, el emperador Constantino permitió que los terratenientes encadenaran a un *coloni* si sospechaban que intentaba escapar y, a partir del 365 d. C., los *coloni* no podían vender sus propios bienes sin el permiso de su terrateniente.

Los pecios y los núcleos de hielo de Groenlandia sirven para descubrir la expansión económica de Roma durante los períodos iniciales, pero también para hacer un seguimiento de su declive. En 500 d. C., sus ciento ochenta barcos se redujeron a veinte. Roma se hundía, así como el comercio en el Mediterráneo, y algunos estudiosos incluso afirman que no volvió a alcanzar el auge de los tiempos romanos hasta el siglo XIX. El hielo de Groenlandia nos cuenta una historia similar. Los romanos utilizaron plata para acuñar monedas y el plomo tenía muchos usos, como la fabricación de cañerías y vajillas. Tras llegar a un máximo histórico en el siglo I d. C., los depósitos de plomo, plata y cobre de los núcleos de hielo disminuyeron.

La experiencia del desarrollo económico durante la República romana fue impresionante, similar al resto de los ejemplos de desarrollo bajo instituciones extractivas, como la Unión Soviética. Sin embargo, el crecimiento estaba limitado y no era sostenido, ni teniendo en cuenta que se produjo bajo instituciones parcialmente inclusivas. Se basaba en una productividad agrícola relativamente elevada, importantes tributos recaudados en las provincias y el comercio a larga distancia, pero no estaba fundamentado en el avance tecnológico ni en la destrucción creativa. Los romanos heredaron algunas tecnologías básicas, herramientas y armas de hierro, alfabetización, agricultura con arado y técnicas de construcción. Al principio de la República, crearon otras: la albañilería con cemento, las bombas y la rueda hidráulica. No obstante, la tecnología se estancó a lo largo del Imperio romano. Por ejemplo, en navegación, hubo pocos cambios en el diseño y aparejo de los barcos y los romanos nunca desarrollaron el timón de popa, sino que dirigían los barcos con remos. Las ruedas hidráulicas se extendieron muy despacio, de forma que la energía hidráulica nunca revolucionó la economía romana. Algunos grandes logros, como los acueductos y las alcantarillas de las ciudades, utilizaban tecnología ya existente, aunque los romanos la perfeccionaron. Podía haber cierto crecimiento económico sin innovación, debido a la tecnología existente, pero se trataba de crecimiento sin destrucción creativa. Y

no duró. Como los derechos de propiedad se hicieron más inseguros y los derechos económicos de los ciudadanos siguieron al declive de sus derechos políticos, el desarrollo económico también se redujo.

Cabe destacar que la creación y expansión de las nuevas tecnologías del período romano parecen haber sido impulsadas por el Estado. Es una buena noticia, hasta que el gobierno decide que no está interesado en el desarrollo tecnológico (un caso demasiado común debido al temor a la destrucción creativa). El gran escritor romano Plinio el Viejo cuenta la siguiente historia. durante el reinado del emperador Tiberio, un hombre inventó un vidrio irrompible y fue a ver al emperador pensando que conseguiría una gran recompensa. Hizo una demostración de su invento y Tiberio le preguntó si se lo había enseñado a alguien más. Cuando el hombre respondió que no, el emperador hizo que se lo llevaran y que lo mataran «para que el valor del oro no se reduzca al del barro». Esta historia nos enseña dos cosas interesantes. La primera es que aquel hombre se dirigió a Tiberio, en primer lugar, para obtener su recompensa, no pensó en crear una empresa y obtener beneficios vendiendo el vidrio, lo que ejemplifica el papel del gobierno romano en el control de la tecnología. La segunda es que Tiberio se alegró de destruir la innovación por los efectos económicos adversos que habría tenido. Éste es el temor a los efectos económicos de la destrucción creativa.

También existen pruebas directas del período del Imperio del temor a las consecuencias políticas de la destrucción creativa. Suetonio cuenta que un hombre se dirigió al emperador Vespasiano, que gobernó entre 69 y 79 d. C., para decirle que había inventado un dispositivo para transportar columnas al Capitolio, la ciudadela de Roma, a un coste relativamente bajo. Las columnas eran grandes, pesadas y muy difíciles de transportar. Transportarlas desde las minas hasta Roma, donde se hacían, implicaba la mano de obra de miles de personas, lo que suponía un gran gasto para el gobierno. Vespasiano no mató al hombre, pero se negó a utilizar la innovación, y declaró: «¿Cómo podré entonces alimentar al pueblo?». De nuevo, un inventor se dirigía al gobierno. Quizá fuera más natural que con el vidrio irrompible, porque el gobierno romano estaba más implicado en el transporte y la elaboración de columnas. Pero, otra vez, la innovación fue rechazada por la amenaza que suponía la destrucción creativa, no tanto por su impacto económico, sino por el temor a la destrucción política creativa. Vespasiano estaba preocupado porque, a menos que mantuviera al pueblo feliz y bajo control, aquel cambio sería políticamente desestabilizador. Los plebeyos romanos tenían que mantenerse ocupados y debían ser maleables, así que estaba bien tener trabajo que darles, como trasladar columnas de un sitio a otro. Esto complementaba el pan y el circo, que también se daban gratis a la población para mantenerla contenta. Quizá sea revelador que ambos casos tuvieran lugar poco después del hundimiento de la República. Los emperadores romanos tenían mucho más poder para bloquear el cambio que los gobernadores romanos durante la República.

Otra razón importante para la falta de innovación tecnológica fue la prevalencia de la esclavitud. A medida que los territorios controlados por los romanos se extendían, un gran número de personas eran esclavizadas y, a menudo, las llevaban a Italia para trabajar en grandes fincas. Muchos ciudadanos de Roma no necesitaban trabajar porque sus ingresos procedían del gobierno. ¿Dónde se iba a originar la innovación? Hemos defendido la idea de que ésta procede de personas nuevas, con nuevas ideas, que desarrollan nuevas soluciones para viejos problemas. En Roma, las personas que producían eran esclavos y, posteriormente, *coloni* semiserviles, que, obviamente, tenían pocos incentivos para innovar puesto que serían sus amos, y no ellos, quienes se beneficiarían de cualquier innovación. Como veremos muchas veces en este libro, las economías basadas en la represión del trabajo y los sistemas como la esclavitud y la servidumbre carecen claramente de innovación. Esto es así desde el mundo antiguo hasta la era moderna. Por ejemplo, en Estados Unidos, los estados del norte participaron en la revolución industrial, pero los del sur, no. Evidentemente, la esclavitud y la

servidumbre crearon una riqueza enorme para quienes tenían esclavos y controlaban a los siervos, pero no crearon innovación tecnológica ni prosperidad para la sociedad.

Ya nadie escribe desde Vindolanda

Hacia 43 d. C., el emperador romano Claudio había conquistado Inglaterra, pero no Escocia. El gobernador romano Agrícola hizo un último esfuerzo infructuoso y abandonó y en 85 d. C. construyó una serie de fuertes para proteger la frontera norte de Inglaterra. Uno de los mayores se encontraba en Vindolanda, a 56 kilómetros al oeste de Newcastle. Aparece en el mapa 11 en el extremo noroeste del Imperio romano. Más tarde, Vindolanda fue incorporada al muro defensivo de 136 kilómetros que construyó el emperador Adriano, pero en 103 d. C., cuando el centurión romano Cándido fue estacionado allí, era un fuerte aislado. Cándido participaba con su amigo Octavio en el suministro de la guarnición romana y recibió la respuesta de Octavio a una carta que había escrito:

> Octavio a su hermano Cándido.
>
> Saludos.
>
> Te he escrito varias veces que he comprado alrededor de cinco mil modios de espigas de grano, por lo cual necesito efectivo. Si no me envías dinero, al menos quinientos denarios, la consecuencia será que perderé lo que he dejado en depósito, unos trescientos denarios, y quedaré avergonzado. Por eso, te pido que me envíes algo de dinero tan pronto como sea posible. El cuero que mencionas está en Cataractonium. Escribe para que me lo den, así como el carro que mencionas. Ya los habría recogido pero no quería que se lastimaran los animales mientras las carreteras todavía están mal. Habla con Tertio sobre los ocho denarios y medio que recibió de Fatalis. Él no los ha registrado en mi cuenta. Asegúrate de enviarme dinero para que pueda tener espigas de grano en la era. Saluda a Espectato y Firmo. Adiós.

La correspondencia entre Cándido y Octavio ilustra algunas facetas significativas de la prosperidad económica de la Inglaterra romana. Revela que había una economía monetaria avanzada con servicios financieros, que existían carreteras, aunque a veces estuvieran en malas condiciones. También señala la presencia de un sistema fiscal que aumentaba los impuestos para pagar el sueldo de Cándido. Y lo más evidente, que ambos hombres estaban alfabetizados y eran capaces de beneficiarse de algún tipo de servicio postal. La Inglaterra romana también se benefició de la fabricación en masa de cerámica de alta calidad, sobre todo en Oxfordshire; de centros urbanos con baños y edificios públicos, y de técnicas de construcción de casas que utilizaban mortero y tejas para los tejados.

Hacia el siglo IV, todo empezó a hundirse y, después de 411 d. C., el Imperio romano abandonó Inglaterra. Se retiraron las tropas, las que se quedaron no recibían sueldos y, cuando se hundió el Estado romano, la población local expulsó a los administradores. En el año 450 d. C., estos signos de prosperidad económica habían desaparecido. El dinero dejó de circular. Las áreas urbanas fueron abandonadas y los edificios, despojados de sus piedras. Las carreteras quedaron recubiertas de maleza. El único tipo de cerámica que se fabricaba era cruda y hecha a mano, no manufacturada. El pueblo se olvidó de utilizar el mortero para construir, y la alfabetización se redujo notablemente. Los tejados se hacían con ramas, no con tejas. Nadie escribía ya desde Vindolanda.

Después de 411 d. C., Inglaterra experimentó tal hundimiento económico que se convirtió en un páramo (y no por primera vez). En el capítulo anterior, vimos que la revolución neolítica empezó en Oriente Próximo alrededor del año 9500 a. C. Cuando los habitantes de Jericó y Abu Hureyra vivían en pueblos pequeños y se dedicaban a la agricultura, los habitantes de Inglaterra todavía cazaban y recolectaban, y seguirían haciéndolo durante como mínimo otros cinco mil quinientos años. Ni siquiera entonces los ingleses inventaron la agricultura ni la ganadería, sino que ambas actividades les

llegaron del exterior, gracias a los Inmigrantes que se extendieron por Europa durante miles de años procedentes de Oriente Próximo. Mientras los habitantes de Inglaterra se ponían al día de aquellas grandes innovaciones, los de Oriente Próximo inventaban ciudades, la escritura y la cerámica. En 3500 a. C. aparecieron grandes ciudades como Uruk y Ur en Mesopotamia, el Irak moderno. Uruk pudo haber tenido una población de catorce mil habitantes en 3500 a. C. y de cuarenta mil poco después. El torno de ceramista fue inventado en Mesopotamia aproximadamente al mismo tiempo que el transporte mediante ruedas. La capital egipcia de Menfis emergió como gran ciudad poco después. La escritura apareció de forma independiente en ambas regiones. Cuando los egipcios construían las grandes pirámides de Guiza alrededor de 2500 a. C., los ingleses levantaban su monumento antiguo más famoso, el círculo de piedras de Stonehenge. No estaba mal para los cánones ingleses, pero ni siquiera era lo bastante grande para haber albergado uno de los barcos ceremoniales enterrados a los pies de la pirámide del rey Keops. Inglaterra continuó atrasada y tomando elementos prestados de Oriente Próximo y del resto de Europa incluso hasta el período romano.

A pesar de contar con una historia tan poco prometedora, fue allí donde apareció la primera sociedad realmente inclusiva y donde se puso en marcha la revolución industrial. Tal y como comentamos en el capítulo 4, dichos cambios fueron resultado de una serie de interacciones entre coyunturas críticas y pequeñas diferencias institucionales, como, por ejemplo, la peste negra y el descubrimiento de América. La divergencia inglesa tenía raíces históricas, pero la visión de Vindolanda sugiere que aquellas raíces no eran tan profundas y, sin duda, no estaban predeterminadas por la historia. No se plantaron durante la revolución neolítica ni durante los siglos de hegemonía romana. En 450 d. C., al principio de lo que los historiadores solían llamar la edad de las Tinieblas, Inglaterra había vuelto a la pobreza y al caos político. No habría un Estado centralizado efectivo en Inglaterra durante cientos de años.

Caminos divergentes

La creación de instituciones inclusivas y el desarrollo industrial posterior en Inglaterra no fue resultado de un legado directo de las instituciones romanas (ni de otras anteriores). Esto no significa que no ocurriera nada significativo con la caída del Imperio romano de Occidente, puesto que fue un acontecimiento crucial y afectó a la mayor parte de Europa. Distintas partes de Europa compartían las mismas coyunturas críticas, así que sus instituciones se separarían de una forma parecida, quizá de una forma típicamente europea. La caída del Imperio romano fue una parte crucial de aquellas coyunturas críticas comunes. Pero este camino europeo contrasta con los de otras partes del mundo, como el África subsahariana, Asia y América, que se desarrollaron de otro modo en parte porque no se enfrentaron a las mismas coyunturas críticas.

La Inglaterra romana cayó con un gran estruendo. No ocurrió lo mismo en Italia, ni en la Galia romana (la Francia moderna), ni siquiera en el Norte de África, donde muchas de las viejas instituciones perduraban de alguna manera. Sin embargo, no hay duda de que el cambio del dominio de un Estado romano único a una plétora de Estados dirigidos por francos, visigodos, ostrogodos, vándalos y borgoñones fue significativo. El poder de aquellos Estados era mucho más débil y fueron sacudidos por una larga serie de incursiones de sus periferias. Desde el norte llegaban los daneses en sus barcos vikingos. Desde el este llegaban los jinetes hunos. Por último, la aparición del islam como religión y fuerza política en el siglo siguiente a la muerte de Mahoma, en 632 d. C., condujo a la creación de nuevos Estados islámicos en la mayor parte del Imperio bizantino, el Norte de África y

España. Estos procesos comunes sacudieron Europa y, tras ellos, apareció un tipo concreto de sociedad que suele recibir el nombre de feudalismo. La sociedad feudal estaba descentralizada porque los Estados centrales fuertes estaban atrofiados, aunque algunos gobernantes como Carlomagno intentaran reconstruirlos.

Las instituciones feudales, que se basaban en el trabajo por coacción (los siervos), eran evidentemente extractivas y fueron la base de un largo período de crecimiento lento y extractivo en Europa durante la Edad Media. Sin embargo, también fueron importantes para avances futuros. Por ejemplo, durante la reducción de la población rural al estatus de siervos, la esclavitud desapareció de Europa. Las élites podían reducir toda la población rural a la condición de siervo, por lo que no parecía necesario tener una clase distinta de esclavos como la que habían tenido sociedades anteriores. El feudalismo también creó un vacío de poder en el que las ciudades independientes especializadas en la producción y el comercio podían florecer. Sin embargo, cuando cambió el equilibrio de poder después de la peste negra y la servidumbre empezó a hundirse en Europa occidental, se sentaron las bases para el nacimiento de una sociedad más pluralista sin presencia de esclavos.

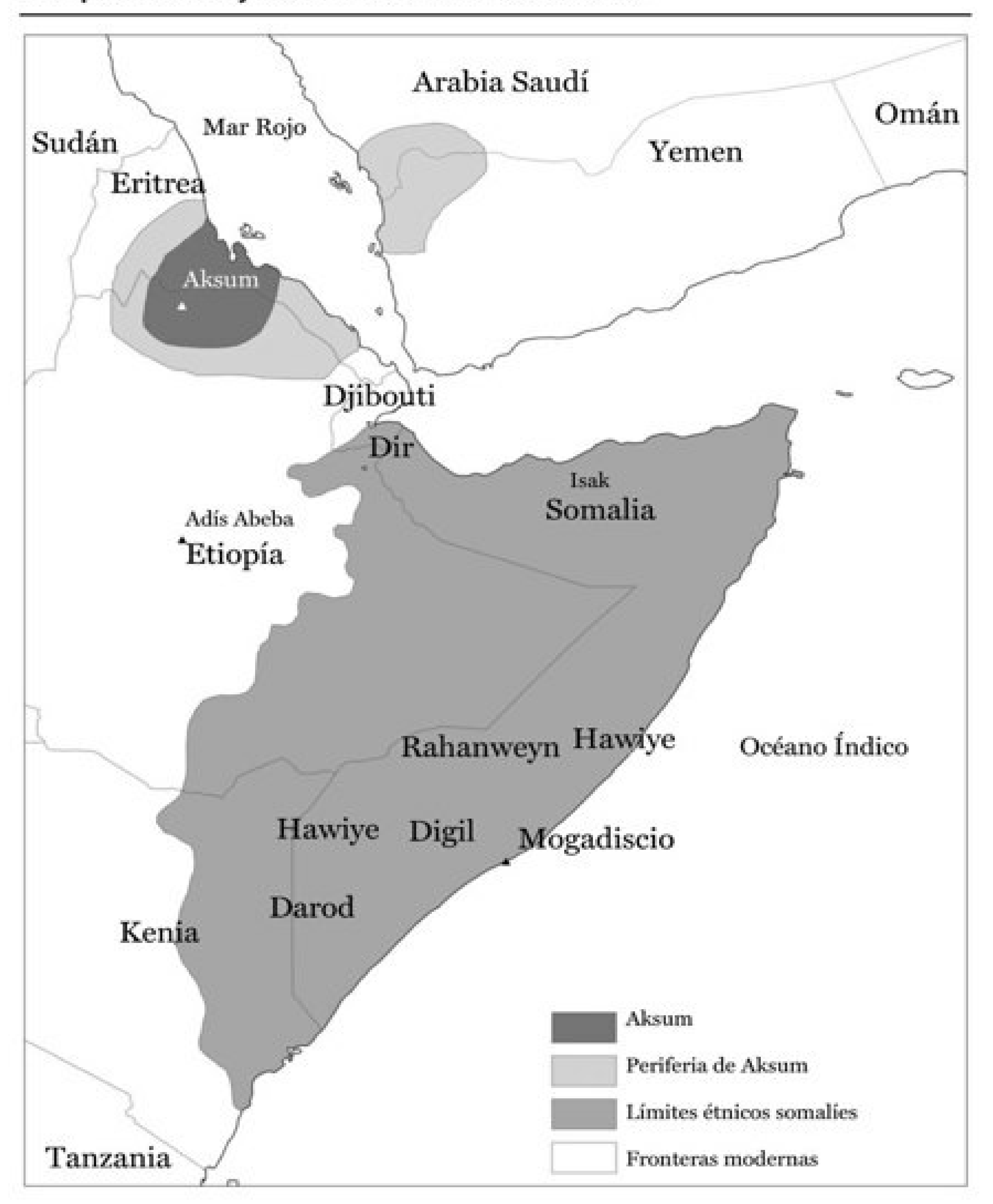
Las coyunturas críticas que dieron lugar a la sociedad feudal eran evidentes, pero no estaban completamente limitadas a Europa. Se puede hacer una comparación relevante con el moderno país africano de Etiopía, que se desarrolló a partir del reino de Aksum, fundado en el norte del país alrededor de 400 a. C. Aksum era un reino relativamente desarrollado para su época que realizó transacciones comerciales internacionales con la India, Arabia, Grecia y el Imperio romano. En muchos aspectos, era comparable al Imperio romano de Oriente durante este período. Utilizaba dinero, construía carreteras y edificios públicos monumentales y tenía una tecnología muy similar, por ejemplo, en agricultura y navegación. También existen paralelismos ideológicos interesantes entre Aksum y Roma. En 312 d. C., el emperador romano Constantino se convirtió al cristianismo, igual que el rey Ezana de Aksum aproximadamente en el mismo momento. En el mapa 12, se muestra la situación del Estado histórico de Aksum en las actuales Etiopía y Eritrea, con puestos avanzados en el mar Rojo en Arabia Saudí y el Yemen.

Roma cayó, igual que Aksum, y su declive histórico siguió un patrón similar al del Imperio romano de Occidente. El papel que representaron los hunos y los vándalos en el declive de Roma fue adoptado por los árabes que, en el siglo VII, se expandieron hasta el mar Rojo y la península Arábiga. Aksum perdió sus colonias de Arabia y sus rutas comerciales, y aquello precipitó el declive económico. Se dejó de acuñar moneda, la población urbana descendió y el Estado se volvió a concentrar en el interior del país y en las tierras altas de la Etiopía moderna.

En Europa, las instituciones feudales aparecieron tras el hundimiento de la autoridad estatal central. Lo mismo ocurrió en Etiopía, de acuerdo con el sistema denominado *gult*, que suponía una concesión de tierra por parte del emperador. La institución se menciona en manuscritos del siglo XIII, aunque pudo haberse originado mucho antes. El término *gult* deriva de una palabra amárica que quiere decir «asignó un feudo». Significaba que, a cambio de la tierra, el poseedor del *gult* debía proporcionar servicios al emperador, sobre todo de tipo militar. El poseedor del *gult* tenía derecho a cobrar un tributo a quienes trabajaran la tierra. Varias fuentes históricas sugieren que los poseedores de un *gult* recaudaban entre la mitad y tres cuartas partes de la producción agrícola de los campesinos. Este sistema tuvo un desarrollo independiente con similitudes notables con el feudalismo europeo, pero probablemente fuera todavía más extractivo. En el momento álgido del feudalismo en Inglaterra, los siervos se enfrentaban a una extracción menos gravosa y debían entregar alrededor de la mitad de su producción a sus señores de una forma u otra.

MAPA 12

El Imperio aksum y las familias de clanes somalíes



Sin embargo, Etiopía no representaba a África, puesto que en todo el resto del continente la esclavitud no fue sustituida por la servidumbre, sino que la esclavitud africana y las instituciones que la apoyaban continuaron durante muchos siglos más. Incluso el camino definitivo de Etiopía sería muy distinto. Después del siglo VII, permaneció aislada en las montañas del este de África de los procesos que posteriormente influirían en el camino institucional de Europa, como la aparición de ciudades independientes, las limitaciones nacientes sobre los monarcas y la expansión del comercio por el Atlántico tras el descubrimiento de América. Por lo tanto, en general, no se cuestionó su versión de las instituciones absolutistas. El continente africano interaccionaría posteriormente con una capacidad muy distinta con Europa y Asia. El este de África se convirtió en un proveedor principal de esclavos para el mundo árabe, y el oeste y el centro de África participarían en la economía mundial durante la expansión europea asociada al comercio atlántico como proveedores de esclavos. El hecho de que el comercio atlántico condujera a caminos tan marcadamente divergentes entre Europa occidental y África es otro ejemplo de la divergencia institucional resultante de la interacción entre coyunturas críticas y diferencias institucionales existentes. Mientras en Inglaterra los beneficios del tráfico de esclavos ayudaron a enriquecer a quienes se oponían al absolutismo, en África ayudaron a crear y reforzar el absolutismo.

Más lejos de Europa, los procesos de deriva institucional obviamente tenían más libertad para ir por su propio camino. Por ejemplo, en América, que se separó de Europa alrededor de 15000 a. C. después de que se derritiera el hielo que unía Alaska y Rusia, había innovaciones institucionales parecidas a las de los natufienses, que condujeron a la vida sedentaria, la jerarquía y la desigualdad, en definitiva, a instituciones extractivas. Dichas innovaciones se produjeron primero en México y el Perú andino y Bolivia, y condujeron a la revolución neolítica americana, con la domesticación del maíz. En estos lugares tuvieron lugar las primeras formas de crecimiento extractivo, como vimos en las ciudades-Estado mayas. Sin embargo, de la misma forma que los grandes avances hacia las instituciones inclusivas y el desarrollo industrial en Europa no llegaron a sitios en los que el mundo romano tenía más control, las instituciones inclusivas en América no se desarrollaron en las tierras de aquellas civilizaciones incipientes. De hecho, como vimos en el capítulo 1, estas civilizaciones densamente pobladas interaccionaron de una manera perversa con el colonialismo europeo para provocar un «cambio drástico de la suerte» por el que lugares que habían sido relativamente ricos en América pasaron a ser relativamente pobres. Hoy en día, Estados Unidos y Canadá, que estaban entonces muy atrasados respecto a las complejas civilizaciones de México, Perú y Bolivia, son mucho más ricos que el resto de América.

Consecuencias del crecimiento inicial

El largo período entre la revolución neolítica, que comenzó en el 9500 a. C., y la revolución industrial británica de finales del siglo XVIII está lleno de impulsos acelerados de crecimiento económico provocados por innovaciones institucionales que finalmente fallaron. En la Roma antigua, las instituciones de la República, que crearon cierto grado de vitalidad económica y permitieron la construcción de un gran imperio, se deshicieron tras el golpe de Julio César y la construcción del imperio bajo Augusto. Pasaron siglos antes de que el Imperio romano finalmente desapareciera y empezara el declive, pero una vez que las instituciones republicanas relativamente inclusivas dieron paso a las instituciones más extractivas del Imperio, el retroceso económico pasó a ser inevitable.

Las dinámicas de Venecia fueron parecidas. La prosperidad económica forjada por instituciones que tenían elementos inclusivos importantes fue socavada cuando la élite cerró las puertas a nuevos participantes y prohibió las instituciones económicas que habían creado la prosperidad de la República.

Por muy notable que fuera la experiencia de Roma, no fue el legado romano lo que condujo directamente al auge de las instituciones inclusivas y a la revolución industrial en Inglaterra. Los factores históricos perfilan el desarrollo de las instituciones, pero no se trata de un proceso sencillo, acumulativo y predeterminado. Roma y Venecia ilustran cómo cambiaron de rumbo los pasos iniciales hacia la inclusividad. El paisaje económico e institucional que creó Roma en Europa y Oriente Próximo no condujo inexorablemente a las instituciones inclusivas más firmemente arraigadas de siglos posteriores. De hecho, éstas aparecerían primero y con más fuerza en Inglaterra, donde el dominio romano fue más débil y desapareció de forma fulminante, casi sin dejar rastro, durante el siglo V d. C. En su lugar, como comentamos en el capítulo 4, la historia tiene un papel destacado en la deriva institucional que creó diferencias institucionales, aunque fueran pequeñas en ocasiones, que después se ampliaron al interaccionar con coyunturas críticas. Como estas diferencias suelen ser pequeñas, pueden dar un giro radical fácilmente y no son necesariamente la consecuencia de un proceso acumulativo simple.

Evidentemente, Roma tuvo efectos duraderos sobre Europa. Las instituciones y el derecho romanos influyeron en las instituciones y el derecho que los reinos bárbaros establecieron tras la caída del Imperio romano de Occidente. También fue la caída de Roma lo que creó el paisaje político descentralizado que llegaría a ser el orden feudal. La desaparición de la esclavitud y la creación de ciudades independientes fueron consecuencias largas, dilatadas (y, evidentemente, circunstanciales desde el punto de vista histórico), de este proceso. Éstas serían particularmente importantes cuando la peste negra sacudió profundamente la sociedad feudal. A partir de las cenizas de la peste negra, surgieron pueblos y ciudades más fuertes y los campesinos dejaron de estar atados a la tierra y fueron liberados de sus obligaciones feudales. Precisamente, estas coyunturas críticas desencadenadas por la caída del Imperio romano fueron las que condujeron a una gran deriva institucional que afectó a toda Europa de una forma que no tiene paralelismos en el África subsahariana, ni en Asia ni en América.

En el siglo XVI, Europa era muy distinta, desde el punto de vista institucional, del África subsahariana y de América. No era mucho más rica que las civilizaciones asiáticas más espectaculares de la India o China, pero difería de estos Estados en algunos puntos clave. Por ejemplo, había desarrollado instituciones representativas de un tipo nunca visto allí, que iban a tener una importancia crucial para el desarrollo de instituciones inclusivas. Como veremos en los dos capítulos siguientes, las pequeñas diferencias institucionales serían las que importarían de verdad dentro de Europa y las que favorecieron a Inglaterra, porque fue allí donde el orden feudal había avanzado más ampliamente para los agricultores con mentalidad más comercial y los centros urbanos independientes en los que los mercaderes y los industriales pudieran florecer. Estos grupos ya exigían a sus monarcas derechos de propiedad más seguros, instituciones económicas distintas y voz política. Todo este proceso llegó a su punto álgido en el siglo XVII.

7

El punto de inflexión

Problemas con medias

En 1583, William Lee regresó tras finalizar sus estudios en la Universidad de Cambridge para convertirse en el sacerdote local de Calverton (Inglaterra). Isabel I (1558-1603) había dictado hacía poco una norma que obligaba a que su pueblo llevara siempre un gorro de punto. Lee anotó: «Los tejedores eran el único medio de producir aquellas prendas pero se tardaba mucho en hacerlas. Empecé a pensar. Veía a mi madre y a mis hermanas sentadas al atardecer moviendo sus agujas. Si las prendas se hacían con dos agujas y una línea de hilo, ¿por qué no utilizar varias agujas?».

Ese pensamiento crucial fue el comienzo de la mecanización de la producción textil. Lee se obsesionó con crear una máquina que liberara al pueblo del tejido manual interminable. Recordaba: «Empecé a olvidar mis deberes respecto a la Iglesia y mi familia. La idea de mi máquina y su creación consumían mi corazón y mi mente».

Finalmente, en 1589, tuvo lista su máquina de tejer medias. Viajó a Londres ilusionado para solicitar una entrevista con Isabel I y mostrarle lo útil que sería aquella máquina y para pedirle una patente que impidiera que otras personas copiaran el diseño. Alquiló un edificio para montar la máquina y, con la ayuda de su diputado local, Richard Parkyns, se reunió con Henry Carey, lord Hundson, miembro del consejo privado de la reina. Carey lo organizó todo para que la reina Isabel fuera a ver la máquina, pero la reacción de ésta fue devastadora. Se negó a otorgar una patente a Lee y le dijo: «Apuntáis alto, maestro Lee. Considerad qué podría hacer esta invención a mis pobres súbditos. Sin duda, sería su ruina al privarles de empleo y convertirlos en mendigos». Abatido, Lee se fue a Francia a buscar fortuna, pero también fracasó allí, y volvió a Inglaterra, donde pidió a Jacobo I (1603-1625), el sucesor de Isabel, una patente. Jacobo I se negó por las mismas razones que Isabel. Ambos temían que la mecanización de la producción de medias fuera un factor de desestabilización política. Dejaría al pueblo sin trabajo, crearía desempleo e inestabilidad política y supondría una amenaza para el poder real. La máquina de tejer medias fue una innovación que prometía aumentos enormes de la productividad, pero también la destrucción creativa.

La reacción a la brillante invención de Lee ilustra una idea clave de este libro. El temor a la destrucción creativa es la razón principal por la que no hubo un aumento sostenido del nivel de vida entre la revolución neolítica y la revolución industrial. La innovación tecnológica hace que las sociedades humanas sean prósperas, pero también supone la sustitución de lo viejo por lo nuevo, y la destrucción de los privilegios económicos y del poder político de ciertas personas. Para el crecimiento económico sostenido, necesitamos nuevas tecnologías, formas nuevas de hacer las cosas, y lo más habitual es que procedan de recién llegados como Lee. Pueden hacer que la sociedad sea próspera, pero el proceso de destrucción creativa que inician amenaza el medio de vida de quienes trabajan con tecnologías viejas, como los tejedores manuales que se habrían encontrado sin empleo debido a la tecnología de Lee. Lo más importante es que las grandes innovaciones, como la máquina de tejer medias de Lee, también amenazan con cambiar el poder político. En última instancia, no era la preocupación sobre el destino de los que se quedarían sin trabajo debido a la máquina de Lee lo que

provocó que Isabel I y Jacobo I se opusieran a su patente, sino su temor a convertirse en perdedores políticos. Les preocupaba que quienes quedaran desplazados por el invento crearan inestabilidad política y amenazaran su propio poder. Como vimos anteriormente (capítulo 3) con el caso de los luditas, suele ser posible evitar la resistencia de los trabajadores como en el ejemplo de los tejedores manuales. No obstante, la élite, sobre todo cuando ve amenazado su poder político, forma una barrera enorme frente a la innovación. El hecho de que tengan mucho que perder con la destrucción creativa significa no solamente que no serán los que introduzcan innovaciones, sino que también a menudo se resistirán a ellas e intentarán detenerlas. Por lo tanto, la sociedad necesita recién llegados que presenten las innovaciones más radicales, y estos recién llegados y la destrucción creativa que provocan a menudo deben superar varias fuentes de resistencia, entre ellas, las de las élites y los gobernantes poderosos.

Antes de la Inglaterra del siglo XVII, las instituciones extractivas habían sido lo más habitual a lo largo de la historia. En ocasiones, han podido generar crecimiento económico, como se ha mostrado en los dos últimos capítulos, sobre todo cuando han contenido elementos inclusivos, como en Venecia y Roma. Sin embargo, no permitían la destrucción creativa. El desarrollo que generaban no era sostenido, y llegó a su fin por la ausencia de innovaciones, por las luchas políticas internas generadas por el deseo de beneficiarse de la extracción o porque los elementos inclusivos nacientes cambiaron radicalmente, como en Venecia.

La esperanza de vida de un residente del pueblo natufiense de Abu Hureyra probablemente no era muy distinta de la de un ciudadano de la Roma antigua. La esperanza de vida de un romano corriente era bastante parecida a la de un habitante medio de la Inglaterra del siglo XVII. En lo que respecta a la renta, en 301 d. C., el emperador romano Diocleciano promulgó un edicto sobre precios máximos, que fijó los sueldos que se pagarían según el tipo de trabajador. No sabemos exactamente lo bien que se aplicaron los sueldos y los precios de Diocleciano, pero, cuando el historiador económico Robert Allen utilizó su edicto para calcular el nivel de vida de un trabajador sin formación tipo, averiguó que era prácticamente el mismo que el de un trabajador sin formación en la Italia del siglo XVII. Más al norte, en Inglaterra, los sueldos eran más altos e iban en aumento, y las cosas estaban cambiando. El tema de este capítulo es cómo se llegó a esta situación.

El conflicto político permanente

El conflicto por las instituciones y la distribución de los recursos ha existido a lo largo de la historia. Por ejemplo, vimos de qué forma el conflicto político perfiló la evolución de la Roma antigua y de Venecia, donde se resolvió finalmente a favor de las élites, que fueron capaces de aumentar su control sobre el poder.

La historia inglesa también está llena de conflictos entre la monarquía y sus súbditos, entre distintas facciones que luchan por el poder y entre las élites y los ciudadanos. Sin embargo, el resultado no siempre ha sido reforzar el poder de los que ya lo poseían. En 1215, los barones, la capa de la élite por debajo del rey, se enfrentaron al rey Juan y le hicieron firmar la Carta Magna en Runnymede (véase el mapa 9). Este documento promulgaba varios principios básicos que suponían retos significativos para la autoridad del rey. Lo más importante es que establecía que el rey debía consultar a los barones antes de aumentar los impuestos. La cláusula más controvertida fue la número 61, que afirmaba que «los barones elegirán a veinticinco barones cualesquiera del reino que deseen, que, con todas sus fuerzas, deben observar, mantener y hacer que se respeten la paz y las libertades

que les hemos concedido y confirmado por ésta, nuestra presente carta». Básicamente, los barones crearon un consejo para garantizar que el rey implantaba la carta, y, si no lo hacía, estos veinticinco barones tenían derecho a apoderarse de castillos, tierras y posesiones «hasta que, según su criterio, se hubiera hecho enmienda». Al rey Juan no le gustó la Carta Magna y, en cuanto se dispersaron los barones, hizo que el Papa la anulara. Pero tanto el poder político de los barones como la influencia de la Carta Magna perduraron. Inglaterra había dado su primer paso vacilante hacia el pluralismo.

El conflicto por las instituciones políticas continuó, y el primer Parlamento electo en el año 1265 limitó aún más el poder de la monarquía. A diferencia de la asamblea plebeya en Roma o las legislaturas electas actuales, sus miembros habían sido originalmente los nobles feudales, y posteriormente fueron los caballeros y los aristócratas más ricos de la nación. A pesar de estar formado por élites, el Parlamento inglés desarrolló dos características distintivas. La primera es que representaba no solamente a las élites estrechamente aliadas con el rey, sino también a un amplio grupo de intereses, entre los que se incluían los aristócratas menores dedicados a distintas profesiones, como el comercio y la industria, y, posteriormente, a la *gentry*, una clase nueva de campesinos y comerciantes en ascenso social. Por lo tanto, el Parlamento confirió poder a una sección bastante amplia de la sociedad, teniendo en cuenta los cánones de la época. La segunda característica y, en gran medida, resultado de la primera, es que muchos miembros del Parlamento se oponían sistemáticamente a los intentos de la monarquía de aumentar su poder y se convertirían en el fundamento de los que lucharon contra ella en la guerra civil inglesa y, más tarde, en la Revolución gloriosa.

A pesar de la Carta Magna y del primer Parlamento electo, continuaba el conflicto político sobre los poderes de la monarquía y la sucesión al trono. Este enfrentamiento entre distintas élites terminó con la guerra de las Rosas, un largo duelo entre las casas de Lancaster y York, dos familias con aspirantes al trono. Los vencedores fueron los partidarios de la Casa de Lancaster, cuyo candidato a rey, Enrique Tudor, fue coronado como Enrique VII en 1485.

También se dieron dos procesos interrelacionados. El primero fue el aumento de la centralización política, iniciada por los Tudor. Después de 1485, Enrique VII desarmó a la aristocracia, desmilitarizándola y expandiendo así el poder del Estado central. Su hijo, Enrique VIII, implantó, a través de su primer ministro, Thomas Cromwell, una revolución en el gobierno. A partir de 1530, introdujo un Estado burocrático naciente: en lugar de que el gobierno fuera solamente la residencia privada del rey, se convertiría en una serie independiente de instituciones duraderas. Este cambio fue complementado con la ruptura de Enrique VIII con la Iglesia católica romana y la «disolución de los monasterios», mediante la cual el rey expropió todas las tierras de la Iglesia. La eliminación del poder de la Iglesia formaba parte del proceso para centralizar más el Estado, lo que significó que, por primera vez, fueran posibles las instituciones políticas inclusivas. Este proceso, iniciado por Enrique VII y seguido por su hijo, no solamente centralizó las instituciones estatales, sino que también aumentó la demanda de una más amplia representación política de una parte de la población. De hecho, el proceso de centralización política puede conducir a una forma de absolutismo, ya que el rey y sus asociados pueden destruir a otros grupos poderosos de la sociedad. Y ésa es una de las razones por las que habrá oposición contra la centralización estatal, como vimos en el capítulo 3. Sin embargo, en contra de esta fuerza, la centralización de las instituciones estatales también puede movilizar la demanda de una forma naciente de pluralismo, como sucedió en la Inglaterra de los Tudor. Cuando los barones y las élites locales reconocen que el poder político estará cada vez más centralizado y que este proceso es difícil de detener, pedirán opinar sobre cómo se utilizará ese poder central. En Inglaterra, a finales de los siglos XV y XVI, dichos grupos hicieron mayores esfuerzos para tener un Parlamento que

contrarrestara a la Corona y que controlara parcialmente el funcionamiento del Estado. Por lo tanto, el proyecto Tudor no solamente inició la centralización política, uno de los pilares de las instituciones inclusivas, sino que también contribuyó indirectamente al pluralismo, otro pilar de las instituciones inclusivas.

Este desarrollo de las instituciones políticas tuvo lugar en el contexto de otros grandes cambios en la naturaleza de la sociedad. Fue particularmente importante la intensificación del conflicto político que estaba iniciando el conjunto de grupos con capacidad para hacer demandas a la monarquía y a las élites políticas. La revuelta campesina (véase el capítulo 4) de 1381 fue crucial, y, a su fin, la élite inglesa fue sacudida por una larga secuencia de insurrecciones populares. El poder político estaba siendo redistribuido, no simplemente del rey a los lores, sino también de la élite al pueblo. Estos cambios, junto con las crecientes limitaciones al poder del rey, posibilitaron la aparición de una amplia coalición que se oponía al absolutismo y que sentó las bases para las instituciones políticas plurales.

Aunque toparan con oposición, las instituciones políticas y económicas que heredaron y sostuvieron los Tudor eran claramente extractivas. En 1603, Isabel I, la hija de Enrique VIII que había ascendido al trono de Inglaterra en 1553, murió sin descendencia, y los Tudor fueron sustituidos por la dinastía de los Estuardo. El primer rey Estuardo, Jacobo I, heredó las instituciones, y también los conflictos entorno a éstas. Él deseaba ser un gobernante absolutista. El Estado había estado más centralizado y el cambio social estaba redistribuyendo el poder en la sociedad. Sin embargo, las instituciones políticas todavía no eran plurales. En economía, las instituciones extractivas se manifestaban no solamente en oposición a la invención de Lee, sino en forma de monopolios, monopolios y más monopolios. En 1601, se leyó una lista de monopolios en el Parlamento, y un diputado preguntó irónicamente: «¿No se ha incluido al pan aquí?». En 1621, había setecientos. Así lo expresó el historiador inglés Christopher Hill:

> [Un hombre] vivía en una casa construida con ladrillos de monopolio, con ventanas [...] de vidrio de monopolio; se calentaba con carbón de monopolio (en Irlanda, con madera de monopolio), que quemaba en una chimenea fabricada con hierro de monopolio [...] Se lavaba con jabón de monopolio, y en su ropa, ponía almidón de monopolio. Se vestía con encajes de monopolio, lino de monopolio, piel de monopolio, hilo de oro de monopolio [...]. Se sujetaba la ropa con cinturones de monopolio, botones de monopolio y alfileres de monopolio. Se teñía con tintes de monopolio. Comía mantequilla de monopolio, pasas de monopolio, arenques rojos de monopolio, salmón de monopolio y langostas de monopolio. Condimentaba la comida con sal de monopolio, pimienta de monopolio y vinagre de monopolio... Escribía con plumas de monopolio, papel de carta de monopolio, leía (con gafas de monopolio, a la luz de las velas de monopolio) libros impresos por un monopolio.

Estos monopolios, y muchos otros, daban a los individuos o a los grupos el derecho único a controlar la producción de muchos productos, e impedían el tipo de asignación de talento que es tan crucial para la prosperidad económica.

Tanto Jacobo I como su hijo y sucesor Carlos I aspiraban a reforzar la monarquía, reducir la influencia del Parlamento y establecer instituciones absolutistas parecidas a las que en España y Francia ampliaban el control de la economía, haciendo que las instituciones fueran más extractivas. El conflicto entre Jacobo I y el Parlamento llegó a su punto álgido en la segunda década del siglo XVII. En este conflicto, era crucial el control del comercio, tanto en el extranjero como dentro de las islas Británicas. La capacidad de la Corona para conceder monopolios fue una fuente de ingresos clave para el Estado, y se utilizó con frecuencia como forma de otorgar derechos exclusivos a los partidarios del rey. No es de extrañar que esta institución extractiva que bloqueaba la entrada e inhibía el funcionamiento del mercado también fuera altamente perjudicial para la actividad económica y para los intereses de muchos miembros del Parlamento. En 1623, el Parlamento consiguió una victoria

notable al aprobar el Estatuto de los Monopolios, que prohibía al rey Jacobo I crear nuevos monopolios nacionales. Todavía sería capaz de conceder monopolios sobre el comercio internacional. Sin embargo, como la autoridad del Parlamento no llegaba hasta los asuntos internacionales, los monopolios existentes, internacionales o de otro tipo, no cambiaron.

El Parlamento no se reunía regularmente y la sesión tenía que ser convocada por el rey. Pero tras la Carta Magna se acordó que el rey debía convocar al Parlamento para lograr la aprobación de los nuevos impuestos. Carlos I llegó al tronó en 1625, se negó a convocar al Parlamento después de 1629 e intensificó los esfuerzos de Jacobo I para construir un régimen absolutista más sólido. Fue responsable de los préstamos forzosos, lo que significaba que el pueblo debía «prestarle» dinero y después él, unilateralmente, cambiaba las condiciones de dichos préstamos y se negaba a pagar sus deudas. Creó y vendió Monopolios en la única dimensión que el Estatuto de los monopolios le había dejado: las aventuras comerciales de ultramar. Además, redujo la independencia del poder judicial e intentó intervenir para influir en el resultado de las causas judiciales. Impuso múltiples multas y cargas, la más polémica de las cuales fue el «dinero para la navegación» de 1634, un impuesto que debían pagar los condados costeros para apoyar a la marina real y que, en 1635, empezaron a pagar también los condados del interior. Fue recaudado todos los años hasta 1640.

El comportamiento absolutista y las políticas extractivas crecientes de Carlos I crearon resentimiento y resistencia por todo el país. En 1640, se enfrentó al conflicto con Escocia y, al no tener suficiente dinero para formar un ejército, se vio obligado a convocar al Parlamento para pedir más impuestos. El denominado «Parlamento corto» solamente se reunió durante tres semanas. Los parlamentarios que llegaron a Londres se negaron a hablar de impuestos, y plantearon muchas quejas, hasta que Carlos los desconvocó. Los escoceses se dieron cuenta de que Carlos I no contaba con el apoyo de la nación, así que invadieron Inglaterra y ocuparon la ciudad de Newcastle. Carlos I inició negociaciones y los escoceses exigieron que se implicara el Parlamento. Aquello hizo que Carlos I convocara lo que se llegó a conocer como el Parlamento largo, ya que continuó reuniéndose hasta 1648, y se negó a disolverse incluso cuando Carlos I lo exigió.

En 1642, estalló la guerra civil entre Carlos I y el Parlamento, aunque muchos miembros de éste apoyaban a la Corona. El patrón de los conflictos reflejaba la lucha por las instituciones económicas y políticas. El Parlamento quería poner fin a las instituciones políticas absolutistas, mientras que el rey quería reforzarlas. Aquellos conflictos tenían su origen en la economía, y muchos apoyaban a la Corona porque ésta les había concedido monopolios lucrativos. Por ejemplo, los monopolios locales controlados por los mercaderes ricos y poderosos de Shrewsbury y Oswestry estaban protegidos por la Corona de la competencia de los mercaderes de Londres. Aquéllos se pusieron del lado de Carlos I. Por otra parte, la industria metalúrgica había florecido alrededor de Birmingham porque los monopolios eran débiles allí y los recién llegados a la industria no tenían que trabajar siete años como aprendices, como sucedía en otros lugares del país. Durante la guerra civil, hacían espadas y aportaron voluntarios para el lado parlamentario. De forma similar, la falta de regulación de los gremios en el condado de Lancashire permitió el desarrollo, antes de 1640, de los «nuevos paños», un estilo nuevo de tejido más ligero. La zona en la que se concentraba la producción de este tejido era la única parte de Lancashire que apoyaba al Parlamento.

Dirigidos por Oliver Cromwell, los parlamentarios (conocidos como *roundheads*, cabezas redondas, por el estilo de su peinado) derrotaron a los monárquicos, conocidos como *cavaliers*. Carlos I fue enjuiciado y ejecutado en 1649. Sin embargo, ni su derrota ni la abolición de la monarquía dieron como resultado instituciones inclusivas. La monarquía fue sustituida por la dictadura de Oliver Cromwell y, tras la muerte de éste, fue restaurada en 1660 y recuperó muchos de los privilegios que le

habían arrebatado en 1649. El hijo de Carlos I, Carlos II, fijó entonces el mismo programa de creación del absolutismo en Inglaterra. Estos intentos se intensificaron cuando su hermano Jacobo II ascendió al trono tras la muerte de Carlos II en 1685. En 1688, el intento de Jacobo II de restablecer el absolutismo creó otra crisis y una nueva guerra civil. En esta ocasión, el Parlamento estaba más unido y organizado. Invitaron al estatúder holandés, Guillermo de Orange, y a su esposa, María II, la hija protestante de Jacobo II, a sustituir a Jacobo. Guillermo aportaría un ejército y reclamaría el trono, para gobernar, no como monarca absolutista, sino bajo una monarquía constitucional forjada por el Parlamento. Dos meses después de la llegada de Guillermo a las islas Británicas (véase el mapa 9) en Brixham (Devon), el ejército de Jacobo se desintegró y él huyó a Francia.

La Revolución gloriosa

Tras la victoria de la Revolución gloriosa, el Parlamento y Guillermo de Orange negociaron una nueva Constitución. Los cambios fueron anunciados por la «Declaración» de Guillermo, realizada poco antes de su invasión, y se consagraron en la Declaración de Derechos, redactada por el Parlamento en febrero de 1689. La Declaración fue leída a Guillermo en la misma sesión en la que se le ofreció la Corona. En muchos sentidos, la que se denominaría *Bill of Rights* (Declaración de Derechos) tras su aprobación era vaga. Sin embargo, realmente estableció algunos principios constitucionales fundamentales. Determinó la sucesión al trono de una forma muy distinta a los principios hereditarios que regían en aquel entonces. Si el Parlamento había desbancado a un monarca y lo había sustituido por otro que le gustaba más una vez, ¿por qué no lo iba a hacer de nuevo? La Declaración de Derechos también afirmaba que el monarca no podía suspender leyes ni deshacerse de ellas y reiteraba la ilegalidad de la fiscalidad sin consentimiento parlamentario. Además, afirmaba que no podía haber ejército permanente en Inglaterra sin consentimiento parlamentario. La vaguedad aparecía en cláusulas como la 8, que afirmaban: «La elección de los miembros del Parlamento debe ser libre», pero no especificaba cómo se determinaría que era «libre». Más vaga todavía era la cláusula 13, cuyo punto principal era que el Parlamento debía reunirse con frecuencia. Durante todo aquel siglo, la cuestión de cuándo debía reunirse y si debía hacerlo o no había sido controvertida, así que podrían haber especificado mucho más esta cláusula. No obstante, la razón para este texto vago es evidente. Las cláusulas debían cumplirse. Durante el reinado de Carlos II, estaba en vigor una ley trienal que afirmaba que el Parlamento tenía que ser convocado como mínimo una vez cada tres años. Sin embargo, Carlos hizo caso omiso de la ley, y no pasó nada porque no se había fijado ningún método para imponerla. Después de 1688, el Parlamento podía haber intentado introducir un sistema para imponer esta cláusula, como habían hecho los barones con su consejo después de que el rey Juan firmara la Carta Magna. Pero no lo hicieron porque no lo necesitaron. La razón fue que la autoridad y el poder de tomar decisiones pasaron al Parlamento después de 1688. Incluso sin reglas ni leyes constitucionales específicas, Guillermo sencillamente abandonó muchas de las prácticas de los reyes anteriores. Dejó de interferir en decisiones legales y cedió «derechos» anteriores, como recibir los ingresos de las aduanas de por vida. En general, estos cambios de las instituciones políticas representaron el triunfo del Parlamento sobre el rey y, por lo tanto, el fin del absolutismo en Inglaterra y, posteriormente, en Gran Bretaña (ya que Inglaterra y Escocia se unieron por la Ley de la Unión de 1707). A partir de entonces, el Parlamento ejerció un control firme de la política estatal, lo que supuso una diferencia abismal, ya que los intereses del Parlamento eran muy distintos de los de los reyes Estuardo. Como muchos de los miembros del Parlamento habían hecho importantes inversiones en el

comercio y la industria, estaban muy interesados en imponer sus derechos de propiedad. Los Estuardo habían infringido frecuentemente los derechos de propiedad; pero, en adelante, aquellos derechos serían defendidos. Además, cuando los Estuardo controlaban cómo gastaba el dinero el gobierno, el Parlamento se oponía a aumentar los impuestos e impedía que se reforzara el poder del Estado. Ahora que el propio Parlamento controlaba el gasto, se encargaba de aumentar los impuestos y gastar el dinero en actividades que consideraba valiosas. La actividad principal fue el refuerzo de la marina, que protegería los intereses mercantiles de ultramar de muchos de los miembros del Parlamento.

Más importante todavía que el interés de los parlamentarios fue la naturaleza pluralista emergente de las instituciones políticas. En aquel momento, el pueblo inglés tenía acceso al Parlamento, y a las instituciones económicas y la política hechas en éste, de una forma que nunca tuvieron cuando la política estaba dirigida por el rey. Evidentemente, esto era parcial, porque los miembros del Parlamento eran elegidos. Sin embargo, como Inglaterra estaba lejos de ser una democracia en este período, este acceso proporcionaba solamente una respuesta modesta. Entre sus muchas desigualdades estaba que menos del 2 por ciento de la población podía votar en el siglo XVIII, y solamente los hombres tenían derecho a hacerlo. Las ciudades en las que tuvo lugar la revolución industrial, Birmingham, Leeds, Mánchester y Sheffield, no tenían representación independiente en el Parlamento. No obstante, las zonas rurales estaban sobrerrepresentadas. También era negativo que el derecho a voto en las zonas rurales, los *counties*, se basaba en la propiedad de la tierra, y muchas zonas urbanas, los *boroughs* (burgos), estaban controladas por una pequeña élite que no permitía que los nuevos industriales votaran ni se presentaran a cargos. Por ejemplo, en el burgo de Buckingham, trece burgueses tenían derecho exclusivo a voto. Además, existían los denominados «burgos podridos», que históricamente habían tenido derecho a votar pero se habían «podrido», ya fuera porque su población se había trasladado con el tiempo o, en el caso de Dunwich, en la costa este de Inglaterra, porque, literalmente, había caído en el océano como resultado de la erosión de la costa. En cada uno de esos burgos podridos, un número reducido de votantes elegía a dos miembros del Parlamento. Old Sarum tenía siete votantes; Dunwich, treinta y dos, y cada uno elegía a dos miembros del Parlamento.

Sin embargo, había otras formas de influir en el Parlamento y, por lo tanto, en las instituciones económicas. La más importante era a través de las peticiones, lo que era mucho más importante que el alcance limitado de la democracia para la aparición del pluralismo tras la Revolución gloriosa. Cualquier persona podía realizar peticiones ante el Parlamento, y se hacían. Lo importante era que, cuando el pueblo realizaba peticiones, el Parlamento escuchaba. Es esto, más que cualquier otra cosa, lo que refleja la derrota del absolutismo, la cesión de poder a un segmento bastante amplio de la sociedad y el aumento del pluralismo en Inglaterra después de 1688. La actividad frenética de peticiones muestra que, de hecho, eran muchos más miembros de la sociedad, mucho más allá que los que se sentaban o eran representados en el Parlamento, los que tenían el poder para influir en el funcionamiento del Estado. Y lo utilizaron.

El caso de los monopolios es el que mejor lo ilustra. Anteriormente, vimos que los monopolios constituían un pilar central de las instituciones económicas extractivas del siglo XVII. Fueron atacados en el año 1623 con el Estatuto de los Monopolios y constituyeron un serio motivo de discordia durante la guerra civil inglesa. El «Parlamento largo» abolió todos los monopolios nacionales que tanto afectaban a la vida de las personas. A pesar de que Carlos II y Jacobo II no pudieron volver a imponerlos, consiguieron mantener la capacidad de conceder monopolios en el extranjero. Uno de ellos fue la Royal African Company, cuya carta de monopolio fue emitida por Carlos II en 1660. Esta empresa mantenía un monopolio sobre el lucrativo tráfico de esclavos africanos, y su gobernador y accionista principal era el hermano de Carlos, Jacobo, que pronto se convertiría en Jacobo II. Después

de 1688, la Royal African Company no solamente perdió a su director, sino también a su defensor principal. Jacobo había protegido arduamente el monopolio de la empresa contra los «intrusos», los comerciantes independientes que intentaron comprar esclavos en África occidental y venderlos en América. Se trataba de un comercio muy rentable y la Royal African Company se enfrentó a muchas dificultades, ya que todo el resto del comercio inglés en el Atlántico estaba exento de cargas. En 1689, la Royal African Company se quedó con el cargamento de un intruso, de apellido Nightingale. Éste demandó a la compañía por incautación ilegal de bienes y el presidente del tribunal, Holt, consideró que la acción de la Royal African Company había sido ilegal porque había utilizado un derecho de monopolio creado por la prerrogativa real. Holt razonó que los privilegios de monopolio solamente podían crearse mediante estatuto y que esto lo debía hacer el Parlamento. Así que Holt puso todos los monopolios futuros, no solamente la Royal African Company, en manos del Parlamento. Antes de 1688, Jacobo II habría eliminado rápidamente a cualquier juez que hubiera tomado aquella decisión. Pero después de 1688, las cosas eran distintas.

En aquel momento, el Parlamento debía decidir qué hacer con el monopolio, y las peticiones empezaron a volar. Ciento treinta y cinco procedían de intrusos que demandaban acceso libre al comercio atlántico. Aunque la Royal African Company respondía con la misma moneda, no podía esperar igualar el número o el alcance de las peticiones que solicitaban su desaparición. Los intrusos lograron exponer su oposición en términos no solamente de un interés propio, sino de interés nacional, y, de hecho, lo era. En consecuencia, solamente 5 de las 135 peticiones estaban firmadas por los propios intrusos y 73 procedían de las provincias de fuera de Londres, frente a 8 de la Royal African Company. Desde las colonias, donde también se permitía realizar peticiones, los intrusos reunieron 27 peticiones y la Royal African Company, 11. Los intrusos recogieron muchas más firmas para sus peticiones, en total, 8.000, frente a 2.500. La lucha continuó hasta 1698, cuando el monopolio de la Royal African Company fue abolido.

Junto a este nuevo foco de determinación de las instituciones económicas y la renovada capacidad de respuesta después de 1688, los parlamentarios empezaron a hacer una serie de importantes cambios en la política gubernamental y las instituciones económicas que finalmente sentarían las bases para la revolución industrial. Se reforzaron los derechos de propiedad que se habían deteriorado bajo el control de los Estuardo. El Parlamento inició un proceso de reforma de las instituciones económicas para fomentar la manufactura, en lugar de fiscalizarla e impedirla. El impuesto por chimenea (la tasa anual que se pagaba por cada chimenea o estufa, y que afectaba sobre todo a los manufactureros, que se opusieron amargamente al impuesto) fue abolido en 1689, poco después de que Guillermo y María ascendieran al trono. En vez de recaudar por las chimeneas, el Parlamento empezó a cobrar impuestos por las tierras.

La redistribución de la carga impositiva no fue la única política promanufacturera que apoyó el Parlamento. Se aprobó una serie completa de leyes y legislaciones que ampliaría el mercado y la rentabilidad de los textiles de lana. Todo esto tenía sentido desde el punto de vista político, porque muchos de los parlamentarios que se oponían a Jacobo habían invertido en estas empresas de manufactura nacientes. El Parlamento también aprobó leyes que permitían una reorganización completa de los derechos de propiedad de la tierra, lo que posibilitaba la consolidación y la eliminación de muchas formas arcaicas de derechos de propiedad y de uso.

Otra prioridad parlamentaria era reforzar las finanzas. Se había producido una expansión de la banca y las finanzas en el período previo a la Revolución gloriosa, pero este proceso se consolidó todavía más con la creación del Banco de Inglaterra en 1694, como fuente de fondos para la industria. Ésta fue otra consecuencia directa de la Revolución gloriosa. La fundación del Banco de Inglaterra

allanó el camino para una «revolución financiera» mucho más extensa que condujo a una gran expansión de los mercados financieros y la banca. A principios del siglo XVIII, habría préstamos disponibles para todo aquel que pudiera conseguir el aval suficiente. Los registros de un banco relativamente pequeño, el C. Hoare's & Co. de Londres, que han sobrevivido intactos desde el período 1702-1724, ilustran este punto. A pesar de que el banco realmente prestaba dinero a aristócratas y lores, dos terceras partes de los mayores prestatarios durante este período no eran de las clases sociales privilegiadas, sino comerciantes y hombres de negocios, entre los que se incluía un John Smith, el nombre inglés más típico, a quien el banco prestó 2.600 libras esterlinas entre 1715 y 1719.

Hasta ahora, hemos hecho hincapié en que la Revolución gloriosa transformó las instituciones políticas inglesas, haciéndolas más plurales, y también empezó a sentar las bases para las instituciones económicas inclusivas. Pero existe un cambio más significativo de las instituciones que apareció en la Revolución gloriosa. El Parlamento continuó el proceso de centralización política iniciado por los Tudor. No fue solamente que aumentaran los límites, o que el Estado regulara la economía de una forma distinta, o que el Estado inglés gastara dinero en otras cosas, sino que también la capacidad y la habilidad del Estado aumentaron en todas las direcciones. Esto vuelve a ilustrar los vínculos entre el pluralismo y la centralización política. El Parlamento se había opuesto a que el Estado fuera más efectivo y tuviera recursos mejores antes de 1688 porque no lo podía controlar. Después de 1688, era otra historia.

El Estado se empezó a expandir, y los gastos pronto alcanzaron alrededor del 10 por ciento de la renta nacional. Esto se fundamentó en una ampliación de la base impositiva, sobre todo del impuesto especial, que se aplicaba a la producción de una larga lista de bienes que se producían en el país. Se trataba de un presupuesto estatal muy grande para aquel período y, de hecho, era mayor de lo que vemos hoy en día en muchas partes del mundo. Los presupuestos estatales de Colombia, por ejemplo, alcanzaron este tamaño relativo solamente en la década de los ochenta del siglo XX. En muchas partes del África subsahariana, como por ejemplo en Sierra Leona, el presupuesto del Estado incluso hoy sería mucho más pequeño en relación con el tamaño de la economía sin los grandes ingresos de la ayuda extranjera.

Sin embargo, la expansión del tamaño del Estado es solamente parte del proceso de centralización política. Más importante fue la forma cualitativa en la que funcionó el Estado y el comportamiento de los que lo controlaban y trabajaban en él. La construcción de las instituciones estatales en Inglaterra se remonta a la Edad Media, pero, tal y como vimos en el capítulo 4, los pasos decisivos hacia la centralización política y el desarrollo de una Administración moderna los dieron Enrique VII y Enrique VIII. No obstante, el Estado todavía estaba lejos de la forma moderna que aparecería después de 1688. Por ejemplo, muchos nombramientos se hacían por razones políticas, no por mérito o talento, y el Estado todavía tenía una capacidad muy limitada para subir los impuestos.

Después de 1688, el Parlamento empezó a mejorar la capacidad de aumentar los ingresos a través de los impuestos, un cambio bien ilustrado por la burocracia del impuesto especial, que se extendió rápidamente de 1.211 personas en 1690 a 4.800 en 1780. Se enviaron inspectores de impuestos especiales por todo el país, supervisados por recaudadores de impuestos que medían y comprobaban las cantidades de pan, cerveza y otros productos sujetos al impuesto especial. Un ejemplo del alcance de esta operación es la reconstrucción de las inspecciones del impuesto por parte del supervisor George Cowperthwaite realizada por el historiador John Brewer. Entre el 12 de junio y el 5 de julio de 1710, el supervisor Cowperthwaite viajó 466 kilómetros en el distrito de Richmond (Yorkshire). Durante este período, visitó a 263 vitualleros, 71 malteros, 20 veleros y 1 cervecero común. En total, tomó 81 medidas de producción distintas y comprobó el trabajo de 9 recaudadores de impuestos que

trabajaban para él. Ocho años después, continuaba trabajando con la misma diligencia, pero en el distrito de Wakefield, en otra zona de Yorkshire. Allí, viajaba más de 30 kilómetros al día de media y trabajaba seis días a la semana, en los que, normalmente, inspeccionaba cuatro o cinco establecimientos. En su día libre, el domingo, preparaba sus libros, por lo que tenemos un registro completo de sus actividades. De hecho, el sistema de impuestos especiales tenía un registro muy elaborado. Los agentes mantenían tres clases de registros. Todos debían tener una correspondencia entre sí y cualquier manipulación de dichos registros era un delito grave. Este nivel destacable de supervisión estatal de la sociedad supera lo que pueden lograr los gobiernos de los países más pobres hoy en día, y esto era en 1710. También resulta significativo que, después de 1688, el Estado empezara a confiar más en el talento y menos en los nombramientos políticos y desarrollara una infraestructura potente para dirigir el país.

La revolución industrial

La revolución industrial se manifestó en todos los aspectos de la economía inglesa. Hubo grandes mejoras en el transporte, la metalurgia y la energía de vapor. Sin embargo, el área de innovación más importante fue la mecanización de la producción textil y el desarrollo de fábricas para producir artículos textiles manufacturados. Este proceso dinámico fue desencadenado por los cambios institucionales originados por la Revolución gloriosa. No se trataba solamente de la abolición de los monopolios nacionales, que se logró en 1640, ni de los distintos impuestos o del acceso a las finanzas. Se trataba de una reorganización fundamental de las instituciones económicas a favor de innovadores y emprendedores, basada en la aparición de derechos de propiedad más seguros y eficientes.

La mejora de la seguridad y la eficiencia de los derechos de propiedad, por ejemplo, tuvieron una importancia crucial en la «revolución del transporte», lo que allanó el camino a la revolución industrial. La inversión en canales y carreteras, en las llamadas barreras de portazgo, aumentó enormemente después de 1688. Estas inversiones, al reducir los costes de transporte, ayudaron a crear un prerrequisito importante para la revolución industrial. Antes de 1688, la inversión en esta infraestructura había sido dificultada por actos arbitrarios de los reyes Estuardo. El cambio de situación a partir de entonces queda ilustrado claramente por el caso del río Salwerpe, en Worcestershire (Inglaterra). En 1662, el Parlamento aprobó una ley para fomentar la inversión y hacer que el río Salwerpe fuera navegable, y la familia Baldwyn invirtió seis mil libras esterlinas en este objetivo. A cambio, consiguieron el derecho a cobrar por navegar en el río. En 1693, se presentó un proyecto de ley en el Parlamento para transferir estos derechos de cobro por navegación al conde de Shrewsbury y a lord Coventry. El proyecto de ley fue cuestionado por sir Timothy Baldwyn, que inmediatamente presentó una petición al Parlamento en la que afirmaba que dicho proyecto esencialmente expropiaba a su padre, que ya había invertido una gran suma de dinero en el río teniendo en cuenta las tarifas que después podría cobrar. Baldwyn defendió que «el nuevo proyecto de ley invalida dicho acto y arrebata todo el trabajo y los materiales que se utilizaron para tal fin». La reasignación de derechos como éstos era exactamente el tipo de cosas que hacían los monarcas Estuardo. Baldwyn destacó: «Tiene consecuencias peligrosas arrebatar un derecho a una persona, comprado de acuerdo con una ley del Parlamento, sin su consentimiento». En aquel caso, la nueva ley fracasó y los derechos de Baldwyn se mantuvieron. Los derechos de propiedad eran mucho más seguros después de 1688, en parte porque garantizarlos coincidía con los intereses del Parlamento y en parte porque las peticiones podían influir en las instituciones pluralistas. Vemos aquí que, después de

1688, el sistema político se hizo significativamente más pluralista y creó unas condiciones de igualdad relativas dentro de Inglaterra.

La base para la revolución del transporte y, en general, la reorganización de la tierra que tuvo lugar en el siglo XVIII fueron las leyes parlamentarias que cambiaron la naturaleza del régimen de propiedad. Hasta 1688, incluso había una ficción legal de que toda la tierra inglesa, en última instancia, era propiedad de la Corona, como legado directo de la organización feudal de la sociedad. Muchas tierras estaban gravadas por numerosas formas arcaicas de derechos de propiedad y reclamaciones cruzadas. Otras muchas estaban sujetas al denominado *equitable estates*, que significaba que el propietario de la tierra no podía hipotecarla, alquilarla ni venderla. La tierra común normalmente sólo se podía dedicar a usos tradicionales, y había numerosos impedimentos para utilizar la tierra de formas que fueran económicamente deseables. El Parlamento empezó a cambiar esta situación al permitir que grupos de personas hicieran peticiones para simplificar y reorganizar los derechos de propiedad, estas modificaciones posteriormente se tradujeron en cientos de leyes parlamentarias.

La reorganización de las instituciones económicas también se manifestó en una agenda para proteger la producción textil nacional de las importaciones extranjeras. No es de extrañar que los parlamentarios y sus electores no se opusieran a todos los monopolios y obstáculos de entrada; aquellos que aumentaran su propio mercado y sus beneficios serían bien recibidos. Sin embargo, fue crucial que las instituciones políticas (el hecho de que el Parlamento representara, facultara y escuchara a un segmento amplio de la sociedad), con la creación de aquellas barreras de entrada, no ahogaran a otros industriales ni dejaran fuera completamente a los recién llegados, como hizo la *serrata* en Venecia, comentada en el capítulo 6. Los poderosos fabricantes de productos de lana pronto lo descubrieron.

En 1688, algunos de los productos más importantes que llegaban a Inglaterra eran artículos textiles de la India, percales y muselinas, que representaban alrededor de una cuarta parte de todas las importaciones textiles. También eran importantes las sedas de China. Los percales y las sedas eran importados por la Compañía de las Indias Orientales, que, antes de 1688, disfrutaba de un monopolio autorizado por el gobierno sobre el comercio con Asia. Sin embargo, el monopolio y el poder político de la Compañía de las Indias Orientales se sostenían gracias a grandes sobornos a Jacobo II. Después de 1688, la Compañía estaba en una posición vulnerable y, al cabo de poco tiempo, se vio atacada. Se produjo una intensa guerra de peticiones en la que los comerciantes que deseaban hacer negocios en el Lejano Oriente y la India pedían que el Parlamento autorizara la competencia a la Compañía de las Indias Orientales, mientras que ésta respondía con contrapeticiones y ofertas para prestar dinero al Parlamento. La Compañía perdió y se fundó una nueva Compañía de las Indias Orientales para poder competir. No obstante, los fabricantes de artículos textiles no querían solamente más competencia en el comercio con la India, sino que las importaciones de artículos textiles indios baratos (percales) fueran gravadas o incluso prohibidas. Aquellos productores se enfrentaban a una fuerte competencia de las importaciones indias baratas. En aquel punto, los productores nacionales más importantes fabricaban artículos textiles de lana, pero los productores de tejidos de algodón estaban pasando a ser cada vez más importantes económicamente y más poderosos políticamente.

La industria de la lana ya intentaba protegerse desde 1660. Fomentó las «leyes suntuarias» que, entre otras cosas, prohibían llevar tejidos ligeros. También presionó al Parlamento para aprobar nuevas leyes en 1666 y 1678 que ilegalizarían que en los entierros se empleara algo que no fuera un sudario de lana. Ambas medidas protegían el mercado de los artículos de lana y reducían la competencia asiática a la que se enfrentaban los fabricantes ingleses. Sin embargo, en este período, la Compañía de las Indias Orientales era demasiado fuerte para restringir la importación de artículos

textiles asiáticos. La situación dio un giro después de 1688. Entre 1696 y 1698, los fabricantes de productos de lana de East Anglia y West Country se aliaron con los tejedores de seda de Londres, Canterbury y la Levant Company para limitar las importaciones. Los importadores de lana de la Levant Company, a pesar de haber perdido recientemente su monopolio, deseaban excluir a las sedas asiáticas para crear un nicho para las sedas del Imperio otomano. Esta coalición empezó a presentar proyectos de ley al Parlamento para limitar el uso de algodones y sedas asiáticos y restringir también el teñido y la estampación de artículos asiáticos en Inglaterra. En respuesta, en 1701, el Parlamento finalmente aprobó «una ley para el empleo más eficaz de los pobres, fomentando las manufacturas de este reino». A partir de setiembre de 1701, decretó: «No se llevarán sedas trabajadas, bengalas ni tejidos mezclados con seda de herba, fabricadas en Persia, China ni las Indias Orientales, ni se llevarán los percales pintados, teñidos o estampados allí que se hayan importado o se vayan a importar a este reino».

A partir de ese momento, fue ilegal vestir sedas o percales asiáticos en Inglaterra. No obstante, todavía era posible importarlos para reexportarlos a Europa o a otros lugares, sobre todo a las colonias americanas. Además, se podía importar percal simple y hacer el acabado en Inglaterra. Las muselinas estaban exentas de la prohibición. Tras una larga lucha, aquellas lagunas jurídicas, según los fabricantes de artículos textiles de lana nacionales, se cerraron con la ley del percal de 1721: «Después del 25 de diciembre de 1722, no será legal que ninguna persona utilice ni lleve en Gran Bretaña, en prenda alguna, ningún percal estampado, pintado ni teñido». A pesar de que esta ley eliminaba la competencia de Asia para las prendas de lana inglesa, todavía dejaba una activa industria nacional del algodón y el lino que competía con los tejidos de lana: se mezclaban algodón y lino para producir un tejido popular llamado fustán. Así que después de haber excluido a la competencia asiática, la industria de la lana intentó frenar el lino. Éste se hacía principalmente en Escocia e Irlanda, lo que daba cierto margen a una coalición inglesa para demandar la exclusión de esos países de los mercados ingleses. Sin embargo, había límites para el poder de los fabricantes de lana. Sus nuevos intentos toparon con la fuerte oposición de los productores de fustán en los centros industriales crecientes de Mánchester, Lancaster y Liverpool. El hecho de que las instituciones políticas fueran pluralistas implicaba que todos aquellos grupos tuvieran entonces acceso al proceso político en el Parlamento a través de las votaciones, y, más importante aún, mediante las peticiones. A pesar de que las peticiones procedían de ambos bandos, y reunían firmas a favor y en contra, el resultado de este conflicto fue una victoria para los nuevos intereses contra la industria de la lana. La Ley de Mánchester de 1736 acordaba que «grandes cantidades de artículos hechos con hilo de lino y algodón se han fabricado durante varios años y se han estampado y pintado dentro de este reino de Gran Bretaña». Después, pasaba a afirmar que «nada en la citada ley [de 1721] se extenderá o será interpretado para prohibir llevar o utilizar en ropa, artículos de casa, mobiliario u otros usos cualquier tipo de artículo hecho con hilo de lino y lana de algodón, fabricado y estampado o pintado con cualquier color o colores dentro del reino de Gran Bretaña».

La Ley de Mánchester fue una victoria importante para los nuevos fabricantes de algodón. Sin embargo, su importancia histórica y económica fue mucho mayor. En primer lugar, demostró los límites de los obstáculos de entrada que permitirían las instituciones políticas pluralistas de la Inglaterra parlamentaria. En segundo lugar, durante el medio siglo siguiente, las innovaciones tecnológicas en la fabricación de paño de algodón serían cruciales para la revolución industrial y transformarían fundamentalmente la sociedad introduciendo el sistema fabril.

Después de 1688, a pesar de que aparecieran condiciones de igualdad dentro del país, internacionalmente, el Parlamento se esforzaba para que no las hubiera. Esta intención se hizo patente

en las leyes del percal, pero también en las de navegación, la primera de las cuales se aprobó en 1651, y continuaron en vigor con cambios durante los doscientos años siguientes. El objetivo de aquellas leyes era facilitar el monopolio inglés del comercio internacional, y lo más remarcable era que dicho monopolio no estaba en manos del Estado, sino del sector privado. El principio básico era que el comercio inglés debía ser realizado con barcos ingleses. Las leyes hacían ilegal que los barcos extranjeros transportaran artículos de fuera de Europa a Inglaterra o a sus colonias y era ilegal también que barcos de otros países enviaran productos desde otro país europeo a Inglaterra. Esta ventaja para los comerciantes y fabricantes ingleses naturalmente aumentó sus beneficios y puede que fomentara más la innovación en esas actividades nuevas y altamente rentables.

En 1760, la combinación de todos estos factores (derechos de propiedad nuevos y mejorados, progreso de la infraestructura, cambio del régimen fiscal, mayor acceso a finanzas y protección agresiva para comerciantes y fabricantes) estaba empezando a surtir efecto. Después de esa fecha, hubo un salto en el número de invenciones patentadas y el gran florecimiento del cambio tecnológico que iba a estar en el corazón de la revolución industrial empezó a ser evidente. Las innovaciones tuvieron lugar en muchos frentes, lo que reflejaba el entorno institucional mejorado. Una área crucial era la energía, y las transformaciones más famosas de este campo fueron los usos de la máquina de vapor que se lograron gracias a las ideas de James Watt a partir de 1760.

La mejora inicial de Watt fue introducir una cámara de condensación independiente para el vapor, de forma que el cilindro en el que estaba el pistón pudiera mantenerse continuamente caliente en lugar de ser calentado y enfriado. Posteriormente, desarrolló muchas otras ideas, como métodos mucho más eficientes de convertir el movimiento de la máquina de vapor en energía útil, sobre todo sus engranajes de «sol y planetas». En todas estas áreas, las innovaciones tecnológicas se basaban en el trabajo anterior de otros. En el contexto de la máquina de vapor, incluía el trabajo inicial del inventor inglés Thomas Newcomen y de Dionysius Papin, físico e inventor francés.

La historia de la invención de Papin es otro ejemplo de que, bajo instituciones extractivas, la amenaza de la destrucción creativa impide el cambio tecnológico. Papin desarrolló un diseño para un «sistema para digerir vapor» en 1679, y en 1690 extendió esta idea a un motor de pistones. En 1705, utilizó este motor rudimentario para construir el primer barco de vapor del mundo. En aquel momento, Papin era profesor de matemáticas en la Universidad de Marburgo, en el Estado alemán de Kassel. Decidió hacer que el barco navegara a vapor por el río Fulda hasta el río Weser. Cualquier barco que hacía ese trayecto estaba obligado a detenerse en la ciudad de Münden. En aquel momento, el tráfico fluvial del Fulda y el Weser era monopolio de un gremio de barqueros y Papin seguramente presintió que habría problemas. Su amigo y mentor, el famoso físico alemán Gottfried Leibniz, escribió al elector de Kassel, el jefe de Estado, pidiéndole que Papin tuviera permiso para «pasar sin ser molestado» a través de Kassel. Sin embargo, la petición de Leibniz fue rechazada y recibió la respuesta seca de que «los consejeros electorales han encontrado serios obstáculos para garantizar su petición y, sin dar sus razones, me han ordenado que le informe de la decisión que han tomado y de que, en consecuencia, la petición no ha sido concedida por esta alteza electoral». Sin dejarse intimidar, Papin decidió hacer el trayecto igualmente. Cuando su barco de vapor llegó a Münden, el gremio de barqueros intentó que un juez local embargara la embarcación, pero no lo consiguieron. Entonces, los barqueros se lanzaron sobre el barco de Papin y destrozaron la máquina de vapor a golpes. Papin murió pobre y fue enterrado en una tumba anónima. En la Inglaterra de los Tudor o de los Estuardo, Papin habría recibido un tratamiento hostil parecido, pero todo esto cambió después de 1688. De hecho, antes de que destruyeran la embarcación, Papin había intentado navegar con su barco hasta Londres.

En el campo metalúrgico, las aportaciones de 1780 a 1790 llegaron por parte de Henry Cort, que introdujo técnicas nuevas para tratar con las impurezas del hierro, lo que permitió mejorar la calidad del hierro forjado que se producía. Fue un hecho determinante para la fabricación de tornillos, herramientas y piezas de máquinas. La producción de enormes cantidades de hierro forjado utilizando las técnicas de Cort fue facilitada por las innovaciones de Abraham Darby y sus hijos, que fueron pioneros en el uso de carbón para fundir hierro a partir de 1709. Este proceso fue mejorado en 1762 con la adaptación realizada por John Smeaton de la energía hidráulica para operar cilindros para hacer coque. A partir de entonces, el carbón vegetal desapareció de la producción de hierro y fue sustituido por carbón mineral, mucho más barato y fácil de conseguir.

Aunque la innovación sea obviamente acumulativa, había una aceleración distinta a mediados del siglo XVIII. En ningún lugar era más visible que en la producción textil. La operación más básica en la producción de artículos textiles es hilar, que implica dar vueltas a fibras de plantas o animales, como algodón o lana, para formar hilo. Este hilo se teje para fabricar así el artículo textil. Una de las grandes innovaciones tecnológicas del período medieval fue la *spinning wheel* (rueca) que reemplazó al hilado manual. Esta invención, que apareció alrededor de 1280 en Europa, probablemente procedía de Oriente Próximo. Los métodos de hilado no cambiaron hasta el siglo XVIII. Se produjeron innovaciones importantes en 1738, cuando Lewis Paul patentó un nuevo método de hilado mediante rodillos para sustituir a las manos humanas para sacar las fibras que se hilaban. Sin embargo, la máquina no funcionaba bien, y fueron las innovaciones de Richard Arkwright y James Hargreaves las que revolucionaron realmente el hilado.

En 1769, Arkwright, una de las figuras dominantes de la revolución industrial, patentó su «torno de hilar de agua», una mejora enorme de la máquina de Lewis. Formó una sociedad con Jedediah Strutt y Samuel Need, fabricantes de géneros de punto, y en 1771 construyeron una de las primeras fábricas del mundo, en Cromford. Las nuevas máquinas estaban impulsadas por agua, pero, posteriormente, Arkwright hizo la transición crucial a la energía de vapor. En 1774, la empresa empleaba a seiscientos trabajadores y crecía ampliamente, abrió fábricas en Mánchester, Matlock, Bath y también en New Lanark (Escocia). Las innovaciones de Arkwright fueron complementadas por la invención de Hargreaves, en 1764, de la hiladora de husos múltiples, modificada posteriormente por Samuel Crompton en 1779 con un invento que denominó *mule*, y más tarde modificada de nuevo por Richard Roberts y convertida en la llamada *self-acting mule*. Los efectos de aquellas innovaciones eran realmente revolucionarios. Anteriormente, en aquel siglo, se tardaban cincuenta mil horas en hilar manualmente 100 libras de algodón. El torno de hilar movido por agua de Arkwright podía hacerlo en trescientas horas y la *self-acting mule*, en ciento treinta y cinco.

La mecanización del hilado llegó acompañada de la mecanización del tejido. Un primer paso importante fue la invención de la lanzadera volante de John Kay en 1733. A pesar de que al principio sólo aumentó la productividad de los tejedores a mano, su impacto más duradero sería abrir el camino a la mecanización del tejido. A partir de la lanzadera volante, Edmund Cartwright introdujo el telar mecánico en 1785, el primer paso en una serie de innovaciones que conducirían a máquinas que sustituirían la habilidad manual para tejer igual que estaban haciendo en el caso del hilado.

La industria textil inglesa no fue solamente el motor de la revolución industrial, sino que también revolucionó la economía mundial. Las exportaciones inglesas, encabezadas por los artículos de algodón, se duplicaron entre 1780 y 1800. Fue el crecimiento en este sector lo que tiró de toda la economía. La combinación de innovación tecnológica y organizativa proporciona el modelo para el progreso económico que transformó las economías mundiales que llegarían a ser ricas.

Para esta transformación, fue crucial la existencia de personas nuevas con ideas nuevas. Veamos la

innovación en el transporte. En Inglaterra, hubo varias olas de innovación en este campo. Primero, los canales; después, las carreteras, y por último, el ferrocarril. En cada una de estas olas, los innovadores eran hombres nuevos. Los canales se empezaron a desarrollar en Inglaterra después de 1770, y en 1810 habían unido muchas de las áreas de fabricación más importantes. A medida que avanzaba la revolución industrial, los canales fueron cruciales para reducir el coste del transporte para trasladar los nuevos y voluminosos productos industriales, como los artículos de algodón, y los insumos necesarios para su fabricación, principalmente algodón en bruto y carbón para las máquinas de vapor. Los primeros innovadores en la construcción de canales fueron hombres como James Brindley, contratado por el duque de Bridgewater para construir el canal de Bridgewater, que acabó uniendo la ciudad industrial clave de Mánchester con el puerto de Liverpool. Brindley, nacido en el Derbyshire rural, era mecánico de molinos de profesión. Su reputación de encontrar soluciones creativas para problemas de ingeniería llamó la atención del duque. No tenía experiencia previa con problemas de transporte, igual que sucedía con otros grandes ingenieros de canales como Thomas Telford, que empezó a ganarse la vida como cantero, o John Smeaton, fabricante de instrumentos e ingeniero.

Así como los grandes ingenieros de canales no tenían ninguna relación anterior con el transporte, tampoco la tenían los grandes ingenieros de caminos y ferrocarril. John McAdam, que inventó el asfalto alrededor de 1816, fue el segundo hijo de un aristócrata menor. El primer tren de vapor fue construido por Richard Trevithick en 1804. El padre de Trevithick estaba relacionado con las minas de Cornualles, y Richard entró en el mismo negocio a una edad temprana y quedó fascinado por las máquinas de vapor utilizadas para vaciar las minas. Más importantes fueron las innovaciones de George Stephenson, hijo de padres analfabetos e inventor del famoso tren *The Rocket*, que empezó a trabajar como maquinista en una mina de carbón.

También fueron hombres nuevos quienes impulsaron la fundamental industria textil de algodón. Algunos de los pioneros de esta nueva industria eran las personas que previamente habían participado de forma importante en la producción y el comercio de tejidos de lana. Por ejemplo, John Foster empleaba a setecientos tejedores manuales en la industria de la lana en el momento en el que pasó al algodón y abrió Black Dyke Mills en 1835. Sin embargo, hombres como Foster eran una minoría. Solamente alrededor de una quinta parte de los industriales principales en aquel momento habían participado con anterioridad en algo relacionado con la fabricación. No es de extrañar. La industria del algodón se desarrolló en ciudades nuevas del norte de Inglaterra. Las fábricas eran una forma completamente nueva de organizar la producción. La industria de la lana se había organizado de un modo muy distinto, llevando materiales a casa de las personas, que hilaban y tejían por su cuenta. Por lo tanto, la mayoría de los que estaban en la industria de la lana estaban mal equipados para cambiar al algodón, a diferencia de Foster. Se necesitaba a aquellos recién llegados para que desarrollaran y utilizaran nuevas tecnologías. La rápida expansión del algodón diezmó la industria de la lana. Era pura destrucción creativa.

La destrucción creativa redistribuye no solamente la renta y la riqueza, sino también el poder político, como William Lee averiguó cuando vio lo poco receptivas que eran las autoridades a su invento porque temían sus consecuencias políticas. A medida que la economía industrial se expandía en Mánchester y Birmingham, los nuevos propietarios de fábricas y grupos de clase media que aparecieron a su alrededor empezaron a quejarse porque no tenían derecho al voto y por las políticas gubernamentales que se oponían a sus intereses. Su primer objetivo fueron las leyes del maíz, que prohibían la importación de maíz (y de todo tipo de granos y cereales, pero sobre todo de trigo) si el precio bajaba demasiado, con lo que se garantizaba que los beneficios de los grandes terratenientes se mantuvieran altos. Esta política fue muy buena para los grandes terratenientes que producían trigo,

pero mala para los fabricantes, porque tenían que pagar sueldos altos para compensar el precio elevado del pan.

Como los trabajadores estaban concentrados en fábricas y centros industriales nuevos, la organización y los disturbios se hicieron más fáciles. A partir de 1820, la exclusión política de los nuevos fabricantes y centros de fabricación era insostenible. El 16 de agosto de 1819, se planeó una reunión para protestar por el sistema político y las políticas del gobierno en St. Peter's Fields (Mánchester). El organizador fue Joseph Johnson, fabricante local de cepillos y uno de los fundadores del periódico radical *The Mánchester Observer*. Otros organizadores fueron John Knight, fabricante de algodón y reformista, y John Thacker Saxton, editor de *The Mánchester Observer*. Se reunieron sesenta mil manifestantes; muchos de ellos llevaban pancartas como «No a las leyes del maíz», «Sufragio universal» y «Voto mediante papeleta» (se referían a que el voto debía ser secreto, y no abierto, como se hacía en 1819). Las autoridades se pusieron muy nerviosas y reunieron una fuerza de seiscientos húsares de la caballería del decimoquinto regimiento. Cuando empezaron los discursos, un magistrado local decidió emitir una orden para detener a los oradores. Mientras la policía intentaba hacer cumplir la orden, topó con la oposición de la multitud y estalló una lucha. En ese momento, los húsares cargaron contra ella. En cuestión de unos pocos minutos caóticos, murieron once personas y probablemente unas seiscientas resultaron heridas. *The Mánchester Observer* lo llamó «la masacre de Peterloo».

Sin embargo, dados los cambios que ya se habían producido en las instituciones económicas y políticas, la represión a largo plazo no era una solución en Inglaterra. La masacre de Peterloo continuaría siendo un incidente aislado. Tras los disturbios, las instituciones políticas inglesas cedieron a la presión y a la amenaza desestabilizadora de un descontento social mucho más amplio, sobre todo después de la revolución de 1830 en Francia contra Carlos X, que había intentado restaurar el absolutismo destruido por la Revolución francesa de 1789. En 1832, el gobierno aprobó la Primera ley de Reforma, que daba derecho a voto en Birmingham, Leeds, Mánchester y Sheffield y ampliaba la base de votantes para que los fabricantes pudieran estar representados en el Parlamento. El cambio consiguiente en el poder político movió la política en la dirección favorecida por esos intereses representados nuevamente; en 1846, consiguieron que se rechazaran las odiadas leyes del maíz, demostrando de nuevo que la destrucción creativa significaba redistribución no sólo de renta, sino también de poder político. Y, naturalmente, los cambios en la distribución del poder político a tiempo conducirían a una redistribución adicional de la renta.

Fue la naturaleza inclusiva de las instituciones inglesas lo que permitió que se produjera ese proceso. Los que sufrían y temían la destrucción creativa ya no fueron capaces de detenerla.

¿Por qué en Inglaterra?

La revolución industrial empezó y tuvo su mayor avance en Inglaterra debido a sus instituciones económicas especialmente inclusivas. Éstas, a su vez, se apoyaban en la base fijada por las instituciones políticas inclusivas creadas por la Revolución gloriosa. Fue esta revolución la que reforzó y racionalizó los derechos de propiedad, mejoró los mercados financieros, socavó los monopolios aprobados por el Estado en comercio exterior y eliminó las barreras para la expansión de la industria. Fue la Revolución gloriosa la que hizo que el sistema político se abriera y respondiera a las aspiraciones y necesidades económicas de la sociedad. Estas instituciones económicas inclusivas dieron a hombres de talento y visión como James Watt la oportunidad y el incentivo para desarrollar

sus habilidades e ideas e influir en el sistema de manera que beneficiara a él y a la nación. Naturalmente, estos hombres, una vez alcanzado el éxito, tenían los mismos deseos que cualquier otra persona. Querían bloquear la entrada de otros en sus negocios y evitar que compitieran contra ellos, y temían el proceso de destrucción creativa que podía dejarlos sin negocio, igual que otros habían ido a la bancarrota antes que ellos. Sin embargo, después de 1688, el bloqueo se hizo más difícil de lograr. En 1775, Richard Arkwright solicitó una patente general que esperaba que le diera un monopolio futuro en la industria del hilado de algodón que se expandía con tanta rapidez, pero no consiguió que los tribunales la impusieran.

¿Por qué este proceso único empezó en Inglaterra y por qué en el siglo XVII? ¿Por qué Inglaterra desarrolló instituciones políticas pluralistas y rompió con las instituciones extractivas? Como hemos visto, el desarrollo político que condujo a la Revolución gloriosa se debió a varios procesos interrelacionados. Fue decisivo el conflicto político entre el absolutismo y sus adversarios. El resultado de este conflicto no solamente puso fin a los intentos de crear un absolutismo renovado y más fuerte en Inglaterra, sino que también confirió poder a los que deseaban cambiar profundamente las instituciones de la sociedad. Los adversarios del absolutismo no se limitaron a intentar construir un tipo de absolutismo distinto. No era simplemente que la Casa de Lancaster derrotara a la Casa de York en la guerra de las Rosas, sino que la Revolución gloriosa implicó la aparición de un régimen nuevo basado en el pluralismo y el orden constitucional.

Este resultado fue consecuencia de la deriva de las instituciones inglesas y su forma de interactuar con coyunturas críticas. En el capítulo anterior, vimos que las instituciones feudales fueron creadas en Europa occidental tras la caída del Imperio romano de Occidente. El feudalismo se extendió por casi toda Europa, tanto occidental como oriental. Sin embargo, tal y como mostró el capítulo 4, Europa occidental y oriental empezaron a divergir radicalmente después de la peste negra. Las pequeñas diferencias en instituciones políticas y económicas significaron que, en Europa occidental, el equilibrio de poder condujera a la mejora institucional, mientras que en la oriental produjo deterioro institucional. Sin embargo, no era un camino que necesaria e inexorablemente condujera a instituciones inclusivas, sino que sería necesario que se produjeran muchos más cambios trascendentales. Así como la Carta Magna intentó establecer algunas bases institucionales básicas para el orden constitucional, muchas otras partes de Europa, incluso de la parte oriental, experimentaron luchas similares con documentos parecidos. No obstante, después de la peste negra, Europa occidental se había alejado significativamente de Europa oriental. Documentos como la Carta Magna empezaban a tener más efecto en la parte occidental. En la oriental, llegaron a ser prácticamente papel mojado. En Inglaterra, incluso antes de los conflictos del siglo XVII, se estableció la norma de que el rey no podía imponer nuevos impuestos sin la aprobación del Parlamento. Igual de importante fue la deriva de poder, lenta y progresiva, desde las élites hasta los ciudadanos en general, como ilustra la movilización política de las comunidades rurales, vista en Inglaterra en momentos como la revuelta campesina de 1381.

Esta deriva de las instituciones ahora interaccionaba con otra coyuntura crítica provocada por la expansión masiva del comercio en el Atlántico. Como vimos en el capítulo 4, este cambio influyó de una forma decisiva en la dinámica institucional futura que dependía de si la Corona podía o no monopolizar este comercio. En Inglaterra, el poder en cierto modo mayor del Parlamento significaba que los monarcas Tudor y Estuardo no podían hacerlo. Esto creó una nueva clase de comerciantes y hombres de negocios que se opusieron enérgicamente al plan para crear absolutismo en Inglaterra. Por ejemplo, en 1686, en Londres, había 702 comerciantes que exportaban al Caribe y 1.283 que importaban. Norteamérica tenía 691 comerciantes que exportaban y 626 que importaban. Contrataban

a almaceneros, marineros, capitanes, estibadores, oficinistas, y todos ellos compartían sus intereses en general. Otros puertos vibrantes, como los de Bristol, Liverpool y Portsmouth, también estaban llenos de comerciantes de este tipo. Estos hombres nuevos deseaban y exigían instituciones económicas distintas y, a medida que sus negocios los hacían más ricos, se hacían más poderosos. Las mismas fuerzas operaban en Francia, España y Portugal. Sin embargo, en aquellos países, los reyes eran mucho más capaces de controlar el comercio y sus beneficios. El tipo de grupo nuevo que iba a transformar Inglaterra también apareció en aquellos países, pero era considerablemente menor y más débil.

Cuando el denominado «Parlamento largo» se reunió y estalló la guerra civil en 1642, aquellos comerciantes se pusieron sobre todo del lado de la causa parlamentaria. A partir de 1670, participaron activamente en la formación del partido *whig*, para oponerse al absolutismo de los Estuardo, y, en 1688, serían cruciales en la destitución de Jacobo II. Por lo tanto, las oportunidades de negocio creciente que presentaba América, la entrada masiva de comerciantes ingleses en este negocio y el desarrollo económico de las colonias y las fortunas que se amasaron durante el proceso inclinaron la balanza de poder en la lucha entre la monarquía y aquellos que se oponían al absolutismo.

Quizá lo más crítico fuera la aparición y potenciación de intereses diversos —desde la *gentry*, la clase de agricultores y comerciantes que había aparecido en el período Tudor, hasta distintos tipos de fabricantes y comerciantes atlánticos— lo que significó que la coalición contra el absolutismo Estuardo no solamente era fuerte, sino también amplia. Y se reforzó todavía más por la formación del partido *whig*, hacia 1670, que proporcionó una organización para fomentar sus intereses. Esta potenciación fue lo que fundamentó el pluralismo tras la Revolución gloriosa. Si todos lo que luchaban contra los Estuardo hubieran tenido los mismos intereses y el mismo origen, el derrocamiento de la monarquía Estuardo habría tenido más probabilidades de ser una repetición de la Casa de Lancaster contra la Casa de York, enfrentando a un grupo contra un conjunto reducido de intereses y, finalmente, recreando una forma igual o distinta de instituciones extractivas. Una coalición amplia significaba que habría mayores demandas para la creación de instituciones políticas pluralistas. Sin algún tipo de pluralismo, habría el peligro de que uno de los intereses diversos usurpara el poder a costa del resto. El hecho de que el Parlamento después de 1688 representara una coalición tan amplia fue un factor crucial para hacer que los parlamentarios escucharan las peticiones, incluso las que procedían de personas externas al Parlamento y las de quienes no tenían derecho a voto. Esto fue un factor determinante para impedir los intentos de un grupo de crear un monopolio a costa del resto, como intentaron hacer los intereses de la lana antes de la ley de Mánchester.

La Revolución gloriosa fue un acontecimiento decisivo precisamente porque fue dirigido por una coalición amplia y envalentonada que la dotó aún de más poder, y logró forjar un régimen constitucional que ponía límites al poder del ejecutivo y de cualquiera de sus miembros, lo que también fue determinante. Por ejemplo, fueron esos límites los que impidieron que los fabricantes de lana fueran capaces de acabar con la competencia potencial de los fabricantes de algodón y fustán. Por lo tanto, aquella coalición amplia fue esencial en el período preparatorio que conduciría a un Parlamento fuerte después de 1688, pero también significó que dentro de éste se comprobara si cualquier grupo llegaba a ser demasiado poderoso y abusaba de su poder. Fue el factor crítico para la aparición de instituciones políticas pluralistas. La cesión de poderes a una coalición tan amplia también fue crucial para la persistencia y el refuerzo de esas instituciones económicas políticas inclusivas, como veremos en el capítulo 11.

Sin embargo, nada de esto hacía que el régimen pluralista fuera realmente inevitable. Su aparición, en parte, se debió al devenir circunstancial de la historia. Una coalición que no era demasiado

diferente pudo salir victoriosa de la guerra civil inglesa contra los Estuardo, pero esto solamente condujo a la dictadura de Oliver Cromwell. La fuerza de esta coalición tampoco garantizaba la derrota del absolutismo. Jacobo II podría haber derrotado a Guillermo de Orange. El camino del gran cambio institucional fue, como siempre, no menos fortuito que el resultado de otros conflictos políticos. Fue así aunque el camino específico de la deriva institucional que creó aquella amplia coalición se opusiera al absolutismo y la crítica coyuntura de las oportunidades de comercio atlántico hiciera que los Estuardo llevaran las de perder. Por consiguiente, en este caso, la fatalidad y una amplia coalición fueron factores decisivos para la aparición del pluralismo y las instituciones inclusivas.

8

No en nuestro territorio: obstáculos para el desarrollo

La prohibición de la imprenta

En 1445, en la ciudad alemana de Mainz, Johannes Gutenberg presentó una innovación que tendría consecuencias profundas para la historia económica posterior: una imprenta basada en tipos movibles. Hasta aquel momento, los libros tenían que ser copiados a mano por los escribas, lo que hacía el proceso muy lento y laborioso, o se imprimían en bloques con piezas concretas de madera cortadas para imprimir cada página. Los libros eran un bien escaso y muy caro. Tras el invento de Gutenberg, las cosas empezaron a cambiar. Como los libros se imprimían, eran más fáciles de conseguir. Sin esta innovación, la educación y la alfabetización en masa habrían sido imposibles.

En Europa occidental, se reconoció en seguida la importancia de la imprenta. En 1460, ya había una imprenta al otro lado de la frontera, en Estrasburgo (Francia). A finales de 1460, la tecnología se había extendido por Italia, con imprentas en Roma y Venecia, y pronto llegó a Florencia, Milán y Turín. En 1476, William Caxton montó una imprenta en Londres, y dos años después, había una en Oxford. Durante el mismo período, la imprenta se extendió por los Países Bajos, España e incluso Europa oriental. En 1473, se abrió una imprenta en Budapest y, un año más tarde, otra en Cracovia.

Pero no todo el mundo consideraba que la imprenta fuera una innovación deseable. Ya en 1485, el sultán otomano Bayezid II emitió un edicto que prohibía expresamente a los musulmanes imprimir en árabe. Esta norma fue reforzada todavía más por el sultán Selim I en 1515. No fue hasta 1727 cuando se permitió la primera imprenta en tierras otomanas. Entonces, el sultán Ahmed III emitió un decreto por el que concedía a Ibrahim Müteferrika permiso para montar una imprenta. E incluso este paso tardío estuvo plagado de limitaciones. El decreto mencionaba «el afortunado día en el que esta técnica de Occidente se presente como una prometida y ya no se esconda», pero la imprenta de Müteferrika iba a estar controlada muy de cerca. El decreto establecía lo siguiente:

> Con el fin de que los libros impresos no tengan errores de imprenta, los eruditos religiosos especializados en ley islámica inteligentes, respetados y meritorios, el excelente cadí de Estambul, Mevlana Ishak, y el cadí de Selaniki, Mevlana Sahib, y el cadí de Galata, Mevlana Asad, que aumenten sus méritos, y de las órdenes religiosas ilustres, el pilar de los eruditos religiosos rectos, el jeque de Kasim Pasa Mevlevihane, Mevlana Musa, que crezcan su sabiduría y conocimiento, controlarán la revisión.

Müteferrika obtuvo el permiso para montar una imprenta, pero cualquier cosa que imprimía debía ser examinada por un grupo de tres eruditos religiosos y legales, los cadíes. Quizá la sabiduría y el conocimiento de los cadíes, y de cualquier otra persona, habrían aumentado mucho más de prisa si la imprenta hubiera estado disponible con más facilidad. Pero no iba a ser así, ni siquiera después de que Müteferrika obtuviera el permiso para montar su imprenta.

No es de extrañar que Müteferrika imprimiera pocos libros al final, solamente diecisiete entre 1729, cuando empezó a operar la imprenta, y 1743, cuando él dejó de trabajar. Su familia intentó continuar la tradición, pero solamente consiguieron imprimir otros siete libros antes de dejarlo finalmente en 1797. Fuera del corazón del Imperio otomano en Turquía, la imprenta se quedaba todavía más atrás. Por ejemplo, en Egipto, la primera imprenta se montó en 1798, por los franceses que formaban parte del intento fallido de Napoleón Bonaparte de conquistar al país. Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, la producción de libros del Imperio otomano todavía era

realizada por escribas que copiaban a mano los libros existentes. A principios del siglo XVIII, se consideraba que había ochenta mil de estos escribas activos en Estambul.

Esta oposición a la imprenta tuvo consecuencias obvias para la alfabetización, la educación y el éxito económico. En 1800, probablemente solamente el 2 o el 3 por ciento de los ciudadanos del Imperio otomano estaban alfabetizados, mientras que, en Inglaterra, el porcentaje de alfabetización era del 60 por ciento de los hombres adultos y el 40 por ciento de las mujeres adultas. En los Países Bajos y Alemania, los índices de alfabetización eran incluso superiores. Las tierras otomanas se quedaron rezagadas respecto a los países europeos que tenían menor nivel educativo de este período, como Portugal, donde probablemente solamente alrededor del 20 por ciento de los adultos sabía leer y escribir.

Si se tiene en cuenta lo fuertemente absolutistas y extractivas que eran las instituciones otomanas, es fácil entender la hostilidad del sultán a la imprenta. Los libros propagaban ideas y hacían que la población fuera mucho más difícil de controlar. Algunas de estas ideas pueden ser formas nuevas y valiosas de aumentar el desarrollo económico, pero otras pueden ser subversivas y cuestionar el statu quo político y social existente. Además, los libros reducen el poder de los que controlan el conocimiento oral, ya que hacen que ese conocimiento esté disponible fácilmente para cualquier persona que sepa leer. Eso suponía una amenaza que afectaría al statu quo existente, en el que el conocimiento estaba controlado por las élites. Los sultanes otomanos y el *establishment* religioso temían la destrucción creativa resultante. Su solución fue prohibir la imprenta.

La revolución industrial creó una coyuntura crítica que afectó prácticamente a todos los países. Algunos países, como Inglaterra, no solamente permitieron, sino que fomentaron activamente el comercio, la industrialización y el espíritu emprendedor, y crecieron rápidamente. Muchos, como el Imperio otomano, China y otros regímenes absolutistas, se quedaron atrás al bloquear o al no hacer nada para fomentar la extensión de la industria. Las instituciones políticas y económicas perfilaron la respuesta a la innovación tecnológica, creando de nuevo el patrón habitual de interacción entre las instituciones existentes y las coyunturas críticas que conducían a la divergencia en las instituciones y los resultados económicos.

El Imperio otomano continuó siendo absolutista hasta su caída tras el fin de la segunda guerra mundial y, por lo tanto, fue incapaz de oponerse o impedir innovaciones como la imprenta y la destrucción creativa que habría provocado. La razón de que los cambios económicos que tuvieron lugar en Inglaterra no sucedieran en el Imperio otomano es la conexión natural entre instituciones políticas extractivas y absolutistas e instituciones económicas extractivas. El absolutismo es el control ilimitado por parte de una única persona, aunque, en realidad, los absolutistas gobiernan con el apoyo de alguna élite o algún grupo reducido. Por ejemplo, en la Rusia del siglo XIX, los zares eran gobernantes absolutistas apoyados por una nobleza que representaba alrededor del 1 por ciento de la población total. Este grupo reducido organizó las instituciones políticas para perpetuar su poder. No hubo Parlamento ni representación política de otros grupos de la sociedad rusa hasta 1905, cuando el zar creó la duma, aunque pronto redujo los pocos poderes que le había concedido. Como cabría esperar, las instituciones económicas eran extractivas, ya que estaban organizadas para conseguir la máxima riqueza para el zar y los nobles. La base de esta organización, como ocurre en muchos sistemas económicos extractivos, fue un sistema masivo de control y coacción de la mano de obra, en la servidumbre rusa, que era particularmente nocivo.

El absolutismo no era el único tipo de institución política que impedía la industrialización. Los

regímenes absolutistas no eran pluralistas y temían la destrucción creativa; muchos tenían Estados centralizados o, como mínimo, estaban lo suficientemente centralizados para imponer prohibiciones en innovaciones como la imprenta. Incluso hoy en día, países como Afganistán, Haití y Nepal tienen Estados nacionales que carecen de centralización política. En el África subsahariana, la situación es incluso peor. Como comentamos anteriormente, sin un Estado centralizado que proporcione orden, imponga reglas y defienda derechos de propiedad, no pueden aparecer instituciones inclusivas. En este capítulo, veremos que en muchas partes del África subsahariana (por ejemplo, en Somalia y el sur de Sudán), un gran obstáculo para la industrialización fue la falta de algún tipo de centralización política. Sin estos prerrequisitos naturales, la industrialización no tenía ninguna posibilidad de despegar.

El absolutismo y la falta de centralización política, o la existencia de una centralización débil, son dos obstáculos distintos para la difusión de la industria. Sin embargo, también están conectados, ambos siguen funcionando por el temor a la destrucción creativa y porque el proceso de centralización política a menudo crea una tendencia hacia el absolutismo. La resistencia a la centralización política está motivada por razones similares a la resistencia a las instituciones políticas inclusivas: temor a perder poder político, esta vez, por el nuevo Estado centralizador y por las personas que lo controlan. En el capítulo anterior, vimos que el proceso de centralización política bajo la monarquía Tudor de Inglaterra aumentó la demanda de voz y representación de varias élites locales distintas en instituciones políticas nacionales como forma de evitar esta pérdida de poder político. Se creó un Parlamento más fuerte, con lo que, al final, se permitió que aparecieran instituciones políticas inclusivas.

Sin embargo, en muchos otros casos, sucedió precisamente lo contrario, y el proceso de centralización política también marca el comienzo de una era de mayor absolutismo. Un ejemplo de ello son los orígenes del absolutismo ruso, forjado por Pedro el Grande entre 1682 y 1725, el año de su muerte. Pedro construyó una nueva capital en San Petersburgo, arrebatando poder a la vieja aristocracia, los boyardos, para crear un Estado burocrático y un ejército modernos. Incluso abolió la Duma de los boyardos que le habían hecho zar. Introdujo la tabla de rangos, una jerarquía social totalmente nueva cuya esencia era el servicio al zar. También tomó el control de la Iglesia, igual que Enrique VIII cuando centralizó el Estado en Inglaterra. Con este proceso de centralización política, Pedro quitaba poder a otros y lo redirigía hacia sí mismo. Sus reformas militares provocaron que se rebelaran los guardias reales tradicionales, los *streltsy*. Esta revuelta fue seguida por otras, como la de los baskires en Asia central y la rebelión de Bulavin, pero ninguna tuvo éxito.

A pesar de que el proyecto de Pedro el Grande de centralización política fuera un éxito y superara a la oposición, el tipo de fuerzas que se oponían a la centralización estatal, como los *streltsy*, que vieron peligrar su poder, ganó en muchas partes del mundo y la falta resultante de centralización del Estado significó la persistencia de un tipo distinto de instituciones políticas extractivas.

En este capítulo, veremos que, durante la coyuntura crítica creada por la revolución industrial, muchos países perdieron el tren y no aprovecharon la difusión de la industria. O bien tenían instituciones económicas extractivas y políticas absolutistas, como el Imperio otomano, o bien carecían de centralización política, como Somalia.

Una pequeña diferencia que importó

Durante el siglo XVII, el absolutismo fracasó en Inglaterra, sin embargo, en España se reforzó. El equivalente español del Parlamento inglés, las Cortes, solamente existían de nombre. España se formó

en 1492 con la unión de los reinos de Castilla y Aragón a través del matrimonio de la reina Isabel y el rey Fernando. Aquella fecha coincidió con el fin de la Reconquista, el largo proceso de expulsión de los árabes que habían ocupado el sur de España, y que construyeron las grandes ciudades de Granada, Córdoba y Sevilla, desde el siglo VIII. El último Estado árabe de la península Ibérica, Granada, cayó en manos de España al mismo tiempo que Cristóbal Colón llegó a América y empezó a reclamar tierras para la corona española, que había financiado su viaje.

La unión de las Coronas de Castilla y Aragón y sus herencias y matrimonios dinásticos posteriores crearon un super-Estado europeo. Isabel murió en 1504, y su hija Juana fue coronada reina de Castilla. Juana se casó con Felipe de la Casa de Habsburgo, el hijo del emperador del Sacro Imperio romano, Maximiliano I. En 1516, Carlos, hijo de Juana y Felipe, fue coronado Carlos I de Castilla y Aragón. Tras la muerte de su padre, Carlos heredó los Países Bajos y el Franco Condado, que añadió a sus territorios en la península Ibérica y América. En 1519, cuando murió Maximiliano I, Carlos también heredó los territorios de los Habsburgo de Alemania y se convirtió en el emperador Carlos V del Sacro Imperio romano. Lo que había sido una unión de dos reinos españoles en 1492 se convirtió en un imperio multicontinental, y Carlos continuó el proyecto para reforzar el Estado absolutista que habían comenzado Isabel y Fernando.

El esfuerzo para construir y consolidar el absolutismo en España recibió la ayuda masiva del descubrimiento de metales preciosos en América. La plata ya había sido descubierta en grandes cantidades en Guanajuato (México), hacia 1520, y poco después se encontró en Zacatecas (México). La conquista de Perú después de 1532 creó todavía más riqueza para la monarquía. Llegó en forma de cuota, el «quinto real», que se recibía de cualquier botín de la conquista y también de las minas. Tal y como vimos en el capítulo 1, hacia 1540, aproximadamente, se descubrió una montaña de plata en Potosí, lo que llenó todavía más de riqueza los cofres del rey español.

En el momento de la unión entre Aragón y Castilla, España era una de las partes de Europa con mayor éxito económico. Tras la solidificación de su sistema político absolutista, se produjo un declive económico relativo que, después de 1600, pasó a ser absoluto. Prácticamente una de las primeras acciones de Isabel y Fernando después de la Reconquista fue la expulsión de los judíos. Los aproximadamente doscientos mil judíos de España debían irse antes de cuatro meses. Debían vender todas sus tierras y bienes a precios muy bajos y no se les permitía llevarse oro ni plata fuera del país. Una tragedia humana similar se produjo unos cien años más tarde. Entre 1609 y 1614, Felipe III expulsó a los moriscos, descendientes de los ciudadanos de los anteriores Estados árabes del sur de España. Igual que en el caso de los judíos, los moriscos debían irse solamente con lo que pudieran llevar encima y no se les permitía llevarse oro, plata ni otros metales preciosos.

Existía otro tipo de inseguridad de los derechos de propiedad bajo el dominio de los Habsburgo en España. Felipe II, que sucedió a su padre, Carlos V, en 1556, faltó al pago de sus deudas en 1557 y de nuevo en 1560, con lo que llevó a la ruina a las familias banqueras Fugger y Welser. El papel de los banqueros alemanes fue adoptado entonces por familias banqueras genovesas, que a su vez fueron arruinadas por los impagos españoles posteriores durante el reinado de los Habsburgo en 1575, 1596, 1607, 1627, 1647, 1652, 1660 y 1662.

Igual de crucial para la inestabilidad de los derechos de propiedad en la España absolutista fue el impacto del absolutismo en las instituciones económicas del comercio y el desarrollo del imperio colonial español. Como vimos en el capítulo anterior, el éxito económico de Inglaterra se basaba en la rápida expansión mercantil. En comparación con España y Portugal, Inglaterra acababa de llegar al comercio atlántico, pero permitió una participación relativamente amplia en las oportunidades coloniales y el comercio. Lo que llenaba los cofres de la Corona española enriquecía a la nueva clase

emergente de comerciantes en Inglaterra. Fue precisamente esta clase la que formaría la base del dinamismo económico inglés inicial y se convertiría en el baluarte de la coalición política antiabsolutista.

En España, los procesos que condujeron al progreso económico y el cambio institucional no se produjeron. Después del descubrimiento de América, Isabel y Fernando organizaron el comercio entre sus nuevas colonias y España a través de un gremio de comerciantes de Sevilla. Éstos controlaban todo el comercio y se aseguraban de que la monarquía recibiera su cuota de la riqueza de América. No había comercio libre con ninguna de las colonias, y cada año una amplia flotilla de barcos volvía de América a Sevilla con metales preciosos y artículos de valor. La base estrecha y monopolizada de este comercio impidió la aparición de una clase amplia de negociantes que tuvieran oportunidades de comercio con las colonias. Incluso el comercio entre las colonias de América estaba fuertemente regulado. Por ejemplo, un comerciante que estuviera en una colonia como Nueva España, aproximadamente el actual México moderno, no podía comerciar directamente con nadie de Nueva Granada, la moderna Colombia. Estas restricciones al comercio dentro del Imperio español redujeron la prosperidad económica de éste, y también, indirectamente, los beneficios potenciales que España habría logrado al comerciar con otro imperio más próspero. Sin embargo, el atractivo de la situación era que se garantizaba que la plata y el oro continuarían fluyendo hasta España.

Las instituciones económicas extractivas de España eran resultado directo de la construcción del absolutismo y del camino distinto, en comparación con Inglaterra, tomado por las instituciones políticas. Tanto el reino de Castilla como el de Aragón tenían sus Cortes, el equivalente del Parlamento inglés, que representaban a los distintos grupos o «estamentos» del reino. Igual que en el caso inglés, las Cortes de Castilla debían ser convocadas para aprobar impuestos nuevos. No obstante, las Cortes de Castilla y Aragón representaban sobre todo a las ciudades principales, y no a las zonas urbanas y a las rurales, como el Parlamento inglés. En el siglo XV, representaban solamente a dieciocho ciudades, cada una de las cuales enviaba a dos diputados. En consecuencia, las Cortes no representaban a una serie de grupos tan amplia como la que representaba el Parlamento inglés, y nunca se desarrollaron como un nexo de intereses variados que compitieran para imponer límites al absolutismo. No podían legislar, e incluso el alcance de su poder respecto a los impuestos era limitado. Todo esto facilitó que la monarquía española dejara fuera a las Cortes en el proceso de consolidación de su propio absolutismo. Incluso con la plata procedente de América, Carlos V y Felipe II necesitaban cada vez más ingresos fiscales para financiar una serie de guerras caras. En 1520, Carlos V decidió presentar a las Cortes demandas para subir los impuestos. Las élites urbanas aprovecharon el momento para exigir un cambio mucho más amplio en las Cortes y sus poderes. Esta oposición pasó a ser violenta y pronto se conoció como el levantamiento comunero. Carlos pudo aplastar la rebelión con las tropas leales. Sin embargo, a lo largo del resto de siglo XVI, hubo una batalla continua, ya que la Corona intentaba arrebatar a las Cortes el derecho a cobrar nuevos impuestos y aumentar los viejos que ya tenía. Aunque esta batalla fluctuó, finalmente resultó vencedora la monarquía. Después de 1664, las Cortes no se volverían a reunir hasta que volvieron a ser reconstruidas durante las invasiones napoleónicas, casi ciento cincuenta años más tarde.

En Inglaterra, la derrota del absolutismo en 1688 condujo no solamente a instituciones políticas pluralistas, sino también a un mayor desarrollo de un Estado centralizado mucho más efectivo. En España, ocurrió lo contrario con el triunfo del absolutismo. A pesar de que el monarca ató de pies y manos a las Cortes y eliminó cualquier restricción potencial de su comportamiento, era cada vez más difícil aumentar los impuestos, incluso cuando se intentaba mediante negociaciones directas con ciudades concretas. Mientras el Estado inglés creaba una burocracia impositiva moderna y eficiente,

el Estado español de nuevo se movía en sentido contrario. La monarquía, además de monopolizar el comercio y de no asegurar los derechos de propiedad para los emprendedores, vendía cargos, a menudo los hacía hereditarios, se permitía el lujo de cobrar impuestos agrícolas e incluso vendía inmunidad frente a la justicia.

Las consecuencias de estas instituciones políticas y económicas extractivas en España eran previsibles. Durante el siglo XVII, Inglaterra se dirigía al crecimiento comercial y a una rápida industrialización, y España caía en picado y se sumía en un declive económico generalizado. A principios de siglo, una de cada cinco personas de España vivía en zonas urbanas. A finales de siglo, esta cifra era de una de cada diez, debido al aumento del empobrecimiento de la población española. Las rentas españolas caían, mientras que Inglaterra se hacía rica.

La persistencia y el fortalecimiento del absolutismo en España, mientras en Inglaterra era extirpado, es otro ejemplo de que las pequeñas diferencias importan durante las coyunturas críticas. Estas diferencias radicaban en la fuerza y la naturaleza de las instituciones representativas; la coyuntura crítica fue el descubrimiento de América. La interacción de estos factores provocó que España recorriera un camino muy distinto al de Inglaterra. Las instituciones económicas relativamente inclusivas que aparecieron en Inglaterra crearon un dinamismo económico sin precedentes que culminó en la revolución industrial, mientras que la industrialización no tenía ninguna posibilidad en España. La tecnología industrial se extendía por muchas partes del mundo, pero la economía española se había hundido tanto que ni siquiera existía la necesidad de que la Corona o las élites terratenientes bloquearan la industrialización.

El temor a la industria

Sin cambios de las instituciones políticas y el poder político similares a los que se produjeron en Inglaterra después de 1688, había muy pocas posibilidades de que los países absolutistas se beneficiaran de las innovaciones y las nuevas tecnologías de la revolución industrial. En España, por ejemplo, la falta de derechos de propiedad seguros y el colapso económico generalizado significaba que las personas no tuvieran ningún incentivo para hacer los sacrificios e inversiones necesarios. En Rusia y Austria-Hungría, no fue simplemente el abandono y la mala gestión de las élites y el deslizamiento económico insidioso bajo instituciones extractivas lo que impidió la industrialización, sino que los gobernantes bloquearon activamente cualquier intento de introducir aquellas tecnologías e inversiones básicas en infraestructuras como ferrocarriles que podrían haber actuado de catalizadores.

En la época de la revolución industrial, en el siglo XVIII y principios del XIX, el mapa político de Europa era muy distinto a como es actualmente. El Sacro Imperio romano era un enorme conglomerado de más de cuatrocientos Estados, la mayoría de los cuales finalmente se unirían en Alemania, que ocupaba la mayor parte de Europa central. La Casa de Habsburgo todavía era una gran fuerza política, y su Imperio, conocido como Imperio de los Habsburgo o austro-húngaro, se extendía por una amplia área de alrededor de 647.000 kilómetros cuadrados, aunque ya no incluyera a España, después de que los Borbones se hubieran apoderado del trono español en 1700. Respecto a su población, era el tercer Estado más grande de Europa y estaba compuesto por una séptima parte de la población europea. A finales del siglo XVIII, las tierras de los Habsburgo incluían, en Occidente, lo que hoy es Bélgica, conocida entonces como los Países Bajos austriacos. Sin embargo, la mayor parte era el bloque contiguo de tierras alrededor de Austria y Hungría, que incluía las actuales República Checa

y Eslovaquia, al norte, y Eslovenia, Croacia y grandes partes de Italia y Serbia, al sur. Al este, incluía gran parte de lo que hoy son Rumanía y Polonia.

Los comerciantes de los dominios de los Habsburgo eran mucho menos importantes que en Inglaterra, y la Servidumbre prevalecía en las tierras de Europa oriental. Como vimos en el capítulo 4, Hungría y Polonia estaban en el corazón de la segunda servidumbre de Europa oriental. Los Habsburgo, a diferencia de los Estuardo, lograron mantener un control absolutista fuerte. Francisco I, que gobernó como último emperador del Sacro Imperio romano, entre 1792 y 1806, y después como emperador de Austria-Hungría hasta su muerte en 1835, era un absolutista consumado. No reconocía ningún límite a su poder y, sobre todo, deseaba preservar el statu quo político. Su estrategia básica era oponerse al cambio, a cualquier tipo de cambio. En 1821, lo dejó claro en un discurso, característico de los gobernantes Habsburgo, que dio ante los profesores de una escuela de Laibach, en el que afirmó: «No necesito sabios, sino ciudadanos buenos y honestos. Su tarea es educar a estos jóvenes para que sean esto último. Aquel que me sirva debe enseñar lo que yo le ordeno. Si alguien no puede hacerlo, o viene con ideas nuevas, se puede ir, o yo haré que se vaya».

La emperatriz, María Teresa, que reinó entre 1740 y 1780, frecuentemente respondía a las sugerencias sobre cómo mejorar o cambiar instituciones comentando: «Dejad todo como está». Ella y su hijo José II, que fue emperador entre 1780 y 1790, fueron responsables de un intento de construir un Estado central más poderoso y un sistema administrativo más efectivo. Sin embargo, lo hicieron en el contexto de un sistema político sin limitaciones reales sobre sus acciones y con pocos elementos de pluralismo. No había un parlamento nacional que ejerciera un mínimo control sobre el monarca, solamente un sistema de dietas y Estados regionales, que históricamente habían tenido poderes en materia de impuestos y reclutamiento militar. Había todavía menos controles sobre lo que podían hacer los Habsburgo austro-húngaros que sobre los monarcas españoles, y el poder político estaba concentrado estrechamente.

A medida que el absolutismo de los Habsburgo se reforzaba en el siglo XVIII, el poder de todas las instituciones no monárquicas se debilitó aún más. Cuando una delegación de ciudadanos de la provincia austriaca del Tirol pidió a Francisco una Constitución, él respondió: «¡Así que queréis una Constitución! [...] ¡No me importa! Os daré una Constitución, pero tenéis que saber que los soldados me obedecen a mí y no os lo pediré dos veces si necesito dinero... En cualquier caso, os aconsejo que tengáis cuidado con lo que vais a decir». Ante esta respuesta, los líderes tiroleses respondieron: «Si lo creéis así, es mejor no tener Constitución», a lo que Francisco respondió: «Eso es lo que opino yo también».

Francisco disolvió el Consejo de Estado que había utilizado María Teresa como foro de consultas con sus ministros. A partir de aquel momento, no habría consultas ni debates públicos sobre las decisiones de la Corona. Creó una policía del Estado y censuró despiadadamente cualquier cosa que pudiera considerarse mínimamente radical. Su filosofía de gobierno fue definida por el conde Hartig, su antiguo asesor, como «mantenimiento ilimitado de la autoridad del soberano y rechazo de todas las demandas por parte del pueblo a una participación en dicha autoridad». Le ayudó en todo esto el príncipe Von Metternich, nombrado ministro de Exteriores en 1809. De hecho, el poder y la influencia de Metternich sobrevivieron a los de Francisco, ya que continuó siendo ministro de Exteriores durante casi cuarenta años.

En el corazón de las instituciones económicas de los Habsburgo estaban el orden y la servidumbre feudales. Más hacia el este dentro del Imperio, el feudalismo se hizo más intenso, como reflejo de la desigualdad más general en instituciones económicas que vimos en el capítulo 4, al ir de Europa occidental a la oriental. La movilidad de la mano de obra estaba muy restringida, y la emigración era

ilegal. Cuando el filántropo inglés Robert Owen intentó convencer al gobierno austriaco de que adoptara algunas reformas sociales para mejorar las condiciones de los pobres, uno de los ayudantes de Metternich, Friedrich von Gentz, contestó: «No deseamos que todas las grandes masas sean ricas e independientes... ¿Cómo íbamos a gobernarlas entonces?».

Además de la servidumbre, que bloqueaba completamente la aparición de un mercado laboral y eliminaba los incentivos económicos o la iniciativa de la población rural, el absolutismo de los Habsburgo prosperaba gracias a monopolios y otras restricciones del comercio. La economía urbana estaba dominada por gremios, que limitaban la entrada de nuevos miembros en las profesiones. Hasta 1775, hubo aranceles internos dentro de la propia Austria, y en Hungría los hubo hasta 1784. Los aranceles sobre los productos de importación eran muy elevados y había muchas prohibiciones explícitas en la importación y exportación de bienes.

Es evidente que la eliminación de mercados y la creación de instituciones económicas extractivas son bastante características del absolutismo, pero Francisco fue más allá. No era solamente que las instituciones económicas extractivas eliminaran los incentivos para innovar o adoptar tecnologías nuevas. En el capítulo 2, vimos que en el reino del Congo fracasaron los intentos de fomentar el uso de arados porque la gente carecía de incentivos debido a la naturaleza extractiva de sus instituciones económicas. El rey del Congo se dio cuenta de que, si podía hacer que la gente utilizara arados, la productividad agrícola aumentaría y generaría más riqueza, de lo que él se beneficiaría. Éste es un incentivo en potencia para todos los gobiernos, incluso los absolutistas. El problema en el Congo era que sus habitantes comprendían que cualquier cosa que produjeran podía ser confiscada por un monarca absolutista y, en consecuencia, no tenían incentivos para invertir ni utilizar una tecnología mejor. En las tierras de los Habsburgo, Francisco no animó a sus ciudadanos a adoptar una tecnología mejor; al contrario, de hecho, se opuso a ella, y bloqueó la expansión de tecnologías que el pueblo habría estado dispuesto a adoptar con las instituciones económicas existentes.

La oposición a la innovación se manifestó de dos formas. La primera fue que Francisco I se opuso al desarrollo de la industria. Ésta conducía a fábricas que concentrarían a los trabajadores pobres en ciudades, sobre todo en la capital, Viena. Y aquellos trabajadores podrían apoyar a los que se oponían al absolutismo. Las políticas de Francisco I tenían como objetivo fijar las élites tradicionales y el statu quo político y económico. Quería que la sociedad continuara siendo principalmente agrícola, y pensaba que la mejor forma de hacerlo era que, para empezar, no se construyeran fábricas. Esto lo hizo directamente él. En 1802, prohibió la creación de fábricas nuevas en Viena. En lugar de fomentar la importación y la adopción de maquinaria nueva, que constituyen la base de la industrialización, la prohibió hasta 1811.

La segunda forma fue que se opuso a la construcción de vías férreas, una de las nuevas tecnologías clave que aportaba la revolución industrial. En una ocasión en la que le presentaron un proyecto para construir una vía férrea en el norte, Francisco I contestó: «No, no, no tendré nada que ver con esto, no vaya a ser que la revolución llegue al país».

Como el gobierno no otorgaba una concesión para construir vías para el tren de vapor, la primera vía que se construyó en el Imperio tuvo que utilizar vagones tirados por caballos. La línea, que iba de la ciudad de Linz, en el Danubio, a la de Budweis, en Bohemia, sobre el río Moldova, se construyó con pendientes y esquinas, lo que significaba que sería imposible utilizarla después para los trenes de vapor. Así que continuó utilizando la fuerza de los caballos hasta 1860. El potencial económico del desarrollo de la vía férrea en el Imperio pronto fue percibido por el banquero Salomon Rothschild, representante en Viena de la gran familia de banqueros. Nathan, hermano de Salomon, que vivía en Inglaterra, se quedó impresionado por el motor de George Stephenson, *The Rocket*, y el potencial de la

locomoción de vapor. Se puso en contacto con su hermano para animarle a buscar oportunidades de desarrollar vías férreas en Austria, ya que creía que la familia podía lograr grandes beneficios financiando el desarrollo del ferrocarril. Salomon estuvo de acuerdo, pero el plan no llegó a buen puerto porque el emperador Francisco volvió a decir que no.

La oposición a la industria y al ferrocarril impulsado por vapor se debía a la preocupación de Francisco por la destrucción creativa que acompañaba el desarrollo de una economía moderna. Sus prioridades eran garantizar la estabilidad de las instituciones extractivas que gobernaba y proteger las ventajas de las élites tradicionales que le daban apoyo. No solamente había poco que ganar con la industrialización, que socavaría el orden feudal atrayendo la mano de obra del campo a las ciudades, sino que Francisco también reconoció la amenaza que supondrían los grandes cambios económicos para su poder político. En consecuencia, bloqueó la industria y el progreso económico, fijando el retraso económico, que se manifestó de muchas formas. Por ejemplo, corría ya el año 1883, el 90 por ciento del hierro mundial se producía utilizando carbón, pero la mitad de la producción del territorio de los Habsburgo todavía empleaba el mucho menos eficiente carbón vegetal. De forma similar, hasta la primera guerra mundial, cuando se hundió el Imperio, los artículos textiles nunca se llegaron a tejer de forma completamente mecánica, sino de forma manual.

Austria-Hungría no era el único caso de temor a la industria. Más al este, Rusia tenía un conjunto igualmente absolutista de instituciones políticas, creadas por Pedro el Grande, como vimos anteriormente en este capítulo. Igual que Austria-Hungría, las instituciones económicas de Rusia eran altamente extractivas y se basaban en la servidumbre, con lo que mantenían como mínimo a la mitad de la población atada a la tierra. Los siervos tenían que trabajar a cambio de nada tres días a la semana en las tierras de sus señores. No se podían marchar, carecían de libertad de oficio y podían ser vendidos por capricho de su señor a otro señor. El filósofo radical Piotr Kropotkin, uno de los fundadores del anarquismo moderno, dejó una descripción clara del funcionamiento de la servidumbre durante el reinado del zar Nicolás I, que gobernó Rusia desde 1825 hasta 1855. Recordaba de su niñez:

> [...] historias de hombres y mujeres arrancados de sus familias y sus pueblos y vendidos, perdidos en apuestas o cambiados por un par de perros de caza, y transportados a alguna parte remota de Rusia[...], de niños arrebatados a sus padres y vendidos a amos crueles o disolutos, de azotes en los establos, lo que ocurría todos los días con una crueldad nunca vista; de una niña que encontró su única salvación en ahogarse; de un hombre que se había hecho viejo al servicio de su señor y que, finalmente, se ahorcó bajo la ventana de su señor, y de revueltas de siervos, que fueron suprimidas por los generales de Nicolás I golpeando hasta la muerte a cada décimo o quinto hombre que sacaban de las filas, y asolando el pueblo [...]. Respecto a la pobreza que vi durante nuestros viajes a ciertos pueblos, sobre todo los que pertenecían a la familia imperial, no hay palabras adecuadas para describir la miseria a los lectores que no la han visto.

Exactamente como en Austria-Hungría, el absolutismo no solamente creó una serie de instituciones económicas que impidieron la prosperidad de la sociedad. Había un temor similar a la destrucción creativa, a la industria y al ferrocarril. En el corazón de esta oposición durante el reinado de Nicolás I estaba el conde Egor Kankrin, que fue ministro de Finanzas entre 1823 y 1844 y que tuvo un papel clave al oponerse a los cambios en la sociedad necesarios para fomentar la prosperidad económica.

Las políticas de Kankrin tenían como objetivo reforzar los pilares políticos tradicionales del régimen, sobre todo los de la aristocracia terrateniente, y mantener a la sociedad rural y agrícola. Tras convertirse en ministro de Finanzas, Kankrin rápidamente anuló una propuesta del ministro de Finanzas anterior, Gurev, para desarrollar un Banco Comercial propiedad del gobierno para hacer préstamos a la industria. Kankrin reabrió el Banco de Préstamos Estatal, que había estado cerrado durante las guerras napoleónicas. Este banco se había creado originalmente para conceder préstamos a

grandes terratenientes a tipos subvencionados, política que Kankrin aprobaba. Los préstamos exigían que los solicitantes presentaran siervos como «garantía» o aval, de forma que solamente los terratenientes feudales podían obtener aquellos préstamos. Para financiar el Banco de Préstamos Estatal, Kankrin transfirió activos del Banco Comercial, con lo que mataba dos pájaros de un tiro: de este modo, quedaría poco dinero para la industria.

La actitud de Kankrin estaba proféticamente determinada por el temor de que el cambio económico conllevara el cambio político, unas ideas que compartía el zar Nicolás. La llegada al poder de Nicolás en diciembre de 1825 había sido casi abortada por un golpe frustrado de oficiales militares, los denominados *decembristas*, que tenían un programa radical de cambio social. Nicolás escribió al gran duque Mijaíl: «La revolución está a las puertas de Rusia, pero juro que no penetrará en el país mientras yo viva».

Nicolás temía los cambios sociales que conllevaría la creación de una economía moderna. Tal y como dijo en un discurso que pronunció en una reunión de fabricantes en una muestra industrial de Moscú:

> Tanto el Estado como los fabricantes deben centrar su atención en un tema, sin el cual las fábricas en sí se convertirían en un mal y no en una bendición; el cuidado de los trabajadores que aumentan en número anualmente. Necesitan una supervisión enérgica y paternal de su moral; sin ella, esta masa de personas poco a poco se corromperá y, al final, se convertirá en una clase tan miserable como peligrosa para sus señores.

Igual que en el caso de Francisco I, Nicolás temía que la destrucción creativa desencadenada por una economía industrial moderna socavara el statu quo político en Rusia. Alentado por Nicolás, Kankrin dio pasos específicos para ralentizar el potencial para la industria. Prohibió varias exposiciones industriales, que previamente se habían realizado periódicamente para mostrar tecnologías nuevas y facilitar la adopción de dichas novedades.

En 1848, Europa fue sacudida por una serie de levantamientos revolucionarios. En respuesta a uno de ellos, A. A. Zakrevskii, gobernador militar de Moscú, encargado de mantener el orden público, escribió a Nicolás: «Para el mantenimiento de la calma y la prosperidad, que, en la actualidad, solamente disfruta Rusia, el gobierno no debe permitir la reunión de personas disolutas y sin hogar, que fácilmente se unirían a cualquier movimiento, destruyendo la paz social o privada». Su consejo fue llevado ante los ministros de Nicolás y, en 1849, se promulgó una ley que ponía límites severos al número de fábricas que se podían abrir en cualquier parte de Moscú. Prohibía específicamente la apertura de fábricas de hilado de lana o algodón y de fundiciones de hierro. Otras industrias, como el tejido y el teñido, tenían que hacer una petición al gobernador militar si querían abrir nuevas fábricas. Al final, el hilado de algodón se prohibió explícitamente. El objetivo de la ley era acabar con cualquier concentración de trabajadores potencialmente rebeldes en la ciudad.

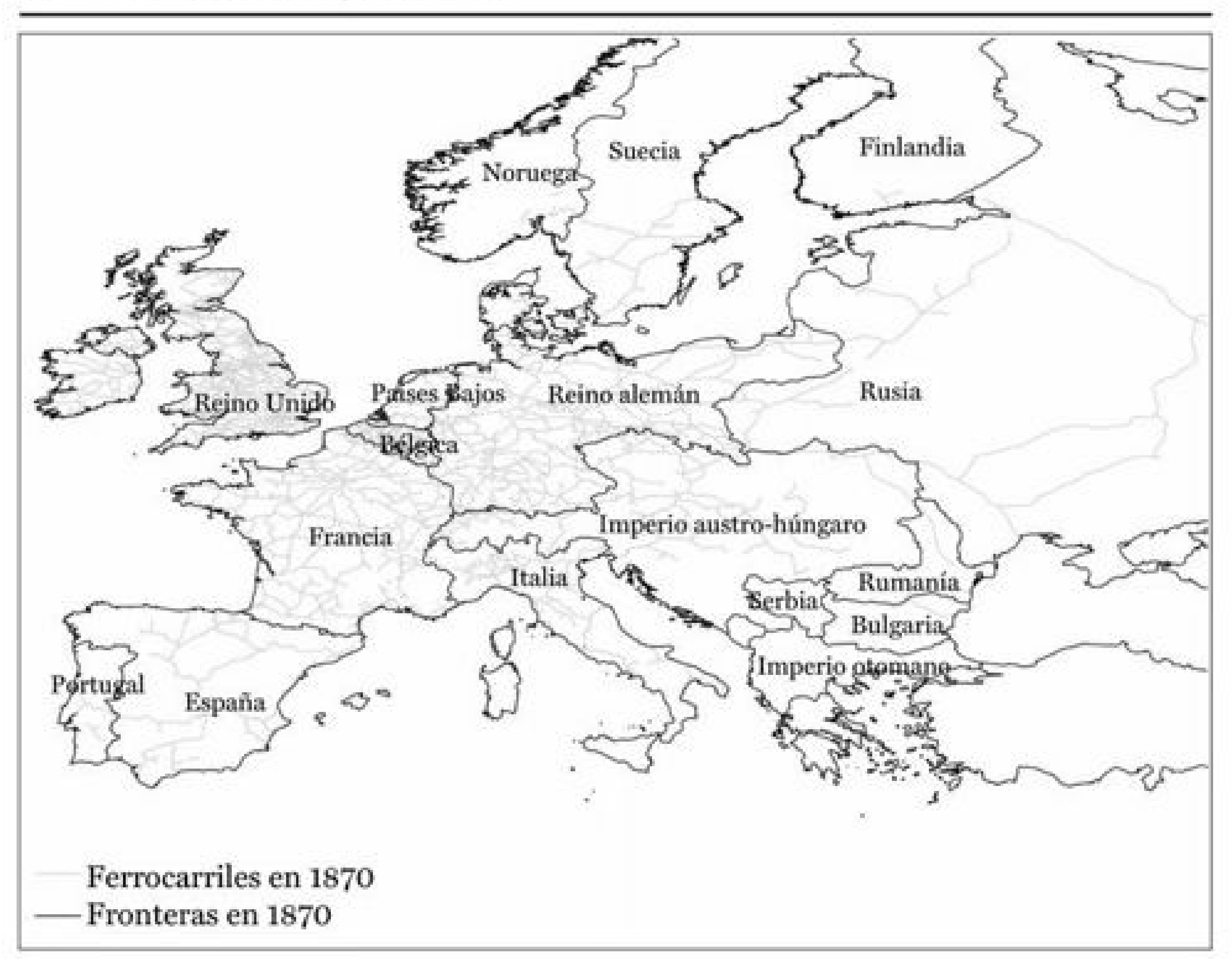
La oposición al ferrocarril acompañó a la oposición a la industria, exactamente como en Austria-Hungría. Antes de 1842, solamente había un ferrocarril en Rusia, el de Tsarskoe Selo, que recorría veintisiete kilómetros desde San Petersburgo hasta las residencias imperiales de Tsarskoe Selo y Pavlovsk. Kankrin se oponía a la industria, y no veía razones para fomentar el ferrocarril. Afirmaba que éste conllevaría una peligrosa movilidad social y destacaba que «los ferrocarriles no siempre son resultado de una necesidad natural, sino que son más bien un objeto de necesidad o lujo artificial. Fomentan el viaje innecesario de un lugar a otro, lo que es totalmente típico de nuestro tiempo».

Kankrin rechazó numerosas ofertas para construir vías férreas y hubo que esperar hasta 1851 para que se creara una línea que uniera Moscú con San Petersburgo. La política de Kankrin continuó gracias al conde Kleinmichel, que fue nombrado jefe de la administración central de transportes y

edificios públicos. Esta institución se convirtió en el árbitro principal de la construcción del ferrocarril y Kleinmichel la utilizó como plataforma para disuadir de su construcción. Después de 1849, incluso utilizó su poder para censurar el debate sobre el desarrollo del ferrocarril en los periódicos.

MAPA 13

Ferrocarriles en Europa en 1870



En el mapa 13, se muestran las consecuencias de esta lógica. Mientras el ferrocarril atravesaba Gran Bretaña y la mayor parte del noroeste de Europa en 1870, muy pocas vías férreas penetraban en el vasto territorio de Rusia. La política contra el ferrocarril solamente cambió después de la derrota definitiva rusa a manos de las fuerzas británicas, francesas y otomanas en la guerra de Crimea (1853-1856), cuando se consideró que el retraso de su red de transporte era una seria desventaja para la seguridad rusa. Además, hubo muy poco desarrollo del ferrocarril en el Imperio austro-húngaro fuera de Austria y las partes occidentales del Imperio; no obstante, las revoluciones de 1848 sí llevaron el cambio a aquellos territorios, sobre todo la abolición de la servidumbre.

No se permite la navegación

El absolutismo reinó no solamente en gran parte de Europa, sino también en Asia, y, de manera similar, impidió la industrialización durante la coyuntura crítica creada por la revolución industrial. Las dinastías Ming y Qing de China y el absolutismo del Imperio otomano ilustran este patrón. Durante la dinastía Song, entre los años 960 y 1279, China era líder mundial en muchas innovaciones tecnológicas. Inventaron el reloj, la brújula, la pólvora, el papel y el papel moneda, la porcelana y los altos hornos para hacer hierro fundido antes que Europa. Desarrollaron independientemente ruecas y energía hidráulica más o menos a la vez que aparecieron en el otro extremo de Eurasia. En consecuencia, en el año 1500, el nivel de vida era probablemente como mínimo tan alto en China como en Europa. Durante siglos, China también tuvo un Estado centralizado con una función pública contratada meritocráticamente.

Sin embargo, China era absolutista y el crecimiento bajo la dinastía Song se realizaba con instituciones extractivas. No había representación política para ningún grupo que no fuera la monarquía en la sociedad, nada que se pareciera al Parlamento inglés o a las Cortes españolas. Los comerciantes siempre habían tenido un estatus precario en China, y los grandes inventos de los Song no fueron impulsados por incentivos del mercado, sino auspiciados o, incluso, ordenados, por el gobierno. Poco de aquello fue comercializado. Tras la dinastía Song, el control del Estado se intensificó durante las dinastías Ming y Qing. En la raíz de aquel control encontramos la lógica habitual de las instituciones extractivas. Como la mayoría de los gobernantes que presidían con instituciones extractivas, los emperadores absolutistas de China se oponían al cambio, buscaban la estabilidad y, esencialmente, temían la destrucción creativa.

El caso que mejor lo ilustra es la historia del comercio internacional. Como hemos visto, el descubrimiento de América y la organización del comercio internacional tuvieron un papel crucial en los conflictos políticos y los cambios institucionales de la incipiente Europa moderna. En China, los comerciantes privados normalmente hacían negocios dentro del país, pero el Estado monopolizaba el comercio exterior. Cuando la dinastía Ming llegó al poder en el año 1368, el emperador Hongwu gobernó durante treinta años. A Hongwu le preocupaba que el comercio exterior fuera desestabilizador desde el punto de vista político y social, y permitió que hubiera comercio internacional solamente si estaba organizado por el gobierno y si implicaba recaudar impuestos, no llevar a cabo actividades comerciales. Hongwu incluso ejecutó a cientos de personas acusadas de intentar convertir las misiones tributarias en aventuras comerciales. Entre 1377 y 1397, no se permitieron misiones tributarias que supusieran navegar en el océano. Prohibió a las personas físicas comerciar con el extranjero y no permitió que los chinos navegaran fuera del país.

En 1402, el emperador Yongle llegó al trono e inició uno de los períodos más famosos de la historia china reanudando el comercio exterior patrocinado por el gobierno a gran escala. Yongle patrocinó al almirante Zheng He para que realizara seis enormes misiones al sureste y al sur de Asia, Arabia y África. Los chinos conocían aquellos lugares por su larga historia de relaciones comerciales, pero nunca había sucedido nada a esa escala antes. La primera flota incluía a veintisiete mil ochocientos hombres y sesenta y dos grandes barcos de tesoros, acompañados por ciento noventa barcos más pequeños, entre los que se contaban algunos específicamente para llevar agua dulce, otros para provisiones y otros para tropas. Sin embargo, el emperador Yongle detuvo temporalmente las misiones después de la sexta en 1422. Esto se hizo permanente por parte de su sucesor, Hongxi, que

gobernó de 1424 a 1425. La muerte prematura de Hongxi llevó al trono al emperador Xuande, que, al principio, permitió que Zheng He llevara a cabo su misión final, en 1433. No obstante, después de ésta, se prohibió todo el comercio exterior. En 1436, incluso se declaró ilegal construir barcos para la navegación marítima. La prohibición del comercio exterior continuó hasta 1567.

Estos acontecimientos, aunque solamente eran la punta del iceberg extractivo que impedía muchas actividades económicas consideradas potencialmente desestabilizadoras, tuvieron un impacto crucial en el desarrollo económico chino. Justo en el momento en el que el comercio internacional y el descubrimiento de América estaban transformando fundamentalmente las instituciones de Inglaterra, China se apartó de esta coyuntura crítica y se replegó hacia el interior. Este cambio no acabó en 1567. La dinastía Ming fue derrocada en 1644 por el pueblo yurchen, los manchúes del interior de Asia, que crearon la dinastía Qing. Posteriormente, se vivió un período de intensa inestabilidad política. Los Qing expropiaron propiedades y activos de forma masiva. T'ang Chen, un erudito chino retirado y comerciante frustrado, escribió hacia 1690:

> Han pasado más de cincuenta años desde la fundación de la dinastía Ch'ing [Qing], y el Imperio cada día que pasa es más pobre. Los agricultores están en la miseria, los artesanos están en la miseria, los comerciantes están en la miseria y los oficiales también están en la miseria. El cereal es barato, pero es difícil tener suficiente para comer. La ropa es barata, pero es difícil cubrirse la piel. Cantidades enormes de productos viajan de un mercado a otro, pero hay que vender la carga con pérdidas. Al dejar sus puestos, los oficiales descubren que no tienen medios para ganarse la vida. De hecho, las cuatro profesiones están empobrecidas.

En 1661, el emperador Kangxi ordenó que todas las personas que vivían en la costa desde Vietnam hasta Chekiang (básicamente, toda la costa sur, la que fue en el pasado la parte activa más comercial de China) debían irse a vivir veintisiete kilómetros hacia el interior. La costa fue patrullada por tropas para imponer aquella medida y, hasta 1693, se prohibió navegar por toda la costa. Esta prohibición se volvió a imponer periódicamente en el siglo XVIII, con lo que, de hecho, se atrofió la aparición del comercio extranjero chino. Aunque se desarrollaron algunas relaciones, pocas personas estaban dispuestas a invertir cuando el emperador podía cambiar de repente de idea y prohibir el comercio, con lo que la inversión en barcos, equipos y relaciones comerciales no valdría nada o incluso conduciría a una situación peor.

El razonamiento de los Estados Ming y Qing para oponerse al comercio internacional ya resulta familiar: el temor a la destrucción creativa. El objetivo principal de los líderes era la estabilidad política. El comercio internacional era potencialmente desestabilizador ya que los comerciantes se enriquecían y se envalentonaban, como en el caso de Inglaterra durante la expansión por el Atlántico. No era solamente lo que creían los gobernantes durante las dinastías Ming y Qing, sino también la actitud de los gobernantes de la dinastía Song, aunque éstos sí estuvieron dispuestos a patrocinar innovaciones tecnológicas y permitir una mayor libertad comercial, pero bajo la condición de que estuvieran bajo su control. Las cosas empeoraron bajo las dinastías Ming y Qing cuando se intensificó el control del Estado sobre la actividad económica y se prohibió el comercio con el extranjero. Sin duda, había mercados y comercio en la China Ming y Qing, y el gobierno recaudaba impuestos bastante bajos en la economía nacional. Sin embargo, hacía poco para apoyar la innovación e intercambió la estabilidad política por el desarrollo de la prosperidad industrial o mercantil. La consecuencia de todo este control absolutista de la economía era previsible: la economía china estuvo estancada a lo largo del siglo XIX y principios del XX, mientras que otras economías se industrializaban. Cuando Mao estableció su régimen comunista en 1949, China se había convertido en uno de los países más pobres del mundo.

El absolutismo del preste Juan

El absolutismo como conjunto de instituciones políticas y las consecuencias económicas que provocaba no se limitaban a Europa y Asia. Estaban presentes en África, por ejemplo, en el reino del Congo, como vimos en el capítulo 2. Un ejemplo todavía más duradero del absolutismo africano es Etiopía o Abisinia, cuyas raíces vimos en el capítulo 6, cuando comentamos la aparición del feudalismo tras el declive de Aksum. El absolutismo abisino fue incluso más duradero que sus homólogos europeos porque se enfrentó a desafíos y coyunturas críticas muy distintos.

Después de la conversión del rey Ezana de Aksum al cristianismo, los etíopes continuaron siendo cristianos y, en el siglo XIV, se habían convertido en el foco del mito del rey preste Juan. El preste Juan era un rey cristiano que había sido apartado de Europa por el auge del islam en Oriente Próximo. Inicialmente, se pensaba que su reino estaba en la India. Sin embargo, a medida que el conocimiento europeo sobre la India aumentaba, la gente se dio cuenta de que no era verdad. El rey de Etiopía, como era cristiano, se convirtió en un objetivo natural para el mito. De hecho, los reyes etíopes se esforzaron por forjar alianzas con los monarcas europeos contra las invasiones árabes, enviando misiones diplomáticas a Europa desde como mínimo el año 1300 en adelante, e incluso convencieron al rey portugués para que enviara soldados.

Estos soldados, junto con diplomáticos, jesuitas y viajeros que deseaban conocer al preste Juan, dejaron muchos relatos sobre Etiopía. Algunos de los más interesantes desde el punto de vista económico son los de Francisco Álvares, capellán que acompañaba a una misión diplomática portuguesa que estuvo en Etiopía entre 1520 y 1527. Además, hay relatos del jesuita Manoel de Almeida, que vivió en Etiopía desde 1624, y de John Bruce, un viajero que estuvo en el país entre 1768 y 1773. En estos textos, se describen con todo lujo de detalle las instituciones políticas y económicas de aquel momento en Etiopía y no dejan lugar a dudas acerca de que Etiopía era un ejemplo perfecto de absolutismo. No había instituciones pluralistas de ningún tipo, ni controles ni limitaciones al poder del emperador, que reclamaba el derecho a gobernar basándose en sus supuestos antepasados legendarios, el rey Salomón y la reina de Saba.

La consecuencia del absolutismo fue una gran inseguridad de los derechos de propiedad impulsados por la estrategia política del emperador. John Bruce, por ejemplo, anotó:

> Toda la tierra es del rey; él la da a quien él desea cuando le place y la recupera cuando le apetece. En cuanto muera, toda la tierra del reino estará a disposición de la Corona, y no sólo eso, sino que, si se produce la muerte del propietario actual, sus posesiones, por mucho tiempo que las haya disfrutado, pasan al rey, y no a su hijo mayor.

Álvares aseguró que habría mucha más «fruta y labranza si los grandes hombres no trataran mal al pueblo». El relato de Manoel de Alameida sobre el funcionamiento de la sociedad concuerda con lo anterior. Alameida observó:

> Es tan habitual que el emperador intercambie, altere y arrebate las tierras que tiene cada hombre cada dos o tres años, en ocasiones cada año e incluso muchas veces al año, que no causa sorpresa alguna. A menudo, un hombre ara la tierra, otro siembra y otro recoge la cosecha. Por eso, sucede que nadie cuida de la tierra que disfruta, ni siquiera hay nadie que plante un árbol porque sabe que el que lo planta rara vez recoge el fruto. Sin embargo, para el rey, es útil que ellos dependan tanto de él.

Estas descripciones sugieren que había grandes similitudes entre las estructuras políticas y económicas de Etiopía y las del absolutismo europeo, aunque también dejan claro que el absolutismo fue más intenso en Etiopía y las instituciones económicas, todavía más extractivas. Además, como

destacamos en el capítulo 6, Etiopía no estaba sujeta a las mismas coyunturas críticas que ayudaron a minar el régimen absolutista de Inglaterra. Etiopía estaba aislada de muchos de los procesos que configuraron el mundo moderno. Incluso aunque no hubiera sido así, la intensidad de su absolutismo probablemente habría provocado que el absolutismo se reforzara aún más. Por ejemplo, como en España, el comercio internacional en Etiopía, incluido el lucrativo tráfico de esclavos, estaba controlado por el monarca. Etiopía no estaba completamente aislada. Los europeos realmente buscaron al preste Juan, y realmente tuvo que luchar contra los Estados islámicos circundantes. Sin embargo, el historiador Edward Gibbon observó con cierta precisión que «rodeados por todas partes por los enemigos de su religión, los etíopes durmieron casi mil años, olvidando al mundo, que también se olvidaba de ellos».

Cuando empezó la colonización europea de África en el siglo XIX, Etiopía era un reino independiente bajo el mando de Ras Kassa, coronado como emperador Teodoro II en 1855. Teodoro se embarcó en la modernización del Estado y creó una burocracia y un poder judicial centralizados y un poder militar capaz de controlar el país y, posiblemente, de luchar contra los europeos. Destinó gobernadores militares, responsables de recaudar impuestos y enviárselos a él, para que se encargaran de todas las provincias. Sus negociaciones con las potencias europeas fueron difíciles y, debido a su exasperación, encarceló al cónsul inglés. En 1868, los ingleses enviaron una fuerza expedicionaria que saqueó la capital. Teodoro se suicidó.

De todas formas, el gobierno reconstruido por Teodoro logró uno de los grandes triunfos anticolonialistas del siglo XIX, contra los italianos. En 1889, Menelik II llegó al trono, y se tuvo que enfrentar de inmediato al interés de Italia por establecer una colonia allí. En 1885, el canciller alemán Bismarck había convocado una conferencia en Berlín en la que las potencias europeas planearon la «lucha por África», es decir, decidieron cómo dividir África en distintas esferas de interés. En la conferencia, Italia aseguró su derecho a tener colonias en Eritrea, la costa de Etiopía y Somalia. Etiopía, aunque no estuviera representada en la conferencia, consiguió sobrevivir intacta. Sin embargo, los italianos todavía tenían los ojos puestos allí y, en 1896, enviaron un ejército hacia el sur desde Eritrea. La respuesta de Menelik fue parecida a la que hubiera dado un rey medieval europeo; formó un ejército haciendo que la nobleza convocara a sus hombres armados. Mediante este enfoque no se podía conseguir un ejército en el campo de batalla durante mucho tiempo, pero sí se conseguía un ejército enorme durante un período corto de tiempo. Este período corto bastó para derrotar a los italianos, cuyos quince mil hombres fueron aplastados por los cien mil de Menelik en la batalla de Adua de 1896. Fue la derrota militar más seria que pudo infligir un país africano precolonial a una potencia europea, y garantizó la independencia de Etiopía durante otros cuarenta años.

El último emperador de Etiopía, Ras Tafari, fue coronado Haile Selassie en 1930. Gobernó hasta ser derrocado por una segunda invasión italiana, que empezó en 1935, pero volvió del exilio con la ayuda de los ingleses en 1941. Posteriormente, gobernó hasta ser derrocado en 1974 por un golpe efectuado por el Derg, «el Comité», un grupo de oficiales del ejército marxistas que empobrecieron y devastaron todavía más el país. Las instituciones económicas extractivas básicas del Imperio etíope absolutista, como el *gult* (mencionado anteriormente en esta obra) y el feudalismo creado tras el hundimiento de Aksum, duraron hasta ser abolidas tras la revolución de 1974.

Actualmente, Etiopía es uno de los países más pobres del mundo. La renta del etíope medio es alrededor de una cuadragésima parte de la de un ciudadano medio inglés. La mayor parte de la población vive en zonas rurales y practica la agricultura de subsistencia. Carecen de agua potable, electricidad y acceso adecuado a la educación y la sanidad. La esperanza de vida es de unos cincuenta y cinco años y solamente una tercera parte de los adultos están alfabetizados. La comparación entre

Inglaterra y Etiopía refleja la desigualdad mundial. La razón de que Etiopía esté donde está hoy es que, a diferencia de Inglaterra, el absolutismo etíope persistió hasta un pasado reciente. Y llegó acompañado de instituciones económicas extractivas y pobreza para la masa etíope, aunque, evidentemente, los emperadores y la nobleza salieron enormemente beneficiados. No obstante, la consecuencia más duradera del absolutismo fue que la sociedad etíope no pudo aprovechar las oportunidades de industrialización durante el siglo XIX y principios del XX, lo que reforzó la absoluta pobreza de sus ciudadanos hoy en día.

Los niños de Samaale

Las instituciones políticas absolutistas del mundo impidieron la industrialización, ya fuera indirectamente, mediante la organización de la economía, o directamente, como hemos visto en los casos de Austria-Hungría y Rusia. Sin embargo, el absolutismo no fue el único obstáculo para la aparición de instituciones económicas inclusivas. En los albores del siglo XIX, muchas partes del mundo, especialmente de África, carecían de un Estado que pudiera proporcionar un mínimo de ley y orden, el requisito previo esencial para tener una economía moderna. No había un equivalente a un Pedro el Grande de Rusia que iniciara el proceso de centralización política y que después forjara el absolutismo ruso, y mucho menos nadie parecido a los Tudor en Inglaterra, que centralizara el Estado sin destruir completamente (o, más apropiadamente, sin ser completamente capaz de destruir) el Parlamento y otros límites de su poder. Sin algún tipo de centralización política, aunque las élites de estos Estados africanos hubieran deseado recibir a la industrialización con los brazos abiertos, no habría habido mucho que pudieran hacer.

Somalia, situada en el cuerno de África, ilustra los efectos devastadores de la falta de centralización política. Ha estado dominada históricamente por seis clanes familiares. Los cuatro clanes más grandes, Dir, Darod, Isaq y Hawiye, afirman que sus antepasados proceden de un ancestro mítico, Samaale. Estas familias de clanes se originaron en el norte de Somalia y poco a poco se extendieron al sur y al este, e, incluso hoy, son principalmente un pueblo de pastores que migran con sus rebaños de cabras, ovejas y camellos. En el sur, los Digil y los Rahanweyn, agrícolas sedentarios, forman las dos últimas familias de clanes. Los territorios de dichos clanes aparecen en el mapa 12.

Los somalíes se identifican primero con su clan familiar, pero son muy extensos y contienen multitud de subgrupos. Los primeros son los clanes cuyos ancestros se remontan a uno de los grandes clanes familiares. Más significativas son las agrupaciones dentro de los clanes, que se denominan grupos de pago de la *diya*, formados por familiares con vínculos estrechos que pagan y recogen la *diya*, o «riqueza de sangre», una compensación que se paga tras el asesinato de uno de sus miembros. Los clanes somalíes y los grupos de pago de la *diya* estaban históricamente sumidos en un conflicto prácticamente continuo por los escasos recursos que tenían a su disposición, sobre todo los recursos hídricos y las tierras buenas de pastoreo para sus animales. Además, constantemente robaban los rebaños de los clanes y grupos de pago de la *diya* vecinos. Aunque los clanes tenían líderes llamados sultanes, y ancianos, estas personas no tenían un poder real. El poder político estaba muy disperso, ya que cada somalí adulto hombre podía opinar sobre las decisiones que podían afectar al clan o al grupo. Esto se logró a través de un consejo informal formado por hombres adultos. No había ley escrita, policía ni sistema legal, excepto la ley *charía* que se utilizó como marco dentro del cual incluir las leyes informales. Estas leyes informales para un grupo de pago de la *diya* se codificarían en lo que se denominó *heer,* un cuerpo de obligaciones y derechos formulados explícitamente que el grupo exigía

que obedecieran otras personas en sus interacciones con el grupo. Con la aparición del gobierno colonial, se empezó a escribir todo el *heer*. Por ejemplo, el linaje Hassan Ugaas formó un grupo de pago de la *diya* de unos mil quinientos hombres y era un subclán del clan familiar Dir en la Somalilandia británica. El 8 de marzo de 1950, su *heer* fue registrado por el comisionado de distrito británico; las primeras tres cláusulas decían:

1. Cuando un hombre de los Hassan Ugaas es asesinado por un grupo externo, su familiar más próximo recogerá veinte camellos de su riqueza de sangre (cien) y los ochenta camellos restantes serán compartidos por todos los Hassan Ugaas.
2. Si un hombre de los Hassan Ugaas queda herido por alguien de fuera y sus heridas se valoran en treinta y tres camellos y un tercio, se le deben dar diez camellos y los restantes serán para su grupo *jiffo* (un subgrupo del grupo *diya*).
3. El homicidio entre los miembros de los Hassan Ugaas está sujeto a compensación a un precio de treinta y tres camellos y un tercio, pagables solamente al familiar más próximo. Si el culpable no puede pagarlo todo o parte de dicha compensación, recibirá la ayuda de su linaje.

El hincapié que se hace en el *heer* por el asesinato y las heridas refleja el estado de guerra prácticamente constante entre los grupos de pago de la *diya* y los clanes. También la riqueza de sangre y la disputa de sangre fueron decisivas. Un crimen contra una persona se cometía contra todo el grupo de pago de la *diya* y exigía una compensación colectiva, la riqueza de sangre. Si no se pagaba dicha riqueza de sangre, el grupo de pago de la *diya* de la persona que había cometido el crimen se enfrentaba a la compensación colectiva de la víctima. Cuando el transporte moderno llegó a Somalia, la riqueza de sangre se extendió a gente que quedaba herida o que fallecía en accidentes de tráfico. El *heer* de los Hassan Ugaas no se refería solamente al asesinato, sino que la cláusula 6 decía: «Si un hombre de los Hassan Ugaas insulta a otro en un consejo de los Hassan Ugaas, pagará ciento cincuenta chelines a la parte ofendida».

A principios de 1955, los rebaños de dos clanes, el Habar Tol Ja’lo y el Habar Yuunis, pasturaban cerca unos de otros en la región de Domberelly. Un hombre del Yuunis quedó herido tras una disputa con un miembro del Tol Ja’lo por una manada de camellos. El clan Yuunis se vengó inmediatamente, atacando al clan Tol Ja’lo y matando a un hombre. Siguiendo el código de la riqueza de sangre, aquella muerte condujo a que el clan Yuunis ofreciera una compensación al clan Tol Ja’lo, que fue aceptada. La riqueza de sangre se iba a entregar en persona, como siempre, en forma de camellos. En la ceremonia de entrega, uno de los Tol Ja’lo mató a un miembro de los Yuunis, al confundirlo con un miembro del grupo de pago de la *diya* del asesino. Aquello condujo a la guerra sin cuartel y, al cabo de cuarenta y ocho horas, trece Yuunis y veintiséis Tol Ja’lo habían sido asesinados. La guerra continuó otro año antes de que los ancianos de ambos clanes, unidos por la administración colonial inglesa, consiguieron negociar un acuerdo (el intercambio de riqueza de sangre) que satisfizo a ambas partes y se pagó durante los tres años siguientes.

El pago de la riqueza de sangre tenía lugar bajo la sombra de la amenaza de fuerza y disputa. Incluso una vez pagada, no detenía necesariamente el conflicto, que normalmente moría y volvía a estallar de nuevo.

Por lo tanto, el poder político estaba ampliamente disperso en la sociedad somalí, era casi pluralista. Sin embargo, sin la autoridad de un Estado centralizado que impusiera el orden, y los derechos de propiedad, no conllevó la aparición de instituciones inclusivas. Nadie respetaba la autoridad de los demás, y nadie, incluyendo al Estado colonial británico cuando llegó, fue capaz de

imponer el orden. La falta de centralización política hizo imposible que Somalia se beneficiara de la revolución industrial. En este clima, habría sido inimaginable invertir o adoptar las nuevas tecnologías procedentes de Gran Bretaña ni crear el tipo de organizaciones necesarias para hacerlo.

La compleja política de Somalia incluso tuvo implicaciones todavía más sutiles para el progreso económico. Anteriormente, mencionamos algunos de los grandes enigmas tecnológicos de la historia africana. Antes de la expansión del control colonial a finales del siglo XIX, las sociedades africanas no utilizaban el transporte con ruedas ni la agricultura con arados, y pocas tenían escritura. Etiopía sí que la tenía, como hemos visto. Los somalíes también tenían escritura, pero, a diferencia de los etíopes, no la utilizaban. Ya hemos visto ejemplos de esto en la historia africana. Las sociedades africanas puede que no utilizaran ruedas ni arados, pero no cabe duda de que los conocían. En el caso del reino del Congo, como hemos visto, esto se debía fundamentalmente al hecho de que las instituciones económicas no creaban incentivos para que el pueblo adoptara esas tecnologías. ¿Podían surgir los mismos problemas con la adopción de la escritura?

Podemos hacernos una idea a partir del reino de Taqali, situado al noroeste de Somalia, en las montañas Nuba del sur de Sudán. El reino de Taqali, formado a finales del siglo XVIII por una banda de guerreros dirigida por un hombre llamado Isma’il, fue independiente hasta ser anexionado al Imperio británico en 1884. El rey y el pueblo Taqali tenían acceso a la escritura en árabe, pero sólo la utilizaban, excepto los reyes, para su comunicación externa con otros Estados y para la correspondencia diplomática. En principio, esta situación resulta muy desconcertante. La historia tradicional del origen de la escritura en Mesopotamia es que fue desarrollada por los Estados para registrar información, controlar al pueblo y recaudar impuestos. ¿Acaso no estaba el Estado Taqali interesado en estos asuntos?

Estas cuestiones fueron investigadas por la historiadora Janet Ewald a finales de la década de los setenta cuando intentaba reconstruir la historia del Estado Taqali. Parte de la historia es que los ciudadanos se resistieron al uso de la escritura porque temían que se utilizara para controlar recursos como la tierra valiosa, al permitir que el Estado reclamara su propiedad. También temían que condujera a una recaudación de impuestos más sistemática. La dinastía que empezó Isma’il no condujo a un Estado potente. Aunque lo hubiera querido, el Estado no era lo suficientemente fuerte para imponer su voluntad contra las objeciones de los ciudadanos. Sin embargo, había otros factores más sutiles en juego. Varias élites también se oponían a la centralización política, por ejemplo, al preferir la interacción oral a la escrita con los ciudadanos, porque así tenían una libertad máxima. Las leyes u órdenes escritas no se podían retirar o negar y eran más difíciles de cambiar; establecían puntos de referencia que las élites gobernantes podrían querer cambiar por completo. Por lo tanto, ni los administrados ni los administradores de Taqali consideraron que la introducción de la escritura los fuera a beneficiar.

Los administrados temían cómo la utilizarían los administradores, y los propios administradores vieron que la ausencia de escritura ayudaba a su ya precario control del poder. Fue la política de Taqali lo que impidió que se introdujera la escritura. Aunque los somalíes tenían una élite aún menos definida que la del reino Taqali, es bastante plausible que las mismas fuerzas inhibieran su uso de la escritura y la adopción de otras tecnologías básicas.

El caso somalí muestra las consecuencias de la falta de centralización política para el crecimiento económico. La literatura histórica no registra ejemplos de intentos de crear esa centralización en Somalia. No obstante, es evidente por qué habría sido muy difícil. El hecho de centralizar políticamente habría significado que algunos clanes estuvieran sujetos al control de otros. Sin embargo, rechazaron este dominio, y la rendición de su poder que esto habría entrañado: el equilibrio

de poder militar en la sociedad también habría dificultado crear esas instituciones centralizadas. De hecho, es probable que cualquier grupo o clan que hubiera intentado centralizar el poder no solamente se habría enfrentado a una resistencia férrea, sino que habría perdido su poder y los privilegios que tenía. Como consecuencia de esta falta de centralización política y la ausencia que implica de incluso la seguridad más básica de los derechos de propiedad, la sociedad somalí nunca generó incentivos para invertir en tecnologías que mejoraran la productividad. Mientras en otras partes del mundo se llevaba a cabo un proceso de industrialización en el siglo XIX y principios del XX, los somalíes luchaban y defendían su vida, y su retraso económico se hizo más fuerte.

Soportar el retraso

La revolución industrial creó una coyuntura crítica transformadora para todo el mundo durante el siglo XIX y más allá: las sociedades que permitieron a sus ciudadanos invertir en nuevas tecnologías podían crecer rápido. Sin embargo, muchas no pudieron hacerlo, o eligieron explícitamente no hacerlo. Los países controlados por instituciones políticas y económicas extractivas no generaron aquellos incentivos. España y Etiopía proporcionan ejemplos de que el control absolutista de las instituciones políticas y las instituciones económicas extractivas implicadas asfixiaban los incentivos económicos mucho antes de la llegada del siglo XIX. El resultado fue similar en otros regímenes absolutistas (por ejemplo, en Austria-Hungría, Rusia, el Imperio otomano y China, aunque, en estos casos, los gobernantes, debido a su temor a la destrucción creativa, no solamente dejaron de fomentar el progreso económico, sino que dieron pasos explícitamente para bloquear la extensión de las nuevas tecnologías que aportarían industrialización).

El absolutismo no es la única forma de institución política extractiva y tampoco fue el único factor que impidió la industrialización. Las instituciones políticas y económicas inclusivas exigen cierto grado de centralización política para que el Estado pueda imponer la ley y el orden, defender derechos de propiedad y fomentar la actividad económica invirtiendo en servicios públicos cuando sea necesario. Sin embargo, todavía hoy, muchos países, como Afganistán, Haití, Nepal y Somalia, tienen Estados que son incapaces de mantener el orden más rudimentario y los incentivos económicos prácticamente se destruyen. El caso de Somalia ilustra que el proceso de industrialización también pasó de largo en aquellas sociedades. Existe resistencia a la centralización política por la misma razón que los regímenes absolutistas se resisten al cambio: el temor a menudo justificado de que el cambio reasignará el poder político y que éste pasará de los que lo dominan hoy a individuos y grupos nuevos. Por lo tanto, cuando los bloques del absolutismo se mueven hacia el pluralismo y el cambio económico, también lo hacen los clanes y las élites tradicionales que dominan la escena en sociedades sin centralización estatal. En consecuencia, las sociedades que todavía carecían de esta centralización en los siglos XVIII y XIX tenían una desventaja concreta en la era de la industria.

Mientras que la variedad de instituciones extractivas del absolutismo y los Estados con poca centralización no aprovecharon la expansión de la industria, la coyuntura crítica de la revolución industrial tuvo efectos muy distintos en otras partes del mundo. Como veremos en el capítulo 10, las sociedades que ya habían dado pasos hacia las instituciones políticas y económicas inclusivas, como Estados Unidos y Australia, y aquellos en los que el absolutismo se cuestionaba más seriamente, como Francia y Japón, aprovecharon aquellas nuevas oportunidades económicas e iniciaron un proceso de rápido crecimiento económico. Como tal, el patrón habitual de interacción entre una coyuntura crítica y las diferencias institucionales existentes que conducen a una mayor divergencia institucional y


económica se manifestó de nuevo en el siglo XIX, y esta vez con un mayor efecto sobre la prosperidad y la pobreza de los países.

9

Cómo revertir el desarrollo

Especia y genocidio

El archipiélago de las Molucas de la Indonesia moderna está formado por tres grupos de islas. A principios del siglo XVII, las Molucas del norte albergaban los reinos independientes de Tidore, Ternate y Bacan. Las Molucas medianas eran el hogar de la isla reino de Ambon. Al sur, se encontraban las islas de Banda, un pequeño archipiélago que todavía no estaba unificado políticamente. Aunque nos parezcan remotas hoy en día, las Molucas en aquel momento eran cruciales para el comercio mundial porque eran las únicas productoras de especias valiosas como clavo, macis y nuez moscada. La macis y la nuez moscada solamente crecían en las islas de Banda. Los habitantes de estas islas producían y exportaban estas especias escasas a cambio de comida y productos manufacturados procedentes de la isla de Java, del centro de distribución de Melaka en la península Malasia y de la India, China y Arabia.

El primer contacto que tuvieron los habitantes con europeos fue en el siglo XVI, con marineros portugueses que llegaron para comprar especias. Antes de aquel momento, las especias tenían que enviarse por Oriente Próximo, a través de las rutas comerciales controladas por el Imperio otomano. Los europeos buscaban un paso alrededor de África o a través del Atlántico para lograr un acceso directo a las islas y al comercio de especias. El cabo de Buena Esperanza fue rodeado por el navegante portugués Bartolomeu Dias en 1488, y Vasco de Gama llegó a la India siguiendo la misma ruta en 1498. Por primera vez, los europeos tenían su propia ruta independiente a las islas de las Especias.

MAPA 14

Sudeste asiático, islas de las Especias, Ambon y Banda en el año 1600



Los portugueses inmediatamente se propusieron controlar el comercio de especias. Tomaron Melaka en 1511. Estratégicamente situada en el lado oeste de la península Malasia, los comerciantes de todo el Sudeste asiático llegaban allí para vender sus especias a otros comerciantes indios, chinos y árabes, que las enviaban a Occidente. Tal y como dijo el viajero portugués Tomé Pires en 1515: «El comercio entre los distintos países de mil leguas debe venir a Melaka [...]. Quienquiera que sea señor de Melaka tiene en sus manos la garganta de Venecia».

Con Melaka en sus manos, los portugueses intentaron lograr el monopolio del valioso comercio de especias sistemáticamente, pero fracasaron.

Los adversarios a los que se enfrentaban no eran desdeñables. Entre los siglos XIV y XVI, hubo un gran desarrollo económico en el Sudeste asiático basado en el comercio de especias. Ciudades-Estado como Aceh, Banten, Melaka, Makassar, Pegu y Brunéi se expandieron rápidamente y produjeron y exportaron especias junto con otros productos como maderas duras.

Estos Estados tenían formas absolutistas de gobierno similares a los de Europa en el mismo

período. El desarrollo de instituciones políticas fue impulsado por procesos similares que incluían el cambio tecnológico en métodos de guerra y comercio internacional. Las instituciones estatales se centralizaron más, con un rey en el centro que reclamaba el poder absoluto. Igual que los gobernantes absolutistas de Europa, los reyes del Sudeste asiático se basaban fuertemente en los ingresos del comercio, ya fuera dedicándose ellos mismos a la actividad comercial o concediendo monopolios a élites locales o extranjeras. Igual que en la Europa absolutista, aquello generó cierto crecimiento, pero distaba mucho de ser el ideal de instituciones económicas para la prosperidad económica, con obstáculos de entrada importantes y derechos de propiedad inseguros para la mayoría. Sin embargo, el proceso de comercialización estaba en marcha incluso cuando los portugueses intentaban establecer su dominio en el océano Índico.

La presencia de europeos creció y tuvo un impacto mucho mayor con la llegada de los holandeses, que en seguida se dieron cuenta de que monopolizar la oferta de especias valiosas de las Molucas sería mucho más rentable que competir contra otros comerciantes europeos o locales. En el año 1600, convencieron al gobernante de Ambon para que firmara un acuerdo de exclusividad que les dio el monopolio del comercio de clavo en Ambon. Con la fundación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en 1602, los intentos holandeses de hacerse con todo el comercio de especias y eliminar a su competencia, por las buenas o por las malas, cambiaron a mejor para los holandeses y a peor para el Sudeste asiático. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales fue la segunda sociedad anónima europea, tras la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que supuso un antes y un después en el desarrollo de la corporación moderna, que posteriormente tendría un papel crucial en el desarrollo industrial europeo. También fue la segunda empresa que tenía su propio ejército y el poder de hacer guerras y colonizar territorios extranjeros. Con el poder militar de la empresa, los holandeses procedieron a eliminar todos los intrusos potenciales para imponer su tratado con el gobernante de Ambon. Capturaron un fuerte clave en manos de los portugueses en 1605 y eliminaron por la fuerza a todos los demás comerciantes. Posteriormente, se expandieron al norte de las Molucas, obligando a los gobernantes de Tidore, Ternate y Bacan a acordar que no se cultivaría ni comerciaría con clavo en sus territorios. El tratado que impusieron en Ternate incluso permitía a los holandeses llegar y destruir cualquier árbol de clavo que encontraran allí.

Ambon era gobernado de una forma similar a gran parte de Europa y América durante aquella época. La población tenía que pagar un tributo al gobernante y estaba sujeta a trabajos forzados. Los holandeses se apoderaron de aquellos sistemas y los intensificaron para extraer más mano de obra y más clavo de la isla. Desde siempre, las familias extensas pagaban tributos en clavos a la élite de Ambon. Pero, tras la llegada de los holandeses, todas las casas quedaron sujetas a la tierra y debían cultivar cierto número de árboles de clavo. Además, estaban obligadas a hacer trabajos forzados para los holandeses.

Los holandeses también se apoderaron de las islas de Banda, en un intento de monopolizar la macis y la nuez moscada. Sin embargo, estas islas estaban organizadas de forma muy distinta a Ambon. Estaban formadas por muchas ciudades-Estado pequeñas y autónomas y no había ninguna estructura jerárquica social o política. Aquellos pequeños Estados, que, en realidad, no eran más que pueblos pequeños, estaban gobernados por reuniones de ciudadanos. No había ninguna autoridad central que los holandeses pudieran coaccionar para que firmara un tratado de monopolio y tampoco un sistema de tributos del que se pudieran apoderar para capturar toda la oferta de macis y nuez moscada. Al principio, esto significó que los holandeses tuvieron que competir con comerciantes ingleses, portugueses, indios y chinos, y perdieron especias cuando no pudieron pagar los precios elevados de su competencia. Dado que su plan inicial de establecer un monopolio de macis y nuez

moscada quedó frustrado, el gobernador holandés de Batavia, Jan Pieterszoon Coen, presentó un plan alternativo. Coen fundó Batavia, en la isla de Java, como nueva capital de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en 1618. En 1621, navegó hasta Banda con una flota y masacró a prácticamente toda la población de las islas, probablemente quince mil personas. Todos sus líderes fueron ejecutados con el resto del pueblo, y solamente dejaron a unos cuantos vivos, los suficientes para conservar el saber hacer necesario para producir macis y nuez moscada. Tras acabar el genocidio, Coen creó la estructura política y económica necesaria para su plan: una sociedad de plantación. Las islas fueron divididas en sesenta y ocho parcelas, que se entregaron a sesenta y ocho holandeses, la mayoría de los cuales eran o habían sido empleados de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Los pocos bandaneses que habían sobrevivido tuvieron que enseñar a estos nuevos propietarios de plantaciones a producir las especias. Los propietarios podían comprar esclavos a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales para poblar las islas, que se habían quedado deshabitadas, y producir especias, que debían venderse a precios fijos a la empresa.

Las instituciones extractivas creadas por los holandeses en las islas de las Especias tuvieron los efectos deseados, aunque en Banda fuera a costa de quince mil vidas inocentes y del establecimiento de un conjunto de instituciones económicas y políticas que condenaría a las islas al subdesarrollo. A finales del siglo XVII, los holandeses habían reducido la oferta mundial de estas especias alrededor del 60 por ciento y el precio de la nuez moscada se había duplicado.

Los holandeses extendieron la estrategia que habían perfeccionado en las Molucas a toda la región, con implicaciones profundas para las instituciones económicas y políticas del resto del Sudeste asiático. La larga expansión comercial de varios Estados en el área que la había iniciado en el siglo XIV cambió drásticamente de rumbo. Incluso los Estados que no fueron colonizados y aplastados directamente por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales se replegaron sobre sí mismos y abandonaron el comercio. El cambio económico y político naciente del Sudeste asiático se detuvo en seco.

Para evitar la amenaza de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, varios Estados dejaron de producir cultivos para la exportación y cesaron su actividad comercial. La autarquía era más segura que enfrentarse a los holandeses. En 1620, el Estado de Banten, en la isla de Java, cortó sus árboles de pimienta con la esperanza de que así los holandeses los dejaran en paz. Cuando un comerciante holandés visitó Maguindanao, al sur de las Filipinas, en 1686, le dijeron: «El clavo y la nuez moscada pueden cultivarse aquí, igual que en Malaku. Ahora no hay aquí porque el antiguo rajá hizo que se echaran a perder antes de su muerte. Temía que la Compañía Holandesa de las Indias Orientales viniera a luchar por ellos». Otro comerciante oyó una historia similar sobre el gobernante de Maguindanao en 1699: «Había prohibido la plantación continuada de pimienta para así no verse involucrado en guerras con la Compañía Holandesa de las Indias Orientales u otros potentados». Se produjo una desurbanización e incluso el declive de la población. En 1635, los birmanos trasladaron su capital desde Pegu, en la costa, hasta Ava, mucho más tierra adentro en el río Irrawaddy.

No sabemos cuál habría sido el camino del desarrollo económico y político de los Estados del Sudeste asiático si no se hubiera producido la agresión holandesa. Quizá habrían desarrollado su propio tipo de absolutismo, habrían permanecido en el mismo estado que tenían a finales del siglo XVI o habrían continuado su comercialización adoptando gradualmente cada vez más instituciones inclusivas. Sin embargo, igual que en las Molucas, el colonialismo holandés cambió fundamentalmente su desarrollo político y económico. Los pueblos del Sudeste asiático dejaron de comerciar, se replegaron sobre sí mismos y se hicieron más absolutistas. En los dos siglos siguientes, no estarían en condiciones de aprovechar las innovaciones que surgirían en la revolución industrial. Y,

finalmente, su retirada del comercio no los salvaría de los europeos, ya que, a finales del siglo XVIII, casi todos formaban parte de los imperios coloniales europeos.

Como vimos en el capítulo 7, la expansión europea en el Atlántico impulsó el auge de las instituciones inclusivas en Gran Bretaña. Sin embargo, tal y como ilustra la experiencia de las Molucas bajo el dominio holandés, esta expansión sembró las semillas del subdesarrollo en muchos puntos distintos del mundo al imponer instituciones extractivas o reforzar las instituciones extractivas que ya existían. Éstas destruyeron directa o indirectamente la actividad comercial e industrial naciente en todo el mundo o perpetuaron instituciones que detuvieron la industrialización. En consecuencia, la industrialización se desarrollaba en algunas partes del mundo, pero no en las que formaban parte de los imperios coloniales europeos, que no tuvieron ninguna oportunidad de beneficiarse de aquellas nuevas tecnologías.

Una institución demasiado habitual

En el Sudeste asiático, la expansión del poder naval y comercial europeo a principios de la Edad Moderna limitó un período prometedor de expansión económica y cambio institucional. Durante el mismo período que la Compañía Holandesa de las Indias Orientales se expandía, un tipo de comercio muy distinto se intensificaba en África: el tráfico de esclavos.

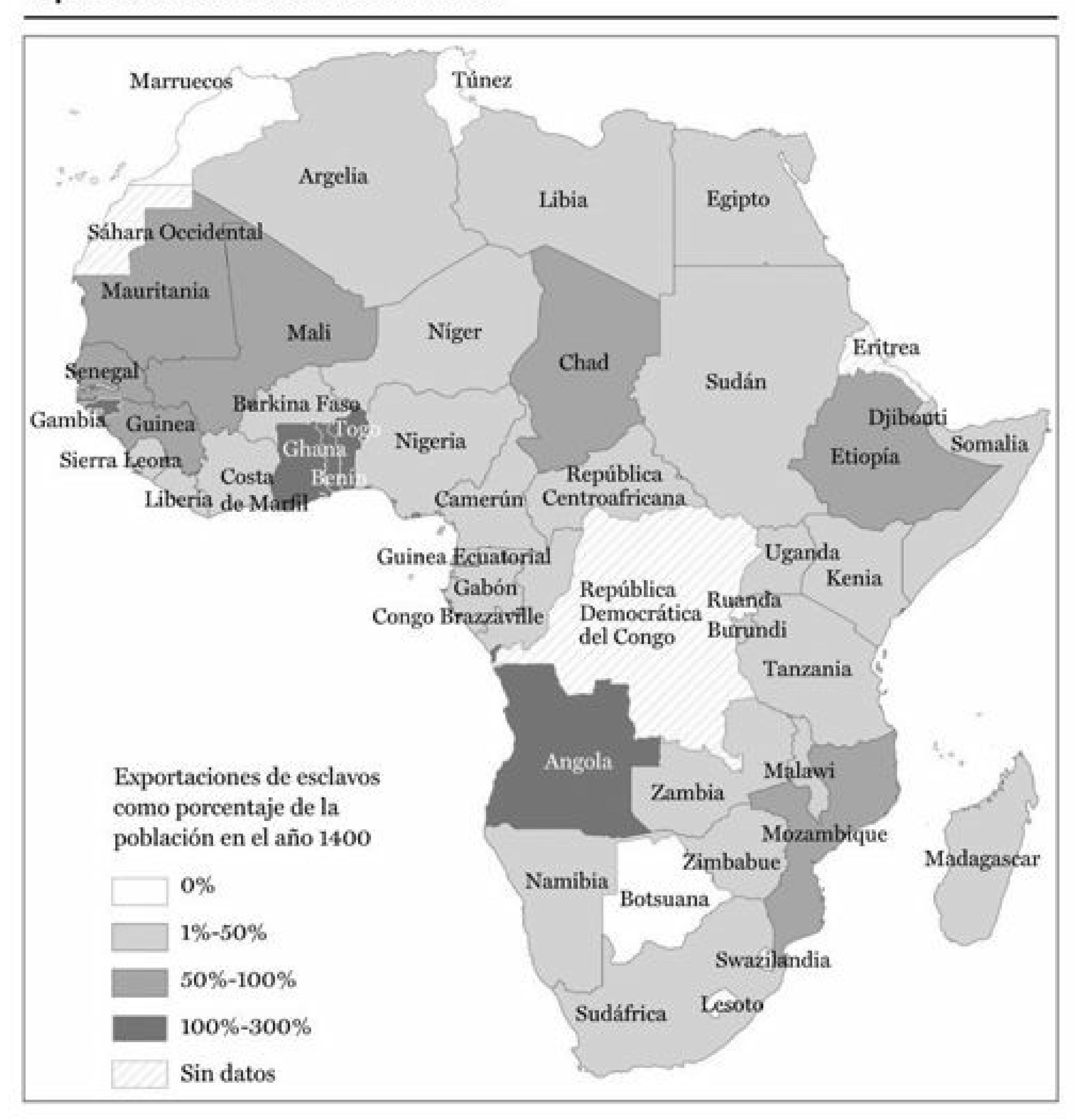
En Estados Unidos, la esclavitud del Sur a menudo recibía el nombre de «institución peculiar». No obstante, desde el punto de vista histórico, como señaló el gran erudito clásico Moses Finlay, la esclavitud era cualquier cosa menos peculiar, ya que estaba presente prácticamente en todas las sociedades. Como mencionamos anteriormente, la esclavitud era endémica en la Roma antigua y en África, y durante mucho tiempo constituyó una fuente de esclavos para Europa, aunque no la única.

En el período romano, los esclavos procedían de los pueblos eslavos de la zona del mar Muerto, de Oriente Próximo y del norte de Europa. Sin embargo, en el año 1400, los europeos habían dejado de esclavizarse entre sí. Pero, como vimos en el capítulo 6, África no realizó la transición de la esclavitud a la servidumbre como la Europa medieval. Antes del inicio del período moderno, hubo un activo tráfico de esclavos en el este de África y un gran número de esclavos eran transportados a través del Sáhara hasta la península Arábiga. Además, grandes Estados medievales del África occidental, como Mali, Ghana y Songhai, utilizaron intensivamente esclavos en el gobierno, el ejército y la agricultura, adoptando modelos organizativos de los Estados norteafricanos musulmanes con los que comerciaban.

Fue el desarrollo de las colonias de plantaciones de azúcar del Caribe a partir del siglo XVII lo que condujo a una intensificación espectacular del tráfico internacional de esclavos y a un aumento sin precedentes de la importancia de la esclavitud en la propia África. En el siglo XVI, se traficó probablemente con alrededor de 300.000 esclavos en el Atlántico. La mayoría procedían del África central, con una fuerte implicación del Congo y de los portugueses ubicados más al sur, en Luanda, capital actual de Angola. Por aquel entonces, el tráfico de esclavos a través del Sáhara todavía era importante, probablemente unos 550.000 africanos eran trasladados al norte como esclavos. En el siglo XVII, la situación cambió. Alrededor de 1.350.000 africanos fueron vendidos como esclavos en el comercio atlántico, la mayoría de los cuales eran enviados a América. Las cifras del comercio a través del Sáhara prácticamente no cambiaron. En el siglo XVIII, se produjo otro aumento espectacular,

alrededor de 6.000.000 de esclavos fueron enviados a través del Atlántico y unos 700.000 a través del Sáhara. Si sumamos las cifras de todos los períodos y todos los lugares de África, más de 10.000.000 de africanos fueron enviados fuera del continente como esclavos.

El mapa 15 da una idea de la escala del tráfico de esclavos. Utilizando las fronteras modernas de países, muestra estimaciones del alcance creciente de la esclavitud entre 1400 y 1900 como porcentaje de la población en 1400. Los colores más oscuros señalan los lugares en los que la esclavitud era más intensa. Por ejemplo, en Angola, Benín, Ghana y Togo, la exportación de esclavos acumulada total sumaba más que toda la población del país en 1400.



La aparición repentina de europeos por toda la costa del África central y occidental dispuestos a comprar esclavos tuvo necesariamente un impacto transformador en las sociedades africanas. La mayoría de los esclavos que se enviaron a América eran prisioneros de guerra que posteriormente fueron transportados a la costa. El aumento de la guerra fue impulsado por enormes importaciones de

armas y munición que los europeos intercambiaban por esclavos. En la década de 1730, alrededor de 180.000 armas de fuego se importaban cada año sólo en la costa occidental africana, y entre 1750 y principios del siglo XIX, solamente los británicos vendieron entre 283.000 y 394.000 armas al año. Entre 1750 y 1807, los británicos vendieron la increíble cifra de 22.000 toneladas de pólvora, es decir, una media de unos 384.000 kg al año, junto con 91.000 kg de plomo anuales. Más al sur, el comercio era igual de activo. En la costa de Loango, al norte del reino del Congo, los europeos vendían unas 50.000 armas de fuego al año.

Estas guerras y conflictos no solamente causaban un enorme sufrimiento y la pérdida de vidas humanas, sino que, además, ponían en marcha un camino concreto de desarrollo institucional en África. Antes de la era moderna inicial, las sociedades africanas estaban menos centralizadas políticamente que las de Eurasia. La mayor parte de los Estados eran pequeños, con jefes tribales y quizá reyes que controlaban la tierra y los recursos. Muchos, como en el caso de Somalia, no tenían ninguna estructura jerárquica de autoridad política en absoluto. El tráfico de esclavos inició dos procesos políticos adversos. Primero, muchos Estados inicialmente se hicieron más absolutistas, organizados alrededor de un único objetivo: vender esclavos a los europeos. Segundo, como consecuencia del primer proceso, pero, paradójicamente, en oposición a éste, la guerra y la esclavitud finalmente destruyeron cualquier orden y autoridad estatal legítima que hubiera existido en el África subsahariana. Los esclavos eran prisioneros de guerra, pero también procedían de secuestros y capturas de asaltos a pequeña escala. La ley también se convirtió en una herramienta de la esclavitud. Independientemente del delito que se cometiera, la pena era la esclavitud. El comerciante inglés Francis Moore observó las consecuencias de esto en la costa de Senegambia del África occidental a partir de 1730:

> Desde que se utiliza el tráfico de esclavos, todos los castigos se han cambiado por la esclavitud; hay una ventaja en estas condenas, abusan de esa condena para delitos muy fuertes, para conseguir el beneficio que obtienen al vender al delincuente. No solamente el asesinato, el robo y el adulterio son castigados vendiendo al delincuente como esclavo, sino que cualquier caso sin importancia recibe el mismo castigo.

Las instituciones, incluso las religiosas, se pervirtieron por el deseo de capturar y vender esclavos. Un ejemplo es el famoso oráculo de Arochukwa, en el este de Nigeria. Se creía que el oráculo hablaba en nombre de un importante dios de la región respetado por los grandes grupos étnicos locales, los ijaws, los ibibios y los igbos. El oráculo servía para zanjar disputas y arbitrar en desacuerdos. Los querellantes que viajaban a Arochukwa para enfrentarse al oráculo tenían que descender desde la ciudad hasta un desfiladero del río Cruz donde se encontraba el oráculo en una gran cueva, cuya parte delantera estaba cubierta con calaveras humanas. Los sacerdotes del oráculo, en complot con los esclavistas y comerciantes de Aro, ofrecerían la decisión del oráculo. A menudo, esto implicaba que la gente fuera «tragada» por el oráculo, lo que significaba, de hecho, que una vez que habían atravesado la cueva, se los conducía por el río Cruz a los barcos de los europeos que los estaban esperando. Este proceso, en el que todas las leyes y costumbres se distorsionaban y se rompían para capturar cada vez más esclavos, tuvo efectos devastadores en la centralización política, aunque, en algunos lugares, condujo a la creación de Estados poderosos cuya principal razón de ser eran las redadas y la esclavitud. El propio reino del Congo probablemente fue el primer Estado africano que experimentó una metamorfosis y llegó a convertirse en Estado esclavista antes de ser destruido por la guerra civil. Otros Estados esclavistas que surgieron sobre todo en el África occidental fueron Oyo en Nigeria, Dahomey en Benín y, posteriormente, Asante en Ghana.

La expansión del Estado de Oyo a mediados del siglo XVII, por ejemplo, está directamente

relacionada con el aumento de la exportación de esclavos en la costa. El poder del Estado era el resultado de una revolución militar que implicó la importación de caballos del norte y la formación de una caballería potente que podía diezmar los ejércitos enemigos. Cuando Oyo se expandió al sur hacia la costa, aplastó a los Estados que venció y vendió a muchos de sus habitantes como esclavos. En el período entre 1690 y 1740, Oyo estableció su monopolio en el interior de lo que se llegó a conocer como la costa de los esclavos. Se estima que del 80 al 90 por ciento de los esclavos vendidos en la costa fueron el resultado de estas conquistas. Una conexión espectacular similar entre la guerra y la oferta de esclavos tuvo lugar más hacia el oeste en el siglo XVIII, en la costa del oro, la Ghana actual. Después de 1700, el Estado de Asante se expandió desde el interior, de una forma muy parecida a la experimentada anteriormente por Oyo. Durante la primera mitad del siglo XVIII, esta expansión desencadenó las denominadas guerras akanas, mientras Asante derrotaba a un Estado independiente tras otro. El último, Gyaman, fue conquistado en 1747. La mayoría de los 375.000 esclavos exportados desde la costa de oro entre 1700 y 1750 eran prisioneros que se habían capturado en aquellas guerras.

Probablemente, el impacto más obvio de aquella extracción masiva de seres humanos fuera demográfico. Es difícil saber con seguridad cuál era la población de África antes de la época moderna, pero los expertos han hecho varias estimaciones plausibles del impacto del tráfico de esclavos en la población. El historiador Patrick Manning estima que la población de estas áreas del África occidental y central-occidental que proporcionaban esclavos para la exportación era de entre 22 y 25 millones a principios del siglo XVIII. En el supuesto conservador de que durante el siglo XVIII y principios del XIX estas áreas hubieran experimentado un ritmo de crecimiento de la población de alrededor de la mitad de ese porcentaje al año sin el tráfico de esclavos, Manning estimó que la población de esta región en 1850 debía de haber sido, como mínimo, de 46 a 53 millones. De hecho, fue de alrededor de la mitad.

Esta diferencia enorme no solamente se debió a los 8 millones de personas que se exportaron como esclavos desde esta región entre 1700 y 1850, sino a los millones que probablemente fueron asesinadas por las guerras internas continuas destinadas a capturar esclavos. La esclavitud y el tráfico de esclavos en África trastornaron las estructuras familiares y de matrimonio y puede que también redujeran la fertilidad.

A partir de finales del siglo XVIII, un fuerte movimiento para abolir el tráfico de esclavos empezó a cobrar impulso en Gran Bretaña, dirigido por la figura carismática de William Wilberforce. Tras varios intentos fallidos, en 1807, los abolicionistas convencieron al Parlamento para que aprobara un proyecto de ley que declaraba ilegal el tráfico de esclavos. Un año más tarde, Estados Unidos tomó una medida similar. Sin embargo, el gobierno británico fue más allá: procuró implantar activamente esta medida desplegando escuadrones navales en el Atlántico para intentar erradicar el tráfico de esclavos. Aunque pasó algún tiempo hasta que estas medidas fueron realmente efectivas, y hubo que esperar hasta 1834 para que la esclavitud en sí fuera abolida en el Imperio británico, el tráfico de esclavos en el Atlántico, que constituía, con mucho, la mayor parte del tráfico, tenía los días contados.

El fin del tráfico de esclavos después de 1807 realmente redujo la demanda externa de esclavos de África, pero este cambio no significó que el impacto de la esclavitud en las sociedades e instituciones africanas fuera a desaparecer como por arte de magia. Muchos Estados africanos se habían organizado alrededor de la esclavitud y, aunque los británicos hubieran puesto fin al tráfico, esta organización se mantuvo. Además, la esclavitud se había extendido mucho hacia el interior de África. Estos factores, finalmente, marcarían el camino del desarrollo en el continente no solamente antes de 1807, sino también después.

En lugar de la esclavitud, llegó el «comercio legítimo», el nombre que se dio a la exportación desde África de productos nuevos que no guardaban relación con el tráfico de esclavos. Estos

productos incluían aceite de palma y almendras, cacahuetes, ébano, goma y goma arábiga. A medida que las rentas europeas y norteamericanas crecían con la expansión de la revolución industrial, la demanda de muchos de aquellos productos tropicales aumentó notablemente. Las sociedades africanas que se habían aprovechado intensamente de las oportunidades económicas presentadas por el tráfico de esclavos hicieron lo mismo con el comercio legítimo. Sin embargo, lo hicieron en un contexto peculiar en el que la esclavitud era una forma de vida pero la demanda externa de esclavos de repente se había agotado. ¿Qué iban a hacer todos aquellos esclavos si ya no podían ser vendidos a los europeos? La respuesta era sencilla. Se podían poner a trabajar rentablemente, bajo coacción, en África, produciendo los nuevos productos del comercio legítimo.

Uno de los ejemplos mejor documentados ocurrió en Asante, la Ghana moderna. Antes de 1807, el imperio asante había participado intensamente en la captura y exportación de esclavos, llevándolos a la costa para ser vendidos a los grandes castillos de esclavos de la Costa del Cabo y Elmina. Después de 1807, cuando aquella opción dejó de existir, la élite política de Asante reorganizó su economía. No obstante, la esclavitud no acabó. Los esclavos eran enviados a grandes plantaciones, inicialmente alrededor de la capital, Kumasi, pero, más tarde, a lo largo de todo el Imperio (correspondiente a la mayor parte del interior de Ghana). Fueron empleados en la producción de oro y nuez de cola para exportar, pero también para cultivar grandes cantidades de comida, y fueron utilizados intensamente como porteadores, ya que en Asante no se utilizaba el transporte con ruedas. Más al este, se llevaron a cabo adaptaciones similares. Por ejemplo, en Dahomey, el rey tenía grandes plantaciones de palmeras de aceite cerca de los puertos costeros de Whydah y Porto Novo, todas trabajadas por esclavos.

Por lo tanto, la abolición del tráfico de esclavos, en lugar de hacer que la esclavitud africana se debilitara, simplemente condujo a una reorganización de los esclavos, que empezaron a utilizarse en África en lugar de en América. Además, muchas de las instituciones políticas que habían creado el tráfico de esclavos en los dos siglos anteriores no cambiaron y los patrones de comportamiento perduraron. Por ejemplo, en Nigeria, entre 1820 y 1840, el anterior gran reino Oyo desapareció. Fue socavado por guerras civiles y el auge de las ciudades-Estado yorubas, como Illorin e Ibadan, que participaron directamente en el tráfico de esclavos, al sur. Poco después de 1830, la capital de Oyo fue saqueada, como consecuencia de que las ciudades yorubas cuestionaran el poder de Dahomey por el dominio regional. Libraron una serie prácticamente continua de guerras en la primera mitad del siglo, que generaron una oferta masiva de esclavos. A esto había que sumar las rondas habituales de secuestros y condenas por parte de oráculos y redadas a menor escala. El secuestro era un problema de tal magnitud en algunas partes de Nigeria que los padres no dejaban a los niños jugar fuera de casa por miedo a que se los llevaran y fueran vendidos como esclavos.

En consecuencia, la esclavitud, en lugar de reducirse, parece haberse ampliado en África a lo largo del siglo XIX. Es difícil encontrar cifras precisas, pero existen una serie de relatos escritos por viajeros y comerciantes durante esta época que sugieren que, en los reinos africanos occidentales de Asante y Dahomey y en las ciudades-Estado yorubas, más de la mitad de la población eran esclavos. Existen datos más precisos de los primeros registros coloniales franceses del Sudán occidental, una gran extensión del África occidental, que va desde Senegal, a través de Mali y Burkina Faso, a Níger y Chad. En esta región, el 30 por ciento de la población estaba esclavizada en el año 1900.

Igual que con la aparición del comercio legítimo, la colonización formal tras la lucha por África no destruyó la esclavitud en África. A pesar de que gran parte de la penetración europea en África se justificó con el argumento de que la esclavitud debía ser combatida y abolida, la realidad era distinta. En la mayor parte del África colonial, la esclavitud continuó hasta bien entrado el siglo XX. En Sierra Leona, por ejemplo, hubo que esperar hasta 1928 para que la esclavitud fuera abolida finalmente,

aunque la capital, Freetown, hubiera sido fijada originalmente a finales del siglo XVIII como refugio para esclavos repatriados desde América. Pronto se convirtió en una base importante para el escuadrón antiesclavitud británico y un nuevo hogar para los esclavos libertos rescatados de barcos de esclavos capturados por la armada británica. Incluso con este simbolismo, la esclavitud duró en Sierra Leona ciento treinta años más. Liberia, al sur de Sierra Leona, también fue fundada por esclavos americanos libertos a partir de 1840. Sin embargo, también allí la esclavitud duró hasta el siglo XX, hasta los años sesenta. Se estima que una cuarta parte de la mano de obra estaba coaccionada y trabajaba en condiciones parecidas a la esclavitud. Debido a las instituciones políticas y económicas basadas en el tráfico de esclavos, la industrialización no se extendió al África subsahariana, que se estancó o incluso experimentó un retraso económico, mientras otras partes del mundo transformaban sus economías.

La creación de una economía dual

El paradigma de la «economía dual», propuesto originalmente en 1955 por sir Arthur Lewis, todavía define la forma en la que la mayoría de los sociólogos piensan sobre los problemas económicos de los países menos desarrollados. Según Lewis, muchas economías menos desarrolladas o subdesarrolladas tienen una estructura dual y están divididas en un sector moderno y otro tradicional. El sector moderno, que corresponde a la parte más desarrollada de la economía, se asocia con la vida urbana, la industria moderna y el uso de tecnologías avanzadas. El sector tradicional se asocia con la vida rural, la agricultura e instituciones y tecnologías «atrasadas». Las instituciones agrícolas atrasadas incluyen la propiedad común de la tierra, que implica la inexistencia de derechos de propiedad privada sobre ésta. Según Lewis, la mano de obra se utilizaba con tanta ineficiencia en el sector tradicional que se podía reasignar al sector moderno sin reducir la cantidad que podía producir el sector rural. Para varias generaciones de economistas de desarrollo que se basaban en las ideas de Lewis, el «problema del desarrollo» ha llegado a significar el traslado de personas y recursos del sector tradicional, la agricultura y el campo, al sector moderno, la industria y las ciudades. En 1979, Lewis recibió el Premio Nobel por su trabajo sobre el desarrollo económico.

Lewis y los economistas del desarrollo que se basan en su trabajo sin duda tenían razón al identificar las economías duales. Sudáfrica era uno de los ejemplos más claros, dividida en un sector tradicional que estaba retrasado y era pobre y un sector moderno que era activo y próspero. Incluso hoy en día, la economía dual que identificó Lewis está por todas partes en Sudáfrica. Una de las formas más espectaculares de verlo es conducir por la frontera entre el estado de KwaZulu-Natal, anteriormente Natal, y el estado del Transkei. La frontera sigue el río Gran Kei. Al este del río, en Natal, a lo largo de la costa, existen propiedades ricas frente al mar en amplias extensiones de playas de arena maravillosas. El interior está cubierto por plantaciones de caña de azúcar verde y exuberante. Las carreteras son bonitas; toda la zona rezuma prosperidad. Al otro lado del río, como si fuera otro tiempo y otro país, el área está prácticamente devastada. La tierra no es verde, sino marrón, y está fuertemente deforestada. En lugar de casas modernas y opulentas con agua corriente, inodoros y todas las comodidades modernas, la gente vive en cabañas provisionales y prepara la comida cocinando en fuegos al aire libre. La vida, sin duda, es tradicional, lejos de la existencia moderna que hay al este del río. Pero ahora el lector no se extrañará de que esas diferencias estén relacionadas con grandes diferencias en las instituciones económicas entre ambos lados del río.

Al este, en Natal, hay derechos de propiedad privada, sistemas legales, mercados, agricultura comercial y una industria que funcionan. Al oeste, en el Transkei, tenían propiedad común de la tierra

y jefes tradicionales todopoderosos hasta hace poco. Mirado con la perspectiva de la teoría de Lewis de la economía dual, el contraste entre el Transkei y Natal ilustra los problemas del desarrollo africano. De hecho, podemos ir más allá y destacar que, históricamente, toda África era como el Transkei; era pobre, tenía instituciones económicas premodernas, tecnología atrasada y estaba gobernada por jefes. Según esta perspectiva, por lo tanto, el desarrollo económico simplemente debería implicar garantizar que el Transkei finalmente se convierta en Natal.

Esta perspectiva, a pesar de encerrar una gran parte de verdad, no considera toda la lógica de cómo llegó a existir la economía dual y cuál es su relación con la economía moderna. El atraso del Transkei no es solamente un vestigio histórico del atraso natural de África. La economía dual entre el Transkei y Natal, de hecho, es bastante reciente, y no tiene nada de natural. Fue creada por las élites blancas sudafricanas para producir una reserva de mano de obra barata para sus negocios y reducir la competencia de los africanos negros. La economía dual es otro ejemplo de subdesarrollo creado, no de subdesarrollo como apareció naturalmente y persistió durante siglos.

Sudáfrica y Botsuana, como veremos después, evitaron la mayor parte de los efectos adversos del tráfico de esclavos y las guerras que comportó. La primera gran interacción de los sudafricanos con europeos se dio cuando la Compañía Holandesa de las Indias Orientales fundó una base en la bahía de la Mesa, que actualmente es el puerto de Ciudad del Cabo, en 1652. En aquel momento, la parte occidental de Sudáfrica estaba escasamente poblada, en su mayoría por cazadores-recolectores llamados khoikhois. Más al este, en lo que ahora se conoce como el Ciskei y el Transkei, había sociedades africanas con una alta densidad de población especializada en la agricultura. Inicialmente, no interactuaron fuertemente con la nueva colonia de holandeses, ni participaron en el tráfico de esclavos. La costa sudafricana estaba muy desconectada de los mercados de esclavos, y los habitantes del Ciskei y el Transkei, conocidos como xhosas, estaban muy tierra adentro, de modo que no atraían la atención de nadie. En consecuencia, estas sociedades no sufrieron el impacto de muchas de las corrientes adversas que golpearon el oeste y el centro de África.

El aislamiento de estos lugares cambió en el siglo XIX. Para los europeos, había algo muy atractivo en el clima y el entorno de Sudáfrica. A diferencia del África occidental, por ejemplo, Sudáfrica tenía un clima templado en el que no había enfermedades tropicales como la malaria y la fiebre amarilla, que habían convertido a gran parte de África en «la tumba del hombre blanco» y que habían impedido que los europeos se establecieran e incluso que fijaran puestos de avanzada permanentes. Sudáfrica era una posibilidad mucho mejor para el asentamiento europeo. Así que la expansión europea hacia el interior empezó poco después de que los británicos arrebataran Ciudad del Cabo a los holandeses durante las guerras napoleónicas. Aquello precipitó una larga serie de guerras xhosas a medida que la frontera del asentamiento se ampliaba hacia el interior. La penetración en el interior de Sudáfrica se intensificó en 1835, cuando el resto de los europeos de origen holandés, que serían conocidos como afrikáneres o bóeres, empezaron su famosa migración en masa conocida como la gran marcha fuera del control británico de la costa y la zona de Ciudad del Cabo. Posteriormente, los afrikáneres fundaron dos Estados independientes en el interior de África, el Estado Libre de Orange y el Transvaal.

La siguiente etapa en el desarrollo de Sudáfrica llegó con el descubrimiento de vastas reservas de diamantes en Kimberly en 1867 y de ricas minas de oro en Johannesburgo en 1886. Esta enorme riqueza mineral del interior convenció de inmediato a los británicos de ampliar su control sobre toda Sudáfrica. La resistencia del Estado Libre de Orange y el Transvaal condujo a las famosas guerras de los bóeres en los períodos 1880-1881 y 1899-1902. Tras una derrota inicial inesperada, los británicos consiguieron unir los Estados afrikáneres con la provincia del Cabo y Natal, para fundar la Unión

Sudafricana en 1910. Más allá de las luchas entre afrikáneres y británicos, el desarrollo de la economía minera y la expansión del asentamiento europeo tuvieron otras implicaciones para el desarrollo de la zona. Lo más destacado es que generaban demanda de comida y otros productos agrícolas y crearon nuevas oportunidades económicas para los nativos africanos tanto en la agricultura como en el comercio.

Los xhosas, en el Ciskei y el Transkei, reaccionaron rápidamente a aquellas oportunidades económicas, como documentó el historiador Colin Bundy. Ya en 1832, incluso antes del *boom* de la minería, un misionero moravo en el Transkei observó el nuevo dinamismo económico de estas áreas y destacó que los africanos demandaban los nuevos productos de consumo que la expansión de los europeos les había empezado a revelar. Escribió: «Para obtener estos objetos, intentan [...] conseguir dinero con el trabajo de sus manos, y compran ropa, palas, arados, carros y otros artículos útiles».

La descripción del comisario civil John Hemming de su visita a Fingoland, en el Ciskei, en 1876, es igualmente reveladora:

> Estoy muy sorprendido por el gran avance realizado por los fingoes en pocos años [...]. Dondequiera que iba, encontraba cabañas o viviendas de ladrillo o piedra. En muchos casos, se habían levantado casas de ladrillos sustanciales [...]. Y se habían plantado árboles frutales; allí donde era posible hacer disponible un curso de agua, se había realizado y la tierra se había cultivado hasta donde podía regarse; las laderas de las montañas e incluso las cimas se cultivaban siempre que se pudiera introducir un arado. El alcance de la tierra me sorprendió; no he visto una zona tan grande de tierra cultivada durante años.

Igual que en otras partes del África subsahariana, el uso del arado era nuevo en agricultura, pero, cuando se le daba la oportunidad, los agricultores africanos parecían estar bastante preparados para adoptar la tecnología. También lo estaban para invertir en carros y trabajos de riego.

A medida que se desarrollaba la economía agrícola, las rígidas instituciones tribales empezaron a ceder terreno. Son muchas las pruebas de que se produjeron cambios en los derechos de propiedad de la tierra. En 1879, el magistrado de Umzimkulu, al este de Griqualandia, en el Transkei, observó «el deseo creciente por parte de los nativos de ser propietarios de la tierra: han comprado treinta y ocho mil acres». Tres años después, registró que alrededor de ochenta mil agricultores africanos del distrito habían comprado y empezado a trabajar en noventa mil acres de tierra.

Es indudable que África no estaba al borde de la revolución industrial, pero se estaba produciendo un auténtico cambio. La propiedad privada de la tierra había debilitado a los jefes y posibilitó que hubiera hombres nuevos que compraban tierra y se enriquecían, lo que era impensable solamente unas décadas antes. También ilustra lo rápido que la debilitación de las instituciones extractivas y de los sistemas de control absolutista puede conducir al dinamismo de la economía recién descubierta. Una de las historias de éxito fue la de Stephen Sonjica en el Ciskei, un agricultor de origen humilde y artífice de su propio éxito. En un discurso de 1911, Sonjica comentó que, la primera vez que contó a su padre su deseo de comprar tierras, su padre respondió: «¿Comprar tierras? ¿Para qué quieres comprar tierras? ¿Acaso no sabes que toda la tierra es de Dios y que él se la dio solamente a los jefes?». La reacción del padre de Sonjica era comprensible, pero no sirvió para detener a su hijo, que consiguió un trabajo en la Ciudad del Rey Guillermo. Stephen señalaba lo siguiente:

> Abrí astutamente una cuenta de banco privada a la que desviaba parte de mis ahorros [...]. Lo hice hasta haber ahorrado ochenta libras ... Compré un par de bueyes con yunta, herramientas, arado y el resto de la parafernalia agrícola... Ahora, he comprado una granja pequeña [...]. No puedo recomendar encarecidamente la agricultura como profesión a los demás [...]. De todas formas, deberían adoptar métodos modernos para conseguir beneficios.

Una prueba extraordinaria que apoyaba el dinamismo económico y la prosperidad de los agricultores africanos en este período se revela en una carta enviada en 1869 por un misionero

metodista, W. J. Davis. Escribía a Inglaterra, y anotó con placer que había reunido cuarenta y seis libras en efectivo «para el Fondo de Ayuda del Algodón de Lancashire». En este período, ¡los prósperos agricultores africanos donaban dinero para ayudar a los pobres trabajadores textiles ingleses!

No es de extrañar que este nuevo dinamismo económico no gustara a los jefes tradicionales que, en un patrón de comportamiento que ya nos resulta familiar, consideraban que aquello reducía su riqueza y su poder. En 1879, Matthew Blyth, el magistrado jefe del Transkei, observó que había oposición a medir la tierra para que pudiera ser dividida en propiedad privada. Registró que «algunos de los jefes se opusieron, pero la mayoría de la gente aprobaba la idea. Los jefes consideran que conceder títulos individuales destruirá su influencia entre los jefes de las tribus».

Los jefes también se resistían a las mejoras realizadas en la tierra, como hacer canales de riego o construir vallas. Consideraban que aquellas mejoras eran solamente un preludio de los derechos de propiedad individual de la tierra, el principio del fin para ellos. Los observadores europeos incluso notaron que los jefes y otras autoridades tradicionales, como los médicos, intentaban prohibir todas las «maneras europeas», que incluían cultivos nuevos, herramientas como el arado o artículos de comercio. De todas formas, la integración del Ciskei y el Transkei en el Estado colonial británico debilitó el poder de los jefes y las autoridades tradicionales, y su resistencia no bastaría para detener el nuevo dinamismo económico de Sudáfrica. En Fingoland, en 1884, un observador europeo notó:

> [El pueblo] nos ha trasladado su lealtad. Sus jefes se han convertido en una especie de terratenientes con título nobiliario [...]. Sin poder político. Ya no temen los celos del jefe o el arma mortal [...], el curandero, que ataca al rico propietario de ganado, el consejero capaz, la introducción de costumbres nuevas, el agricultor diestro, reduciéndolos a todos al nivel uniforme de la mediocridad. Los miembros del clan fingo, que ya no temen todo esto [...], son hombres progresistas. Aunque todavía sean pequeños campesinos, son propietarios de carros y arados; abren canales de riego; son dueños de un rebaño de ovejas.

Aquel nivel ínfimo de instituciones inclusivas y la erosión de los poderes de los jefes y de los límites que imponían bastaron para iniciar un vigoroso *boom* económico africano. Por desgracia, duraría poco. Entre 1890 y 1913, llegaría a un fin abrupto y daría un giro radical. Durante este período, hubo dos fuerzas que destrozaron la prosperidad y el dinamismo rural que habían creado los africanos en los cincuenta años anteriores. La primera fue el antagonismo de los agricultores europeos que competían con los africanos. Los agricultores africanos prósperos habían reducido el precio de los cultivos que también producían los europeos. La respuesta de los europeos fue hacer que las empresas africanas desaparecieran del sector. La segunda fuerza fue aún más siniestra. Los europeos querían tener mano de obra barata para su floreciente economía de minería y solamente se podían asegurar de tenerla empobreciendo a los africanos. Eso es lo que hicieron metódicamente durante las siguientes décadas.

George Albu, presidente de la Asociación de Minas, dio un testimonio ante una comisión de investigación, en 1897, en el que describe brevemente la lógica de empobrecer a los africanos para obtener mano de obra barata. Explicó que proponía abaratar la mano de obra «sencillamente diciendo a los chicos que su sueldo había bajado». Éste es su testimonio:

> **Comisión:** ¿Suponga que los *kaffirs* [africanos negros] se retiran a sus *kraal* [corrales]? ¿Estaría a favor de pedir al gobierno que impusiera el trabajo forzado?
>
> **Albu:** Sin duda... Lo haría obligatorio... ¿Por qué se debería dejar que un negro no hiciera nada? Creo que un *kaffir* debería estar obligado a trabajar para ganarse la vida.
>
> **Comisión:** Si un hombre puede vivir sin trabajar, ¿cómo le puede obligar a hacerlo?
>
> **Albu:** Cóbrele impuestos, entonces...
>
> **Comisión:** Entonces, ¿no permitiría que el *kaffir* tuviera tierras en el país, pero debe trabajar para el hombre blanco y enriquecerlo?

Albu: Debe hacer su parte del trabajo para ayudar a sus vecinos.

Tanto el objetivo de acabar con la competencia de los agricultores negros como el de desarrollar una gran mano de obra barata se lograron al mismo tiempo gracias a la ley de las tierras de nativos de 1913. La ley, que anticipaba la idea de Lewis de la economía dual, dividía Sudáfrica en dos partes, una moderna y próspera y otra tradicional y pobre, pero esta prosperidad y esta pobreza de hecho las creó la propia ley. Declaraba que el 87 por ciento de la tierra debía entregarse a los europeos, que representaban alrededor del 20 por ciento de la población. El 13 por ciento restante sería para los africanos. Evidentemente, esta ley tuvo muchos precedentes, porque los europeos habían ido confinando poco a poco a los africanos a reservas cada vez más pequeñas. Sin embargo, fue la ley de 1913 la que institucionalizó definitivamente la situación y preparó el terreno para la formación del régimen del *apartheid* sudafricano, en el que la minoría blanca tenía tanto los derechos políticos como económicos y la mayoría negra estaba excluida de ambos. La ley especificaba que varias reservas de tierra, que incluían el Transkei y el Ciskei, se convertirían en los territorios nativos africanos (denominados *homelands*). Posteriormente, dichos territorios se conocerían como *bantustans*, otra parte de la retórica del régimen del *apartheid* de Sudáfrica, ya que afirmaba que los pueblos africanos de Sudáfrica no eran nativos de aquella zona, sino que descendían del pueblo bantú que había emigrado desde el este de Nigeria unos mil años atrás. Por lo tanto, no tenían más (y, evidentemente, en la práctica, tenían menos) derechos a la tierra que los colonos europeos.

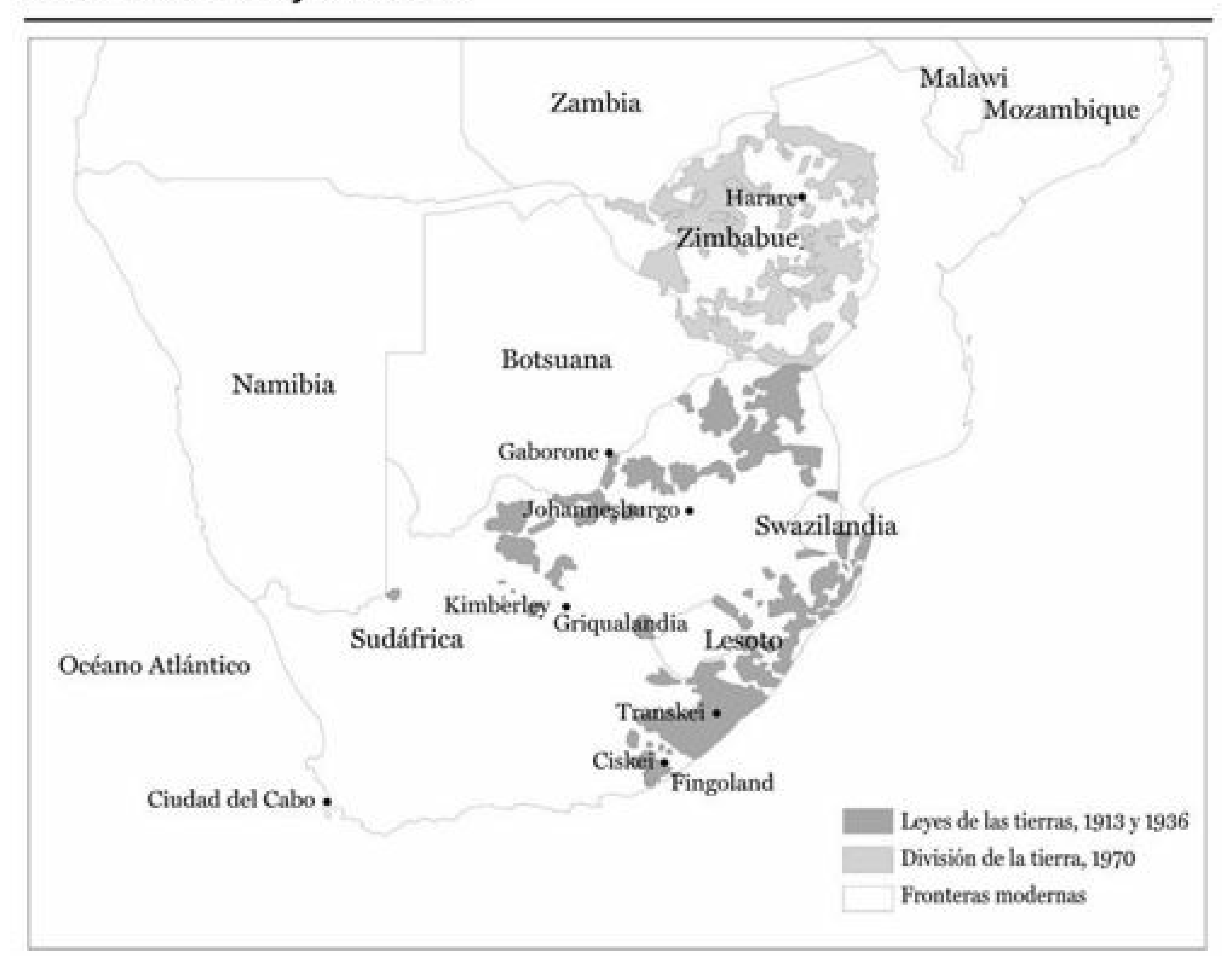
El mapa 16 muestra la ridícula cantidad de tierra asignada a los africanos en virtud de la ley de las tierras de nativos de 1913 y de la posterior ley de 1936. También registra información de 1970 sobre el alcance de una asignación de tierra similar que tuvo lugar durante la construcción de otra economía dual en Zimbabue, que comentaremos en el capítulo 13.

La legislación de 1913 también incluía cláusulas destinadas a impedir que los aparceros y *squatters* negros trabajaran la tierra en propiedades de blancos con un oficio que no implicara alquilar su mano de obra. Como explicó el secretario de Asuntos Nativos: «El efecto de la ley era poner fin, para el futuro, a todas las transacciones que implicaban algo en la naturaleza de la colaboración entre europeos y nativos respecto a la tierra o los frutos de ésta. Todos los contratos nuevos con nativos deben ser contratos de servicio. Siempre que haya un contrato de buena fe de esta naturaleza, no hay nada que impida que un empleador pague a un nativo en especies, o mediante el privilegio de cultivar un trozo de tierra concreto... Sin embargo, el nativo no puede pagar al señor nada por su derecho a ocupar la tierra».

Para los economistas de desarrollo que visitaron Sudáfrica en las décadas de los cincuenta y los sesenta, cuando la disciplina académica estaba tomando forma y las ideas de Arthur Lewis se expandían, el contraste entre estas *homelands* y la próspera y moderna economía europea blanca parecía exactamente el reflejo de la teoría de la economía dual. La parte europea de la economía era urbana, tenía formación y utilizaba tecnología moderna. Las *homelands* eran pobres, rurales y atrasadas; la mano de obra era muy poco productiva y las personas no tenían formación. Parecía la esencia del África eterna y retrasada.

MAPA 16

Cantidad de tierra asignada a africanos por los regímenes de minorías blancas en Sudáfrica y Zimbabue



Sin embargo, la economía dual no era natural ni inevitable. Había sido creada por el colonialismo europeo. Sí, las *homelands* eran pobres y atrasadas tecnológicamente, y sus habitantes no tenían estudios. Pero aquella situación era el resultado de una política gubernamental, que había eliminado por la fuerza el desarrollo económico africano y creó una reserva de mano de obra africana barata y sin formación para ser empleada en minas y tierras controladas por europeos. A partir de 1913, una cifra enorme de africanos fueron echados de sus tierras, que pasaron a manos de los blancos, y fueron hacinados en las *homelands*, que eran unas tierras demasiado pequeñas para que pudieran ganarse la vida de forma independiente. Por lo tanto, tal y como se había previsto, se verían obligados a buscar sustento en la economía de los blancos, proporcionando mano de obra barata. Cuando se hundieron sus incentivos económicos, los avances que se habían producido en los cincuenta años anteriores dieron un giro radical. El pueblo dejó sus arados y volvió a trabajar la tierra con azadas. Eso, en el caso de

que la trabajaran. Lo más habitual era que simplemente estuvieran disponibles como mano de obra barata, lo que la estructura de las *homelands* se encargó de garantizar.

No solamente se habían destruido los incentivos económicos, sino que también dieron un vuelco los cambios políticos que se habían empezado a producir. El poder de los jefes y gobernantes tradicionales, que había disminuido anteriormente, se reforzó, porque parte del proyecto de crear mano de obra barata era eliminar la propiedad privada de la tierra. Así, se reafirmó el control de los jefes sobre la tierra. Estas medidas lograron su punto culminante en el año 1951, cuando el gobierno aprobó la ley de autoridades bantú. Ya en 1940, G. Findlay dio en el clavo al explicar lo siguiente:

> Mientras la tierra esté en manos de la tribu, existe la garantía de que nunca se trabajará de forma adecuada y nunca pertenecerá realmente a los nativos. La mano de obra barata debe tener un lugar de crianza barato, así que se entrega a los africanos, que deben asumir los gastos.

El despojo de los agricultores africanos condujo a su empobrecimiento en masa. Además de crear la base institucional de una economía atrasada, creó a la gente pobre que la abastecía.

Las pruebas disponibles demuestran el cambio radical del nivel de vida en las *homelands* después de la ley de las tierras de nativos de 1913. El Transkei y el Ciskei experimentaron un prolongado declive económico. Los registros de empleo de las empresas de minería de oro reunidos por el historiador Francis Wilson muestran que este declive era generalizado en la economía sudafricana. Tras la ley de las tierras de nativos y otras, los sueldos de los mineros se redujeron un 30 por ciento entre 1911 y 1921. En 1961, a pesar de un crecimiento relativamente estable de la economía sudafricana, estos sueldos todavía eran un 12 por ciento más bajos que en 1911. No es de extrañar que, durante este período, Sudáfrica se convirtiera en el país menos igualitario del mundo.

Sin embargo, incluso en estas circunstancias, ¿no podrían los africanos negros haberse abierto camino en la economía moderna europea, crear una empresa o estudiar y empezar una carrera profesional? El gobierno se aseguró de que no pudieran hacer ninguna de esas cosas. No se permitía que ningún africano fuera propietario de ningún bien ni que creara una empresa en la parte europea de la economía, es decir, el 87 por ciento de la tierra. El régimen del *apartheid* también se dio cuenta de que los africanos con estudios competían con los blancos en lugar de proporcionar mano de obra barata a las minas y a la agricultura propiedad de blancos. Ya en 1904, se introdujo un sistema de reserva de trabajo para los europeos en la economía minera. No se permitía que un africano fuera amalgamador, ensayador, operador de tipo *banksman*, herrero, calderero, pulimentador de metales, moldeador de metales, albañil... y la lista seguía y seguía hasta llegar a operario de carpintería. De golpe, los africanos tenían prohibido ocupar cualquier puesto de trabajo cualificado en el sector minero. Fue el primer ejemplo de la famosa segregación racial, una de las diversas invenciones racistas del régimen sudafricano. La segregación racial se extendió a toda la economía en 1926 y duró hasta la década de los ochenta. No es de extrañar que los africanos negros no tuvieran estudios, el Estado sudafricano no solamente eliminó la posibilidad de que se beneficiaran económicamente de una educación, sino que también se negó a invertir en escuelas para ellos y desalentó la educación de los negros. Esta política llegó a su punto álgido en los años cincuenta, cuando, bajo la dirección de Hendrik Verwoerd, uno de los arquitectos del régimen del *apartheid* que duraría hasta 1994, el gobierno aprobó la ley de educación bantú. La filosofía que se escondía tras esta ley fue explicada con detalle por el propio Verwoerd en un discurso en 1954:

> El bantú debe ser guiado para servir a su propia comunidad en todos los sentidos. No hay lugar para él en la comunidad europea por encima del nivel de ciertos tipos de trabajo... Por esta razón, ¿de qué le sirve recibir una formación que tiene como fin la absorción en la comunidad europea, si no puede y no será absorbido allí?

Naturalmente, el tipo de economía dual expresada en el discurso de Verwoerd es bastante distinta a la teoría de la economía dual de Lewis. En Sudáfrica, la economía dual no era el resultado inevitable del proceso de desarrollo, sino que fue creada por el Estado. En Sudáfrica, no iba a haber un movimiento eficiente de gente pobre del sector atrasado al moderno a medida que se desarrollara la economía. Al contrario, el éxito del sector moderno se basaba en la existencia del sector atrasado, que permitía que los empleadores blancos lograran enormes beneficios al pagar sueldos muy bajos a trabajadores negros sin cualificación. En Sudáfrica, no habría un proceso por el que los trabajadores sin formación del sector tradicional poco a poco pasaran a tener estudios y cualificaciones, tal y como afirmaba la teoría de Lewis. De hecho, se mantenía a los trabajadores negros sin cualificación a propósito y se les prohibía realizar trabajos de alta cualificación para que los trabajadores blancos cualificados no tuvieran competencia y pudieran disfrutar de sueldos elevados. De hecho, en Sudáfrica, los africanos negros estaban atrapados en la economía tradicional, en las *homelands*. Pero éste no fue el problema de desarrollo que mejoraría el crecimiento. Fueron las *homelands* lo que permitió el desarrollo de la economía de los blancos.

Tampoco debería extrañar que el tipo de desarrollo económico que lograba la Sudáfrica blanca, en última instancia, fuera limitado, ya que se basaba en instituciones extractivas que los blancos habían construido para explotar a los negros. Los blancos sudafricanos tenían derechos de propiedad, invertían en educación y podían extraer oro y diamantes y venderlos a buen precio en el mercado mundial. Sin embargo, más del 80 por ciento de la población sudafricana estaba marginada y excluida de la gran mayoría de las actividades económicas deseables. Los negros no podían utilizar su talento; no podían ser trabajadores cualificados, empresarios, emprendedores, ingenieros ni científicos. Las instituciones económicas eran extractivas; los blancos se hacían ricos extrayendo de los negros. De hecho, los sudafricanos blancos tenían el mismo nivel de vida que la población de Europa occidental, mientras que los sudafricanos negros eran ligeramente más ricos que los del resto del África subsahariana. Este crecimiento económico sin destrucción creativa, del que solamente se beneficiaban los blancos, continuó mientras los ingresos del oro y los diamantes aumentaba. No obstante, en la década de los setenta, la economía dejó de crecer.

Y, de nuevo, no será de extrañar que este conjunto de instituciones económicas extractivas se construyera basándose en un conjunto de instituciones políticas altamente extractivas. Antes de su derrocamiento en 1994, el sistema político sudafricano confería todo el poder a los blancos, que eran los únicos a los que se les permitía votar y presentarse como candidatos para ocupar cargos. Ellos dominaban la fuerza de policía, el ejército y todas las instituciones políticas. Éstas estaban estructuradas bajo la dominación militar de los colonos blancos. En el momento de la fundación de la Unión de Sudáfrica en 1910, los Estados afrikáneres, el Estado Libre de Orange y el Transvaal gozaban de un derecho a voto explícitamente racial en el que los negros tenían totalmente prohibida la participación política. Natal y la colonia del Cabo permitían que los negros votaran siempre que tuvieran suficiente propiedad, algo que, normalmente, no tenían. El statu quo de Natal y la colonia del Cabo se mantuvo en 1910, pero en los años treinta los negros ya no tenían derecho a voto explícitamente en toda Sudáfrica.

La economía dual de Sudáfrica llegó a su fin en 1994, pero no por las razones que había presentado sir Arthur Lewis en su teoría. No fue el curso natural del desarrollo económico lo que acabó con la segregación racial y las *homelands*. Los sudafricanos negros protestaron y se alzaron contra el régimen que no reconocía sus derechos básicos y no compartía los beneficios del crecimiento económico con ellos. Tras el alzamiento de Soweto de 1976, las protestas se hicieron más organizadas

y más fuertes, lo que, finalmente, acabó con el Estado del *apartheid*. Fue la atribución de poder de los negros que consiguieron organizarse y alzarse lo que finalmente puso fin a la economía dual sudafricana de la misma forma que la fuerza política de los sudafricanos blancos la había creado.

El cambio de rumbo del desarrollo

La desigualdad mundial existe actualmente porque, durante los siglos XIX y XX, algunos países fueron capaces de aprovechar la revolución industrial y las tecnologías y los métodos de organización que aportaba mientras que otros no. El cambio tecnológico solamente es uno de los motores de prosperidad, pero quizá sea el más crítico. Los países que no aprovecharon las nuevas tecnologías tampoco se beneficiaron de otros motores de prosperidad. Como hemos visto en este capítulo y en el anterior, este fracaso se debió a sus instituciones extractivas, como consecuencia de la persistencia de sus regímenes absolutistas o porque carecían de Estados centralizados. Sin embargo, en este capítulo también hemos mostrado que, en varios ejemplos, las instituciones extractivas que sustentaban la pobreza de esos países estaban impuestas, o, como mínimo, se veían reforzadas, por el mismo proceso que impulsaba el crecimiento europeo: la expansión comercial y colonial europea. De hecho, la rentabilidad de los imperios coloniales europeos a menudo se basaba en la destrucción de Estados independientes y de economías indígenas de todo el mundo o en la creación de instituciones extractivas esencialmente desde cero. Como en las islas del Caribe, donde, tras el declive prácticamente total de la población nativa, los europeos importaron esclavos africanos y establecieron sistemas de plantación.

Nunca sabremos cuáles habrían sido las trayectorias de las ciudades-Estado independientes como las de las islas de Banda, Aceh o Birmania sin la intervención europea. Pudieron haber tenido su propia Revolución gloriosa indígena o haberse acercado lentamente a lograr instituciones políticas y económicas más inclusivas basadas en el comercio creciente de especias y otros productos valiosos. Sin embargo, esta posibilidad fue eliminada por la expansión de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que acabó con cualquier esperanza de desarrollo indígena en las islas de Banda al llevar a cabo su genocidio. Su amenaza también hizo que las ciudades-Estado de muchas otras partes del Sudeste asiático se retiraran del comercio.

La historia de una de las civilizaciones más antiguas de Asia, la India, es parecida, aunque el cambio de rumbo del desarrollo no se debió a los holandeses, sino a los británicos. La India era el mayor productor y exportador de productos textiles del mundo en el siglo XVIII. Los percales y muselinas indios inundaban los mercados europeos y se vendían por toda Asia e incluso en el este de África. El agente principal que las llevaba a las islas Británicas era la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Fundada en 1600, dos años antes de su versión holandesa, pasó el siglo XVII intentando establecer un monopolio sobre las valiosas exportaciones de la India. Tuvo que competir con los portugueses, que tenían bases en Goa, Chittagong y Bombay, y con los franceses, que tenían bases en Pondicherry, Chandernagore, Yanam y Karaikal. Lo peor para la Compañía Inglesa de las Indias Orientales fue la Revolución gloriosa, como vimos en el capítulo 7. El monopolio de la Compañía había sido concedido por los reyes Estuardo, y fue inmediatamente cuestionado después de 1688 e incluso abolido durante más de una década. La pérdida de poder fue significativa, como vimos anteriormente (capítulo 7), porque los productores de artículos textiles británicos fueron capaces de convencer al Parlamento de que prohibiera la importación de percal, el artículo comercial más rentable de la Compañía. En el siglo XVIII, dirigida por Robert Clive, la Compañía cambió de

estrategia y empezó a desarrollar un imperio continental. En aquella época, la India estaba dividida en muchos Estados que competían, aunque sobre el papel todavía estaban bajo el control del emperador mogol en Delhi. La Compañía primero se expandió por Bengala en el este, venciendo a los poderes locales en las batallas de Plassey en 1757 y Buxar en 1764. La Compañía saqueó la riqueza local y se apoderó de las instituciones impositivas extractivas de los gobernantes mogoles de la India, y quizá incluso las intensificó. Esta expansión coincidió con la contracción masiva de la industria textil india, ya que, al fin y al cabo, ya no quedaba mercado para aquellos productos en Gran Bretaña. La contracción fue acompañada por la desurbanización y el aumento de la pobreza. Se inició un largo período en el que el desarrollo dio un giro drástico en la India. Al cabo de poco tiempo, en lugar de producir artículos textiles, los indios los compraban a Gran Bretaña y cultivaban opio para que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales lo vendiera a China.

El tráfico de esclavos en el Atlántico repitió el mismo patrón en África, aunque empezara con unas condiciones menos desarrolladas que en el Sudeste asiático y la India. Muchos Estados africanos se convirtieron en máquinas de guerra cuyo objetivo era capturar y vender esclavos a los europeos. A medida que los conflictos entre distintos grupos políticos y Estados se convertían en una guerra continua, las instituciones estatales, que, en muchos casos, todavía no habían alcanzado un grado suficiente de centralización política, se derrumbaron en gran parte de África, y allanaron el camino para la persistencia de instituciones extractivas y de los Estados fracasados actuales que estudiaremos más adelante. En las pocas zonas de África que escaparon al tráfico de esclavos, como Sudáfrica, los europeos impusieron un conjunto distinto de instituciones, aunque esta vez destinadas a crear una reserva de mano de obra barata para sus minas y granjas. El Estado sudafricano creó una economía dual que impedía que el 80 por ciento de su población tuviera puestos de trabajo cualificados, realizara una actividad agrícola comercial y creara empresas. Todo esto no explica solamente por qué la industrialización pasó de largo en gran parte del mundo, sino que también describe que el desarrollo económico en ocasiones se alimenta del subdesarrollo, e incluso lo crea, en alguna otra parte de la economía nacional o mundial.

10

La difusión de la prosperidad

Honor entre ladrones

La Inglaterra del siglo XVIII o, para ser más exactos, la Gran Bretaña después de la unión en 1707 de Inglaterra, Gales y Escocia, tenía una solución muy sencilla para tratar a los delincuentes: alejarlos de su vista, de su mente o, como mínimo, de los problemas. Transportaron a muchos de los delincuentes a colonias penitenciarias en el imperio. Antes de la guerra de Independencia, los delincuentes condenados, los convictos, eran enviados principalmente a las colonias americanas. Después de 1783, tras la independencia, Estados Unidos dejó de recibir con los brazos abiertos a los convictos británicos y las autoridades británicas tuvieron que encontrarles otro hogar. Primero, pensaron en África occidental. Sin embargo, el clima, con enfermedades endémicas como la malaria y la fiebre amarilla, contra las que los europeos no estaban inmunizados, era tan mortífero que las autoridades decidieron que era inaceptable enviar a convictos a la «tumba del hombre blanco». La siguiente opción fue Australia. Su costa este había sido explorada por el capitán James Cook, un gran navegante. El 29 de abril de 1770, Cook llegó a una bahía maravillosa, que llamó bahía Botánica en honor a las ricas especies que encontraron los naturalistas que viajaban con él. Los oficiales del gobierno británico lo consideraron un enclave ideal. El clima era templado y el lugar estaba tan lejos de la vista y la mente como se podía imaginar.

Una flota de once barcos llenos de presos se dirigió a la bahía Botánica en enero de 1788 bajo el mando del capitán Arthur Phillip. El 26 de enero, que ahora se celebra como el Día de Australia, montaron un campamento en Sydney Cove, el corazón de la moderna ciudad de Sídney. Denominaron a la colonia Nueva Gales del Sur. A bordo de uno de los barcos, el *Alexander*, capitaneado por Duncan Sinclair, había una pareja de presos que se habían casado, Henry y Susannah Cable. Susannah había sido declarada culpable de robo e, inicialmente, había sido condenada a muerte. Aquella condena fue conmutada posteriormente por catorce años de cárcel y traslado a las colonias americanas, pero no se pudo llevar a cabo debido a la independencia de Estados Unidos. Mientras tanto, en la cárcel del castillo de Norwich, Susannah conoció a Henry, también preso, y se enamoró de él. En 1787, fue elegida para ser transportada a la nueva colonia de presos en Australia con la primera flota que se dirigía a aquel destino. Sin embargo, Henry no fue elegido. Para entonces, Susannah y Henry tenían un hijo pequeño, que también se llamaba Henry. Aquella decisión significaba que la familia iba a ser separada. Susannah fue trasladada a un barco prisión amarrado en el Támesis. No obstante, alguien hizo que esta situación difícil llegara a oídos de una filántropa, lady Cadogan. Lady Cadogan organizó una campaña con la que logró reunir a la familia Cable. Ambos serían trasladados junto al pequeño Henry a Australia. Lady Cadogan también recaudó veinte libras para comprar productos para ellos, que recibirían en Australia. Zarparon en el *Alexander*; sin embargo, cuando llegaron a la bahía Botánica, el paquete había desaparecido, o, como mínimo, eso es lo que afirmaba el capitán Sinclair.

¿Qué podían hacer los Cable? No mucho, según la ley inglesa o británica. A pesar de que en 1787 Gran Bretaña tenía instituciones políticas y económicas inclusivas, aquella inclusividad no abarcaba a los presos, que prácticamente no tenían ningún derecho. No podían poseer bienes. Sin duda alguna, no podían llevar a nadie a juicio. De hecho, ni siquiera podían prestar declaración en un juicio. Sinclair lo sabía y probablemente se quedó con el paquete. Aunque nunca lo admitiera, sí que presumió de que no

podía ser llevado a juicio por los Cable. De acuerdo con la ley británica, tenía razón. Y, en Gran Bretaña, ese asunto habría acabado allí. Pero no en Australia. El juez David Collins expidió la orden siguiente:

> Henry Cable y su mujer, nuevos colonos de este lugar, tenían, antes de dejar Inglaterra, cierto paquete enviado a bordo del barco *Alexander* capitaneado por Duncan Sinclair, formado por ropa y otros artículos adecuados para su situación actual, que fueron recogidos y comprados por varias personas caritativas para uso de los mencionados Henry Cable, su mujer y su hijo. Se han realizado varias solicitudes con el propósito expreso de obtener dicho paquete del capitán del *Alexander*, que ahora descansa en el puerto, sin efecto [excepto] una pequeña parte de dicho paquete que contiene unos cuantos libros, el resto, que es de un valor más considerable, todavía continúa a bordo de dicho barco, el *Alexander*, el capitán del cual parece muy negligente al no hacer que sean entregados a sus respectivos dueños, tal y como se ha mencionado anteriormente.

Como Henry y Susannah eran analfabetos, no podían firmar la orden judicial y solamente pusieron sus cruces al final del escrito. Las palabras «nuevos colonos de este lugar» fueron tachadas más tarde, pero eran muy significativas. Algunos pensaron que, si Heny Cable y su mujer eran descritos como presos, el caso no tendría esperanzas de prosperar y alguien tuvo la idea de llamarlos *nuevos colonos*. Aquello quizá fuera un poco demasiado para el juez Collins, y lo más probable es que fuera él quien tachara aquellas palabras. Sin embargo, la orden judicial funcionó. Collins no desestimó el caso y convocó al tribunal, con un jurado compuesto totalmente por soldados. Sinclair fue llamado a declarar. A pesar de que Collins no mostraba mucho entusiasmo por el caso y que el jurado estaba compuesto por las personas que se enviaban a Australia para vigilar a presos como los Cable, ganaron éstos. Sinclair se defendió de las acusaciones alegando que los Cable eran delincuentes. Sin embargo, el veredicto fue que tuvo que pagar 15 libras.

Para alcanzar aquel veredicto, el juez Collins no aplicó la ley británica, sino que hizo caso omiso de ella. Fue el primer caso civil juzgado en Australia. El primer caso criminal les habría parecido igual de extraño en Gran Bretaña. Un preso fue acusado de robar el pan de otro recluso, y el pan valía 2 peniques. En aquel momento, un caso de esas características no habría llegado al tribunal, porque los presos no tenían derecho a poseer bienes. Pero Australia no era Gran Bretaña y su ley no sería solamente británica. Y Australia pronto se distanciaría de Gran Bretaña en la ley criminal y civil y en una serie de instituciones económicas y políticas.

La colonia penal de Nueva Gales del Sur inicialmente estaba formada por los presos y sus guardias, la mayoría de los cuales eran soldados. Hubo pocos «colonos libres» en Australia hasta 1820 y el traslado de presos, aunque se detuvo en Nueva Gales del Sur en 1840, continuó hasta 1868 en Australia occidental. Los convictos debían realizar un «trabajo obligatorio», esencialmente, trabajos forzados, y los guardias intentaban ganar dinero con ello. Al principio, los convictos no tenían sueldo; solamente les daban comida a cambio del trabajo realizado. Los guardias se quedaban lo que producían. No obstante, este sistema, como los impuestos por la Virginia Company en Jamestown, no funcionaba demasiado bien porque los convictos no tenían incentivos para esforzarse en el trabajo ni para trabajar bien. Los ataban o desterraban a la isla de Norfolk, solamente treinta y cuatro kilómetros cuadrados de territorio situado a más de mil quinientos kilómetros al este de Australia en el océano Pacífico. Pero como ni atarlos ni desterrarlos funcionaba, la alternativa fue ofrecerles incentivos. No era una idea natural para los soldados y los guardias. Los convictos eran convictos, y se suponía que ni vendían su trabajo ni podían tener propiedades. No obstante, en Australia no había nadie más para hacer el trabajo. Evidentemente, había aborígenes, posiblemente un millón cuando se fundó Nueva Gales del Sur. Sin embargo, estaban esparcidos en un continente enorme y la densidad de población en Nueva Gales del Sur era insuficiente para la creación de una economía basada en su explotación. No había una opción latinoamericana en Australia. Por lo tanto, los guardias se embarcaron en un camino

que finalmente conduciría a instituciones incluso más inclusivas que las de Gran Bretaña. Los convictos recibían una serie de tareas que debían realizar y, si tenían tiempo libre, podían trabajar para ellos mismos y vender lo que producían.

Los guardias también se beneficiaban de las nuevas libertades económicas de los convictos. La producción aumentó y los guardias fijaron monopolios para vender productos a los convictos. El negocio más lucrativo fue el del ron. En aquel momento, Nueva Gales del Sur, como el resto de las colonias británicas, estaba dirigida por un gobernador nombrado por el gobierno británico. En 1806, Gran Bretaña nombró a William Bligh, el hombre que, diecisiete años antes, en 1789, había sido capitán del *H.M.S. Bounty*, durante el famoso amotinamiento. Bligh era partidario de una disciplina férrea, un rasgo que probablemente fuera en gran parte responsable del amotinamiento. Sus formas no habían cambiado, e inmediatamente cuestionó a los monopolistas del ron. Aquello conduciría a otro motín, esa vez por parte de los monopolistas, dirigidos por un ex soldado, John Macarthur. Los hechos, que se conocerían como la Rebelión del ron, dieron lugar a que los rebeldes derrotaran a Bligh, esta vez en tierra firme y no a bordo del *Bounty*. Macarthur hizo que encerraran a Bligh. Posteriormente, las autoridades británicas enviaron más soldados para tratar la rebelión. Macarthur fue detenido y enviado de vuelta a Gran Bretaña. Pero al cabo de poco tiempo fue liberado y volvió a Australia, donde tuvo un papel crucial tanto en la política como en la economía de la colonia.

Las raíces de la Rebelión del ron eran económicas. La estrategia de dar a los convictos incentivos estaba haciendo ricos a hombres como Macarthur, que fue a Australia como soldado en el segundo grupo de barcos que llegaron en 1790. En 1796, abandonó el ejército para concentrarse en los negocios. En aquel momento, ya tenía sus primeras ovejas y se dio cuenta de que se podía ganar mucho dinero con la cría de ovejas y la exportación de lana. Al lado de Sídney, hacia el interior, se encontraban las Blue Mountains, que se cruzaron finalmente en 1813, lo que reveló que, al otro lado de las montañas, había grandes extensiones de praderas abiertas. Era el paraíso para las ovejas. Macarthur pronto se convirtió en el hombre más rico de Australia. Los magnates de ovejas pasaron a conocerse como los *squatters*, ya que la tierra que utilizaban para el pastoreo no era suya, sino del gobierno británico. Pero, al principio, aquello era un pequeño detalle. Los *squatters* eran la élite de Australia, o, mejor dicho, eran la «squattocracia».

Incluso con una «squattocracia», Nueva Gales del Sur no se parecía en nada a los regímenes absolutistas de Europa oriental ni a las colonias sudamericanas. No había siervos como en Austria-Hungría y Rusia, ni grandes poblaciones indígenas que explotar como en México y Perú. Nueva Gales del Sur tenía muchas cosas en común con Jamestown (Virginia). En última instancia, la élite vio que le interesaba crear instituciones económicas que fueran significativamente más inclusivas que las de Austria-Hungría, Rusia, México y Perú. Los convictos eran la única mano de obra, y la única forma de incentivarlos era pagarles sueldos por el trabajo que hacían.

Al cabo de poco tiempo, les dieron permiso para convertirse en empresarios y contratar a otros convictos. Lo más destacable era que, tras cumplir sus condenas, recibían tierras y volvían a tener derechos. Algunos de ellos empezaron a enriquecerse, incluso el analfabeto Henry Cable. En 1798, era propietario de un hotel llamado The Ramping Horse, y también tenía una tienda. Compró un barco y empezó a comerciar con pieles de foca. En 1809, poseía como mínimo nueve granjas de unos cuatrocientos setenta acres y varias tiendas y casas en Sídney.

El siguiente conflicto en Nueva Gales del Sur se produciría entre la élite y el resto de la sociedad, formada por convictos, ex convictos y sus familias. La élite, dirigida por antiguos guardias y soldados como Macarthur, incluía a algunos de los colonos libres que se habían sentido atraídos a la colonia por el *boom* de la economía de la lana. La mayor parte de la propiedad todavía estaba en manos de la élite,

y los antiguos convictos y sus descendientes querían poner fin a las deportaciones, tener la oportunidad de ejercer de jurado de sus iguales y acceso a tierra libre. La élite no quería nada de aquello. Su preocupación principal era establecer un título legal en las tierras que ocupaban como *squatters*. La situación volvió a ser similar a los hechos que habían tenido lugar en Norteamérica más de dos siglos antes. Como vimos en el capítulo 1, tras las victorias de los sirvientes contratados frente a la Virginia Company se produjeron las luchas en Maryland y las dos Carolinas. En Nueva Gales del Sur, los papeles de lord Baltimore y sir Anthony Ashley-Cooper correspondieron a Macarthur y los *squatters*. El gobierno británico de nuevo estaba del lado de la élite, aunque también temía que algún día Macarthur y los *squatters* sintieran la tentación de declarar la independencia.

El gobierno británico envió a John Bigge a la colonia en 1819 para dirigir una comisión que investigara lo que ocurría. Bigge se quedó perplejo al ver los derechos de los que disfrutaban los convictos y la naturaleza fundamentalmente inclusiva de las instituciones económicas de aquella colonia penal. Recomendó un cambio radical: los convictos no podrían ser propietarios de tierras, nadie tendría permiso para pagarles sueldo, se limitarían los perdones, los ex convictos no recibirían tierras y los castigos iban a ser mucho más draconianos. Bigge vio a los *squatters* como la aristocracia natural de Australia e imaginó una sociedad autocrática dominada por ellos. Aquello no era posible.

Mientras Bigge intentaba hacer retroceder el tiempo, los ex convictos y sus hijos e hijas demandaban más derechos. De nuevo, se dieron cuenta de que lo más importante, como en Estados Unidos, para consolidar totalmente sus derechos políticos y económicos, era contar con instituciones políticas que los incluyeran en el proceso de toma de decisiones. Exigieron elecciones en las que pudieran participar como iguales, así como asambleas e instituciones representativas en las que pudieran ocupar cargos.

Los ex convictos y sus hijos e hijas estaban dirigidos por el escritor, explorador y periodista William Wentworth. Este interesante personaje fue uno de los líderes de la primera expedición que cruzó las Blue Mountains, que abrieron las amplias tierras de pastoreo a los *squatters*. Existe un pueblo en esas montañas que todavía lleva su nombre. Sus simpatías estaban con los convictos, quizá porque su padre había sido acusado de asaltar caminos y había tenido que aceptar la expulsión a Australia para evitar el juicio y la posible condena. En aquel momento, Wentworth era un fuerte defensor de que hubiera instituciones políticas más inclusivas, de una asamblea electa, de los juicio con jurado para ex convictos y sus familias y del fin de las deportaciones a Nueva Gales del Sur. Creó un periódico, el *Australian*, desde el cual atacaría a las instituciones políticas a partir de ese momento. A Macarthur no le gustaba Wentworth y, sin duda, tampoco lo que pedía. A partir de una lista de nombres, describió así a los seguidores de Wentworth:

> Condenado a la horca desde que vino aquí.
> Repetidamente azotado en la parte posterior de la carreta.
> Judío londinense.
> Dueño de un bar judío privado posteriormente de su licencia.
> Subastero deportado por traficar con esclavos.
> A menudo azotado aquí.
> Hijo de dos convictos.
> Timador: profundamente endeudado.
> Aventurero americano.
> Abogado despreciable.
> Extranjero que hace poco que fracasó con una tienda de música.
> Casado con la hija de dos convictos.
> Casado con una convicta que antes tocaba la pandereta.

La vigorosa oposición de Macarthur y los *squatters* no pudo detener la oleada en Australia. La

demanda de instituciones representativas era fuerte y no se pudo suprimir. Hasta 1823, el gobernador había controlado Nueva Gales del Sur más o menos por su cuenta. Aquel año, su poder fue limitado mediante la creación de un consejo nombrado por el gobierno británico. Inicialmente, los designados pertenecían a la élite no convicta y *squatter*, Macarthur entre otros, pero aquello no podía durar. En 1831, el gobernador Richard Bourke cedió a la presión y, por primera vez, permitió que hubiera ex convictos que actuaran como jurados. Los ex convictos y, de hecho, muchos nuevos colonos libres también querían que cesara la deportación de convictos desde Gran Bretaña, porque creaba competencia en el mercado laboral y hacía descender los sueldos. Los *squatters* eran partidarios de los sueldos bajos, pero perdieron. En 1840, la deportación a Nueva Gales del Sur se detuvo y, en 1842, se creó un consejo legislativo con dos tercios de sus miembros elegidos (el resto fue nombrado). Los ex convictos se podían presentar como candidatos a cargos y votar si tenían la suficiente propiedad, y muchos lo hicieron.

A partir de 1850, Australia introdujo el derecho a voto de los hombres adultos blancos. Las demandas de los ciudadanos, los exconvictos y sus familias, habían avanzado mucho más de lo que William Wentworth había imaginado. De hecho, en aquel momento, estaba del lado de los conservadores e insistía en un Consejo Legislativo no electo. Sin embargo, igual que Macarthur antes que él, Wentworth no fue capaz de detener la marea hacia la existencia de instituciones políticas más inclusivas. En 1856, el estado de Victoria, que se separó de Nueva Gales del Sur en 1851, y Tasmania se convertirían en los primeros lugares del mundo que introdujeron un voto secreto efectivo en las elecciones, lo que puso fin a la coacción y la compra de votos. Hoy en día, el método estándar de lograr secretismo al votar en unas elecciones todavía se denomina en inglés *australian ballot* (voto australiano).

Las circunstancias iniciales de Sídney (Nueva Gales del Sur) eran muy parecidas a las de Jamestown (Virginia) ciento ochenta y un años antes, aunque la mayoría de los colonos de Jamestown no eran convictos, sino trabajadores contratados. En ambos casos, las circunstancias iniciales no permitían la creación de instituciones coloniales extractivas. Ninguna colonia tenía una densidad de población indígena que pudiera explotar, ni acceso fácil a metales preciosos como oro o plata, ni tierra y cultivos que hicieran que las plantaciones con esclavos fueran viables desde el punto de vista económico. El tráfico de esclavos todavía estaba activo hacia 1780 y Nueva Gales del Sur podría haber estado llena de esclavos si hubiera sido rentable. Pero no lo era. Tanto la Virginia Company como los soldados y colonos libres que dirigían Nueva Gales del Sur cedieron a las presiones, creando poco a poco instituciones económicas inclusivas que desarrollaron junto con instituciones políticas inclusivas. Esto sucedió con menos luchas en Nueva Gales del Sur que en Virginia, y los intentos posteriores de cambiar el rumbo de esta tendencia fracasaron.

Australia, como Estados Unidos, experimentó un camino distinto hacia las instituciones inclusivas que el que tomó Inglaterra. Las mismas revoluciones que sacudieron a Inglaterra durante la guerra civil y la Revolución gloriosa no fueron necesarias en Estados Unidos ni en Australia por las circunstancias tan distintas en las que se fundaron aquellos países. Esto, evidentemente, no significa que las instituciones inclusivas se establecieran sin ningún conflicto, y, en el proceso, Estados Unidos tuvo que deshacerse del colonialismo británico. En Inglaterra había una larga historia de gobierno absolutista que estaba profundamente arraigada y fue necesaria una revolución para eliminarla, pero en Estados Unidos y Australia no existía. Aunque lord Baltimore en Maryland y John Macarthur en Nueva Gales del Sur pudieran haber aspirado a aquel papel, no pudieron establecer un control

suficientemente fuerte en la sociedad para que sus planes dieran fruto. Las instituciones inclusivas establecidas en Estados Unidos y Australia significaron que la revolución industrial se extendiera rápidamente a aquellas tierras y empezaran a hacerse ricos. El camino que tomaron aquellos países fue seguido por colonias como Canadá y Nueva Zelanda.

Había otros caminos posibles para lograr instituciones inclusivas. En muchos puntos de Europa occidental tomaron un tercer camino hacia las instituciones inclusivas bajo el impulso de la Revolución francesa, que derrocó el absolutismo en Francia y, posteriormente, generó una serie de conflictos entre Estados que extendieron la reforma institucional a través de gran parte de Europa occidental. La consecuencia económica de estas reformas fue la aparición de instituciones económicas inclusivas en la mayor parte de Europa occidental, la revolución industrial y el crecimiento económico.

Romper las barreras: la Revolución francesa

Durante los tres siglos anteriores a 1789, Francia fue gobernada por una monarquía absolutista. La sociedad francesa estaba dividida en tres segmentos, los denominados estados. Los aristócratas (la nobleza) formaban el primer estado; el clero, el segundo, y el resto de la población, el tercero. Los distintos estados estaban sujetos a leyes diferentes, y los dos primeros estados tenían derechos de los que carecía el resto de la población. La nobleza y el clero no pagaban impuestos, mientras que los ciudadanos tenían que pagar distintos impuestos, como cabría esperar de un régimen que era altamente extractivo. De hecho, la Iglesia no solamente estaba exenta de pagar impuestos, sino que, además, era propietaria de grandes extensiones de tierra y podía imponer sus propios impuestos a los campesinos. La monarquía, la nobleza y el clero disfrutaban de un estilo de vida lujoso, mientras que gran parte del tercer estado vivía en la miseria. Las leyes no solamente garantizaban una posición económica altamente ventajosa para la nobleza y el clero, sino que, además, les daban poder político.

La vida en las ciudades francesas del siglo XVIII era dura e insalubre. La manufactura estaba regulada por gremios poderosos, que generaban buenos ingresos para sus miembros, pero impedían que otros se dedicaran a aquellos oficios o crearan nuevas empresas. El denominado Antiguo Régimen se enorgullecía de su continuidad y estabilidad. La entrada de emprendedores y personas con talento en profesiones nuevas podría crear inestabilidad y no era tolerada. Si la vida en las ciudades era dura, en los pueblos era probablemente peor. Como hemos visto, en este momento, la forma más extrema de servidumbre, que ataba las personas a la tierra y las obligaba a trabajar para los señores feudales y a pagarles impuestos, hacía tiempo que estaba en declive en Francia. Sin embargo, existían restricciones sobre la movilidad y los campesinos franceses debían pagar multitud de impuestos feudales al monarca, la nobleza y la Iglesia.

Con este telón de fondo, se produjo la Revolución francesa, un acto radical. El 4 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional Constituyente cambió por completo las leyes francesas proponiendo una nueva Constitución. El primer artículo afirmaba:

> La Asamblea Nacional suprime enteramente el régimen feudal y decreta que los derechos y deberes, tanto feudales como censales, todos los que se originan o representan la servidumbre real o personal, sean abolidos sin indemnización.

Su artículo 9 proseguía:

> Los privilegios pecuniarios, personales o reales, en materia de impuestos, son abolidos para siempre. Los impuestos se cobrarán a

> todos los ciudadanos y sobre todos los bienes, de igual manera y en la misma forma. Se considerarán planes por los que los impuestos se pagarán de forma proporcional por parte de todos, incluso para los seis últimos meses del año en curso.

De este modo, la Revolución francesa abolía de un plumazo el sistema feudal y todas las obligaciones y deberes que implicaba, y eliminaba totalmente las exenciones de impuestos de la nobleza y el clero. Pero, quizá lo más radical, e incluso impensable en aquella época, era el artículo 11, que afirmaba:

> Todos los ciudadanos, sin distinción de nacimiento, podrán ser admitidos en todos los empleos y dignidades eclesiásticas, civiles y militares, y ninguna profesión útil reportará deshonra.

Por lo tanto, en lo sucesivo, habría igualdad ante la ley para todos, no solamente en los negocios y la vida diaria, sino también en el terreno político. Las reformas de la Revolución continuaron después del 4 de agosto. Posteriormente, se abolió la autoridad de la Iglesia para recaudar impuestos especiales y se convirtió a los miembros del clero en empleados del Estado. Junto con la eliminación de los rígidos papeles políticos y sociales, se eliminaron barreras críticas para las actividades económicas. Se abolieron los gremios y todas las restricciones ocupacionales, lo que creó una mayor igualdad de condiciones en las ciudades.

Estas reformas fueron un primer paso hacia el fin del reino de los monarcas absolutistas franceses. Tras las declaraciones del 4 de agosto, hubo varias décadas de inestabilidad y guerra. Sin embargo, se había dado un paso irreversible para separarse del absolutismo y las instituciones extractivas y acercarse a las instituciones políticas y económicas inclusivas. Después de estos cambios, se producirían otras reformas en el terreno económico y político, que, finalmente, culminarían en la Tercera República de 1870, que llevaría a Francia el tipo de sistema parlamentario que la Revolución gloriosa puso en marcha en Inglaterra. La Revolución francesa creó mucha violencia, sufrimiento, inestabilidad y guerra. No obstante, gracias a ella, los franceses no quedaron atrapados en instituciones extractivas que bloqueaban el crecimiento y la prosperidad económicos, como hicieron los regímenes absolutistas de Europa oriental como Austria-Hungría y Rusia.

¿Cómo llegó la monarquía absolutista francesa al borde de la Revolución de 1789? Al fin y al cabo, hemos visto que muchos regímenes absolutistas fueron capaces de sobrevivir largos períodos de tiempo, incluso en mitad del estancamiento económico y la agitación social. Como en la mayoría de las revoluciones y cambios radicales, fue una confluencia de factores lo que posibilitó la Revolución francesa, y éstos estaban estrechamente relacionados con el hecho de que Gran Bretaña se estaba industrializando rápidamente. Y, evidentemente, el camino, como es habitual, era circunstancial, ya que muchos intentos de estabilizar el régimen por parte de la monarquía fracasaron y la Revolución resultó ser más eficaz para cambiar instituciones en Francia y otros puntos de Europa de lo que muchos podrían haber imaginado en 1789.

Muchas leyes y privilegios de Francia eran vestigios de tiempos medievales. No solamente favorecían al primer y segundo estados respecto de la mayoría de la población, sino que, además, les daban privilegios frente a la Corona. Luis XIV, el Rey Sol, gobernó Francia durante cincuenta y cuatro años, desde 1661 hasta su muerte en 1715, aunque, de hecho, llegó al trono en 1643, a los cinco años. Consolidó el poder de la monarquía, apoyando el proceso hacia un mayor absolutismo que se había iniciado siglos antes. Muchos monarcas a menudo consultaban a la denominada Asamblea de Notables, formada por aristócratas clave elegidos por la Corona. A pesar de ser principalmente consultiva, la Asamblea todavía actuaba como una leve restricción al poder del monarca. Por esta razón, Luis XIV gobernaba sin convocar a la Asamblea. Bajo su reino, Francia logró cierto

crecimiento económico, por ejemplo, a través de la participación en el comercio atlántico y colonial. El capaz ministro de Finanzas de Luis XIV, Jean-Baptiste Colbert, también supervisaba el desarrollo de la industria patrocinada y controlada por el gobierno, un tipo de crecimiento extractivo. Esta cantidad limitada de crecimiento beneficiaba prácticamente en exclusiva al primer y al segundo estados. Luis XIV también deseaba racionalizar el sistema impositivo francés, porque, a menudo, el Estado tenía problemas para financiar sus frecuentes guerras, su gran ejército permanente y el séquito, el consumo y los palacios lujosos del rey. Su incapacidad para cobrar impuestos incluso a la nobleza menor ponía graves límites a sus ingresos.

Si bien es cierto que se había experimentado un leve desarrollo económico, cuando Luis XVI llegó al poder en 1774 se habían producido grandes cambios en la sociedad. Además, los antiguos problemas fiscales se habían convertido en una crisis fiscal, y la guerra de los Siete Años con Gran Bretaña, entre 1756 y 1763, en la que Francia perdió Canadá, había sido particularmente costosa. Una serie de figuras significativas intentaron equilibrar el presupuesto real reestructurando la deuda y aumentando los impuestos; entre ellos, Anne Robert Jacques Turgot, uno de los economistas más famosos de su época; Jacques Necker, que también tendría un papel importante después de la Revolución, y Charles Alexandre de Calonne. Ninguno de ellos tuvo éxito. Calonne, gracias a su estrategia, convenció a Luis XVI de que convocara la Asamblea de Notables. El rey y sus asesores esperaban que la Asamblea respaldara sus reformas de manera parecida a como Carlos I esperaba que el Parlamento inglés simplemente estuviera de acuerdo en pagar un ejército para luchar contra los escoceses cuando lo convocó en 1640. La Asamblea dio un paso inesperado y decretó que solamente un cuerpo representativo, los Estados Generales, podía apoyar aquellas reformas.

Los Estados Generales eran un cuerpo muy distinto a la Asamblea de notables. La Asamblea estaba formada por la nobleza y, en gran medida, era elegida por la Corona entre los principales aristócratas, mientras que los Estados Generales incluían a representantes de los tres estados. Se había reunido por última vez en 1614. Cuando los Estados Generales se reunieron en 1789 en Versalles, fue evidente de inmediato que no habría ningún acuerdo. Las diferencias eran irreconciliables. El tercer estado lo veía como una oportunidad de aumentar su poder político y quería tener más votos en los Estados Generales, a lo que la nobleza y el clero se oponían rotundamente. La reunión acabó el 5 de mayo de 1789 sin ninguna resolución, excepto la decisión de convocar a un cuerpo más potente, la Asamblea Nacional, lo que profundizó la crisis política. El tercer estado, sobre todo los comerciantes, hombres de negocios, profesionales y artesanos, quería mayor poder, y vio estos avances como una prueba de su creciente influencia. Por lo tanto, en la Asamblea Nacional, exigieron tener más peso en los procedimientos y más derechos en general. Su apoyo en las calles de todo el país por parte de ciudadanos alentados por estos avances condujo a la reconstitución de la Asamblea como Asamblea Nacional Constituyente el 9 de julio.

Mientras tanto, el ambiente en el país, y sobre todo en París, se radicalizaba. La reacción de los círculos conservadores alrededor de Luis XVI fue convencerle para que despidiera a Necker, el ministro de Finanzas reformista. Aquello condujo a una mayor radicalización en las calles. El resultado fue el famoso asalto a la Bastilla el 14 de julio de 1789. A partir de aquel momento, la Revolución empezó de verdad. Necker fue readmitido y el revolucionario marqués de Lafayette fue puesto al frente de la Guardia Nacional de París.

Incluso más notables que la toma de la Bastilla fueron las dinámicas de la Asamblea Nacional Constituyente, que, el 4 de agosto de 1789, con confianza renovada, aprobó la nueva Constitución en la que abolía el feudalismo y los privilegios especiales del primer y el segundo estados. Sin embargo, esta radicalización condujo al fraccionamiento de la Asamblea, ya que había muchas ideas

encontradas sobre la forma que debía adoptar la sociedad. El primer paso fue la formación de clubes locales, sobre todo el radical Club de los Jacobinos, que posteriormente se haría con el control de la Revolución. Al mismo tiempo, un gran número de nobles, los llamados *émigrés*, huían del país. Muchos también animaban al rey para que cortara con la Asamblea y actuara, ya fuera por su cuenta o con la ayuda de potencias extranjeras, como Austria, el país de origen de la reina María Antonieta y el lugar al que se habían dirigido la mayor parte de los *émigrés*. Como muchas personas en las calles empezaron a ver una amenaza inminente contra los logros de la Revolución de los dos últimos años, intensificaron la radicalización. La Asamblea Nacional Constituyente aprobó la versión final de la Constitución el 29 de setiembre de 1791, con lo que Francia se convertía en una monarquía constitucional con igualdad de derechos para todos los hombres, eliminaba las obligaciones y los deberes feudales y ponía fin a todas las restricciones comerciales impuestas por los gremios. Francia todavía era una monarquía, pero, ahora, el rey tenía un papel poco destacado y, de hecho, ni siquiera tenía libertad.

No obstante, la dinámica de la Revolución fue alterada irreversiblemente por la guerra que estalló en 1792 entre Francia y la «primera coalición» dirigida por Austria. La guerra aumentó el propósito y el radicalismo de los revolucionarios y las masas (los denominados *sans culottes*, que significa, literalmente, «sin calzones», porque no podían permitirse llevar los pantalones de este estilo que entonces estaban de moda). El resultado de este proceso fue el período conocido como Terror, bajo el control de la facción jacobina dirigida por Robespierre y Saint-Just, desencadenado tras las ejecuciones de Luis XVI y María Antonieta. Condujo a las ejecuciones no solamente de decenas de aristócratas y contrarrevolucionarios, sino también de varias grandes figuras de la Revolución, como Brissot, Danton y Desmoulins que habían sido líderes populares.

Sin embargo, el Terror pronto escapó a todo control y, finalmente, terminó en julio de 1794 con la ejecución de sus propios líderes, entre los que se incluían Robespierre y Saint-Just. A continuación, hubo una fase de relativa estabilidad, primero bajo el bastante inefectivo Directorio, entre 1795 y 1799, y, posteriormente, con el poder más concentrado de un Consulado de tres personas formado por Ducos, Sieyès y Napoleón Bonaparte. Ya durante el Directorio, el joven general Napoleón Bonaparte se había hecho famoso por sus éxitos militares, y su influencia crecería a partir de 1799. El Consulado pronto se convirtió en el gobierno personal de Napoleón.

Los años comprendidos entre 1799 y el fin del reinado de Napoleón, en 1815, fueron testigo de una serie de grandes victorias militares para Francia, como las de Austerlitz, Jena-Auerstädt y Wagram, que pusieron de rodillas a Europa continental. También permitieron a Napoleón imponer su voluntad, sus reformas y su código jurídico en un territorio enorme. La caída de Napoleón tras su derrota final en 1815 también aportaría un período de limitación, derechos políticos más restringidos y la restauración de la monarquía francesa bajo Luis XVII. No obstante, todo esto simplemente reducía la aparición definitiva de instituciones políticas inclusivas.

Las fuerzas liberadas por la Revolución de 1789 pusieron fin al absolutismo francés e, inevitablemente, aunque con lentitud, condujeron a la aparición de instituciones inclusivas. Francia y las partes de Europa a las que se habían exportado las reformas revolucionarias participarían en el proceso de industrialización que ya estaba en marcha en el siglo XIX.

Exportar la Revolución

En vísperas de la Revolución francesa de 1789, existían restricciones severas para los judíos de toda

Europa. En la ciudad alemana de Fráncfort, por ejemplo, sus vidas estaban reguladas por órdenes fijadas en un estatuto que se remontaba a la Edad Media. No podía haber más de quinientas familias judías en Fráncfort, y todas tenían que vivir en una parte pequeña y amurallada de la ciudad, el Judengasse, el gueto judío. No podían salir del gueto de noche, los domingos ni durante ninguna fiesta cristiana.

En el Judengasse, había un hacinamiento increíble. Medía unos cuatrocientos metros de largo, pero no más de unos cuatro metros de ancho y, en algunos puntos, menos de tres metros. Los judíos vivían bajo una represión y una regulación constantes. Cada año, como máximo dos familias nuevas podían ser admitidas en el gueto y doce parejas judías más se podían casar, solamente si ambos habían cumplido los veinticinco años. Los judíos no podían trabajar la tierra ni comerciar con armas, especias, vino ni cereales. Hasta 1726, tenían que llevar señales específicas, dos anillos amarillos concéntricos en el caso de los hombres y un velo de rayas en el caso de las mujeres. Todos los judíos tenían que pagar un impuesto especial al sufragio.

Cuando estalló la Revolución francesa, un empresario joven y exitoso, Mayer Amschel Rothschild, vivía en el Judengasse de Fráncfort. A principios de 1780, Rothschild era el comerciante líder de monedas, metales y antigüedades de Fráncfort. Sin embargo, como el resto de los judíos de la ciudad, no podía abrir una empresa fuera del gueto, ni siquiera podía vivir fuera de sus murallas.

Esta situación iba a cambiar pronto. En 1791, la Asamblea Nacional Francesa emancipó a los judíos franceses. En ese momento, los ejércitos franceses ocupaban Renania y se emancipaba a los judíos del oeste de Alemania. En Fráncfort, su efecto sería más abrupto y quizá en cierto modo no fuera deliberado. En 1796, los franceses bombardearon Fráncfort y demolieron la mitad del Judengasse. Unos dos mil judíos se quedaron sin casa y tuvieron que irse a vivir fuera del gueto. Los Rothschild estaban entre ellos. Una vez fuera del gueto, estaban liberados de la multitud de regulaciones que les prohibían crear empresas y podían aprovechar nuevas oportunidades de negocio, como un contrato para suministrar cereales al ejército austriaco, lo que no les habían permitido hacer en el pasado.

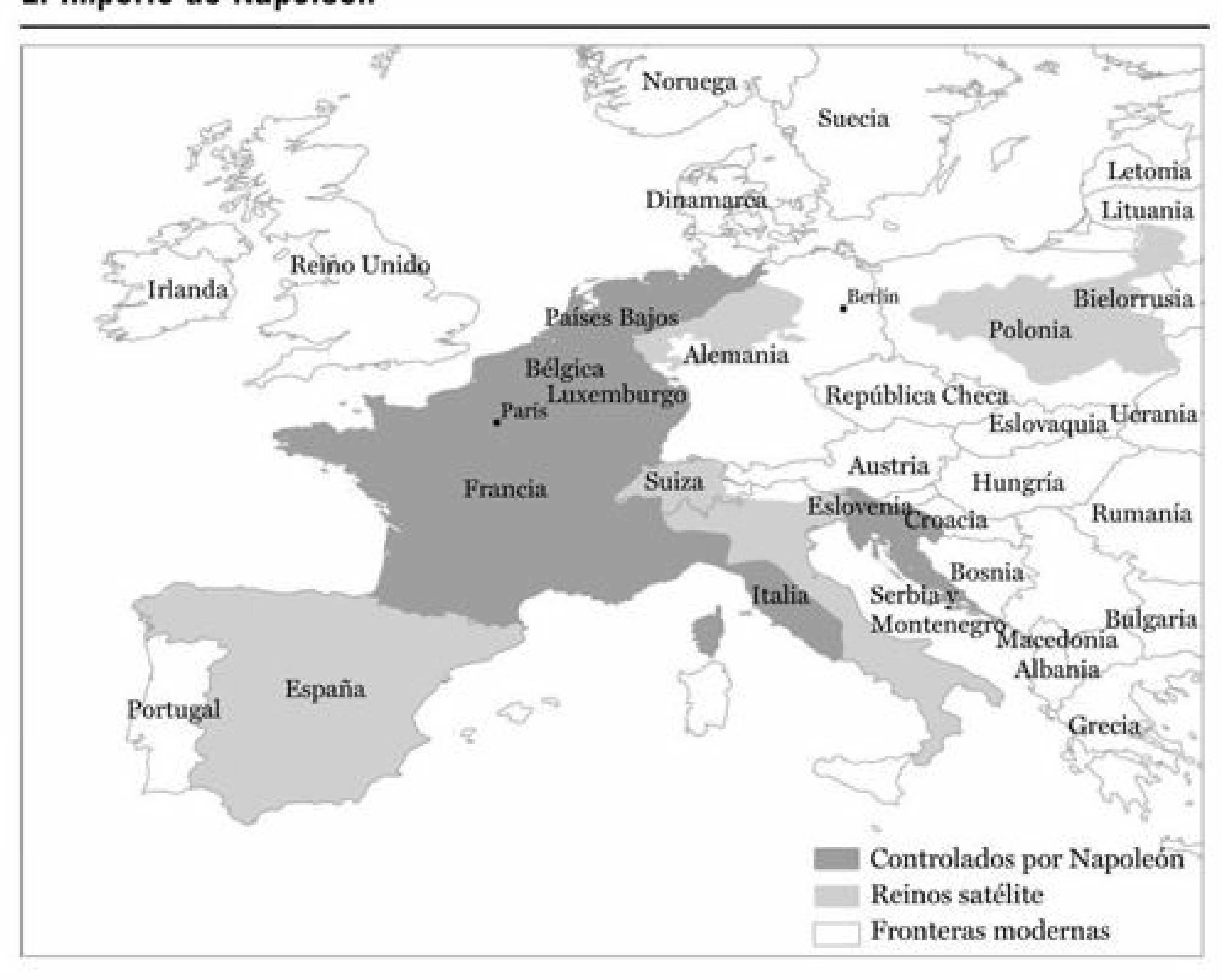
Al final de la década, Rothschild era uno de los judíos más ricos de Fráncfort y ya era un hombre de negocios bien establecido. La emancipación total tuvo que esperar hasta 1811, cuando fue implantada finalmente por Karl von Dalberg, que había sido nombrado gran duque de Fráncfort en la reorganización napoleónica de Alemania de 1806. En ese momento, Mayer Amschel Rothschild le dijo a su hijo: «Ahora eres un ciudadano».

Aquellos acontecimientos no pusieron fin a la lucha por la emancipación judía, puesto que hubo ocasiones en las que se dio marcha atrás, sobre todo en el Congreso de Viena de 1815, que formó el acuerdo político posnapoleónico. Pero los Rothschild no iban a volver al gueto. Mayer Amschel y sus hijos pronto tendrían el mayor banco de la Europa del siglo XIX, con sucursales en Fráncfort, Londres, París, Nápoles y Viena.

No fue un acto aislado. Primero los ejércitos revolucionarios franceses y después Napoleón invadieron grandes partes de Europa continental y, en casi todas las áreas que invadieron, las instituciones existentes eran vestigios de la época medieval, que daba poder a reyes, príncipes y nobleza y limitaba el comercio en las ciudades y el campo. La servidumbre y el feudalismo eran mucho más importantes en muchas de esas áreas que en la propia Francia. En Europa oriental, incluyendo Prusia y la parte húngara de Austria-Hungría, los siervos estaban atados a la tierra. En Occidente, aquella forma estricta de servidumbre ya había desaparecido, pero los campesinos debían pagar a los señores feudales diversas tasas e impuestos y también tenían obligaciones de trabajo. Por ejemplo, en el Estado de Nassau-Usingen, los campesinos estaban sujetos a doscientos treinta pagos,

deberes y servicios distintos. Los pagos incluían la cuota que se pagaba tras matar a un animal, el diezmo de sangre; también estaban el diezmo de las abejas y el de la cera. Si se vendía o compraba una propiedad, el señor también recibía una cuota. Los gremios que regulaban todo tipo de actividades económicas en las ciudades también solían ser más fuertes en estos lugares que en Francia. En las ciudades alemanas occidentales de Colonia y Aquisgrán, la adopción de máquinas textiles para hilar y tejer fue bloqueada por los gremios. Muchas ciudades, desde Berna en Suiza hasta Florencia en Italia, estaban controladas por un número reducido de familias.

Los líderes de la Revolución francesa y, posteriormente, Napoleón exportaron la Revolución a aquellas tierras, destrozaron el absolutismo, pusieron fin a las relaciones de la tierra, abolieron los gremios e impusieron la igualdad ante la ley, la idea crucial del Estado de derecho, que veremos con mayor detalle en el próximo capítulo. Por lo tanto, la Revolución francesa preparó no solamente a Francia, sino a gran parte del resto de Europa, para las instituciones inclusivas y el crecimiento económico que dichas instituciones fomentarían.



Como hemos visto, varias potencias europeas, alarmadas por el desarrollo de los acontecimientos en Francia, se organizaron alrededor de Austria en 1792 para atacar a Francia, aparentemente para liberar al rey Luis XVI, pero, en realidad, para aplastar la Revolución francesa. La expectativa era que los ejércitos improvisados creados por la Revolución pronto sucumbirían. Sin embargo, tras las primeras derrotas, los ejércitos de la nueva República francesa salieron victoriosos en una guerra inicialmente defensiva. Había que superar problemas organizativos serios, pero los franceses llevaban ventaja a otros países en una innovación crucial: el reclutamiento en masa. Este tipo de reclutamiento, introducido en agosto de 1793, permitía que los franceses crearan grandes ejércitos y desarrollaran una ventaja militar al borde de la supremacía incluso antes de que las famosas habilidades militares de Napoleón entraran en escena.

El éxito militar inicial animó a los líderes de la República a ampliar las fronteras de Francia, con vistas a crear una zona de seguridad entre la nueva república y las monarquías hostiles de Prusia y Austria. Los franceses pronto se apoderaron de los Países Bajos austriacos y las Provincias Unidas, esencialmente, los actuales Bélgica y Países Bajos. También tomaron gran parte de lo que hoy en día es Suiza. En los tres lugares, los franceses tuvieron un fuerte control durante 1790 y los años siguientes.

Al principio, Alemania fue objeto de una profunda contienda. Pero, hacia 1795, los franceses controlaban firmemente Renania, la parte occidental de Alemania que daba a la orilla izquierda del Rin. Los prusianos se vieron obligados a reconocer este hecho en el Tratado de Basilea. Entre 1795 y 1802, los franceses se apoderaron de Renania, pero no de ninguna otra parte de Alemania. En 1802, Renania fue oficialmente incorporada a Francia.

Italia continuaba siendo el foco principal de la guerra a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con los austriacos como adversarios. Savoya fue anexionada por Francia en 1792, y se llegó a un punto muerto hasta la invasión de Napoleón en abril de 1796. En su primera gran campaña continental, a principios de 1797, Napoleón había conquistado prácticamente todo el norte de Italia, excepto Venecia, que fue tomada por los austriacos. El Tratado de Campo Formio, firmado con los austriacos en octubre de 1797, puso fin a la guerra de la Primera Coalición y reconoció varias repúblicas controladas por Francia en el norte de Italia. No obstante, los franceses continuaron ampliando su control sobre Italia incluso después de este tratado, invadieron los Estados Papales y establecieron la República Romana en marzo de 1798. En enero de 1799, conquistaron Nápoles y crearon la República Partenopea. Excepto Venecia, que continuó siendo austriaca, los franceses controlaban en aquel momento toda la península Itálica, ya fuera directamente, como en el caso de Savoya, o a través de Estados satélite, como las repúblicas Cisalpina, Ligur, Romana y Partenopea.

La guerra de la Segunda Coalición, entre 1798 y 1801, fue un tira y afloja continuo entre los bandos, pero finalmente fueron los franceses quienes se quedaron esencialmente con el control. Los ejércitos revolucionarios franceses iniciaron rápidamente un proceso radical de reforma en las tierras que habían conquistado, abolieron los vestigios que quedaban de servidumbre y relaciones feudales e impusieron la igualdad ante la ley. Se arrebataron al clero su poder y estatus especial, y los gremios de las zonas urbanas fueron eliminados o, como mínimo, quedaron muy debilitados. Esto sucedió en los Países Bajos austriacos inmediatamente después de la invasión francesa en 1795 y en las Provincias Unidas, donde los franceses habían fundado la República de Batavia, con instituciones políticas muy similares a las de Francia. En Suiza, la situación era similar. Los gremios, los señores feudales y la Iglesia fueron derrotados, se eliminaron los privilegios feudales y los gremios fueron abolidos y expropiados.

Lo que habían comenzado los ejércitos revolucionarios franceses fue continuado, de alguna forma, por Napoleón, que estaba interesado sobre todo en establecer un control firme sobre los territorios que conquistaba. En ocasiones, esto implicaba llegar a acuerdos con élites locales o colocar a su familia y asociados al mando, como durante su breve control de España y Polonia. Sin embargo, Napoleón también tenía un deseo verdadero de continuar y profundizar las reformas de la Revolución. Lo más importante es que codificó el derecho romano y las ideas de igualdad ante la ley en un sistema jurídico que sería conocido como el Código Napoleónico. Napoleón consideraba que este código era su mayor legado y deseaba imponerlo en todos los territorios que controlaba.

Evidentemente, las reformas impuestas por la Revolución francesa y Napoleón no eran irreversibles. En algunos lugares, como Hannover (Alemania), las viejas élites fueron restablecidas poco después de la caída de Napoleón y gran parte de lo que lograron los franceses se perdió para siempre. Pero en muchos otros lugares, el feudalismo, los gremios y la nobleza fueron destruidos o quedaron debilitados permanentemente. Por ejemplo, incluso después de que se fueran los franceses, en muchos casos el Código Napoleónico continuó en vigor.

En términos generales, los ejércitos franceses causaron mucho sufrimiento en Europa, pero también cambiaron radicalmente la situación. En gran parte de Europa desaparecieron las relaciones feudales; el poder de los gremios; el control absolutista de monarcas y príncipes; el control del clero sobre el poder político, social y económico, y la base del Antiguo Régimen, que trataba a la gente estableciendo desigualdades basadas en su nacimiento. Estos cambios crearon el tipo de instituciones económicas inclusivas que permitirían que la industrialización arraigara en esos lugares. A mediados del siglo XIX, la industrialización estaba rápidamente en marcha en prácticamente todos los lugares controlados por los franceses, mientras que países como Austria-Hungría y Rusia, que no fueron conquistados por los franceses, o Polonia y España, donde el control francés fue temporal y limitado, estaban todavía muy estancados.

En busca de la modernidad

En el otoño de 1867, Ōkubo Toshimichi, cortesano líder del dominio feudal japonés Satsuma, viajó desde la capital de Edo, luego Tokio, a la ciudad regional de Yamaguchi. El 14 de octubre, se reunió con los líderes del dominio Chōshū. Tenía una propuesta sencilla: unirían fuerzas, marcharían con sus ejércitos hasta Edo y derrocarían al sogún, gobernante de Japón. En aquel entonces, Ōkubo Toshimichi ya había convencido a los líderes de los dominios Tosa y Aki. Una vez que estuvieron de acuerdo los líderes del poderoso Chōshū, se formó una alianza Satchō (Satsuma-Chōshū) secreta.

En 1868, Japón era un país económicamente subdesarrollado que había sido controlado desde el año 1600 por la familia Tokugawa, cuyo gobernador había tomado el título de sogún (comandante) en 1603. El emperador japonés estaba relegado y había asumido un papel puramente ceremonial. Los sogunes de Tokugawa eran los miembros dominantes de una clase de señores feudales que gobernaban y recaudaban impuestos de sus propios dominios, entre ellos los de Satsuma, controlados por la familia Shimazu. Estos señores, junto con sus militares, los famosos samuráis, dirigían una sociedad parecida a la de la Europa medieval, con categorías ocupacionales estrictas, restricciones sobre el comercio y elevadas cargas impositivas sobre los campesinos. El sogún gobernaba desde Edo, donde monopolizaba y controlaba el comercio exterior, y prohibió a los extranjeros entrar en el país. Las instituciones políticas y económicas eran extractivas y Japón era pobre.

Sin embargo, el dominio del sogún no era completo. Ni cuando la familia Tokugawa se apoderó

del país en 1600, pudo controlar a todo el mundo. En el sur del país, el dominio Satsuma continuaba siendo bastante autónomo y se le permitía comerciar independientemente con el mundo exterior a través de las islas Ryūkyū. Fue en la capital satsuma de Kagoshima donde Ōkubo Toshimichi nació en 1830. Como hijo de samurái, también se convirtió en samurái. Su talento fue descubierto pronto por Shimazu Nariakira, el señor de Satsuma, quien pronto lo ascendió en la burocracia. En aquel momento, Shimazu Nariakira ya había trazado un plan para utilizar las tropas de Satsuma para derrocar al sogún. Quería ampliar el comercio con Asia y Europa, abolir las viejas instituciones económicas feudales y construir un Estado moderno en Japón. Su plan incipiente fue truncado por su muerte en 1858. Su sucesor, Shimazu Hisamitsu, fue más cauto, como mínimo, al principio.

En aquel momento, Ōkubo Toshimichi estaba cada vez más convencido de que Japón debía derrocar el sogunato feudal y, finalmente, convenció a Shimazu Hisamitsu. Para conseguir apoyo para su causa, la presentaron como un ultraje contra la marginación del emperador. El tratado que Ōkubo Toshimichi ya había firmado con el dominio Tosa afirmaba que «un país no tiene dos monarcas, un hogar no tiene dos señores; el gobierno se delega en un gobernante». Sin embargo, la verdadera intención no se limitaba a restaurar el poder del emperador, sino que intentaban cambiar por completo las instituciones políticas y económicas. En el lado de los Tosa, uno de los firmantes del tratado era Sakamoto Ryūma. Cuando Satsuma y Chōshū movilizaron sus ejércitos, Sakamoto Ryūma presentó al sogún un plan de ocho puntos y le pidió insistentemente que dimitiera para evitar la guerra civil. El plan era radical, y, aunque la cláusula 1 afirmaba que «el poder político del país debía volver a la Corte imperial y todos los decretos debían ser emitidos por la Corte», incluía mucho más que solamente la restauración del emperador. Las cláusulas 2, 3, 4 y 5 afirmaban:

2. Se deben establecer dos cuerpos legislativos, una cámara alta y una baja, y todas las medidas del gobierno deben decidirse basándose en una opinión general.
3. Los hombres con capacidad entre los señores, los nobles y la población general deben ser empleados como concejales y los cargos tradicionales del pasado que hayan perdido su propósito deben ser abolidos.
4. Los asuntos exteriores se deben llevar a cabo de acuerdo con regulaciones apropiadas elaboradas basándose en la opinión general.
5. La legislación y las regulaciones del pasado deben dejarse a un lado y se debe seleccionar un código nuevo y adecuado.

El sogún Yoshinobu estuvo de acuerdo en dimitir y, el 3 de enero de 1868, se declaró la restauración Meiji; se devolvió el poder al emperador Kōmei y, un mes después de que muriera éste, el poder pasó a su hijo Meiji. Aunque las fuerzas de Satsuma y Chōshū ocuparan Edo y la capital imperial Kioto, temían que los Tokugawa intentaran volver a tomar el poder y recrear el sogunato. Ōkubo Toshimichi quería que los Tokugawa quedaran derrotados para siempre. Convenció al emperador para que aboliera el dominio Tokugawa y confiscara sus tierras. El 27 de enero, el que había sido sogún Yoshinobu atacó las fuerzas de Satsuma y Chōshū, y estalló la guerra civil que se prolongó hasta el verano, cuando finalmente los Tokugawa fueron derrotados.

Tras la restauración Meiji, se produjo un proceso de reformas institucionales transformadoras en Japón. En 1869, se abolió el feudalismo y los trescientos feudos fueron entregados al gobierno y convertidos en prefecturas, bajo el control de un gobernador. Se centralizaron los impuestos y un Estado burocrático moderno sustituyó al antiguo Estado feudal. En 1869, se introdujo la igualdad de todas las clases sociales ante la ley y se abolieron las restricciones sobre la migración interna y el

comercio. Se abolió también la clase samurái, aunque no sin acabar antes con algunas rebeliones. Se introdujeron los derechos de propiedad individual de la tierra y se concedió libertad a las personas para empezar en cualquier oficio y desempeñarlo. El Estado participó fuertemente en la construcción de la infraestructura. En contraste con las actitudes de los regímenes absolutistas en los ferrocarriles, en 1869 el régimen japonés organizó una ruta de barcos de vapor entre Tokio y Osaka y construyó el primer ferrocarril entre Tokio y Yokohama. También empezó a desarrollar una industria manufacturera, y Ōkubo Toshimichi, como ministro de Finanzas, supervisó el principio de un esfuerzo decidido de industrialización. El señor del dominio Satsuma había sido líder en este terreno, con la construcción de fábricas de cerámica, cañones e hilo de algodón e importando maquinaria textil inglesa para crear la primera fábrica de hilados de algodón moderna en Japón en 1861. Asimismo, construyó dos astilleros modernos. En 1890, Japón fue el primer país asiático que adoptaba una Constitución escrita y que creó una monarquía constitucional con un parlamento electo, la Dieta, y un poder judicial independiente. Estos cambios fueron decisivos para permitir que Japón fuera el principal beneficiario de la revolución industrial en Asia.

A mediados del siglo XIX, tanto China como Japón eran países pobres que languidecían bajo regímenes absolutistas. El régimen absolutista de China había desconfiado de los cambios durante siglos. Aunque existieran muchas similitudes entre China y Japón (el sogunato Tokugawa también había prohibido el comercio exterior en el siglo XVII, como lo habían hecho anteriormente los emperadores chinos, y se oponía al cambio político y económico), también había diferencias políticas notables. China era un imperio burocrático centralizado gobernado por un emperador absolutista. Sin duda, el emperador se enfrentaba a límites a su poder, el más importante de los cuales era la amenaza de rebelión. Durante el período comprendido entre 1850 y 1864, todo el sur de China fue devastado por la rebelión Taiping. Murieron millones de personas en el conflicto o debido a la hambruna masiva. Sin embargo, la oposición al emperador no estaba institucionalizada.

La estructura de las instituciones políticas japonesas era distinta. El sogunato había dejado a un lado al emperador, pero, como hemos visto, el poder Tokugawa no era absoluto, y dominios como el de Satsuma mantenían la independencia, incluso la capacidad de comerciar con el exterior de forma independiente.

Igual que en el caso de Francia, una consecuencia importante de la revolución industrial británica para China y Japón fue la vulnerabilidad militar. China fue humillada por la potencia naval británica durante la primera guerra del Opio, entre 1839 y 1842, y la misma amenaza se hizo muy real para los japoneses cuando los barcos de guerra estadounidenses, dirigidos por el comodoro Matthew Perry, entraron en la bahía de Edo en 1853. La realidad de que el retraso económico creaba retraso militar formaba parte del impulso del plan de Shimazu Nariakira para derrocar el sogunato y poner en marcha los cambios que finalmente condujeron a la restauración Meiji. Los líderes del dominio Satsuma se dieron cuenta de que el crecimiento económico (quizá incluso la supervivencia japonesa) solamente se lograría a través de reformas institucionales, pero el sogún se oponía porque su poder estaba vinculado a las instituciones existentes. Para llevar a cabo reformas, el sogún debía ser derrocado, y lo fue. La situación era similar en China, pero las distintas instituciones políticas iniciales hicieron mucho más difícil derrocar al emperador, lo que sucedió solamente en 1911. En lugar de reformar instituciones, los chinos intentaron igualar el poder militar británico importando armas modernas. Los japoneses construyeron su propia industria armamentística.

Como consecuencia de estas diferencias iniciales, cada país respondió de una forma distinta a los

retos del siglo XIX, y Japón y China tomaron caminos radicalmente distintos en la coyuntura crítica que creó la revolución industrial. Las instituciones japonesas se transformaron y la economía inició un crecimiento rápido, mientras que, en China, las fuerzas que impulsaban el cambio institucional no eran lo bastante fuertes, y las instituciones extractivas persistieron en gran medida hasta que cambiaron a peor con la revolución comunista de Mao en 1949.

Las raíces de la desigualdad mundial

En éste y en los tres capítulos anteriores, hemos contado la historia de cómo aparecieron instituciones políticas y económicas inclusivas en Inglaterra para posibilitar la revolución industrial y por qué determinados países se beneficiaron de esta revolución y se embarcaron en el camino hacia el crecimiento, mientras que otros no; de hecho, algunos países se negaron rotundamente a permitir que comenzara la industrialización. Que un país iniciara la industrialización dependía, en gran parte, de sus instituciones. Estados Unidos, que experimentó una transformación similar a la Revolución gloriosa inglesa, ya había desarrollado su propio tipo de instituciones políticas y económicas inclusivas a finales del siglo XVIII. De este modo, se convertiría en la primera nación que explotaba las nuevas tecnologías procedentes de las islas Británicas y pronto superaría a Gran Bretaña y se convertiría en el precursor de la industrialización y el cambio tecnológico. Australia siguió un camino similar hacia las instituciones inclusivas, aunque fuera algo más tarde y pasara más desapercibido. Sus ciudadanos, como los de Inglaterra y Estados Unidos, tuvieron que luchar para obtener instituciones inclusivas. Una vez logradas, Australia lanzaría su propio proceso de crecimiento económico. Australia y Estados Unidos pudieron industrializarse y crecer rápidamente porque sus instituciones relativamente inclusivas no bloquearon las nuevas tecnologías, la innovación ni la destrucción creativa.

No ocurrió lo mismo en la mayor parte de las colonias europeas porque sus dinámicas eran opuestas a las de Australia y Estados Unidos. La falta de población o de recursos nativos que extraer hizo que el colonialismo de Australia y Estados Unidos fuera muy distinto, aunque sus ciudadanos tuvieran que luchar para conseguir instituciones inclusivas y derechos políticos. En las Molucas, como en muchos otros lugares colonizados por los europeos en Asia, el Caribe y Sudamérica, los ciudadanos tenían pocas posibilidades de ganar aquella batalla. Allí, los colonos europeos impusieron un tipo nuevo de instituciones extractivas o se adueñaron de las instituciones extractivas ya existentes, para poder extraer recursos valiosos, desde especias y azúcar hasta oro y plata. En muchos otros lugares, pusieron en marcha una serie de cambios institucionales que harían que la aparición de instituciones inclusivas fuera muy improbable. En algunos sitios, eliminaron explícitamente cualquier industria floreciente o las instituciones económicas inclusivas existentes. La mayoría de aquellos lugares no pudieron beneficiarse de la industrialización en el siglo XIX, ni tampoco en el XX.

La dinámica del resto de Europa también fue bastante distinta a la de Australia y Estados Unidos. Mientras la revolución industrial de Gran Bretaña cobraba impulso a finales del siglo XVIII, la mayor parte de los países europeos estaban gobernados por regímenes absolutistas y controlados por monarcas y aristocracias cuya mayor fuente de ingresos eran los impuestos que cobraban de las tierras que poseían o los privilegios comerciales de los que disfrutaban gracias a las prohibitivas barreras impuestas a las importaciones. La destrucción creativa que crearía el proceso de industrialización erosionaría los beneficios comerciales de los líderes y utilizaría recursos y mano de obra de sus tierras. Las aristocracias serían los perdedores económicos de la industrialización. Y lo más

importante es que también serían perdedores políticos, ya que el proceso de industrialización, sin duda, crearía inestabilidad y retos para su monopolio del poder político.

Sin embargo, las transiciones institucionales en Gran Bretaña y la revolución industrial crearon oportunidades y nuevos retos para los Estados europeos. Aunque hubiera absolutismo en Europa occidental, la región también había compartido gran parte de la deriva institucional que había afectado a Gran Bretaña en el milenio anterior. No obstante, la situación era muy distinta en Europa oriental, el Imperio otomano y China. Estas diferencias eran importantes para la difusión de la industrialización. Igual que la peste negra o el auge del comercio atlántico, la coyuntura crítica creada por la industrialización intensificó el conflicto por las instituciones siempre presente en muchos países europeos. Uno de los factores principales fue la Revolución francesa de 1789. El fin del absolutismo en Francia abrió el camino a las instituciones inclusivas, y, finalmente, los franceses se embarcaron en la industrialización y el rápido crecimiento económico. De hecho, la Revolución francesa hizo más que eso: exportó sus instituciones e invadió y eliminó por la fuerza instituciones extractivas de varios países vecinos. De esta forma, allanó el camino a la industrialización no solamente en Francia, sino también en Bélgica, los Países Bajos, Suiza y algunas partes de Alemania e Italia. Más al este, la reacción fue similar a la que hubo tras la peste negra, cuando, en lugar de hundirse, el feudalismo se intensificó. Austria-Hungría, Rusia y el Imperio otomano quedaron aún más retrasadas económicamente, pero sus monarquías absolutistas lograron permanecer hasta la primera guerra mundial.

En el resto del mundo, el absolutismo fue tan resistente como en Europa oriental, sobre todo en China, donde la transición Ming-Qing condujo a un Estado que quería construir una sociedad agrícola estable y hostil al comercio internacional. Sin embargo, también había diferencias institucionales importantes en Asia. Si China reaccionó a la revolución industrial igual que Europa oriental, Japón reaccionó igual que Europa occidental. Como en Francia, hizo falta una revolución para cambiar el sistema, esta vez dirigida por los señores renegados de los dominios Satsuma, Chōshū, Tosa y Aki. Estos señores derrocaron al sogún, crearon la restauración Meiji y condujeron a Japón al camino de las reformas institucionales y el crecimiento económico.

También vimos que el absolutismo era resistente en la aislada Etiopía. En el resto del continente, la misma fuerza del comercio internacional que ayudó a transformar las instituciones inglesas en el siglo XVII cerró grandes partes del África occidental y central en instituciones altamente extractivas a través del tráfico de esclavos. Aquel hecho destruyó las sociedades en algunos lugares y condujo a la creación de Estados esclavistas extractivos en otros.

La dinámica institucional que hemos descrito, en última instancia, determinó qué países iban a aprovechar las grandes oportunidades que surgieron a partir del siglo XIX y qué países no lo iban a hacer. Las raíces de la desigualdad mundial que observamos hoy en día pueden encontrarse en esta divergencia. Salvo contadas excepciones, los países ricos actuales son aquellos que se embarcaron en el proceso de industrialización y cambio tecnológico que empezó en el siglo XIX, y los pobres, los que no lo hicieron.

11

El círculo virtuoso

La Ley Negra

El castillo de Windsor, situado al oeste de Londres, es una de las grandes residencias de la realeza de Inglaterra. A principios del siglo XVIII, estaba rodeado por un gran bosque, lleno de ciervos, aunque actualmente se haya conservado poco. Uno de los guardias del bosque en 1722, Baptist Nunn, se vio envuelto en un conflicto violento. El 27 de junio, anotó:

> Los Negros llegaron durante la noche, me dispararon tres veces dos balas a la ventana de mi habitación y acordé pagarles cinco guineas en Crowthorne el día 30.

Otra entrada en el diario de Nunn decía lo siguiente: «Una sorpresa nueva. Uno apareció disfrazado con un mensaje de destrucción».

¿Quiénes eran aquellos misteriosos «Negros» que amenazaban, disparaban a Nunn y exigían dinero? Los negros eran grupos de lugareños que se pintaban la cara de negro para ocultarla de noche. Aparecieron y se extendieron por todo el sur de Inglaterra en este período; mataban y mutilaban ciervos y otros animales; prendían fuego a pajares y graneros, y destruían vallas y estanques de peces. Aparentemente, eran grandes disturbios ilegales; sin embargo, se trataba de algo más. La caza ilegal (furtiva) de ciervos en tierras propiedad del rey o de otros miembros de la aristocracia hacía mucho tiempo que se producía. A partir de 1640, durante la guerra civil, mataron a toda la población de ciervos del castillo de Windsor. Tras la restauración de 1660, cuando Carlos II llegó al trono, se repobló el parque de ciervos. No obstante, los negros no se limitaban a la caza furtiva de ciervos para comer, sino que también se dedicaban a la destrucción sin sentido. ¿Con qué propósito?

Un pilar crucial de la Revolución gloriosa de 1688 fue la naturaleza plural de los intereses representados en el Parlamento. Ninguno de los comerciantes, industriales, miembros de la *gentry* o aristócratas aliados con Guillermo de Orange y con los monarcas de la Casa de los Hannover, que sucedieron a la reina Ana en 1714, era lo suficientemente fuerte para imponer su voluntad de forma unilateral.

Los intentos de restaurar la monarquía de los Estuardo continuaron durante gran parte del siglo XVIII. Tras la muerte de Jacobo II en 1701, su hijo, Jacobo Francisco Eduardo Estuardo, *el Viejo Pretendiente*, fue reconocido como heredero legítimo a la Corona inglesa por Francia, España, el Papa y los partidarios de la monarquía de los Estuardo en Inglaterra y Escocia, los denominados jacobitas. En 1708, el Viejo Pretendiente intentó recuperar el trono con el apoyo de las tropas francesas, pero no lo consiguió. En las décadas siguientes, habría varias revueltas jacobitas, las principales fueron en 1715 y 1719. En 1745-1746, el hijo del Viejo Pretendiente, Carlos Eduardo Estuardo, *el Joven Pretendiente*, intentó recuperar el trono, pero sus fuerzas fueron derrotadas por el ejército británico.

El partido político *whig*, que, como vimos (capítulo 7), fue fundado hacia 1670 para representar los nuevos intereses mercantiles y económicos, era la organización principal que había tras la Revolución gloriosa, y los *whigs* dominaron el Parlamento desde 1714 hasta 1760. Una vez que llegaron al poder, tuvieron la tentación de utilizar su nueva posición para atacar los derechos de los demás, para quedarse con todo. No eran distintos a los reyes Estuardo, pero su poder distaba mucho de

ser absoluto. Estaba limitado por grupos competidores en el Parlamento, sobre todo el partido *tory*, que se había formado para oponerse al *whig*, y por las mismas instituciones que ellos habían logrado introducir para reforzar el Parlamento y evitar la aparición de un nuevo absolutismo y la vuelta de los Estuardo. La naturaleza plural de la sociedad que apareció a partir de la Revolución gloriosa también significó que se confiriera poder a la población en general, incluso a los que no tenían representación formal en el Parlamento, y el movimiento de los negros fue precisamente una respuesta de la gente corriente a la percepción de que los *whigs* estaban explotando su posición.

El caso de William Cadogan, un general de éxito en la guerra de Sucesión española entre 1701 y 1714 y en la supresión de las revueltas jacobitas, ilustra el tipo de usurpación de los derechos de la gente corriente por parte de los *whigs* que condujo al movimiento de los negros. Jorge I nombró a Cadogan barón en 1716 y conde en 1718. También fue un miembro influyente del Consejo de Regencia de Jueces Lores, que presidía asuntos de Estado importantes, y actuó como comandante en jefe provisional. Compró una gran propiedad de unos mil acres en Caversham, a unos treinta kilómetros al oeste de Windsor. Allí, construyó una gran casa y jardines ornamentales y diseñó un parque con ciervos de doscientos cuarenta acres. Sin embargo, esta propiedad se había consolidado usurpando los derechos de las personas de alrededor de la finca. Se expulsó a la gente de sus casas y se revocaron los derechos tradicionales que les permitían recoger turba y leña y llevar allí a sus animales para que pastaran. Cadogan se enfrentó a la ira de los negros. El 1 de enero de 1722, y de nuevo en julio, el parque fue asaltado por negros armados y a caballo. En el primer ataque, mataron dieciséis ciervos. El conde de Cadogan no fue el único afectado, sino que los Negros asaltaron también las fincas de muchos terratenientes y políticos notables.

El gobierno *whig* no estaba dispuesto a tolerarlo. En mayo de 1723, el Parlamento aprobó la Ley negra, que creaba la extraordinaria cifra de cincuenta nuevos delitos que eran castigados con la horca. La Ley negra convertía en delito no solamente el hecho de llevar armas, sino también pintarse la cara de negro. De hecho, pronto se enmendó la ley para hacer que el movimiento de los negros también fuera castigado con la horca. Las élites *whig* procedieron a implantar la ley con entusiasmo. Baptist Nunn estableció una red de informadores en el bosque de Windsor para descubrir la identidad de los negros. Pronto detuvieron a varios de sus integrantes. La transición desde la detención hasta la horca debió ser bastante directa. Al fin y al cabo, la Ley negra ya se había promulgado, los *whigs* estaban al frente del Parlamento, éste estaba al frente del país y los negros estaban actuando directamente en contra de los intereses de algunos *whigs* poderosos. Incluso participó sir Robert Walpole, secretario de Estado, entonces primer ministro (y, como Cadogan, miembro influyente del Consejo de Regencia de Jueces Lores). Él tenía un interés directo en el parque Richmond, al suroeste de Londres, que había sido creado a partir de tierras comunales por Carlos I. Este parque también usurpaba los derechos tradicionales de los residentes locales a que sus animales pastaran, a cazar liebres y conejos y a recoger leña. Sin embargo, el fin de aquellos derechos parece haber sido bastante permisivo y no obligado, ya que se continuó pastando y cazando, hasta que Walpole hizo que su hijo fuera nombrado guardabosques. A partir de aquel momento, el parque se cerró, se construyó una muralla nueva y se instalaron trampas para hombres. A Walpole le gustaba cazar ciervos, e hizo que le construyeran una cabaña para él en Houghton, dentro del parque. Y eso exasperó a los negros del lugar.

El 10 de noviembre de 1724, un residente local de fuera del parque, John Huntridge, fue acusado de ayudar a los ladrones de ciervos y a los conocidos como negros. Ambos delitos eran castigados con la horca. El procesamiento de Huntridge se organizó desde las altas esferas, y fue iniciado por el Consejo de Regencia de Jueces Lores, dominado por Walpole y Cadogan. Walpole incluso llegó a obtener pruebas personalmente para demostrar la culpabilidad de Huntridge a través de un informador,

Richard Blackburn. La condena debería haber sido una conclusión decidida de antemano, pero no lo fue. Tras un juicio de ocho o nueve horas, el jurado declaró a Huntridge inocente, en parte por razones de procedimiento, ya que hubo irregularidades en la obtención de las pruebas.

Pero no todos los negros o quienes simpatizaban con ellos tuvieron tanta suerte como Huntridge. Algunos también fueron absueltos o consiguieron que se les conmutaran las penas, pero muchos fueron ahorcados o deportados a la colonia penal que había entonces, Norteamérica; de hecho, la ley continuó vigente hasta que fue revocada en 1824. De todas formas, la victoria de Huntridge es llamativa. El jurado no estaba compuesto por iguales de Huntridge, sino por miembros de la *gentry* y grandes terratenientes, que deberían haber simpatizado con Walpole. Sin embargo, ya no estaban en el siglo XVII, cuando el tribunal de la Cámara Estrellada simplemente seguía los deseos de los monarcas Estuardo y actuaba como una herramienta de represión contra sus adversarios, y los reyes podían eliminar a los jueces cuando no les gustaban sus decisiones. En aquel momento, también los *whigs* debían respetar el Estado de derecho, el principio de que las leyes no deben aplicarse de forma selectiva ni arbitraria y de que nadie está por encima de la ley.

Los acontecimientos que rodeaban a la Ley negra mostrarían que la Revolución gloriosa había creado el Estado de derecho y que esta noción era más fuerte en Inglaterra y Gran Bretaña y las élites estaban mucho más limitadas por el Estado de derecho de lo que se imaginaban. Cabe señalar que *rule of law*, Estado de derecho, no es sinónimo de *rule by law*, aplicación de la ley. Aunque los *whigs* pudieran aprobar una ley dura y represiva para anular obstáculos de la gente corriente, tenían que lidiar con límites adicionales debido al Estado de derecho. Su ley violaba los derechos de la Revolución gloriosa y los cambios de las instituciones políticas que se produjeron tras ésta ya se habían establecido para todos al eliminar los derechos «divinos» de reyes y los privilegios de las élites. El Estado de derecho implicaba que tanto los que pertenecían a las élites como los que no se resistirían a su implantación.

El Estado de derecho es un concepto muy extraño si se considera desde una perspectiva histórica. ¿Por qué deberían aplicarse las leyes a todos por igual? Si el rey y la aristocracia tienen poder político y el resto no, lo natural es que lo que sea justo para el rey y la aristocracia deba ser prohibido y pueda ser objeto de castigo para el resto. De hecho, el Estado de derecho no es imaginable bajo instituciones políticas absolutistas. Es una creación de instituciones políticas pluralistas y de las coaliciones amplias que dan apoyo a dicho pluralismo. Solamente cuando muchos individuos y grupos tienen voz en las decisiones y el poder político para sentarse en la mesa, empieza a tener sentido la idea de que todos deben ser tratados con justicia. A principios del siglo XVIII, Gran Bretaña empezaba a ser lo suficientemente pluralista, y las élites *whig* descubrirían que, consagrado en la noción del Estado de derecho, las leyes y las instituciones también las limitarían.

Pero ¿por qué los *whigs* y los parlamentarios respetaron dichas limitaciones? ¿Por qué no utilizaron su control en el Parlamento y el Estado para forzar la implantación inflexible de la Ley negra y derrocar los tribunales cuando las decisiones no eran las que ellos querían? La respuesta revela mucho de la naturaleza de la Revolución gloriosa (¿por qué no sustituyó un viejo absolutismo con una versión nueva?), la relación entre el pluralismo y el Estado de derecho y la dinámica de los círculos virtuosos. Como vimos en el capítulo 7, la Revolución gloriosa no fue el derrocamiento de una élite por parte de otra, sino una revolución por parte de una amplia coalición formada por *gentry*, comerciantes y fabricantes y grupos de *whigs* y *tories*. La aparición de instituciones políticas plurales fue consecuencia de esta revolución, y el Estado de derecho también fue un producto derivado de este proceso. Como había muchas partes en la mesa que compartían el poder, era natural que hubiera leyes

y límites que fueran aplicables a todos. Pero una parte empezó a acumular demasiado poder y, finalmente, socavaba la propia base del pluralismo. Por lo tanto, la idea de que había límites y restricciones sobre los gobernantes, la esencia del Estado de derecho, era parte de la lógica del pluralismo generado por la amplia coalición que formaba la oposición al absolutismo de los Estuardo.

Por consiguiente, no es de extrañar que el principio de Estado de derecho, junto con la idea de que los monarcas no tenían derechos divinos, de hecho fuera un argumento clave contra el absolutismo estuardiano. Tal y como dijo el historiador británico E. P. Thompson, en la lucha contra los monarcas Estuardo:

> Se hicieron esfuerzos inmensos [...]. Para proteger la imagen de una clase dirigente que a su vez estaba sujeta al Estado de derecho y cuya legitimidad descansaba en la equidad y universalidad de aquellas formas legales. Y los gobernantes, en sentidos serios, voluntaria o involuntariamente, eran prisioneros de su propia retórica; jugaban a juegos de poder de acuerdo con reglas que les iban bien, pero no podían romper aquellas reglas o todo el juego se echaría a perder.

Descartar el juego significaría desestabilizar el sistema y dar paso al absolutismo por parte de un subconjunto de la coalición amplia o incluso se correría el riesgo de que volvieran los Estuardo. En palabras de Thompson, lo que hizo que el Parlamento no creara un absolutismo nuevo fue que

> eliminar aquella ley y la prerrogativa real [...] podía desbordar sus propiedades y sus vidas.

Además:

> Era inherente a la naturaleza misma del medio que ellos [los aristócratas, comerciantes, etc., que luchaban contra la Corona] habían elegido para su propia defensa que no podía ser reservada para uso exclusivo de su propia clase. La ley, en sus formas y tradiciones, implicaba principios de equidad y universalidad que [...] tenían que extenderse a todo tipo y nivel de hombres.

Una vez implantada, la noción de Estado de derecho no solamente mantenía alejado al absolutismo, sino que creaba también un tipo de círculo virtuoso: si las leyes se aplicaban con igualdad a todos, ningún individuo ni grupo, ni siquiera Cadogan o Walpole, podía estar por encima de la ley, y la gente común acusada de usurpar una propiedad privada todavía tenía derecho a un juicio justo.

Ya vimos cómo aparecen las instituciones políticas y económicas inclusivas. Pero ¿cómo perduran? La historia de la Ley negra y los límites de su implantación ilustra el círculo virtuoso, un proceso potente de retroalimentación positiva que protege a estas instituciones frente a los intentos de socavarlas y, de hecho, pone en marcha fuerzas que conducen a una mayor inclusión. La lógica del círculo virtuoso procede, en parte, del hecho de que las instituciones inclusivas se basan en límites que se ponen al ejercicio del poder y en una distribución pluralista del poder político en la sociedad, consagrada en el Estado de derecho. La capacidad de un subconjunto de imponer su voluntad a los demás sin ningún límite, aunque esos otros sean ciudadanos ordinarios, como lo era Huntridge, amenaza precisamente ese equilibrio. Si se suspendía temporalmente en el caso de una protesta de los campesinos contra las élites que usurpaban sus tierras comunales, ¿qué garantizaría que no se volviera a suspender? Y la siguiente ocasión en la que se suspendiera, ¿qué impediría a la Corona y la aristocracia retirar lo que los comerciantes, hombres de negocios y la *gentry* habían obtenido en el medio siglo intermedio? De hecho, la siguiente ocasión que se suspendiera quizá todo el proyecto del pluralismo se derrumbaría, porque un pequeño grupo de intereses tomaría el control a costa de la

coalición amplia. El sistema político no correría este riesgo. Sin embargo, esto hizo que el pluralismo y el Estado de derecho que implicaba fueran rasgos persistentes de las instituciones políticas británicas. Y veremos que, una vez establecidos el pluralismo y el Estado de derecho, habría demandas de un mayor pluralismo y una mayor participación en el proceso político.

El círculo virtuoso surge no solamente por la lógica inherente del pluralismo y el Estado de derecho, sino también porque las instituciones políticas inclusivas tienden a apoyar a las instituciones económicas inclusivas. De esta forma, se tiende también a una distribución más igualitaria de la renta, lo que confiere poder a un segmento más amplio de la sociedad y hace que las reglas del juego político sean más equitativas. Esta situación limita lo que se puede lograr usurpando poder político y reduce los incentivos para recrear instituciones políticas extractivas. Estos factores fueron importantes para la aparición de instituciones políticas verdaderamente democráticas en Gran Bretaña.

El pluralismo también crea un sistema más abierto y permite que prosperen los medios de comunicación independientes, lo que facilita que los grupos que tienen interés en la continuación de las instituciones inclusivas estén prevenidos y se organicen si aparecen amenazas contra estas instituciones. Es muy significativo que el Estado inglés dejara de censurar los medios de comunicación después de 1688 porque dichos medios tenían un papel importante para investir de poder a la población en general y continuar el círculo virtuoso del desarrollo institucional de Estados Unidos, como veremos en este capítulo.

El círculo virtuoso crea una tendencia por la que las instituciones inclusivas persisten, pero no es ni inevitable ni irreversible. Tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, las instituciones políticas y económicas inclusivas estuvieron sujetas a muchos desafíos. En 1745, el Joven Pretendiente llegó hasta Derby, a unos ciento sesenta kilómetros de Londres, con un ejército para deponer las instituciones políticas forjadas durante la Revolución gloriosa. Sin embargo, fue derrotado. Más importantes que los retos desde el exterior eran los retos potenciales desde dentro, que también podrían haber conducido a la desintegración de las instituciones inclusivas. Como vimos en el contexto de la masacre de Peterloo de Mánchester en 1819 (capítulo 7), y veremos con más detalle más adelante, las élites políticas británicas pensaron en utilizar la represión para evitar tener que abrir más el sistema político, pero dieron marcha atrás cuando estaban a punto de hacerlo. De forma parecida, las instituciones inclusivas económicas y políticas de Estados Unidos se enfrentaron a retos serios que podrían haber tenido éxito, pero no lo tuvieron. Y, evidentemente, no era previsible que estos retos fueran frustrados. El hecho de que las instituciones inclusivas británicas y estadounidenses sobrevivieran y se hicieran sustancialmente más fuertes con el tiempo se debe no solamente al círculo virtuoso, sino también al devenir circunstancial de la historia.

La lenta marcha de la democracia

La respuesta a la Ley negra mostró al pueblo británico que tenía más derechos de los que pensaba. Podía defender sus derechos tradicionales y sus intereses económicos en los tribunales y en el Parlamento mediante el uso de peticiones y grupos de presión. Sin embargo, este pluralismo aún no había creado una democracia efectiva. La mayoría de los hombres adultos no podían votar; tampoco las mujeres, y había muchas desigualdades en las estructuras democráticas existentes. Todo aquello iba a cambiar. El círculo virtuoso de las instituciones inclusivas no solamente preserva lo que ya se ha logrado, sino que abre la puerta a una mayor inclusividad. Nada apuntaba a que la élite británica del siglo XVIII mantuviera su control del poder político sin serios retos. Esta élite había llegado al poder

cuestionando el derecho divino de los reyes y abriendo la puerta a la participación del pueblo en la política, pero dió este derecho solamente a una pequeña minoría. Era cuestión de tiempo que un número creciente de habitantes exigiera el derecho a participar en el proceso político. Y lo hicieron en los años anteriores a 1831.

Las tres primeras décadas del siglo XIX fueron testigos de un creciente malestar social en Gran Bretaña, sobre todo en respuesta al aumento de la desigualdad social y a las demandas de mayor representación política de las masas que no tenían derecho a voto. Tras los disturbios de los luditas entre 1811 y 1816, en los que los trabajadores luchaban contra la introducción de nuevas tecnologías que consideraban que reducirían sus sueldos, los nuevos disturbios que se produjeron en Spa Fields en 1816 en Londres y la masacre de Peterloo de 1819 en Mánchester eran fruto de explícitas exigencias de derechos políticos. En los disturbios de Swing de 1830, los trabajadores agrícolas protestaron contra la disminución del nivel de vida y contra la introducción de nueva tecnología. Mientras tanto, en París, estallaba la revolución de julio de 1830. Se estaba empezando a formar un consenso entre las élites de que el descontento alcanzaba un punto de inflexión, y la única forma de calmar el malestar social y de lograr que la revolución diera marcha atrás era satisfacer las demandas de las masas y llevar a cabo una reforma parlamentaria.

Como cabía esperar, la elección de 1831 se centró principalmente en una cuestión: la reforma política. Los *whigs*, casi cien años después de sir Robert Walpole, eran mucho más receptivos a los deseos del hombre corriente e hicieron campaña para ampliar el derecho a voto. Pero esto solamente significó un pequeño aumento del electorado. El sufragio universal, ni siquiera para los hombres, no estaba sobre la mesa. Los *whigs* ganaron las elecciones, y su líder, Earl Grey, se convirtió en primer ministro. Grey no era radical, ni mucho menos. Él y los *whigs* impulsaron la reforma no porque creyeran que la ampliación del derecho a voto fuera más justa o porque quisieran compartir el poder; la democracia británica no fue algo que concedió la élite. En gran parte, la democracia fue tomada por las masas, a quienes se confirió poder mediante los procesos políticos que habían estado en marcha en Inglaterra y el resto de Gran Bretaña durante los últimos siglos. Las masas se sentían alentadas por los cambios en la naturaleza de las instituciones políticas desencadenados por la Revolución gloriosa. Se concedieron las reformas porque la élite pensó que era la única forma de garantizar la continuación de su gobierno, aunque fuera de una forma algo disminuida. Earl Grey, en su famoso discurso en el Parlamento a favor de la reforma política, lo expresó muy claramente:

> No hay nadie más decidido contra los parlamentos anuales, el sufragio universal y el voto que yo. Mi objetivo no es favorecer, sino poner fin a estas esperanzas y proyectos [...]. El principio de mi reforma es evitar la necesidad de revolución [...] reformando para preservar y no para derrocar.

Las masas no querían solamente el voto por su propio bien, sino para poderse sentar a la mesa y ser capaces de defender sus intereses. Eso lo entendió bien el cartismo, que dirigió la campaña por el sufragio universal después de 1838. Tomó su nombre de la adopción de la Carta del Pueblo, un nombre cuyo fin era evocar un paralelismo con la Carta Magna. El cartista J. R. Stephens explicó por qué el sufragio universal, y el voto para todos los ciudadanos, era clave para las masas:

> La cuestión del sufragio universal [...] es una cuestión de cuchillo y tenedor, de pan y queso [...], al decir «sufragio universal», me refiero a que todo hombre que trabaje en esta tierra tiene derecho a llevar un buen abrigo en la espalda y un buen sombrero en la cabeza y a tener un buen techo para resguardarse en su casa y una buena cena en la mesa.

Stephens había entendido bien que el sufragio universal era la forma más duradera de investir de

más poder a las masas británicas y garantizar un abrigo, un sombrero, un techo y una buena cena para el trabajador.

Finalmente, Earl Grey logró garantizar la aprobación de la Primera Ley de Reforma y calmó las oleadas revolucionarias sin que se produjeran avances hacia el sufragio universal en masa. Las reformas de 1832 fueron modestas, solamente duplicaron el derecho a voto, que pasó del 8 por ciento a alrededor del 16 por ciento de la población masculina adulta (aproximadamente, del 2 al 4 por ciento de toda la población). También se deshicieron de los burgos podridos y dieron una representación independiente a las nuevas ciudades de la industrialización como Mánchester, Leeds y Sheffield. Sin embargo, todavía quedaban muchas cuestiones por resolver. Por eso, pronto hubo nuevas demandas de ampliación del derecho al voto y mayor malestar social. La respuesta a éstas fue una mayor reforma.

¿Por qué las élites británicas cedieron a las demandas? ¿Por qué Earl Grey creyó que la reforma parcial (de hecho, muy parcial) era la única forma de preservar el sistema? ¿Por qué tuvieron que adaptarse al menor de los dos males, reforma o revolución, en lugar de mantener su poder sin hacer ninguna reforma? ¿Acaso no podrían haber hecho lo mismo que hicieron los conquistadores españoles en Sudamérica, lo que harían los monarcas austrohúngaros y rusos en las dos décadas siguientes cuando las demandas de reforma llegaron a aquellas tierras, y lo que los propios británicos hicieron en el Caribe y en la India: utilizar la fuerza para sofocar las demandas? La respuesta a esta pregunta procede del círculo virtuoso. Los cambios políticos y económicos que ya se habían producido en Gran Bretaña hicieron que utilizar la fuerza para reprimir aquellas demandas no fuera atractivo para la élite y que fuera cada vez menos factible. Tal y como escribió E. P. Thompson:

> Cuando las luchas de 1790-1832 señalaron que este equilibrio había cambiado, los gobernantes de Inglaterra se enfrentaron a alternativas alarmantes. Podían, o bien prescindir del Estado de derecho, desmantelar sus elaboradas estructuras constitucionales, revocar su propia retórica y gobernar por la fuerza; o bien podían someterse a sus propias reglas y rendir su hegemonía [...] dieron pasos vacilantes en la primera dirección, pero, al final, en lugar de echar por tierra la imagen que tenían de sí mismos y repudiar ciento cincuenta años de legalidad constitucional, se rindieron a la ley.

Dicho de otro modo, las mismas fuerzas que hicieron que la élite británica no deseara echar abajo el sistema del Estado de derecho durante la Ley negra también las hicieron rechazar la represión y el control por la fuerza, lo que de nuevo pondría en peligro la estabilidad de todo el sistema. Si socavar la ley al intentar implantar la Ley negra hubiera debilitado el sistema que comerciantes, hombres de negocios y *gentry* habían construido en la Revolución gloriosa, establecer una dictadura represiva en 1832 lo habría minado por completo. De hecho, los organizadores de las protestas para la reforma parlamentaria eran muy conscientes de la importancia del Estado de derecho y de su simbolismo para las instituciones políticas británicas durante este período. Utilizaron su retórica para explicar este punto más claramente. Una de las primeras organizaciones que buscaban la reforma parlamentaria fue el Hampden Club, que llevaba el nombre del diputado que había opuesto resistencia por primera vez al impuesto del dinero de los barcos de Carlos I, un acontecimiento crucial que condujo al primer gran levantamiento contra el absolutismo de los Estuardo, como vimos en el capítulo 7.

También hubo una retroalimentación positiva dinámica entre instituciones políticas y económicas inclusivas que hizo que aquellas medidas fueran atractivas. Las instituciones económicas inclusivas condujeron al desarrollo de mercados inclusivos, induciendo una asignación de recursos más eficiente, un mayor respaldo para adquirir formación y habilidades y más innovaciones tecnológicas. Todas aquellas fuerzas estaban en marcha en Gran Bretaña en 1831. Frenar las demandas populares y orquestar un golpe contra las instituciones políticas inclusivas también destruiría aquellas ganancias y las élites que se oponían a una mayor democratización y a una mayor inclusividad se podrían

encontrar entre los que perderían su fortuna por esta destrucción.

Otro aspecto de esta retroalimentación positiva es que, bajo instituciones políticas y económicas inclusivas, el poder controlador se hizo menos crucial. En Austria-Hungría y Rusia, como vimos en el capítulo 8, los monarcas y la aristocracia tenían mucho que perder de la industrialización y la reforma. En cambio, en Gran Bretaña a principios del siglo XIX, gracias al desarrollo de instituciones económicas inclusivas, había mucho menos en juego: no había siervos, la coacción en el mercado laboral era relativamente escasa y eran pocos los monopolios protegidos por obstáculos de entrada. Por lo tanto, aferrarse al poder tenía mucho menos valor para la élite británica.

La lógica del círculo virtuoso también significó que aquellos pasos represivos serían cada vez más inviables, de nuevo debido a la retroalimentación positiva entre instituciones políticas y económicas inclusivas. Estas últimas conducen a una distribución más equitativa de recursos que las instituciones extractivas. Confieren poder a los ciudadanos en general y, de esta forma, crean reglas de juego más equitativas, incluso en el caso de la lucha por el poder. Esto hace más difícil que una pequeña élite aplaste a las masas en lugar de rendirse a sus demandas o, como mínimo, a algunas de ellas. Las instituciones inclusivas británicas también habían desencadenado ya la revolución industrial, y Gran Bretaña estaba muy urbanizada. Utilizar la represión contra un grupo al que se había conferido poder, formado por personas urbanas, concentradas y parcialmente organizadas, habría sido mucho más difícil que reprimir a campesinos o siervos dependientes.

Por eso, el círculo virtuoso condujo a la Primera ley de reforma de Gran Bretaña en 1832. Pero aquello era solamente el principio. Todavía quedaba un largo camino por recorrer hacia una democracia real, porque, en 1832, la élite solamente había ofrecido lo que pensaba que tenía y nada más. La cuestión de la reforma parlamentaria fue asumida por el cartismo, cuya Carta del Pueblo de 1838 incluía las siguientes cláusulas:

Un voto para todo hombre mayor de veintiún años, cuerdo y sin antecedentes penales.

> Un voto que proteja al elector en el ejercicio de su voto.
>
> Abolición del requisito de la propiedad para los miembros del Parlamento, con lo que se permitirá que las circunscripciones electorales elijan a sus representantes, independientemente de si son ricos o pobres.
>
> Pago a los miembros, con lo que un trabajador, un comerciante honesto u otra persona pueda servir en una circunscripción electoral, cuando debe dejar su negocio para ocuparse de los intereses del país.
>
> Circunscripciones iguales, que aseguren la misma cantidad de representación para el mismo número de electores, en lugar de permitir que las circunscripciones pequeñas hundan los votos de las grandes.
>
> Parlamentos anuales, con lo que se presenta el control más eficaz contra el soborno y la intimidación, ya que, aunque se pueda comprar una circunscripción una vez cada siete años (incluso con voto secreto), ninguna cartera podría comprar una circunscripción (con un sistema de sufragio universal) cada doce meses, y los miembros, al ser elegidos solamente para un año, no serían capaces de desobedecer y traicionar a sus electores como ahora.

Por «voto», se referían al voto secreto y al fin de la votación abierta, que había facilitado la compra de votos y la coacción de los votantes.

El cartismo organizó una serie de manifestaciones en masa y, a lo largo de este período, el Parlamento debatió continuamente otras posibles reformas. Los cartistas desaparecieron después de 1848, pero entonces apareció la Unión de Reforma Nacional, fundada en 1864, y la Liga de la Reforma, en 1865. En julio de 1866, importantes disturbios en Hyde Park a favor de la reforma llevaron al primer plano de la agenda política la posibilidad de reforma una vez más. Esta presión benefició a la Segunda ley de reforma de 1867, en la que el electorado total se duplicó y los votantes de la clase trabajadora se convirtieron en mayoría en todas las circunscripciones electorales urbanas. Poco después, se introdujo el voto secreto y se tomaron medidas para eliminar prácticas electorales corruptas como el *treating*, que consistía básicamente en comprar votos a cambio de recibir un regalo,

normalmente dinero, comida o alcohol. El electorado se volvió a duplicar con la Tercera ley de reforma de 1884, cuando el 60 por ciento de los hombres adultos obtuvieron el derecho a voto. Tras la primera guerra mundial, la Ley sobre la representación popular de 1918 concedió el derecho a voto a todos los hombres adultos mayores de veintiún años, y a las mujeres de más de treinta años que pagaban impuestos o cuyo cónyuge pagaba impuestos. Finalmente, todas las mujeres recibieron el derecho a voto en los mismos términos que los hombres en 1928. Las medidas de 1918 se negociaron durante la guerra y reflejaron un quid pro quo entre el gobierno y la clase trabajadora, que era necesaria para luchar y producir munición. El gobierno quizá también tuviera en cuenta el radicalismo de la Revolución rusa.

Paralelamente al desarrollo paulatino de instituciones políticas más inclusivas, se desarrolló un movimiento hacia instituciones económicas aún más inclusivas. Una de las principales consecuencias de la Primera ley de reforma fue la revocación de las leyes del maíz en 1846. Como vimos en el capítulo 7, las leyes del maíz prohibieron la importación de grano y cereales para mantener sus precios elevados y garantizar el beneficio lucrativo para los grandes terratenientes. Los nuevos parlamentarios de Mánchester y Birmingham querían maíz barato y sueldos bajos. Ganaron, y los intereses de los terratenientes sufrieron una gran derrota.

Tras los cambios del electorado y otras cuestiones de las instituciones políticas que tuvieron lugar durante el siglo XIX, se produjeron más reformas. En 1871, el primer ministro liberal, Gladstone, abrió la función pública a examen público, haciéndolo meritocrático, continuando así el proceso de centralización política y la construcción de instituciones estatales que se habían iniciado durante el período Tudor. Los gobiernos liberales y *tory* durante este período introdujeron una considerable cantidad de legislación laboral. Por ejemplo, las leyes de señores y siervos, que permitían que los empleadores utilizaran la ley para reducir la movilidad de sus trabajadores, fueron revocadas, lo que cambió la naturaleza de las relaciones laborales a favor de los trabajadores. Entre 1906 y 1914, el Partido Liberal, liderado por H. H. Asquith y David Lloyd George, empezó a utilizar el Estado para proporcionar muchos más servicios públicos, entre los que se incluían el seguro de salud y desempleo, pensiones financiadas por el gobierno, sueldos mínimos y un compromiso con la redistribución de la carga fiscal. Como resultado de aquellos cambios fiscales, los impuestos como proporción del producto nacional se más que duplicaron en las tres primeras décadas del siglo XIX, y se duplicaron de nuevo en las tres primeras décadas del siglo XX. El sistema impositivo también se hizo más «progresivo», de forma que los más ricos tenían una mayor carga fiscal.

Mientras tanto, el sistema educativo, que anteriormente había sido o bien principalmente para la élite, dirigido por confesiones religiosas, o bien había exigido que los pobres pagaran por él, pasó a ser más accesible para las masas; la Ley de Educación de 1870 comprometía al gobierno a ofrecer sistemáticamente educación universal por primera vez. La educación pasó a ser gratuita en 1891. La edad de finalización de los estudios se fijó en once años en 1893. En 1899, se aumentó a doce, y se introdujeron disposiciones especiales para hijos de familias necesitadas. Como resultado de estos cambios, la proporción de niños de diez años matriculados en la escuela, que era de un decepcionante 40 por ciento en 1870, llegó a ser del 100 por ciento en 1900. Por último, la Ley de Educación de 1902 condujo a una mayor ampliación de los recursos para las escuelas e introdujo las *grammar schools*, que posteriormente se convertirían en la base de la educación secundaria en Gran Bretaña.

De hecho, el modelo británico ilustra el círculo virtuoso de las instituciones inclusivas y es un ejemplo de «círculo virtuoso gradual». Los cambios políticos se dirigían sin lugar a dudas hacia instituciones políticas más inclusivas y fueron resultado de las demandas de las masas a las que se había conferido poder. Pero también fueron graduales. Cada década se daba un paso más, pequeño o

grande, hacia la democracia. Hubo conflictos en cada paso y el resultado de cada uno era circunstancial. Sin embargo, el círculo virtuoso creó fuerzas que redujeron lo que había en juego a la hora de aferrarse al poder. También fomentó el Estado de derecho, al hacer más difícil utilizar la fuerza contra quienes demandaban lo que las propias élites habían demandado a los monarcas Estuardo. Se hizo más improbable que este conflicto se convirtiera en una revolución general y más probable que se resolviera a favor de una mayor inclusividad. Este tipo de cambio gradual tiene muchas ventajas. Es menos amenazador para la élite que el derrocamiento total del sistema. Cada paso que se da es pequeño, y tiene sentido conceder una demanda pequeña en lugar de crear una gran confrontación. Esto explica, en parte, cómo se revocaron las leyes del maíz sin que se produjera un conflicto más serio. En 1846, los terratenientes ya no podían controlar la legislación en el Parlamento. Fue como resultado de la Primera ley de reforma. No obstante, si en 1832 la expansión del electorado, la reforma de los burgos podridos y la revocación de las leyes del maíz hubieran estado sobre la mesa, los terratenientes habrían opuesto mucha más resistencia. El hecho de que primero hubiera una reforma política limitada y de que la revocación de las leyes del maíz se hiciera más tarde ayudó a calmar el conflicto.

El cambio gradual también impidió aventurarse en territorios desconocidos. Un derrocamiento violento del sistema significa que se debe construir algo totalmente nuevo para sustituir lo que se ha eliminado. Esto fue lo que sucedió con la Revolución francesa, cuando el primer experimento con la democracia condujo al Terror y, posteriormente, dos veces a una nueva democracia antes de conducir finalmente a la Tercera República Francesa en 1870. Y también fue lo que ocurrió en la Revolución rusa, donde los deseos de muchos de un sistema más igualitario que el del Imperio ruso condujeron a una dictadura de un partido que fue mucho más violenta, sanguinaria y viciosa que aquella a la que había sustituido. La reforma gradual fue difícil en estas sociedades precisamente porque carecían de pluralismo y eran altamente extractivas. Fue el pluralismo que surgió a partir de la Revolución gloriosa, y el Estado de derecho que introdujo, lo que hizo que el cambio gradual fuera factible, y deseable, en Gran Bretaña.

En 1790, el comentarista conservador inglés Edmund Burke, que se oponía rotundamente a la Revolución francesa, escribió: «Todo hombre que se aventure a derribar un edificio debería hacerlo con una precaución extrema, puesto que dicho edificio ha respondido en algún nivel tolerable durante décadas a los propósitos comunes de la sociedad, y la misma precaución necesita si se aventura a construirlo sin tener modelos y patrones de utilidad comprobada ante sus ojos». Burke se equivocaba en la perspectiva general. La Revolución francesa había sustituido un edificio podrido y allanó el camino para las instituciones inclusivas no solamente en Francia, sino en gran parte de Europa occidental. Sin embargo, la precaución de Burke no era del todo errónea. El proceso gradual de la reforma política británica, que se había iniciado en 1688 y que cobró impulso de nuevo tres décadas después de la muerte de Burke, sería más efectivo porque su naturaleza gradual lo hizo más poderoso, más difícil de resistir y, por último, más duradero.

La destrucción de los trust

Las instituciones inclusivas de Estados Unidos tenían sus raíces en las luchas de Virginia, Maryland y las Carolinas durante el período colonial (capítulo 1). Estas instituciones fueron reforzadas por la Constitución de Estados Unidos, con su sistema de limitaciones y la separación de poderes. Sin embargo, la Constitución no marcó el fin del desarrollo de instituciones inclusivas. Igual que en Gran

Bretaña, éstas se vieron reforzadas por un proceso de retroalimentación positiva, cuya base era el círculo virtuoso.

A mediados del siglo XIX, todos los hombres blancos, pero no las mujeres ni los negros, podían votar en Estados Unidos. Las instituciones económicas se hicieron más inclusivas, por ejemplo, con la aprobación de la Ley de Asentamientos Rurales en 1862 (capítulo 1), que hizo que la tierra fronteriza estuviera disponible para futuros colonos en lugar de asignar dichas tierras a las élites políticas. No obstante, igual que en Gran Bretaña, siempre existieron retos para las instituciones inclusivas. El fin de la guerra civil estadounidense inició una rápida racha de crecimiento económico en el norte. A medida que se expandían el ferrocarril, la industria y el comercio, un número reducido de personas amasó una gran fortuna. Alentados por su éxito económico, aquellos hombres y sus empresas se hicieron cada vez menos escrupulosos. Recibieron el nombre de *robber barons*, «barones ladrones», porque sus duras prácticas empresariales estaban destinadas a consolidar monopolios y evitar que cualquier competidor potencial entrara en el mercado o hiciera negocios en igualdad de condiciones. Uno de los más conocidos de este grupo fue Cornelius Vanderbilt, quien dijo la famosa frase: «¿Y a mí qué más me da la ley? ¿Acaso no tengo el poder?».

Otro fue John D. Rockefeller, que creó la Standard Oil Company en 1870. Rápidamente eliminó a los rivales de Cleveland e intentó monopolizar el transporte y la venta al detalle de petróleo y productos petrolíferos. En 1882, había creado un gran monopolio, como se decía entonces, un trust. En 1890, la Standard Oil Company controlaba el 88 por ciento de los flujos de petróleo refinado de Estados Unidos, y Rockefeller se convirtió en el primer multimillonario del mundo en 1916. Las tiras cómicas contemporáneas representan a la Standard Oil Company como un pulpo que envuelve no solamente la industria petrolífera, sino también el Capitolio.

Otro hombre casi tan famoso como Rockefeller fue John Pierpont Morgan, fundador del conglomerado bancario moderno J. P. Morgan, que, más adelante, tras muchas fusiones durante décadas, finalmente se convirtió en JPMorgan Chase. Junto con Andrew Carnegie, Morgan fundó la U. S. Steel Company en 1901, la primera corporación con un valor capitalizado de más de mil millones de dólares y, con diferencia, la mayor empresa de acero del mundo. A partir de 1890, los grandes trust empezaron a fusionarse en prácticamente todos los sectores de la economía y muchos de ellos controlaban más del 70 por ciento del mercado en su sector. Estos incluían varios nombres muy conocidos, como Du Pont, Eastman Kodak e International Harvester. Históricamente, como mínimo la parte norte y el Medio Oeste de Estados Unidos tenían mercados relativamente competitivos y habían sido más igualitarios que otras partes del país, sobre todo el Sur. Sin embargo, durante este período, la competencia dio paso al monopolio, y la desigualdad respecto a la riqueza aumentó rápidamente.

El sistema político pluralista estadounidense ya había conferido poder a un amplio segmento de la sociedad que podía alzarse contra aquellas usurpaciones. Aquellos que fueron víctimas de las prácticas monopolistas de los barones ladrones, o que se opusieron al dominio sin escrúpulos de sus industrias, empezaron a organizarse contra ellos. Formaron el movimiento populista y, posteriormente, el progresista.

El movimiento populista apareció a partir de una crisis agrícola prolongada que afectó al Medio Oeste entre 1865 y 1870. El National Grange of the Order of Patrons of Husbandry, conocido como los Grangers, fue fundado en 1867 y empezó a movilizar a los agricultores contra prácticas empresariales injustas y discriminatorias. En 1873 y 1874, los Grangers se hicieron con el control de once legislaturas de estados del Medio Oeste y el descontento rural culminó en la formación del People's Party en 1892, que consiguió el 8,5 por ciento del voto popular en las elecciones presidenciales de 1892. En las dos elecciones siguientes, los populistas cayeron tras las dos campañas sin éxito del

demócrata William Jennings Bryan, quien había hecho suyos muchos de los problemas de los agricultores. La oposición de las bases a la expansión de los trust se había organizado en aquel momento para contrarrestar la influencia que Rockefeller y otros barones ladrones ejercían sobre la política nacional.

Poco a poco, aquellos movimientos políticos empezaron a tener un impacto en las actitudes políticas y, posteriormente, en la legislación, sobre todo respecto al papel del Estado en la regulación de los monopolios. La primera ley importante fue la Ley de Comercio Interestatal de 1887, que creó la Comisión de Comercio Interestatal y comenzó el desarrollo de la regulación federal de la industria. Esto fue seguido rápidamente por la Ley Antitrust Sherman de 1890. Esta ley, que todavía es una parte principal de la regulación antitrust de Estados Unidos, se convertiría en la base de los ataques a los trust de los barones ladrones. La acción principal contra los trust llegó tras las elecciones de los presidentes comprometidos con la reforma y con la limitación del poder de los barones ladrones: Theodore Roosevelt, 1901-1909; William Taft, 1909-1913, y Woodrow Wilson, 1913-1921.

Una fuerza política clave tras el antitrust y el movimiento para imponer una regulación federal a la industria fue, de nuevo, el voto de los agricultores. Los intentos iniciales por parte de algunos estados, entre 1870 y 1880, para regular el ferrocarril procedieron de las organizaciones agrícolas. De hecho, casi todas las cincuenta y nueve peticiones relativas a los trust enviadas al Congreso de Estados Unidos antes de la promulgación de la Ley Sherman procedían de estados agrícolas y de organizaciones como la Farmers' Union, Farmers' Alliance, Farmers' Mutual Benefit Association y la Patrons of Animal Husbandry. Los agricultores encontraron un interés colectivo en oponerse a las prácticas monopolistas de la industria.

De las cenizas de los populistas, que se redujeron seriamente tras apoyar a los demócratas, llegaron los progresistas, un movimiento de reforma heterogéneo preocupado por muchas de las mismas cuestiones. El movimiento progresista inicialmente cobró forma en la figura de Teddy Roosevelt, el vicepresidente de William McKinley que asumió la presidencia tras el asesinato de éste en 1901. Antes de ocupar el cargo, Roosevelt había sido un gobernador inflexible en Nueva York y se había esforzado por eliminar la corrupción política y el clientelismo. En su primer discurso en el Congreso, Roosevelt dirigió su atención a los trust. Defendió que la prosperidad de Estados Unidos se basaba en la economía de mercado y el ingenio de los hombres de negocios, pero, al mismo tiempo, afirmó:

> Existen males graves y reales [y] una convicción generalizada en la mente de los estadounidenses de que las grandes corporaciones conocidas como trust tienen rasgos y tendencias perjudiciales para el bienestar general. Esto no surge de ningún espíritu de envidia o falta de caridad, ni de la falta de orgullo por los grandes logros industriales que han situado a este país a la cabeza de las naciones que luchan por la supremacía comercial. No descansa en la falta de una apreciación inteligente de la necesidad de cumplir con condiciones cambiantes y cambiadas de comercio con métodos nuevos, ni en la ignorancia del hecho de que la combinación de capital en el esfuerzo por cumplir grandes cosas sea necesaria cuando el progreso del mundo exija que se hagan grandes cosas. Se basa en la convicción sincera de que la combinación y la concentración no se deberían prohibir, sino ser supervisadas y controladas dentro de límites razonables; y, en mi opinión, esta convicción es correcta.

Continuó: «Debería ser el objetivo de los que buscan la mejora social salvar tanto al mundo de los negocios de los delitos de astucia como a toda la entidad política de los delitos violentos». Su conclusión fue:

> En interés de toda la población, la nación debería, sin interferir con el poder de los estados en el asunto en sí, asumir también el poder de supervisión y regulación sobre todas las corporaciones que hacen negocios interestatales. Esto es especialmente cierto en los casos en que la corporación obtiene parte de su riqueza de la existencia de algún elemento o tendencia monopolista en su negocio.

Roosevelt propuso que el Congreso estableciera un organismo federal con poder para investigar los asuntos de las grandes corporaciones y, si era necesario, que se pudiera utilizar una enmienda constitucional para crearlo. En 1902, Roosevelt había utilizado la Ley Sherman para deshacer la Northern Securities Company, lo que afectó a los intereses de J. P. Morgan, y las demandas posteriores presentadas contra Du Pont, la American Tobacco Company y la Standard Oil Company. Roosevelt reforzó la Ley de Comercio Interestatal con la Ley Hepburn de 1906, que aumentó los poderes de la Comisión de Comercio Interestatal, sobre todo al permitirle inspeccionar las cuentas financieras de los ferrocarriles y ampliar su autoridad a nuevos ámbitos. El sucesor de Roosevelt, William Taft, procesó a varios trust incluso más asiduamente. El punto culminante fue la desintegración de la Standard Oil Company en 1911. Taft también promovió otras reformas importantes, como la introducción de un impuesto sobre la renta federal, que llegó con la ratificación de la Decimosexta Enmienda en 1913.

El apogeo de las reformas progresistas llegó con la elección de Woodrow Wilson en 1912. Wilson escribió en su libro de 1913, *The New Freedom:* «Si el monopolio persiste, siempre querrá sentarse en el timón del gobierno. No espero ver que el monopolio se limite a sí mismo. Si hay hombres en este país lo suficientemente grandes para poseer el gobierno de Estados Unidos, lo van a poseer».

Wilson trabajó para aprobar la Ley Antitrust Clayton en 1914, que reforzaba la Ley Sherman, y creó la Comisión de Comercio Federal, que obligó a cumplir la Ley Clayton. Además, bajo el impulso de la investigación del Comité Pujo, dirigida por el miembro del Congreso de Luisiana Arsene Pujo, sobre el *money trust*, la expansión del monopolio en la industria financiera, Wilson pasó a aumentar la regulación del sector financiero. En 1913, creó el Consejo de la Reserva Federal, que regularía las actividades monopolistas del sector financiero.

La aparición de los barones ladrones y sus trust de monopolio a finales del siglo XIX y principios del XX subraya que, como ya recalcamos en el capítulo 3, la presencia de mercados no es en sí misma una garantía de instituciones inclusivas. Los mercados pueden estar dominados por unas cuantas empresas que cobran precios desorbitados y bloquean la entrada de nuevas tecnologías y rivales más eficientes. Si se permite que los mercados actúen como quieran, existe la posibilidad de que dejen de ser inclusivos y que cada vez estén más dominados por los que tienen el poder económico y político. Las instituciones económicas inclusivas exigen no solamente mercados, sino mercados inclusivos que creen unas reglas de juego más equitativas y oportunidades económicas para la mayoría de la gente. El monopolio generalizado, respaldado por el poder político de la élite, contradice esta posibilidad. Sin embargo, la reacción a los trust de monopolio también ilustra que, cuando las instituciones políticas son inclusivas, crean una fuerza que contrarresta los movimientos que se alejan de los mercados inclusivos. Es el círculo virtuoso en acción. Las instituciones económicas inclusivas proporcionan las bases para que florezcan las instituciones políticas inclusivas, y las instituciones políticas inclusivas restringen las desviaciones que se apartan de las instituciones económicas inclusivas. La destrucción de los trust en Estados Unidos (capítulo 1), a diferencia de lo que vimos en el caso de México, ilustra esta faceta del círculo virtuoso. En México no existe ningún organismo político que limite el monopolio de Carlos Slim, en cambio las leyes Sherman y Clayton se han utilizado repetidamente en Estados Unidos durante el último siglo para limitar trust, monopolios y cárteles, y garantizar que los mercados continúen siendo inclusivos.

La experiencia estadounidense en la primera mitad del siglo XX también hace hincapié en el importante papel de los medios de comunicación libres para investir de poder a segmentos amplios de la sociedad. En consecuencia, dichos medios son cruciales también para el círculo virtuoso. En 1906,

Roosevelt acuñó el término *muckraker*, basado en un personaje literario de la obra *El progreso del peregrino*, de Bunyan, para describir lo que consideraba periodismo intrusivo. El término cuajó y llegó a simbolizar a los periodistas que exponían, de forma intrusiva, pero también efectiva, los excesos de los barones ladrones y la corrupción en la política local y federal. Quizá el *muckraker* más famoso fuera Ida Tarbell, cuyo libro de 1904, *History of the Standard Oil Company*, tuvo un papel clave para que la opinión pública se pusiera en contra de Rockefeller y sus intereses empresariales, lo que culminó en la desintegración de la Standard Oil en 1911. Otro *muckraker* clave fue el abogado y autor Louis Brandeis, que posteriormente sería nombrado juez del Tribunal Supremo por el presidente Wilson. Brandeis esbozó una serie de escándalos financieros en su libro *El dinero de los demás y cómo lo utilizan los banqueros*, y fue muy influyente en el Comité Pujo. El magnate de la prensa William Randolph Hearst también tuvo un papel destacado como *muckraker*. En 1906, publicó en su revista *The Cosmopolitan* «La traición del Senado», una serie de artículos por entregas de David Graham Phillips que impulsó la campaña para introducir elecciones directas para el Senado, otra reforma progresista clave que se llevó a cabo con la promulgación de la Decimoséptima Enmienda a la Constitución de Estados Unidos en 1913.

Los *muckrakers* fueron cruciales para inducir a los políticos a tomar acciones contra los trust. Los barones ladrones odiaban a los *muckrakers*, pero las instituciones políticas de Estados Unidos hicieron imposible que los eliminaran y los silenciaran. Las instituciones políticas inclusivas permiten que florezcan medios de comunicación libres, y dichos medios, a su vez, hacen que sea más probable que las amenazas contra instituciones políticas y económicas inclusivas sean ampliamente conocidas y resistidas. En cambio, esa libertad es imposible bajo instituciones políticas extractivas, el absolutismo o la dictadura, lo que ayuda a los regímenes extractivos a impedir incluso la formación de una oposición seria. La información que proporcionaban los medios de comunicación libres evidentemente fue clave durante la primera mitad del siglo XX en Estados Unidos. Sin esta información, la ciudadanía estadounidense no habría conocido el verdadero alcance del poder y los abusos de los barones ladrones ni se habría movilizado contra sus trust.

La designación tendenciosa de miembros afines en el Tribunal

Franklin D. Roosevelt, el candidato del Partido Demócrata y primo de Teddy Roosevelt, fue elegido presidente en 1932 en plena Gran Depresión. Llegó al poder con un mandato popular para implantar un conjunto ambicioso de políticas para combatir la crisis. En el momento de su investidura a principios de 1933, una cuarta parte de la mano de obra estaba desempleada, y muchas personas habían caído en la pobreza. La producción industrial se había reducido a la mitad desde la Gran Depresión en 1929, y la inversión se había hundido. Las políticas que Roosevelt propuso para contrarrestar esta situación recibieron el nombre de *New Deal*. Roosevelt había obtenido una victoria sólida, con el 57 por ciento del voto popular, y el Partido Demócrata tenía mayorías tanto en el Congreso como en el Senado, suficiente para aprobar la legislación del *New Deal*. Sin embargo, parte de estas leyes provocaron problemas constitucionales y acabaron en el Tribunal Supremo, donde el mandato electoral de Roosevelt tenía mucha menos influencia.

Uno de los pilares clave del NEW DEAL fue la Ley de recuperación industrial Nacional. El título I se centraba en la recuperación industrial. El presidente Roosevelt y su equipo pensaban que restringir la competencia industrial, dando a los trabajadores mayores derechos para formar sindicatos, y regular las condiciones laborales era crucial para la recuperación. El título II establecía la administración de

obra pública, cuyos proyectos de infraestructura incluían obras emblemáticas como la estación de ferrocarril de la Thirtieth Street de Filadelfia, el puente de Triborough, la presa del Grand Coulee y la gran autopista que conectaba Cayo Hueso (Florida) con la Península. El presidente Roosevelt convirtió el proyecto de ley en ley mediante su firma el 16 de junio de 1933 y la Ley de Recuperación Industrial Nacional fue puesta en marcha. No obstante, pronto se enfrentó a problemas en los tribunales. El 27 de mayo de 1935, el Tribunal Supremo decidió por unanimidad que el título I de la ley era inconstitucional. Su veredicto apuntaba solemnemente: «Unas condiciones extraordinarias pueden exigir remedios extraordinarios. Pero [...] las condiciones extraordinarias no crean ni amplían el poder constitucional».

Antes de que llegara el fallo del Tribunal, Roosevelt había avanzado un paso más de su programa y había firmado la Ley de Seguridad Social, que introdujo el moderno Estado del bienestar en Estados Unidos: pensiones de jubilación, subsidio de desempleo, ayuda a familias con hijos dependientes, cierta asistencia sanitaria pública y subsidios por incapacidad. También firmó la Ley de Relaciones Laborales Nacional, que reforzó aún más los derechos de los trabajadores para organizar sindicatos, realizar negociaciones colectivas y hacer huelgas contra sus empleadores. Estas medidas también se enfrentaron a problemas en el Tribunal Supremo. Mientras estas medidas se abrían camino a través del poder judicial, Roosevelt fue reelegido en 1936 con un apoyo decidido, el 61 por ciento del voto popular.

Con su popularidad en máximos históricos, Roosevelt no tenía intención de dejar que el Tribunal Supremo hiciera descarrilar ningún punto más de su programa político. Presentó sus planes en uno de sus habituales discursos informales conocidos como «charlas junto a la chimenea», que fue retransmitido en directo por la radio el 9 de marzo de 1937. Empezó señalando que en su primer mandato ciertas políticas muy necesarias habían conseguido ser autorizadas por el Tribunal Supremo por un estrecho margen. Y seguía así:

> Me acuerdo de aquella tarde de marzo, hace cuatro años, cuando hice mi primer informe radiofónico para vosotros. Estábamos entonces sumidos en la gran crisis bancaria. Poco después, con la autoridad del Congreso, pedimos que la nación entregara todo el oro que estuviera en manos privadas, dólar a dólar, al gobierno de Estados Unidos. La recuperación actual prueba lo acertada que fue aquella política. Sin embargo, cuando, casi dos años después, llegó ante el Tribunal Supremo, su constitucionalidad solamente fue defendida por cinco votos a favor y cuatro en contra. El cambio de un voto habría instaurado el caos sin esperanza en los asuntos de esta gran nación. De hecho, cuatro jueces dictaminaron que el derecho en un contrato privado de reclamar una deuda que fuera equivalente a un ojo de la cara era más sagrado que los objetivos principales de la Constitución de establecer una nación duradera.

Por supuesto, este riesgo no debía volverse a correr. Roosevelt continuaba:

> El jueves pasado, describí la forma de gobierno estadounidense como un equipo de tres caballos proporcionados por la Constitución al pueblo estadounidense para que puedan arar su campo. Evidentemente, los tres caballos son las tres ramas del gobierno: el Congreso, el ejecutivo y los tribunales. Dos de los caballos, el Congreso y el ejecutivo, tiran al unísono, pero el tercero, no.

Roosevelt señaló entonces que la Constitución de Estados Unidos, de hecho, no había otorgado al Tribunal Supremo el derecho a cuestionar la constitucionalidad de la legislación, sino que éste había asumido ese papel en 1803. En aquel momento, el juez Bushrod Washington había estipulado que el Tribunal Supremo debería «presumir a favor de la validez [de una ley] hasta que su violación de la Constitución de Estados Unidos se haya probado más allá de cualquier duda razonable». Después, Roosevelt hizo esta acusación:

> «En los cuatro últimos años, la regla básica de dar a los estatutos el beneficio de toda duda razonable ha sido abandonada. El Tribunal no ha estado actuando como cuerpo judicial, sino como cuerpo legislativo».

Roosevelt afirmó que tenía un mandato electoral para cambiar aquella situación y que «después de considerar qué reforma proponer, el único método que era claramente constitucional... era inyectar sangre nueva a todos los tribunales». También argumentó que los jueces del Tribunal Supremo estaban sobrecargados de trabajo y que dicha carga era excesiva para los jueces de más edad (que resultaban ser los que echaban abajo su legislación). Entonces, propuso que todos los jueces se tuvieran que retirar obligatoriamente a la edad de setenta años y que a él le dieran permiso para nombrar seis jueces nuevos. Este plan, que Roosevelt presentó como el proyecto de ley de reorganización del poder judicial, habría bastado para eliminar a los jueces que habían sido nombrados anteriormente por administraciones más conservadoras y que se habían opuesto más enérgicamente al *New Deal*.

Aunque Roosevelt intentó hábilmente ganar apoyo popular para la medida, las encuestas de opinión sugerían que solamente alrededor del 40 por ciento de la población estaba a favor del plan. Louis Brandeis era entonces juez del Tribunal Supremo. A pesar de que Brandeis simpatizaba con buena parte de la legislación de Roosevelt, habló en contra de los intentos del presidente de erosionar el poder del Tribunal Supremo y de sus alegaciones de que los jueces estaban sobrecargados de trabajo. El Partido Demócrata de Roosevelt había tenido amplias mayorías en ambas cámaras del Congreso. Sin embargo, la Cámara de Representantes de alguna manera se negó a tratar el proyecto de ley de Roosevelt. Y entonces lo intentó con el Senado. El proyecto de ley se envió al Comité de Asuntos Judiciales del Senado, que celebraba entonces reuniones altamente contenciosas, solicitando varias opiniones sobre el proyecto de ley. Finalmente, lo volvieron a enviar al Senado con un informe negativo, argumentando que el proyecto de ley era un «abandono innecesario, vano y totalmente peligroso del principio constitucional [...] sin precedentes ni justificación». Con setenta votos a favor y veinte en contra, el Senado decidió devolverlo a un comité para que se volviera a redactar. Todos los elementos de «designación tendenciosa de miembros afines» quedaron fuera. Roosevelt sería incapaz de eliminar las restricciones que imponía a su poder el Tribunal Supremo. Aunque el poder de Roosevelt estuviera limitado, hubo acuerdos, y el Tribunal consideró constitucionales las leyes de Seguridad Social y de Relaciones Laborales Nacionales.

Más importante que el destino de aquellas dos leyes fue la lección general de aquel episodio. Las instituciones políticas inclusivas no solamente comprueban las grandes desviaciones de las instituciones económicas inclusivas, sino que también se resisten a los intentos de socavar su propia continuación. El interés inmediato del Congreso demócrata y el Senado era designar tendenciosamente a miembros afines en el Tribunal y garantizar que toda la legislación del *New Deal* sobreviviera. Sin embargo, de la misma forma que las élites políticas británicas de principios del siglo XVIII comprendieron que suspender el Estado de derecho pondría en peligro los beneficios que habían arrancado a la monarquía, los congresistas y los senadores comprendieron que, si el presidente podía someter la independencia del poder judicial, entonces se reduciría el equilibrio de poder en el sistema que los protegía del presidente y garantizaba la continuidad de instituciones políticas pluralistas.

Quizá Roosevelt habría decidido más adelante que obtener mayorías legislativas implicaba demasiado compromiso y tiempo y que, en vez de eso, gobernaría por decreto, reduciendo totalmente el pluralismo y el sistema político estadounidense. Sin duda, el Congreso no lo habría aprobado, pero entonces Roosevelt podría haber apelado a la nación, afirmando que el Congreso impedía aplicar las medidas necesarias para luchar contra la Depresión. Podría haber utilizado la policía para cerrar el Congreso. ¿Suena descabellado? Esto es exactamente lo que ocurrió en Perú y Venezuela en la década

de los noventa. Los presidentes Fujimori y Chávez apelaron a su mandato popular para cerrar unos congresos poco cooperativos y, posteriormente, volver a redactar sus Constituciones para reforzar ampliamente los poderes del presidente. El temor a esta cuesta resbaladiza por parte de quienes compartían el poder bajo instituciones políticas pluralistas es exactamente lo que hizo que Walpole no amañara los tribunales británicos en la década de 1720 y lo que provocó que el Congreso estadounidense no apoyara el plan de designación tendenciosa de miembros afines de Roosevelt. El presidente había topado con el poder de los círculos virtuosos.

No obstante, esta lógica no siempre funciona, sobre todo en sociedades que pueden tener algunos rasgos inclusivos pero que son ampliamente extractivas. Ya hemos visto estas dinámicas en Roma y Venecia. Otro ejemplo es la comparación del intento frustrado de Roosevelt de designar tendenciosamente a miembros afines en el Tribunal con acciones similares en Argentina, donde hubo luchas cruciales como ésta en el contexto de instituciones políticas y económicas predominantemente extractivas.

La Constitución argentina de 1853 creó un Tribunal Supremo con derechos similares a los del Tribunal Supremo estadounidense. Una decisión de 1887 permitía al Tribunal argentino asumir el mismo papel que el Tribunal Supremo de Estados Unidos a la hora de decidir si una ley específica era constitucional. En teoría, el Tribunal Supremo podría haber desarrollado uno de los elementos importantes de las instituciones políticas inclusivas en Argentina, pero el resto del sistema político y económico continuó siendo altamente extractivo y, en Argentina, no había ni pluralismo ni cesión de poderes a amplios segmentos de la sociedad. Como en Estados Unidos, el papel constitucional del Tribunal Supremo también sería cuestionado en Argentina. En 1946, Juan Domingo Perón fue elegido democráticamente presidente de Argentina. Había sido coronel y adquirió relevancia nacional tras un golpe militar en 1943 que le había nombrado ministro de Trabajo. En este puesto, construyó una coalición política con los sindicatos y el movimiento de los trabajadores que sería crucial para su candidatura presidencial.

Poco después de la victoria de Perón, sus partidarios en la Cámara de Diputados propusieron la destitución de cuatro de los cinco miembros del Tribunal. Los cargos presentados contra el Tribunal eran varios. Uno era aceptar inconstitucionalmente la legalidad de dos regímenes militares en 1930 y 1943 (lo que era bastante irónico, ya que Perón había tenido un papel clave en el segundo golpe). Otro se centraba en la legislación que el Tribunal había invalidado, igual que su homólogo estadounidense. Justo antes de la elección de Perón como presidente, el Tribunal había adoptado una decisión que afirmaba que el comité de relaciones Laborales Nacional de Perón era inconstitucional. Igual que Roosevelt había criticado mucho al Tribunal Supremo en su campaña de reelección de 1936, Perón hizo lo mismo en su campaña de 1946. Nueve meses después de iniciar el proceso de destitución, la Cámara de Diputados destituyó a tres de los jueces, el cuarto ya había dimitido. El Senado aprobó la moción. Perón nombró entonces a cuatro jueces nuevos. El debilitamiento del Tribunal sin duda tuvo como efecto liberar a Perón de límites políticos. A partir de aquel momento, podía ejercer un poder ilimitado, de una forma muy parecida a los regímenes militares de Argentina antes y después de su presidencia. Sus jueces recién nombrados, por ejemplo, consideraron constitucional la condena de Ricardo Balbín, el líder del principal partido de la oposición, el Partido Radical, por faltar al respeto a Perón. Perón podía gobernar de facto como dictador.

Como Perón consiguió formar un tribunal afín a sus ideas, ha pasado a ser una costumbre que cada nuevo presidente argentino elija a sus propios jueces del Tribunal Supremo. De esta forma, se acabó con una institución política que podría haber impuesto ciertos límites al poder del ejecutivo. El régimen de Perón fue apartado del poder por otro golpe en 1955, tras el cual se produjo una larga

secuencia de transiciones entre gobiernos militares y civiles, y ambos tipos de gobierno elegían a sus propios jueces. No obstante, elegir a los jueces del Tribunal Supremo en Argentina no era una actividad limitada a las transiciones entre gobiernos militares y civiles. En 1990, Argentina experimentó finalmente una transición entre gobiernos elegidos democráticamente, un gobierno democrático seguido por otro. De todas formas, en aquel momento, los gobiernos democráticos se comportaban de una forma parecida a los gobiernos militares en lo referente al Tribunal Supremo. El presidente entrante fue Carlos Saúl Menem del Partido Peronista. El Tribunal Supremo constituido había sido nombrado después de la transición a la democracia en 1983 por el presidente del Partido Radical, Raúl Alfonsín. Como se trataba de una transición democrática, no debería haber habido razones para que Menem nombrara su propio Tribunal. Sin embargo, en el período previo a la elección, ya había mostrado sus intenciones. Intentó animar (o incluso intimidar) a los miembros del Tribunal para que dimitieran. No paró de intentarlo, pero no lo consiguió. Fue célebre su ofrecimiento de una embajada al juez Carlos Fayt. Sin embargo, la oferta fue rechazada y Fayt le respondió enviándole un ejemplar de su libro *Law and Ethics,* con la nota: «Cuidado, yo escribí esto». Sin inmutarse, al cabo de tres meses de asumir el cargo, Menem envió una ley a la Cámara de Diputados proponiendo ampliar el Tribunal de cinco a nueve miembros. Uno de los argumentos fue el mismo que utilizó Roosevelt en 1937: el Tribunal tenía sobrecarga de trabajo. La ley fue aprobada rápidamente por el Senado y la Cámara, lo que permitió que Menem nombrara a cuatro jueces nuevos. Ya tenía su mayoría.

La victoria de Menem contra el Tribunal puso en marcha el tipo de dinámica de pendiente resbaladiza que mencionamos anteriormente. El siguiente paso fue volver a redactar la Constitución para eliminar el límite de mandatos y poder así presentarse a presidente de nuevo. Tras ser reelegido, Menem intentó modificar una vez más la Constitución, pero lo impidieron, no las instituciones políticas argentinas, sino facciones de su propio partido peronista, que se rebelaron contra su dominación personal.

Desde la independencia, Argentina ha sufrido la mayoría de los problemas institucionales que han asolado América Latina. Ha quedado atrapada en un círculo vicioso, no virtuoso. En consecuencia, los desarrollos positivos, como los primeros pasos hacia la creación de un Tribunal Supremo independiente, nunca se afianzaron. Con el pluralismo, ningún grupo quiere ni osa derrocar el poder de otro, por miedo a que su propio poder sea cuestionado posteriormente. Al mismo tiempo, la amplia distribución de poder hace que dicho derrocamiento sea difícil. Un Tribunal Supremo puede tener poder si recibe un apoyo significativo de segmentos amplios de la sociedad dispuestos a rechazar intentos de viciar la independencia del Tribunal. Eso es lo que ha sucedido en Estados Unidos, pero no en Argentina. Los legisladores argentinos estuvieron encantados de socavar el Tribunal aunque anticiparan que eso podía poner en peligro su propia posición. Una razón es que, con instituciones extractivas, hay mucho que ganar al derrocar al Tribunal Supremo, y los beneficios potenciales compensan los riesgos.

Retroalimentación positiva y círculos virtuosos

Las instituciones políticas y económicas inclusivas no surgen por sí solas, sino que a menudo son resultado de un conflicto importante entre las élites que se resisten al crecimiento económico y al cambio político y las que desean limitar el poder económico y político de las élites existentes. Las instituciones inclusivas surgen durante las coyunturas críticas, como durante la Revolución gloriosa

en Inglaterra o la fundación de la colonia Jamestown en Norteamérica, cuando una serie de factores debilitan el control de las élites que están en el poder, lo que hace que sus adversarios sean más fuertes, y crea incentivos para la formación de una sociedad pluralista. El resultado del conflicto político nunca es seguro, e incluso si, a posteriori, vemos que muchos acontecimientos históricos eran inevitables, el camino de la historia es circunstancial. De todas formas, una vez instauradas, las instituciones políticas y económicas inclusivas tienden a crear un círculo virtuoso, un proceso de retroalimentación positiva, lo que aumenta la probabilidad de que estas instituciones persistan e incluso se expandan.

El círculo virtuoso funciona a través de varios mecanismos. Primero, la lógica de las instituciones políticas pluralistas hace que la usurpación del poder por parte de un dictador, una facción del gobierno o incluso un presidente bienintencionado sea más difícil, como lo descubrió Franklin Roosevelt cuando intentó eliminar el control sobre su poder impuesto por el Tribunal Supremo, o sir Robert Walpole cuando intentó implantar la Ley negra de forma sumaria. En ambos casos, concentrar más el poder en manos de un individuo o un grupo reducido habría empezado a socavar las bases de las instituciones políticas pluralistas, y la verdadera medida del pluralismo es precisamente su capacidad para resistir a dichos intentos. El pluralismo también consagra la noción de Estado de derecho, el principio de que las leyes deben aplicarse a todos por igual, lo que naturalmente es imposible bajo una monarquía absolutista. Sin embargo, el Estado de derecho, a su vez, implica que las leyes no puedan ser utilizadas simplemente por parte de un grupo para usurpar los derechos de otro. Lo que es más, el principio del Estado de derecho abre la puerta a una mayor participación en el proceso político y a una mayor inclusividad, ya que introduce poderosamente la idea de que las personas deben ser iguales no solamente ante la ley, sino también ante el sistema político. Éste fue uno de los principios que hicieron difícil que el sistema político británico resistiera las demandas enérgicas para lograr una mayor democracia a lo largo de todo el siglo XIX, abriendo el camino a la extensión paulatina del derecho a voto a todos los adultos.

El segundo mecanismo, como hemos visto varias veces, es que las instituciones políticas inclusivas apoyan y son apoyadas por instituciones económicas inclusivas. Esto crea otro mecanismo del círculo virtuoso. Las instituciones económicas inclusivas eliminan las relaciones económicas extractivas más atroces, como la esclavitud y la servidumbre, reducen la importancia de los monopolios y crean una economía dinámica, todo lo cual reduce los beneficios económicos que uno puede garantizar, como mínimo, a corto plazo, usurpando el poder político. Como las instituciones económicas ya habían pasado a ser suficientemente inclusivas en Gran Bretaña en el siglo XVIII, la élite tenía menos que ganar aferrándose al poder y, de hecho, tenía mucho que perder utilizando la represión generalizada contra quienes demandaban una mayor democracia. Esta faceta del círculo virtuoso hizo que la marcha gradual de la democracia en la Gran Bretaña del siglo XIX fuera menos amenazadora para la élite y que, a la vez, tuviera más probabilidades de prosperar. En cambio, la situación era muy distinta en regímenes absolutistas como el Imperio austro-húngaro o el Imperio ruso. Allí, las instituciones económicas eran todavía altamente extractivas y, en consecuencia, las demandas de una mayor inclusión política más adelante en el siglo XIX serían reprimidas porque la élite tenía mucho que perder al compartir el poder.

Finalmente, las instituciones políticas inclusivas permiten que florezcan medios de comunicación libres, que a menudo proporcionan información y movilizan a la oposición frente a las amenazas contra las instituciones inclusivas, como sucedió durante el último cuarto del siglo XIX y el primero del siglo XX, cuando la dominación económica creciente de los barones ladrones amenazó la esencia de las instituciones económicas inclusivas en Estados Unidos.

Aunque el resultado de los conflictos siempre presentes continúe siendo circunstancial, a través de estos mecanismos el círculo virtuoso crea una tendencia potente para que las instituciones inclusivas persistan, resistan a los retos y se expandan tal y como sucedió en Gran Bretaña y Estados Unidos. Por desgracia, tal como veremos en el capítulo siguiente, las instituciones extractivas crean fuerzas igualmente fuertes para lograr persistir; es el proceso denominado círculo vicioso.

12

El círculo vicioso

Ya no se puede ir a Bo en tren

Toda la nación del oeste africano de Sierra Leona se convirtió en colonia británica en 1896. La capital, Freetown, originalmente había sido fundada a finales del siglo XVIII como hogar para esclavos liberados y repatriados. Sin embargo, cuando Freetown pasó a ser colonia británica, el interior de Sierra Leona todavía estaba formado por un gran número de pequeños reinos africanos. Paulatinamente, en la segunda mitad del siglo XIX, los británicos ampliaron su control del interior mediante una larga serie de tratados con gobernantes africanos. El 31 de agosto de 1896, el gobierno británico declaró que la colonia pasaba a ser protectorado basándose en dichos tratados. Los británicos identificaron quiénes eran los gobernantes importantes y les dieron un título nuevo, jefe supremo. En el este de Sierra Leona, por ejemplo, en el moderno distrito de minería de diamantes de Kono, se encontraron con Suluku, un poderoso rey guerrero. El rey Suluku fue nombrado jefe supremo Suluku, y se creó la jefatura de Sandor como unidad administrativa en el protectorado.

Aunque reyes como Suluku hubieran firmado tratados con un administrador británico, no habían entendido que aquellos tratados serían interpretados como carta blanca para establecer una colonia. Cuando los británicos intentaron recaudar un impuesto por cabaña, cinco chelines por cada hogar, en enero de 1898, los jefes se alzaron en una guerra civil que llegó a ser conocida como la revuelta del impuesto por cabaña. Empezó en el norte, pero fue más fuerte y duró más tiempo en el sur, sobre todo en Mendelandia, una zona dominada por el grupo étnico mende. La revuelta del impuesto por cabaña pronto fue extinguida, pero sirvió de aviso para los británicos sobre los problemas de controlar el *hinterland* de Sierra Leona. Los británicos ya habían empezado a construir una vía férrea desde Freetown al interior. La obra empezó en marzo de 1896, y la línea llegó a Songo en diciembre de 1898, en medio de la revuelta del impuesto por cabaña. Los documentos del Parlamento británico de 1904 registraban lo siguiente:

> En el caso de los ferrocarriles de Sierra Leona, la insurrección nativa que estalló en febrero de 1898 provocó que se detuvieran completamente las obras y se desorganizara el personal durante algún tiempo. Los rebeldes atacaron las vías, con lo cual todo el personal tuvo que ser llevado a Freetown [...] Rotifunk, ahora situado en la vía férrea a 88 kilómetros de Freetown, en ese momento estaba completamente en manos de los rebeldes.

De hecho, Rotifunk no estaba en la línea ferroviaria planeada en 1894. La ruta se cambió tras el inicio de la Revuelta, así que, en lugar de dirigirse al noreste, fue al sur, vía Rotifunk y hasta Bo, en Mendelandia. Los británicos querían un acceso rápido a Mendelandia, el corazón de la rebelión, y a otras partes en donde podrían surgir problemas en el *hinterland* si estallaban más rebeliones.

Cuando Sierra Leona se independizó en 1961, los británicos dieron el poder a sir Milton Margai y a su SLPP (Partido del Pueblo de Sierra Leona), que atrajo el apoyo principalmente en el sur, sobre todo en Mendelandia, y el este. Tras sir Milton, el primer ministro fue su hermano, sir Albert Margai, en 1964. En 1967, el SLPP perdió por un escaso margen unas elecciones fuertemente disputadas contra la oposición, el APC (Congreso de Todo el Pueblo), liderado por Siaka Stevens. Stevens era un limba, del norte, y el APC obtenía la mayor parte de su apoyo de los grupos étnicos del norte, los limbas, los temnes y los lokos.

Aunque el ferrocarril hacia el sur había sido diseñado inicialmente por los británicos para gobernar Sierra Leona, en 1967 su papel era económico. Transportaba la mayor parte de las exportaciones del país: café, cacao y diamantes. Los agricultores que cultivaban café y cacao eran mendes, y el ferrocarril era la ventana al mundo de Mendelandia. Este territorio había votado en su mayoría por Albert Margai en las elecciones de 1967, y Stevens, el ganador, estaba mucho más interesado en aferrarse al poder que en fomentar las exportaciones de Mendelandia. Su razonamiento era simple: lo que era bueno para los mendes era bueno para el SLPP, y malo para Stevens. Así que mandó arrancar la línea de ferrocarril hasta Mendelandia. A continuación, vendió las vías y el material rodante para que el cambio fuera tan irreversible como fuera posible. Ahora, al salir de Freetown hacia el este, se pasan las estaciones de ferrocarril de Hastings y Waterloo. Están en estado ruinoso. No hay más trenes a Bo. Evidentemente, la drástica acción de Stevens perjudicó fatalmente a algunos de los sectores más vibrantes de la economía de Sierra Leona. Sin embargo, como muchos de los líderes de la postindependencia africana, cuando hubo que elegir entre consolidar el poder y fomentar el crecimiento económico, Stevens eligió consolidar su poder, y nunca volvió la vista atrás. Actualmente, ya no se puede ir en tren hasta Bo porque, igual que el zar Nicolás I, que temía que el ferrocarril llevaría la revolución a Rusia, Stevens creía que los ferrocarriles reforzarían a sus adversarios. Como muchos otros gobernantes que poseen el control de las instituciones extractivas, temía las amenazas a su poder político y estaba dispuesto a sacrificar el crecimiento económico para frustrarlas.

A primera vista, la estrategia de Stevens contrasta con la de los británicos. Sin embargo, hubo una continuidad significativa entre el gobierno británico y el régimen de Stevens que ilustra la lógica de los círculos viciosos. Stevens gobernó Sierra Leona extrayendo recursos de su pueblo con métodos similares. Todavía estaba en el poder en 1985 no porque hubiera sido reelegido popularmente, sino porque, después de 1967, estableció una violenta dictadura, asesinando y hostigando a sus adversarios políticos, sobre todo a los miembros del SLPP. Se autoproclamó presidente en 1971, y, a partir de 1978, Sierra Leona solamente tuvo un partido político, el APC de Stevens. Por lo tanto, logró consolidar su poder, aunque el coste fuera empobrecer a gran parte del *hinterland*.

Durante el período colonial, los británicos utilizaron un sistema de gobierno indirecto para gobernar Sierra Leona, como con la mayoría de sus colonias africanas. En la base de aquel sistema estaban los jefes supremos, que recaudaban impuestos, repartían justicia y mantenían el orden. Los británicos trataban con los agricultores del cacao y el café no aislándolos, sino obligándolos a vender toda su producción a unas juntas de comercialización desarrolladas por la oficina colonial supuestamente para ayudar a los agricultores. Los precios de los productos agrícolas fluctuaban violentamente con el tiempo. Los precios del cacao podían estar altos un año, pero bajos al siguiente. Los ingresos de los agricultores fluctuaban conjuntamente. La justificación para las juntas de comercialización era que ellas, no los agricultores, absorberían el precio de las fluctuaciones. Cuando los precios mundiales fueran elevados, la junta pagaría a los agricultores de Sierra Leona menos que el precio mundial, pero cuando los precios mundiales fueran bajos, harían lo contrario. En principio, parecía una buena idea, pero la realidad era muy distinta. La junta de Comercialización de Productos de Sierra Leona fue establecida en 1949. Evidentemente, necesitaba una fuente de ingresos para funcionar, y la forma natural de conseguirlos era pagar a los agricultores solamente un poco menos de lo que deberían haber recibido en años buenos o malos. Estos fondos podían utilizarse entonces para la Administración y los gastos generales. Pronto el «un poco menos» se convirtió en «mucho menos». El Estado colonial utilizaba la Junta de Comercialización como forma de recaudar impuestos elevados a los agricultores.

Muchos esperaban que las peores prácticas de la dominación colonial del África subsahariana acabaran después de la independencia, y que el uso de las juntas de comercialización para cobrar impuestos excesivos a los agricultores llegara a su fin. Sin embargo, no fue así. De hecho, la extracción de los agricultores mediante juntas de comercialización empeoró mucho. A mediados de los sesenta, los agricultores de nuez de palmera conseguían el 56 por ciento del precio mundial de las juntas de comercialización; los agricultores de cacao, el 48 por ciento, y los agricultores de café, el 49 por ciento. Cuando Stevens dimitió del cargo, en 1985, para permitir que el sucesor que había elegido, Joseph Momoh, se convirtiera en presidente, esos porcentajes eran del 37, 19 y 27 por ciento, respectivamente. Por muy lamentable que parezca, era mejor que lo que los agricultores conseguían durante el dominio de Stevens, que a menudo había sido tan poco como el 10 por ciento, es decir, el 90 por ciento de los ingresos de los agricultores era extraído por el gobierno de Stevens, y no para proporcionar servicios públicos, como carreteras o educación, sino para enriquecerse él y sus secuaces y comprar apoyo político.

Otro elemento que formaba parte del gobierno indirecto británico fue la estipulación de que el cargo de jefe supremo sería para toda la vida. Para poder ser elegido jefe, se tenía que ser miembro de una «casa reinante» reconocida. La identidad de las casas dominantes en una jefatura se desarrollaba con el tiempo, pero se basaba esencialmente en el linaje de los reyes de una zona concreta y de las familias de la élite que firmaron tratados con los británicos a finales del siglo XIX. Los jefes eran elegidos, pero no democráticamente. Un organismo llamado Autoridad Tribal, cuyos miembros eran jefes de pueblos menores o eran nombrados por jefes supremos, por jefes de poblados o por las autoridades británicas, decidía quién se convertiría en el jefe supremo. Uno se podría imaginar que esta institución colonial también fue abolida o, como mínimo, reformada tras la independencia. Sin embargo, como las juntas de comercialización, no lo fue, y continuó sin cambios. Actualmente, los jefes supremos todavía son los encargados de recaudar impuestos. Ya no se trata de un impuesto por cabaña, pero sí de su descendiente más próximo, un impuesto al sufragio. En el año 2005, la Autoridad Tribal de Sandor eligió a un jefe supremo nuevo. Solamente podían presentarse candidatos pertenecientes a la casa dominante Fasuluku, que es la única casa dominante. El ganador fue Sheku Fasuluku, el tataranieto del rey Suluku.

El comportamiento de las juntas de comercialización y los sistemas tradicionales de propiedad de la tierra contribuyen considerablemente a explicar por qué la productividad agrícola es tan baja en Sierra Leona y gran parte del África subsahariana. En los ochenta, el politólogo Robert Bates se propuso comprender por qué la agricultura era tan poco productiva en África a pesar de que, según los libros de texto de economía, tendría que haber sido el sector más dinámico. Se dio cuenta de que no tenía nada que ver con la geografía ni con el tipo de factores comentados en el capítulo 2 que se ha afirmado que harían que la productividad agrícola fuera intrínsicamente baja, sino simplemente con que las políticas de precios de las juntas de comercialización eliminaron cualquier incentivo para que los agricultores invirtieran, utilizaran fertilizantes o protegieran la tierra.

La razón de que las políticas de las juntas de comercialización fueran tan poco favorable para los intereses rurales fue que aquellos intereses no tenían poder político. Aquellas políticas de precios interactuaban con otros factores fundamentales y hacían que la posesión fuera insegura, lo que reducía todavía más los incentivos para invertir. En Sierra Leona, los jefes supremos no solamente proporcionaban ley y orden y servicios judiciales, y recaudaban impuestos, sino que también eran los «guardianes de la tierra». A pesar de que las familias, clanes y dinastías tienen derechos como usuarios y derechos tradicionales en la tierra, en realidad los jefes tienen la última palabra sobre quién trabaja qué tierra. Los derechos de propiedad de la tierra solamente son seguros cuando uno está

conectado con el jefe, quizá de la misma familia gobernante. La tierra no se puede comprar ni vender ni utilizar como garantía para un préstamo, y si se nace fuera de una jefatura, no se puede plantar ningún cultivo perenne como café, cacao o palma por miedo a que eso permita que uno establezca derechos de propiedad de facto.

El contraste entre las instituciones extractivas desarrolladas por los británicos en Sierra Leona y las instituciones inclusivas de otras colonias, como Australia, queda ilustrado por la forma en la que se manejaban los recursos minerales. En enero de 1930, se descubrieron diamantes en Kono, en el este de Sierra Leona. Eran diamantes aluviales, es decir, no se encontraban en minas profundas. Por lo tanto, el método principal de extracción era el cribado en ríos. Algunos sociólogos los denominan «diamantes democráticos» porque permiten que mucha gente se implique en la minería, lo que crea una oportunidad potencialmente inclusiva. No es el caso de Sierra Leona. El gobierno británico, ignorando alegremente la naturaleza intrínsecamente democrática de cribar para encontrar diamantes, estableció un monopolio en todo el protectorado, lo llamó Sierra Leone Selection Trust, y se lo concedió a los De Beers, la enorme compañía minera de diamantes sudafricana. En 1936, De Beers también recibió el derecho a crear la Diamond Protection Force, un ejército privado que llegaría a ser más grande que el del gobierno colonial en Sierra Leona. De todas formas, la disponibilidad general de los diamantes aluviales hizo que la situación fuera difícil de controlar. En los cincuenta, la Diamond Protection Force se vio superada al tener que hacer frente a miles de mineros de diamantes ilegales, una enorme fuente de conflicto y caos. En 1955, el gobierno británico abrió algunos de los campos de diamantes a buscadores con licencia que no pertenecían al Sierra Leone Selection Trust, aunque la empresa conservara las zonas más ricas en Yengema, Koidu y Tongo Fields. Después de la independencia, las cosas empeoraron. En 1970, Siaka Stevens nacionalizó de facto el Sierra Leone Selection Trust, creando la National Diamond Mining Company (Sierra Leone) Limited, en la que el gobierno, es decir, Stevens, en la práctica tenía el 51 por ciento de las acciones. Era la fase inicial del plan de Stevens para hacerse con el control de las minas de diamantes del país.

En cambio, en la Australia del siglo XIX, lo que atrajo la atención general no fueron los diamantes, sino el oro, descubierto en 1851 en Nueva Gales del Sur y el estado recién creado de Victoria. Igual que los diamantes en Sierra Leona, el oro era aluvial y se debía decidir cómo explotarlo. Algunos, como James Macarthur, hijo de John Macarthur, el líder destacado de los *squatters* que comentamos anteriormente (capítulo 10), propuso que se pusieran vallas alrededor de las áreas mineras y que se subastaran los derechos de monopolio. Querían una versión australiana del Sierra Leone Selection Trust. Sin embargo, muchas personas de Australia querían libre acceso a las áreas de las minas de oro. El modelo inclusivo ganó y, en lugar de establecer un monopolio, las autoridades australianas permitieron que cualquier persona que pagara una cuota de minería anual pudiera buscar y cavar para encontrar oro. Pronto estos aventureros, a los que se denominó *diggers*, fueron una fuerza poderosa de la política australiana, sobre todo de Victoria. Tuvieron un papel importante para hacer avanzar el sufragio universal y el voto secreto.

Ya hemos visto dos efectos perniciosos de la expansión europea y el dominio colonial en África: la introducción del tráfico trasatlántico de esclavos, que fomentó el desarrollo de instituciones políticas y económicas africanas de tipo extractivo, y el uso de la legislación y las instituciones coloniales para eliminar el desarrollo de la agricultura comercial africana que podría haber competido con las europeas. No cabe duda de que la esclavitud fue una fuerza en Sierra Leona. En el momento de la colonización, no había un Estado centralizado fuerte en el interior, solamente reinos pequeños y mutuamente antagónicos que se asaltaban unos a otros continuamente y que capturaban a los hombres y mujeres de los otros reinos. La esclavitud era endémica y posiblemente el 50 por ciento de los

habitantes trabajaban como esclavos. El entorno de enfermedades supuso que no fuera posible establecer un asentamiento blanco a gran escala en Sierra Leona, como en Sudáfrica. Por lo tanto, no había blancos que compitieran con los africanos. Además, la falta de una economía minera de la escala de Johannesburgo significó que, además de la falta de demanda de mano de obra africana de las granjas blancas, no hibiera incentivos para crear las instituciones del mercado laboral extractivo tan características del *apartheid* sudafricano.

Sin embargo, también había otros mecanismos en marcha. Los agricultores de cacao y café de Sierra Leona no competían con los blancos, aunque sus ingresos todavía fueran expropiados a través de un monopolio del gobierno, la Junta de Comercialización. Sierra Leona también sufría de dominio indirecto. En muchas partes de África en las que las autoridades británicas deseaban utilizar el dominio indirecto, encontraron pueblos que no tenían un sistema de autoridad centralizada del que se pudieran apoderar. Por ejemplo, en el este de Nigeria, los igbos no tenían jefes cuando los británicos los conocieron en el siglo XIX. Los británicos crearon jefes, los jefes de garantía. En Sierra Leona, los británicos basarían el dominio indirecto en sistemas de autoridad e instituciones indígenas existentes.

Independientemente de la base histórica para que ciertos individuos fueran reconocidos como jefes supremos en 1896, el dominio indirecto y los poderes que se concedían a los jefes supremos cambiaron por completo la política existente en Sierra Leona. Se introdujo un sistema de estratificación social, las casas dominantes, que antes no existía. Una aristocracia hereditaria sustituyó una situación que había sido mucho más fluida y en la que los jefes habían necesitado el apoyo popular. Lo que surgió fue un sistema rígido con jefes que ocupaban el cargo de por vida, en deuda con sus protectores de Freetown o Gran Bretaña, y mucho menos responsables ante el pueblo que gobernaban. Los británicos estuvieron encantados de trastornar las instituciones de otras formas, por ejemplo, sustituyendo a los jefes legítimos por otros más cooperativos. De hecho, la familia Margai, que proporcionó a los dos primeros ministros de la Sierra Leona independiente, llegó al poder en la jefatura de Lower Banta aliándose con los británicos en la Revuelta del impuesto por cabaña contra el jefe reinante, Nyama. Éste fue derrocado; los Margais se convirtieron en jefes y ocuparon el cargo hasta el año 2010.

Lo destacable es el alcance de la continuidad entre la Sierra Leona colonial y la independiente. Los británicos crearon las juntas de comercialización y las utilizaron para cobrar impuestos a los agricultores. Los gobiernos poscoloniales hicieron lo mismo extrayendo a niveles todavía más elevados. Los británicos crearon el sistema de dominio indirecto a través de jefes supremos. Los gobiernos que siguieron a la independencia no rechazaron esta institución colonial, sino que la utilizaron para gobernar también el campo. Los británicos establecieron un monopolio del diamante e intentaron mantener al margen a los mineros africanos. Los gobiernos postindependencia hicieron lo mismo. Es cierto que los británicos pensaban que construir vías férreas era una buena forma de gobernar Mendelandia, mientras que Siaka Stevens pensaba lo contrario. Los británicos podían confiar en su ejército y sabían que podían enviarlo a Mendelandia si estallaba una revuelta. En cambio, Stevens no. Como en muchos otros países africanos, un ejército fuerte se habría convertido en una amenaza para el dominio de Stevens. Por esta razón, mutiló al ejército, cortándolo y privatizando la violencia a través de unidades paramilitares creadas especialmente y que sólo le eran fieles a él. Durante este proceso, aceleró el declive de la pequeña autoridad estatal que existía en Sierra Leona. En lugar del ejército, primero llegó la ISU (Unidad de Seguridad Interna), que la sufrida población de Sierra Leona bautizó como I Shoot U (Te Disparo). Después, estaba la SSD (División de Seguridad Especial), que la gente conocía como Siaka Stevens’s Dogs (Los Perros de Siaka Stevens). Finalmente, la falta de un ejército que apoyara al régimen también sería su ruina. Un grupo de

solamente treinta soldados, dirigidos por el capitán Valentine Strasser, apartó al régimen del APC del poder el 29 de abril de 1992.

El desarrollo, o la falta de desarrollo, de Sierra Leona se podría entender como resultado del círculo vicioso. Las autoridades coloniales británicas construyeron instituciones extractivas en primer lugar, y los políticos africanos postindependencia estuvieron encantados de recoger el testigo para ellos mismos. El patrón era inquietantemente similar por toda el África subsahariana. Había esperanzas similares para la postindependencia de Ghana, Kenia, Zambia y muchos otros países africanos. Sin embargo, en todos estos casos, se recrearon las instituciones extractivas en un patrón predicho por el círculo vicioso, aunque se hicieron más viciosos con el paso del tiempo. Por ejemplo, en todos estos países, la creación británica de las juntas de comercialización y dominio indirecto se mantuvo.

Existen razones naturales para este círculo vicioso. Las instituciones políticas extractivas condujeron a instituciones económicas extractivas, que enriquecían a unos cuantos a costa de la mayoría. Por lo tanto, quienes se benefician de instituciones extractivas tienen los recursos para crear mercenarios y ejércitos (privados), comprar jueces y amañar sus elecciones para conservar el poder. También están sumamente interesados en defender el sistema. Por consiguiente, las instituciones económicas extractivas crean la plataforma para que persistan las instituciones políticas extractivas. El poder es valioso en regímenes con instituciones políticas extractivas, porque es ilimitado y aporta riqueza económica.

Las instituciones políticas extractivas no proporcionan control contra los abusos de poder. Es discutible si el poder corrompe, pero no cabe duda de que lord Acton estaba en lo cierto cuando afirmaba que el poder absoluto corrompe absolutamente. En el capítulo anterior, vimos que, incluso cuando Franklin Roosevelt deseó utilizar su poder presidencial de una forma que él pensaba que sería beneficiosa para la sociedad, sin las trabas impuestas por el Tribunal Supremo, las instituciones políticas inclusivas estadounidenses le impidieron dejar a un lado los límites a su poder. Cuando existen instituciones políticas extractivas, hay poco control del ejercicio del poder, por muy erróneo y sociópata que haya llegado a ser. En 1980, Sam Bangura, gobernador del Banco Central de Sierra Leona, criticó las políticas de Siaka Stevens por ser despilfarradoras. Poco después, fue asesinado y arrojado desde la planta superior del edificio del Banco Central a la calle, llamada precisamente Siaka Stevens. Las instituciones políticas extractivas también tienden a crear un círculo vicioso porque no proporcionan una línea de defensa contra quienes desean usurpar aún más y abusar de los poderes del Estado.

Pero otro mecanismo para el círculo vicioso es que las instituciones extractivas, al crear un poder ilimitado y una enorme desigualdad de rentas, aumentan la apuesta potencial del juego político. Quien controla el Estado se convierte en beneficiario de este poder excesivo y de la riqueza que genera. Por lo tanto, las instituciones extractivas crean incentivos para las luchas internas por el control del poder y sus beneficios, una dinámica que vimos en las ciudades-Estado mayas y en la antigua Roma. Desde esta perspectiva, no es de extrañar que las instituciones extractivas que muchos países africanos heredaron de las potencias coloniales sembraran las semillas de las luchas por el poder y las guerras civiles. Estas luchas serían conflictos muy distintos a la guerra civil inglesa y la Revolución gloriosa, puesto que no pretendían cambiar instituciones políticas, introducir límites al ejercicio del poder ni crear pluralismo, sino lograr el poder y enriquecer a un grupo a costa del resto. En Angola, Burundi, Chad, Costa de Marfil, República Democrática del Congo, Etiopía, Liberia, Mozambique, Nigeria, República del Congo Brazzaville, Ruanda, Somalia, Sudán y Uganda, y evidentemente en Sierra Leona, como veremos con más detalle en el siguiente capítulo, estos conflictos se convertirían en

guerras civiles sangrientas y crearían la ruina económica y un sufrimiento humano sin precedentes, además de causar el fracaso del Estado.

De la encomienda a la apropiación de tierras

El 14 de enero de 1993, Ramiro de León Carpio juró el cargo como presidente de Guatemala. Nombró a Richard Aitkenhead Castillo ministro de Finanzas y a Ricardo Castillo Sinibaldi ministro de Desarrollo. Estos tres hombres tenían algo en común: los tres eran descendientes directos de los conquistadores españoles que habían llegado a Guatemala a principios del siglo XVI. El ilustre antepasado de Ramiro de León era Juan de León Cardona, mientras que los Castillo estaban emparentados con Bernal Díaz del Castillo, que escribió uno de los relatos de testigos presenciales más famosos de la conquista de México. En recompensa por sus servicios a Hernán Cortés, Díaz del Castillo fue nombrado gobernador de Santiago de los Caballeros, lo que hoy en día es la ciudad de Antigua en Guatemala. Tanto Castillo como De León fundaron dinastías junto con otros conquistadores, como Pedro de Alvarado. La socióloga guatemalteca Marta Casaús Arzú identificó a un grupo principal de veintidós familias de Guatemala que tenían vínculos a través del matrimonio con otras veintiséis familias justo por fuera del núcleo. Su estudio genealógico y político sugería que estas familias han controlado el poder político y económico en Guatemala desde 1531. Una definición todavía más amplia de qué familias formaban parte de esta élite sugería que representaban solamente algo más del 1 por ciento de la población en la década de los noventa.

En Sierra Leona y en gran parte del África subsahariana, el círculo vicioso adoptó la forma de las instituciones extractivas establecidas por las potencias coloniales tomadas por los líderes posteriores a la independencia. En Guatemala, como en gran parte de América Central, vemos una forma más simple, más manifiesta, del círculo vicioso: los que tienen poder político y económico estructuran las instituciones para garantizar la continuidad de su poder, y logran hacerlo. Este tipo de círculo vicioso conduce a la persistencia del subdesarrollo, de las instituciones extractivas y del poder en manos de las mismas élites.

En el momento de la conquista, Guatemala estaba densamente poblada; su población era probablemente de unos dos millones de mayas. Las enfermedades y la explotación hicieron estragos allí, igual que en el resto de América. Hubo que esperar hasta la década de los veinte del siglo XX para que la población total recuperara este nivel.

Como en el resto del imperio español, los pueblos indígenas fueron asignados a los conquistadores mediante la concesión de encomiendas. Ya vimos en el contexto de la colonización de México y Perú que la encomienda fue un sistema de trabajos forzados, que posteriormente dio paso a otras instituciones coercitivas similares, sobre todo el repartimiento, también denominado mandamiento en Guatemala. La élite, formada por los descendientes de los conquistadores y algunos elementos indígenas, no solamente se benefició de los distintos sistemas de trabajos forzados, sino que también controló y monopolizó el comercio a través de un gremio de comerciantes denominado Consulado de Comercio. La mayoría de la población de Guatemala estaba en lo alto de la montaña y lejos de la costa. Los costes de transporte elevados redujeron el alcance de la economía de exportación y, al principio, la tierra no era muy valiosa. Gran parte de ésta todavía estaba en manos de los pueblos indígenas, que tenían grandes tierras comunales denominadas ejidos. El resto estaba en gran medida sin ocupar y, sobre el papel, era propiedad del gobierno. Se ganaba más dinero controlando el comercio para cobrarle impuestos que controlando la tierra.

Igual que en México, la élite guatemalteca vio la Constitución de Cádiz (véase el capítulo 2) con hostilidad, lo que la impulsó a declarar la independencia del mismo modo que las élites mexicanas. Tras una breve unión con México y la Federación de América Central, la élite colonial gobernó Guatemala bajo la dictadura de Rafael Carrera de 1839 a 1871. Durante este período, los antepasados de los conquistadores y la élite indígena mantuvieron las instituciones económicas extractivas de la era colonial sin grandes cambios. Ni siquiera la organización del Consulado se alteró con la independencia. A pesar de ser una institución real, continuó alegremente con un gobierno republicano.

La independencia fue simplemente un golpe efectuado por la élite local preexistente, igual que en México; dicha élite continuó con las instituciones económicas extractivas de las que tanto se habían beneficiado. Lo irónico es que, durante este período, el Consulado continuaba a cargo del desarrollo económico del país. Sin embargo, como había ocurrido antes de la independencia, en el fondo el Consulado estaba preocupado por sus propios intereses, no por los del país. Parte de su responsabilidad era el desarrollo de infraestructuras, como puertos y carreteras. Pero, como en Austria-Hungría, Rusia y Sierra Leona, esto a menudo amenazaba la destrucción creativa y podría haber desestabilizado el sistema, así que, en lugar de implantar el desarrollo de infraestructuras, a menudo se opuso a ellas. Por ejemplo, el desarrollo de un puerto en la costa de Suchitepéquez, en el océano Pacífico, fue uno de los proyectos propuestos. En aquel momento, los únicos puertos adecuados estaban en la costa caribeña y estaban controlados por el Consulado. El Consulado no hacía nada en el lado del Pacífico porque un puerto en aquella región habría proporcionado un mercado mucho más fácil para las mercaderías de las ciudades montañosas de Mazatenango y Quetzaltenango, y el acceso a un mercado distinto para estos productos habría reducido el monopolio del Consulado del Comercio Exterior. La misma lógica se aplicaba a las carreteras. De nuevo, el Consulado tenía la responsabilidad de todo el país. Como era de esperar, también se negó a construir carreteras que habrían reforzado a los grupos de la competencia o que habrían podido anular potencialmente su monopolio. La presión para mejorar la infraestructura procedió del oeste de Guatemala y Quetzaltenango, en la región de Los Altos. Sin embargo, si la carretera entre Los Altos y la costa de Suchitepéquez se hubiera mejorado, esto podría haber creado una clase comerciante, que habría sido un competidor para los comerciantes del Consulado de la capital. No se hizo ninguna mejora en la carretera.

El resultado del dominio de esta élite fue que Guatemala estaba atrapada en un túnel del tiempo a mediados del siglo XIX, mientras el resto del mundo cambiaba velozmente. No obstante, estos cambios finalmente afectarían a Guatemala. Los costes de transporte se reducían debido a las innovaciones tecnológicas como el tren de vapor, el ferrocarril y nuevos tipos de barcos mucho más rápidos. Además, las rentas en aumento de las personas de Europa occidental y Norteamérica creaban una demanda masiva de muchos productos que un país como Guatemala podía producir en potencia.

A principios de siglo, se habían producido dos tintes naturales, índigo y, posteriormente, cochinilla, para la exportación, pero la oportunidad más rentable sería la producción de café. Guatemala tenía mucha tierra apropiada para el café y el cultivo empezó a extenderse, sin ninguna ayuda del Consulado. A medida que aumentaba el precio mundial del café y se expandía el comercio internacional, había grandes beneficios potenciales y la élite guatemalteca se interesó por el café. En 1871, el sempiterno régimen del dictador Carrera fue finalmente derrocado por un grupo de personas que se autodesignaban liberales por el movimiento mundial que llevaba aquel nombre. El significado del término «liberalismo» ha cambiado con el tiempo. Sin embargo, en el siglo XIX en Estados Unidos y Europa, era similar a lo que hoy en día se denomina libertarismo y representaba la libertad del individuo, gobierno limitado y libre comercio. Las cosas fueron un poco distintas en Guatemala. Los

liberales guatemaltecos, dirigidos inicialmente por Miguel García Granados y, después de 1873, por Justo Rufino Barrios, en su mayoría no eran hombres nuevos con ideas liberales. En general, las mismas familias continuaron en el poder. Mantuvieron instituciones políticas extractivas e implantaron una enorme reorganización de la economía para explotar el café. Abolieron el Consulado en 1871, pero las circunstancias económicas habían cambiado. El punto de concentración de las instituciones económicas extractivas sería la producción y exportación de café.

Para producir café, se necesitaba tierra y mano de obra. Para crear tierras para los cafetales, los liberales impusieron la privatización de la tierra que, de hecho, era realmente una apropiación de tierras ya que serían capaces de ocupar tierra previamente comunal o del gobierno. A pesar de las protestas amargas que provocó su intento, debido a las instituciones políticas altamente extractivas y a la concentración del poder político en Guatemala, la élite finalmente salió victoriosa. Entre 1871 y 1883, casi un millón de acres de tierra, la mayor parte tierra comunal indígena y tierras fronterizas, pasaron a manos de la élite y fue entonces cuando el café se desarrolló rápidamente. El objetivo era la formación de grandes fincas. Las tierras privatizadas fueron adjudicadas en subasta normalmente a miembros de la élite tradicional o a gentes próximas a ellos. El poder coercitivo del Estado liberal se utilizó para ayudar a los grandes terratenientes a obtener acceso a mano de obra adaptando e intensificando varios sistemas de trabajo forzado. En noviembre de 1876, el presidente Barrios escribió lo siguiente a todos los gobernadores de Guatemala:

> Como el país tiene áreas extensas de tierra que necesita explotar mediante el cultivo utilizando la multitud de trabajadores que hoy en día continúan fuera del movimiento de desarrollo de los elementos productivos de la nación, ustedes deben dar toda la ayuda necesaria para exportar agricultura:
>
> 1. De los pueblos indios de su jurisdicción, deben proporcionar a los propietarios de las fincas [cafetales] de ese departamento que pidan mano de obra el número de trabajadores que necesiten, tanto si son cincuenta como si son cien.

El repartimiento, el proyecto de trabajo forzado, no había sido nunca abolido tras la independencia, pero entonces aumentó en alcance y duración. Se institucionalizó en 1877 por el decreto 177, que especificaba que los empleados podían pedir y recibir del gobierno hasta sesenta trabajadores para trabajar quince días si la propiedad estaba en el mismo departamento y treinta días si estaba fuera. La petición se podía renovar si el empleador lo deseaba. Estos trabajadores podían ser reclutados forzosamente a menos que pudieran demostrar mediante su libreta personal que ese servicio había sido realizado recientemente de forma satisfactoria. Todos los trabajadores rurales también fueron obligados a llevar un libro de trabajo denominado libreta, que incluía detalles sobre para quién trabajaban y el registro de cualquier posible deuda. Muchos trabajadores rurales tenían deudas con sus empleadores y un trabajador endeudado no podía dejar a su empleador de ese momento sin permiso. El decreto 177 estipulaba además que la única forma de evitar ser reclutados para el repartimiento era mostrar que en ese momento se estaba endeudado con un empleador. Los trabajadores estaban atrapados. Además de aquellas leyes, se aprobaron numerosas leyes de vagancia para que quien no pudiera demostrar que tenía un trabajo fuera inmediatamente reclutado para el repartimiento u otros tipos de trabajo forzado en las carreteras o fuera obligado a aceptar empleo en una granja. Igual que en la Sudáfrica de los siglos XIX y XX, las políticas de la tierra después de 1871 también fueron diseñadas para debilitar la economía de subsistencia de los pueblos indígenas y obligarlos así a trabajar por sueldos bajos. El repartimiento duró hasta la década de los veinte; el sistema de la libreta y todo el abanico de leyes de vagancia estuvieron en vigor hasta 1945, cuando Guatemala experimentó su primer y breve florecimiento de la democracia.

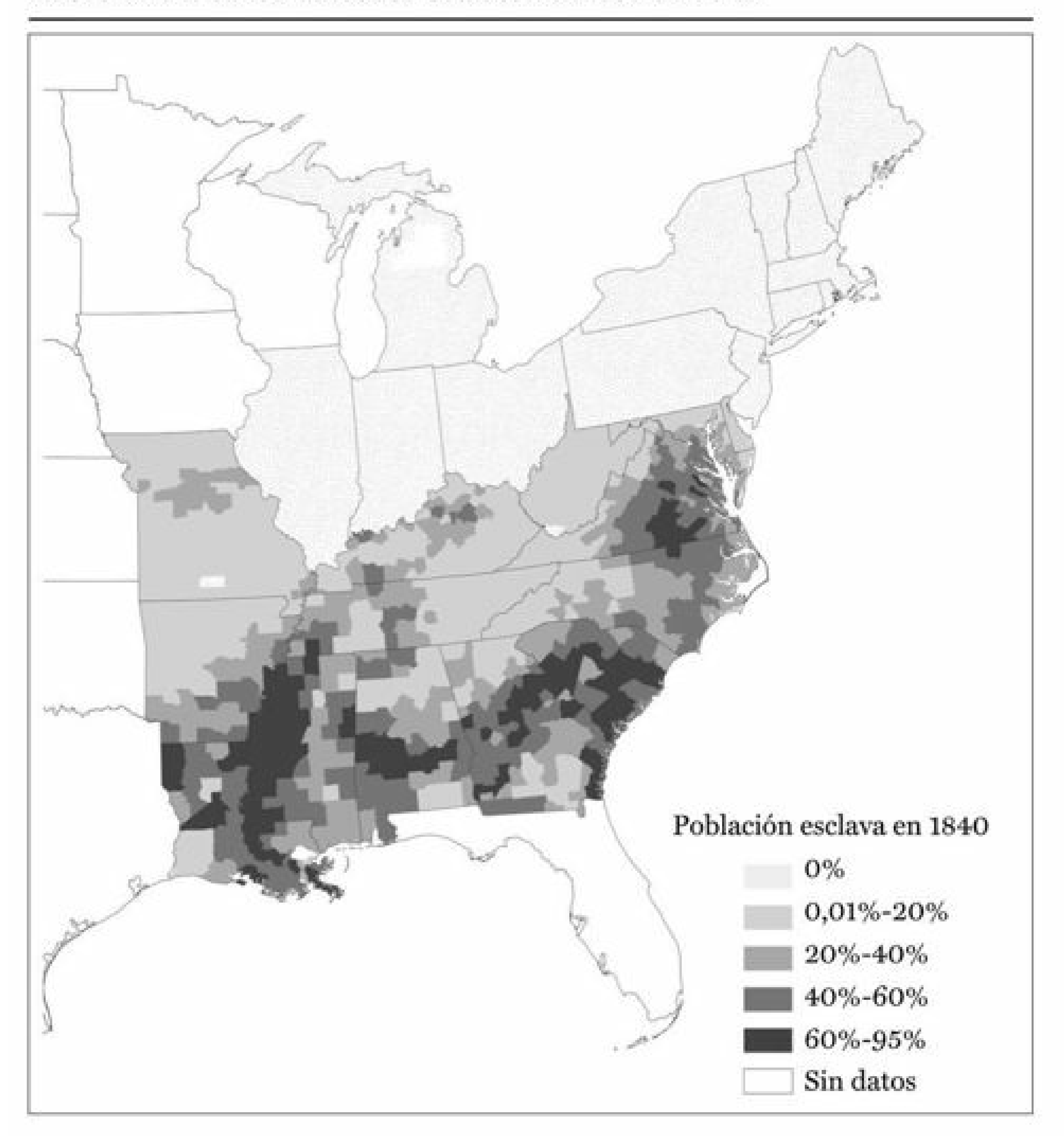
Igual que antes de 1871, la élite guatemalteca gobernó a través de rudos militares y continuó

haciéndolo después del inicio del *boom* del café. Jorge Ubico, presidente entre 1931 y 1944, fue quien gobernó más tiempo. Ganó las elecciones presidenciales en 1931 sin oposición, ya que nadie era tan insensato para hacer campaña contra él. Como en el caso del Consulado, no aprobó hacer cosas que hubieran provocado destrucción creativa y que amenazaran tanto su poder político como sus beneficios y los de la élite que lo apoyaba. Por lo tanto, se opuso a la industria por la misma razón que Francisco I de Austria-Hungría y Nicolás I de Rusia: los trabajadores industriales habrían causado problemas. En una legislación sin precedentes por su carácter represivo y paranoide, Ubico prohibió el uso de palabras como obreros, sindicatos y huelgas. Uno podía ir a la cárcel por utilizar cualquiera de estas palabras. De todas formas, aunque Ubico fuera poderoso, era la élite la que movía los hilos. La oposición a este régimen aumentó en 1944, dirigida por estudiantes universitarios desafectos que empezaron a organizar manifestaciones. El descontento popular aumentó y, el 24 de junio, trescientos once personas, muchas de ellas de la élite, firmaron el Memorial de los trescientos once, una carta abierta en la que se denunciaba al régimen. Ubico dimitió el 1 de julio. Posteriormente, en 1945, hubo un régimen democrático, pero fue derrocado por un golpe de Estado en 1954, lo que condujo a una sanguinaria guerra civil. Guatemala no se democratizó de nuevo hasta 1986.

Los conquistadores españoles no tenían reparos a la hora de establecer un sistema político y económico extractivo. Por esa razón habían ido al nuevo mundo. Sin embargo, la mayoría de las instituciones que fijaron las habían pensado para ser temporales. Por ejemplo, la encomienda era una cesión temporal de derechos sobre la mano de obra. No tenían un plan totalmente elaborado sobre cómo establecer un sistema que persistiera durante otros cuatrocientos años. De hecho, las instituciones que fijaron cambiaron significativamente a lo largo del camino, pero hubo una cosa que no cambió: la naturaleza extractiva de las instituciones, el resultado del círculo vicioso. La forma de extracción cambió, pero ni la naturaleza extractiva de las instituciones ni la identidad de la élite lo hicieron. En Guatemala, la encomienda, el repartimiento y la monopolización del comercio dieron paso a la libreta y la apropiación de tierras. Sin embargo, la mayoría de los mayas indígenas continuaron trabajando como trabajadores con sueldos bajos y poca formación, sin derechos ni servicios públicos.

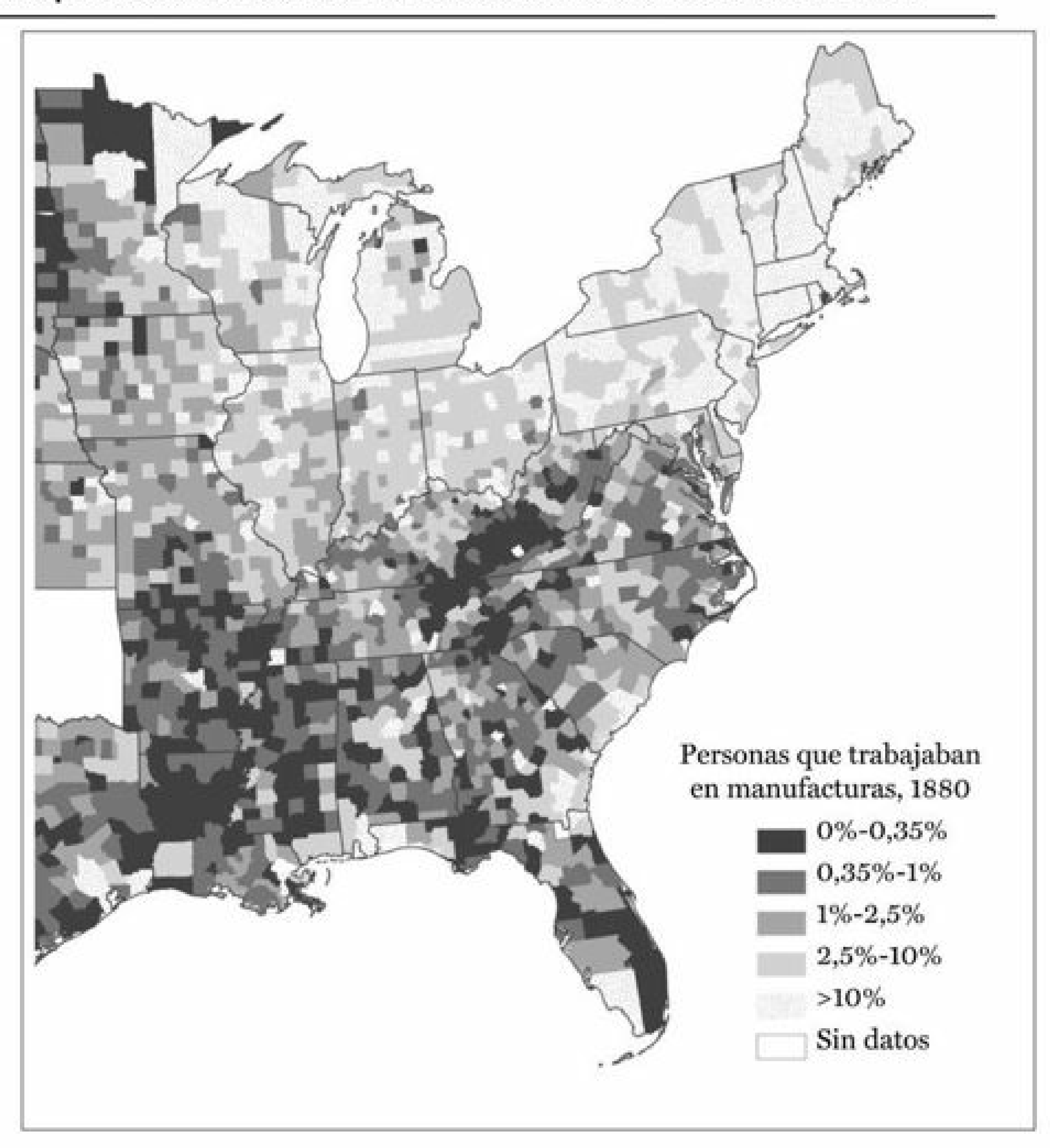
MAPA 18

La esclavitud en los condados estadounidenses en 1840



En Guatemala, como en gran parte de América Central, en un patrón típico de círculo vicioso, las instituciones políticas extractivas daban apoyo a instituciones económicas extractivas que, a su vez, proporcionaron la base para las instituciones políticas extractivas y la continuación del poder de la

misma élite.



De la esclavitud a Jim Crow

En Guatemala, las instituciones extractivas persistieron desde la época colonial hasta los tiempos modernos bajo el firme control de la misma élite. Cualquier cambio de las instituciones era resultado de adaptaciones a los entornos cambiantes, como sucedió con la apropiación de tierras por parte de la élite motivada por el *boom* del café. Las instituciones del Sur de Estados Unidos fueron extractivas de forma similar hasta la guerra civil. La economía y la política estaban dominadas por la élite del Sur, los propietarios de las plantaciones con grandes posesiones de tierras y esclavos. Éstos no tenían derechos políticos ni económicos; en realidad, tenían pocos derechos del tipo que fuera.

Las instituciones políticas y económicas extractivas del Sur lo hicieron considerablemente más pobre que el Norte a mediados del siglo XIX. El Sur carecía de industria y había relativamente poca inversión en infraestructuras. En 1860, su producción de manufactura total era menor que la de Pensilvania, Nueva York o Massachusetts. Solamente el 9 por ciento de la población del Sur vivía en áreas urbanas, frente al 35 por ciento en el noreste. La densidad de las vías férreas (kilómetros de vía divididos por área de tierra) era tres veces superior en los estados del Norte que en los del Sur. La relación de kilómetros de canal era similar.

En el mapa 18, se muestra el alcance de la esclavitud determinando el porcentaje de la población esclava en los condados de Estados Unidos en 1840. Es evidente que la esclavitud era dominante en el Sur. En algunos condados, por ejemplo, a lo largo del río Misisipi, hasta el 95 por ciento de la población estaba esclavizada. En el mapa 19 se muestra una de las consecuencias de esta situación, la proporción de la mano de obra que trabajaba en manufacturas en 1880. Aunque no sea elevada en ningún sitio según los niveles del siglo XX, existen diferencias marcadas entre el Norte y el Sur. En gran parte del noreste, más del 10 por ciento de la mano de obra trabajaba en manufacturas. En cambio, en gran parte del Sur, sobre todo en las áreas con grandes concentraciones de esclavos, esta mano de obra no existía.

El Sur ni siquiera era innovador en los sectores en los que estaba especializado: de 1837 a 1859, el número de patentes otorgadas al año por innovaciones relacionadas con el maíz y el trigo era de una media de doce y diez, respectivamente; solamente había una al año para el cultivo más importante del Sur, el algodón. No había ninguna señal de que la industrialización y el crecimiento económico fueran a empezar en un futuro próximo. Sin embargo, tras la derrota en la guerra civil, se produjo una reforma política y económica fundamental a punta de bayoneta. Se abolió la esclavitud y se concedió el voto a los hombres negros.

Aquellos grandes cambios deberían haber abierto el camino a una transformación radical de las instituciones extractivas sureñas que se habrían convertido en inclusivas, y lanzar al Sur a un camino de prosperidad económica. Sin embargo, en otra manifestación más del círculo vicioso, no pasó nada parecido. Una continuación de las instituciones extractivas, esta vez del tipo de Jim Crow en lugar del de la esclavitud, apareció en el Sur. El nombre de Jim Crow procedía supuestamente de la sátira «Jump Jim Crow» de principios del siglo XIX. Trataba de personajes negros que eran interpretados por actores blancos con la cara pintada de negro. Así, Jim Crow llegó a hacer referencia a todo el abanico de legislación segregacionista que se promulgó en el Sur después de 1865. Estas leyes persistieron durante casi otro siglo, hasta que se produjo otro gran levantamiento, el movimiento por los derechos civiles. Entretanto, los negros continuaron siendo reprimidos y excluidos del poder. La agricultura de tipo plantación basada en mano de obra con sueldos bajos y poca formación persistió y las rentas del Sur se redujeron aún más respecto a la media estadounidense. El círculo vicioso de las instituciones extractivas era mucho más fuerte de lo que muchos habían esperado en aquel momento.

La razón de que la trayectoria política y económica del Sur nunca cambiara, aunque la esclavitud

fuera abolida y los hombres negros obtuvieran derecho a voto, fue que el poder político y la independencia económica de los negros eran frágiles. Los plantadores sureños perdieron la guerra, pero ganarían la paz. Todavía estaban organizados y eran propietarios de la tierra. Durante la guerra, se había prometido a los esclavos liberados que recibirían 40 acres y un mulo cuando la esclavitud fuera abolida y algunos incluso lo consiguieron durante las famosas campañas del general William T. Sherman. No obstante, en 1865, el presidente Andrew Johnson revocó las órdenes de Sherman y la esperada redistribución de la tierra nunca tuvo lugar. En un debate sobre esta cuestión en el Congreso, el congresista George Washington Julian proféticamente señaló: «¿De qué serviría una ley del Congreso en la que se prohibiera totalmente la esclavitud [...] si la antigua base agrícola del poder aristocrático permanece?». Ése fue el comienzo de la «redención» del viejo Sur y la persistencia de la vieja élite terrateniente sureña.

El sociólogo Jonathan Wiener estudió la persistencia de la élite de plantadores en cinco condados del Black Belt, la zona del mejor algodón, del Sur de Alabama. Hizo un seguimiento de familias del censo de Estados Unidos y consideró las que tenían bienes inmuebles por un valor como mínimo de 10.000 dólares. Descubrió que, de los 236 miembros de la élite de plantadores en 1850, 101 mantenían su posición en 1870. Lo interesante es que este ritmo de persistencia era muy similar al experimentado en el período previo a la guerra civil; de las 236 familias de plantadores más ricas de 1850, solamente 110 lo seguían siendo una década después. Sin embargo, de los 25 plantadores con mayores tierras en 1870, 18 (el 72 por ciento) habían sido de las familias de la élite en 1860; 16 habían estado en el grupo de élite de 1850. Mientras más de 600.000 murieron en la guerra civil, la élite de plantadores sufrió pocas bajas. La ley, elaborada por y para los plantadores, eximía a un propietario de esclavos del servicio militar por cada veinte esclavos que tuviera. Mientras cientos de miles de hombres morían para preservar la economía de las plantaciones sureñas, muchos grandes propietarios de esclavos y sus hijos vieron pasar la guerra desde sus porches y, así, fueron capaces de garantizar la persistencia de la economía de las plantaciones.

Tras el fin de la guerra, los plantadores de la élite que controlaba la tierra fueron capaces de volver a ejercer su control sobre la mano de obra. A pesar de que se abolió la institución económica de la esclavitud, las pruebas señalan una línea de persistencia evidente en el sistema económico del Sur basado en la agricultura de las plantaciones con mano de obra barata. Este sistema económico se mantuvo a través de varios canales que incluían tanto el control de la política local como el ejercicio de la violencia. Por lo tanto, en palabras del experto afroamericano W. E. B. du Bois, el Sur se convirtió «simplemente en un campo armado para intimidar a los negros».

En 1865, la legislatura del estado de Alabama aprobó el Código Negro, un hito importante para la represión de la mano de obra negra. Dicho código era similar al decreto 177 de Guatemala, y consistía en una ley de vagancia y en una ley contra la incentivación de los trabajadores. Su objetivo era impedir la movilidad de la mano de obra y reducir la competencia en el mercado laboral y garantizó que los plantadores del Sur todavía tuvieran una fuerza laboral fiable y a un coste bajo.

Tras la guerra civil, el período denominado Reconstrucción duró desde 1865 hasta 1877. Los políticos del Norte, con ayuda del ejército de la Unión, diseñaron algunos cambios sociales en el Sur. Sin embargo, una reacción sistemática de la élite sureña con el pretexto de apoyar a los denominados *redeemers* (redentores), que buscaban la redención del Sur, volvió a crear el viejo sistema. En las elecciones presidenciales de 1877, Rutherford Hayes necesitó el apoyo del Sur en el colegio electoral. Este colegio, que todavía se utiliza hoy en día, estaba en el corazón de la elección indirecta para presidente creada por la Constitución de Estados Unidos. Los votos de los ciudadanos no elegían directamente al presidente, sino que elegían electores que, posteriormente, elegían al presidente en el

colegio electoral. A cambio de su apoyo en el colegio electoral, los sureños pidieron que los soldados de la Unión fueran retirados del Sur y que la región se dejara a su libre albedrío. Hayes accedió. Con el apoyo sureño, Hayes se convirtió en presidente y retiró las tropas. El período posterior a 1877 marcó el verdadero resurgimiento de la élite de plantadores anterior a la guerra civil. La redención del Sur implicó la introducción de nuevos impuestos al sufragio y pruebas de alfabetización para votar, lo que sistemáticamente dejaba sin derecho a voto a los negros y, a menudo, a la población blanca pobre. Lograron hacer realidad aquellos planes y crearon un régimen de un partido con el Partido Demócrata, con gran parte del poder político en manos de la élite de plantadores.

En virtud de las leyes de Jim Crow, se crearon escuelas separadas y, como era previsible, inferiores. Alabama, por ejemplo, volvió a redactar su Constitución en 1901 para lograrlo. Lo sorprendente es que, incluso hoy en día, el artículo 256 de la Constitución de Alabama, aunque ya no esté en vigor, todavía afirma:

> Derecho de la legislatura a establecer y mantener un sistema de escuelas públicas; distribución del fondo de escuelas públicas; escuelas separadas para niños blancos y niños de color.
>
> La legislatura establecerá, organizará y mantendrá un sistema liberal de escuelas públicas a través del estado en beneficio de los niños de edades comprendidas entre siete y veintiún años. El fondo para las escuelas públicas será distribuido entre los distintos condados en función del número de niños en edad escolar y se repartirán a las escuelas de los distritos o municipios en los condados para proporcionar, tan pronto como sea viable, cursos escolares de igual duración en dichos distritos escolares o municipios. Se proporcionarán escuelas separadas para niños blancos y de color y no se permitirá que ningún niño de una raza vaya a una escuela de la otra raza.

Una enmienda para eliminar el artículo 256 de la Constitución fue rechazada por un margen estrecho en la legislatura del estado en 2004.

La privación del derecho a voto, las leyes de vagancia como el Código Negro de Alabama, varias leyes de Jim Crow y las acciones del Ku Klux Klan, a menudo financiadas y apoyadas por la élite, convirtieron al Sur de la posguerra civil en una sociedad con un *apartheid* efectivo, en la que negros y blancos vivían vidas distintas. Igual que en el caso de Sudáfrica, estas leyes y prácticas estaban destinadas a controlar a la población negra y su trabajo.

Los políticos sureños que estaban en Washington también procuraban garantizar que las instituciones extractivas del sur pudieran persistir. Por ejemplo, se aseguraron de que nunca se aprobara ningún proyecto federal u obra pública que hubiera podido poner en peligro el control de la élite sureña sobre la mano de obra negra. En consecuencia, el Sur entró en el siglo XX siendo una sociedad en gran parte rural con un nivel bajo de educación y tecnología atrasada que todavía empleaba trabajo manual y la fuerza de los mulos prácticamente sin ninguna ayuda de instrumentos mecánicos. Aunque la proporción de personas en áreas urbanas aumentó, fue mucho menor que en el Norte. En 1900, por ejemplo, el 13,5 por ciento de la población del sur estaba urbanizado, frente al 60 por ciento en el noreste.

En términos generales, las instituciones extractivas del Sur de Estados Unidos, que se basaban en el poder de la élite terrateniente, la agricultura de las plantaciones y la mano de obra con sueldos bajos y poca formación, persistieron hasta bien entrado el siglo XX. Estas instituciones empezaron a desmoronarse solamente después de la segunda guerra mundial y realmente cuando el movimiento por los derechos civiles destruyó la base política del sistema. Hasta la desaparición de estas instituciones en las décadas de 1950 y 1960, el Sur no empezó su proceso de rápida convergencia con el Norte.

El Sur de Estados Unidos muestra otro lado más resistente del círculo vicioso. Igual que ocurrió en Guatemala, la élite sureña de plantadores permaneció en el poder y estructuró las instituciones políticas y económicas para garantizar la continuidad de su poder. Sin embargo, a diferencia de

Guatemala, se enfrentó a problemas significativos después de su derrota en la guerra civil, que había abolido la esclavitud y había dado un giro radical a la exclusión constitucional total de los negros de la participación política. Pero son muchos los caminos que llevan a Roma. Mientras la élite de los plantadores tuviera el control de sus enormes tierras y estuviera organizada, podía estructurar un conjunto nuevo de instituciones, las leyes de Jim Crow en lugar de la esclavitud, para lograr el mismo objetivo. El círculo vicioso resultó ser más fuerte de lo que muchos, incluso Abraham Lincoln, habían imaginado. El círculo vicioso se basa en instituciones políticas extractivas y crea instituciones económicas extractivas, lo que a su vez da apoyo a las instituciones políticas extractivas, porque la riqueza económica y el poder compran poder político. Cuando la promesa de dar 40 acres y una mula dejó de estar sobre la mesa, el poder económico de la élite sureña de plantadores continuó siendo intachable. Y no es de extrañar que, por desgracia, las implicaciones para la población negra del Sur y el desarrollo económico del Sur tampoco cambiaran.

La ley de hierro de la oligarquía

La dinastía salomónica de Etiopía duró hasta ser derrocada por un golpe militar, en 1974, dirigido por el consejo denominado Derg, un grupo marxista de oficiales del ejército. El régimen que el Derg había apartado del poder parecía haberse quedado congelado en algún siglo anterior, era un anacronismo histórico. El emperador Haile Selassie empezaba su día cuando llegaba al jardín del Gran Palacio, que había sido construido por el emperador Menelik II a finales del siglo XIX. Fuera del palacio, había multitud de dignatarios esperando su llegada, haciendo reverencias e intentando llamar su atención desesperadamente. El emperador concedía audiencia en la sala de audiencias, sentado en el trono imperial. (Selassie era un hombre bajo, así que, para que no le quedaran las piernas colgando en el aire, había un encargado especial de llevar un cojín que lo acompañaba allí donde fuera para garantizar que había un cojín adecuado que poner bajo sus pies. Este encargado mantenía un *stock* de cincuenta y dos cojines para hacer frente a cualquier situación.) Selassie presidió un conjunto extremo de instituciones extractivas y dirigía el país como si fuera su propiedad privada, concediendo favores y patrocinios y castigando despiadadamente la falta de lealtad. No había ningún desarrollo económico del que hablar en Etiopía durante la dinastía salomónica.

El Derg estaba formado inicialmente por 108 representantes de distintas unidades militares de todo el país. El representante de la Tercera División en la provincia de Harar era un comandante llamado Mengistu Haile Mariam. Aunque en su declaración inicial el 4 de julio de 1974, los oficiales del Derg juraron lealtad al emperador, pronto empezaron a detener a miembros del gobierno, para comprobar cuánta oposición habría. A medida que el apoyo del régimen de Selassie se reducía, fueron a por el propio emperador, y lo detuvieron el 12 de septiembre. Entonces, empezaron las ejecuciones. Muchos políticos pertenecientes al viejo régimen fueron asesinados rápidamente. En diciembre, el Derg había declarado que Etiopía era un Estado socialista. Selassie murió, probablemente asesinado, el 27 de agosto de 1975. Ese año, el Derg empezó a nacionalizar la propiedad, incluyendo todo el terreno urbano y rural y la mayoría de los tipos de propiedad privada. El comportamiento cada vez más autoritario del régimen provocó la oposición alrededor del país. Grandes partes de Etiopía fueron unidas durante la expansión colonial europea a finales del siglo XIX y principios del XX por las políticas del emperador Menelik II, ganador de la batalla de Adowa, que vimos anteriormente (capítulo 8). Estos territorios incluían Eritrea y Tigray en el norte y Ogaden en el este. Los movimientos independentistas en respuesta al régimen despiadado del Derg aparecieron en Eritrea y

Tigray, cuando el ejército somalí invadió Ogaden, una zona de lengua somalí. El propio Derg se empezó a desintegrar y dividir en facciones. El comandante Mengistu resultó ser el más despiadado y listo de ellos. A mediados de 1977, había eliminado a sus principales oponentes y se había hecho con el control efectivo del régimen, que se salvó del hundimiento solamente por la enorme entrada de armas y tropas de la Unión Soviética y Cuba en noviembre de aquel año.

En 1978, el régimen organizó una celebración nacional que marcó el cuarto aniversario del derrocamiento de Haile Selassie. Para entonces, Mengistu era el líder incontestado del Derg. Su residencia, desde donde gobernaría Etiopía, era el Gran Palacio de Selassie, que no había sido ocupado desde la abolición de la monarquía. En la celebración, se sentó en un sillón dorado, como los emperadores antiguos, mirando el desfile. Las funciones oficiales se volvían a realizar en el Gran Palacio, con Mengistu sentado en el viejo trono de Haile Selassie. Mengistu empezó a compararse con el emperador Teodoro, que había refundado la dinastía salomónica a mediados del siglo XIX después de un período de declive.

Uno de sus ministros, Dawit Wolde Giorgis, recordaba en sus memorias:

> Al principio de la revolución, todos habíamos rechazado por completo cualquier cosa que tuviera que ver con el pasado. Ya no conducíamos coches, ni llevábamos trajes; llevar corbatas se consideraba un delito. Cualquier cosa que te hiciera parecer rico o burgués, cualquier cosa que sugiriera riqueza o sofisticación, se menospreciaba por considerarla parte del antiguo orden. Alrededor de 1978, todo aquello empezó a cambiar. El materialismo se fue aceptando poco a poco, y, posteriormente, se exigió. Los diseños de los mejores diseñadores europeos se convirtieron en el uniforme de todos los altos oficiales del ejército y los miembros del Consejo Militar. Teníamos lo mejor de todo: las mejores casas, los mejores coches, los mejores *whiskies* y champanes y la mejor comida. Era un cambio radical respecto a los ideales de la revolución.

Giorgis también registró claramente cómo cambió Mengistu una vez que pasó a ser el único gobernante:

> Apareció el verdadero Mengistu: vengativo, cruel y autoritario... Muchos de nosotros, que hablábamos con él con las manos en los bolsillos, como si fuera uno de nosotros, pasamos a estar rígidos y atentos, con un respeto cauto ante su presencia. Al dirigirnos a él, siempre habíamos usado la forma familiar, el equivalente a «tú», ante; pero pasamos a tratarlo de «usted», empleando el tratamiento más formal, ersiwo. Se trasladó a una oficina más grande y fastuosa en el palacio de Menelik... Empezó a utilizar los coches del emperador... Se suponía que teníamos una revolución por la igualdad y él se había convertido en el nuevo emperador.

El patrón de círculo vicioso mostrado por la transición entre Haile Selassie y Mengistu, o entre los gobernadores coloniales británicos de Sierra Leona y Siaka Stevens, es tan extremo y, en algún nivel, tan extraño, que merece un nombre especial. Como ya mencionamos en el capítulo 4, el sociólogo alemán Robert Michels lo denominó ley de hierro de la oligarquía. La lógica interna de las oligarquías y, de hecho, de todas las organizaciones jerárquicas es que, según afirmaba Michels, se reproducirán no solamente cuando el mismo grupo esté en el poder, sino incluso cuando el control esté en manos de un grupo completamente nuevo. Lo que Michels no previó quizá fue un eco del comentario de Karl Marx de que la historia se repite, la primera vez como tragedia, y la segunda, como farsa.

No es solamente que muchos de los líderes postindependencia de África se trasladaran a las mismas residencias, utilizaran las mismas redes de patrocinio y emplearan las mismas formas para manipular los mercados y extraer recursos que los regímenes coloniales y los emperadores a los que sustituían, sino que también empeoraban las cosas. Fue realmente una farsa que al firmemente anticolonial Stevens le preocupara controlar al mismo pueblo, los mendes, a quien los británicos habían intentado controlar; que confiara en los mismos jefes que habían recibido el poder de los británicos y que éstos habían utilizado para controlar el *hinterland*; que dirigiera la economía de la

misma forma, expropiando a los agricultores con las mismas juntas de comercialización y controlando los diamantes con un monopolio similar. Era realmente una farsa, una muy triste, que Laurent Kabila, que movilizó a un ejército contra la dictadura de Mobutu con la promesa de liberar al pueblo y acabar con la opresiva y empobrecedora corrupción y represión del Zaire de Mobutu, estableciera un régimen igual de corrupto y quizá incluso más desastroso. Sin duda, fue una farsa que intentara empezar un culto a la personalidad de tipo mobutesco ayudado e instigado por Dominique Sakombi Inongo, antinguo ministro de Información de Mobutu, y que el régimen de Mobutu en sí siguiera el modelo de explotación de la masa que había iniciado más de un siglo atrás el Estado Libre del Congo del rey Leopoldo. Fue una verdadera farsa que el oficial marxista Mengistu empezara a vivir en un palacio, a considerarse a sí mismo emperador y a enriquecerse él y su séquito igual que habían hecho Haile Selassie y otros emperadores antes que él.

Todo era una farsa, pero también más trágica que la tragedia original y no solamente por las esperanzas que se frustraban. Stevens y Kabila, como muchos otros gobernantes de África, empezarían a asesinar a sus adversarios y también a ciudadanos inocentes. Las políticas de Mengistu y el Derg aportarían una hambruna recurrente a las fértiles tierras de Etiopía. La historia se repetía, pero de una forma muy distorsionada. Fue una hambruna en la provincia de Wollo en 1973 a la que Haile Selassie fue aparentemente indiferente lo que tanto contribuyó finalmente a fortalecer la oposición a su régimen. Selassie al menos solamente había sido indiferente. En cambio, Mengistu consideró que la hambruna era una herramienta política para minar la fuerza de sus adversarios. La historia no era solamente una farsa y una tragedia, sino también algo cruel para los ciudadanos de Etiopía y gran parte del África subsahariana.

La esencia de la ley de hierro de la oligarquía, esta faceta concreta del círculo vicioso, es que los nuevos líderes que derrocaban a los viejos con promesas de cambio radical solamente aportaron más de lo mismo. De alguna manera, la ley de hierro de la oligarquía es más difícil de entender que otras formas del círculo vicioso. Existe una lógica clara para la persistencia de las instituciones extractivas en el Sur de Estados Unidos y en Guatemala. Los mismos grupos continuaron dominando la economía y la política durante siglos. Incluso cuando eran cuestionados, como en el caso de los plantadores del Sur de Estados Unidos tras la guerra civil, su poder permaneció intacto y pudieron mantener y recrear un conjunto similar de instituciones extractivas de las que se volverían a beneficiar. Sin embargo ¿cómo podemos entender a los que llegan al poder en nombre del cambio radical recreando el mismo sistema? La respuesta a esta pregunta revela, una vez más que el círculo vicioso es más fuerte de lo que parece.

No todos los cambios radicales están condenados al fracaso. La Revolución gloriosa fue un cambio radical, y condujo a lo que quizá resultó ser una de las revoluciones políticas más importantes de los dos milenios pasados. La Revolución francesa fue todavía más radical, con su exceso de caos y violencia y la ascensión de Napoleón Bonaparte, pero no recreó el antiguo régimen.

Tres factores facilitaron enormemente la aparición de instituciones políticas más inclusivas tras la Revolución gloriosa y la Revolución francesa. El primero fueron los nuevos comerciantes y hombres de negocios que deseaban desencadenar el poder de destrucción creativa de la que se beneficiarían; estos hombres nuevos eran miembros clave de las coaliciones revolucionarias y no deseaban ver el desarrollo de otro conjunto de instituciones extractivas que los explotaran de nuevo.

El segundo fue la naturaleza de la amplia coalición que se había formado en ambos casos. Por ejemplo, la Revolución gloriosa no fue un golpe por parte de un grupo reducido o un interés reducido específico, sino un movimiento respaldado por comerciantes, industriales, la *gentry* y varias agrupaciones políticas. Ocurrió lo mismo, a grandes rasgos, en el caso de la Revolución francesa.

El tercer factor está relacionado con la historia de las instituciones políticas inglesas y francesas. Crearon un marco en el cual los regímenes nuevos y más inclusivos se pudieran desarrollar. En ambos países, había una tradición de parlamentos y poderes compartidos que se remontaba a la Carta Magna en Inglaterra y a la Asamblea de Notables en Francia. Además, ambas revoluciones sucedieron en mitad de un proceso que ya había debilitado el control de los regímenes absolutistas o aspirantes a serlo. En ningún caso estas instituciones políticas facilitaron que un nuevo conjunto de gobernantes o un grupo reducido se hiciera con el control del Estado, usurpara la riqueza económica existente y construyera un poder político ilimitado y duradero. Tras la Revolución francesa, un grupo reducido dirigido por Robespierre y Saint-Just sí que logró el control, con consecuencias desastrosas, pero fue temporal y no cambiaron el sentido del camino hacia instituciones más inclusivas. Todo esto contrasta con la situación de las sociedades con largas historias de instituciones políticas y económicas extractivas extremas y sin controles del poder de los gobernantes. En estas sociedades, no habría nuevos comerciantes u hombres de negocios fuertes que apoyaran y financiaran la resistencia contra el régimen existente en parte para garantizar instituciones económicas más inclusivas; ni coaliciones amplias que introdujeran límites al poder de cada uno de sus miembros; ni instituciones políticas que inhibieran el intento de los nuevos gobernantes de usurpar y explotar el poder.

En consecuencia, en Sierra Leona, Etiopía y el Congo, el círculo vicioso fue mucho más difícil de resistir y fue mucho menos probable poner en marcha movimientos hacia instituciones inclusivas. Tampoco había instituciones tradicionales ni históricas que pudieran controlar el poder de aquellos que asumieron el control del Estado. Aquellas instituciones habían existido en algunas partes de África, y algunas, como en Botsuana, incluso sobrevivieron a la era colonial. Sin embargo, fueron mucho menos prominentes a lo largo de la historia de Sierra Leona, y, en la medida en que existieron, estuvieron pervertidas por el control indirecto. Lo mismo sucedió en otras colonias británicas de África, como Kenia y Nigeria. Nunca existieron en el reino absolutista de Etiopía. En el Congo, las instituciones indígenas fueron mutiladas por el dominio colonial belga y las políticas autocráticas de Mobutu. En todas estas sociedades, tampoco había nuevos comerciantes, hombres de negocios ni emprendedores que apoyaran a los nuevos regímenes y que demandaran derechos de propiedad seguros y el fin de las instituciones extractivas previas. De hecho, las instituciones económicas extractivas del período colonial significaron que no quedaran muchos negocios ni espíritu emprendedor.

La comunidad internacional pensó que la independencia poscolonial africana conduciría al crecimiento económico mediante un proceso de planificación estatal y el cultivo del sector privado. No obstante, el sector privado no estaba allí, excepto en áreas rurales, no tenía representación en los nuevos gobiernos y, por lo tanto, sería su primera presa. Más importante quizá, en la mayoría de estos casos hubo beneficios enormes como consecuencia de lograr el poder. Estos beneficios atrajeron a los hombres con menos escrúpulos, como Stevens, que deseaban monopolizar este poder y que sacaron lo peor de ellos una vez que lo alcanzaron. No había nada que detuviera el círculo vicioso.

La retroalimentación negativa y los círculos viciosos

Los países ricos son ricos, en gran medida, porque consiguieron desarrollar instituciones inclusivas en algún momento durante los últimos trescientos años. Estas instituciones han persistido a través de un proceso de círculos virtuosos. Incluso aunque al principio solamente fueran inclusivas en un sentido limitado, y que en ocasiones fueran frágiles, generaron dinámicas que crearían un proceso de

retroalimentación positiva, aumentando poco a poco su inclusividad. Inglaterra no se convirtió en una democracia después de la Revolución gloriosa de 1688. Ni mucho menos. Solamente una pequeña parte de la población tenía una representación formal, pero fue crucial que pasara a ser pluralista. Una vez que se consagró el pluralismo, había una tendencia a que las instituciones se hicieran más inclusivas con el tiempo, aunque era un proceso débil e incierto.

En este aspecto, Inglaterra fue el caso típico de círculo virtuoso: las instituciones políticas inclusivas crean límites contra el ejercicio y la usurpación del poder. También tienden a crear instituciones económicas inclusivas, lo que, a su vez, hace que sea más probable la continuación de instituciones políticas inclusivas.

Cuando existen instituciones económicas inclusivas, la riqueza no se concentra en manos de un grupo reducido que entonces pueda utilizar su poder económico para aumentar su poder político de forma desproporcionada. Además, con instituciones económicas inclusivas, los beneficios de tener el poder político son más limitados, con lo que hay menos incentivos para cada grupo y cada individuo ambicioso y advenedizo para intentar hacerse con el control del Estado. En general, una confluencia de factores en una coyuntura crítica, incluida la interacción entre las instituciones existentes y las oportunidades y los retos aportados por la coyuntura crítica, es la responsable de la aparición de instituciones inclusivas, como lo demuestra el caso inglés. Sin embargo, una vez que están en marcha esas instituciones inclusivas, no se necesita la misma confluencia de factores para que sobrevivan. Los círculos virtuosos, aunque todavía estén sujetos a una contingencia significativa, permiten la continuidad de las instituciones y a menudo incluso desencadenan las dinámicas que conducen a la sociedad hacia una mayor inclusividad.

Igual que los círculos virtuosos hacen que persistan las instituciones inclusivas, los círculos viciosos crean fuerzas poderosas dirigidas a perpetuar las instituciones extractivas. La historia no determina el destino y los círculos viciosos no son irrompibles, como veremos con más detalle en el capítulo 14. Sin embargo, son resistentes. Crean un proceso poderoso de retroalimentación negativa en el que las instituciones políticas extractivas forjan instituciones económicas extractivas que, a su vez, crean la base para la persistencia de instituciones políticas extractivas. Lo vimos más claramente en el caso de Guatemala, en el que la misma élite mantuvo el poder, primero bajo el dominio colonial y después en la Guatemala independiente, durante más de cuatro siglos; las instituciones extractivas enriquecen a la élite, y su riqueza forma la base para la continuación de su dominio.

El mismo proceso de círculo vicioso es evidente en la persistencia de la economía de las plantaciones en el Sur de Estados Unidos, excepto que también muestra la gran resistencia del círculo vicioso frente a las dificultades. Los propietarios de las plantaciones del Sur de Estados Unidos perdieron el control formal de las instituciones políticas y económicas tras su derrota en la guerra civil. La esclavitud, que era la base de la economía de las plantaciones, fue abolida, y los negros pasaron a tener igualdad de derechos políticos y económicos. No obstante, la guerra civil no destruyó el poder político de la élite de plantadores ni su base económica. Dicha élite pudo reestructurar el sistema, bajo un aspecto distinto, pero, aun así, bajo su propio control político local, y lograr el mismo objetivo: la abundancia de mano de obra a bajo coste para las plantaciones.

Esta forma de círculo vicioso, en la que las instituciones extractivas perduran porque la élite que las controla y se beneficia de ellas persiste, no es la única que adoptan. Al principio, una forma más desconcertante, pero no menos real y no menos viciosa, de retroalimentación negativa perfiló el desarrollo político y económico de muchos países, tal y como ilustran las experiencias de gran parte del África subsahariana, sobre todo Sierra Leona y Etiopía. En una forma que el sociólogo Robert Michels reconocería como la ley de hierro de la oligarquía, el derrocamiento de un régimen que

preside instituciones extractivas anuncia la llegada de un conjunto nuevo de amos para explotar el mismo conjunto de instituciones extractivas perniciosas.

La lógica de este tipo de círculo vicioso también es fácil de entender, a posteriori: las instituciones políticas extractivas crean pocos límites al ejercicio del poder, por lo tanto, básicamente, no hay instituciones que limiten el uso y abuso de poder por parte de las personas que derrocaron a dictadores anteriores y asumieron el control del Estado; y las instituciones económicas extractivas implican que se puedan lograr grandes beneficios y riqueza con el mero control del poder, expropiando los activos de otros y estableciendo monopolios.

Evidentemente, la ley de hierro de la oligarquía no es una ley de verdad, en el sentido en que lo es una ley física. No traza un camino inevitable, como ilustran la Revolución gloriosa en Inglaterra o la restauración Meiji en Japón.

Un factor clave en estos episodios, que experimentaron un gran giro hacia las instituciones inclusivas, fue la cesión de poder a una amplia coalición que podría hacer frente al absolutismo y sustituiría las instituciones absolutistas por otras más inclusivas y pluralistas. Una revolución por parte de una coalición amplia hace que la aparición de instituciones políticas pluralistas sea mucho más probable. En Sierra Leona y en Etiopía, la ley de hierro de la oligarquía fue mucho más probable no solamente porque las instituciones existentes eran altamente extractivas, sino porque ni el movimiento de independencia en el primer caso ni el golpe del Derg en el segundo fueron revoluciones dirigidas por coaliciones amplias, sino por individuos y grupos que buscaban el poder para así hacer la extracción.

No obstante, existe otra faceta todavía más destructiva del círculo vicioso, anunciada en nuestro análisis de las ciudades-Estado mayas del capítulo 5. Cuando las instituciones extractivas crean desigualdades enormes en la sociedad y una gran riqueza y poder ilimitado para los que poseen el control, habrá muchos otros que desean luchar para hacerse con el control del Estado y las instituciones. Por lo tanto, las instituciones extractivas no solamente allanan el camino para el siguiente régimen, que será incluso más extractivo, sino que también crearán luchas internas y guerras civiles continuas. Así, estas guerras civiles causan más sufrimiento humano y también destruyen incluso la poca centralización estatal que hayan logrado estas sociedades. Esto empieza a menudo un proceso que conduce a la falta de ley, al Estado fracasado y al caos político, y aplasta todas las esperanzas de prosperidad económica, como ilustrará el capítulo siguiente.

13

Por qué fracasan los países hoy en día

Cómo ganar la lotería en Zimbabue

Corría el mes de enero del año 2000 en Harare, Zimbabue. El maestro de ceremonias Fallot Chawawa tenía que elegir el billete que ganaría la lotería nacional organizada por un banco, en parte, propiedad del Estado, el Zimbabwe Banking Corporation (Zimbank). La lotería estaba abierta a todos los clientes que habían mantenido cinco mil o más dólares de Zimbabue en sus cuentas durante diciembre de 1999. Cuando Chawawa sacó el billete, se quedó estupefacto. Tal y como señaló la declaración pública de Zimbank: «El maestro de ceremonias Fallot Chawawa no podía creer lo que veían sus ojos cuando le pasaron el billete para el premio de cien mil dólares de Zimbabue y vio que estaba escrito "su excelencia R. M. Mugabe"».

El presidente Robert Mugabe, que había dirigido Zimbabue por las buenas y por las malas, y, normalmente, con mano de hierro, desde 1980, había ganado la lotería, cien dólares de Zimbabue, unas cinco veces la renta per cápita anual del país. Zimbank afirmó que el nombre del señor Mugabe había sido extraído de entre miles de clientes elegibles. ¡Qué suerte tiene este hombre! Huelga decir que no necesitaba realmente el dinero. De hecho, Mugabe hacía poco que se había concedido a él mismo y a su gabinete aumentos de sueldo de hasta el 200 por ciento.

El billete de lotería era solamente una indicación más de las instituciones extractivas de Zimbabue. Se podría llamar corrupción, pero es únicamente un síntoma del malestar institucional de Zimbabue. El hecho de que Mugabe incluso pudiera ganar la lotería si quería mostró cuánto control tenía sobre los asuntos de Zimbabue, y dejó entrever al mundo hasta qué punto eran extractivas las instituciones del país.

La razón más común por la que fracasan los países hoy en día es porque tienen instituciones extractivas. Zimbabue, bajo el régimen de Mugabe, ilustra claramente las consecuencias sociales y económicas. Aunque las estadísticas nacionales de Zimbabue sean muy poco fiables, la mejor estimación es que, en 2008, la renta per cápita de Zimbabue era de alrededor de la mitad de cuando el país logró su independencia en 1980. Por dramático que parezca, de hecho ni siquiera capta en absoluto el deterioro del nivel de vida del país. El Estado se ha colapsado y prácticamente ha dejado de proporcionar servicios públicos básicos. En 2008-2009, el deterioro del sistema sanitario condujo a un brote de cólera en el país. El 10 de enero de 2010, había 98.741 casos notificados y 4.293 muertes. Fue el brote de cólera más mortífero de África durante los últimos quince años. Entretanto, el desempleo en masa también había alcanzado unos niveles sin precedentes. A principios de 2009, la Oficina de las Naciones Unidas de Coordinación de Asuntos Humanitarios afirmó que la tasa de desempleo era de un increíble 94 por ciento.

Las raíces de muchas instituciones políticas y económicas de Zimbabue, igual que en gran parte del África subsahariana, se remontan al período colonial. En 1890, la British South Africa Company de Cecil Rhodes envió una expedición militar al entonces reino de los ndebeles, en Matabelelandia, y a la vecina Mashonalandia. La superioridad de su armamento eliminó rápidamente la resistencia africana y, en 1901, se formaba la colonia de Rodesia del Sur, que tomaba su nombre de Cecil Rhodes, en la zona que actualmente es Zimbabue. Ahora que la zona era una concesión privada de la British South Africa Company, Rhodes vio que podía ganar dinero allí mediante la prospección y minería de

minerales preciosos. Aquellas operaciones nunca despegaron, pero las ricas tierras de cultivo empezaron a atraer la migración blanca. Aquellos colonos pronto anexionaron gran parte de la tierra. En 1923, se habían liberado del control de la British South Africa Company y convencieron al gobierno británico para que les concediera el autogobierno. Lo que ocurrió es muy similar a lo que sucedió en Sudáfrica unos diez años antes. La ley de las tierras indígenas (capítulo 9) de 1913 creó una economía dual en Sudáfrica. Rodesia aprobó leyes muy similares y, poco después de 1923, construyó un Estado de *apartheid* solamente para blancos inspirándose en el modelo sudafricano.

Cuando los imperios coloniales europeos se hundieron a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, la élite blanca de Rodesia, dirigida por Ian Smith, formada posiblemente por el 5 por ciento de la población, declaró la independencia de Gran Bretaña en 1965. Pocos gobiernos internacionales reconocieron la independencia de Rodesia, y la ONU le impuso sanciones económicas y políticas. Los ciudadanos negros emprendieron una guerra de guerrillas desde las bases en los países vecinos de Mozambique y Zambia. La presión internacional y la rebelión de los dos grupos principales, el ZANU (Unión Nacional Africana de Zimbabue) de Mugabe y el Zimbabwe African People’s Union, ZAPU (Unión del Pueblo Africano de Zimbabue), dirigido por Joshua Nkomo, dieron como resultado un fin negociado al dominio blanco. El Estado de Zimbabue fue creado en 1980.

Después de la independencia, Mugabe estableció rápidamente su control personal. O bien eliminó violentamente a sus adversarios, o bien los neutralizó. Los actos más atroces de violencia tuvieron lugar en Matabelelandia, el corazón del apoyo al ZAPU, donde hasta veinte mil personas fueron asesinadas a principios de los ochenta. En 1987, el ZAPU se había unido con el ZANU para crear el ZANU-PF, y Joshua Nkomo fue apartado políticamente. Mugabe pudo volver a redactar la Constitución que había heredado como parte de la negociación de la independencia, convirtiéndose en presidente (había empezado como primer ministro). Abolió las listas de votantes blancos que formaban parte del acuerdo de independencia y, finalmente, en 1990, se deshizo del Senado por completo e introdujo cargos en el poder legislativo que él pudiera nombrar. El resultado fue un Estado con un solo partido de facto dirigido por Mugabe.

Tras la independencia, se apoderó de una serie de instituciones económicas extractivas creadas por el régimen blanco, como un gran número de regulaciones de precios y comercio internacional, industrias dirigidas por el Estado y juntas de comercialización agrícolas obligatorias. El empleo público se expandió con rapidez y se dieron puestos de trabajo a los partidarios del ZANU-PF. La severa regulación de la economía efectuada por el gobierno convenía a las élites del ZANU-PF porque hacía muy difícil que surgiera una clase independiente de hombres de negocios africanos, que podrían haber complicado el monopolio político de los viejos hombres de negocios. Este caso fue muy parecido al de Ghana de los años sesenta que vimos en el capítulo 2. Evidentemente, lo irónico es que esto hizo que la clase de negocios principal estuviera formada por blancos. Durante este período, las fuerzas centrales de la economía blanca, sobre todo el sector agrícola altamente productivo, no sufrieron cambios. Sin embargo, esto duraría solamente hasta que Mugabe perdiera su popularidad.

El modelo de regulación e intervención del mercado poco a poco se hizo insostenible y, en 1991, tras una grave crisis fiscal, se inició un proceso de cambio institucional, con el apoyo del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El empeoramiento de los resultados económicos condujo finalmente a la aparición de una oposición política seria al dominio de un solo partido, el ZANU-PF: el Movement for Democratic Change (MDC). Las elecciones parlamentarias de 1995 distaron de ser competitivas. El ZANU-PF ganó el 81 por ciento de los votos y ciento dieciocho de los ciento veinte escaños. Cincuenta y cinco de estos miembros del Parlamento fueron elegidos sin oposición. Las elecciones presidenciales del año siguiente mostraron incluso más signos de irregularidades y fraude.

Mugabe ganó el 93 por ciento de los votos, pero sus dos adversarios, Abel Muzorewa y Ndabaningi Sithole, ya habían retirado sus candidaturas antes de las elecciones, pues acusaron al gobierno de coacción y fraude.

Después del año 2000, a pesar de toda la corrupción, el control del ZANU-PF se estaba debilitando. Solamente consiguió el 49 por ciento del voto popular y únicamente sesenta y tres escaños. El MDC presentó candidatos para todos los escaños y logró todos los de la capital, Harare. En las elecciones presidenciales de 2002, Mugabe logró con dificultades solamente el 56 por ciento de los votos. Ambas elecciones fueron favorables para el ZANU-PF debido a la violencia y la intimidación, junto al fraude electoral.

La respuesta de Mugabe al desmoronamiento de su poder político fue intensificar tanto la represión como el uso de políticas gubernamentales para comprar apoyo. Él desencadenó el asalto generalizado a los terratenientes blancos. A partir del año 2000, animó y apoyó una amplia serie de ocupaciones y expropiaciones de tierras, a menudo dirigidas por asociaciones de veteranos de guerra, grupos supuestamente formados por excombatientes de la guerra de Independencia. Parte de la tierra expropiada fue entregada a estos grupos, pero gran parte también fue a parar a las élites del ZANU-PF. La inseguridad de los derechos de propiedad causada por Mugabe y el ZANU-PF condujo al hundimiento de la producción y la productividad agrícolas. Mientras la economía se desmoronaba, lo único que se podía hacer era imprimir dinero para comprar apoyo, lo que condujo a una enorme hiperinflación. En enero de 2009, se legalizó el uso de otras monedas, como el rand sudafricano, y el dólar de Zimbabue desapareció de la circulación por haberse convertido en un trozo de papel sin valor alguno.

Lo ocurrido en Zimbabue después de 1980 era corriente en el África subsahariana desde la independencia. Zimbabue heredó una serie de instituciones políticas y económicas altamente extractivas en 1980 que, durante los primeros quince años, se mantuvieron relativamente intactas. Aunque se celebraron elecciones, las instituciones políticas eran cualquier cosa menos inclusivas. Las instituciones económicas cambiaron un poco; por ejemplo, ya no había una discriminación explícita contra los negros. Sin embargo, en general, las instituciones continuaron siendo extractivas, la única diferencia fue que la extracción, en lugar de hacerla Ian Smith y los blancos, la hacían Robert Mugabe y las élites del ZANU-PF llenándose los bolsillos. Con el tiempo, las instituciones se hicieron todavía más extractivas y las rentas del país se hundieron. El fracaso político y económico de Zimbabue es otra manifestación de la Ley de hierro de la oligarquía, en este caso, con el régimen extractivo y represivo de Ian Smith que fue sustituido por el régimen extractivo, corrupto y represivo de Robert Mugabe. El hecho de que Mugabe ganara falsamente la lotería en el año 2000 fue simplemente la punta de un iceberg muy corrupto y determinado por la historia.

Los países fracasan hoy en día porque sus instituciones económicas extractivas no crean los incentivos necesarios para que la gente ahorre, invierta e innove. Las instituciones políticas extractivas apoyan a estas instituciones económicas para consolidar el poder de quienes se benefician de la extracción. Las instituciones políticas y económicas extractivas, aunque varíen en detalles bajo distintas circunstancias, siempre están en el origen de este fracaso. En muchos casos, por ejemplo, como veremos en Argentina, Colombia y Egipto, este fracaso adopta la forma de falta de actividad económica suficiente, porque los políticos están encantados de extraer recursos o de aplastar cualquier tipo de actividad económica independiente que los amenace a ellos y a las élites económicas. En algunos casos extremos, como Zimbabue y Sierra Leona, que comentaremos más adelante, las

instituciones extractivas allanan el camino para el fracaso total del Estado, y destruyen no solamente la ley y el orden, sino también los incentivos económicos más básicos. El resultado es el estancamiento económico y, como ilustra la historia reciente de Angola, Camerún, Chad, la República Democrática del Congo, Haití, Liberia, Nepal, Sierra Leona, Sudán y Zimbabue, guerras civiles, desplazamientos en masa, hambrunas y epidemias, que hacen que muchos de estos países sean más pobres hoy en día de lo que lo eran los sesenta.

¿Una cruzada de niños?

El 23 de marzo de 1991, un grupo de hombres armados dirigidos por Foday Sankoh cruzó la frontera entre Liberia y Sierra Leona y atacó Kailahun, una ciudad fronteriza situada al sur. Sankoh, que fue cabo en el ejército de Sierra Leona, había sido encarcelado tras participar en un golpe frustrado contra el gobierno de Siaka Stevens en 1971. Tras ser puesto en libertad, acabó en Libia, donde entró en un campo de entrenamiento que dirigía el dictador libio Gadafi para revolucionarios africanos. Allí, conoció a Charles Taylor, que planeaba derrocar al gobierno de Liberia. Cuando Taylor invadió Liberia la Nochebuena de 1989, Sankoh estaba con él, y fue con un grupo de hombres de Taylor, la mayoría de Liberia y Burkina Faso, con los que Sankoh invadió Sierra Leona. Se autodenominaban el RUF (Frente Unido Revolucionario) y anunciaron que estaban allí para derrocar al gobierno corrupto y tirano del APC.

Como vimos en el capítulo anterior, Siaka Stevens y su partido, el APC, se hicieron con las instituciones extractivas de la época colonial y las intensificaron en Sierra Leona, como habían hecho Mugabe y su ZANU-PF en Zimbabue. En 1985, cuando Stevens enfermo de cáncer e hizo que Joseph Momoh lo sustituyera, la economía se estaba hundiendo. A Stevens le gustaba citar este aforismo, aparentemente sin ironía: «La vaca come allí donde esté atada». Y allí donde Stevens había comido una vez, Momoh se atiborraba. Las carreteras se caían a pedazos y las escuelas se desintegraron. Las emisiones de la televisión nacional cesaron en 1987, cuando el ministro de Información vendió el transmisor, y, en 1989, una torre de radio que transmitía señales fuera de Freetown se cayó, con lo que se acabaron las transmisiones fuera de la capital. Un análisis publicado en un periódico en la ciudad de Freetown en 1995 parecía muy veraz:

> Al final del gobierno de Momoh, había dejado de pagar a los funcionarios civiles, a los profesores e incluso a los jefes supremos. El gobierno central se había hundido y, después, evidentemente, tuvimos incursiones en la frontera, los «rebeldes» y todas las armas automáticas que llegaban en avalanchas a la frontera de Liberia. El NPRC, los rebeldes y los *sobels* [soldados convertidos en rebeldes] equivalen al caos que uno espera cuando desaparece un gobierno. No son las causas de nuestros problemas, sino los síntomas.

El hundimiento del Estado bajo Momoh, de nuevo como consecuencia del círculo vicioso desencadenado por las instituciones extractivas extremas bajo Stevens, significó que no había nada que detuviera al RUF para que no cruzara la frontera en 1991. El Estado no tenía capacidad para hacerle frente. Stevens ya había castrado al poder militar, porque le preocupaba que lo pudieran derrocar. Así, fue fácil que un número relativamente pequeño de hombres armados crearan el caos en la mayor parte del país. Incluso tenían un manifiesto denominado Footpaths to Democracy (Caminos de democracia), que empezaba con una cita del intelectual negro Frantz Fanon: «Cada generación, dentro de una relativa opacidad, tiene que descubrir su misión, cumplirla o traicionarla». El apartado «¿Por qué luchamos?» empieza así:

> Continuamos luchando porque estamos cansados de ser víctimas perpetuas de la pobreza patrocinada por el Estado y la degradación humana que se os ha infligido durante años de militarismo y gobierno autocrático. Nos contendremos y continuaremos esperando pacientemente el día de la paz, donde todos seremos vencedores. Estamos comprometidos con la paz, necesaria por cualquier medio, pero no estamos comprometidos con convertirnos en víctimas de la paz. Sabemos que nuestra causa es justa y Dios/Alá nunca nos abandonará en nuestra lucha por reconstruir una Sierra Leona nueva.

Aunque Sankoh y otros líderes del RUF hubieran empezado con quejas políticas, y las quejas de la gente que sufría bajo las instituciones extractivas del APC los hubieran animado a unirse al movimiento en una primera etapa, la situación cambió rápidamente y quedó fuera de control. La «misión» del RUF sumió al país en una agonía, como se puede ver en el testimonio de un adolescente de Geoma, al sur de Sierra Leona:

> Nos cogieron a unos cuantos... Eligieron a algunos de nuestros amigos y los mataron, a dos, porque sus padres eran los jefes, y tenían propiedades y botas de soldado en sus casas. Les dispararon solamente porque los acusaron de cobijar a soldados. Los jefes también fueron asesinados, por formar parte del gobierno. Eligieron a alguien para que fuera el nuevo jefe. Todavía decían que habían venido para liberarnos del APC. Llegó un punto en el que ya no elegían a nadie a quien matar, simplemente disparaban a la gente.

En el primer año de la invasión, la posible raíz intelectual que pudiera haber tenido el RUF desapareció por completo. Sankoh ejecutó a quienes criticaban las atrocidades crecientes. Al cabo de poco tiempo, pocos hombres se unían voluntariamente al RUF, así que recurrieron al reclutamiento forzoso, sobre todo de niños. De hecho, todos los bandos lo hicieron, incluso el ejército. Si la guerra civil de Sierra Leona había sido una cruzada para construir una sociedad mejor, al final fue una cruzada de niños. El conflicto se intensificó con masacres y abusos masivos de derechos humanos que incluían violaciones en masa y la amputación de manos y orejas. Cuando el RUF se adueñaba de una zona, también empezaba la explotación económica. Era más evidente en las zonas de minería de diamantes, donde obligaban a la gente a trabajar en aquellas minas, pero estaba extendida también en otros lugares.

El RUF no era el único que cometía atrocidades y masacres y obligaba a trabajar por la fuerza, sino que el gobierno también lo hizo. La ley y el orden habían desaparecido, hasta tal punto de que se hizo difícil para la gente distinguir a un soldado de un rebelde. La disciplina militar desapareció por completo. En el momento en que acabó la guerra, en el año 2001, probablemente ochenta mil personas habían muerto y todo el país había sido devastado. Se destruyeron por completo carreteras, casas y edificios. Hoy en día, si uno va a Koidu, una gran área de producción de diamantes situada en el este, se ven filas de casas quemadas marcadas por agujeros de bala.

En 1991, el Estado de Sierra Leona había fracasado por completo. Pensemos en lo que el rey Shyaam inició con los bushongs (capítulo 5): estableció instituciones extractivas para fortalecer su poder y extraer la producción del resto de la sociedad. Sin embargo, incluso las instituciones extractivas con una autoridad central concentrada en sus manos eran una mejora frente a la situación sin ley ni orden, autoridad central ni derechos de propiedad que caracterizaba a la sociedad lele del otro lado del río Kasai. Esta falta de orden y autoridad central ha sido el destino de muchos países africanos en décadas recientes, en parte porque el proceso de centralización política se retrasó históricamente en grandes áreas del África subsahariana, pero también porque el círculo vicioso de instituciones extractivas cambió radicalmente cualquier centralización estatal que hubiera existido, con lo que allanó el camino para el fracaso del Estado.

Sierra Leona, durante su década sangrienta, la guerra civil de 1991 a 2001, fue el típico caso de

Estado fracasado. Empezó simplemente como un país más de los estropeados por instituciones extractivas, si bien de un tipo particularmente vicioso e ineficiente. Los países se convierten en Estados fracasados no por su situación geográfica ni su cultura, sino por el legado de las instituciones extractivas, que concentran el poder y la riqueza en aquellos que controlan el Estado, lo que abre el camino a los disturbios, las contiendas y la guerra civil. Las instituciones extractivas también contribuyen directamente al fracaso gradual del Estado al descuidar la inversión en los servicios públicos más básicos, exactamente como sucedió en Sierra Leona.

Las instituciones extractivas que expropian y empobrecen al pueblo y bloquean el desarrollo económico son bastante comunes en África, Asia y Sudamérica. Charles Taylor ayudó a iniciar la guerra civil en Sierra Leona y, al mismo tiempo, emprendió un conflicto despiadado en Liberia, que condujo al fracaso del Estado allí también. El patrón de instituciones extractivas que se colapasaron y llegaron a causar una guerra civil y el fracaso del Estado se ha dado en otros lugares de África; por ejemplo, en Angola, Costa de Marfil, la República Democrática del Congo, Mozambique, la República del Congo, Somalia, Sudán y Uganda. La extracción allana el camino para el conflicto, de forma parecida al conflicto que las instituciones altamente extractivas de las ciudades-Estado mayas generaron hace casi mil años. El conflicto precipita el Estado fracasado. Por eso, otra razón por la que los países fracasan hoy en día es que sus Estados fracasan. Esto, a su vez, es una consecuencia de décadas de gobierno bajo instituciones políticas y económicas extractivas.

¿Quién es el Estado?

Los casos de Zimbabue, Somalia y Sierra Leona, aunque típicos de países pobres de África, y quizá incluso de algunos de Asia, parecen bastante extremos. ¿Es indudable que los países latinoamericanos no tienen Estados fracasados? ¿Y que sus presidentes no son tan descarados como para ganar la lotería de esa forma?

En Colombia, los Andes se funden poco a poco en el norte con una gran llanura costera que linda con el Caribe. Los colombianos la llaman tierra caliente, y es distinta al mundo andino de la tierra fría. Durante los últimos cincuenta años, la mayor parte de los politólogos y de los gobiernos han considerado que Colombia es una democracia. Estados Unidos se alegra de negociar un tratado de libre comercio potencial con el país y le envía todo tipo de ayuda, sobre todo ayuda miliar. Tras un gobierno militar de corta vida, que acabó en 1958, se han celebrado elecciones con regularidad, aunque, hasta 1974, existía un pacto por el que se alternaban el poder político y la presidencia entre los dos partidos políticos tradicionales, los conservadores y los liberales. De todas formas, dicho pacto, el Frente Nacional, fue ratificado por el pueblo colombiano a través de un plebiscito, y todo esto parece lo suficientemente democrático.

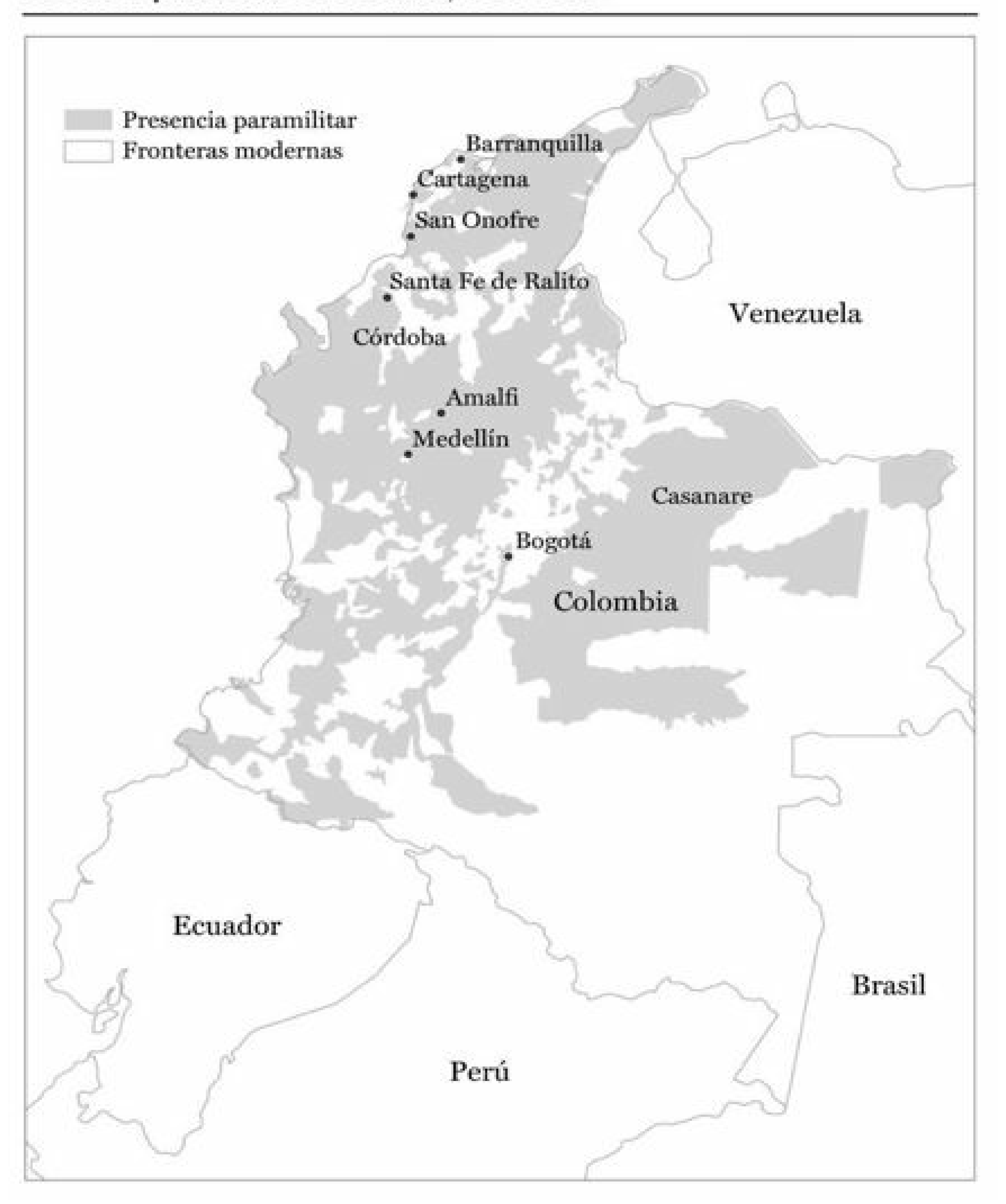
A pesar de que Colombia tenga una larga historia de elecciones democráticas, no tiene instituciones inclusivas. Su historia ha estado marcada por violaciones de libertades civiles, ejecuciones extrajudiciales, violencia contra los civiles y guerra civil. No es el tipo de resultados que se esperan de una democracia. La guerra civil de Colombia es distinta a la de Sierra Leona, en la que el Estado y la sociedad se hundieron y el caos reinó. Sin embargo, es una guerra civil que ha causado muchas más víctimas. El gobierno militar de los cincuenta era, en parte, una respuesta a una guerra civil conocida simplemente como «la violencia». Desde entonces, una amplia gama de grupos insurgentes, en su mayoría revolucionarios comunistas, se han multiplicado como una plaga en el campo, secuestrando y asesinando. Para evitar las acciones de dichos grupos en la Colombia rural, se

debe pagar la denominada vacuna, es decir, uno se vacuna contra ser asesinado o secuestrado pagando a algún grupo de matones armados cada mes.

No todos los grupos armados de Colombia son comunistas. En 1981, los miembros del principal grupo de la guerrilla comunista de Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), secuestraron a un vaquero, Jesús Castaño, que vivía en un pueblo pequeño llamado Amalfi en la tierra caliente, en la parte noreste del departamento de Antioquía. Las FARC exigieron un rescate que ascendía a siete mil dólares, una pequeña fortuna en la Colombia rural. La familia logró reunir aquella cifra hipotecando la granja, pero hallaron el cadáver de su padre encadenado a un árbol. Fue la gota que colmó el vaso para tres de los hijos de Castaño, Carlos, Fidel y Vicente. Fundaron un grupo paramilitar, Los Tangueros, para encontrar a los miembros de las FARC y vengar aquel asesinato. Los hermanos eran buenos organizadores y, al cabo de poco tiempo, su grupo había crecido y empezaba a encontrar un interés común con otros grupos paramilitares similares que se habían desarrollado a partir de causas parecidas. Los colombianos de muchas áreas sufrían a manos de las guerrillas de izquierdas y de los paramilitares de derechas que se habían formado en su contra. Los terratenientes utilizaban a los paramilitares para defenderse de las guerrillas, pero también participaban en el tráfico de drogas, la extorsión y el secuestro y asesinato de ciudadanos.

MAPA 20

Presencia paramilitar en Colombia, 1997-2005



En 1997, los paramilitares, dirigidos por los hermanos Castaño, habían conseguido formar una organización nacional para paramilitares denominada Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que se extendieron a grandes partes del país, sobre todo el país caliente, en los departamentos de Córdoba, Sucre, Magdalena y César. En 2001, las AUC quiza alcanzaron a tener treinta mil hombres armados a su disposición, organizados en distintos bloques. En Córdoba, el paramilitar Bloque Catatumbo estaba dirigido por Salvatore Mancuso. A medida que su poder continuaba creciendo, las AUC tomaron la decisión estratégica de participar en política. Los paramilitares y los políticos se buscaban entre sí. Varios de los líderes de las AUC organizaron una reunión con destacados políticos en el pueblo de Santa Fe de Ralito de Córdoba, y se redactó un documento conjunto, un pacto, en el que se exigía la «refundación del país». El pacto fue firmado por miembros líderes de las AUC, como Jorge 40 (apodo de Rodrigo Tovar Pupo), Adolfo Paz (nombre de guerra de Diego Fernando *Don Berna* Murillo) y Diego Vecino (nombre real: Edwar Cobo Téllez), y políticos, entre los que se incluían los senadores nacionales William Montes y Miguel de la Espriella. En este punto, las AUC dominaban grandes zonas de Colombia, y les resultaba fácil amañar quién saldría elegido en las elecciones de 2002 para el Congreso y el Senado. Por ejemplo, en el municipio de San Onofre, en Sucre, las elecciones fueron amañadas por el líder paramilitar Cadena. Un testigo describe así lo ocurrido:

> Los camiones enviados por Cadena recorrían los barrios, corregimientos y zonas rurales de San Onofre recogiendo gente. Según algunos habitantes... Para las elecciones de 2002, cientos de campesinos fueron llevados al corregimiento Plan Parejo para poder ver las caras de los candidatos a los que tenían que votar en las elecciones parlamentarias: Jairo Merlano para el Senado y Muriel Benito Rebollo para el Congreso.
>
> Cadena puso en una bolsa los nombres de los miembros del consejo municipal, sacó dos y dijo que los mataría a ellos y a otras personas elegidas al azar si no ganaba Muriel.

Según parece, la amenaza funcionó: cada candidato obtuvo cuarenta mil votos en todo Sucre. No es de extrañar que el alcalde de San Onofre firmara el pacto de Santa Fe de Ralito. Probablemente, una tercera parte de los congresistas y senadores debían su elección del año 2002 al apoyo paramilitar. El mapa 20, que muestra las zonas de Colombia bajo control paramilitar, señala lo extendido que estaba su control. El propio Salvatore Mancuso lo describió así en una entrevista:

> El 35 por ciento del Congreso fue elegido en zonas en las que había estados de los grupos de Autodefensa; en aquellos estados, nosotros éramos los que recaudábamos impuestos, los que impartíamos justicia y los que teníamos el control militar y territorial de la región, y toda la gente que quería entrar en política tenía que venir y tratar con los representantes políticos que teníamos allí.

No resulta difícil imaginar el efecto de este alcance del control paramilitar de la política y la sociedad sobre instituciones económicas y políticas públicas. La expansión de las AUC no fue un asunto pacífico. El grupo no luchaba solamente contra las FARC, sino que también asesinaba a civiles inocentes y aterrorizaba y desplazaba a cientos de miles de personas de sus hogares. Según el Centro de Seguimiento de Desplazamientos Internos (IDMC) del Consejo Noruego de Refugiados, a principios de 2010, alrededor del 10 por ciento de la población de Colombia, casi 4,5 millones de personas, estaba desplazada internamente. Los paramilitares, como sugirió Mancuso, se adueñaron del gobierno y de todas sus funciones, excepto que los impuestos que recaudaban eran una simple expropiación que iba a parar a sus bolsillos. Un pacto extraordinario entre el líder paramilitar Martín Llanos (nombre real: Héctor Germán Buitrago) y los alcaldes de los municipios de Tauramena, Aguazul, Maní, Villanueva, Monterrey y Sabanalarga, en el departamento de Casanare en el este de Colombia, señala las siguientes reglas que deben seguir los alcaldes por orden de los «Campesinos

Paramilitares de Casanare»:

- Dar el 50 por ciento del presupuesto municipal para que sea gestionado por los Campesinos Paramilitares de Casanare.
- El 10 por ciento de cada uno de los contratos del municipio [para ser entregado a los Campesinos Paramilitares de Casanare].
- Asistencia obligatoria a todas las reuniones convocadas por los Campesinos Paramilitares de Casanare.
- Inclusión de los Campesinos Paramilitares de Casanare en todos los proyectos de infraestructura.
- Afiliación al nuevo partido político formado por los Campesinos Paramilitares de Casanare.
- Cumplimiento de su programa de gobierno.

Casanare no es un departamento pobre. Al contrario, posee la mayor renta per cápita de Colombia porque tiene depósitos de petróleo importantes, justo el tipo de recursos que atraen a los paramilitares. De hecho, una vez que se hicieron con el poder, los paramilitares intensificaron la expropiación sistemática de la propiedad. Según se cree, el propio Mancuso acumuló propiedades urbanas y rurales por un valor de veinticinco millones de dólares. Las estimaciones de la tierra expropiada en Colombia por los paramilitares son del 10 por ciento de toda la tierra rural.

Colombia no es un caso de Estado fracasado a punto de hundirse. Sin embargo, es un Estado sin centralización suficiente y con una autoridad lejos de ser completa sobre todo su territorio. Aunque el Estado pueda proporcionar seguridad y servicios públicos en grandes áreas urbanas como Bogotá y Barranquilla, existen partes significativas del país en las que proporciona pocos servicios públicos y prácticamente ninguna ley y orden. En su lugar, existen grupos y personas alternativos, como Mancuso, que controlan la política y los recursos. En algunas partes del país, las instituciones económicas funcionan bastante bien, y hay niveles elevados de capital humano y habilidad emprendedora; no obstante, en otras partes, las instituciones son muy extractivas, y ni siquiera proporcionan un mínimo nivel de autoridad estatal.

Podría ser difícil comprender cómo se puede mantener una situación así durante décadas, incluso siglos. Sin embargo, de hecho, la situación tiene una lógica propia, un tipo de círculo vicioso. La violencia y la falta de instituciones estatales centralizadas de este tipo inician una relación simbiótica con políticos que dirigen las partes funcionales de la sociedad. Esta relación simbiótica surge porque los políticos nacionales explotan la falta de ley de las zonas periféricas del país, mientras que el gobierno nacional deja libertad a los grupos paramilitares.

Este patrón se hizo particularmente evidente a partir del año 2000. En 2002, Álvaro Uribe ganó las elecciones presidenciales. Uribe tenía algo en común con los hermanos Castaño: su padre había sido asesinado por las FARC. Realizó una campaña en la que repudiaba los intentos de la Administración anterior de hacer las paces con las FARC. En 2002, su porcentaje de votos era 3 puntos porcentuales superior en zonas con paramilitares. En 2006, cuando fue reelegido, su porcentaje de votos era 11 puntos porcentuales superior en esas zonas. Si Mancuso y sus compañeros podían entregar el voto para el Congreso y el Senado, lo podían hacer también en las elecciones presidenciales, sobre todo para un presidente fuertemente alineado con su visión mundial y que probablemente sería indulgente con ellos. Tal y como declaró Jairo Angarita, el segundo de Salvatore Mancuso y ex líder de los bloques Sinú y San José de las AUC, en setiembre de 2005, estaba orgulloso de trabajar para la «reelección del mejor presidente que hemos tenido nunca».

Una vez elegidos, los senadores y congresistas paramilitares votaban lo que Uribe quería, sobre todo los cambios en la Constitución para que él pudiera ser elegido en 2006, lo que no estaba permitido durante su primera elección, en 2002. A cambio, el presidente Uribe promulgó una ley profundamente indulgente que permitió a los paramilitares desmovilizarse. La desmovilización no significaba el fin del paramilitarismo, sino simplemente su institucionalización en grandes zonas de Colombia y el Estado colombiano, de las que se habían adueñado los paramilitares y que se les permitió mantener.

En Colombia, muchos aspectos de las instituciones políticas y económicas han pasado a ser más inclusivos con el tiempo. Sin embargo, ciertos grandes elementos extractivos permanecen. La falta de ley y los derechos de propiedad inseguros son endémicos en grandes zonas del país, y esto es consecuencia de la falta de control por parte del Estado nacional de muchas partes del país, y la forma particular de falta de centralización del Estado en Colombia. No obstante, esta situación no es un resultado inevitable, sino una consecuencia de la dinámica que refleja el círculo vicioso: las instituciones políticas de Colombia no generan incentivos para que los políticos proporcionen servicios públicos y ley y orden en gran parte del país y no les ponen límites suficientes para evitar que hagan tratos implícitos o explícitos con los paramilitares y los criminales.

«El corralito»

Argentina estaba sumida en una crisis económica a finales de 2001. Durante tres años, la renta había estado disminuyendo, el desempleo había ido aumentando y el país había acumulado una deuda internacional masiva. Las políticas que condujeron a esta situación fueron adoptadas después de 1989 por el gobierno de Carlos Menem, para detener la hiperinflación y estabilizar la economía. Durante un tiempo, lo lograron.

En 1991, Menem vinculó el peso argentino al dólar estadounidense. Un peso era igual a un dólar según la ley. No iba a haber modificaciones en el tipo de cambio. Fin de la historia. Bueno, casi. Para convencer al pueblo de que el gobierno realmente quería ceñirse a la ley, lo persuadió de abrir cuentas bancarias en dólares estadounidenses. Los dólares se podían utilizar en las tiendas de la ciudad de Buenos Aires y se podían retirar de cajeros automáticos de toda la ciudad. Esta política pudo haber ayudado a estabilizar la economía, pero tenía un gran inconveniente. Hacía que las exportaciones argentinas fueran muy caras y las importaciones extranjeras, muy baratas. Las exportaciones cesaron y las importaciones aumentaron estrepitosamente. La única forma de pagarlas era pedir dinero prestado. Era una situación insostenible. A medida que más personas se empezaban a preocupar por la sostenibilidad del peso, ponían más parte de su riqueza en cuentas bancarias en dólares. Pensaban que, al fin y al cabo, si el gobierno hacía pedazos la ley y devaluaba el peso, estarían seguros con las cuentas en dólares. Hicieron bien en preocuparse por el peso. Sin embargo, fueron demasiado optimistas acerca de sus dólares.

El 1 de diciembre de 2001, el gobierno congeló todas las cuentas bancarias, inicialmente, durante noventa días. Solamente se permitía retirar una pequeña cantidad de efectivo a la semana. Primero, fueron doscientos cincuenta pesos, que todavía valían doscientos cincuenta dólares; más tarde, trescientos pesos. Sin embargo, únicamente se podían retirar de las cuentas que estaban en pesos. Nadie podía retirar dinero de sus cuentas en dólares, a menos que estuvieran de acuerdo en convertir los dólares en pesos. Nadie quería hacerlo. Los argentinos llamaron a esta situación «el corralito»: los depositantes estaban encerrados en un corral como si fueran animales, sin poder ir a ningún sitio. En

enero, la devaluación se promulgó finalmente y el cambio, en lugar de ser un peso por un dólar, pronto fue de cuatro pesos por un dólar. Esto debería de haber sido una reivindicación de los que pensaron que debían poner sus ahorros en dólares. Sin embargo, no lo fue, porque el gobierno convirtió forzosamente todas las cuentas bancarias que estaban en dólares a pesos, pero al tipo de cambio antiguo, uno por uno. Alguien que hubiera tenido mil dólares ahorrados, de repente tenía solamente doscientos cincuenta. El gobierno había expropiado tres cuartas partes de los ahorros del pueblo.

Para los economistas, Argentina es un país desconcertante. Para ilustrar lo difícil que era comprender Argentina, el economista Simon Kuznets, ganador del Premio Nobel, dijo su famosa frase de que existen cuatro tipo de países: desarrollados, subdesarrollados, Japón y Argentina. Kuznets lo pensaba porque, en la época de la primera guerra mundial, Argentina era uno de los países más ricos del mundo. Después, empezó un declive constante en relación con otros países ricos en Europa occidental y Norteamérica y, en los setenta y los ochenta, se hundió completamente. A primera vista, el resultado económico de Argentina es desconcertante, pero las razones de su declive se hacen más claras cuando se miran a través del cristal de instituciones inclusivas y extractivas.

Es cierto que, antes de 1914, Argentina experimentó alrededor de cincuenta años de desarrollo económico, pero era el ejemplo clásico de crecimiento con instituciones extractivas. Estaba dirigida por una reducida élite que invirtió decididamente en la economía de exportación agrícola. La economía creció con la exportación de carne de vacuno, pieles y cereales en medio de un *boom* del precio mundial de esos productos. Como todas las experiencias de crecimiento con instituciones extractivas, esto implicó que no hubiera ni destrucción creativa ni innovación. Y no era sostenible. En la época de la primera guerra mundial, la inestabilidad política creciente y las revueltas armadas provocaron que las élites argentinas intentaran ampliar el sistema político, pero esto condujo a la movilización de fuerzas que no podían controlar y, en 1930, se produjo el primer golpe militar. Desde entonces y hasta 1983, Argentina fue alternando entre dictadura y democracia, y entre varias instituciones extractivas. Hubo una represión masiva con el dominio militar, que alcanzó su punto máximo en los setenta con, como mínimo, nueve mil personas y probablemente muchas más ejecutadas ilegalmente. Cientos de miles fueron encarceladas y torturadas.

Durante los períodos de gobierno civil, hubo elecciones —en cierto modo, hubo democracia—. Sin embargo, el sistema político estaba lejos de ser inclusivo. Desde el surgimiento de Perón en los años cuarenta, la Argentina democrática había estado dominada por el partido político que él había creado, el Partido Justicialista, normalmente conocido como Partido Peronista. Los peronistas ganaron las elecciones gracias a una enorme máquina política, que logró comprar votos, repartiendo clientelismo y participando en casos de corrupción, como contratos del gobierno y trabajos a cambio de apoyo político. En cierto sentido, era una democracia, pero no era pluralista. El poder estaba altamente concentrado en el Partido Peronista, que se enfrentaba a pocos límites respecto a lo que podía hacer, como mínimo, durante el período en el que los militares se contuvieron y no lo apartaron del poder. Como vimos anteriormente, en el capítulo 11, si el Tribunal Supremo cuestionaba una política, tanto peor para el Tribunal Supremo.

En los cuarenta, Perón había cultivado el movimiento obrero como base política. Cuando se debilitó debido a la represión militar en los años setenta y ochenta, su partido simplemente pasó a comprar votos a otros. Las políticas e instituciones económicas estaban diseñadas para dar ingresos a sus partidarios, no para crear igualdad de oportunidades. Cuando el presidente Menem se enfrentó a un límite de mandato que impidió que fuera reelegido en los años noventa, fue más de lo mismo; simplemente tenía que reescribir la Constitución y deshacerse del límite de mandato. Como muestra «el corralito», incluso si Argentina tiene elecciones y gobiernos elegidos popularmente, el gobierno es

bastante capaz de anular derechos de propiedad y expropiar a sus propios ciudadanos con impunidad. Existe poco control sobre los presidentes y las élites políticas de Argentina y, sin duda alguna, no existe pluralismo.

Lo que desconcierta a Kuznets, y también a muchos otros que visitan Buenos Aires, es que la ciudad parezca tan distinta a Lima, la ciudad de Guatemala o incluso la ciudad de México. Uno no ve indígenas ni descendientes de los antiguos esclavos. En general, lo que se ve es la arquitectura y los edificios espléndidos construidos durante la *belle époque*, los años del crecimiento bajo instituciones extractivas. Sin embargo, en Buenos Aires, solamente se ve una parte de Argentina. Menem, por ejemplo, no era de Buenos Aires. Nació en Anillaco, en la provincia de La Rioja, en las lejanas montañas hacia el noroeste de Buenos Aires, y estuvo tres mandatos como gobernador de la provincia. En la época de la conquista de América por parte de los españoles, esta zona de Argentina era un área periférica del Imperio inca y tenía una densa población indígena (véase el mapa 1). Los españoles crearon encomiendas aquí, y una economía altamente extractiva desarrolló el cultivo de alimentos y la cría de mulos para los mineros de Potosí al norte. De hecho, La Rioja se parecía mucho más a la zona de Potosí de Perú y Bolivia que a Buenos Aires. En el siglo XIX, La Rioja vio nacer al famoso señor de la guerra Facundo Quiroga, quien gobernó la zona sin ley y marchó con su ejército sobre Buenos Aires. La historia sobre el desarrollo de las instituciones políticas argentinas es una historia sobre cómo las provincias interiores, como La Rioja, lograron acuerdos con Buenos Aires. Estos acuerdos eran una tregua: los señores de la guerra de La Rioja aceptaron dejar Buenos Aires para que se pudiera ganar dinero. A cambio, las élites de Buenos Aires abandonaron la reforma de las instituciones «del interior». Por eso, a primera vista, Argentina parece un mundo aparte comparado con Perú o Bolivia, pero, en realidad, no es tan distinto una vez que se sale de los elegantes bulevares de Buenos Aires. El hecho de que las preferencias y las políticas del interior se integraran en las instituciones argentinas es la razón de que el país haya experimentado un camino institucional muy similar al de otros países latinoamericanos extractivos.

El hecho de que las elecciones no hayan conllevado instituciones políticas ni económicas inclusivas es el caso habitual en América Latina. En Colombia, los paramilitares pueden amañar un tercio de las elecciones nacionales. En Venezuela, hoy en día, como en Argentina, el gobierno de Hugo Chávez, elegido democráticamente, ataca a sus adversarios, los echa de puestos de trabajo en el sector público, cierra periódicos si no le gustan sus editoriales y expropia bienes. En cualquier cosa que haga, Chávez es mucho más poderoso y tiene menos límites que sir Robert Walpole en la Gran Bretaña del siglo XVIII, cuando fue incapaz de condenar a John Huntridge bajo la Ley negra (véase el capítulo 11). A Huntridge le habría ido mucho peor en la Venezuela o la Argentina actuales.

La democracia que emerge en América Latina, en principio, es diametralmente opuesta al gobierno de la élite y, en retórica y acción, intenta repartir derechos y oportunidades como mínimo de un segmento de la élite, pero sus raíces están firmemente ancladas en regímenes extractivos en dos sentidos. Primero, las desigualdades persistentes durante regímenes extractivos que hacen que los votantes de nuevas democracias emergentes voten a favor de políticos que tienen políticas extremas. No se trata de que los argentinos sean ingenuos y piensen que Juan Perón o políticos peronistas más recientes como Menem o los Kirchner son altruistas y defienden sus intereses, o que los venezolanos vean su salvación en Hugo Chávez, sino que muchos argentinos y venezolanos reconocen que todos los demás políticos y partidos durante tanto tiempo no les han dado voz, no han proporcionado los servicios públicos más básicos, como carreteras y educación, ni los han protegido de la explotación por parte de las élites locales. Hoy en día, muchos venezolanos apoyan las políticas que adopta Chávez aunque vengan acompañadas de corrupción y derroche del mismo modo que muchos argentinos

apoyaron las políticas de Perón en los cuarenta y los setenta. Segundo, de nuevo, son las instituciones extractivas subyacentes las que hacen que la política sea tan atractiva y tan parcial a favor de hombres fuertes como Perón y Chávez, en lugar de ser un sistema de partidos efectivo que produzca alternativas deseables desde el punto de vista social. Perón, Chávez y docenas de otros hombres fuertes de América Latina son solamente una faceta más de la ley de hierro de la oligarquía, y, como sugiere el nombre, las raíces de esta ley de hierro se encuentran en los regímenes subyacentes controlados por la élite.

El nuevo absolutismo

En noviembre de 2009, el gobierno de Corea del Norte implantó lo que los economistas denominan «reforma monetaria». Los períodos graves de inflación suelen causar dichas reformas. En Francia, en enero de 1960, una reforma de la moneda introdujo un franco nuevo que era igual a cien de los francos existentes. Los francos viejos continuaron en circulación y la gente incluso ponía precios en esos francos, porque el cambio a los nuevos se hizo de forma gradual. Finalmente, los francos viejos dejaron de ser moneda de curso legal en enero de 2002, cuando Francia introdujo el euro. La reforma norcoreana parecía similar, a primera vista. Igual que el gobierno francés en 1960, el gobierno norcoreano decidió quitar dos ceros de la moneda. Cien wones viejos, la moneda de Corea del Norte, valdrían igual que un won nuevo. La gente podía cambiar su vieja moneda por la que se acababa de emitir, pero se tenía que hacer en una semana, en vez de en cuarenta y dos años, como en el caso francés. Entonces, llegó la pega: el gobierno anunció que nadie podría convertir más de 100.000 wones, aunque más tarde relajó la cifra y la dejó en 500.000. Cien mil wones eran unos 40 dólares en el tipo de cambio del mercado negro. El gobierno había barrido de un plumazo una fracción enorme de la riqueza privada de los ciudadanos norcoreanos; no sabemos exactamente cuánta, pero es probablemente más grande que la expropiada por el gobierno argentino en 2002.

El gobierno de Corea del Norte es una dictadura comunista que se opone a la propiedad privada y a los mercados. Sin embargo, es difícil controlar los mercados negros, y éstos hacen las operaciones en efectivo. Evidentemente, también utilizan un poco de moneda extranjera, sobre todo china, pero en muchas operaciones se usa el won. La reforma monetaria tenía por objeto castigar a la gente que utilizaba aquellos mercados y, más concretamente, asegurarse de que no se volvieran demasiado ricos ni poderosos para amenazar al régimen. Mantenerlos pobres era mucho más seguro. Pero la historia no acaba con los mercados negros. La población de Corea del Norte también guardaba sus ahorros en wones porque hay pocos bancos en Corea, y todos son propiedad del gobierno. De hecho, el gobierno utilizó la reforma monetaria para expropiar gran parte de los ahorros de la población.

A pesar de que el gobierno diga que considera que los mercados son malos, a la élite de Corea del Norte le gusta bastante lo que los mercados producen para ella. El líder, Kim Jong Il, tiene un palacio de placer de siete plantas equipado con bar, máquina de karaoke y una pequeña sala de cine. La planta baja tiene una piscina enorme con una máquina de olas donde Kim disfruta haciendo *bodyboarding* con una tabla que tiene un pequeño motor. Cuando, en 2006, Estados Unidos impuso sanciones a Corea del Norte, sabía cómo dar en la llaga al régimen. Finalmente, decidió que fuera ilegal exportar más de sesenta artículos de lujo a Corea del Norte, como yates, motos de agua, coches de carreras, motos, aparatos para reproducir DVD y televisores de más de 29 pulgadas. Ya no habría más pañuelos de seda, estilográficas de diseño, pieles o maletas de piel. Éstos eran exactamente los artículos que coleccionaban Kim y su élite del Partido Comunista. Un erudito utilizó las cifras de venta de la

empresa francesa Hennessy para estimar que el presupuesto de coñac anual de Kim antes de las sanciones podría haber sido de hasta ochocidentos mil dólares al año.

Es imposible comprender muchas de las regiones más pobres del mundo a finales del siglo XX sin comprender el nuevo absolutismo del siglo XX: el comunismo. Marx imaginaba un sistema que generaría prosperidad con condiciones más humanas y sin desigualdades. Lenin y su Partido Comunista se inspiraron en Marx, pero la práctica no podría haber sido más distinta de la teoría. La Revolución bolchevique de 1917 fue sangrienta y no hubo nada de humano en ella. La igualdad no formaba parte de la ecuación, puesto que lo primero que Lenin y su séquito hicieron fue crear una élite nueva, ellos mismos, para liderar el Partido Bolchevique. En este proceso, purgaron y asesinaron no únicamente a elementos no comunistas, sino también a otros comunistas que habrían podido amenazar su poder. Sin embargo, las verdaderas tragedias estaban a punto de llegar: primero, con la guerra civil y, posteriormente, con la colectivización y las frecuentes purgas de Stalin, en las que se pudo haber asesinado hasta 40 millones de personas. El comunismo ruso fue brutal, represivo y sangriento, pero no fue el único. Las consecuencias económicas y el sufrimiento humano eran bastante típicos de lo que ocurrió en otros lugares, por ejemplo, en Camboya en los setenta bajo los jemeres rojos, en China y en Corea del Norte. En todos los casos, el comunismo conllevó dictaduras despiadadas y abusos generalizados de los derechos humanos. Además de la masacre y el sufrimiento humano, los regímenes comunistas establecieron varios tipos de instituciones extractivas. Las instituciones económicas, con o sin mercados, fueron diseñadas para extraer recursos de las personas, y, al aborrecer por completo los derechos de propiedad, a menudo crearon pobreza en lugar de prosperidad. En el caso soviético, como vimos en el capítulo 5, el sistema comunista al principio generó un crecimiento rápido, pero después decayó y condujo al estancamiento. Las consecuencias fueron mucho más devastadoras en la China de Mao, en la Camboya de los jemeres rojos y en Corea del Norte, donde las instituciones económicas comunistas condujeron al hambre y al hundimiento económico.

A su vez, las instituciones económicas comunistas recibían el apoyo de instituciones políticas extractivas, con lo que todo el poder quedaba concentrado en manos de partidos comunistas y no presentaba límites al ejercicio de su poder. Aunque eran instituciones extractivas muy distintas en su forma, tuvieron efectos similares en las vidas de las personas a los de las instituciones extractivas en Zimbabue y Sierra Leona.

El rey algodón

El algodón representa alrededor del 45 por ciento de las exportaciones de Uzbekistán, lo que lo convierte en el cultivo más importante desde que el país estableció su independencia tras la desintegración de la Unión Soviética en 1991. Durante el comunismo soviético, toda la tierra de labranza de Uzbekistán estaba bajo control de 2.048 granjas propiedad del Estado. Éstas fueron divididas y la tierra se repartió después de 1991. Sin embargo, eso no significó que los agricultores pudieran actuar con independencia. El algodón era demasiado valioso para el nuevo, y hasta ahora único, gobierno de Uzbekistán, presidido por Islam Karímov. Así que introdujo regulaciones que determinaron qué podían plantar los agricultores y exactamente por cuánto lo podrían vender. El algodón era una exportación valiosa, los agricultores recibían una pequeña fracción de los precios de mercado mundiales por su cosecha y el gobierno se quedaba el resto. Nadie habría cultivado algodón a los precios que se pagaban, así que el gobierno los obligó a hacerlo. Ahora, cada agricultor debe asignar el 35 por ciento de su tierra al algodón. Esto causó muchos problemas, como las dificultades

con la maquinaria. En la época de la independencia, alrededor del 40 por ciento de la cosecha era recogida por cosechadoras. Después de 1991, no resulta extraño que, teniendo en cuenta los incentivos que creó el régimen del presidente Karímov para los agricultores, éstos no estuvieran dispuestos a comprarlas ni a encargarse de su mantenimiento. Karímov reconoció el problema y dio con una solución, de hecho, una opción más barata que las máquinas cosechadoras: niños en edad escolar.

Las cápsulas de algodón empiezan a madurar y están listas para ser recogidas a principios de setiembre, aproximadamente en el mismo momento en el que los niños vuelven a la escuela. Karímov emitió órdenes a los gobernadores locales para enviar cuotas de entrega de algodón a las escuelas. A principios de setiembre, dos millones setecientos mil niños dejan vacías las aulas (datos de 2006). Los profesores, en lugar de enseñar, se convierten en reclutadores laborales. Gulnaz, madre de dos de estos niños, explicaba lo que ocurre:

> Cuando empieza el curso escolar, aproximadamente a principios de setiembre, se suspenden las clases de la escuela y, en lugar de ir al colegio, los niños van a recoger algodón. Nadie pide el consentimiento de los padres. No tienen vacaciones los fines de semana [durante la temporada de cosecha]. Si, por alguna razón, algún niño se queda en casa, su profesor o monitor va allí y denuncia a los padres. Asignan un plan para cada niño, de veinte a sesenta kilos al día en función de la edad del niño. Si un niño no cumple este plan, a la mañana siguiente se le critica duramente delante de toda la clase.

La cosecha dura dos meses. Los niños de zonas rurales que tienen la suerte de ser asignados a granjas cercanas a casa pueden volver a pie o en autocar. En cambio, los que proceden de sitios más alejados o de zonas urbanas tienen que dormir en cobertizos o almacenes junto a las máquinas y los animales. No hay lavabos ni cocinas. Los niños tienen que llevarse su propia comida.

Los principales beneficiarios de todo este trabajo forzado son las élites políticas, dirigidas por el presidente Karímov, el rey de facto de todo el algodón uzbeco. Los niños supuestamente reciben dinero por su trabajo, pero no se sabe con certeza. En 2006, cuando el precio mundial del algodón era de alrededor de 1,40 dólares estadounidenses por kilo, se les pagaba a los niños unos 0,03 dólares estadounidenses por su cuota diaria de 20 a 60 kilos. Los niños probablemente recojan el 75 por ciento de la cosecha de algodón. En primavera, la escuela está cerrada porque hay que pasar la azada, desmalezar y trasplantar obligatoriamente.

¿Cómo se llegó a esta situación? Uzbekistán, como el resto de las repúblicas socialistas soviéticas, se suponía que lograría su independencia tras la caída de la Unión Soviética y que desarrollaría una democracia y una economía de mercado. Sin embargo, como en muchas otras repúblicas soviéticas, no sucedió nada de esto. El presidente Karímov, que empezó su carrera política en el Partido Comunista de la vieja Unión Soviética, logrando el puesto de primer secretario de Uzbekistán en el oportuno momento de 1989, justo cuando cayó el Muro de Berlín, logró reinventarse a sí mismo como nacionalista. Con el apoyo crucial de las fuerzas de seguridad, en diciembre de 1991 ganó las primeras elecciones presidenciales de Uzbekistán. Tras hacerse con el poder, reprimió a la oposición política independiente. Sus adversarios están ahora encarcelados o en el exilio. No existen medios de comunicación libres en Uzbekistán, y no se permite la existencia de organizaciones no gubernamentales. El punto álgido de la represión llegó en 2005, cuando posiblemente setecientos cincuenta manifestantes, o quizá más, fueron asesinados por la policía y el ejército en Andijon.

Utilizando este dominio de las fuerzas de seguridad y el control total de los medios de comunicación, Karímov primero amplió su mandato presidencial a cinco años, a través de un referéndum, y después ganó la reelección para un nuevo mandato de siete años en el año 2000, con el 91,2 por ciento de los votos. ¡Su único adversario declaró que había votado por Karímov! En su reelección de 2007, considerada en general como fraudulenta, obtuvo el 88 por ciento de los votos. Las

elecciones de Uzbekistán son parecidas a las que solía organizar Stalin en el apogeo de la Unión Soviética. Una de 1937 fue cubierta célebremente por el corresponsal de *The New York Times* Harold Denny, quien reprodujo una traducción de *Pravda*, el periódico del Partido Comunista, que tenía como fin trasladar la tensión y la emoción de las elecciones soviéticas:

> Ya es medianoche. El 12 de diciembre, el día de las primeras elecciones generales, igualitarias y directas a Sóviet Supremo, ha llegado a su fin. Está a punto de anunciarse el resultado de la votación.
>
> La comisión permanece sola en su sala. Hay silencio y las lámparas brillan solemnemente. Entre la expectación general atenta e intensa, el presidente realiza todas las formalidades necesarias antes de contar los votos: comprueba con la lista cuántos votantes había y cuántos han votado, y el resultado es el 100 por ciento. ¡El 100 por ciento! ¿Qué elecciones en qué país y por qué candidato han conseguido una respuesta del 100 por ciento?
>
> Ahora empieza el tema principal. Agitado, el presidente inspecciona los sellos de las urnas. A continuación los inspeccionan los miembros de la comisión. Los sellos están intactos. Se cortan los precintos y se abren las urnas.
>
> Silencio. Se sientan atentos y con aspecto serio los ejecutivos e inspectores de elecciones.
>
> Ha llegado el momento de abrir los sobres. Tres miembros de la comisión cogen las tijeras. El presidente se levanta. Los escrutadores tienen sus cuadernos listos. Se abre el primer sobre. Todos los ojos se dirigen a él. El presidente coge dos papeles: blanco [para un candidato a sóviet de la Unión] y azul [para un candidato a sóviet de las nacionalidades] y lee alto y claro: «El camarada Stalin».
>
> La solemnidad se rompe al instante. Se forma un gran revuelo, ya que todos en la sala saltan y aplauden con alegría por la primera votación de las primeras elecciones generales secretas bajo la Constitución estalinista: un voto con el nombre del creador de la Constitución.

Esta atmósfera habría capturado el suspense que rodeaba a las reelecciones de Karímov, que parece un alumno aventajado de Stalin en lo que se refiere a represión y control policial y parece organizar elecciones que compiten con las de Stalin en cuanto a surrealismo.

Bajo Karímov, Uzbekistán es un país con instituciones políticas y económicas muy extractivas. Y es pobre. Probablemente, un tercio de la población viva en la pobreza, y la renta media anual es de alrededor de mil dólares. No todos los indicadores económicos son malos. Según datos del Banco Mundial, la matriculación escolar es del 100 por ciento... Bueno, excepto posiblemente durante la temporada de recogida del algodón. La alfabetización es también muy elevada, aunque, además de controlar todos los medios de comunicación, el régimen también prohíbe libros y censura Internet. La mayoría de las personas reciben sólo el equivalente a unos céntimos al día por recoger algodón, excepto la familia Karímov y los antiguos mandos comunistas que se reinventaron después de 1989 como las nuevas élites políticas y económicas de Uzbekistán, que han pasado a ser espectacularmente ricas.

Los intereses económicos familiares están dirigidos por la hija de Karímov, Gulnora, que se espera que ocupe la presidencia después de su padre. En un país tan poco transparente y tan reservado, nadie sabe con exactitud qué controla la familia Karímov ni cuánto dinero gana, pero la experiencia de la empresa estadounidense Interspan revela lo que ha sucedido en la economía uzbeca en las dos últimas décadas. El algodón no es la única cosecha agrícola; hay zonas del país que son ideales para cultivar té, e Interspan decidió invertir allí. En 2005, había conseguido más del 30 por ciento del mercado local, pero entonces empezaron los problemas. Gulnora decidió que la industria del té parecía prometedora desde el punto de vista económico. Al poco tiempo, el personal local de Interspan empezó a ser detenido, golpeado y torturado. Se hizo imposible operar y, en agosto de 2006, la empresa se había retirado. Sus activos pasaron a manos de la familia Karímov, que estaba ampliando rápidamente sus intereses en el sector del té. En aquel momento, su cuota de mercado había pasado, en dos años, del 2 por ciento al 67 por ciento.

Desde muchos puntos de vista, Uzbekistán parece una reliquia del pasado, de una época olvidada. Es un país que languidece bajo el absolutismo de una única familia y de sus cómplices, con una

economía basada en el trabajo forzado, más concretamente en el trabajo forzado infantil. Sin embargo, no es en realidad una reliquia. Forma parte del mosaico actual de sociedades que fracasan bajo instituciones extractivas, y, por desgracia, tiene muchos puntos en común con otras antiguas repúblicas socialistas soviéticas, desde Armenia y Azerbaiyán hasta Kirguistán, Tayikistán y Turkmenistán; y nos recuerda que, incluso en el siglo XXI, las instituciones políticas y económicas extractivas pueden adoptar una forma extractiva atroz y descarada.

Cómo influir en la igualdad de oportunidades

La década de los noventa fue un período de reforma en Egipto. Desde que el golpe militar había eliminado a la monarquía en 1954, Egipto había sido dirigido como una sociedad casi socialista en la que el gobierno tenía un papel central en la economía. Muchos sectores de la economía estaban dominados por empresas que pertenecían al Estado. Con los años, la retórica del socialismo caducó, los mercados se abrieron y el sector privado se desarrolló. Sin embargo, no se trataba de mercados inclusivos, sino de mercados controlados por el Estado y por un reducido número de hombres de negocios aliados con el Partido Nacional Demócrata (NDP), fundado por el presidente Anwar Sadat en 1978. Los hombres de negocios se implicaron cada vez más con el partido, y éste, cada vez más con ellos bajo el gobierno de Hosni Mubarak, que asumió la presidencia en 1981 tras el asesinato de Anwar Sadat, y gobernó con el NDP hasta ser apartado del cargo por la fuerza del poder militar y las protestas populares en febrero de 2011, como comentamos en el prefacio.

Los hombres de negocios principales fueron asignados a puestos clave del gobierno en áreas relacionadas estrechamente con sus intereses económicos. Rasheed Mohamed Rasheed, antiguo presidente de Unilever AMET (África, Oriente Próximo y Turquía), se convirtió en ministro de Industria y Comercio Exterior; Mohamed Zoheir Wahid Garana, propietario y director general de la Garana Travel Company, una de las empresas de viajes más grandes de Egipto, pasó a ser ministro de Turismo; Amin Ahmed Mohamed Osman Abaza, fundador de la Nile Cotton Trade Company, la empresa exportadora de algodón más grande de Egipto, se convirtió en ministro de Agricultura.

En muchos sectores de la economía, los hombres de negocios convencieron al gobierno para que limitara la entrada a través de la regulación estatal. Estos sectores incluían medios de comunicación, hierro y acero, automoción, bebidas alcohólicas y cemento. Cada sector estaba muy concentrado y tenía elevados obstáculos de entrada que protegían a los hombres de negocio y a las empresas que disponían de conexiones políticas. Los grandes hombres de negocios próximos al régimen, como Ahmed Ezz (hierro y acero), la familia Sawiris (multimedia, bebidas y telecomunicaciones) y Mohamed Nosseir (bebidas y telecomunicaciones), no recibían únicamente protección del Estado, sino también contratos del gobierno y grandes préstamos bancarios sin tener que presentar garantías. Ahmed Ezz era a la vez presidente de Ezz Steel, la mayor empresa del país en el sector del acero, que producía el 70 por ciento del acero de Egipto, y también era miembro de alto rango del NDP, presidente del Comité de Planificación y Presupuesto de la Asamblea del Pueblo, y un estrecho colaborador de Gamal Mubarak, uno de los hijos del presidente Mubarak.

Las reformas económicas de la década de los noventa fomentadas por economistas y por instituciones financieras internacionales tenían como objetivo liberalizar los mercados y reducir el papel del Estado en la economía. Un pilar clave de aquellas reformas omnipresentes fue la privatización de activos propiedad del Estado. La privatización mexicana (capítulo 1), en lugar de aumentar la competencia, convirtió los monopolios propiedad del Estado en monopolios en manos

privadas. Por lo tanto, fue un proceso que enriqueció a hombres de negocios con conexiones políticas como Carlos Slim. En Egipto, ocurrió exactamente lo mismo. Los hombres de negocios conectados con el régimen pudieron influir directamente en la implantación del programa de privatización de Egipto para que favoreciera a la rica élite empresarial, conocida como «ballenas» en su país. En el momento en el que empezó la privatización, la economía estaba dominada por 32 de aquellas ballenas.

Una era Ahmed Zayat, que dirigía el Luxor Group. En 1996, el gobierno decidió privatizar Al Ahram Beverages (ABC), que tenía el monopolio de la fabricación de cerveza en Egipto. Llegó una oferta de un consorcio de la Egyptian Finance Company, dirigido por el promotor inmobiliario Farid Saad, junto con la primera empresa de capital de riesgo formada en Egipto en 1995. El consorcio incluía a Fouad Sultan, antiguo ministro de Turismo, a Mohamed Nosseir y a Mohamed Ragab, otro hombre de negocios de la élite. El grupo estaba bien conectado, pero no lo suficiente. Su oferta de cuatrocientos millones de libras egipcias fue rechazada por ser demasiado baja. Zayat estaba mejor conectado. No tenía el dinero para comprar ABC, así que propuso un plan ingenioso del estilo de Carlos Slim. Las acciones de ABC se introdujeron en la bolsa de Londres por primera vez y el grupo Luxor adquirió el 74,9 por ciento de ellas a 68,5 libras egipcias por acción. Tres meses después, las acciones se dividieron en dos, y el grupo Luxor pudo venderlas todas a 52,5 libras cada una, lo que produjo un beneficio del 36 por ciento, con el que Zayat pudo financiar la compra de ABC por 231 millones de libras al mes siguiente. En aquel momento, ABC lograba un beneficio anual de alrededor de 41,3 millones de libras egipcias y tenía reservas de efectivo de 93 millones de libras egipcias. Era una ganga. En 1999, la recién privatizada ABC amplió su monopolio de la cerveza al vino comprando Gianaclis, el monopolio nacional del vino privatizado. Gianaclis era una empresa muy rentable, protegida por un arancel del 3.000 por ciento que se cobraba a los vinos importados, y tenía un 70 por ciento de margen de beneficios en lo que vendía. En el año 2002, el monopolio volvió a cambiar de manos cuando Zayat vendió ABC a Heineken por 1.300 millones de libras egipcias, con lo que obtuvo un beneficio del 563 por ciento en cinco años.

Mohamed Nosseir no había estado siempre en el lado de los perdedores. En 1993, compró la privatizada El Nasr Bottling Company, que tenía derechos de monopolio para embotellar y vender Coca-Cola en Egipto. Las relaciones de Nosseir con el entonces ministro del Sector Empresarial Público, Atef Ebeid, le permitieron hacer la compra sin demasiada competencia. Al cabo de dos años, Nosseir vendió la empresa por más de tres veces el precio de compra. Otro ejemplo fue el paso a finales de los noventa para implicar al sector privado en la industria del cine estatal. Una vez más, las conexiones políticas implicaron que solamente se permitiera a dos familias ofertar y operar los cines. Una de ellas fue la familia Sawiris.

Hoy en día, Egipto es una nación pobre. No tan pobre como la mayoría de los países del sur, en el África subsahariana, pero alrededor del 40 por ciento de su población es muy pobre y vive con menos de 2 dólares al día. Lo irónico es que, como vimos anteriormente (capítulo 2), en el siglo XIX Egipto fue el lugar en el que se intentó inicialmente con éxito un cambio institucional y una modernización económica bajo Muhammad Ali, que generó un período de crecimiento económico extractivo antes de ser anexionado efectivamente por el imperio británico. Durante el período colonial británico, aparecieron una serie de instituciones extractivas que continuaron tras pasar a manos de los militares después de 1954. Hubo cierto crecimiento económico e inversión en educación, pero la mayoría de la población tenía pocas oportunidades económicas, mientras que la nueva élite se beneficiaba de sus conexiones con el gobierno.

Estas instituciones económicas extractivas de nuevo recibieron el apoyo de instituciones políticas extractivas. El presidente Mubarak tenía previsto empezar una dinastía política y estaba preparando a

su hijo Gamal para que lo sustituyera. Su plan terminó súbitamente por la caída de su régimen extractivo a principios de 2011 frente al malestar generalizado y a las manifestaciones que tuvieron lugar durante la denominada primavera árabe. Durante el período en el que Nasser era presidente, había algunos aspectos inclusivos de las instituciones económicas y el Estado realmente abrió el sistema educativo y proporcionó oportunidades que el régimen anterior del rey Farouk no había ofrecido. Sin embargo, fue una combinación inestable de instituciones políticas extractivas con cierta inclusividad de instituciones económicas.

El resultado inevitable, que llegó durante el reino de Mubarak, fue que las instituciones económicas se hicieron más extractivas, lo que reflejó el reparto del poder político en la sociedad. En cierto sentido, la Primavera Árabe fue una reacción a esto, no solamente en Egipto, sino también en Túnez. Las tres décadas de crecimiento tunecino bajo instituciones políticas extractivas empezaron a dar un giro radical cuando el presidente Ben Ali y su familia comenzaron a aprovecharse más y más de la economía.

Por qué fracasan los países

Los países fracasan desde el punto de vista económico debido a las instituciones extractivas. Éstas mantienen en la pobreza a los países pobres y les impiden emprender el camino hacia el crecimiento económico. Esto ocurre hoy en día en África, en lugares como Zimbabue y Sierra Leona; en Sudamérica, en países como Colombia y Argentina; en Asia, en países como Corea del Norte y Uzbekistán, y en Oriente Próximo, en países como Egipto. Aunque existen diferencias notables entre ellos. Algunos son tropicales, otros son de latitudes templadas. Unos eran colonias de Gran Bretaña; otros, de Japón, España y Rusia. Tienen historias, lenguas y culturas muy distintas. Pero lo que todos tienen en común son las instituciones extractivas. En todos ellos, la base de estas instituciones es una élite que diseña instituciones económicas para enriquecerse y perpetuar su poder a costa de la vasta mayoría de las personas de la sociedad. Las distintas historias y estructuras sociales de los países conducen a las diferencias en la naturaleza de las élites y en los detalles de estas instituciones extractivas. Sin embargo, la razón por la que persisten estas instituciones extractivas siempre está relacionada con el círculo vicioso, y las implicaciones de estas instituciones en términos de empobrecimiento de sus ciudadanos son similares, aunque su intensidad difiera.

En Zimbabue, por ejemplo, la élite incluye a Robert Mugabe y al corazón del ZANU-PF, que encabezaron la lucha anticolonial en los setenta. En Corea del Norte, son la camarilla alrededor de Kim Jong Il y el Partido Comunista. En Uzbekistán, son el presidente Islam Karímov, su familia y sus cómplices reinventados de la era de la Unión Soviética. Esos grupos, evidentemente, son muy distintos, y estas diferencias, junto con las variadas políticas y economías que gobiernan, implican que la forma específica que adoptan las instituciones extractivas difiera. Por ejemplo, como Corea del Norte fue creada por una revolución comunista, toma como modelo político el gobierno de partido único del Partido Comunista. A pesar de que Mugabe realmente invitó al poder militar de Corea del Norte a Zimbabue en los ochenta para que masacrara a sus adversarios de Matabelelandia, este modelo de instituciones políticas extractivas no es aplicable en Zimbabue. Debido a la forma en la que llegó al poder en la lucha anticolonial, Mugabe tuvo que camuflar su dominio con elecciones, incluso si durante un tiempo consiguió crear realmente un Estado de partido único consagrado por la Constitución.

En cambio, Colombia ha tenido una larga historia de elecciones, que aparecieron históricamente

como método para compartir poder entre los partidos liberales y conservadores tras la independencia de España. Tanto la naturaleza de sus élites como sus cifras son distintas. En Uzbekistán, Karímov podía secuestrar los restos del Estado soviético, lo que le dio un aparato fuerte para suprimir y asesinar a las élites alternativas. En Colombia, la falta de autoridad del Estado central en ciertas partes del país ha conducido de forma natural a élites mucho más fragmentadas; de hecho, tan fragmentadas que, en ocasiones, se asesinan entre sí. Pero, a pesar de la variedad de élites e instituciones políticas, estas instituciones a menudo consiguen consolidar y reproducir el poder de la élite que las creó. Otras veces, las luchas internas que producen conducen al colapso del Estado, como en Sierra Leona.

Así como distintas historias y estructuras implican diferencias en la identidad de las élites y la información de las instituciones políticas extractivas, también difieren los detalles de las instituciones económicas extractivas que establecen las élites. En Corea del Norte, las herramientas de extracción también fueron heredadas de los comunistas: la abolición de la propiedad privada, la industria y las granjas dirigidas por el Estado.

En Egipto, la situación era bastante similar bajo el manifiesto régimen militar socialista creado por el coronel Nasser a partir de 1952. Nasser se puso del lado de la Unión Soviética en la guerra fría, expropió inversiones extranjeras, como el canal de Suez, de propiedad británica, y nacionalizó gran parte de la economía. Sin embargo, la situación en Egipto en los cincuenta y los sesenta fue muy distinta a la de Corea del Norte en los cuarenta. Fue mucho más fácil para los norcoreanos crear una economía de estilo comunista más radical, puesto que pudieron expropiar los antiguos bienes japoneses y basarse en el modelo económico de la Revolución china.

En cambio, la Revolución egipcia fue más bien un golpe de Estado organizado por un grupo de oficiales militares. Cuando Egipto cambió de bando durante la guerra fría y se hizo prooccidental, era relativamente fácil, y oportuno, para el poder militar egipcio, pasar de la orden central al capitalismo clientelar como método de extracción. De todas formas, la mejora del resultado económico de Egipto, en comparación con Corea del Norte, fue consecuencia de la naturaleza extractiva más limitada de las instituciones egipcias. Al carecer del control asfixiante del Partido Comunista de Corea del Norte, el régimen egipcio tuvo que aplacar a su población de una forma que no fue necesaria para el régimen norcoreano. Otra razón fue que el capitalismo clientelar genera ciertos incentivos para la inversión, como mínimo entre los favorecidos por el régimen, mientras que dichos incentivos no existen en absoluto en Corea del Norte.

Todos estos detalles son importantes e interesantes, pero las lecciones más críticas se encuentran en la perspectiva global, que revela que, en cada caso, las instituciones políticas extractivas han creado instituciones económicas extractivas, que han transferido la riqueza y el poder hacia la élite.

La intensidad de la extracción en esos países distintos obviamente varía y tiene consecuencias importantes para la prosperidad. En Argentina, por ejemplo, la Constitución y las elecciones democráticas no funcionan bien para fomentar el pluralismo, pero funcionan mucho mejor que en Colombia. Como mínimo, el Estado puede atribuirse el monopolio de la violencia en Argentina. En parte como consecuencia, la renta per cápita en Argentina es el doble que la de Colombia. Las instituciones políticas de ambos países hacen un trabajo mucho mejor a la hora de limitar a las élites que las de Zimbabue y Sierra Leona, y, en consecuencia, Zimbabue y Sierra Leona son mucho más pobres que Argentina y Colombia.

El círculo vicioso también implica que, incluso cuando las instituciones extractivas conducen al hundimiento del Estado, como en Sierra Leona y Zimbabue, no se produce un fin definitivo del control por parte de estas instituciones. Ya hemos visto que las revoluciones y las guerras civiles, que se pueden dar durante las coyunturas críticas, no conducen necesariamente al cambio institucional. Los

acontecimientos de Sierra Leona desde el fin de la guerra civil en el año 2002 ilustran claramente esta posibilidad.

En 2007, en unas elecciones democráticas, el viejo partido de Siaka Stevens, el APC, volvió al poder. A pesar de que el hombre que ganó las elecciones presidenciales, Ernest Bai Koroma, no tenía ninguna conexión con los viejos gobiernos del APC, sí que la tenían muchos miembros de su gabinete. Dos de los hijos de Stevens, Bockarie y Jengo, incluso fueron nombrados embajadores en Estados Unidos y Alemania, respectivamente. En cierto sentido, es una versión más inestable de lo que sucedió en Colombia. Allí, la falta de autoridad estatal en muchos puntos del país persiste con el tiempo porque parte de la élite política nacional está interesada en permitir que lo haga, pero las instituciones estatales centrales también son lo suficientemente fuertes para impedir que el desorden se convierta en un caos absoluto. En Sierra Leona, en parte debido a la naturaleza más extractiva de las instituciones económicas y en parte a la historia del país de instituciones políticas altamente extractivas, la sociedad no solamente ha sufrido desde el punto de vista económico, sino que también ha oscilado entre el caos absoluto y algún otro tipo de desorden. De todas formas, el efecto a largo plazo es el mismo: el Estado prácticamente no existe y las instituciones son extractivas.

En todos estos casos, ha habido una larga historia de instituciones extractivas desde como mínimo el siglo XIX. Son países atrapados en un círculo vicioso. En Colombia y Argentina, tiene sus orígenes en las instituciones del dominio colonial español (capítulo 1), mientras que en Zimbabue y Sierra Leona se originó en regímenes coloniales británicos establecidos a finales del siglo XIX. En Sierra Leona, a falta de colonos blancos, estos regímenes se basaron ampliamente en estructuras extractivas precoloniales de poder político y las intensificaron. Estas estructuras en sí fueron resultado de un largo círculo vicioso en el que se carecía de centralización política y de los efectos desastrosos del tráfico de esclavos. En Zimbabue, hubo más bien una construcción de una forma nueva de instituciones extractivas, porque la British South Africa Company creó una economía dual. Uzbekistán podía apoderarse de las instituciones extractivas de la Unión Soviética y, como Egipto, modificarlas y pasar a un capitalismo clientelar. Las instituciones extractivas de la Unión Soviética en sí eran, en muchos sentidos, una continuación de las del régimen zarista, de nuevo en un patrón contenido en la ley de hierro de la oligarquía. A medida que estos círculos viciosos se desarrollaron en distintas partes del mundo durante los últimos doscientos cincuenta años, apareció la desigualdad mundial, que todavía perdura.

La solución al fracaso político y económico de los países hoy en día es transformar sus instituciones extractivas en inclusivas. El círculo vicioso implica que esta transformación no sea fácil. Sin embargo, no es imposible, y la ley de hierro de la oligarquía no es inevitable. Algunos elementos inclusivos preexistentes en las instituciones, la presencia de coaliciones amplias que conducen a la lucha contra el régimen existente o solamente la naturaleza circunstancial de la historia pueden romper los círculos viciosos. Igual que la guerra civil en Sierra Leona, la Revolución gloriosa de 1688 fue una lucha por el poder. No obstante, fue de una naturaleza muy distinta a la guerra civil de Sierra Leona. Es posible que algunos miembros del Parlamento que luchaban para deponer a Jacobo II tras la Revolución gloriosa se imaginaran representando el papel del nuevo absolutista, como hizo Oliver Cromwell después de la guerra civil inglesa. Sin embargo, el hecho de que el Parlamento ya fuera poderoso y estuviera formado por una coalición amplia que abarcaba distintos intereses económicos y diferentes puntos de vista hizo que la ley de hierro de la oligarquía tuviese menos probabilidades de aplicarse en 1688. Y ayudó el que la suerte estuviera de parte del Parlamento contra Jacobo II. En el capítulo siguiente, veremos otros ejemplos de países que han conseguido romper el molde y transformar sus instituciones a mejor, incluso después de una larga historia de instituciones



extractivas.

14

Cómo romper el molde

Tres jefes africanos

El 6 de septiembre de 1895, el trasatlántico *Tantallon Castle* atracó en Plymouth, en la costa sur de Inglaterra. Tres jefes africanos, Khama de los kwatos, Bathoen de los ngwaketses y Sebele de los kwenas, desembarcaron y tomaron el tren exprés de las 8.10 horas hacia la estación de Paddington (Londres). Los tres jefes habían llegado a Gran Bretaña con una misión: salvar a sus Estados y a los otro cinco Estados tswanas de Cecil Rhodes. Los Estados ngwatos, ngwaketses y kwenas eran tres de los ocho Estados tswanasue formaban lo que entonces se llamaba Bechuanalandia, que pasaría a ser Botsuana tras la independencia en 1966.

Las tribus habían comerciado con los europeos durante la mayor parte del siglo XIX. En los cuarenta, el famoso misionero escocés David Livingstone había viajado ampliamente por Bechuanalandia y había convertido al rey Sechele de los kwenas al cristianismo. La primera traducción de la Biblia a un idioma africano fue al setswana, la lengua de los tswanas. En 1885, Gran Bretaña había declarado Bechuanalandia protectorado. Los tswanas estaban satisfechos con el acuerdo porque pensaban que conllevaría la protección contra más invasiones europeas, sobre todo de los bóeres, con los que habían estado en conflicto desde la Gran Marcha de 1835, una migración de miles de bóeres al interior para escapar del colonialismo británico. Por otra parte, los británicos deseaban el control de la zona para bloquear expansiones adicionales por parte de los bóeres (véase el capítulo 10) y posibles expansiones de los alemanes, que habían anexado el área del suroeste de África correspondiente a la actual Namibia. Los británicos no pensaban que la colonización a gran escala valiera la pena. El alto comisionado Rey resumió las actitudes del gobierno británico en 1885 claramente: «No tenemos interés en el país al norte del Molope [el protectorado Bechuanalandia], excepto como carretera al interior; por lo tanto, podríamos limitarnos de momento a prevenir que alguna parte del protectorado sea ocupada por saqueadores o por potencias extranjeras haciendo lo mínimo posible en lo que respecta a administración o asentamiento».

Sin embargo, las cosas cambiaron para los tswanas en 1889 cuando la British South Africa Company de Cecil Rhodes empezó a extenderse al norte de Sudáfrica, expropriando grandes extensiones de tierra que, finalmente, se convertirían en Rodesia del Norte y del Sur, actualmente Zambia y Zimbabue. En 1895, el año de la visita de los tres jefes a Londres, Rhodes tenía su punto de mira en los territorios al suroeste de Rodesia, Bechuanalandia. Los jefes sabían que a los territorios que cayeran en manos de Rhodes solamente los esperaban el desastre y la explotación. Aunque fuera imposible para ellos derrotar a Rhodes militarmente, estaban decididos a luchar contra él de cualquier forma posible. Decidieron optar por el menor de los dos males: un mayor control por parte de los británicos en lugar de ser anexionados por Rhodes. Con la ayuda de la London Missionary Society, viajaron a Londres para intentar convencer a la reina Victoria y a Joseph Chamberlain, el entonces secretario colonial, para que Gran Bretaña asumiera un mayor control de Bechuanalandia y la protegiera frente a Rhodes.

El 11 de septiembre de 1895, celebraron su primera reunión con Chamberlain. Sebele habló el primero, después habló Bathoen y, por último, Khama. Chamberlain declaró que consideraría imponer el control británico para proteger a las tribus de Rhodes. Entretanto, los jefes se embarcarían

rápidamente en una gira de discursos por toda la nación para lograr el apoyo popular para sus peticiones. Visitaron Windsor y Reading, cerca de Londres, y pronunciaron sus discursos allí; en Southampton, en la costa sur, y en Leicester y Birmingham, la base de apoyo político de Chamberlain, las Midlands. Fueron al norte, al industrial Yorkshire, a Sheffield, Leeds, Halifax, y Bradford; también pasaron por Bristol y después fueron hasta Mánchester y Liverpool.

Mientras tanto, en Sudáfrica, Cecil Rhodes preparaba lo que se convertiría en la desastrosa incursión de Jameson, un asalto armado a la República Bóer del Transvaal, a pesar de las fuertes objeciones de Chamberlain. Estos acontecimientos es probable que hicieran a Chamberlain mucho más empático respecto a la situación desesperada de los jefes que lo que habría sido en otras circunstancias. El 6 de noviembre, se encontraron de nuevo en Londres. Los jefes hablaban mediante un intérprete:

> **Chamberlain**: Hablaré sobre las tierras de los jefes, y sobre el ferrocarril y sobre la ley que se debe cumplir en el territorio de los jefes... Ahora, miremos el mapa... Tomaremos la tierra que necesitemos para el ferrocarril, y no más.
> **Khama**: Si el señor Chamberlain toma la tierra él mismo, estaré satisfecho.
> **Chamberlain**: Entonces, dile que haré yo mismo el ferrocarril a través de los ojos de las personas que envíe y solamente tomaré lo que necesite, y daré una compensación si lo que tomo tiene valor.
> **Khama**: Me gustaría saber cómo [es decir, dónde] irá el ferrocarril.
> **Chamberlain**: Irá a través de su territorio, pero estará rodeado por vallas y no tomaremos tierra.
> **Khama**: Confío en que usted hará este trabajo como si fuera yo mismo, y me tratará de una forma justa en esta cuestión.
> **Chamberlain**: Tendré en cuenta sus intereses.

Al día siguiente, Edward Fairfield, en la Oficina Colonial, explicó el sentido de la frase de Chamberlain con más detalle:

> Cada uno de los tres jefes, Khama, Sebele y Bathoen, tendrán un país dentro del cual vivirán como hasta el momento, bajo la protección de la reina. La reina nombrará a un oficial para que resida con ellos. Los jefes gobernarán a su propio pueblo en gran medida como lo hacen ahora.

La reacción de Rhodes al ser superado por la estrategia de los tres jefes africanos era de prever. Envió un telegrama a uno de sus empleados en el que decía: «Me opongo realmente a ser vencido por tres nativos hipócritas».

De hecho, los jefes tenían algo valioso que habían protegido de Rhodes y que posteriormente protegerían del dominio indirecto británico. En el siglo XIX, los estados tswanas habían desarrollado un conjunto de instituciones políticas que implicaban dos elementos poco habituales en el África subsahariana: la centralización política y procedimientos de toma de decisiones colectivas que incluso se pueden considerar una forma naciente y primitiva de pluralismo. Igual que la Carta Magna permitió la participación de barones en el proceso de toma de decisiones políticas y fijó ciertas restricciones a las acciones de los monarcas ingleses, las instituciones políticas de los tswanas, sobre todo los *kgotlas*, también fomentaron la participación política y limitaron a los Jefes. El antropólogo sudafricano Isaac Schapera describe el funcionamiento de los *kgotlas* de esta forma:

> Todas las cuestiones de política tribal se tratan finalmente ante una asamblea general de los hombres adultos en el *kgotla* del jefe (lugar del consejo). Estas reuniones se celebran muy a menudo [...] Entre los temas tratados, están las disputas tribales, las peleas entre el jefe y sus familiares, el cobro de impuestos nuevos, la realización de nuevas obras públicas, la promulgación de nuevos decretos por parte del jefe[...]. Ya ha pasado alguna vez que la asamblea tribal invalide los deseos del jefe. Como cualquiera puede hablar, estas reuniones le permiten determinar los sentimientos de la gente en general y darles una oportunidad para exponer sus motivos de queja. Si la ocasión así lo requiere, tanto a él como a sus asesores se les puede llamar la atención, porque la gente rara vez tiene miedo de hablar de forma sincera y abierta.

Más allá del *kgotla,* la jefatura tswana no era estrictamente hereditaria, sino que estaba abierta a cualquier hombre que demostrara un talento y una capacidad significativos. El antropólogo John Comaroff estudió en detalle la historia política de otro de los estados tswanas, el rolong. Expuso que, aunque en apariencia los tswanas tenían reglas claras que estipulaban cómo iba a ser heredada la jefatura, en la práctica estas reglas se interpretaban para eliminar a los malos gobernantes y permitir que los candidatos con talento se convirtieran en jefes. Descubrió que ganar la jefatura era una cuestión de logro, pero que después se racionalizaba para que el competidor de éxito pareciera ser el heredero legítimo. Los tswanas captaron esta idea con un proverbio, con un matiz de monarquía constitucional: *Kgosi ke kgosi ka morafe* (El rey es rey por la gracia del pueblo).

Los jefes tswanas continuaron con sus intentos de mantener su independencia de Gran Bretaña y conservar sus instituciones indígenas tras su viaje a Londres. Concedieron la construcción del ferrocarril en Bechuanalandia, pero limitaron la intervención de los británicos en otros aspectos de la vida política y económica. No se oponían a la construcción del ferrocarril. Sin duda, no tenían las mismas razones que los monarcas austrohúngaros y los rusos para bloquearla. Se dieron cuenta de que el ferrocarril, como el resto de las políticas de los británicos, no llevaría el desarrollo a Bechuanalandia mientras estuviera bajo el control colonial. La experiencia inicial de Quett Masire, presidente de la Botsuana independiente entre 1980 y 1998, explica por qué. Masire era un agricultor emprendedor en los cincuenta; desarrolló nuevas técnicas de cultivo para el sorgo y encontró un cliente potencial en Vryburg Milling, empresa situada al otro lado de la frontera con Sudáfrica. Fue al jefe de la estación de ferrocarril de Lobatse en Bechuanalandia e intentó alquilar dos vagones para trasladar su cosecha a Vryburg. El jefe de estación se negó. Entonces, consiguió que un amigo blanco interviniera. El jefe de estación aceptó a regañadientes, pero dio a Masire un presupuesto cuatro veces mayor de la tarifa que tenía para los blancos. Masire se rindió y llegó a esta conclusión: «Era la práctica de los blancos, no solamente las leyes que prohibían que los africanos fueran propietarios de tierras de pleno derecho o tuvieran licencias de comercio, lo que hacía que los negros no desarrollaran empresas en Bechuanalandia».

En términos generales, los jefes y el pueblo tswana habían tenido suerte. Quizá contra todo pronóstico, lograron impedir que Rhodes tomara el poder. Como Bechuanalandia todavía era secundaria para los británicos, el establecimiento de un gobierno indirecto allí no creó el tipo de círculo vicioso que se daba en Sierra Leona (capítulo 12). También evitaron el tipo de expansión colonial que se llevó a cabo en el interior de Sudáfrica, que convertiría aquellas tierras en depósitos de mano de obra barata para los mineros o agricultores blancos. Las primeras etapas del proceso de colonización son una coyuntura crítica para la mayoría de las sociedades, un período crucial durante el cual ocurren los acontecimientos que tendrán consecuencias importantes a largo plazo para su desarrollo político y económico. Como comentamos en el capítulo 9, la mayoría de las sociedades del África subsahariana, igual que las de Sudamérica y el sur de Asia, fueron testigos del establecimiento o la intensificación de instituciones extractivas durante la colonización. Los tswanas evitarían tanto el gobierno indirecto intenso como el destino mucho peor que habrían tenido si Rhodes hubiera logrado anexionar sus tierras. Sin embargo, no era un golpe de suerte. De nuevo, era resultado de la interacción entre las instituciones existentes, perfiladas por la deriva institucional del pueblo tswana, y la coyuntura crítica que aportó el colonialismo. Los tres jefes se habían creado su propia suerte al tomar la iniciativa y viajar a Londres, y pudieron hacerlo porque tenían un grado de autoridad poco habitual, en comparación con otros líderes tribales del África subsahariana, debido a la centralización política que las tribus tswanas habían logrado y, quizá, también tuvieran un nivel poco habitual de legitimidad por el mínimo de pluralismo integrado en sus instituciones tribales.

Otra coyuntura crítica a finales del período colonial sería más importante para el éxito de Botsuana y le permitiría desarrollar instituciones inclusivas. En la época en la que Bechuanalandia se hizo independiente, en 1966, bajo el nombre de Botsuana, el éxito afortunado de los jefes Sebele, Bathoen y Khama hacía tiempo que había pasado. En ese período intermedio, los británicos invirtieron poco en Bechuanalandia. Tras la independencia, Botsuana era uno de los países más pobres del mundo; tenía un total de veinte kilómetros de carreteras pavimentadas, veintidós ciudadanos que se habían titulado en la universidad y cien ciudadanos con estudios secundarios. Además, Bechuanalandia estaba prácticamente rodeada por completo por los regímenes blancos de Sudáfrica, Namibia y Rodesia, todos ellos hostiles a países africanos independientes dirigidos por negros. Muy poca gente habría apostado porque este país tuviera posibilidades de prosperar. Sin embargo, durante los siguientes cuarenta y cinco años, Botsuana se convertiría en uno de los países con crecimiento más rápido del mundo. Hoy en día, tiene la renta per cápita más elevada del África subsahariana, y está en el mismo nivel que países prósperos de Europa oriental como Estonia y Hungría y que las naciones latinoamericanas de más éxito, como Costa Rica.

¿Cómo rompió el molde Botsuana? Desarrollando rápidamente instituciones políticas y económicas inclusivas después de la independencia. Desde entonces, ha sido democrática, celebra elecciones regulares y competitivas y nunca ha experimentado una guerra civil ni una intervención militar. El gobierno estableció instituciones económicas que hicieron respetar los derechos de propiedad, garantizaron la estabilidad macroeconómica y fomentaron el desarrollo de una economía de mercado inclusiva. No obstante, evidentemente, una pregunta más complicada es: ¿cómo logró Botsuana establecer una democracia estable e instituciones pluralistas y elegir instituciones económicas inclusivas, mientras que la mayoría de los otros países africanos hicieron lo contrario? Para responder a esta pregunta, tenemos que comprender cómo una coyuntura crítica, esta vez el fin del control colonial, interactuó con las instituciones existentes en Botsuana.

En la mayor parte del África subsahariana, por ejemplo, Sierra Leona y Zimbabue, la independencia fue una oportunidad perdida, acompañada por una recreación del mismo tipo de instituciones extractivas que existieron durante el período colonial. Las etapas iniciales de la independencia se desarrollarían de una forma muy distinta en Botsuana, de nuevo en gran parte debido al trasfondo creado por las instituciones históricas de los tswanas. En este punto, Botsuana mostró muchos paralelismos con Inglaterra en el período previo a la Revolución gloriosa. Inglaterra había logrado una rápida centralización política bajo los Tudor y tenía la Carta Magna y la tradición del Parlamento que, como mínimo, podía aspirar a limitar a los monarcas y garantizar cierto grado de pluralismo. Botsuana también tenía cierto grado de centralización estatal e instituciones tribales relativamente pluralistas que sobrevivieron al colonialismo. En Inglaterra existía una coalición amplia recién formada que incluía comerciantes del Atlántico, industriales y la *gentry* de mentalidad comercial que estaba a favor del respeto a los derechos de propiedad. La coalición que gobernaba en Botsuana estaba a favor de garantizar derechos de procedimiento, las élites y los jefes tswanas que eran propietarios de la mayoría de los activos de la economía: el ganado. Aunque la tierra fuera de propiedad comunitaria, el ganado era una propiedad privada en los estados tswanas y las élites también estaban a favor de hacer respetar los derechos de propiedad. Todo esto, por supuesto, no niega el devenir circunstancial de la historia. Las cosas habrían sido muy distintas en Inglaterra si los líderes parlamentarios y el nuevo monarca hubieran intentado utilizar la Revolución gloriosa para usurpar el poder. De forma parecida, también habrían sido muy distintas en Botsuana, sobre todo si no hubiera tenido la suerte de beneficiarse de líderes como Seretse Khama o Quett Masire, que decidieron disputarse el poder en elecciones en lugar de subvertir el sistema electoral, como hicieron muchos

líderes posteriores a la independencia en el África subsahariana.

En la independencia, los tswanas aparecieron con una historia de instituciones que consagraban la jefatura limitada y algún grado de responsabilidad de los jefes sobre las personas. Evidentemente, los tswanas no eran los únicos de África que tenían instituciones como aquéllas, pero fueron los únicos donde estas instituciones sobrevivieron indemnes al período colonial. El dominio británico prácticamente no había existido. Bechuanalandia se administraba desde Mafeking, en Sudáfrica, y fue solamente durante la transición a la independencia en los sesenta cuando se elaboraron los planes para la capital de Gaborone. La capital y las nuevas estructuras no estaban destinadas a eliminar las instituciones indígenas, sino a construir tomándolas como base; mientras se construía Gaborone, se planificaron nuevos *kgotlas*.

Además, la independencia se logró de una forma relativamente ordenada. Fue impulsada por el BDP, el Partido Demócrata de Botsuana, fundado en 1960 por Quett Masire y Seretse Khama. Khama era nieto del rey Khama III; su nombre, Seretse, significa «la arcilla que une». Resultaría ser un nombre extraordinariamente acertado. Khama era el jefe hereditario de los ngwatos, y la mayoría de los jefes y las élites tswanas se unieron al Partido Demócrata de Botsuana. Botsuana no tenía juntas de comercialización debido al poco interés que habían tenido los británicos en la colonia. El BDP rápidamente estableció una en 1967, la Comisión de Carne de Botsuana. Sin embargo, en lugar de expropiar a los agricultores, dicha comisión tuvo un papel crucial en el desarrollo de la economía ganadera; puso vallas para controlar la fiebre aftosa y fomentó las exportaciones, lo que contribuiría al desarrollo económico y aumentaría el apoyo a las instituciones económicas inclusivas.

Aunque el crecimiento inicial en Botsuana descansaba en las exportaciones de carne, las cosas cambiaron notablemente cuando se descubrieron diamantes. La gestión de los recursos naturales en Botsuana también era notablemente distinta a la que había en otros países africanos. Durante el período colonial, los jefes tswanas habían intentado bloquear la prospección de minerales en Bechuanalandia porque sabían que, si los europeos descubrían piedras o metales preciosos, se acabaría su autonomía. El primer gran descubrimiento de diamantes se hizo en tierras de los ngwatos, el lugar de procedencia tradicional de Seretse Khama. Antes de anunciar el descubrimiento, Khama instigó un cambio en la ley por la que todos los derechos minerales del subsuelo se concedían a la nación, no a la tribu. Así, se garantizaba que la riqueza de los diamantes no crearía grandes desigualdades en Botsuana. Además, dio un impulso adicional al proceso de centralización estatal ya que los ingresos generados por los diamantes se podían utilizar para construir infraestructuras y la burocracia estatal, y para invertir en educación. En Sierra Leona y muchos otros países del África subsahariana, los diamantes avivaron el conflicto entre distintos grupos y ayudaron a mantener guerras civiles, ganando la etiqueta de diamantes de sangre por la matanza que provocaban las guerras por su control. En cambio, en Botsuana, los ingresos generados por los diamantes se gestionaron para el bien de la nación.

El cambio en los derechos minerales del subsuelo no fue la única política de construcción estatal que implantó el gobierno de Seretse Khama. En última instancia, la ley de jefatura de 1965 aprobada por la asamblea legislativa antes de la independencia y la ley de enmienda de la jefatura de 1970 continuarían el proceso de centralización política, consagrando el poder del Estado y el presidente electo, retirando a los jefes el derecho a asignar tierra y posibilitando retirar a un jefe del cargo en caso necesario. Otra faceta de la centralización política fue el esfuerzo de unificar más el país, por ejemplo, con legislación que garantizara que, en la escuela, solamente se enseñaran setswana e inglés. Hoy en día, Botsuana parece un país homogéneo, sin la fragmentación étnica y lingüística asociada con muchos otros países africanos. Sin embargo, este resultado se consiguió mediante la política de

enseñar en el colegio solamente el inglés y una única lengua nacional, el setswana, para minimizar el conflicto entre distintas tribus y grupos dentro de la sociedad. El último censo en el que se hacían preguntas sobre etnicidad se realizó en 1946, y reveló una heterogeneidad considerable en Botsuana. En la reserva ngwato, por ejemplo, solamente el 20 por ciento de la población se identificó como ngwato pura; aunque había otras tribus tswanas presentes, también había muchos grupos no tswanas cuya primera lengua no era el setswana. Esta heterogeneidad subyacente ha sido modulada tanto por las políticas del gobierno posterior a la independencia como por las instituciones relativamente inclusivas de las tribus tswanas de la misma forma que la heterogeneidad de Gran Bretaña, por ejemplo, entre el inglés y el galés, ha sido modulada por el Estado británico. El Estado de Botsuana hizo lo mismo. Desde la independencia, el censo de Botsuana nunca ha preguntado sobre la heterogeneidad étnica porque, en Botsuana, todo el mundo es tswana.

Botsuana logró tasas de crecimiento notables después de la independencia porque Seretse Khama, Quett Masire y el Partido Demócrata de Botsuana llevaron al país por un camino de instituciones políticas y económicas inclusivas. Cuando llegaron los diamantes abundantemente en los setenta, no condujeron a la guerra civil, sino que proporcionaron una base fiscal fuerte para el gobierno, que utilizaría los ingresos para invertir en servicios públicos. Había muchos menos incentivos para desafiar o derrocar al gobierno y controlar el Estado. Las instituciones políticas inclusivas generaron estabilidad política y apoyaron a las instituciones económicas inclusivas. Siguiendo un patrón que resulta familiar por el círculo virtuoso descrito en el capítulo 11, las instituciones económicas inclusivas aumentaron la viabilidad y la duración de las instituciones políticas inclusivas.

Botsuana rompió el molde porque pudo aprovechar una coyuntura crítica, la independencia poscolonial, y establecer instituciones inclusivas. El Partido Demócrata de Botsuana y las élites tradicionales, incluso el propio Khama, no intentaron crear un régimen dictatorial ni instituciones extractivas que los podrían haber enriquecido a costa de la sociedad. Fue un caso más de interacción entre una coyuntura crítica y las instituciones existentes. Como hemos visto, a diferencia de prácticamente cualquier otro lugar del África subsahariana, Botsuana ya tenía instituciones tribales que habían logrado cierto grado de autoridad centralizada y que poseían importantes características pluralistas. Además, el país contaba con élites económicas que tenían mucho que ganar si se garantizaban los derechos de propiedad.

No menos importante es el hecho de que el devenir circunstancial de la historia funcionó a favor de Botsuana. Fue tremendamente afortunada porque Seretse Khama y Quett Masire no eran Siaka Stevens ni Robert Mugabe. Khama y Masire trabajaron tenaz y honradamente para construir instituciones inclusivas sobre la base de las instituciones tribales de los tswanas. Todo esto aumentó la probabilidad de que Botsuana lograra emprender el camino hacia las instituciones inclusivas, mientras que gran parte del resto del África subsahariana ni siquiera lo intentó, o fracasó rotundamente.

El fin de la extracción del sur

Era el 1 de diciembre de 1955 en la ciudad de Montgomery (Alabama) según la orden de detención, la hora en la que se produjo el delito fueron las 18.06. James Blake, conductor de autobús, tenía problemas, llamó a la policía, y los agentes Day y Mixon llegaron al lugar de los hechos. Apuntaron lo siguiente en su informe:

> Recibimos una llamada. Al llegar al lugar de los hechos, el conductor del autobús dijo que había una mujer de color sentada en la

parte para blancos del vehículo y que no se quería ir. Nosotros también la vimos. El conductor del autobús firmó una orden de detención contra ella. Rosa Parks (cf.) fue acusada de infringir el capítulo 6, artículo 11, del Código de la ciudad de Montgomery.

Rosa Parks se sentó en la parte del bus de Cleveland Avenue reservada para los blancos, lo que, según las leyes de Jim Crow de Alabama, era un delito. Le pusieron una multa de 10 dólares además de los dólares por las costas judiciales. Pero no era una mujer anónima, sino la secretaria de la sección del NAACP (Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color) de Montgomery, que hacía tiempo que luchaba para cambiar las instituciones del Sur de Estados Unidos. Su detención activó un movimiento masivo, el boicot al bus de Montgomery, ideado por Martin Luther King Jr. El 3 de diciembre, King y otros líderes negros habían organizado un boicot coordinado a los autobuses, tras convencer a todos los negros de que no cogieran ningún autobús de Montgomery. El boicot tuvo éxito y duró hasta el 20 de diciembre de 1956. Puso en marcha un proceso que culminó en el Tribunal Supremo de Estados Unidos, que decidió que las leyes de segregación en los autobuses de Alabama y Montgomery eran inconstitucionales.

El boicot al bus de Montgomery fue un momento clave en el movimiento por los derechos civiles del Sur de Estados Unidos. Este movimiento formaba parte de una serie de acontecimientos y cambios que finalmente rompieron el molde en el Sur y condujeron a un cambio fundamental de las instituciones. Como vimos en el capítulo 12, tras la guerra civil las élites terratenientes del Sur consiguieron recrear las instituciones políticas y económicas extractivas que habían dominado en este territorio antes de la guerra civil. Aunque algunos detalles de aquellas instituciones hubieran cambiado —por ejemplo, ya no era posible la esclavitud—, el impacto negativo en los incentivos económicos y la prosperidad del Sur era el mismo. Era notablemente más pobre que el resto de Estados Unidos.

A partir de los cincuenta, las instituciones del Sur empezarían a impulsar una trayectoria de crecimiento mucho mayor en la región. Por último, el tipo de instituciones extractivas eliminadas en el Sur de Estados Unidos fue distinto de las instituciones coloniales anteriores a la independencia de Botsuana. La clase de coyuntura crítica que inició el proceso de su caída también fue diferente, aunque tuvo algunos puntos en común. A partir de los años cuarenta, quienes sufrieron las consecuencias de la discriminación y las instituciones extractivas en el Sur, como Rosa Parks, empezaron a organizarse mucho mejor para luchar en su contra. Al mismo tiempo, el Tribunal Supremo de Estados Unidos y el gobierno federal finalmente empezaron a intervenir sistemáticamente para reformar las instituciones extractivas en el Sur. Por lo tanto, un factor principal que creó una coyuntura crítica para el cambio en el Sur fue la cesión de poderes de los norteamericanos negros allí y el fin del dominio indiscutido de las élites del Sur.

Las instituciones políticas del Sur, antes y después de la guerra civil, tenían una lógica económica clara, no muy distinta del régimen del *apartheid* sudafricano: garantizar mano de obra barata para las plantaciones. Sin embargo, en los cincuenta, esta lógica pasó a ser menos evidente. Se inició una importante emigración externa de negros del Sur debido a la Gran Depresión y a la segunda guerra mundial. En los años cuarenta y cincuenta, dicha emigración era de cien mil personas de media al año. Al mismo tiempo, la innovación tecnológica en la agricultura, aunque se adoptara despacio, reducía la dependencia de los propietarios de plantaciones de mano de obra barata. La mayor parte de ésta se utilizaba para recoger algodón. En 1950, prácticamente todo el algodón del sur todavía se recogía a mano. No obstante, la mecanización de la recogida del algodón reducía la demanda de este tipo de trabajo. En 1960, en los estados clave de Alabama, Luisiana y Misisipi, casi la mitad de la producción se había mecanizado. Al mismo tiempo que los negros eran más difíciles de atrapar en el sur, también

dejaron de ser indispensables para los dueños de las plantaciones. Por lo tanto, había menos razones para que las élites lucharan con fuerza para mantener las viejas instituciones económicas extractivas. Sin embargo, esto no significó que las élites estuvieran dispuestas a aceptar cambios en las instituciones, ya que hubo un conflicto prolongado. Una coalición poco habitual, entre los negros del sur y las instituciones federales inclusivas de Estados Unidos, creó una fuerza potente lejos de la extracción sureña y hacia la igualdad de derechos políticos y civiles para los negros del Sur, que finalmente eliminaron las importantes barreras para el crecimiento económico en el sur de Estados Unidos.

El impulso más importante para el cambio procedió del movimiento por los derechos civiles. Fue la cesión de poderes a los negros del Sur lo que marcó el camino, como en Montgomery, desafiando a las instituciones extractivas alrededor de ellos, exigiendo sus derechos y protestando y movilizándose para obtenerlos. No obstante, no estaban solos en eso, porque el Sur de Estados Unidos no era un país separado y las élites sureñas no tenían carta blanca como las élites guatemaltecas, por ejemplo. Al formar parte de Estados Unidos, el Sur estaba sujeto a la Constitución estadounidense y a la legislación federal. La causa para la reforma fundamental en el Sur recibiría finalmente apoyo de los poderes ejecutivo y legislativo y del Tribunal Supremo de Estados Unidos, en parte porque el movimiento por los derechos civiles fue capaz de hacer oír su voz fuera del Sur, con lo que movilizó al gobierno federal.

La intervención federal para cambiar las instituciones en el Sur empezó con la decisión del Tribunal Supremo, en 1944, de que las elecciones primarias a las que solamente se podían presentar blancos eran inconstitucionales. Como hemos visto, los negros habían sido privados políticamente del derecho a voto en la última década del siglo XIX por el uso de impuestos al sufragio y las pruebas de alfabetización (capítulo 12). Estas pruebas se manipulaban sistemáticamente para discriminar a la población negra, a la vez que se dejaba votar a los blancos pobres y analfabetos. En un famoso ejemplo de principios de los sesenta, en Luisiana, un solicitante blanco fue considerado alfabetizado tras responder «*Frdum foof spetgh*» a una pregunta sobre la Constitución del estado. La decisión del Tribunal Supremo de 1944 fue la salva inicial en la larga batalla para abrir el sistema político a los negros, y el Tribunal comprendió la importancia de flexibilizar el control blanco de los partidos políticos.

Tras aquella decisión, se dio el caso «Brown contra la Junta de educación» en 1954, en el que el Tribunal Supremo falló que la segregación establecida por el estado en escuelas y otros lugares públicos era inconstitucional. En 1962, el Tribunal echó por tierra otro pilar del dominio político de las élites blancas: la mala distribución legislativa. Cuando una legislatura tiene una mala distribución, como en los «burgos podridos» de Inglaterra antes de la Primera Ley de Reforma, algunas áreas o regiones reciben una representación mucho mayor de la que deberían en función de su cuota de población pertinente. La mala distribución en el Sur significaba que las áreas rurales, el corazón de la élite sureña de plantadores, estaban fuertemente sobrerrepresentadas en relación con las áreas urbanas. El Tribunal Supremo puso fin a esta situación en 1962 con su decisión en el caso «Baker contra Carr», que introdujo el criterio de «una persona, un voto».

Todas las decisiones del Tribunal Supremo habrían sido papel mojado si no se hubieran implantado. De hecho, en la última década del siglo XIX, la legislación federal que concedía el voto a los negros sureños no se implantó porque la aplicación de la ley local estaba bajo el control de la élite sureña y el Partido Demócrata, y el gobierno federal estaba encantado de que continuara aquella situación. Sin embargo, cuando los negros empezaron a alzarse contra la élite sureña, este bastión de apoyo a las leyes de Jim Crow se derrumbó, y el Partido Demócrata, dirigido por sus elementos no

sureños, se volvió contra la segregación racial. Los demócratas sureños renegados se reagruparon bajo el estandarte del States' Rights Democratic Party y compitieron en las elecciones presidenciales de 1948. Su candidato, Strom Thurmond, consiguió ganar en cuatro estados y logró 39 votos en el colegio electoral. Pero estaba muy lejos del poder del Partido Demócrata unificado en la política nacional y de la atracción de ese partido por parte de las élites sureñas. La campaña de Strom Thurmond se centró en este reto para la capacidad del gobierno federal de intervenir en las instituciones del Sur. Afirmaba su posición con firmeza: «Quiero decirles, señoras y caballeros, que no hay suficientes tropas en el ejército para obligar a la gente del Sur a romper con la segregación y admitir a la raza negra en nuestros teatros, en nuestras piscinas, en nuestras casas, en nuestros hogares y en nuestras iglesias».

Le demostraron que se equivocaba. Las decisiones del Tribunal Supremo significaron que los centros educativos sureños tenían que eliminar la segregación, incluso la Universidad de Misisipi en Oxford. En 1962, tras una larga batalla legal, los tribunales federales decidieron que James Meredith, un joven negro y veterano de las fuerzas aéreas, tenía que ser admitido en dicha universidad. La oposición a la implantación de esta decisión fue orquestada por los denominados Consejos de Ciudadanos, el primero de los cuales se había formado en Indianola (Misisipi), en 1954, para luchar contra la eliminación de la segregación del Sur. El gobernador estatal Ross Barnett rechazó públicamente la eliminación de la segregación ordenada por el Tribunal en la televisión el 13 de setiembre, y anunció que las universidades estatales cerrarían antes de aceptar que se eliminara la segregación. Finalmente, tras muchas negociaciones entre Barnett, el presidente John Kennedy y el fiscal general Robert Kennedy en Washington, el gobierno federal intervino por la fuerza para implantar dicha decisión. Se fijó un día en el que los *marshals* estadounidenses llevarían a James Meredith a la Universidad de Misisipi en Oxford. Anticipándose a los acontecimientos, los defensores de la supremacía blanca se empezaron a organizar. El 30 de setiembre, el día antes de que James Meredith apareciera, los *marshals* estadounidenses entraron en el campus de la universidad y rodearon el edificio principal de la administración. Una multitud de alrededor de dos mil quinientos personas llegaron para protestar y, al poco tiempo, se inició un disturbio. Los *marshals* utilizaron gas lacrimógeno para dispersar a los alborotadores, pero, al poco tiempo, fueron atacados. A las diez de la noche, se enviaron tropas federales para restablecer el orden. Al poco tiempo, había veinte mil soldados y once mil guardias nacionales en Oxford (Misisipi). En total, trescientas personas fueron detenidas. James Meredith decidió quedarse en el campus, donde, protegido de las amenazas de muerte por trescientas soldados y *marshals* estadounidenses, finalmente se graduó.

La legislación federal fue crucial en el proceso de reforma institucional del Sur. Durante la aprobación de la primera ley de derechos civiles de 1957, Strom Thurmond, entonces senador, habló sin parar durante veinticuatro horas y dieciocho minutos para evitar o, como mínimo, retrasar, la aprobación de la ley. Durante su discurso, leyó desde la Declaración de Independencia hasta varios listines telefónicos. Pero todo fue en vano. La ley de 1957 culminó en la ley de derechos civiles de 1964 al declarar la ilegalidad de un conjunto de prácticas y leyes estatales segregacionistas. La ley de derecho al voto de 1965 declaró ilegales las pruebas de alfabetización, los impuestos al sufragio y otros métodos utilizados para privar del derecho al voto a los negros del Sur. Además, amplió el control federal de las elecciones estatales.

El impacto de todos estos acontecimientos fue un cambio significativo en las instituciones económicas y legales del Sur. En Misisipi, por ejemplo, solamente alrededor del 5 por ciento de los negros que reunían los requisitos necesarios votaban en 1960. En 1970, la cifra había aumentado al 50 por ciento. En Alabama y Carolina del Sur, pasó de alrededor del 10 por ciento en 1960 al 50 por ciento en 1970. Estos patrones cambiaron la naturaleza de las elecciones, para cargos tanto locales

como nacionales. Un elemento más importante fue la debilitación del apoyo político del Partido Demócrata dominante a las instituciones extractivas que discriminaban a los negros. Así, se abrió la puerta a una serie de cambios en las instituciones económicas. Antes de las reformas institucionales de los sesenta, los negros habían estado prácticamente excluidos del todo de los trabajos en las fábricas textiles. En 1960, solamente alrededor del 5 por ciento de los empleados de las fábricas textiles del Sur eran negros. La legislación de derechos civiles detuvo esta discriminación. En 1970, esta proporción había aumentado al 15 por ciento; en 1990, era del 25 por ciento. La discriminación económica de los negros empezó a disminuir, las oportunidades educativas para ellos mejoraron significativamente, y el mercado de trabajo sureño se hizo más competitivo. Junto con las instituciones inclusivas llegaron mejoras económicas más rápidas en el Sur. En 1940, los estados del sur tenían solamente el 50 por ciento del nivel de renta per cápita de Estados Unidos. Esto empezó a cambiar a finales de los años cuarenta y cincuenta. En 1990, la brecha prácticamente había desaparecido.

Igual que en Botsuana, la clave en el Sur de Estados Unidos fue el desarrollo de instituciones políticas y económicas inclusivas. Dicho desarrollo se produjo gracias a la yuxtaposición del descontento creciente de los negros que sufrían bajo las instituciones extractivas sureñas y el desmoronamiento del dominio de un partido único, el Partido Demócrata, en el Sur. Una vez más, las instituciones existentes marcaron el camino del cambio. En este caso, fue crucial que las instituciones sureñas estuvieran bajo el paraguas de las instituciones federales de Estados Unidos, lo que permitió que los negros sureños finalmente movilizaran a las instituciones y al gobierno federal para su causa. Todo el proceso también fue facilitado por el hecho de que, con la emigración masiva de negros desde el Sur y la mecanización de la producción del algodón, las condiciones económicas habían cambiado tanto que las élites sureñas estaban menos dispuestas a oponer resistencia.

El renacimiento de China

El Partido Comunista dirigido por Mao Zedong finalmente derrocó a los nacionalistas liderados por Chiang Kai Shek, en 1949, y la República Popular China fue proclamada el 1 de octubre. Las instituciones políticas y económicas creadas después de 1949 eran muy extractivas. Desde el punto de vista político, suponían la dictadura del Partido Comunista chino. Desde entonces, no se ha permitido la existencia de ninguna otra organización política en China. Hasta su muerte en 1976, Mao dominó por completo el Partido Comunista y el gobierno. Acompañando a estas instituciones políticas autoritarias y extractivas había instituciones económicas muy extractivas. Mao nacionalizó de inmediato la tierra y abolió todo tipo de derechos de propiedad de un plumazo. Mandó ejecutar a los terratenientes y a otros segmentos que consideró que estaban contra el régimen. La economía de mercado fue básicamente abolida. La población de las zonas rurales fue organizada paulatinamente en granjas comunales. El dinero y los sueldos fueron sustituidos por «puntos de trabajo» que se podían cambiar por productos. Se introdujeron los pasaportes internos en 1956 y se prohibió viajar sin la autorización necesaria, para aumentar así el control político y económico. Toda la industria se nacionalizó de forma similar y Mao lanzó un proyecto ambicioso para fomentar el rápido desarrollo de la industria mediante planes quinquenales que seguían el modelo soviético.

Como sucede con todas las instituciones extractivas, el régimen de Mao intentaba extraer recursos del vasto país que controlaba. Igual que en el caso del gobierno de Sierra Leona con sus juntas de comercialización, el Partido Comunista chino tenía el monopolio de la venta de productos como el

arroz y los cereales, que se utilizaba para cobrar impuestos elevados a los agricultores. Los intentos de industrialización dieron paso al famoso Gran Salto Adelante después de 1958 con el desarrollo del segundo plan quinquenal. Mao anunció que la producción de acero se doblaría en un año mediante altos hornos a pequeña escala. Afirmó que, en quince años, China alcanzaría el nivel de producción de acero de Gran Bretaña. El único problema era que no había una forma factible de cumplir aquellos objetivos. Para cumplirlos, había que encontrar chatarra, y la gente tendría que fundir sus ollas y sartenes e incluso sus instrumentos agrícolas como azadas y arados. Los trabajadores que deberían haber estado ocupándose de los campos estaban fabricando acero con sus arados y, por lo tanto, destruyendo su futura capacidad para alimentarse a sí mismos, a sus familias y al país. El resultado fue una desastrosa hambruna en el campo chino. Aunque los estudiosos debaten el papel de la política de Mao del impacto de las sequías que tuvieron lugar al mismo tiempo, nadie duda del papel crucial que tuvo el Gran Salto Adelante en la muerte de entre veinte y cuarenta millones de personas. No sabemos con precisión cuántas, porque la China de Mao no registraba las cifras que habrían documentado las atrocidades. La renta per cápita cayó alrededor de una cuarta parte.

Una consecuencia del Gran Salto Adelante fue que un destacado miembro del Partido Comunista, Deng Xiaoping, general con mucho éxito durante la revolución, que dirigió una campaña «antiderechista» que dio como resultado la ejecución de muchos «enemigos de la revolución», tuvo un cambio de actitud. En una conferencia en Guangzhou, en el sur de China, en 1961, Deng argumentó: «No importa si el gato es blanco o negro; si caza ratones, es un buen gato». No importaba si las políticas parecían comunistas o no; China necesitaba políticas que fomentaran la producción para poder alimentar a su pueblo.

Sin embargo, Deng pronto sufriría por su reciente sentido práctico. El 16 de mayo de 1966, Mao anunció que la revolución estaba amenazada por intereses «burgueses» que minaban la sociedad comunista china y que deseaban recrear el capitalismo. Su respuesta fue anunciar la gran revolución cultural proletaria, conocida habitualmente como Revolución cultural. Esta revolución se basaba en dieciséis puntos. El primero afirmaba:

> Aunque la burguesía haya sido derrocada, todavía intenta utilizar las viejas ideas, cultura, costumbres y hábitos de las clases explotadoras para corromper a las masas, captar su mente y orquestar su regreso. El proletariado debe hacer justo lo contrario: debe enfrentarse directamente a todos los retos de la burguesía en el terreno ideológico y utilizar las nuevas ideas, cultura, costumbres y hábitos del proletariado para cambiar la mentalidad del conjunto de la sociedad. Actualmente, nuestro objetivo es luchar contra las personas que ostentan la autoridad y derrotarlas, puesto que toman el camino del capitalismo. Debemos criticar y repudiar a las autoridades académicas burguesas reaccionarias y la ideología de la burguesía y todo el resto de las clases explotadoras y transformar la educación, la literatura, y el arte y todos los demás elementos de la superestructura que no se corresponden con la base económica socialista, para facilitar la consolidación y el desarrollo del sistema socialista.

Al poco tiempo, la Revolución cultural, igual que el Gran Salto Adelante, empezaría a destrozar tanto la economía como muchas vidas humanas. Se formaron unidades de guardias rojos por todo el país: miembros jóvenes y entusiastas del Partido Comunista que se utilizaron para purgar a oponentes del régimen. Muchas personas fueron asesinadas, detenidas o enviadas a un exilio interno. El propio Mao respondió así a las quejas por el alcance de aquella violencia: «Ese hombre, Hitler, era todavía más atroz. Cuanto más atroz, mejor, ¿no crees? Cuanta más gente matas, más revolucionario eres».

Deng fue etiquetado como «seguidor del camino capitalista número dos», fue encarcelado en 1967 y después enviado al exilio a la provincia de Jiangxi en 1969, para trabajar en una fábrica de tractores agrícolas. Fue rehabilitado en 1974, y el primer ministro Zhou Enlai convenció a Mao para que nombrara a Deng viceprimer ministro. Ya en 1975, Deng supervisó la redacción de tres documentos del Partido que habrían hecho que el país tomara un nuevo rumbo, si hubieran sido adoptados. Exigían

la revitalización de la educación superior; la vuelta a los incentivos materiales en la industria y la agricultura, y la eliminación de los «izquierdistas» del Partido. En aquel momento, la salud de Mao se estaba deteriorando y el poder estaba cada vez más concentrado en manos precisamente de los izquierdistas que Deng Xiaoping quería apartar del poder. La mujer de Mao, Jiang Qing, y tres de sus más estrechos colaboradores, conocidos colectivamente como la Banda de los Cuatro, habían sido grandes partidarios de la Revolución cultural y la represión resultante. Su intención era continuar utilizando aquel proyecto para dirigir el país bajo la dictadura del Partido Comunista. El 5 de abril, una celebración espontánea en honor de Zhou Enlai en la plaza de Tiananmen se convirtió en una protesta en contra del gobierno. La Banda de los Cuatro culpó a Deng por las manifestaciones, y, de nuevo, fue despedido y le despojaron de todos sus cargos. En lugar de lograr eliminar a los izquierdistas, Deng vio que ellos le habían eliminado a él. Tras la muerte de Zhou Enlai, Mao había nombrado a Hua Guofeng como primer ministro interino en lugar de Deng. En el vacío de poder relativo de 1976, Hua fue capaz de acumular mucho poder personal.

En setiembre, se produjo una coyuntura crítica: Mao murió. El Partido Comunista chino había estado bajo el dominio de Mao, y el Gran Salto Adelante y la Revolución cultural habían sido, en gran medida, iniciativas suyas. Con la desaparición de Mao, hubo un verdadero vacío de poder, que dio como resultado una lucha entre quienes tenían distintas visiones y distintas creencias sobre las consecuencias del cambio. La Banda de los Cuatro tenía la intención de continuar con las políticas de la Revolución cultural porque consideraba que era la única forma de consolidar su poder y el del Partido Comunista. Hua Guofeng quería abandonar la Revolución cultural, pero no se podía distanciar demasiado de ella, porque le debía su propio ascenso en el Partido. Finalmente, defendió una vuelta a una versión más equilibrada de la visión de Mao, que resumió en la famosa frase de «todas aquellas», como dijo en el *Diario del Pueblo,* el periódico del Partido Comunista chino en 1977. Hua afirmó: «Defenderemos con firmeza todas aquellas decisiones políticas tomadas por el presidente Mao, y respetaremos de principio a fin y sin vacilar todas aquellas instrucciones dadas por el presidente Mao».

Deng Xiaoping no quería abolir el régimen comunista y sustituirlo por mercados inclusivos más de lo que lo quería Hua. Él también formaba parte del mismo grupo de personas que lograron el poder gracias a la revolución comunista. Sin embargo, él y sus partidarios pensaron que se podía lograr un desarrollo económico significativo sin poner en peligro su control político: tenían un modelo de crecimiento bajo instituciones políticas extractivas que no amenazaría su poder, porque la población china tenía una necesidad desesperada de mejorar su nivel de vida y porque toda la oposición importante al Partido Comunista había sido eliminada durante el reinado de Mao y la Revolución cultural. Para conseguirlo, querían repudiar no solamente la Revolución cultural, sino también gran parte del legado institucional maoísta. Se dieron cuenta de que el crecimiento económico solamente sería posible con cambios significativos hacia instituciones económicas inclusivas. Por lo tanto, querían reformar la economía y reforzar el papel de los incentivos y las fuerzas del mercado. También querían ampliar las posibilidades de la propiedad privada y reducir el papel del Partido Comunista en la sociedad y la administración, deshaciéndose de conceptos como la lucha de clases. El grupo de Deng también estaba abierto a la inversión extranjera y al comercio internacional, y quería llevar a cabo una política mucho más agresiva de integración en la economía internacional. No obstante, había límites, y construir instituciones económicas realmente inclusivas y reducir significativamente el control que el Partido Comunista tenía en la economía ni siquiera eran opciones.

El punto de inflexión para China fue el poder de Hua Guofeng y su voluntad de utilizarlo contra la Banda de los Cuatro. Un mes después de la muerte de Mao, Hua organizó un golpe contra la Banda de

los Cuatro y ordenó que los detuvieran a todos. Además, Deng volvió a su antiguo cargo en marzo de 1977. Tampoco había nada inevitable en estos cambios ni en los siguientes pasos significativos, que dieron como resultado que el propio Hua fuera superado tácticamente en el terreno político por Deng Xiaoping. Deng fomentó la crítica pública de la Revolución cultural y empezó a llenar puestos clave del Partido Comunista a todos los niveles con personas que, como él, habían sufrido durante aquel período. Hua no podía repudiar la Revolución cultural y eso le debilitaba. Además, en comparación con los demás, era un recién llegado a los centros del poder, y carecía de la red de conexiones y relaciones informales que Deng había construido durante muchos años. En una serie de discursos, Deng empezó a criticar las políticas de Hua. En setiembre de 1978, atacó explícitamente la política de las «todas aquellas», señalando que en lugar de dejar que cualquier cosa que dijera Mao determinara la política, el enfoque correcto era «buscar la verdad de los hechos».

Deng también empezó a llevar la presión pública contra Hua de forma brillante. Esta presión se reflejó sobre todo en el movimiento denominado Muro de la Democracia de 1978: la gente escribía quejas sobre el país en un muro de Pekín. En julio de 1978, uno de los partidarios de Deng, Hu Qiaomu, presentó algunos principios básicos de la reforma económica. Éstos incluían ideas como que las empresas debían recibir una mayor iniciativa y autorización para tomar sus propias decisiones de producción. Se debía permitir que los precios conectaran la oferta y la demanda, en lugar de ser fijados por el gobierno, y había que reducir en general la regulación de la economía por parte del Estado. Eran sugerencias radicales, pero Deng estaba consiguiendo influencia. En noviembre y diciembre de 1978, la III Sesión Plenaria del Comité Central del XI Congreso del Partido produjo un avance. A pesar de las objeciones de Hua, se decidió que, en adelante, el Partido se centraría no en la lucha de clases, sino en la modernización económica. La sesión plenaria anunció algunos experimentos provisionales con un «sistema de responsabilidad doméstica» en algunas provincias, que era un intento de reanudar la agricultura colectiva e introducir incentivos económicos en la agricultura. Al año siguiente, el Comité Central reconoció lo crucial que era la noción de «buscar la verdad en los hechos» y declaró que la Revolución cultural había sido una gran calamidad para el pueblo chino. Durante este período, Deng garantizó la designación de sus propios partidarios para cargos importantes del Partido, el ejército y el gobierno. Aunque tenía que moverse con sigilo contra los partidarios de Hua en el Comité Central, creó bases de poder paralelas. En 1980, obligaron a Hua a dejar el cargo de primer ministro, para ser reemplazado por Zhao Ziyang. En 1982, Hua había sido apartado del Comité central. Sin embargo, Deng no se detuvo allí. En el XII Congreso del Partido en 1982, y, posteriormente, en la Conferencia Nacional del Partido en setiembre de 1985, logró una reorganización prácticamente total del liderazgo del Partido y los cargos más elevados. Llegó gente mucho más joven y reformista. Si se compara 1980 con 1985, en ese período se cambiaron veintiuno de los veintiséis miembros del Politburó, ocho de los once miembros de la Secretaría del Partido Comunista y diez de los dieciocho viceprimeros ministros.

Una vez que Deng y los reformistas habían consumado su revolución política y tenían el control del Estado, impulsaron una serie de cambios en las instituciones económicas. Empezaron por la agricultura. En 1983, siguiendo las ideas de Hu Qiaomu, se adoptó universalmente el sistema de responsabilidad doméstica, que proporcionaría incentivos económicos a los agricultores. En 1985, la compra obligatoria de cereales por parte del Estado fue abandonada y sustituida por un sistema de contratos más voluntarios. El control administrativo de los precios agrícolas se relajó fuertemente en 1985. En la economía urbana, las empresas estatales recibieron más autonomía, se identificaron catorce «ciudades abiertas» y se les dio la capacidad para atraer inversión extranjera.

Fue la economía rural la que despegó primero. La introducción de incentivos condujo a un

aumento espectacular de la productividad agrícola. En 1984, la producción de cereales fue un 33 por ciento superior a la de 1978, aunque pocas personas trabajaban en este sector. Muchas habían pasado a ocupar puestos en nuevas industrias rurales, las denominadas empresas de poblados y aldeas. Se las había permitido crecer fuera del sistema de planificación industrial estatal después de 1979, cuando se aceptó que pudieran entrar nuevas empresas y competir con las que eran propiedad del Estado. Poco a poco, se introdujeron también incentivos en el sector industrial, sobre todo en el funcionamiento de empresas dirigidas por el Estado, aunque, en esta etapa, no había el mínimo indicio de privatización, que tuvo que esperar hasta mediados de los noventa.

El renacimiento de China llegó con un alejamiento significativo de las instituciones económicas más extractivas, que pasaron a ser más inclusivas. Los incentivos del mercado en la agricultura y la industria, seguidos después por la tecnología y la inversión extranjeras, condujeron a China al crecimiento económico. Como veremos con más detalle en el siguiente capítulo, era un crecimiento bajo instituciones políticas extractivas, aunque no fueran tan represivas como lo fueron durante la Revolución cultural e incluso si las instituciones económicas estaban llegando a ser parcialmente inclusivas. Todo esto no debería llevar a subestimar hasta qué punto los cambios de las instituciones económicas de China fueron radicales. China rompió el molde, aunque no transformara sus instituciones políticas. Igual que en Botsuana y el Sur de Estados Unidos, los cambios cruciales se dieron durante una coyuntura crítica —en el caso de China, tras la muerte de Mao—. También fueron contingentes, de hecho, muy circunstanciales, ya que no había nada inevitable en el hecho de que la Banda de los Cuatro perdiera la lucha de poder; y, si no hubieran perdido, China no habría experimentado el crecimiento económico sostenido que ha tenido durante los últimos treinta años. Sin embargo, la devastación y el sufrimiento humano que causaron el Gran Salto Adelante y la Revolución cultural generaron suficiente demanda de cambio para que Deng Xiaoping y sus aliados fueran capaces de ganar la batalla política.

Botsuana, China y el Sur de Estados Unidos, igual que la Revolución gloriosa en Inglaterra, la Revolución francesa y la restauración Meiji en Japón, son ejemplos claros de que historia no es sinónimo de destino. A pesar del círculo vicioso, las instituciones extractivas pueden ser sustituidas por instituciones inclusivas. Sin embargo, no es algo automático ni fácil. Suele ser necesario que haya una confluencia de factores, sobre todo una coyuntura crítica, acompañada de una amplia coalición de los que exigen reformas u otras instituciones existentes propicias, para que una nación avance para lograr instituciones inclusivas. También es clave la suerte, porque la historia siempre se desarrolla de manera circunstancial.

15

Claves para comprender la prosperidad y la pobreza

Orígenes históricos

Existen diferencias enormes en el nivel de vida alrededor del mundo. Incluso los ciudadanos más pobres de Estados Unidos tienen rentas y acceso a sanidad, educación, servicios públicos y oportunidades económicas y sociales que son muy superiores a las disponibles para la amplia masa de la población que vive en el África subsahariana, el sur de Asia y América Central. El contraste entre las dos Coreas, las dos ciudades de Nogales y entre Estados Unidos y México nos recuerda que se trata de fenómenos relativamente recientes. Hace quinientos años, México, origen del Estado azteca, sin duda era más rico que los Estados del norte, y Estados Unidos no superó a México hasta el siglo XIX. La brecha entre las dos ciudades de Nogales es incluso más reciente. Corea del Norte y Corea del Sur, desde el punto de vista económico, social y cultural, eran un todo indistinguible antes de que el país fuera dividido siguiendo el paralelo 38 después de la segunda guerra mundial. Asimismo, la mayoría de las enormes diferencias económicas que observamos a nuestro alrededor hoy en día surgieron durante los últimos doscientos años.

¿Estaba escrito que esto tuviera que ser así? ¿Estaba predeterminado desde el punto de vista histórico (o geográfico o cultural o étnico) que Europa occidental, Estados Unidos y Japón llegarían a ser mucho más ricos que el África subsahariana, América Latina y China aproximadamente durante los últimos doscientos años? ¿Era inevitable que la revolución industrial se pusiera en marcha en el siglo XVIII en Gran Bretaña, y que luego se extendiera por Europa occidental y las ramificaciones de Europa en Norteamérica y Australasia? ¿Un mundo hipotético en el que la Revolución gloriosa y la revolución industrial tuvieran lugar en Perú, que entonces colonizaría Europa occidental y esclavizaría a los blancos, es posible, o es solamente un tipo de ciencia ficción histórica?

Para responder (de hecho, incluso para considerar) estas preguntas, necesitamos una teoría que explique por qué algunos países son prósperos mientras que otros fracasan y son pobres. Esta teoría debe definir los factores que crean y retrasan la prosperidad y sus orígenes históricos. En este libro, se ha propuesto dicha teoría. Cualquier fenómeno social complejo, como los orígenes de las distintas trayectorias económicas y políticas de cientos de Estados alrededor del mundo, es probable que tenga multitud de causas, lo que hace que la mayoría de los sociólogos rechacen las teorías monocausales, simples y aplicables ampliamente y se centren en buscar distintas explicaciones para resultados aparentemente similares que surgen en distintos momentos y áreas. Nosotros hemos ofrecido una teoría sencilla y la hemos utilizado para explicar las líneas generales del desarrollo político y económico del mundo desde la revolución neolítica. Nuestra elección está motivada no por una creencia ingenua de que dicha teoría pueda explicarlo todo, sino porque una teoría nos debería permitir centrarnos en los paralelismos, en ocasiones a costa de abstraernos de muchos detalles interesantes. Por lo tanto, una teoría de éxito no reproduce fielmente detalles, sino que proporciona una explicación útil y bien fundada empíricamente para una gama de procesos a la vez que aclara las fuerzas principales que hay en funcionamiento.

Nuestra teoría ha intentado lograrlo operando a dos niveles. El primero, la distinción entre instituciones políticas y económicas extractivas e inclusivas. El segundo, nuestra explicación de por qué surgieron instituciones inclusivas en algunas partes del mundo y no en otras. Mientras que el

primer nivel de nuestra teoría trata de la interpretación institucional de la historia, el segundo nivel analiza de qué forma la historia ha marcado las trayectorias institucionales de los países.

Para nuestra teoría, es crucial la relación entre prosperidad e instituciones políticas y económicas inclusivas. Las instituciones económicas inclusivas que hacen respetar los derechos de propiedad crean igualdad de oportunidades y fomentan la inversión en habilidades y nuevas tecnologías. Éstas conducen más al crecimiento económico que las instituciones económicas extractivas, estructuradas para extraer recursos de la mayoría para un grupo reducido y que no protegen los derechos de propiedad ni proporcionan incentivos para la actividad económica. Las instituciones económicas inclusivas, a su vez, respaldan y reciben el apoyo de las instituciones políticas inclusivas, es decir, las que reparten el poder político ampliamente de manera pluralista y son capaces de lograr cierto grado de centralización política para establecer la ley y el orden, la base de unos derechos de propiedad seguros y una economía de mercado inclusiva. Asimismo, las instituciones económicas extractivas están relacionadas sinérgicamente con las instituciones políticas extractivas, que concentran el poder en manos de unos pocos, que entonces tendrán incentivos para mantener y desarrollar instituciones económicas extractivas en beneficio propio y utilizar los recursos que obtengan para consolidar su control del poder político.

Estas tendencias no implican que las instituciones políticas y económicas extractivas sean incompatibles con el crecimiento económico. Al contrario, toda élite, cuando el resto de las condiciones son invariables, desearía fomentar el máximo crecimiento posible para tener más que extraer. Las instituciones extractivas que han logrado al menos un grado mínimo de centralización política suelen ser capaces de generar cierto nivel de crecimiento. Sin embargo, lo crucial es que el crecimiento bajo instituciones extractivas no se mantendrá, por dos razones clave. La primera, el desarrollo económico sostenido exige innovación y ésta no puede ser desligada de la destrucción creativa, que sustituye lo viejo por lo nuevo en el terreno económico y también desestabiliza las relaciones de poder en el campo político. Como las élites que dominan las instituciones extractivas temen la destrucción creativa, se resistirán a ella y cualquier crecimiento que germine bajo instituciones extractivas, en última instancia, durará poco tiempo. La segunda razón es que la capacidad de los que dominan las instituciones extractivas de beneficiarse enormemente a costa del resto de la sociedad implica que el poder político bajo instituciones extractivas sea muy codiciado, lo que hace que los grupos y los individuos luchen para obtenerlo. En consecuencia, habrá fuerzas potentes que impulsarán a las sociedades bajo instituciones extractivas hacia la inestabilidad política.

Las sinergias entre instituciones políticas y económicas extractivas crean un círculo vicioso en el que las instituciones extractivas, una vez en marcha, tienden a persistir. Asimismo, existe un círculo virtuoso asociado con las instituciones políticas y económicas inclusivas. Sin embargo, ni el círculo vicioso ni el virtuoso son absolutos. De hecho, algunos países viven bajo instituciones inclusivas hoy en día porque, aunque las instituciones extractivas hayan sido lo normal en la historia, han sido capaces de romper el molde y hacer la transición a instituciones inclusivas. Nuestra explicación de estas transiciones es histórica, pero no está predeterminada históricamente. El cambio institucional a fondo, el requisito para que se produzca un gran cambio económico, tiene lugar como resultado de la interacción entre las instituciones existentes y las coyunturas críticas. Las coyunturas críticas son grandes acontecimientos que perturban el equilibrio político y económico existente en una o muchas sociedades. Como la peste negra, que mató posiblemente a la mitad de la población de la mayor parte de Europa durante el siglo XIV; la apertura de las rutas de comercio atlántico, que creó enormes oportunidades de negocio para muchos en Europa occidental, y la revolución industrial, que ofreció la posibilidad de que se produjeran cambios rápidos pero también perturbadores en la estructura de las

economías del mundo.

Las diferencias institucionales existentes entre las propias sociedades son resultado de los cambios institucionales del pasado. ¿Por qué el camino del cambio institucional difiere de una sociedad a otra? La respuesta a esta pregunta radica en la deriva institucional. De la misma forma que los genes de dos poblaciones aisladas de organismos se separarán lentamente debido a mutaciones aleatorias en el denominado proceso de deriva evolutiva o genética, dos sociedades por lo demás similares también se separarán institucionalmente, aunque, de nuevo, lentamente. El conflicto por la renta y el poder, e, indirectamente, por las instituciones, es una constante en todas las sociedades. Este conflicto a menudo tiene un resultado circunstancial, aunque las reglas de juego en el que aparece no sean equitativas. El resultado de este conflicto conduce a la deriva institucional. Sin embargo, no se trata necesariamente de un proceso acumulativo. No implica que las pequeñas diferencias que surgen en algún punto necesariamente aumentarán con el tiempo. Al contrario, como ilustra nuestro análisis de la Gran Bretaña romana del capítulo 6, las pequeñas diferencias se desarrollan, desaparecen y vuelven a aparecer. No obstante, cuando llega una coyuntura crítica, estas pequeñas diferencias que han surgido como resultado de la deriva institucional pueden ser las pequeñas diferencias que importan a la hora de hacer que sociedades por lo demás bastante similares diverjan radicalmente.

En los capítulos 7 y 8, vimos que, a pesar de las muchas similitudes entre Inglaterra, Francia y España, la coyuntura crítica del comercio atlántico tuvo su impacto más transformador en Inglaterra debido a las pequeñas diferencias. Concretamente, el hecho de que, a causa de los avances durante los siglos XV y XVI, la Corona inglesa no podía controlar todo el comercio con el extranjero, ya que dicho comercio estaba, en su mayoría, bajo los monopolios de las Coronas francesa y española. En consecuencia, en Francia y España, fueron la monarquía y los grupos aliados con ésta los principales beneficiarios de las grandes ganancias obtenidas mediante el comercio atlántico y la expansión colonial, mientras que, en Inglaterra, fueron los grupos fuertemente opuestos a la monarquía los beneficiados por las oportunidades económicas abiertas por esta coyuntura crítica. Aunque la deriva institucional conduzca a pequeñas diferencias, su interacción con las coyunturas críticas produce la divergencia institucional y, por lo tanto, ésta crea diferencias institucionales mucho mayores que afectarán a la siguiente coyuntura crítica.

La historia es clave, ya que son los procesos históricos los que, a través de la deriva institucional, crean las diferencias que pueden llegar a ser cruciales durante las coyunturas críticas. Las coyunturas críticas en sí son puntos de inflexión históricos. Y los círculos viciosos y virtuosos implican que tenemos que estudiar la historia para comprender la naturaleza de las diferencias institucionales que han sido estructuradas históricamente. Sin embargo, nuestra teoría no implica determinismo histórico, ni ningún otro tipo de determinismo. Por esta razón, la respuesta a la pregunta con la que iniciamos este capítulo es no: no fue una necesidad histórica que Perú acabara siendo mucho más pobre que Europa occidental o Estados Unidos.

Para empezar, en contraste con las hipótesis de la geografía y la cultura, Perú no está condenado a la pobreza debido a su geografía ni su cultura. En nuestra teoría, Perú es mucho más pobre que Europa occidental y Estados Unidos hoy en día debido a sus instituciones y, para comprender por qué, debemos entender el proceso histórico de desarrollo institucional en Perú. Como vimos en el segundo capítulo, hace quinientos años, el Imperio inca, que ocupaba el Perú contemporáneo, era más rico, más sofisticado tecnológicamente y más centralizado políticamente que los pequeños Estados que ocupaban Norteamérica. El punto de inflexión fue la forma en la que se colonizó esta zona y las diferencias entre dicha colonización y la de Norteamérica. Esto tuvo su origen no en un proceso predeterminado históricamente, sino en el resultado contingente de varios desarrollos institucionales

cruciales durante coyunturas críticas. Como mínimo tres factores podrían haber cambiado esta trayectoria y haber conducido a patrones muy distintos a largo plazo.

Primero, las diferencias institucionales dentro del continente americano durante el siglo XV marcaron cómo fueron colonizadas estas zonas. Norteamérica siguió una trayectoria institucional distinta a la de Perú porque estaba escasamente poblada antes de la colonización y atrajo a colonos europeos que lograron alzarse contra la élite que entidades como la Virginia Company y la Corona inglesa habían intentado crear. En cambio, los conquistadores españoles encontraron un Estado centralizado y extractivo en Perú del que se podían apoderar y una gran población que podían poner a trabajar en las minas y en las plantaciones. Tampoco había nada predeterminado geográficamente sobre la situación de América en la época de la llegada de los europeos. De la misma forma que la aparición de un Estado centralizado dirigido por el rey Shyaam entre los bushongs fue resultado de una gran innovación institucional, o quizá incluso de una revolución política, como vimos en el capítulo 5, la civilización inca de Perú y las grandes poblaciones de esa zona fueron resultado de grandes innovaciones institucionales. Podrían haberse dado en Norteamérica, en lugares como el valle del Misisipi o incluso en el noreste de Estados Unidos. De haber sido así, los europeos podrían haber encontrado tierras vacías en los Andes y Estados centralizados en Norteamérica, y los papeles de Perú y Estados Unidos podrían haberse revertido. Los europeos se habrían asentado en zonas alrededor de Perú, y el conflicto entre la mayoría de los colonos y la élite habría conducido a la creación de instituciones inclusivas allí en lugar de hacerlo en Norteamérica. Los posteriores caminos de desarrollo económico probablemente habrían sido distintos.

Segundo, el Imperio inca podría haber resistido el colonialismo europeo, como hizo Japón cuando los barcos del comodoro Perry llegaron a la bahía de Edo. La extractividad del Imperio inca era mucho mayor que la de Tokugawa (Japón) y no cabe duda de que este hecho hacía que una revolución política parecida a la restauración Meiji fuera mucho menos probable en Perú; sin embargo, no existía ninguna necesidad histórica de que los incas sucumbieran completamente a la dominación europea. Si hubieran sido capaces de resistir e incluso de modernizarse institucionalmente en respuesta a las amenazas, todo el camino de la historia del Nuevo Mundo, y, con él, toda la historia del mundo, podría haber sido distinta.

El tercer factor, y el más radical, es que no fue un hecho predeterminado desde el punto de vista histórico, geográfico ni cultural que los europeos fueran los que colonizaran el mundo. Podrían haber sido los chinos o incluso los incas. Evidentemente, ese resultado es imposible si observamos el mundo desde la perspectiva del siglo XV, época en la que la Europa occidental había adelantado a América y China ya se había replegado sobre sí misma. Sin embargo, la Europa occidental del siglo XV en sí era resultado de un proceso contingente de deriva institucional marcado por coyunturas críticas, y nada de esto había sido inevitable. Las potencias europeas occidentales no podrían haber logrado ventaja y haber conquistado el mundo sin varios puntos de inflexión históricos. Éstos incluían el camino específico que tomó el feudalismo, sustituyendo la esclavitud y el poder debilitador de los monarcas en el proceso; el hecho de que siglos después del cambio del primer milenio en Europa fueran testigos del desarrollo de ciudades independientes y comercialmente autónomas; de que los monarcas europeos no estuvieran tan amenazados y, en consecuencia, no intentaran desalentar el comercio extranjero como hicieron los emperadores chinos durante la dinastía Ming, y la llegada de la peste negra, que hizo temblar los cimientos del orden feudal. Si estos acontecimientos hubieran tenido lugar de otra forma, podríamos estar viviendo en un mundo muy distinto hoy en día, uno en el que Perú podría ser más rico que Europa occidental o Estados Unidos.

Naturalmente, el poder predictivo de una teoría en la que tanto las pequeñas diferencias como la casualidad tienen papeles cruciales será limitado. Pocos podrían haber predicho en el siglo XV o incluso en el XVI, ya no digamos en los muchos siglos tras la caída del Imperio romano, que el mayor avance hacia las instituciones inclusivas se haría en Gran Bretaña. Fueron solamente el proceso específico de deriva institucional y la naturaleza de la coyuntura crítica creada por la apertura del comercio atlántico los que lo hicieron posible. Ni muchos habrían pensado en medio de la Revolución cultural durante los setenta que China al poco tiempo se estaría dirigiendo hacia unos cambios radicales en sus instituciones económicas y, posteriormente, hacia una trayectoria de crecimiento trepidante. Asimismo, es imposible predecir con certeza cuál será la situación dentro de quinientos años. Sin embargo, no son carencias de nuestra teoría. La explicación histórica que hemos presentado hasta ahora indica que cualquier enfoque basado en el determinismo histórico (basado en geografía, cultura o incluso en otros factores históricos) es inadecuado. Las pequeñas diferencias y la casualidad no forman parte solamente de nuestra teoría, sino que forman parte del curso de la historia.

Aunque hacer predicciones precisas sobre qué sociedades prosperarán sea difícil, a lo largo del libro hemos visto que nuestra teoría explica bastante bien las amplias diferencias entre la prosperidad y la pobreza de los países del mundo. En el resto de este capítulo, veremos que también proporciona directrices generales sobre el tipo de sociedades que es más probable que alcancen el desarrollo económico durante las siguientes décadas.

Primero, los círculos viciosos y virtuosos generan mucha persistencia y pereza. Debería haber pocas dudas de que en cincuenta o incluso cien años, Estados Unidos y Europa occidental, basándose en sus instituciones políticas y económicas inclusivas, serán más ricos, con mucha probabilidad, considerablemente más ricos que el África subsahariana, Oriente Próximo, América Central o el Sudeste asiático. Sin embargo, dentro de estos patrones generales, habrá grandes cambios institucionales en el siglo que viene, en el que algunos países romperán el molde y harán la transición de pobres a ricos.

Los países que no han logrado prácticamente ninguna centralización política, como Somalia y Afganistán, o los que han experimentado el hundimiento del Estado, como Haití durante las últimas décadas (mucho antes de que el enorme terremoto de 2010 provocara la devastación de las infraestructuras del país), es poco probable que logren crecimiento bajo instituciones políticas extractivas o hagan grandes cambios hacia instituciones inclusivas. Es probable que los países que crezcan durante las próximas décadas (aunque probablemente lo hagan bajo instituciones extractivas) sean los que han logrado cierto grado de centralización política. En el África subsahariana, serían Burundi, Etiopía, Ruanda, países con largas historias de Estados centralizados, y Tanzania, que ha logrado construir dicha centralización o, como mínimo, implantar algunos de los prerrequisitos para la centralización, desde la independencia. En América Latina, incluiría a Brasil, Chile y México, que no solamente han logrado la centralización política, sino que también han hecho avances significativos hacia un pluralismo incipiente. Nuestra teoría sugeriría que es muy poco probable que haya crecimiento económico sostenible en Colombia.

Nuestra teoría también sugiere que el crecimiento bajo instituciones políticas extractivas, como en China, no aportará crecimiento sostenido, y es probable que pierdan ímpetu. Más allá de estos casos, existe mucha incertidumbre. Cuba, por ejemplo, podría hacer la transición a instituciones inclusivas y experimentar una gran transformación económica, o puede persistir bajo instituciones políticas y económicas extractivas. Lo mismo ocurre con Corea del Norte y Birmania en Asia. Por lo tanto, aunque nuestra teoría proporcione las herramientas para pensar cómo cambian las instituciones y qué

consecuencias tienen esos cambios, la naturaleza de este cambio (el papel de la contingencia y las pequeñas diferencias) hace que sea difícil hacer predicciones más precisas.

Es necesario tener incluso una mayor cautela al elaborar recomendaciones de políticas a partir de esta amplia explicación de los orígenes de la prosperidad y la pobreza. De la misma forma que el impacto de las coyunturas críticas depende de las instituciones existentes, la forma de responder de una sociedad a la misma intervención de políticas depende de las instituciones en vigor. Evidentemente, nuestra teoría trata de cómo los países pueden dar pasos hacia la prosperidad, transformando sus instituciones de extractivas en inclusivas. Sin embargo, también deja muy claro desde el principio que no existen recetas fáciles para lograr dicha transición. Primero, el círculo vicioso implica que cambiar instituciones sea mucho más difícil de lo que parece a primera vista. En concreto, las instituciones extractivas se pueden recrear adoptando distintas formas, como vimos con la ley de hierro de la oligarquía en el capítulo 12. Por lo tanto, el hecho de que el régimen extractivo del presidente Mubarak fuera derrocado por la protesta popular en febrero de 2011 no garantiza que Egipto inicie un camino que conduzca a instituciones más inclusivas. En vez de esto, las instituciones extractivas pueden recrearse a pesar del apasionante y esperanzador movimiento a favor de la democracia. Segundo, a causa del devenir circunstancial de la historia que implica que es difícil saber si una interacción concreta de las coyunturas críticas y de diferencias institucionales existentes conducirá a instituciones más inclusivas o extractivas, sería heroico formular recomendaciones de políticas generales para fomentar el cambio hacia instituciones inclusivas. Sin embargo, nuestra teoría es útil para analizar políticas ya que nos permite reconocer malas recomendaciones de políticas tomando como base hipótesis incorrectas o percepciones incorrectas sobre cómo pueden cambiar las instituciones. En esto, como en la mayoría de las cosas, evitar los peores errores es tan importante (y más realista) que intentar desarrollar soluciones sencillas. Quizá esto se vea más claramente cuando consideramos las recomendaciones de políticas actuales que fomentan el «crecimiento autoritario» basado en la experiencia de crecimiento chino de éxito de las últimas décadas. A continuación, explicamos por qué estas recomendaciones de políticas inducen a error y por qué el crecimiento chino, tal y como se ha desarrollado hasta ahora, es solamente otra forma de crecimiento bajo instituciones políticas extractivas, que es poco probable que se traduzca en un desarrollo económico sostenido.

El irresistible encanto del crecimiento autoritario

Dai Guofang reconoció el *boom* urbano que iba a llegar a China de forma inminente. Nuevas autopistas, centros de negocios, residencias y rascacielos se extendían por todas partes en China en los noventa y Dai pensó que este crecimiento cobraría más velocidad en la década siguiente. Argumentó que su empresa, Jingsu Tieben Iron and Steel, podía captar un gran mercado como productor de coste bajo, sobre todo en comparación con las fábricas de acero ineficientes en manos del Estado. Dai planeaba construir un verdadero gigante del acero y, con el apoyo de los jefes de partido locales de Changzhou, empezó a construirlo en 2003. Sin embargo, en marzo de 2004, el proyecto había sido interrumpido por orden del Partido Comunista chino en Pekín y Dai fue detenido por razones que nunca se explicaron claramente. Las autoridades quizá suponían que encontrarían ciertas pruebas incriminatorias en sus cuentas. Dai pasó los cinco años siguientes en la cárcel y bajo arresto domiciliario y fue hallado culpable de un delito menor en 2009. Su verdadero delito había sido iniciar un gran proyecto que competiría con empresas patrocinadas por el Estado sin la aprobación de los altos mandos del Partido Comunista. Sin duda, fue la lección que los demás aprendieron en este caso.

La reacción del Partido Comunista frente a emprendedores como Dai no debería sorprender. Chen Yun, uno de los más estrechos colaboradores de Deng Xiaoping y supuestamente el mayor arquitecto de las reformas iniciales del mercado, resumió las opiniones de la mayor parte de los mandos del Partido con una analogía de «pájaro en una jaula» para la economía. La economía china era el pájaro y el control del Partido, la jaula. Ésta tenía que hacerse más grande para que el pájaro estuviera más sano y fuera más dinámico, pero no podía estar abierta ni ser eliminada, porque el pájaro se escaparía. Jiang Zemin, poco después de convertirse en secretario general del Partido Comunista en 1989, el puesto más poderoso de China, fue más allá y resumió la sospecha del Partido respecto a los emprendedores describiéndolos como «comerciantes y vendedores ambulantes autónomos que engañan, malversan, sobornan y evaden impuestos». A lo largo de los noventa, mientras la inversión extranjera inundaba China y se animaba a las empresas del Estado a expandirse, el espíritu empresarial privado todavía era recibido con recelo y muchos emprendedores fueron expropiados e incluso encarcelados. La idea de Jiang Zemin de los emprendedores, aunque en declive relativo, todavía está generalizada en China. En palabras de un economista chino: «Las grandes empresas estatales pueden participar en proyectos enormes. Sin embargo, cuando las empresas privadas lo hacen, sobre todo en competencia con el Estado, aparecen problemas por todas partes».

A pesar de que hoy en día haya decenas de empresas privadas que operan rentablemente en China, muchos elementos de la economía todavía están bajo el control y la protección del Partido. El periodista Richard McGregor señala que en la mesa del director de cada una de las grandes empresas estatales chinas hay un teléfono rojo. Cuando suena, significa que llama el Partido con órdenes que debe seguir la empresa, como dónde debe invertir y a qué objetivos apuntar. Estas empresas gigantes todavía están bajo las órdenes del Partido, lo que recordamos cada vez que el Partido decide cambiar, despedir o ascender a sus directores generales, sin dar muchas explicaciones.

Evidentemente, estas historias no niegan que China haya hecho grandes avances hacia instituciones económicas inclusivas, que respaldan sus tasas de crecimiento espectaculares durante los últimos treinta años. La mayoría de los empresarios tienen alguna seguridad, sobre todo porque cultivan el apoyo de los mandos locales y de las élites del Partido Comunista en Pekín. La mayor parte de las empresas del Estado buscan beneficios y compiten en mercados internacionales. Se trata de un cambio radical en comparación con la China de Mao. Como vimos en el capítulo anterior, China fue capaz de crecer porque, bajo Deng Xiaoping, se produjeron reformas radicales lejos de las instituciones económicas más extractivas y hacia instituciones económicas inclusivas. El crecimiento ha continuado porque las instituciones económicas chinas han seguido un camino hacia una mayor inclusividad, si bien es cierto que ha sido lento. China también se está beneficiando enormemente de su gran oferta de mano de obra barata y de su acceso a mercados, capital y tecnologías del extranjero.

Las instituciones económicas chinas son incomparablemente más inclusivas hoy en día de lo que lo fueron hace tres décadas, pero la experiencia china es un ejemplo de crecimiento bajo instituciones políticas extractivas. A pesar del énfasis reciente de China en la innovación y la tecnología, el crecimiento chino se basa en la adopción de tecnologías existentes e inversión rápida, no en la destrucción creativa. Un aspecto importante de esto es que los derechos de propiedad no son del todo seguros en China. De vez en cuando, igual que en el caso de Dai, algunos emprendedores son expropiados. La movilidad de la mano de obra está estrictamente regulada y los derechos de propiedad más básicos, como el derecho a vender el propio trabajo como uno quiera, todavía son muy imperfectos. El punto hasta el cual las instituciones económicas todavía están lejos de ser verdaderamente inclusivas queda ilustrado por el hecho de que solamente unos cuantos hombres y mujeres de negocios se aventurarían siquiera a hacer alguna actividad sin el apoyo del mando del

Partido local o, incluso más importante, de Pekín. La conexión entre una empresa y el Partido es muy lucrativa para ambos. Las empresas que cuentan con el apoyo del Partido reciben contratos en términos favorables, pueden echar a gente corriente para expropiar sus tierras y violar leyes y regulaciones con impunidad. Quienes obstaculicen el camino de este plan de negocio quedarán aplastados e incluso pueden ser encarcelados o asesinados.

El peso demasiado presente del Partido Comunista y las instituciones extractivas de China nos recuerdan las muchas similitudes entre el desarrollo soviético de los años cincuenta y sesenta y el desarrollo chino actual, aunque también haya diferencias notables. La Unión Soviética logró crecer bajo instituciones económicas extractivas e instituciones políticas extractivas porque asignaba forzosamente recursos a la industria bajo una estructura de mando centralizada, sobre todo armamento e industria pesada. Este crecimiento fue factible, en parte, porque faltaba mucho por hacer. El crecimiento bajo instituciones extractivas es más fácil cuando la destrucción creativa no es una necesidad. Las instituciones económicas chinas, sin duda, son más inclusivas que las que había en la Unión Soviética, pero las instituciones políticas chinas todavía son extractivas. El Partido Comunista es todopoderoso en China y controla toda la burocracia estatal, las fuerzas armadas, los medios de comunicación y grandes partes de la economía. El pueblo chino tiene pocas libertades y muy poca participación en el proceso político.

Muchas personas hacía tiempo que creían que el desarrollo en China iba a conducir a la democracia y a un mayor pluralismo. En 1989, se creía realmente que las manifestaciones de la plaza de Tiananmen conllevarían una mayor apertura y quizá incluso el fin del régimen comunista. Sin embargo, se dio la orden de sacar los tanques contra los manifestantes, y los libros de historia no hablan de una revolución pacífica, sino de la masacre de la plaza de Tiananmen. En muchos aspectos, las instituciones políticas chinas se hicieron más extractivas después de Tiananmen; reformadores como Zhao Ziyang, que, como secretario general del Partido Comunista, dio su apoyo a los estudiantes de la plaza de Tiananmen, fueron purgados y el Partido redujo radicalmente las libertades civiles y de prensa con un mayor rigor. Zhao Ziyang fue puesto bajo arresto domiciliario durante más de quince años y su registro público fue borrado paulatinamente con el objetivo de que ni siquiera fuera un símbolo para aquellos que daban apoyo al cambio político.

Hoy en día, el control del Partido sobre los medios de comunicación, incluso Internet, no tiene precedentes. Gran parte de este control se logra a través de la autocensura, es decir, los medios de comunicación saben que no deben mencionar a Zhao Ziyang ni a Liu Xiaobo, el crítico del gobierno que pide una mayor democratización, que todavía languidece en la cárcel incluso después de que se le concediera el Premio Nobel de la Paz. La autocensura recibe el apoyo de un aparato orweliano que puede controlar conversaciones y comunicaciones, cerrar sitios webs y periódicos e incluso bloquear selectivamente el acceso a historias de noticias individuales en Internet. Todo esto se puso de manifiesto cuando salió a la luz la noticia sobre las acusaciones de corrupción contra el hijo del secretario general del Partido desde 2002, Hu Jintao, en 2009. El aparato del Partido de inmediato pasó a la acción y no solamente fue capaz de impedir que los medios de comunicación chinos cubrieran el caso, sino que también logró bloquear selectivamente informaciones sobre el caso en los sitios webs de *The New York Times* y el *Financial Times*.

A causa del control del Partido sobre las instituciones económicas, el alcance de la destrucción creativa queda fuertemente reducido, y continuará así hasta que se produzca una reforma radical de las instituciones políticas. Igual que en la Unión Soviética, la experiencia china del crecimiento bajo instituciones políticas extractivas se facilita, en gran medida, porque todavía queda mucho camino por andar. La renta per cápita en China todavía es una fracción de la de Estados Unidos y Europa

occidental. Evidentemente, el crecimiento chino está considerablemente más diversificado que el crecimiento soviético, no se basa solamente en armamento o industria pesada y los emprendedores chinos están mostrando mucho ingenio. De todas formas, este crecimiento perderá ímpetu a menos que las instituciones políticas extractivas den paso a instituciones inclusivas. Mientras las instituciones políticas continúen siendo extractivas, el crecimiento estará inherentemente limitado, como ha ocurrido en todos los demás casos similares.

Sin embargo, la experiencia china plantea varias cuestiones interesantes sobre el futuro del crecimiento chino y, más importante, la deseabilidad y la viabilidad del crecimiento autoritario. Este crecimiento se ha convertido en una alternativa popular al «consenso de Washington», que hace hincapié en la importancia de la liberalización del comercio y el mercado y de ciertas formas de reforma institucional para activar el crecimiento económico en zonas mucho menos desarrolladas del mundo. Aunque parte del atractivo del crecimiento autoritario llega como reacción al consenso de Washington, quizá su mayor encanto (sin duda, para los gobernantes que presiden las instituciones extractivas) es que les da carta blanca para mantener e incluso reforzar su control del poder y legitima su extracción.

Tal y como destaca nuestra teoría, sobre todo en sociedades que han experimentado algún grado de centralización estatal, este tipo de crecimiento bajo instituciones extractivas es posible y puede incluso ser el escenario más probable para muchos países, desde Camboya y Vietnam hasta Burundi, Etiopía y Ruanda. No obstante, también implica que, como todos los ejemplos de crecimiento bajo instituciones políticas extractivas, no se podrá mantener.

En el caso de China, el proceso de crecimiento basado en actualización, importación de tecnología extranjera y exportación de productos de manufactura de gama baja es probable que continúe algún tiempo. Sin embargo, también es probable que el crecimiento chino acabe, sobre todo una vez que China logre el nivel de vida de un país de renta media. El panorama más probable podría ser que el Partido Comunista chino y la élite económica china cada vez más poderosa consigan mantener su estrecho control del poder en las décadas siguientes. En este caso, la historia y nuestra teoría sugieren que el crecimiento con destrucción creativa y la innovación verdadera no llegarán y los índices de crecimiento espectaculares de China se evaporarán lentamente. No obstante, este resultado no está predeterminado, ni mucho menos; se puede evitar si China hace la transición a instituciones políticas inclusivas antes de que su crecimiento bajo instituciones extractivas alcance su límite. Sin embargo, como veremos más adelante, hay pocas razones para esperar que una transición de China hacia instituciones políticas más inclusivas sea probable o que tenga lugar automáticamente y sin dolor.

Algunas voces dentro del propio Partido Comunista chino reconocen los peligros del futuro próximo y están lanzando la idea de que es necesario efectuar una reforma política (es decir, una transición a instituciones políticas más inclusivas, para usar nuestra terminología). El poderoso primer ministro Wen Jiabao recientemente ha alertado del peligro de que el crecimiento económico se vea obstaculizado a menos de que se ponga en marcha una reforma política. Consideramos que el análisis de Wen es profético, aunque algunas personas duden de su sinceridad. No obstante, muchas voces en Occidente no están de acuerdo con los pronunciamientos de Wen porque consideran que China revela un camino alternativo al crecimiento económico sostenido bajo el autoritarismo en lugar de bajo instituciones políticas y económicas inclusivas. Pero se equivocan. Ya hemos visto las destacadas raíces del éxito chino: un cambio radical en las instituciones económicas lejos de las rígidamente comunistas y hacia instituciones que proporcionan incentivos para comerciar y aumentar la productividad. Visto desde esta perspectiva, no hay nada fundamentalmente diferente entre la experiencia de China y la de los países que han logrado alejarse de instituciones económicas

extractivas y dirigirse hacia instituciones económicas inclusivas, también cuando esto se efectúa bajo instituciones políticas extractivas, como en el caso chino. Por lo tanto, China ha logrado un crecimiento económico no gracias a sus instituciones políticas extractivas, sino a pesar de ellas: el éxito de su experiencia de crecimiento durante las tres últimas décadas se debe a un cambio radical al pasar de instituciones económicas extractivas a unas instituciones económicas significativamente más inclusivas, que se hizo más difícil, no más fácil, por la presencia de instituciones políticas extractivas altamente autoritarias.

Un tipo de apoyo distinto del crecimiento autoritario reconoce su naturaleza poco atractiva pero afirma que el autoritarismo es solamente una etapa pasajera. Esta idea procede de una de las teorías clásicas de la sociología política, la teoría de la modernización, formulada por Seymour Martin Lipset, que defiende que todas las sociedades, cuando crecen, se dirigen a una existencia más moderna, desarrollada y civilizada y, en particular, hacia la democracia. Muchos defensores de esta teoría también afirman que, igual que ocurre con la democracia, las instituciones inclusivas aparecerán como consecuencia del proceso de crecimiento. Además, aunque la democracia no sea sinónimo de contar con instituciones políticas inclusivas, las elecciones regulares y la competencia política relativamente sin barreras es probable que aporten el desarrollo de instituciones políticas inclusivas. Distintas versiones de la teoría de la modernización también afirman que la mano de obra con estudios también conducirá de forma natural a la democracia y a mejores instituciones. En una versión algo posmoderna de la teoría de la modernización, el columnista de *The New York Times* Thomas Friedman llegó a sugerir que, cuando un país tiene suficientes McDonald’s, aparecen sin duda la democracia y las instituciones. Todo esto ofrece una perspectiva optimista. Durante los sesenta últimos años, la mayoría de los países, incluso los que tienen instituciones extractivas, han experimentado cierto crecimiento y han sido testigos de aumentos notables en el logro educativo de su mano de obra. Así, mientras sus rentas y sus niveles educativos continúan aumentando, de uno u otro modo, deberían surgir todas las demás cosas positivas, como democracia, derechos humanos, libertades civiles y derechos de propiedad seguros.

La teoría de la modernización tiene un amplio seguimiento tanto dentro como fuera del ámbito académico. Las recientes actitudes estadounidenses frente a China, por ejemplo, han estado marcadas por esta teoría. George H. W. Bush resumió la política estadounidense hacia la democracia china como «comercia libremente con China y el tiempo se pondrá de nuestro lado». La idea era que mientras China comerciara libremente con Occidente crecería, y que este crecimiento aportaría democracia y mejores instituciones a China, tal y como predecía la teoría de la modernización. Sin embargo, el rápido aumento del comercio entre Estados Unidos y China desde mediados de los ochenta ha hecho poco por la democracia china y la integración incluso más estrecha que es probable que llegue durante la próxima década hará igualmente poco.

Muchos otros autores, basándose en la teoría de la modernización, también se mostraban optimistas sobre el futuro de la sociedad iraquí y la democracia tras la invasión liderada por Estados Unidos. A pesar de sus desastrosos resultados económicos bajo el régimen de Saddam Hussein, Irak no era tan pobre en el año 2002 como muchos países del África subsahariana, y tenía una población comparativamente bien formada, así que se consideró que estaba maduro para el desarrollo de la democracia y las libertades civiles, e incluso quizá para lo que describiríamos como pluralismo. Estas esperanzas quedaron rápidamente frustradas cuando el caos y la guerra civil asolaron a la sociedad iraquí.

La teoría de la modernización es incorrecta y poco útil para pensar cómo abordar los problemas centrales de las instituciones extractivas de las naciones que fracasan. La prueba más sólida a favor de la teoría de la modernización es que los países ricos son los que tienen regímenes democráticos, respetan los derechos humanos y civiles, disfrutan de mercados que funcionan y, en general, de instituciones económicas inclusivas. Sin embargo, interpretar que esta asociación apoya la teoría de la modernización es pasar por alto el efecto principal de las instituciones políticas y económicas inclusivas sobre el crecimiento económico. Como hemos comentado a lo largo del libro, son las sociedades con instituciones inclusivas las que han crecido durante los últimos trescientos años y las que se han hecho relativamente ricas hoy en día. El hecho de que esto explique lo que vemos a nuestro alrededor es evidente si observamos los hechos de una forma ligeramente distinta: mientras los países que han construido instituciones políticas y económicas inclusivas durante los últimos siglos han logrado un crecimiento económico sostenido, los regímenes autoritarios que han crecido más rápidamente durante los últimos sesenta o cien años, al contrario de lo que afirmaría la teoría de la modernización de Lipset, no han pasado a ser más democráticos. Y, de hecho, esto no es de extrañar. El crecimiento bajo instituciones extractivas es posible precisamente porque no implica necesaria ni automáticamente la desaparición de esas mismas instituciones. De hecho, se genera a menudo porque los que controlan las instituciones extractivas ven el crecimiento económico no como una amenaza, sino como un apoyo para su régimen, como ha hecho el Partido Comunista chino desde los ochenta. Tampoco es de extrañar que el crecimiento generado por aumentos del valor de los recursos naturales de una nación, como Gabón, Rusia, Arabia Saudí y Venezuela, es poco probable que conduzca a una transformación fundamental de estos regímenes autoritarios hacia instituciones inclusivas.

La historia es todavía menos generosa con la teoría de la modernización. Muchos países relativamente prósperos han sucumbido y apoyado dictaduras represivas e instituciones extractivas. Tanto Alemania como Japón estuvieron entre los países más ricos e industrializados del mundo en la primera mitad del siglo XX, y tenían ciudadanos comparativamente bien formados. Esto no impidió el surgimiento del Partido Nacional Socialista en Alemania ni de un régimen militarista en expansión territorial a través de la guerra en Japón, lo que hizo que tanto las instituciones políticas como las económicas dieran un giro radical hacia instituciones extractivas. Argentina también era uno de los países más ricos del mundo en el siglo XIX, tan rico o más que Gran Bretaña, porque era el beneficiario del *boom* de recursos mundial; además, tenía la población mejor formada de América Latina. Sin embargo, la democracia y el pluralismo seguramente no tuvieron más éxito en Argentina que en gran parte del resto de América Latina. Había un golpe de Estado tras otro, y, como vimos en el capítulo 11, incluso los líderes elegidos democráticamente actuaron como dictadores depredadores. Ni siquiera más recientemente se han producido avances significativos hacia las instituciones económicas inclusivas, y, como vimos en el capítulo 13, los gobiernos argentinos del siglo XXI todavía pueden expropiar la riqueza de sus ciudadanos con impunidad.

Todo lo anterior señala varias ideas importantes. Primera, el crecimiento bajo instituciones políticas extractivas y autoritarias en China, aunque es probable que continúe durante algún tiempo más, no se traducirá en un crecimiento sostenido, apoyado por instituciones económicas realmente inclusivas y destrucción creativa. Segunda, al contrario de lo que afirma la teoría de la modernización, no deberíamos contar con que el crecimiento autoritario conduzca a la democracia o a instituciones políticas inclusivas. China, Rusia y otros regímenes autoritarios que experimentan actualmente cierto crecimiento es probable que alcancen los límites del crecimiento extractivo antes de transformar sus instituciones políticas para que sean más inclusivas y, de hecho, posiblemente antes de que haya algún deseo entre la élite de dichos cambios o alguna fuerte oposición que la obligue a hacerlo. Tercera, el

crecimiento autoritario no es ni deseable ni viable a largo plazo, y, en consecuencia, no debería recibir el apoyo de la comunidad internacional como modelo para los países de América Latina, Asia y el África subsahariana, aunque sea un camino que muchas naciones elegirán precisamente porque a veces es coherente con los intereses de las élites políticas y económicas que las dominan.

La prosperidad no se puede diseñar

A diferencia de la teoría que hemos desarrollado en este libro, la hipótesis de la ignorancia aporta fácilmente una sugerencia sobre cómo «solucionar» el problema de la pobreza: si la ignorancia nos ha conducido aquí, la ilustración y la información de los líderes y los diseñadores de políticas nos pueden sacar de esta situación, y deberíamos ser capaces de «diseñar» prosperidad en el mundo proporcionando el asesoramiento adecuado y convenciendo a los políticos de lo que es buena economía. En el capítulo 2, cuando comentamos esta hipótesis, explicamos que la experiencia del primer ministro de Ghana, Kofi Busia, a principios de los setenta, subrayó el hecho de que el obstáculo principal para la adopción de políticas que redujeran el fracaso de los mercados y que fomentaran el crecimiento económico no es la ignorancia de los políticos, sino los incentivos y las limitaciones a los que se enfrentan las instituciones políticas y económicas de sus sociedades. Sin embargo, la hipótesis de la ignorancia todavía es la que predomina en los círculos de formulación de políticas occidentales, que, casi excluyendo todo lo demás, se centran en cómo diseñar la prosperidad.

Estos intentos de diseño son de dos tipos. El primero, a menudo defendido por organizaciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional, reconoce que el desarrollo insuficiente está causado por malas instituciones y políticas económicas, y entonces propone una lista de mejoras que intentan estas organizaciones internacionales para inducir a que estos países pobres las adopten. (El consenso de Washington forma una de estas listas.) Estas mejoras se centran en cosas razonables como la estabilidad macroeconómica y objetivos macroeconómicos aparentemente atractivos, como la reducción del tamaño del sector gubernamental, tipos de cambio flexibles y liberalización de las cuentas de capital. También se centran en objetivos más microeconómicos, como privatizaciones, mejoras en la eficiencia de la oferta de servicios públicos y quizá también sugerencias sobre cómo mejorar el funcionamiento del Estado en sí destacando las medidas anticorrupción. Aunque por sí solas muchas de estas reformas serían razonables, el enfoque de las organizaciones internacionales de Washington, Londres, París y otros lugares todavía está inmerso en una perspectiva incorrecta que no reconoce el papel de las instituciones políticas y los límites que éstas imponen en la formulación de políticas. Los intentos de las instituciones internacionales de diseñar el crecimiento económico intimidando verbalmente a los países pobres para que adopten políticas e instituciones mejores no tienen éxito porque no se producen en el contexto de una explicación de por qué las instituciones y políticas malas están ahí ya para empezar, excepto la de que los líderes de los países pobres son ignorantes. La consecuencia es que las políticas no se adoptan ni se implantan, o se implantan solamente de nombre.

Por ejemplo, muchas economías en el mundo que implantan ostensiblemente dichas reformas, sobre todo en América Latina, se estancaron a lo largo los ochenta y los noventa. En realidad, dichas reformas se impusieron sobre estos países en contextos en los que la política continuó de la forma habitual. De ahí que, incluso cuando se adoptaron reformas, su objetivo fuera modificado o los políticos utilizaran otras formas de mitigar su impacto. Todo esto queda ilustrado por la «implantación» de una de las recomendaciones clave de las instituciones internacionales destinadas a

lograr estabilidad macroeconómica, la independencia del Banco Central. Esta recomendación o bien fue implantada en teoría pero no en la práctica, o bien fue minada por el uso de otros instrumentos políticos. En principio, era bastante razonable. Muchos políticos del mundo gastaban más de lo que ingresaban en concepto de impuestos y, en consecuencia, obligaban a sus bancos centrales a compensar la diferencia imprimiendo dinero. La inflación resultante creaba inestabilidad e incertidumbre. La teoría era que los bancos centrales independientes, como el Bundesbank alemán, resistirían la presión política y pondrían un límite a la inflación. El presidente de Zimbabue, Mugabe, decidió hacer caso al asesoramiento internacional; declaró la independencia del Banco Central de Zimbabue en 1995. Antes de hacerlo, la tasa de inflación del país rondaba el 20 por ciento. En el año 2002, había alcanzado el 140 por ciento, en 2003, casi el 600 por ciento; en 2007, el 66.000 por ciento; y en 2008, ¡el 230 millones por ciento! Evidentemente, en un país en el que el presidente gana la lotería (capítulo 13), nadie debería extrañarse de que aprobar una ley que haga que el Banco Central sea independiente no signifique nada. El gobernador del Banco Central de Zimbabue probablemente sabía que su homólogo de Sierra Leona había «caído» desde la azotea del edificio del Banco Central cuando mostró su desacuerdo con Siaka Stevens (capítulo 12). Fuera o no independiente, cumplir las exigencias del presidente fue la opción prudente para su salud personal, aunque no lo fuera para la salud de la economía. Pero no todos los países son como Zimbabue. En Argentina y Colombia, los bancos centrales también pasaron a ser independientes en los noventa, y, de hecho, hicieron su trabajo de reducir la inflación. Sin embargo, como en ninguno de los dos países había cambiado la política, las élites políticas podían utilizar otras formas para comprar votos, mantener sus intereses y recompensarse a sí mismos y a sus partidarios. Como no podían hacerlo ya imprimiendo dinero, tenían que utilizar otra forma. En ambos países, la introducción de la independencia del Banco Central coincidió con una gran expansión del gasto gubernamental, financiado en gran medida a través de préstamos.

El segundo enfoque para diseñar la prosperidad está mucho más de moda hoy en día. Reconoce que no hay soluciones fáciles para que una nación pase de la pobreza a la prosperidad de la noche a la mañana, ni siquiera en el transcurso de varias décadas. Afirma que existen muchos «fallos del micromercado» que se pueden corregir con un buen asesoramiento y que la prosperidad se logrará si los diseñadores de políticas aprovechan estas oportunidades que, de nuevo, se pueden lograr con la ayuda y la visión de economistas y otras personas. Según este enfoque, los pequeños fallos del mercado están en todas partes en los países pobres. Por ejemplo, en su sistema educativo, en la atención sanitaria y en la organización de sus mercados. Sin duda, es cierto. No obstante, el problema es que estos pequeños fallos del mercado pueden ser solamente la punta del iceberg, el síntoma de problemas con raíces más profundas en una sociedad que funciona bajo instituciones extractivas. Del mismo modo que no es una casualidad que los países pobres tengan políticas macroeconómicas malas, no es casualidad que sus sistemas educativos no funcionen bien. Estos fracasos del mercado puede que no se deban solamente a la ignorancia. Los burócratas y los diseñadores de políticas que se supone que actúan ofreciendo un asesoramiento bienintencionado pueden ser una gran parte del problema, y los muchos intentos de rectificar estas ineficiencias pueden fracasar precisamente porque los que están al mando no abordan las causas institucionales de la pobreza.

Estos problemas quedan ilustrados por la intervención diseñada por la Organización No Gubernamental (ONG) Seva Mandir para mejorar la asistencia sanitaria en el estado de Rajastán en la India. La historia de la atención sanitaria en la India está llena de fracasos e ineficiencias arraigados. La sanidad que proporciona el gobierno es como mínimo en teoría barata, está ampliamente disponible y, en general, el personal está cualificado. Sin embargo, ni siquiera los indios más pobres

utilizan los centros sanitarios del gobierno y optan por los centros privados, que son mucho más caros, no están regulados y, en ocasiones, incluso son deficientes. Esta situación no se debe a ningún tipo de irracionalidad, sino que la gente no puede obtener ninguna atención en los centros del gobierno porque el absentismo es una plaga. Si un indio visitara su centro dirigido por el gobierno, aparte de no encontrar personal de enfermería, probablemente ni siquiera podría entrar en el edificio, porque los centros sanitarios están cerrados la mayor parte del tiempo.

En 2006, Seva Mandir, junto con un grupo de economistas, diseñó un plan de incentivos para fomentar que el personal de enfermería acudiera a su puesto de trabajo en Udaipur, un distrito de Rajastán. La idea era sencilla: la ONG Seva Mandir introdujo relojes para el control de asistencia que indicarían la fecha y las horas en las que dicho personal estaba en el centro sanitario. Se suponía que ficharían tres veces al día, para garantizar que llegaban a tiempo, estaban allí y se iban a la hora. Si aquel plan funcionaba, y aumentaba la calidad y la cantidad de la asistencia sanitaria, sería un ejemplo sólido de la teoría de que había soluciones sencillas a problemas clave de desarrollo.

En este caso, la intervención reveló algo distinto. Poco después de implantar el programa, hubo un aumento fuerte de la asistencia. Sin embargo, duró muy poco. En poco más de un año, la Administración de salud local del distrito destruyó deliberadamente el plan de incentivos introducido por Seva Mandir. El absentismo volvió al nivel habitual, pero hubo un notable aumento de los «días exentos» que significaban que el personal de enfermería no estaba, pero que la Administración de salud local lo aprobaba oficialmente. Además, hubo un aumento considerable de los «problemas de las máquinas», ya que se rompían los relojes para el control de asistencia. Seva Mandir no pudo reemplazarlos porque los ministros de Salud locales no cooperaban.

Obligar al personal de enfermería a fichar tres veces al día no parece una idea muy innovadora. De hecho, es algo que se hace en todo el sector, incluso en la India, y seguro que se les ocurrió a los administradores de salud como posible solución a sus problemas. Por lo tanto, parece poco probable que la ignorancia de un plan de incentivos tan sencillo fuera lo que les impidiera utilizarlo. Lo que ocurrió durante el programa simplemente lo confirmó. Los administradores de salud sabotearon el programa porque estaban confabulados con el personal de enfermería y eran cómplices de los problemas endémicos de absentismo. No querían un plan de incentivos que obligara al personal a acudir a su puesto y reducir su sueldo en caso de absentismo.

Lo que muestra este caso es una microversión de la dificultad de implantar cambios significativos cuando las instituciones en sí son la causa de los problemas. En este caso, no fueron políticos corruptos ni empresas poderosas los que perjudicaban la reforma institucional, sino la Administración de salud local y el personal de enfermería que pudo sabotear el plan de incentivos de Seva Mandir y los economistas de desarrollo. Este ejemplo sugiere que muchos de los fracasos de micromercado que son aparentemente fáciles de resolver pueden ser ilusorios: la estructura institucional que crea fracasos del mercado también impedirá la implantación de intervenciones para mejorar incentivos en el micronivel. Intentar diseñar prosperidad sin abordar la raíz de la causa de los problemas (instituciones extractivas y la política que las mantiene en vigor) es poco probable que dé frutos.

El fracaso de la ayuda exterior

Tras los ataques del 11 de setiembre de 2001 de Al Qaeda, las fuerzas dirigidas por Estados Unidos rápidamente derrocaron al represivo régimen talibán de Afganistán, que cobijaba y se negaba a entregar a miembros clave de esta organización. El Acuerdo de Bonn de diciembre de 2001 entre

líderes de los antiguos muyahidines afganos que habían cooperado con las fuerzas de Estados Unidos y miembros clave de la diáspora afgana, entre los que se incluía Hamid Karzai, creó un plan para el establecimiento de un régimen democrático. Un primer paso fue la gran asamblea nacional, la Loya Jirga, que eligió a Karzai para liderar el gobierno provisional. Las cosas iban mejorando para Afganistán. La mayoría del pueblo afgano deseaba dejar a los talibanes atrás. La comunidad internacional pensaba que lo único que necesitaba Afganistán en ese momento era una gran infusión de ayuda exterior. Al cabo de poco tiempo, los representantes de las Naciones Unidas y varias ONG líderes llegaron a Kabul, la capital del país.

Lo que ocurrió después no debería de haber sido una sorpresa, sobre todo teniendo en cuenta el fracaso de la ayuda exterior a los países pobres y los Estados fracasados de las últimas cinco décadas. Fuera sorpresa o no, se repitió el ritual habitual. Decenas de trabajadores de la ayuda y su entorno llegaron a la ciudad con sus *jets* privados; acudieron ONG de todo tipo que iban a seguir sus propios planes, y se iniciaron conversaciones de alto nivel entre gobiernos y delegaciones de la comunidad internacional. Miles de millones de dólares llegaban entonces a Afganistán. Sin embargo, poco de esto se utilizó para construir infraestructuras, escuelas u otros servicios públicos esenciales para el desarrollo de instituciones inclusivas o incluso para restaurar la ley y el orden. Aunque gran parte de la infraestructura seguía totalmente desintegrada, el primer tramo del dinero se utilizó para encargar una línea aérea para transportar a los miembros de la ONU y a otros agentes internacionales. Después, necesitaron chóferes e intérpretes, así que contrataron a algunos burócratas y a los profesores de las escuelas afganas que quedaban y que hablaban inglés para que los llevaran y los guiaran, pagándoles cifras que multiplicaban varias veces los sueldos afganos de ese momento. Como los pocos burócratas cualificados cambiaron de trabajo para dar servicio a la comunidad de ayuda exterior, la ayuda, en lugar de construir infraestructura en Afganistán, empezó perjudicando al Estado afgano al que se suponía que iban a desarrollar y reforzar.

Los habitantes de un distrito remoto del valle central de Afganistán oyeron un anuncio radiofónico sobre un programa multimillonario de dólares para restaurar los refugios de su zona. Al cabo de algún tiempo, llegaron unas cuantas vigas de madera, transportadas por el cártel de camiones de Ismail Khan, un famoso antiguo señor de la guerra y miembro del gobierno afgano. Sin embargo, eran demasiado grandes para poder tener algún uso útil en el distrito, así que los habitantes los destinaron al único uso posible: leña. ¿Qué pasó con los millones de dólares prometidos a sus habitantes? Del dinero prometido, el 20 por ciento fue a parar a los gastos de la oficina central de las Naciones Unidas en Ginebra. El resto fue subcontratado a una ONG, que tomó otro 20 por ciento para sus propios gastos de la oficina central en Bruselas, y así sucesivamente. También había tres abogados y cada uno se quedó aproximadamente otro 20 por ciento de lo que quedaba. El poco dinero que llegó a Afganistán se utilizó para comprar comida a la parte occidental de Irán, y gran parte de esto fue pagado al cártel de camiones de Ismail Khan para cubrir los precios inflados del transporte. Fue una especie de milagro que aquellas vigas demasiado grandes incluso llegaran al pueblo.

Lo que ocurrió en el valle central de Afganistán no es un incidente aislado. Muchos estudios estiman que solamente entre el 10 o, como máximo, el 20 por ciento de la ayuda alguna vez llega a su objetivo. Existen docenas de investigaciones por fraude a oficiales locales y de la ONU por desviar dinero de las ayudas. Sin embargo, la mayor parte del dinero desperdiciado que resulta de la ayuda exterior no es fraude, sino solamente incompetencia o, incluso peor, algo habitual para las organizaciones de ayuda.

La experiencia afgana con la ayuda, de hecho, fue probablemente un éxito limitado en comparación con otros casos. A lo largo de las últimas cinco décadas, se han pagado cientos de miles

de millones de dólares a gobiernos de todo el mundo como ayuda al «desarrollo». Gran parte de esto se ha desperdiciado en gastos generales y corrupción, igual que en el caso de Afganistán. O, peor, gran parte del dinero fue a parar a dictadores como Mobutu, que dependían de la ayuda exterior de sus patrones occidentales para comprar apoyo de sus clientes para reforzar su régimen y enriquecerse. La situación en gran parte del África subsahariana era similar. La ayuda humanitaria para el alivio temporal en tiempos de crisis, por ejemplo, recientemente, en Haití y Pakistán, sin duda ha sido más útil, aunque para hacerla llegar a su destino también se haya topado con problemas similares.

A pesar de este historial poco favorecedor de la ayuda al «desarrollo», la ayuda exterior es una de las políticas más populares que los gobiernos occidentales, las organizaciones internacionales como la ONU y organizaciones no gubernamentales de distintos tipos recomiendan como forma de combatir la pobreza en el mundo. Y, evidentemente, el ciclo de fracaso de la ayuda exterior se repite sin cesar. La idea de que los países occidentales ricos deban proporcionar grandes cantidades de «ayuda al desarrollo» para resolver el problema de la pobreza en el África subsahariana, el Caribe, América Central y el sur de Asia se basa en una comprensión incorrecta de las causas de la pobreza. Países como Afganistán son pobres debido a sus instituciones extractivas (que dan como resultado la inexistencia de derechos de propiedad, ley y orden o buenos sistemas legales y que conducen al dominio asfixiante de la vida política y económica ejercido por las élites nacionales e, incluso, locales). Los mismos problemas institucionales significan que la ayuda exterior será inefectiva, ya que será saqueada y es poco probable que llegue a donde se supone que debe llegar. En el peor de los casos, mantendrá a los regímenes que están en la misma raíz de los problemas de estas sociedades. Si el crecimiento económico sostenido depende de instituciones inclusivas, dar ayuda a regímenes que presiden con instituciones extractivas no puede ser la solución. Esto no significa negar que, más allá de la ayuda humanitaria, existe un bien considerable procedente de los programas específicos de ayuda que construyen escuelas en zonas en las que no existían y que pagan a profesores que, de otro modo, no recibirían ningún sueldo. De hecho, gran parte de la ayuda comunitaria enviada a Kabul hizo poco para mejorar la vida de los afganos corrientes, pero se han producido éxitos notables en la construcción de escuelas, sobre todo para niñas, que estaban totalmente excluidas de la educación durante el dominio talibán e incluso antes.

Una solución (que recientemente se ha hecho muy popular, en parte porque se reconoce que está relacionada con la prosperidad e incluso con el envío de ayuda) es hacer que la ayuda sea «condicional». Según este enfoque, la ayuda exterior continuada debería depender de que los gobiernos que la reciben cumplan ciertas condiciones, por ejemplo, liberalizar mercados o avanzar hacia la democracia. La Administración de George W. Bush dio el paso más grande en este tipo de ayuda condicional a partir de las cuentas del Desafío del Milenio (Millennium Challenge Accounts), que hicieron que los pagos de ayuda futura dependieran de mejoras cuantitativas en varias dimensiones de desarrollo político y económico. Sin embargo, la efectividad de la ayuda condicional no parece mejor que la de tipo incondicional. Los países que no cumplen estas condiciones normalmente reciben tanta ayuda como los que sí las cumplen, por una simple razón: tienen una mayor necesidad de ayuda humanitaria o para el desarrollo. Y, de forma bastante previsible, la ayuda condicional parece tener poco efecto en las instituciones de una nación. Al fin y al cabo, habría sido bastante sorprendente que alguien como Siaka Stevens en Sierra Leona o Mobutu en el Congo de repente empezara a desmantelar las instituciones extractivas de las que depende solamente por un poco más de ayuda exterior. Incluso en el África subsahariana, donde la ayuda exterior es una parte significativa del presupuesto total de muchos gobiernos, y después de las cuentas del Desafío del Milenio que aumentaron el alcance de la condicionalidad, la cantidad de ayuda exterior adicional que

un dictador puede obtener perjudicando su propio poder es reducida y no merece la pena poner en peligro su dominio continuado sobre el país ni su vida.

Sin embargo, todo esto no implica que la ayuda exterior, excepto la de tipo humanitario, deba cesar. Poner fin a la ayuda exterior es poco práctico y probablemente conduciría a un mayor sufrimiento humano. Es poco práctico porque a los ciudadanos de muchos países occidentales los preocupa y los hace sentir culpables los desastres económicos y humanos del mundo, y la ayuda exterior les hace creer que se está haciendo algo para combatir los problemas. Aunque no sea algo muy efectivo, su deseo de ayudar continuará, igual que la ayuda exterior. El enorme complejo de las organizaciones internacionales y las ONG también demandará y movilizará ininterrumpidamente recursos para garantizar la continuación del statu quo. Además, sería cruel cortar la ayuda que se da a los países más necesitados. Sí, gran parte de esta ayuda se desperdicia, pero, si de cada dólar que se da a la ayuda, 10 centavos llegan a las personas más pobres del mundo, son 10 centavos más de lo que tenían antes para aliviar la pobreza más abyecta, y sigue siendo mejor que nada.

Hay dos lecciones importantes que aprender. La primera es que la ayuda exterior no es un medio muy efectivo de abordar el fracaso de los países del mundo hoy en día. Todo lo contrario. Los países necesitan instituciones políticas y económicas inclusivas para romper el ciclo de la pobreza. La ayuda exterior normalmente puede hacer poco en este aspecto, y, sin duda, no de la forma en la que está organizada actualmente. Reconocer las raíces de la desigualdad y la pobreza del mundo es importante precisamente para no depositar nuestras esperanzas en falsas promesas. Como estas raíces descansan en instituciones, la ayuda exterior, dentro del marco de las instituciones de los países receptores, hará poco para estimular un crecimiento sostenido. La segunda lección es que, como el desarrollo de instituciones políticas y económicas inclusivas es clave, utilizar los flujos existentes de ayuda exterior como mínimo en parte para facilitar este desarrollo sería útil. Como vimos, la condicionalidad no es la respuesta aquí, ya que exige que los gobernantes existentes hagan concesiones. En su lugar, quizá se debería estructurar la ayuda exterior para que su uso y administración integrara en el proceso de toma de decisiones a los grupos y los líderes que, de otra forma, quedarían excluidos del poder. Además, se debería otorgar poder a un amplio segmento de la población. Así, se lograría una perspectiva mejor.

La cesión de poderes

El 12 de mayo de 1978 parecía que iba a ser un día normal en la fábrica de camiones de Scânia en la ciudad de São Bernardo en el estado brasileño de São Paulo. Sin embargo, los trabajadores estaban agitados. Las huelgas estaban prohibidas en Brasil desde 1964, cuando los militares derrocaron al gobierno democrático del presidente João Goulart. No obstante, se acababa de conocer la noticia de que el gobierno había estado arreglando las cifras de inflación nacionales de forma que el aumento del coste de la vida se había subestimado. Cuando empezó el turno de las siete de la mañana, los trabajadores dejaron sus herramientas. A las ocho de la mañana, Gilson Menezes, un organizador sindical que trabajaba en la fábrica, llamó al sindicato. El presidente de los trabajadores del Metal de São Bernardo era un activista de treinta y tres años llamado Luiz Inácio Lula da Silva (conocido como Lula). A las doce, Lula estaba en la fábrica. Cuando la empresa le pidió que convenciera a los empleados para que volvieran al trabajo, se negó.

La huelga de Scânia fue la primera de una oleada de huelgas que recorrieron Brasil. Apartentemente, las habían originado los sueldos, pero, tal y como dijo Lula más tarde:

> Creo que no podemos separar los factores económicos y los políticos [...], la lucha era por los sueldos, pero, al luchar por los sueldos, la clase trabajadora ganó una victoria política.

El resurgimiento del movimiento obrero brasileño formaba parte de una reacción social mucho más amplia a una década y media de dominio militar. El intelectual de izquierdas Fernando Henrique Cardoso —como Lula, destinado a convertirse en presidente de Brasil tras la recreación de la democracia— defendió en 1973 que la democracia se crearía en Brasil mediante la unión de los muchos grupos sociales que se oponían al poder militar. Dijo que lo que se necesitaba era una «reactivación de la sociedad civil, las asociaciones profesionales, los sindicatos, las iglesias, las organizaciones de estudiantes, los grupos de estudio, los círculos de debate y los movimientos sociales». En otras palabras, una amplia coalición con el objetivo de recrear la democracia y cambiar la sociedad brasileña.

La fábrica Scânia anunció la formación de esta coalición. A finales de 1978, Lula propuso la idea de crear un nuevo partido político, el Partido de los Trabajadores. Iba a ser el partido no solamente de los sindicalistas. Lula insistió en que debía ser un partido para todos aquellos que trabajaban a cambio de un sueldo y para los pobres en general. Aquí, los intentos de los líderes de los sindicatos de organizar una plataforma política empezaron a unirse con la multitud de movimientos sociales que estaban surgiendo. El 18 de agosto de 1979, se celebró una reunión en São Paulo para comentar la formación del Partido de los Trabajadores, que congregó a políticos de la antigua oposición, líderes de sindicatos, estudiantes, intelectuales y gente que representaba a un centenar de movimientos sociales distintos que habían empezado a organizarse en los setenta en Brasil. El Partido de los Trabajadores, creado en el restaurante São Judas Tadeo de São Bernardo en octubre de 1979, se convertiría en el representante de todos aquellos grupos tan distintos.

El partido rápidamente empezó a beneficiarse de la apertura política que el poder militar concedía a regañadientes. En las elecciones locales de 1982, presentó candidatos por primera vez y ganó dos veces la alcaldía. A lo largo de los ochenta, se recreó una democracia paulatinamente en Brasil; el Partido de los Trabajadores empezó a apoderarse cada vez de más gobiernos locales. En 1988, controlaba los gobiernos de 36 municipios, que incluían grandes ciudades como São Paulo y Porto Alegre. En 1989, en las primeras elecciones presidenciales libres desde el golpe militar, Lula ganó el 16 por ciento de los votos en la primera ronda como candidato del partido. En la segunda vuelta con Fernando Collor, ganó con el 44 por ciento.

Al apoderarse de muchos gobiernos locales, algo que se aceleró en los noventa, el Partido de los Trabajadores empezó a entrar en una relación simbiótica con muchos movimientos sociales locales. En Porto Alegre, la primera administración del Partido de los Trabajadores después de 1988 introdujo el «presupuesto participativo», un mecanismo para llevar a los ciudadanos ordinarios a la formulación de las prioridades de gasto de la ciudad. Creó un sistema que se ha convertido en un modelo mundial para la responsabilidad y la capacidad de respuesta de los gobiernos locales y fue acompañado por enormes mejoras en los servicios públicos y la calidad de vida de la ciudad. La estructura de gobernanza de éxito del partido a nivel local se tradujo en una mayor movilización política y mayor éxito a nivel nacional. Lula fue derrotado por Fernando Henrique Cardoso en las elecciones presidenciales de 1994 y 1998, pero salió elegido presidente de Brasil en 2002. El Partido de los Trabajadores está en el poder desde entonces.

La formación de una amplia coalición en Brasil como resultado de la unión de varios movimientos sociales y la organización de la mano de obra tuvo un impacto notable en la economía brasileña. Desde 1990, el crecimiento económico ha sido rápido, y el porcentaje de población en la pobreza se

redujo, pasando del 45 al 30 por ciento en 2006. La desigualdad, que había aumentado rápidamente bajo el control militar, se redujo de forma notable, sobre todo después de que el Partido de los Trabajadores llegara al poder, y ha habido una enorme expansión de la educación, gracias a la cual, la media de años de escolarización de la población aumentó de seis en 1995 a ocho en 2006. Hoy en día, Brasil forma parte de los países BRIC (Brasil, Rusia, India y China); es el primer país latinoamericano que tiene peso en círculos diplomáticos internacionales.

El ascenso de Brasil desde los setenta no fue diseñado por economistas de instituciones internacionales que daban instrucciones a los diseñadores de políticas brasileños sobre cómo crear mejores políticas o evitar los fallos de los mercados. No se logró con inyecciones de ayuda exterior. No fue el resultado natural de la modernización, sino la consecuencia de varios grupos de personas que construían valientemente instituciones inclusivas. Finalmente, éstas condujeron a instituciones económicas más inclusivas. No obstante, la transformación brasileña, igual que la de Inglaterra en el siglo XVII, empezó con la creación de instituciones políticas inclusivas. Pero ¿cómo puede una sociedad construir instituciones políticas inclusivas?

Como hemos visto, la historia está llena de ejemplos de movimientos de reforma que sucumbieron a la ley de hierro de la oligarquía y sustituyeron un grupo de instituciones extractivas por otras todavía más perjudiciales. Hemos visto que la Inglaterra de 1688, la Francia de 1789 y Japón durante la restauración Meiji de 1868 iniciaron el proceso de forjado de instituciones políticas inclusivas con una revolución política. Sin embargo, estas revoluciones políticas en general crearon mucha destrucción y penurias, y su éxito dista mucho de estar asegurado. La Revolución bolchevique anunciaba su objetivo de sustituir el sistema económico explotador de la Rusia zarista por otro más justo y eficiente que aportaría libertad y prosperidad a millones de rusos. Desgraciadamente, el resultado fue el opuesto, y hubo instituciones extractivas mucho más represivas que sustituyeron a las del gobierno que derrocaron los bolcheviques. Las experiencias de China, Cuba y Vietnam fueron similares. Muchas reformas *topdown* no comunistas no corrieron mejor suerte. Nasser prometió construir una sociedad moderna igualitaria en Egipto, pero esto solamente condujo al régimen corrupto de Hosni Mubarak, como vimos en el capítulo 13. Robert Mugabe era considerado por muchos un luchador por la libertad que eliminaría el régimen racista y enormemente extractivo de Ian Smith en Rodesia. No obstante, las instituciones de Zimbabue fueron igual de extractivas y su resultado económico, incluso peor que antes de la independencia.

Lo que tienen en común las revoluciones políticas que lograron allanar el camino para instituciones más inclusivas y para cambios institucionales graduales en Norteamérica, en la Inglaterra del siglo XIX y en Botsuana después de la independencia (que también condujo a un refuerzo significativo de las instituciones políticas inclusivas) es que lograron conferir poder a una parte bastante amplia de la sociedad. El pluralismo, el fundamento de las instituciones políticas inclusivas, implica que el poder político esté ampliamente repartido en la sociedad, y para las instituciones extractivas que conceden el poder a una reducida élite, esto exige un proceso de cesión de poderes. Este hecho, como señalamos en el capítulo 7, es lo que diferencia a la Revolución gloriosa del derrocamiento de una élite por parte de otra. En el caso de la Revolución gloriosa, las raíces del pluralismo estuvieron en el derrocamiento de Jacobo II por parte de una revolución política conducida por una amplia coalición formada por comerciantes, industriales, la *gentry* e incluso miembros de la aristocracia inglesa que no estaban aliados con la Corona. Como hemos visto, la Revolución gloriosa se vio facilitada por la movilización y la cesión de poderes previos de una amplia coalición y, más importante, aquello, a su vez, condujo a la cesión adicional de poderes de un segmento aún más

amplio de la sociedad de lo que hubo antes (aunque claramente éste era mucho menos amplio que toda la sociedad e Inglaterra continuaría estando lejos de ser una democracia real durante más de doscientos años). Los factores que condujeron a la aparición de instituciones inclusivas en las colonias norteamericanas también fueron similares, como vimos en el primer capítulo. Una vez más, el camino que empezó en Virginia, Carolina, Maryland y Massachusetts y que condujo a la Declaración de Independencia y a la consolidación de las instituciones políticas inclusivas de Estados Unidos fue una cesión de poderes para segmentos cada vez más amplios de la sociedad.

La Revolución francesa también es un ejemplo de cesión de poderes de un segmento más amplio de la sociedad, que se alzó contra el Antiguo Régimen en Francia y consiguió allanar el camino para un sistema político más pluralista. Sin embargo, la Revolución francesa, especialmente el intervalo del Terror bajo Robespierre, un régimen represivo y sanguinario, ilustra al mismo tiempo que el proceso de cesión de poderes también tiene muchos defectos. Finalmente, Robespierre y sus mandos jacobinos fueron rechazados y el legado más importante de la Revolución francesa no fue la guillotina, sino las reformas de mayor alcance que implantó esta revolución en Francia y otros lugares de Europa.

Existen muchos paralelismos entre estos procesos históricos de cesión de poderes y lo que ocurrió en Brasil a partir de los setenta. Aunque una parte importante del Partido de los Trabajadores sea el movimiento sindicalista, ya desde su primera etapa líderes como Lula, junto con los muchos intelectuales y políticos de la oposición que dieron su apoyo al partido, intentaron convertirlo en una amplia coalición. Estos impulsos empezaron a fundirse con los movimientos sociales locales por todo el país mientras el partido se hacía con el control de gobiernos locales, fomentando la participación cívica y causando una especie de revolución de la gobernanza en el país. En Brasil, a diferencia de la Inglaterra del siglo XVII o la Francia del cambio del siglo XVIII, no hubo una revolución radical que desencadenara el proceso de transformación de las instituciones políticas de un plumazo. Sin embargo, el proceso de cesión de poderes que se inició en las fábricas de São Bernardo fue efectivo en parte porque se tradujo en un cambio político fundamental a nivel nacional, por ejemplo, la transición desde el dominio militar hasta la democracia. Un hecho más importante fue que la cesión de poderes a nivel de las bases en Brasil garantizó que la transición a la democracia correspondiera a un movimiento hacia instituciones políticas inclusivas, por lo tanto, fue un factor clave en el surgimiento de un gobierno comprometido con los servicios públicos, la ampliación de la educación y unas reglas de juego realmente equitativas. Como hemos visto, el hecho de que exista democracia no supone necesariamente que haya pluralismo. El contraste entre el desarrollo de las instituciones pluralistas de Brasil y la experiencia venezolana es revelador en este contexto. Venezuela también hizo la transición a la democracia después de 1958, pero esto ocurrió sin cesión de poder a las bases y no creó un reparto pluralista del poder político. Lo que sucedió fue que los políticos corruptos, las redes de clientelismo y los conflictos persistieron en Venezuela, y, en parte como resultado de ello, cuando los votantes fueron a las urnas, incluso estaban dispuestos a dar apoyo a déspotas en potencia como Hugo Chávez, y la causa más probable es que pensaran que solamente él podría hacer frente a las élites establecidas de Venezuela. Por consiguiente, Venezuela todavía languidece bajo instituciones extractivas, mientras que Brasil rompió el molde.

¿Qué se puede hacer para activar o quizá solamente facilitar el proceso de cesión de poder y, por lo tanto, el desarrollo de instituciones políticas inclusivas? Está claro que la respuesta sincera es que no existe una receta para construir dichas instituciones. Naturalmente, hay ciertos factores obvios que

harían que el proceso de cesión de poder tuviera más probabilidades de despegar. Éstos incluirían la presencia de cierto grado de orden centralizado para evitar que aparezcan movimientos sociales que desafíen a los regímenes existentes con la ausencia de ley; algunas instituciones políticas preexistentes que introduzcan un mínimo de pluralismo, como las instituciones políticas tradicionales de Botsuana, de forma que se puedan formar coaliciones amplias y que éstas puedan perdurar, y la presencia de instituciones de la sociedad civil que puedan coordinar las demandas de la población para que los movimientos de la oposición no puedan ser fácilmente eliminados por las élites actuales ni convertirse inevitablemente en un vehículo para que otro grupo tome el control de las instituciones extractivas existentes. Sin embargo, muchos de estos factores están predeterminados históricamente y cambian muy despacio. El caso brasileño ilustra cómo se pueden construir las instituciones de la sociedad civil y las organizaciones de partido asociadas desde cero, pero este proceso es lento y el éxito que pueda tener bajo distintas circunstancias no está claro.

Existe otro actor, o conjunto de actores, que puede tener un papel transformador en el proceso de cesión de poderes: los medios de comunicación. La cesión de poder de la sociedad en general es difícil de coordinar y mantener sin una información amplia sobre si existen abusos políticos y económicos por parte de quienes están en el poder. En el capítulo 11, vimos el papel que ejercen los medios de comunicación a la hora de informar al público y de coordinar sus demandas contra las fuerzas que minaban las instituciones inclusivas en Estados Unidos. Los medios de comunicación también pueden tener un papel clave a la hora de canalizar la cesión de poder de un amplio segmento de la sociedad en reformas políticas más duraderas, de nuevo, como ilustra nuestro análisis del capítulo 11, sobre todo en el contexto de la democratización británica.

Los panfletos y los libros que informaban y motivaban a las personas tuvieron un papel importante durante la Revolución gloriosa de Inglaterra, la Revolución francesa y la marcha hacia la democracia del siglo XIX británica. También los medios de comunicación, sobre todo las formas nuevas, basadas en avances en la tecnología de la información y la comunicación, como blogs, chats anónimos, Facebook y Twitter, fueron cruciales para la oposición iraní contra las elecciones fraudulentas de Ahmadinejad de 2009 y la represión posterior, y parecen tener un papel crucial similar en las protestas de la Primavera Árabe que continúan mientras este manuscrito llega a su fin.

Los regímenes autoritarios a menudo son conscientes de la importancia de los medios de comunicación libres, y hacen lo posible para luchar en su contra. Un ejemplo extremo de esto es el gobierno de Alberto Fujimori en Perú. A pesar de que, originalmente, fue elegido por vías democráticas, al cabo de poco tiempo estableció un régimen dictatorial en el país, montando un golpe de Estado mientras aún ocupaba el cargo en 1992. Después, a pesar de que continuaran celebrándose elecciones, Fujimori construyó un régimen corrupto y gobernó a través de represión y sobornos. Para ello, confió fuertemente en su mano derecha, Vladimiro Montesinos, que dirigía el poderoso Servicio de Inteligencia Nacional de Perú. Montesinos también era un hombre organizado, así que guardaba buenos registros de cuánto pagaba la Administración a los distintos individuos para comprar su lealtad, incluso grabando en vídeo muchos actos reales de soborno. Había una lógica detrás de esto. Además de tener un mero registro, la grabación era una prueba que garantizaba que los cómplices fueran considerados tan culpables como Fujimori y Montesinos. Tras la caída del régimen, estas grabaciones fueron a parar manos de los periodistas y las autoridades. Las cantidades revelan el valor de los medios de comunicación para una dictadura. Un juez del Tribunal Supremo costaba entre 5.000 y 10.000 dólares al mes, y los políticos del mismo partido o de otros recibían cantidades similares. Sin embargo, para los periódicos y las cadenas de televisión, las cantidades eran millonarias. Fujimori y Montesinos pagaron 9 millones de dólares en una ocasión y más de 10 millones de dólares en otra para

controlar las cadenas de televisión. Pagaron más de un millón de dólares a uno de los periódicos principales y a otros periódicos cantidades que oscilaban entre 3.000 y 8.000 dólares por titular. Fujimori y Montesinos pensaban que controlar a los medios de comunicación era mucho más importante que controlar a los políticos y los jueces. Uno de los secuaces de Montesinos, el general Bello, lo resumió en uno de los vídeos al afirmar: «Si no controlamos la televisión, no hacemos nada».

Las instituciones extractivas actuales de China también dependen crucialmente del control por parte de las autoridades chinas de los medios de comunicación, que, como hemos visto, ha pasado a ser terriblemente sofisticado. Tal y como resumió un comentarista chino: «Para conservar el liderazgo del Partido en la reforma política, se deben seguir tres principios: el Partido debe controlar las fuerzas armadas; el Partido debe controlar a los dirigentes, y el Partido debe controlar las noticias».

Sin embargo, es evidente que los medios de comunicación libres y las nuevas tecnologías de la comunicación solamente pueden ayudar de forma marginal, proporcionando información y coordinando las demandas y las acciones de quienes rivalizan por instituciones más inclusivas. Su ayuda se traducirá en un cambio significativo solamente cuando un segmento amplio de la sociedad se movilice y se organice para afectar al cambio político y no lo haga por razones sectarias ni para tomar el control de las instituciones extractivas, sino para transformar las instituciones extractivas en unas más inclusivas. La posibilidad de que este proceso se ponga en marcha y abra la puerta a una mayor cesión de poderes, y, finalmente, a una reforma política duradera, dependerá, como hemos visto en muchos ejemplos, de la historia de las instituciones políticas y económicas, de muchas pequeñas diferencias que importan y del propio devenir circunstancial de la historia.

Agradecimientos

Este libro es la culminación de quince años de investigación en colaboración y, en el camino, hemos acumulado muchas deudas prácticas e intelectuales. Nuestra mayor deuda es con nuestro colaborador a largo plazo Simon Johnson, que fue coautor de muchos de los documentos científicos clave que marcaron nuestra comprensión del desarrollo económico comparativo.

Nuestros otros coautores, con los que hemos trabajado en proyectos de investigación relacionados, tuvieron un papel significativo en el desarrollo de nuestras ideas, y nos gustaría mostrar un agradecimiento especial por su aportación en este campo a Philippe Aghion, Jean-Marie Baland, María Angélica Bautista, Davide Cantoni, Isaías Chaves, Jonathan Conning, Melissa Dell, Georgy Egorov, Leopoldo Fergusson, Camilo García-Jimeno, Tarek Hassan, Sebastián Mazzuca, Jeffrey Nugent, Neil Parsons, Steve Pincus, Pablo Querubín, Rafael Santos, Konstantin Sonin, Davide Ticchi, Ragnar Torvik, Juan Fernando Vargas, Thierry Verdier, Andrea Vindigni, Alex Wolitzky, Pierre Yared y Fabrizio Zilibotti.

Muchas otras personas tuvieron un papel muy importante al animarnos, estimularnos y criticarnos durante estos años. Nos gustaría dar las gracias especialmente a Lee Alston, Abhijit Banerjee, Robert Bates, Timothy Besley, John Coatsworth, Jared Diamond, Richard Easterlin, Stanley Engerman, Peter Evans, Jeff Frieden, Peter Gourevitch, Stephen Haber, Mark Harrison, Elhanan Helpman, Peter Lindert, Karl Ove Moene, Dani Rodrik y Barry Weingast.

Hubo dos personas que fueron cruciales a la hora de marcar nuestra opinión y fomentar nuestra investigación, y querríamos aprovechar la oportunidad para expresarles nuestra deuda intelectual y nuestro sincero agradecimiento: Joel Mokyr y Ken Sokoloff, quien, por desgracia, falleció antes de que se escribiera este libro. Echamos profundamente de menos a Ken.

Asimismo, estamos muy agradecidos a los estudiosos que asistieron a una conferencia que organizamos en febrero de 2010 sobre una versión anterior del manuscrito de nuestro libro en el Instituto de Ciencias Sociales Cuantitativas de Harvard. Nos gustaría dar las gracias especialmente a los coorganizadores, Jim Alt y Ken Shepsle, y a los participantes en la conferencia: Robert Allen, Abhijit Banerjee, Robert Bates, Stanley Engerman, Claudia Goldin, Elhanan Helpman, Joel Mokyr, Ian Morris, Şevket Pamuk, Steve Pincus y Peter Temin. También estamos agradecidos a Melissa Dell, Jesús Fernández-Villaverde, Sándor László, Suresh Naidu, Roger Owen, Dan Trefler, Michael Walton y Noam Yuchtman, que nos hicieron amplios comentarios en la conferencia y en muchas otras ocasiones.

También estamos agradecidos a Charles Mann, Leandro Prados de la Escosura y David Webster por su asesoramiento experto.

Durante gran parte del proceso de investigación y escritura de este libro, ambos éramos miembros del programa del Canadian Institute for Advanced Research (CIFAR) sobre instituciones, organizaciones y desarrollo. Presentamos la investigación relacionada con este libro en muchas ocasiones en reuniones del CIFAR y nos hemos beneficiado enormemente del apoyo de esta organización maravillosa y de los expertos a los que reúne.

También recibimos comentarios de, literalmente, cientos de personas en varios seminarios y conferencias sobre el material desarrollado en este libro, y pedimos disculpas por no poder atribuir debidamente las sugerencias, ideas o reflexiones que recibimos de quienes acudieron a aquellas presentaciones y debates.

Estamos muy agradecidos también a María Angélica Bautista, Melissa Dell y Leander Heldring

por su excelente ayuda de investigación en este proyecto.

Por último, pero sin duda no menos importante, hemos tenido la suerte de contar con un editor maravilloso, concienzudo y extremadamente comprensivo, John Mahaney. Sus comentarios y sugerencias han mejorado enormemente nuestro libro, y el apoyo y entusiasmo que ha aportado al proyecto hicieron que el último año y medio fuera mucho más agradable y menos duro de lo que podría haber sido.

Ensayo y fuentes bibliográficas

Prefacio

Las ideas de Mohamed el Baradei se pueden encontrar en twitter.com/#!/ElBaradei.

Las citas de Mosaab el Shami y Noha Hamed proceden de Yahoo! News 2/6/2011, en news.yahoo.com/s/yblog_exclusive/20110206/ts_yblog_exclusive/egyptian-voices-from-tahrir-square.

Sobre las doce demandas inmediatas publicadas en el blog de Wael Jalil, véase alethonews.wordpress.com/2011/02/27/egypt-reviewing-the-demands/.

Aparecen citas de Reda Metwaly en *Al Jazeera*, 2/1/2011, en inglés. aljazeera.net/news/middleeast/2011/02/2011212597913527.html.

Capítulo 1. Tan cerca y, sin embargo, tan diferentes

Un buen análisis sobre la exploración española del Río de la Plata aparece en Rock (1992), capítulo 1. Sobre el descubrimiento y la colonización de los guaraníes, véase Ganson (2003). Las citas de Bernardino de Sahagún proceden de Sahagún (1975), págs. 47-49. Gibson (1963) es fundamental en lo relativo a la conquista española de México y las instituciones que estructuraron. Las citas de Las Casas proceden de Las Casas (1992), págs. 39, 117-118 y 107, respectivamente.

En lo que respecta a Pizarro en Perú, véase Hemming (1983). Los capítulos del 1 al 6 cubren el encuentro en Cajamarca, la marcha al sur y la captura de la capital inca, Cuzco. Véase Hemming (1983), capítulo 20, acerca de Francisco de Toledo. Bakewell (1984) da una visión general del funcionamiento de la mita de Potosí, y Dell (2010) proporciona pruebas estadísticas que muestran los efectos persistentes que ha tenido en el tiempo.

La cita de Arthur Young se reproduce a partir de Sheridan (1973), pág. 8. Hay muchos y buenos libros en los que se describe la historia de los inicios de Jamestown: por ejemplo, Price (2003) y Kupperman (2007). Nuestro tratamiento está muy influido por Morgan (1975) y Galenson (1996). La cita de Anas Todkill procede de la página 38 de Todkill (1885). Las citas de John Smith son de Price (2003), pág. 77 («Victuals ...»), pág. 93 («If your king ...») y pág. 96 («When you send ...»). La Carta de Maryland, las Constituciones fundamentales de Carolina y otras constituciones coloniales están en Internet gracias al Avalon Project de la Universidad de Yale en avalon.law.yale.edu/17th_century.

Bakewell (2009), capítulo 14, comenta la independencia de México y la Constitución. Véanse Stevens (1991) y Knight (2011) sobre la inestabilidad política y los presidentes tras la independencia. El de Coatsworth (1978) es el trabajo pionero sobre las pruebas del declive económico en México después de la independencia. Haber (2010) presenta la comparación del desarrollo de la banca en México y Estados Unidos. Sokoloff (1988) y Sokoloff y Khan (1990) ofrecen pruebas sobre el origen social de los innovadores de Estados Unidos que registraron patentes. Véase Israel (2000) para consultar una biografía de Thomas Edison. Haber, Maurer y Razo (2003) proponen una interpretación de la economía política del régimen de Porfirio Díaz que sigue en gran medida el espíritu de nuestro debate. Haber, Klein, Maurer y Middlebrook (2008) amplían este tratamiento a la economía política de México hasta el siglo XX. En lo que respecta a la distinta asignación de tierras fronterizas de Norteamérica y América Latina, véanse Nugent y Robinson (2010) y García-Jimeno y Robinson (2011). Hu-DeHart (1984) debate la deportación del pueblo yaqui en el capítulo 6. Respecto a la fortuna de Carlos Slim y cómo se hizo, véanse Relea (2007) y Martínez (2002).

Nuestra interpretación del desarrollo económico comparativo en América se basa en nuestra propia investigación anterior con Simon Johnson, sobre todo Acemoglu, Johnson y Robinson (2001, 2002) y también está fuertemente influida por el trabajo de Coatsworth (1978, 2008) y el de Engerman y Sokoloff (1997).

Capítulo 2. Teorías que no funcionan

Las ideas de Jared Diamond sobre la desigualdad mundial aparecen en su obra *Guns, Germs and Steel* (1997). Sachs (2006) fija su propia versión del determinismo geográfico. Las ideas sobre la cultura están muy extendidas en las obras académicas, pero nunca han aparecido juntas en un único trabajo. Weber (2002) afirmaba que la Reforma protestante fue la causante de que Europa tuviera la revolución industrial. Landes (1999) propuso que los habitantes del norte de Europa desarrollaron un conjunto único de actitudes culturales que los condujeron a trabajar tenazmente, ahorrar y ser innovadores. En Harrison y Huntington, eds. (2000), se encuentra una afirmación contundente de la importancia de la cultura para el desarrollo económico comparativo. La idea de que existe algún tipo de cultura británica superior o conjunto superior de instituciones británicas está extendida y se utiliza para explicar el excepcionalismo de Estados Unidos (Fisher, 1989) y también patrones de desarrollo comparativo más en general (La Porta, Lopez-de-Silanes, y Shleifer, 2008). Las obras de Banfield (1958) y Putnam, Leonardi y Nanetti (1994) son interpretaciones culturales muy influyentes de cómo un aspecto de la cultura, o «capital social», como lo denominan, hace que el sur de Italia sea pobre. Si se desea consultar un estudio sobre cómo utilizan los economistas las nociones de cultura, véase Guiso, Sapienza y Zingales (2006). Tabellini (2010) examina la correlación entre la confianza que tiene la gente en los demás en Europa occidental y los niveles de renta per

cápita anual. Nunn y Wantchekon (2010) muestran que la falta de confianza y capital social de África está correlacionada con la intensidad histórica del tráfico de esclavos.

La historia relevante del Congo se presenta en Hilton (1985) y Thornton (1983). Sobre el retraso histórico de la tecnología africana, véanse los trabajos de Goody (1971), Law (1980) y Austen y Headrick (1983).

La definición de economía propuesta por Robbins procede de Robbins (1935), pág. 16.

La cita de Abba Lerner aparece en Lerner (1972), pág. 259. La idea de que la ignorancia explica el desarrollo comparativo está implícita en la mayoría de los análisis económicos de desarrollo económico y reforma política: por ejemplo, Williamson (1990); Perkins, Radelet y Lindauer (2006), y Aghion y Howitt (2009). Una versión reciente y contundente de este punto de vista se desarrolla en Banerjee y Duflo (2011).

Acemoglu, Johnson y Robinson (2001, 2002) proporcionan un análisis estadístico del papel relativo de las instituciones y la situación geográfica y la cultura, en el que muestran que las instituciones dominan los otros dos tipos de explicaciones a la hora de aclarar las diferencias en renta per cápita actuales.

Capítulo 3. La creación de la prosperidad y la pobreza

La reconstrucción de las reuniones entre Hwang Pyŏng Wŏn y su hermano procede de la entrevista realizada por James A. Foley a Hwang transcrita en Foley (2003), págs. 197-203.

La idea de «instituciones extractivas» procede de Acemoglu, Johnson y Robinson (2001). Tim Besley nos sugirió la terminología de «instituciones inclusivas». La terminología de «perdedores económicos» y la distinción entre éstos y los «perdedores políticos» procede de Acemoglu y Robinson (2000b). Los datos acerca de Barbados proceden de Dunn (1969). Nuestro tratamiento de la economía soviética se basa en Nove (1992) y Davies (1998). Allen (2003) proporciona una interpretación alternativa y más positiva de la historia económica soviética.

En la literatura de ciencias sociales, existe un gran volumen de investigación relacionado con nuestra teoría y nuestro argumento. Véase Acemoglu, Johnson y Robinson (2005b) para obtener una visión general de estas obras y de lo que hemos aportado a esta investigación. La visión institucional del desarrollo comparativo se basa en una serie de trabajos importantes. Resulta especialmente notable el trabajo de North; véanse North y Thomas (1973), North (1982), North y Weingast (1989), y North, Wallis, y Weingast (2009). Olson (1984) también proporcionó una explicación muy influyente de la economía política del crecimiento económico. El de Mokyr (1990) es un libro fundamental que relaciona a los perdedores económicos con el cambio tecnológico comparativo en la historia mundial. La noción de perdedores económicos está muy extendida en las ciencias sociales como explicación de por qué no se logran resultados de política e instituciones eficientes. Nuestra interpretación, que se basa en Robinson (1998) y Acemoglu y Robinson (2000b, 2006b), difiere al hacer hincapié en la idea de que el obstáculo más importante para la aparición de instituciones inclusivas es el temor de las élites a perder su poder político. Jones (2003) proporciona una historia comparativa rica que destaca temas similares, y el importante trabajo de Engerman y Sokoloff (1997) sobre América también subraya esas ideas. Una interpretación de economía política pionera sobre el subdesarrollo africano fue desarrollada por Bates (1981, 1983, 1989), cuyo trabajo tuvo una gran influencia en el nuestro. Los estudios pioneros de Dalton (1965) y Killick (1978) destacan el papel de la política en el desarrollo africano y, sobre todo, en cómo el temor a perder el poder político influye en la política económica. La noción de perdedores políticos estaba implícita previamente en otros trabajos teóricos sobre la economía política, por ejemplo, Besley y Coate (1998) y Bourguignon and Verdier (2000). El papel de la centralización política y las instituciones estatales en el desarrollo ha sido destacado sobre todo por sociólogos históricos que seguían el trabajo de Max Weber. El trabajo de Mann (1986, 1993), Migdal (1988) y Evans (1995) es notable. En África, el trabajo sobre la conexión entre el Estado y el desarrollo se subraya en Herbst (2000) y Bates (2001). Recientemente, los economistas han empezado a aportar trabajos a este campo; por ejemplo, Acemoglu (2005) y Besley y Persson (2011). Finalmente, Johnson (1982), Haggard (1990), Wade (1990) y Amsden (1992) destacaron que fue la economía política concreta de los países del este de Asia lo que les permitió tener tanto éxito desde el punto de vista económico. Finley (1965) defendió la idea pionera de que la esclavitud era responsable de la falta de dinamismo tecnológico en el mundo clásico.

La idea de que el crecimiento bajo instituciones extractivas es posible pero también es probable que pierda ímpetu se subraya en Acemoglu (2008).

Capítulo 4. Pequeñas diferencias y coyunturas críticas

Benedictow (2004) proporciona una visión general definitiva de la peste negra, aunque sus cálculos sobre la mortalidad que causó la peste son controvertidos. Las citas de Boccaccio y Ralph de Shrewsbury se han reproducido a partir de Horrox (1994). Hatcher (2008) ofrece una explicación convincente de la anticipación y la llegada de la peste a Inglaterra. El texto del Estatuto de los Trabajadores está disponible en línea en el Avalon Project, en avalon.law.yale.edu/medie val/statlab.asp.

El trabajo fundamental sobre el impacto de la peste negra en la divergencia entre Europa oriental y Europa occidental es de North y Thomas (1973) y, sobre todo, de Brenner (1976), cuyo análisis de cómo la distribución inicial del poder político afectó a las consecuencias de la peste negra ha influido enormemente en nuestro punto de vista. Véase DuPlessis (1997) sobre la Segunda Servidumbre en Europa oriental. Conning (2010), Acemoglu y Wolitzky (2011) desarrollan formalizaciones de la tesis de Brenner. La cita de James Watt se ha reproducido a partir de Robinson (1964), págs. 223-224.

En Acemoglu, Johnson y Robinson (2005a), primero presentamos el argumento de que fue la interacción entre el comercio atlántico y las diferencias institucionales iniciales lo que condujo a la divergencia de las instituciones inglesas y, en última instancia, a la revolución industrial. La noción de la ley de hierro de la oligarquía se debe a Michels (1962). La idea de una coyuntura crítica fue desarrollada por primera vez por Lipset y Rokkan (1967).

Sobre el papel de las instituciones en el desarrollo del Imperio otomano a largo plazo, resulta crucial la investigación de Owen (1981), Owen y Pamuk (1999) y Pamuk (2006).

Capítulo 5. «He visto el futuro, y funciona»: el crecimiento bajo institucional extractivas

Sobre la misión de Steffens en Rusia y las palabras que dirigió a Baruch, véase Steffens (1931), capítulo 18, págs. 790-802. Para el número de personas que murieron de hambre en la década de los treinta, utilizamos las cifras de Davies y Wheatcroft (2004). Sobre las cifras del censo de 1937, véase Wheatcroft y Davies (1994a, 1994b). La naturaleza de la innovación en la economía soviética se estudia en Berliner (1976). Nuestro análisis de cómo el estalinismo y, sobre todo, la planificación económica funcionaron realmente, se basa en Gregory y Harrison (2005). Sobre cómo los autores de libros de texto de economía estadounidenses se equivocaban continuamente sobre el crecimiento económico soviético, véase Levy y Peart (2009).

Nuestro tratamiento e interpretación de los leles y los bushongs se basa en la investigación de Douglas (1962, 1963) y Vansina (1978).

Sobre el concepto del Largo Verano, véase Fagan (2003). Una introducción accesible a los natufienses y sitios arqueológicos que mencionamos se puede encontrar en Mithen (2006) y Barker (2006). El trabajo pionero sobre Abu Hureyra es de Moore, Hillman y Legge (2000), que documentan cómo la vida sedentaria y la innovación institucional aparecieron antes que la agricultura. En Smith (1998), se puede encontrar una visión general sobre pruebas de que la vida sedentaria precedió a la agricultura, y véase Bar-Yosef y Belfer-Cohen (1992) para el caso de los natufienses. Nuestro enfoque de la revolución neolítica está inspirado en Sahlins (1972), que también tiene la anécdota sobre los yir yoronts.

Nuestro análisis de la historia maya sigue a Martin y Grube (2000) y Webster (2002). La reconstrucción de la historia de la población de Copán procede de Webster, Freter y Gonlin (2000). La cifra de monumentos fechados proviene de Sidrys y Berger (1979).

Capítulo 6. El distanciamiento

El análisis del caso veneciano sigue a Puga y Trefler (2010) y los capítulos 8 y 9 de Lane (1973).

El material sobre Roma aparece en cualquier historia estándar. Nuestra interpretación de las instituciones económicas sigue a Finlay (1999) y Bang (2008). Nuestra explicación del declive romano sigue a Ward-Perkins (2006) y Goldsworthy (2009). Sobre los cambios institucionales en el Imperio romano tardío, véase Jones (1964). Las anécdotas sobre Tiberio y Adriano son de Finley (1999).

Las pruebas de los naufragios fueron utilizadas por primera vez por Hopkins (1980). Véase De Callataÿ (2005) y Jongman (2007) para obtener una visión general de este proyecto y del GRIP (Proyecto del Núcleo de Hielo de Groenlandia).

Las tablas de Vindolanda están disponibles en línea en inglés en vindolanda.csad.ox.ac.uk/. La cita que utilizamos procede de TVII Pub. número: 343.

El análisis de los factores que condujeron al declive de la Gran Bretaña romana sigue a Cleary (1989), capítulo 4; Faulkner (2000), capítulo 7, y Dark (1994), capítulo 2.

Sobre Aksum, véase Munro-Hay (1991). El trabajo pionero sobre el feudalismo europeo y sus orígenes es de Bloch (1961); véase Crummey (2000) sobre el feudalismo etíope. Phillipson (1998) hace la comparación entre el hundimiento de Aksum y el del Imperio romano.

Capítulo 7. El punto de inflexión

La historia de la máquina de Lee y la reunión con la reina Isabel I está disponible en calverton.homestead.com/willlee.html.

Allen (2009b) presenta los datos sobre sueldos reales utilizando el edicto sobre precios máximos de Diocleciano.

Nuestra argumentación sobre las causas de la revolución industrial ha recibido una influencia considerable de los argumentos presentados en North y Thomas (1973), North y Weingast (1989), Brenner (1993), Pincus (2009) y Pincus y Robinson (2010). Estos estudiosos, a su vez, se vieron influidos por interpretaciones marxistas anteriores del cambio institucional británico y del surgimiento del capitalismo; véanse Dobb (1963) y Hill (1961, 1980). Véase también la tesis de Tawney (1941) acerca de cómo el proyecto de construcción del Estado de Enrique VIII cambió la estructura social inglesa.

El texto de la Carta Magna está disponible en línea en el Proyecto Avalon, en avalon.law.yale.edu/medieval/magframe.asp.

Elton (1953) es el trabajo pionero sobre el desarrollo de las instituciones estatales bajo Enrique VIII, y Neale (1971) lo relaciona con la evolución del Parlamento.

Sobre la revuelta campesina, véase Hilton (2003). La cita de Hill sobre los monopolios procede de Hill (1961), pág. 25. Sobre el

período de «gobierno personal» de Carlos I, seguimos a Sharp (1992). Nuestras pruebas sobre cómo los distintos grupos y regiones se pusieron a favor o en contra del Parlamento proceden de Brunton y Pennington (1954), Hill (1961) y Stone (2001). Pincus (2009) es crucial para la Revolución gloriosa y debate muchos de los cambios específicos de las políticas y las instituciones económicas; por ejemplo, la revocación del impuesto por chimenea y la creación del Banco de Inglaterra. Véase también Pincus y Robinson (2010). Pettigrew (2007, 2009) comenta el ataque a los monopolios, incluida la Royal African Company, y nuestros datos sobre las peticiones proceden de sus textos. Knights (2010) hace hincapié en la importancia política de las peticiones. Nuestra información sobre el banco Hoare procede de Temin y Voth (2008).

Nuestra información sobre el supervisor Cowperthwaite y la burocracia del impuesto especial procede de Brewer (1988).

Nuestra perspectiva general sobre la historia económica de la revolución industrial se basa en Mantoux (1961), Daunton (1995), Allen (2009a) y Mokyr (1990, 2009), que proporcionan detalles sobre los famosos inventores e invenciones que comentamos. La historia sobre la familia Baldwyn es de Bogart y Richardson (2009, 2011), que inciden en la conexión entre la Revolución gloriosa, la reorganización de los derechos de propiedad y la construcción de carreteras y canales. Sobre las leyes del percal y Mánchester, véase O'Brien, Griffiths y Hunt (1991), que es la fuente de las citas de la legislación. Sobre el dominio de personas nuevas en el sector, véanse Daunton (1995), capítulo 7, y Crouzet (1985).

Nuestra explicación de por qué los principales cambios institucionales tuvieron lugar por primera vez en Inglaterra se basa en Acemoglu, Johnson y Robinson (2005a) y Brenner (1976). Los datos sobre el número de comerciantes independientes y sus preferencias políticas proceden de Zahedieh (2010).

Capítulo 8. No en nuestro territorio: obstáculos para el desarrollo

Sobre la oposición a la imprenta en el Imperio otomano, véase Savage-Smith (2003) págs. 656-659. La alfabetización histórica comparativa procede de Easterlin (1981).

Nuestro análisis de las instituciones políticas de España sigue a Thompson (1994a, 1994b). Para obtener pruebas sobre el declive económico de España durante este período, véase Nogal y Prados de la Escosura (2007).

Nuestro análisis de los impedimentos para el desarrollo económico en Austria-Hungría sigue a Blum (1943), Freudenberger (1967) y Gross (1973). La cita de María Teresa procede de Freudenberger, pág. 495. Todas las otras citas del conde Hartig y Francisco I son de Blum. La respuesta de Francisco I a los delegados del Tirol está citada en Jászi (1929), págs. 80-81. El comentario de Friedrich von Gentz a Robert Owen también está citado en Jászi (1929), pág. 80. La experiencia de los Rothschild en Austria se comenta en el capítulo 2 de Corti (1928).

Nuestro análisis de Rusia sigue a Gerschenkron (1970). La cita de Kropotkin es de la página 60 de la edición de 2009 de su libro. La conversación entre el zar Nicolás y Mijaíl está citada en Saunders (1992), pág. 117. La cita de Kankrin sobre el ferrocarril aparece en Owen (1991), págs. 15-16.

El discurso de Nicolás a los fabricantes está reproducido en Pintner (1967), pág. 100.

La cita de A. A. Zakrevskii es de Pintner (1967), pág. 235.

Sobre el almirante Zheng, véase Dreyer (2007). La historia económica de la China moderna temprana aparece en Myers y Wang (2002). La cita de T'ang Chen está en Myers y Wang, págs. 564-565.

Véase Zewde (2002) para obtener una visión de conjunto pertinente acerca de la historia etíope. Los datos acerca de lo extractiva que ha sido Etiopía desde el punto de vista histórico proceden de Pankhurst (1961), igual que todas las citas que reproducimos aquí.

Nuestra descripción de las instituciones y la historia somalíes sigue a Lewis (1961, 2002). El *heer* de los Hassan Ugaas se reproduce en la pág. 177 de Lewis (1961); nuestra descripción de un feudo procede del capítulo 8 de Lewis (1961), donde él presenta muchos otros ejemplos. Sobre el reino de Taqali y la escritura, véase Ewald (1988).

Capítulo 9. Cómo revertir el desarrollo

Nuestro análisis del control de Ambon y Banda por parte de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y el efecto negativo de la empresa para el desarrollo del Sudeste asiático sigue a Hanna (1978) y, sobre todo, a Reid (1993), capítulo 5. Las citas de Reid sobre Tomé Pires son de la página 271; sobre el factor de los Países Bajos en Maguindanao, pág. 299; sobre el sultán de Maguindanao, págs. 299-300. Los datos sobre el impacto de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en el precio de las especias proceden de O'Rourke y Williamson (2002).

La visión de conjunto definitiva de la esclavitud en la sociedad africana y el impacto del tráfico de esclavos es de Lovejoy (2000). Lovejoy, pág. 47, tabla 31, presenta estimaciones de consenso sobre el alcance del tráfico de esclavos. Nunn (2008) proporcionó las primeras estimaciones cuantitativas sobre el impacto del tráfico de esclavos en el crecimiento económico y las instituciones económicas de África. Los datos sobre la importación de armas de fuego y pólvora son de Inikori (1977). El testimonio de Francis Moore se cita en Lovejoy (2000), págs. 89-90. El de Law (1977) es un estudio pionero sobre la expansión del Estado Oyo. Las estimaciones del impacto del tráfico de esclavos sobre la población de África proceden de Manning (1990). Lovejoy (2000), capítulo 8, los ensayos de Law (1995) y el importante libro de Austin (2005) son la base para nuestro análisis del período de «comercio legítimo». Los datos sobre la proporción de africanos que fueron esclavos en África proceden de Lovejoy (2000), por ejemplo, pág. 192, tabla 9.2.

Los datos sobre la mano de obra en Liberia proceden de Clower, Dalton, Harwitz y Walters (1966).

La idea de economía dual fue desarrollada por Lewis (1954). Fergusson (2010) desarrolla un modelo matemático de la economía dual. La noción de que esto fue una creación del colonialismo se propuso por primera vez en la colección pionera de ensayos editados por Palmer y Parsons (1977). Nuestra explicación de Sudáfrica se basa en Bundy (1979) y Feinstein (2005).

La cita del misionero moravo aparece en Bundy (1979), pág. 46, y la de John Hemming, en Bundy, pág. 72. La expansión de la tenencia de tierras en el este de Griqualandia es de Bundy, pág. 89; las hazañas de Stephen Sonjica son de Bundy, pág. 94; la cita de Matthew Blyth es de la pág. 97, y la cita de un observador europeo en Fingoland 1884 es de Bundy, págs. 100-101. George Albu aparece citado en Feinstein (2005), pág. 63; el secretario de asuntos nativos, en Feinstein, pág. 45, y Verwoerd, en Feinstein, pág. 159. Los datos sobre los sueldos reales de los mineros de oro africanos son de la página 66 de Wilson (1972). G. Findlay aparece citado en Bundy (1979), pág. 242.

La noción de que el desarrollo de los países ricos occidentales es la imagen en el espejo del subdesarrollo del resto del mundo fue desarrollada originalmente por Wallertsein (1974-2011), con la diferencia respecto a nuestro trabajo de que él hace hincapié en mecanismos muy distintos.

Capítulo 10. La difusión de la prosperidad

Este capítulo se basa principalmente en nuestra investigación anterior con Simon Johnson y Davide Cantoni: Acemoglu, Johnson y Robinson (2002), y Acemoglu, Cantoni, Johnson y Robinson (2010, 2011).

Nuestro análisis del desarrollo de las primeras instituciones de Australia sigue los trabajos pioneros de Hirst (1983, 1988, 2003) y Neal (1991). El manuscrito original de la orden emitida para el juez Collins está disponible (gracias a la Facultad de Derecho de la Universidad de Macquarie de Australia) en www.law.mq.edu.au/scnsw/html/Cable%20v%20Sinclair,%201788.htm.

La descripción de Macarthur de los partidarios de Wentworth se cita en Melbourne (1963), págs. 131-132.

Nuestro análisis de los orígenes de los Rothschild sigue a Ferguson (1998); el comentario de Mayer Rothschild a su hijo procede de Ferguson, pág. 76.

Nuestro análisis del impacto de los franceses en las instituciones europeas procede de Acemoglu, Cantoni, Johnson y Robinson (2010, 2011) y las referencias que aparecen en dichos trabajos. Véase Doyle (2002) para una visión de conjunto estándar sobre la Revolución francesa. La información sobre los derechos feudales en Nassau-Usingen es de Lenger (2004), pág. 96. Ogilivie (2011) resume el impacto histórico de los gremios en el desarrollo europeo.

Para un tratamiento de la vida de Ōkubo Toshimichi, véase Iwata (1964). El plan de ocho puntos de Sakamoto Ryūma procede de Jansen (2000), pág. 310.

Capítulo 11. El círculo virtuoso

Nuestro análisis de la Ley negra sigue a Thompson (1975). El informe de Baptist Nunn del 27 de junio procede de Thompson (1975), págs. 65-66. Las otras citas son de la sección de Thompson sobre el Estado de derecho, págs. 258-269, que vale la pena leer por completo.

Nuestro enfoque de la democratización en Inglaterra se basa en Acemoglu y Robinson (2000a, 2001, y 2006a). El discurso de Earl Grey se cita en Evans (1996), pág. 223. El comentario de Stephens sobre la democracia se cita en Briggs (1959), pág. 34. La cita de Thompson procede de Thompson (1975), pág. 269.

Todo el texto de la Carta del Pueblo se puede encontrar en Cole y Filson (1951) y en web.bham.ac.uk/1848/document/peoplech.htm.

La cita de Burke procede de Burke (1790/1969), pág. 152.

Lindert (2004, 2009) presenta un tratamiento precursor de la coevolución de la democracia y la política pública durante los últimos doscientos años.

Keyssar (2009) hace una introducción pionera sobre la evolución de los derechos políticos en Estados Unidos. Vanderbilt se cita en Josephson (1934), pág. 15. El texto del discurso de Roosevelt se encuentra en www.theodore-roosevelt.com/sotu1.html.

La cita de Woodrow Wilson es de Wilson (1913), pág. 286.

El texto de la charla junto a la chimenea del presidente Roosevelt se puede encontrar en millercenter.org/scripps/archive/speeches/detail/3309.

Los datos sobre el mandato relativo de los jueces del Tribunal Supremo de Argentina y Estados Unidos se presentan en Iaryczower, Spiller y Tommasi (2002). Helmke (2004) debate la historia de la designación de miembros afines en Argentina y cita al juez Carlos Fayt.

Capítulo 12. El círculo vicioso

Este capítulo se basa principalmente en nuestra investigación teorética y empírica sobre la persistencia institucional, sobre todo Acemoglu, Johnson y Robinson (2005b) y Acemoglu y Robinson (2008a). Heath (1972) y Kelley y Klein (1980) realizaron una

aplicación precursora de la ley de hierro de la oligarquía en la revolución boliviana de 1952.

La cita de los papeles parlamentarios británicos se ha reproducido a partir de la pág. 15 de la Cámara de los Comunes (House of Commons) (1904). La historia política inicial de Sierra Leona tras la independencia se expone bien en Cartwright (1970). A pesar de que haya distintas interpretaciones para explicar por qué Siaka Stevens modificó la línea del tren, la principal es que lo hizo para que Mendelandia quedara aislada. En este punto, seguimos a Abraham y Sesay (1993), pág. 120; Richards (1996), págs. 42-43, y Davies (2007), págs. 684-85. Reno (1995, 2003) presenta el mejor tratamiento del régimen de Stevens. Los datos acerca de las juntas de comercialización agrícolas proceden de Davies (2007). Sobre el asesinato de Sam Bangura por defenestración, véase Reno (1995), págs. 137-141. Jackson (2004), pág. 63, y Keen (2005), pág. 17, analizan los acrónimos ISU y SSD.

Bates (1981) expone el análisis pionero de cómo las juntas de comercialización destruyeron la productividad agrícola en África tras la independencia. Véase Goldstein y Udry (2009) sobre cómo las conexiones políticas con los jefes determinan los derechos de propiedad de la tierra en Ghana.

Sobre la relación entre los políticos en 1993 y los conquistadores, véanse Dosal (1995), capítulo 1, y Casaús Arzú (2007). Nuestro análisis de las políticas del Consulado de Comercio sigue a Woodward (1966). La cita del presidente Barrios es de McCreery (1994), págs. 187-188. Nuestro análisis del régimen de Jorge Ubico sigue a Grieb (1979).

Nuestro análisis del subdesarrollo del Sur de Estados Unidos sigue a Acemoglu y Robinson (2008b). Véase Wright (1978) sobre el desarrollo previo a la guerra civil de la economía de los esclavos y Bateman y Weiss (1981) sobre la escasez de la industria. Fogel y Engerman (1974) dan una interpretación distinta y controvertida. Wright (1986) y Ransom y Sutch (2001) ofrecen visiones generales sobre hasta qué punto cambió realmente la economía del Sur después de 1865. El congresista George Washington Julian es citado en Wiener (1978), pág. 6. El mismo libro contiene el análisis de la persistencia de la élite terrateniente sureña tras la guerra civil. Naidu (2009) examina el impacto de la introducción de impuestos al sufragio y pruebas de alfabetización en 1890-1900 en los estados del Sur. La cita de W. E. B. du Bois aparece en su libro (1903), pág. 88. La cláusula 256 de la Constitución de Alabama se puede encontrar en www.legislature.state.al.us/CodeOfAlabama/Constitution/1901/CA-245806.htm.

Alston y Ferrie (1999) analizan cómo los políticos sureños bloquearon la legislación federal que consideraron que perturbaría la economía del Sur. Woodward (1955) ofrece una visión general pionera sobre la creación de las leyes de Jim Crow.

Halliday y Molyneux (1981) ofrecen una visión de conjunto de la revolución etíope. Sobre los cojines del emperador, véase Kapuściński (1983). Las citas de Dawit Wolde Giorgis son de Dawit Wolde Giorgis (1989), págs. 49 y 48, respectivamente.

Capítulo 13. Por qué fracasan los países hoy en día

Para ver el informe de la BBC acerca de Mugabe y la lotería, que incluye la declaración pública de Zimbank, véase news.bbc.co.uk/2/hi/africa/621895.stm.

Nuestro tratamiento de la creación del dominio blanco en Rodesia sigue a Palmer (1977) y Alexander (2006). Meredith (2007) proporciona una buena visión general de políticas de Zimbabue más recientes.

Nuestra explicación de la guerra civil de Sierra Leona sigue a Richards (1996), Truth and Reconciliation Commission (Comisión de la Verdad y la Reconciliación) (2004) y Keen (2005). El análisis publicado en un periódico de la ciudad de Freetown en 1995 se cita a partir de Keen (2005), pág. 34. El texto del RUF Footpaths to Democracy (Caminos de democracia) se encuentra en www.sierra-leone.org/AFRC-RUF/footpaths.html.

La cita del adolescente de Geoma procede de Keen (2005), pág. 42.

Nuestro análisis de los paramilitares colombianos sigue a Acemoglu, Robinson y Santos (2010) y Chaves y Robinson (2010), que, a su vez, se basan principalmente en el amplio trabajo de eruditos colombianos, sobre todo, Romero (2003), y los ensayos de Romero (2007) y López (2010). León (2009) presenta una explicación accesible y equilibrada de la naturaleza de los conflictos contemporáneos en Colombia. También es crucial el sitio web del periódico semanal *Semana*, www.verdadabierta.com/. Todas las citas proceden de Acemoglu, Robinson y Santos (2010). El contrato entre Martín Llanos y los alcaldes de Casanare está disponible en español en www.verdadabierta.com/victimarios/los-jefes/714-perfil-hector-german-buitrago-alias-martin-llanos.

Los orígenes y consecuencias de «el corralito» están bien presentados en una serie de artículos de la revista *The Economist*, disponible en www.economist.com/search/apachesolr_search/corralito.

Sobre el papel del interior en el desarrollo argentino, véase Sawers (1996).

Hassig y Oh (2009) proporciona una explicación excelente y valiosa de la vida en Corea del Norte. El capítulo 2 cubre el estilo de vida lujoso de los líderes y los capítulos 3 y 4, la realidad económica a la que se enfrenta la mayoría de la población. La BBC ha cubierto la reforma monetaria y se puede encontrar en news.bbc.co.uk/2/hi/8500017.stm.

Sobre el palacio del placer y el consumo de coñac, véase el capítulo 12 de Post (2004).

Nuestro análisis del trabajo infantil y su uso para recoger algodón en Uzbekistán sigue a Kandiyoti (2008), está disponible en www.soas.ac.uk/cccac/events/cottonsector-in-central-asia-2005/fi le49842.pdf. La cita de Gulnaz se encuentra en la página 20 de Kandiyoti. Sobre el levantamiento de Andijon, véase International Crisis Group (2005). La descripción de la elección de Stalin en la Unión Soviética se ha reproducido de Denny (1937).

Nuestro análisis del capitalismo clientelar de Egipto sigue a Sfakianakis (2004).

Capítulo 14. Cómo romper el molde

Nuestro tratamiento de Botsuana sigue a Acemoglu, Johnson y Robinson (2003); Robinson y Parsons (2006), y Leith (2005). Schapera (1970) y Parsons, Henderson y Tlou (1995) son trabajos fundamentales. El alto comisionado Rey se cita en Acemoglu, Johnson y Robinson (2003), pág. 96. El análisis de la visita de los tres jefes a Inglaterra sigue a Parsons (1998), y todas las citas relacionadas con este asunto proceden de su libro *Chamberlain*, págs. 206-207; Fairfield, pág. 209, y Rhodes, pág. 223. La cita de Schapera procede de Schapera (1940), pág. 72. La cita de Quett Masire es de Masire (2006), pág. 43. Sobre la composición étnica de las tribus tswana, véase Schapera (1952).

Nuestro tratamiento del cambio en el Sur de Estados Unidos sigue a Acemoglu y Robinson (2008b). Sobre el movimiento migratorio de la población del Sur de Estados Unidos, véase Wright (1999); acerca de la mecanización de la recogida de algodón, consúltese Heinicke (1994). «FRDUM FOOF SPETGH» se cita en Mickey (2008), pág. 50. El discurso de Thurmond de 1948 procede de www.slate.com/id/2075151/, donde también se puede escuchar la grabación de audio. Sobre James Meredith y Oxford (Misisipi), véase Doyle (2001). Véase Wright (1999) sobre el impacto de la legislación de los derechos civiles en el voto negro en el Sur.

Sobre la naturaleza y la política de la transición política china tras la muerte de Mao, véanse Harding (1987) y MacFarquhar y Schoenhals (2008). La cita de Deng sobre el gato procede de Harding, pág. 58. El primer punto de la Revolución cultural es de Schoenhals (1996), pág. 33; La cita de Mao acerca de Hitler procede de MacFarquhar y Schoenhals, pág. 102; la cita de Hua de «todas aquellas» aparece en Harding, pág. 56.

Capítulo 15. Claves para comprender la prosperidad y la pobreza

Para la historia de Dai Guofang, véase McGregor (2010), págs. 219-226. La historia de los teléfonos rojos también procede de McGregor, capítulo 1. Sobre el control del Partido de los medios de comunicación, véanse Pan (2008), capítulo 9, y McGregor (2010), págs. 64-69 y 235-262. Las citas sobre las actitudes del Partido hacia los emprendedores son de McGregor (2010), págs. 200-201 y 223. Los comentarios de Wen Jiabao sobre la reforma política de China aparecen en www.guardian.co.uk/world/2010/aug/29/wenjiabaochina-reform.

La hipótesis de la modernización se explica claramente en Lipset (1959). Las pruebas en su contra se comentan en detalle en Acemoglu, Johnson, Robinson y Yared (2008, 2009). La cita de George H. W. Bush es de news.bbc.co.uk/2/hi/business/752224.stm.

Nuestro análisis de la actividad de las ONG y la ayuda exterior en Afganistán después de diciembre del año 2001 se basa en Ghani y Lockhart (2008). Véanse también Reinikka y Svensson (2004) y Easterly (2006) sobre los problemas de la ayuda exterior.

Nuestro análisis de los problemas de la reforma macroeconómica y la inflación de Zimbabue es de Acemoglu, Johnson, Robinson y Querubín (2008). El análisis de Seva Mandir procede de Banerjee, Duflo y Glennerster (2008).

La formación del Partido de los Trabajadores de Brasil aparece en Keck (1992); sobre la huelga de Scânia, véase el capítulo 4. La cita de Cardoso es de Keck, págs. 44-45; la cita de Lula es de Keck, pág. 65.

El análisis de los esfuerzos de Fujimori y Montesinos para controlar los medios de comunicación es de McMillan y Zoido (2004), y la cita sobre el control del Partido Comunista chino es de McGregor (2010), pág. 69.

Fuentes de los mapas

Mapa 1: El Imperio inca y el sistema de carreteras está adaptado de John V. Murra (1984), «Andean Societies before 1532», en Leslie Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*, vol. 1 (Nueva York: Cambridge University Press). El mapa de la zona de influencia de la mita procede de Melissa Dell (2010), «The Persistent Effects of Peru’s Mining *Mita*», *Econometrica* 78:6, 1863-1903.

Mapa 2: Dibujado utilizando datos de Miriam Bruhn y Francisco Gallego (2010), «The Good, the Bad, and the Ugly: Do They Matter for Economic Development?», de próxima aparición en *Review of Economics and Statistics*.

Mapa 3: Dibujado utilizando datos de Indicadores de Desarrollo Mundial (2008), Banco Mundial.

Mapa 4: Mapa de cerdos silvestres adaptado de W. L. R. Oliver; I. L. Brisbin Jr. y S. Takahashi (1993), «The Eurasian Wild Pig (*Sus scrofa*)», en W. L. R. Oliver, ed., *Pigs, Peccaries, and Hippos: Status Survey and Action Plan* (Gland, Suiza: IUCN), págs. 112-121. Ganado salvaje adaptado del mapa de uros de Cis Van Vuure (2005), *Retracing the Aurochs* (Sofia: Pensoft Publishers), pág. 41.

Mapa 5: Adaptado de Daniel Zohary y Maria Hopf (2001), *The Domestication of Plants in the Old World*, tercera edición (Nueva York: Oxford University Press), mapa 4 del trigo, pág. 56; mapa 5 de la cebada, pág. 55. Mapa de la distribución del arroz adaptado de Te-Tzu Chang (1976), «The Origin, Evolution, Cultivation, Dissemination, and Diversification of Asian and African Rices», *Euphytica* 25, 425-441, figura 2, pág. 433.

Mapa 6: El reino de Kuba se basa en Jan Vansina (1978), *The Children of Woot* (Madison: University of Wisconsin Press), mapa 2, pág. 8. El Congo se basa en Jan Vansina (1995), «Equatorial Africa Before the Nineteenth Century», en Philip Curtin, Steven Feierman, Leonard Thompson y Jan Vansina, *African History: From Earliest Times to Independence* (Nueva York: Longman), mapa 8.4, pág. 228.

Mapa 7: Dibujado utilizando datos del Sistema Linescan Operativo del Programa de Satélites Meteorológicos de Defensa (DMSP-OLS), que ofrece imágenes de la Tierra de noche tomadas entre las 20.00 y las 21.30 hora local a una altitud de ochocientos treinta kilómetros (http://www.ngdc.noaa.gov/dmsp/sensors/ols.html).

Mapa 8: Creado a partir de datos de Jerome Blum (1998), *The End of the Old Order in Rural Europe* (Princeton: Princeton University Press).

Mapa 9: Adaptado de los mapas de Colin Martin y Geoffrey Parker (1988), *The Spanish Armada* (Londres: Hamilton), págs. i-ii, 243.

Mapa 10: Adaptado de Simon Martin y Nikolai Gribe (2000), *Chronicle of the Maya Kings and Queens: Deciphering the Dynasties of the Ancient Maya* (Londres: Thames and Hudson), pág. 21.

Mapa 11: Mapa adaptado de Mark A. Kishlansky, Patrick Geary y Patricia O'Brien (1991), *Civilization in the West* (Nueva York: HarperCollins Publishers), pág. 151.

Mapa 12: Familias de clanes somalíes, adaptado de Ioan M. Lewis (2002), *A Modern History of Somalia* (Oxford: James Currey), mapa de la «distribución de clanes familiares y etnia somalí de 2002»; mapa de Aksum adaptado de Kevin Shillington (1995), *History of Africa*, segunda edición (Nueva York: St. Martin's Press), mapa 5.4, pág. 69.

Mapa 13: J. R. Walton (1998), «Changing Patterns of Trade and Interaction Since 1500», en R. A. Butlin y R. A. Dodgshon, eds., *An Historical Geography of Europe* (Oxford: Oxford University Press), figura 15.2, pág. 326.

Mapa 14: Adaptado de Anthony Reid (1988), *Southeast Asia in the Age of Commerce*, *1450-1680: Volume 1*, *The Land Below the Winds* (New Haven: Yale University Press), mapa 2, pág. 9.

Mapa 15: Dibujado a partir de datos procedentes de Nathan Nunn (2008), «The Long Term Effects of Africa's Slave Trades», *Quarterly Journal of Economics* 123, número 1, 139-176.

Mapa 16: Basado en los mapas siguientes: para Sudáfrica, A. J. Christopher (2001), *The Atlas of Changing South Africa* (Londres: Routledge), figura 1.19, pág. 31; para Zimbabue, Robin Palmer (1977), *Land and Racial Domination in Rhodesia* (Berkeley: University of California Press), mapa 5, pág. 245.

Mapa 17: Adaptado de Alexander Grab (2003), *Napoleon and the Transformation of Europe* (Londres: Palgrave Macmillan), mapa 1, pág. 17; mapa 2, pág. 91.

Mapa 18: Dibujado utilizando datos del censo estadounidense de 1840, descargable en el Sistema de Información Geográfica e Histórica Nacional: http://www.nhgis.org/.

Mapa 19: Dibujado utilizando datos del censo estadounidense de 1880, descargable en el Sistema de Información Geográfica e Histórica Nacional: http://www.nhgis.org/.

Mapa 20: Daron Acemoglu, James A. Robinson y Rafael J. Santos (2010), «The Monopoly of Violence: Evidence from Colombia», en http://scholar.harvard.edu/jrobinson/fi les/jr_formationofstate.pdf.

Referencias

ABRAHAM, ARTHUR y HABIB SESAY, «Regional Politics and Social Service Provision Since Independence», en C. Magbaily Fyle, ed., *The State and the Provision of Social Services in Sierra Leone Since Independence, 1961-1991*, Codesaria, Oxford (Reino Unido), 1993.

ACEMOGLU, DARON, «Politics and Economics in Weak and Strong States», *Journal of Monetary Economics* 52, páginas 1.199-2.226, 2005.

–, «Oligarchic Versus Democratic Societies», *Journal of European Economic Association* 6, páginas 1-44, 2008.

ACEMOGLU, DARON, DAVIDE CANTONI, SIMON JOHNSON y JAMES A. ROBINSON, «From Ancient Régime to Capitalism: The Spread of the French Revolution as a Natural Experiment», en Jared Diamond y James A. Robinson, eds., *Natural Experiments in History*, Harvard University Press, Cambridge, (Massachusetts, EE. UU.), 2010.

–, «Consequences of Radical Reform: The French Revolution», *American Economic Review* 101, diciembre 2011.

ACEMOGLU, DARON, SIMON JOHNSON y JAMES A. ROBINSON, «The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation», *American Economic Review* 91, páginas 1.369-1.401, 2001.

–, «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution», *Quarterly Journal of Economics* 118, páginas 1.231-1.294, 2002.

–, «An African Success Story: Botswana», en Dani Rodrik, ed., *In Search of Prosperity: Analytic Narratives on Economic Growth*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 2003.

–, «Rise of Europe: Atlantic Trade, Institutional Change and Economic Growth», *American Economic Review* 95, páginas 546-579, 2005a.

–, «Institutions as the Fundamental Cause of Long-Run Growth», en Philippe Aghion y Steven Durlauf, eds., *Handbook of Economic Growth*, North-Holland, Ámsterdam (Países Bajos), 2005b.

ACEMOGLU, DARON, SIMON JOHNSON, JAMES A. ROBINSON y PABLO QUERUBÍN, «When Does Policy Reform Work? The Case of Central Bank Independence», *Brookings Papers in Economic Activity*, páginas 351-418, 2008.

ACEMOGLU, DARON, SIMON JOHNSON, JAMES A. ROBINSON y PIERRE YARED, «Income and Democracy», *American Economic Review* 98, páginas 808-842, 2008.

–, «Reevaluating the Modernization Hypothesis», *Journal of Monetary Economics* 56, páginas 1.043-1.058, 2009.

ACEMOGLU, DARON y JAMES A. ROBINSON, «Why Did the West Extend the Franchise? Growth, Inequality and Democracy in Historical Perspective», *Quarterly Journal of Economics* 115, páginas 1.167-1.199, 2000a.

–, «Political Losers as Barriers to Economic Development», *American Economic Review* 90, páginas 126-130, 2000b.

–, «A Theory of Political Transitions», *American Economic Review* 91, páginas 938-963, 2001.

–, *Economic Origins of Dictatorship and Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2006a.

–, «Economic Backwardness in Political Perspective», *American Political Science Review* 100, páginas 115-131, 2006b.

–, «Persistence of Power, Elites and Institutions», *American Economic Review* 98, páginas 267-293, 2008a.

–, «The Persistence and Change of Institutions in the Americas», *Southern Economic Journal* 75, páginas 282-299, 2008b.

ACEMOGLU, DARON, JAMES A. ROBINSON y RAFAEL SANTOS, «The Monopoly of Violence: Evidence from Colombia», inédito, 2010.

ACEMOGLU, DARON y ALEX WOLITZKY, «The Economics of Labor Coercion», *Econometric* 79, páginas 555-600, 2010.

AGHION, PHILIPPE y PETER HOWITT, *The Economics of Growth*, MIT Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 2009.

ALEXANDER, JOCELYN, *The Unsettled Land: State-making and the Politics of Land in Zimbabwe, 1893-2003*, James Currey, Oxford (Reino Unido), 2006.

ALLEN, ROBERT C., *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 2003.

–, *The British Industrial Revolution in Global Perspective*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2009a.

–, «How Prosperous Were the Romans? Evidence from Diocletian's Price Edict (301 AD)», en Alan Bowman y Andrew Wilson, eds., *Quantifying the Roman Economy: Methods and Problems*, Oxford University Press, Oxford (Reino Unido), 2009b.

ALSTON, LEE J. y JOSEPH P. FERRIE, *Southern Paternalism and the Rise of the American Welfare State: Economics, Politics, and Institutions in the South*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1999.

AMSDEN, ALICE H., *Asia's Next Giant*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 1992.

AUSTEN, RALPH A. y DANIEL HEADRICK, «The Role of Technology in the African Past», *African Studies Review* 26, páginas 163-184, 1983.

AUSTIN, GARETH, *Labour, Land and Capital in Ghana: From Slavery to Free Labour in Asante, 1807-1956*, University of Rochester Press, Rochester (Nueva York, EE. UU.), 2005.

BAKEWELL, PETER J., *Miners of the Red Mountain: Indian Labor in Potosí, 1545-1650*, University of New Mexico Press, Albuquerque (EE. UU.), 1984.

–, *A History of Latin America to 1825*, Wiley-Blackwell, Hoboken (Nueva Jersey, EE. UU.), 2009.

BANERJEE, ABHIJIT V. y ESTHER DUFLO, *Poor Economics: A Radical Rethinking of the Way to Fight Global Poverty*, Public Affairs, Nueva York (EE. UU.), 2011.

BANERJEE, ABHIJIT V., ESTHER DUFLO y RACHEL GLENNERSTER, «Putting a Band-Aid on a Corpse: Incentives for Nurses in

the Indian Public Health Care System», *Journal of the European Economic Association* 7, páginas 487-500, 2008.
BANFIELD, EDWARD C., *The Moral Basis of a Backward Society*, Free Press, Glencoe, Nueva York (EE. UU.), 1958.
BANG, PETER, *The Roman Bazaar*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2008.
BARKER, GRAEME, *The Agricultural Revolution in Prehistory: Why Did Foragers Become Farmers?*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 2006.
BAR-YOSEF, OFER y AVNER BELFER-COHEN, «From Foraging to Farming in the Mediterranean Levant», en A. B. Gebauer y T. D. Price, eds., *Transitions to Agriculture in Prehistory*, Prehistory Press, Madison (Wisconsin, EE. UU.), 1992.
BATEMAN, FRED y THOMAS WEISS, *A Deplorable Scarcity: The Failure of Industrialization in the Slave Economy*, University of North Carolina Press, Chapel Hill (EE. UU.), 1981.
BATES, ROBERT H., *Markets and States in Tropical Africa*, University of California Press, Berkeley (EE. UU.), 1981.
–, *Essays in the Political Economy of Rural Africa*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1983.
–, *Beyond the Miracle of the Market*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1989.
–, *Prosperity and Violence: The Political Economy of Development*, W. W. Norton, Nueva York (EE. UU.), 2001.
BENEDICTOW, OLE J., *The Black Death, 1346-1353: The Complete History*, Boydell Press, Rochester (Nueva York, EE. UU.), 2004. Versión castellana de José Luis Gil Aristu, *La peste negra, 1346-1353: la historia completa*, Akal, Madrid, 2011.
BERLINER, JOSEPH S., *The Innovation Decision in Soviet Industry*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 1976.
BESLEY, TIMOTHY y STEPHEN COATE, «Sources of Inefficiency in a Representative Democracy: A Dynamic Analysis», *American Economic Review* 88, páginas 139-156, 1998.
BESLEY, TIMOTHY y TORSTEN PERSSON, *Pillars of Prosperity: The Political Economics of Development Clusters*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 2011.
BLOCH, MARC L. B., *Feudal Society*, 2 vols., University of Chicago Press, Chicago (EE. UU.), 1961.
BLUM, JEROME, «Transportation and Industry in Austria, 1815-1848», *The Journal of Modern History* 15, páginas 24-38, 1943.
BOGART, DAN y GARY RICHARDSON, «Making Property Productive: Reorganizing Rights to Real and Equitable Estates in Britain, 1660 to 1830», *European Review of Economic History* 13, páginas 3-30, 2009.
–, «Did the Glorious Revolution Contribute to the Transport Revolution? Evidence from Investment in Roads and Rivers», *Economic History Review* 64, páginas 1.073-1.112, 2011.
BOURGUIGNON, FRANÇOIS y THIERRY VERDIER, «Oligarchy, Democracy, Inequality and Growth», *Journal of Development Economics* 62, páginas 285-313, 1990.
BRENNER, ROBERT, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Preindustrial Europe», *Past and Present* 70, páginas 30-75, 1976.
–, *Merchants and Revolution*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 1993. Versión castellana de Cristina Piña Aldao, *Mercaderes y revolución: transformación comercial, conflicto político y mercaderes de ultramar londinenses, 1550-1653*, Akal, Madrid, 2011.
BRENNER, ROBERT y CHRISTOPHER ISETT, «England’s Divergence from China’s Yangzi Delta: Property Relations, Microeconomics, and Patterns of Development», *Journal of Asian Studies* 61, páginas 609-662, 2002.
BREWER, JOHN, *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1773*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 1988.
BRIGGS, ASA, *Chartist Studies*, Macmillan, Londres (Reino Unido), 1959.
BRUNTON, D. y D. H. PENNIGNTON, *Members of the Long Parliament*, George Allen and Unwin, Londres (Reino Unido), 1954.
BUNDY, COLIN, *The Rise and Fall of the South African Peasantry*, University of California Press, Berkeley (EE. UU.), 1979.
BURKE, EDMUND, *Reflections of the Revolution in France*, Penguin Books, Baltimore (Maryland, EE. UU.), 1790/1969. Versión castellana de Carlos Mellizo, *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Alianza, Madrid, 2010.
CARTWRIGHT, JOHN R., *Politics in Sierra Leone 1947-67*, University of Toronto Press, Toronto (Canadá), 1970.
CASAÚS ARZÚ, MARTA, *Guatemala: Linaje y Racismo*, tercera edición rev. y ampliada, F&G Editores, Ciudad de Guatemala (Guatemala), 2007.
CHAVES, ISAÍAS y JAMES A. ROBINSON, «Political Consequences of Civil Wars», inédito, 2010.
CLEARY, A. S. ESMONDE, *The Ending of Roman Britain*, B.T. Batsford Ltd., Londres (Reino Unido), 1989.
CLOWER, ROBERT W., GEORGE H. DALTON, MITCHELL HARWITZ y ALAN WALTERS, *Growth Without Development; an Economic Survey of Liberia*, Northwestern University Press, Evanston (EE. UU.), 1966.
COATSWORTH, JOHN H., «Railroads, Landholding and Agrarian Protest in the Early Porfiriato», *Hispanic American Historical Review* 54, páginas 48-71, 1974.
–, «Obstacles to Economic Growth in Nineteenth-Century Mexico», *American Historical Review* 83, páginas 80-100, 1978.
–, «Inequality, Institutions and Economic Growth in Latin America», *Journal of Latin American Studies* 40, páginas 545-569, 2008.
COLE, G. D. H. y A. W. FILSON, eds., *British Working Class Movements: Select Documents 1789-1875*, Macmillan, Londres (Reino Unido), 1951.
CONNING, JONATHAN, «On the Causes of Slavery or Serfdom and the Roads to Agrarian Capitalism: Domar’s Hypothesis Revisited», inédito, Departamento de Economía, Hunter College, CUNY (EE. UU.), 2010.
CORTI, EGON CAESER, *The Reign of the House of Rothschild*, Cosmopolitan Book Corporation, Nueva York (EE. UU.), 1928.
CROUZET, FRANÇOIS, *The First Industrialists: The Problem of Origins*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1985.

CRUMMEY, DONALD E., *Land and Society in the Christian Kingdom of Ethiopia: From the Thirteenth to the Twentieth Century*, University of Illinois Press, Urbana (EE. UU.), 2000.
DALTON, GEORGE H., «History, Politics and Economic Development in Liberia», *Journal of Economic History* 25, páginas 569-591, 1965.
DARK, K. R., *Civitas to Kingdom: British Political Continuity 300-800*, Leicester University Press, Leicester (Reino Unido), 1994.
DAUNTON, MARTIN J., *Progress and Poverty: An Economic and Social History of Britain, 1700-1850*, Oxford University Press, Oxford (Reino Unido), 1995.
DAVIES, ROBERT W., *Soviet Economic Development from Lenin to Khrushchev*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1998.
DAVIES, ROBERT W. y STEPHEN G. WHEATCROFT, *The Years of Hunger: Soviet Agriculture, 1931-33*, Palgrave Macmillan, Nueva York (EE. UU.), 2004.
DAVIES, VICTOR A. B., «Sierra Leone's Economic Growth Performance, 1961- 2000», en Benno J. Ndulu ***et al***., eds., *The Political Economy of Growth in Africa, 1960-2000*, vol. 2, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2007.
DAWIT WOLDE GIORGIS, *Red Teas: War, Famine and Revolution in Ethiopia*, Red Sea Press, Trenton (Nueva Jersey, EE. UU.), 1989.
DE CALLATAŸ, FRANÇOIS, «The Graeco-Roman Economy in the Super Longrun: Lead, Copper, and Shipwrecks», *Journal of Roman Archaeology* 18, páginas 361-372, 2005.
DELL, MELISSA, «The Persistent Effects of Peru's Mining *Mita*», *Econometrica* 78, páginas 1.863-1.903, 2010.
DENNY, HAROLD, «Stalin Wins Poll by a Vote of 1005», *The New York Times*, 14 de diciembre, 1937, página 11.
DIAMOND, JARED, *Guns, Germs and Steel*, W.W. Norton and Co., Nueva York (EE. UU.), 1997. Versión castellana de Fabián Chueca, *Armas, gérmenes y acero*, Debate, Barcelona, 1998.
DOBB, MAURICE, *Studies in the Development of Capitalism*, ed. rev., International Publishers, Nueva York (EE. UU.), 1963. Versión castellana de Luis Etcheverri, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1988.
DOSAL, PAUL J., *Power in Transition: The Rise of Guatemala's Industrial Oligarchy, 1871-1994*, Praeger, Westport (Connecticut, EE. UU.), 1995.
DOUGLAS, MARY, «Lele Economy Compared to the Bushong», en Paul Bohannan y George Dalton, eds., *Markets in Africa*, Northwestern University Press, Evanston (Illinois, EE. UU.), 1962.
–, *The Lele of the Kasai*, Oxford University Press, Londres (Reino Unido), 1963.
DOYLE, WILLIAM, *An American Insurrection: The Battle of Oxford Mississippi*, Doubleday, Nueva York (EE. UU.), 2001.
–, *The Oxford History of the French Revolution*, segunda edición, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 2002.
DREYER, EDWARD L., *Zheng He: China and the Oceans in the Early Ming Dynasty, 1405-1433*, Pearson Longman, Nueva York (EE. UU.), 2007.
DU BOIS, W. E. B., *The Souls of Black Folk*, A. C. McClurg & Company, Nueva York (EE. UU.), 1903. Versión castellana *Las almas del pueblo negro*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones y Medios Audiovisuales, León, 1995.
DUNN, RICHARD S., «The Barbados Census of 1680: Profile of the Richest Colony in English America», *William and Mary Quarterly* 26, páginas 3-30, 1969.
DUPLESSIS, ROBERT S., *Transitions to Capitalism in Early Modern Europe*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1997. Versión castellana de Isabel Moll Blanes, *Transiciones al capitalismo en Europa durante la Edad Moderna*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2001.
EASTERLY, WILLIAM, *The White Man's Burden: Why the West's Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 2006.
ELTON, GEOFFREY R., *The Tudor Revolution in Government*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1953.
ENGERMAN, STANLEY L., *Slavery, Emancipation & Freedom: Comparative Perspectives*, University of Louisiana Press, Baton Rouge (EE. UU.), 2007.
ENGERMAN, STANLEY L. y KENNETH L. SOKOLOFF, «Factor Endowments, Institutions, and Differential Paths of Growth Among New World Economies», en Stephen H. Haber, ed., *How Latin America Fell Behind*, Stanford University Press, Stanford (California) (EE. UU.), 1997.
–, «The Evolution of Suffrage Institutions in the New World», *Journal of Economic History* 65, páginas 891-921, 2005.
EVANS, ERIC J., *The Forging of the Modern State: Early Industrial Britain, 1783-1870*, segunda edición, Longman, Nueva York (EE. UU.), 1996.
EVANS, PETER B., *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 1995.
EWALD, JANET, «Speaking, Writing and Authority: Explorations in and from the Kingdom of Taqali», *Comparative Studies in History and Society* 30, páginas 199-224, 1988.
FAGAN, BRIAN, *The Long Summer: How Climate Changed Civilization*, Basic Books, Nueva York (EE. UU.), 2003. Versión castellana de Rafael González del Solar, *El Largo Verano: de la Era Glacial a nuestros días*, Gedisa, Barcelona, 2007.
FAULKNER, NEIL, *The Decline and Fall of Roman Britain*, Tempus Publishers, Stroud (Reino Unido), 2000.
FEINSTEIN, CHARLES H., *An Economic History of South Africa: Conquest, Discrimination and Development*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2005.
FERGUSON, NIALL, *The House of Rothschild*: *Vol. 1: Money's Prophets, 1798-1848*, Viking, Nueva York (EE. UU.), 1998.

FERGUSSON, LEOPOLDO, «The Political Economy of Rural Property Rights and the Persistance of the Dual Economy», inédito, http://economia.uniandes.edu.co, 2010.
FINLEY, MOSES, «Technical Innovation and Economic Progress in the Ancient World», *Economic History Review* 18, páginas 29-34, 1965.
–, *The Ancient Economy*, University of California Press, Berkeley (EE. UU.), 1999.
FISCHER, DAVID H., *Albion's Seed: Four British Folkways in America*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 1989.
FOGEL, ROBERT W. y STANLEY L. ENGERMAN, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, Little, Brown, Boston (EE. UU.), 1974.
FOLEY, JAMES A., *Korea's Divided Families: Fifty Years of Separation*, Routledge, Nueva York (EE. UU.), 2003.
FREUDENBERGER, HERMAN, «The State as an Obstacle to Economic Growth in the Hapsburg Monarchy», *Journal of Economic History* 27, páginas 493-509, 1967.
GALENSON, DAVID W., «The Settlement and Growth of the Colonies: Population, Labor and Economic Development», en Stanley L. Engerman and Robert E. Gallman, eds., *The Cambridge Economic History of the United States, Volume I: The Colonial Era*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1996.
GANSON, BARBARA, *The Guaraní Under Spanish Rule in the Río de la Plata*, Stanford University Press, Palo Alto (California, EE. UU.), 2003.
GARCÍA-JIMENO, CAMILO y JAMES A. ROBINSON, «The Myth of the Frontier», en Dora L. Costa y Naomi R. Lamoreaux, eds., *Understanding Long-Run Economic Growth*, University of Chicago Press, Chicago (EE. UU.), 2011.
GERSCHENKRON, ALEXANDER, *Europe in the Russian Mirror*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1970.
GHANI, ASHRAF y CLARE LOCKHART, *Fixing Failed States: A Framework for Rebuilding a Fractured World*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 2008.
GIBSON, CHARLES, *The Aztecs Under Spanish Rule*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1963.
GOLDSTEIN, MARCUS y CHRISTOPHER UDRY, «The Profits of Power: Land Rights and Agricultural Investment in Ghana», *Journal of Political Economy* 116, páginas 981-1.022, 2008.
GOLDSWORTHY, ADRIAN K., *How Rome Fell: Death of a Superpower*, Yale University Press, New Haven (Connecticut, EE. UU.), 2009. Versión castellana de Teresa Martín Lorenzo, *La caída del Imperio romano: el ocaso de Occidente*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
GOODY, JACK, *Technology, Tradition and the State in Africa*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1971.
GREGORY, PAUL R. y MARK HARRISON, «Allocation Under Dictatorship: Research in Stalin's Archives», *Journal of Economic Literature* 43, páginas 721-761, 2005.
GRIEB, KENNETH J., *Guatemalan Caudillo: The Regime of Jorge Ubico, 1931-1944*, Ohio University Press, Athens (Ohio, EE. UU.), 1979.
GROSS, NACHUM T., «The Habsburg Monarchy, 1750-1914», en Carlo M. Cipolla, ed., *The Fontana Economic History of Europe*, William Collins Sons and Co., Glasgow (Reino Unido), 1973.
GUISO, LUIGI, PAOLA SAPIENZA y LUIGI ZINGALES, «Does Culture Affect Economic Outcomes?», *Journal of Economic Perspectives* 20, páginas 23-48, 2006.
HABER, STEPHEN H., «Politics, Banking, and Economic Development: Evidence from New World Economies», en Jared Diamond y James A. Robinson, eds., *Natural Experiments of History*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 2010.
HABER, STEPHEN H., HERBERT S. KLEIN, NOEL MAURER y KEVIN J. MIDDLEBROOK, *Mexico Since 1980*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2008.
HABER, STEPHEN H., NOEL MAURER y ARMANDO RAZO, *The Politics of Property Rights: Political Instability, Credible Commitments, and Economic Growth in Mexico, 1876-1929*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2003.
HAGGARD, STEPHAN, *Pathways from the Periphery: The Politics of Growth in the Newly Industrializing Countries*, Cornell University Press, Ithaca (Nueva York, EE. UU.), 1990.
HALLIDAY, FRED y MAXINE MOLYNEUX, *The Ethiopian Revolution*, Verso, Londres (Reino Unido), 1981.
HANNA, WILLARD, *Indonesian Banda: Colonialism and Its Aftermath in the Nutmeg Islands*, Institute for the Study of Human Issues, Filadelfia (EE. UU.), 1978.
HARDING, HARRY, *China's Second Revolution: Reform After Mao*, Brookings Institution Press, Washington, D. C. (EE. UU.), 1987.
HARRISON, LAWRENCE E. y SAMUEL P. HUNTINGTON, eds., *Culture Matters: How Values Shape Human Progress*, Basic Books, Nueva York (EE. UU.), 2000.
HASSIG, RALPH C. y KONGDAN OH, *The Hidden People of North Korea: Everyday Life in the Hermit Kingdom*, Rowman and Littlefield Publishers, Lanham (Massachusetts, EE. UU.), 2009.
HATCHER, JOHN, *The Black Death: A Personal History*, Da Capo Press, Filadelfia (EE. UU.), 2008.
HEATH, DWIGHT, «New Patrons for Old: Changing Patron-Client Relations in the Bolivian Yungas», en Arnold Strickton y Sidney Greenfield, eds., *Structure and Process in Latin America*, University of New Mexico Press, Albuquerque (EE. UU.), 1972.
HEINICKE, CRAIG, «African-American Migration and Mechanized Cotton Harvesting, 1950-1960», *Explorations in Economic History* 31, páginas 501-520, 1994.
HELMKE, GRETCHEN, *Courts Under Constraints: Judges, Generals, and Presidents in Argentina*, Cambridge University Press,

Nueva York (EE. UU.), 2004.
HEMMING, JOHN, *The Conquest of the Incas*, Penguin Books, Nueva York (EE. UU.), 1983.
HERBST, JEFFREY I., *States and Power in Africa*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 2000.
HILL, CHRISTOPHER, *The Century of Revolution, 1603-1714*, W. W. Norton and Co., Nueva York (EE. UU.), 1961. Versión castellana de Natalia Calamai, *El siglo de la revolución, 1603-1714*, Ayuso, Madrid, 1972.
–, «A Bourgeois Revolution?», en Lawrence Stone, ed., *The British Revolutions: 1641, 1688, 1776*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 1980.
HILTON, ANNE, *The Kingdom of Kongo*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 1985.
HILTON, RODNEY, *Bond Men Made Free: Medieval Peasant Movements and the English Rising of 1381*, segunda edición, Routledge, Nueva York (EE. UU.), 2003.
HIRST, JOHN B., *Convict Society and Its Enemies: A History of Early New South Wales*, Allen and Unwin, Boston (EE. UU.), 1983.
–, *The Strange Birth of Colonial Democracy: New South Wales, 1848-1884*, Allen and Unwin, Boston (EE. UU.), 1988.
–, *Australia's Democracy: A Short History*, Allen and Unwin, Londres (Reino Unido), 2003.
HOPKINS, ANTHONY G., *An Economic History of West Africa*, Addison Wesley Longman, Nueva York (EE. UU.), 1973.
HOPKINS, KEITH, «Taxes and Trade in the Roman Empire, 200 BC-400 AD», *Journal of Roman Studies* LXX, páginas 101-125, 1980.
HORROX, ROSEMARY, ed., *The Black Death*, St. Martin's Press, Nueva York (EE. UU.), 1994.
HOUSE OF COMMONS (CÁMARA DE LOS COMUNES), «Papers Relating to the Construction of Railways in Sierra Leone, Lagos and the Gold Coast», 1904.
HU-DEHART, EVELYN, *Yaqui Resistance and Survival: The Struggle for Land and Autonomy, 1821-1910*, University of Wisconsin Press, Madison (EE. UU.), 1984.
IARYCZOWER, MATÍAS, PABLO SPILLER y MARIANO TOMMASI, «Judicial Independence in Unstable Environments: Argentina 1935-1998», *American Journal of Political Science* 46, páginas 699-716, 2002.
INIKORI, JOSEPH, «The Import of Firearms into West Africa, 1751-1807», *Journal of African History* 18, páginas 339-368, 1977.
INTERNATIONAL CRISIS GROUP, «Uzbekistan: The Andijon Uprising», *Asia Briefing* 38, www.crisisgroup.org/en/regions/asia/centrala sia/uzbekistan/B038-uzbekistan-the-andijon-uprising.aspx, 2005.
ISRAEL, PAUL, *Edison: A Life of Invention*, John Wiley and Sons, Hoboken (Nueva Jersey, EE. UU.), 2000.
IWATA, MASAKAZU, *Ōkubo Toshimichi: The Bismarck of Japan*, University of California Press, Berkeley (EE. UU.), 1964.
JACKSON, MICHAEL, *In Sierra Leone*, Duke University Press, Durham (Carolina del Norte, EE. UU.), 2004.
JANSEN, MARIUS B., *The Making of Modern Japan*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 2000.
JÁSZI, OSCAR, *The Dissolution of the Habsburg Monarchy*, University of Chicago Press, Chicago (EE. UU.), 1929.
JOHNSON, CHALMERS A., *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*, Stanford University Press, Palo Alto (California, EE. UU.), 1982.
JONES, A. M. H., *The Later Roman Empire*, volumen 2, Basil Blackwell, Oxford (Reino Unido), 1964.
JONES, ERIC L., *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, tercera edición, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2003.
JONGMAN, WILLEM M., «Gibbon Was Right: The Decline and Fall of the Roman Economy», en O. Hekster *et al.*, eds., *Crises and the Roman Empire*, BRILL, Leiden (Países Bajos), 2007.
JOSEPHSON, MATTHEW, *The Robber Barons*, Harcourt, Orlando (Florida, EE. UU.), 1934.
KANDIYOTI, DENIZ, «Invisible to the World? The Dynamics of Forced Child Labour in the Cotton Sector of Uzbekistan», inédito, School of Oriental and Africa Studies, 2008.
KAPUŚCIŃSKI, RYSZARD, *The Emperor: Downfall of an Autocrat*, Harcourt Brace Jovanovich, San Diego (EE. UU.), 1983.
KECK, MARGARET E., *The Workers' Party and Democratization in Brazil*, Yale University Press, New Haven (Connecticut, EE. UU.), 1992.
KEEN, DAVID, *Conflict and Collusion in Sierra Leone*, Palgrave Macmillan, Nueva York (EE. UU.), 2005.
KELLEY, JONATHAN y HERBERT S. KLEIN, *Revolution and the Rebirth of Inequality: A Theory of Inequality and Inherited Privilege Applied to the Bolivian National Revolution*, University of California Press, Berkeley (EE. UU.), 1980.
KEYSSAR, ALEXANDER, *The Right to Vote: The Contested History of Democracy in the United States*, edición revisada, Basic Books, Nueva York (EE. UU.), 2009.
KILLICK, TONY, *Development Economics in Action*, Heinemann, Londres (Reino Unido), 1978.
KNIGHT, ALAN, *Mexico: The Nineteenth and Twentieth Centuries*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2011.
KNIGHTS, MARK, «Participation and Representation Before Democracy: Petitions and Addresses in Premodern Britain», en Ian Shapiro, Susan C. Stokes, Elisabeth Jean Wood y Alexander S. Kirshner, eds., *Political Representation*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2010.
KROPOTKIN, PETER, *Memoirs of a Revolutionary*, Cosimo, Nueva York (EE. UU.), 2009.
KUPPERMAN, KAREN O., *The Jamestown Project*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 2007.
LANDES, DAVID S., *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor,* W. W. Norton and Co., Nueva York (EE. UU.), 1999. Versión castellana de Santiago Jordán Sempere, *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Crítica, Barcelona, 2008.

LANE, FREDERICK C., *Venice: A Maritime Republic*, Johns Hopkins University Press, Baltimore (Maryland, EE. UU.), 1973.
LA PORTA, RAFAEL, FLORENCIO LOPEZ-DE-SILANES y ANDREI SHLEIFER, «The Economic Consequences of Legal Origins», *Journal of Economic Literature* 46, páginas 285-332, 2008.
LAS CASAS, BARTOLOMÉ, *A Short Account of the Destruction of the Indies*, Penguin Books, Nueva York (EE. UU.), 1992. Original en castellano utilizado en la traducción: De las Casas, Bartolomé, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Cátedra, Madrid, 1995.
LAW, ROBIN C., *The Oyo Empire, c. 1600-c. 1836: West African Imperialism in the Era of the Atlantic Slave Trade*, The Clarendon Press, Oxford (Reino Unido), 1977.
–, «Wheeled Transportation in Pre-Colonial West Africa», *Africa* 50, páginas 249-262, 1980.
–, ed., *From Slave Trade to «Legitimate» Commerce: The Commercial Transition in Nineteenth-century West Africa*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1995.
LEITH, CLARK J., *Why Botswana Prospered*, McGill University Press, Montreal (Canadá), 2005.
LENGER, FRIEDRICH, «Economy and Society», en Jonathan Sperber, ed., *The Shorter Oxford History of Germany: Germany 1800-1870*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 2004.
LEÓN, JUANITA, *Country of Bullets: Chronicles of War*, University of New Mexico Press, Albuquerque (EE. UU.), 2009.
LERNER, ABBA P., «The Economics and Politics of Consumer Sovereignty», *American Economic Review* 62, páginas 258-266, 1972.
LEVY, DAVID M. y SANDRA J. PEART, «Soviet Growth and American Textbooks», inédito, 2009.
LEWIS, I. M., *A Pastoral Democracy*, Oxford University Press, Oxford (Reino Unido), 1961.
–, *A Modern History of the Somali*, cuarta edición, James Currey, Oxford (Reino Unido), 2002.
LEWIS, W. ARTHUR, «Economic Development with Unlimited Supplies of Labour», *Mánchester School of Economic and Social Studies* 22, páginas 139-191, 1954.
LINDERT, PETER H., *Growing Public. Volume 1: Social Spending and Economic Growth Since the Eighteenth Century*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2004.
–, *Growing Public. Volume 2: Further Evidence: Social Spending and Economic Growth Since the Eighteenth Century*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2009.
LIPSET, SEYMOUR MARTIN, «Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy», *American Political Science Review* 53, páginas 69-105, 1959.
LIPSET, SEYMOUR MARTIN y STEIN ROKKAN, eds., *Party System and Voter Alignments*, Free Press, Nueva York (EE. UU.), 1967.
LÓPEZ, CLAUDIA, ed., *Y refundaron la patria... De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*, Corporación Nuevo Arco Iris: Intermedio, Bogotá (Colombia), 2010.
LOVEJOY, PAUL E., *Transformations in Slavery: A History of Slavery in Africa*, segunda edición, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2000.
MACFARQUHAR, RODERICK y MICHAEL SCHOENHALS, *Mao's Last Revolution*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 2008.
MANN, MICHAEL, *The Sources of Social Power. Volume 1: A History of Power from the Beginning to A.D. 1760*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1986. Versión castellana de Fernando Santos Fontenla, *Las fuentes del poder social* (t. 1), Alianza, Madrid, 1991.
–, *The Sources of Social Power. Volume 2: The Rise of Classes and Nation-states, 1760-1914.* Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1993. Versión castellana de Pepa Linares, *Las fuentes del poder social* (t. 2), Alianza, Madrid, 1997.
MANNING, PATRICK, *Slavery and African Life: Occidental, Oriental, and African Slave Trades*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1990.
MANTOUX, PAUL, *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century*, edición revisada, Harper and Row, Nueva York (EE. UU.), 1961.
MARTIN, SIMON y NIKOLAI GRUBE, *Chronicle of the Maya Kings and Queens: Deciphering the Dynasties of the Ancient Maya*, Thames and Hudson, Nueva York (EE. UU.), 2000. Versión castellana de Lorenzo Ochoa Salas y Fernando Borderas Tordesillas, *Crónica de los reyes y reinas mayas*, Crítica, Barcelona, 2003.
MARTÍNEZ, JOSÉ, *Carlos Slim: retrato inédito*, céano, Ciudad de México (México), 2002.
MASIRE, QUETT K. J., *Very Brave or Very Foolish? Memoirs of an African Democrat*, Macmillan, Gaborone (Botsuana), 2006.
MCCREERY, DAVID J., *Rural Guatemala, 1760-1940*, Stanford University Press, Palo Alto (California, EE. UU.), 1994.
MCGREGOR, RICHARD, *The Party: The Secret World of China's Communist Rulers*, Harper, Nueva York (EE. UU.), 2010.
MCMILLAN, JOHN y PABLO ZOIDO, «How to Subvert Democracy: Montesinos in Peru», *Journal of Economic Perspectives* 18, páginas 69-92, 2004.
MELBOURNE, ALEXANDER C. V., *Early Constitutional Development in Australia: New South Wales 1788-1856*, *Queensland 1859-1922*, con notas de 1963 del editor, revisada y presentada por R. B. Joyce, segunda edición, University of Queensland Press, St. Lucia (Australia), 1963.
MEREDITH, MARTIN, *Mugabe: Power, Plunder, and the Struggle for Zimbabwe's Future*, Public Affairs Press, Nueva York (EE. UU.), 2007.
MICHELS, ROBERT, *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, Free Press,

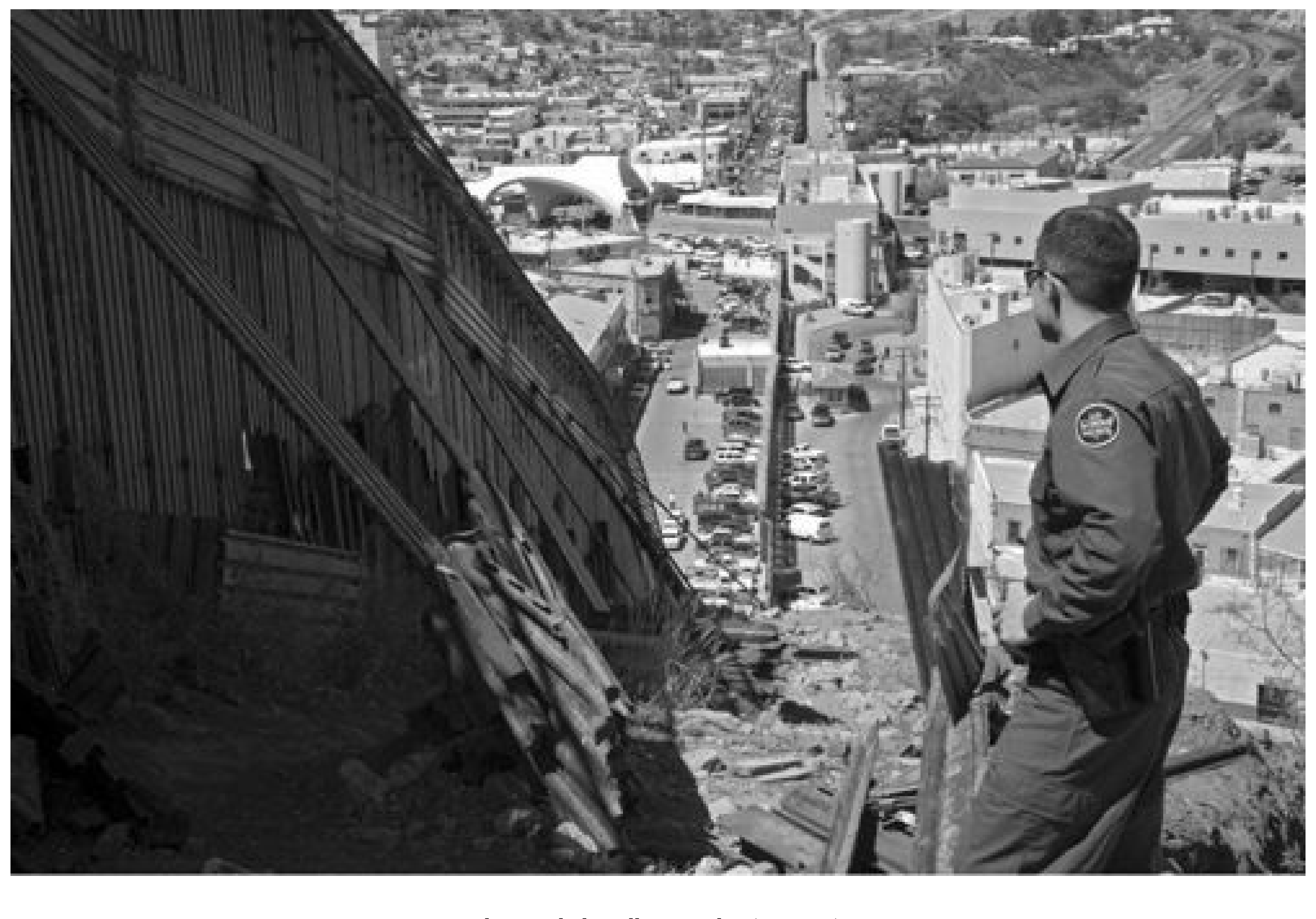
Nueva York (EE. UU.), 1962.
MICKEY, ROBERT W., *Paths out of Dixie: The Democratization of Authoritarian Enclaves in America's Deep South, 1944-1972*, manuscrito de libro inédito, 2008.
MIGDAL, JOEL S., *Strong Societies and Weak States: State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 1988.
MITHEN, STEPHEN, *After the Ice: A Global Human History 20,000-5000 BC*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 2006.
MOKYR, JOEL, *The Lever of Riches: Technological Creativity and Economic Progress*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 1990.
–, *The Enlightened Economy*, Penguin, Nueva York (EE. UU.), 2009.
MOORE, ANDREW M. T., G. C. HILLMAN y A. J. LEGGE, *Village on the Euphrates: From Foraging to Farming at Abu Hureyra*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 2000.
MORGAN, EDMUND S., *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia*, W. W. Norton and Co., Nueva York (EE. UU.), 1975.
MUNRO-HAY, STUART C., *Aksum: An African Civilisation of Late Antiquity*, Edinburgh University Press, Edimburgo (Reino Unido), 1991.
MYERS, RAMON H. y YEH-CHIEN WANG, «Economic Developments, 1644-1800», en Willard J. Peterson, ed., *The Cambridge History of China. Volume 9, Part 1: The Ch'ing Empire to 1800*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2002.
NAIDU, SURESH, «Suffrage, Schooling, and Sorting in the Post-Bellum South», inédito, Departamento de Economía, Columbia University. Disponible en tuvalu.santafe.edu/~snaidu/papers/suffrage_sept_16_2010_combined.pdf, 2009.
NARAYAN, DEEPA, ed., *Empowerment and Poverty Reduction: A Sourcebook*, Banco Mundial, Washington, D. C. (EE. UU.), 2002.
NEAL, DAVID, *The Rule of Law in a Penal Colony*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1991.
NEALE, J. E., *Elizabeth I and Her Parliaments, 1559-1581*, Cape, Londres (Reino Unido), 1971.
NOGAL, C. ÁLVAREZ y LEANDRO PRADOS DE LA ESCOSURA, «The Decline of Spain (1500-1850): Conjectural Estimates», *European Review of Economic History* 11, páginas 319-366, 2007.
NORTH, DOUGLASS C., *Structure and Change in Economic History*, W. W. Norton and Co., Nueva York (EE. UU.), 1982.
NORTH, DOUGLASS C. y ROBERT P. THOMAS, *The Rise of the Western World: A New Economic History*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1973. Versión castellana de Javier Faci Lacasta, *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica*, Siglo XXI de España Editores, Madrid 1991.
NORTH, DOUGLASS C., JOHN J. WALLIS y BARRY R. WEINGAST, *Violence and Social Orders: A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 1989.
NORTH, DOUGLASS C. y BARRY R. WEINGAST, «Constitutions and Commitment: Evolution of Institutions Governing Public Choice in 17th Century England», *Journal of Economic History* 49, páginas 803-832, 1989.
NOVE, ALEC, *An Economic History of the USSR 1917-1991*, tercera edición, Penguin Books, Nueva York (EE. UU.), 1992.
NUGENT, JEFFREY B. y JAMES A. ROBINSON, «Are Endowments Fate? On the Political Economy of Comparative Institutional Development», *Revista de Historia Económica* (*Journal of Iberian and Latin American Economic History*) 28, páginas 45-82, 2010.
NUNN, NATHAN, «The Long-Term Effects of Africa's Slave Trades», *Quarterly Journal of Economics* 123, páginas 139-176, 2008.
NUNN, NATHAN y LEONARD WANTCHEKON, «The Slave Trade and the Origins of Mistrust in Africa», *American Economic Review* 101, páginas 3.221-3.252, 2011.
O'BRIEN, PATRICK K., TREVOR GRIFFITHS y PHILIP HUNT, «Political Components of the Industrial Revolution: Parliament and the English Cotton Textile Industry, 1660-1774», *Economic History Review*, New Series 44, páginas 395-423, 1991.
OGILVIE, SHEILAGH, *Institutions and European Trade: Merchant Guilds 1000-1500*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2011.
OLSON, MANCUR C., *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities*, Yale University Press, New Haven (Connecticut, EE. UU.), 1984.
O'ROURKE, KEVIN H. y JEFFREY G. WILLIAMSON, «After Columbus: Explaining the Global Trade Boom 1500-1800», *Journal of Economic History* 62, páginas 417-456, 2002.
OWEN, E. ROGER, *The Middle East in the World Economy, 1800-1914*, Methuen and Co., Londres (Reino Unido), 1981.
OWEN, E. ROGER y ŞEVKET PAMUK, *A History of Middle East Economies in the Twentieth Century*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts, EE. UU.), 1999.
OWEN, THOMAS C., *The Corporation Under Russian Law, 1800-1917*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1991.
PALMER, ROBIN H., *Land and Racial Domination in Rhodesia*, University of California Press, Berkeley (EE. UU.), 1977.
PALMER, ROBIN H. y Q. NEIL PARSONS, eds., *The Roots of Rural Poverty in Central and Southern Africa*, Heinemann Educational, Londres (Reino Unido), 1977.
PAMUK, ŞEVKET, «Estimating Economic Growth in the Middle East Since 1820», *Journal of Economic History* 66, páginas 809-828, 2006.
PAN, PHILIP P., *Out Of Mao's Shadow: The Struggle for the Soul of a New China*, Simon & Schuster, Nueva York (EE. UU.), 2008.
PANKHURST, RICHARD, *An Introduction to the Economic History of Ethiopia, from Early Times to 1800*, Lalibela House, Londres

(Reino Unido), 1961.
PARSONS, Q. NEIL, *King Khama, Emperor Joe and the Great White Queen*, University of Chicago Press, Chicago (EE. UU.), 1998.
PARSONS, Q. NEIL, WILLIE HENDERSON y THOMAS TLOU, *Seretse Khama, 1921-1980*, Macmillan, Bloemfontein (Sudáfrica), 1995.
PERKINS, DWIGHT H., STEVEN RADELET y DAVID L. LINDAUER, *Development Economics*, sexta edición, W. W. Norton and Co., Nueva York (EE. UU.), 2006.
PETTIGREW, WILLIAM, «Free to Enslave: Politics and the Escalation of Britain's Transatlantic Slave Trade, 1688-1714», *William and Mary Quarterly*, tercera serie, LXIV, páginas 3-37, 2007.
–, «Some Underappreciated Connections Between Constitutional Change and National Economic Growth in England, 1660-1720», trabajo inédito, Departamento de Historia, Universidad de Kent, Canterbury (Reino Unido), 2009.
PHILLIPSON, DAVID W., *Ancient Ethiopia: Aksum, Its Antecedents and Successors*, British Museum Press, Londres (Reino Unido), 1998.
PINCUS, STEVEN C. A., *1688: The First Modern Revolution*, Yale University Press, New Haven (Connecticut, EE. UU.), 2009.
PINCUS, STEVEN C. A. y JAMES A. ROBINSON, «What Really Happened During the Glorious Revolution?», inédito, http://scholar.harvard.edu/jrobinson, 2010.
PINTNER, WALTER M., *Russian Economic Policy Under Nicholas I*, Cornell University Press, Ithaca (Nueva York, EE. UU.), 1967.
POST, JERROLD M., *Leaders and Their Followers in a Dangerous World: The Psychology of Political Behavior*, Cornell University Press, (Nueva York, EE. UU.), 2004.
PRICE, DAVID A., *Love and Hate in Jamestown: John Smith, Pocahontas, and the Heart of a New Nation*, Knopf, Nueva York (EE. UU.), 2003.
PUGA, DIEGO y DANIEL TREFLER, «International Trade and Domestic Institutions: The Medieval Response to Globalization», inédito, Departamento de Economía, Universidad de Toronto, 2010.
PUTNAM, ROBERT H., ROBERT LEONARDI y RAFFAELLA Y. NANETTI, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 1994. Versión castellana de Victoria Gordo del Rey, *Para que la democracia funcione: las tradiciones cívicas en la Italia moderna*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2011.
RANSOM, ROGER L. y RICHARD SUTCH, *One Kind of Freedom: The Economic Consequences of Emancipation*, segunda edición, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2001.
REID, ANTHONY, *Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680. Volume 2: Expansion and Crisis*, Yale University Press, New Haven (Connecticut, EE. UU.), 1993.
REINIKKA, RITVA y JACOB SVENSSON, «Local Capture: Evidence from a Central Government Transfer Program in Uganda», *Quarterly Journal of Economics* 119, páginas 679-705, 2004.
RELEA, FRANCESCO, «Carlos Slim, liderazgo sin competencia», en Jorge Zepeda Patterson, ed., *Los amos de México: los juegos de poder a los que sólo unos pocos son invitados*, Planeta Mexicana, Ciudad de México (México), 2007.
RENO, WILLIAM, *Corruption and State Politics in Sierra Leone*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1995.
–, «Political Networks in a Failing State: The Roots and Future of Violent Conflict in Sierra Leone», *IPG* 2, páginas 44-66, 2003.
RICHARDS, PAUL, *Fighting for the Rainforest: War, Youth and Resources in Sierra Leone*, James Currey, Oxford (Reino Unido), 1996.
ROBBINS, LIONEL, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, segunda edición, Macmillan, Londres (Reino Unido), 1935.
ROBINSON, ERIC, «Matthew Boulton and the Art of Parliamentary Lobbying», *The Historical Journal* 7, páginas 209-229, 1964.
ROBINSON, JAMES A., «Theories of Bad Policy», *Journal of Policy Reform* 1, páginas 1-46, 1998.
ROBINSON, JAMES A. y Q. NEIL PARSONS, «State Formation and Governance in Botswana», *Journal of African Economies* 15, páginas 100-140, 2006.
ROCK, DAVID, *Argentina 1516-1982: From Spanish Colonization to the Falklands War*, University of California Press, Berkeley (EE. UU.), 1992.
ROMERO, MAURICIO, *Paramilitares y autodefensas, 1982-2003*, Planeta Colombiana, Bogotá (Colombia), 2003.
–, ed., *Parapolítica: la ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*, Corporación Nuevo Arco Iris: Intermedio, Bogotá (Colombia), 2007.
SACHS, JEFFERY B., *The End of Poverty: Economic Possibilities for Our Time*, Penguin, Nueva York (EE. UU.), 2006.
SAHAGÚN, BERNARDINO, *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain. Book 12: The Conquest of Mexico*, School of American Research, Santa Fe (Nuevo México) (EE. UU.), 1975.
SAHLINS, MARSHALL, *Stone Age Economics*, Aldine, Chicago (EE. UU.), 1972. Versión castellana de Emma Muñiz Emilio-Fondevila, *Economía de la Edad de Piedra*, Akal, Tres Cantos, 1983.
SAUNDERS, DAVID, *Russia in the Age of Reaction and Reform, 1801-1881*, Longman, Nueva York (EE. UU.), 1992.
SAVAGE-SMITH, EMILY, «Islam», en Roy Porter, ed., *The Cambridge History of Science. Volume 4: Eighteenth-Century Science*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2003.
SAWERS, LARRY, *The Other Argentina: The Interior and National Development*, Westview Press, Boulder (EE. UU.), 1996.
SCHAPERA, ISAAC, «The Political Organization of the Ngwato of Bechuanaland Protectorate», en E. E. Evans-Pritchard y Meyer Fortes, eds., *African Political Systems*, Oxford University Press, Oxford (Reino Unido), 1940.
–, *The Ethnic Composition of the Tswana Tribes*, London School of Economics and Political Science, Londres (Reino Unido), 1952.

–, *Tribal Innovators: Tswana Chiefs and Social Change 1795-1940*, The Athlone Press, Londres (Reino Unido), 1970.
SCHOENHALS, MICHAEL, ed., *China's Cultural Revolution, 1966-1969*, M. E. Sharpe, Armonk (Nueva York, EE. UU.), 1996.
SFAKIANAKIS, JOHN, «The Whales of the Nile: Networks, Businessmen and Bureaucrats During the Era of Privatization in Egypt», en Steven Heydemann, ed., *Networks of Privilege in the Middle East*, Palgrave Macmillan, (Nueva York, EE. UU.), 2004.
SHARP, KEVIN, *The Personal Rule of Charles I*, Yale University Press, New Haven (Connecticut) (EE. UU.), 1992.
SHERIDAN, RICHARD B., *Sugar and Slaves: An Economic History of the British West Indies 1623-1775*, Johns Hopkins University Press, Baltimore (Maryland, EE. UU.), 1973.
SIDRYS, RAYMOND y RAINER BERGER, «Lowland Maya Radiocarbon Dates and the Classic Maya Collapse», *Nature* 277, páginas 269-277, 1979.
SMITH, BRUCE D., *Emergence of Agriculture*, Scientific American Library, Nueva York (EE. UU.), 1998.
SOKOLOFF, KENNETH L., «Inventive Activity in Early Industrial America: Evidence from Patent Records, 1790-1846», *Journal of Economic History* 48, páginas 813-830, 1988.
SOKOLOFF, KENNETH L. y B. ZORINA KHAN, «The Democratization of Invention During Early Industrialization: Evidence from the United States, 1790-1846», *Journal of Economic History* 50, páginas 363-378, 1990.
STEFFENS, LINCOLN, *The Autobiography of Lincoln Steffens*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York (EE. UU.), 1931.
STEVENS, DONALD F., *Origins of Instability in Early Republican Mexico*, Duke University Press, Durham (Carolina del Norte, EE. UU.), 1991.
STONE, LAWRENCE, *The Causes of the English Revolution, 1529-1642*, Routledge, Nueva York (EE. UU.), 2001.
TABELLINI, GUIDO, «Culture and Institutions: Economic Development in the Regions of Europe», *Journal of the European Economic Association* 8, páginas 677-716, 2010.
TARBELL, IDA M., *The History of the Standard Oil Company*, McClure, Phillips (EE. UU.), 1904.
TAWNEY, R. H., «The Rise of the Gentry», *Economic History Review* 11, páginas 1-38, 1941.
TEMIN, PETER y HANS-JOACHIM VOTH, «Private Borrowing During the Financial Revolution: Hoare's Bank and Its Customers, 1702-24», *Economic History Review* 61, páginas 541-564, 2008.
THOMPSON, E. P., *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act*, Pantheon Books (Nueva York) (EE. UU.), 1975.
THOMPSON, I. A. A., «Castile: Polity, Fiscality and Fiscal Crisis», en Philip T. Hoffman and Kathryn Norberg, eds., *Fiscal Crisis, Liberty, and Representative Government 1450-1789*, Stanford University Press, Palo Alto (California, EE. UU.), 1994a.
–, «Castile: Absolutism, Constitutionalism and Liberty», en Philip T. Hoffman y Kathryn Norberg, eds., *Fiscal Crisis, Liberty, and Representative Government 1450-1789*, Stanford University Press, Palo Alto (California, EE. UU.), 1994b.
THORNTON, JOHN, *The Kingdom of Kongo: Civil War and Transition, 1641-1718*, University of Wisconsin Press, Madison (EE. UU.), 1983.
TODKILL, ANAS, *My Lady Pocahontas: A True Relation of Virginia . Writ by Anas Todkill, Puritan and Pilgrim*, Houghton, Mifflin and Company, Boston (EE. UU.), 1885.
TRUTH AND RECONCILIATION COMMISSION (COMISIÓN DE LA VERDAD Y LA RECONCILIACIÓN), *Final Report of the Truth and Reconciliation Commission of Sierra Leone*, Freetown (Sierra Leona), 2004.
VANSINA, JAN, *The Children of Woot: A History of the Kuba People*, University of Wisconsin Press, Madison (EE. UU.), 1978.
WADE, ROBERT H., *Governing the Market: Economic Theory and the Role of Government in East Asian Industrialization*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey, EE. UU.), 1990.
WALLERSTEIN, IMMANUEL, *The Modern World System*, 4 vol., Academic Press, (Nueva York, EE. UU.), 1974-2011. Versión castellana *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI de España Editores, Madrid.
WARD-PERKINS, BRYAN, *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 2006. Versión castellana de Manuel Cuesta Aguirre, *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Espasa Libros, Madrid, 2007.
WEBER, MAX, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Penguin, Nueva York (EE. UU.), 2002. Versión castellana de Joaquín Abellán, *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*, Alianza, Madrid, 2011.
WEBSTER, DAVID L., *The Fall of the Ancient Maya*, Thames and Hudson, (Nueva York, EE. UU.), 2002. Versión castellana de Ferran Meler Ortí, *La caída del Imperio maya: perspectivas en torno a una enigmática desaparición*, Destino, Barcelona, 2003.
WEBSTER, DAVID L., ANN CORINNE FRETER y NANCY GONLIN, *Copan: The Rise and Fall of an Ancient Maya Kingdom*, Harcourt College Publishers, Fort Worth, Texas (EE. UU.), 2000.
WHEATCROFT, STEPHEN G. y ROBERT W. DAVIES, «The Crooked Mirror of Soviet Economic Statistics», en Robert W. Davies, Mark Harrison y Stephen G. Wheatcroft, eds., *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1994a.
–, «Population», en Robert W. Davies, Mark Harrison y Stephen G. Wheatcroft, eds., *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1994b.
WIENER, JONATHAN M., *Social Origins of the New South: Alabama, 1860-1885*, Louisiana State University Press, Baton Rouge (EE. UU.), 1978.
WILLIAMSON, JOHN, *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?*, Institute of International Economics, Washington, D. C. (EE. UU.), 1990.
WILSON, FRANCIS, *Labour in the South African Gold Mines, 1911-1969*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 1972.
WILSON, WOODROW, *The New Freedom: A Call for the Emancipation of the Generous Energies of a People* , Doubleday, Nueva

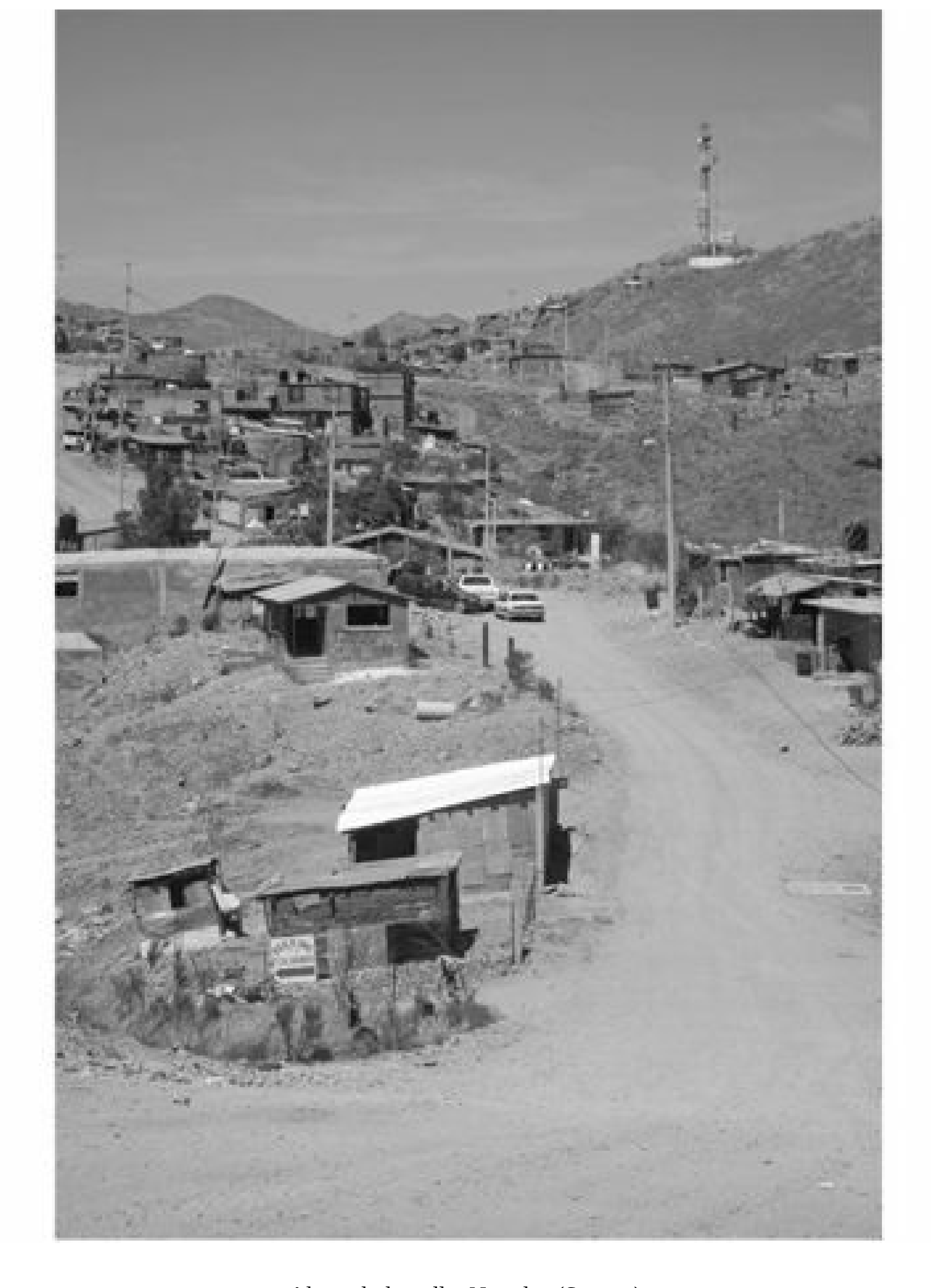
York (EE. UU.), 1913.
WOODWARD, C. VANN, *The Strange Career of Jim Crow*, Oxford Univeristy Press, Nueva York (EE. UU.), 1955.
WOODWARD, RALPH L., *Class Privilege and Economic Development: The Consulado de Comercio of Guatemala, 1793-1871*, University of North Carolina Press, Chapel Hill (EE. UU.), 1966.
WRIGHT, GAVIN, *The Political Economy of the Cotton South: Households, Markets, and Wealth in the Nineteenth Century*, Norton, Nueva York (EE. UU.), 1978.
–, *Old South, New South: Revolutions in the Southern Economy Since the Civil War*, Basic Books, Nueva York (EE. UU.), 1986.
–, «The Civil Rights Movement as Economic History», *Journal of Economic History* 59, páginas 267-289, 1999.
ZAHEDIEH, NUALA, *The Capital and the Colonies: London and the Atlantic Economy, 1660-1700*, Cambridge University Press, Nueva York (EE. UU.), 2010.
ZEWDE, BAHRU, *History of Modern Ethiopia, 1855-1991*, Ohio University Press, Athens (Ohio, EE. UU.), 2002.
ZOHARY, DANIEL y MARIA HOPF, *Domestication of Plants in the Old World: The Origin and Spread of Cultivated Plants in West Asia, Europe, and the Nile Valley*, tercera edición, Oxford University Press, Nueva York (EE. UU.), 2001.

Fotografías



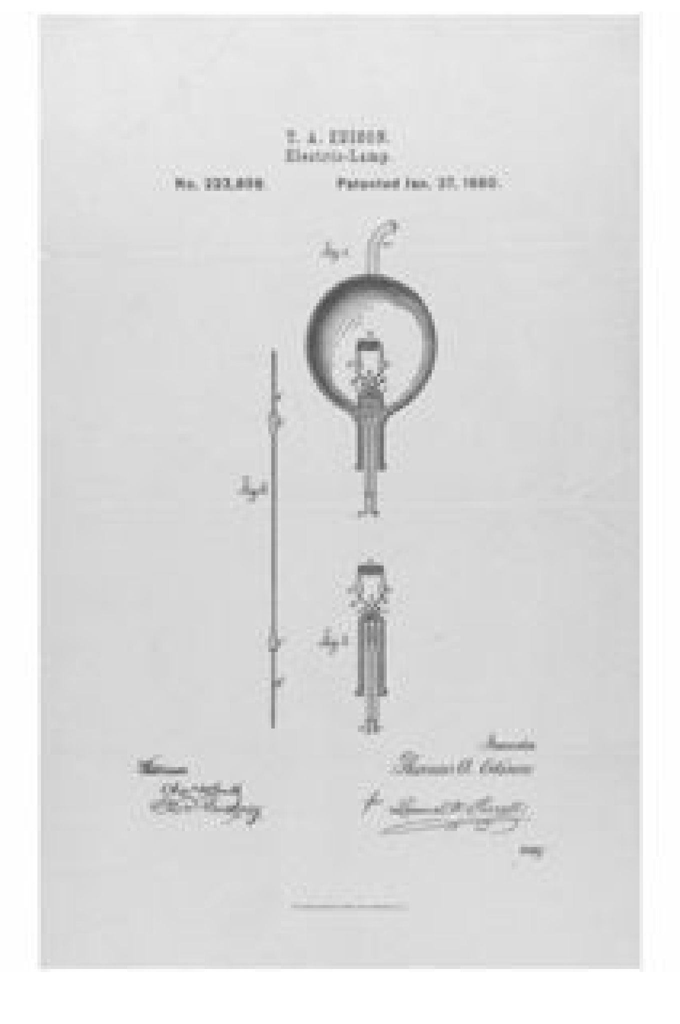
Al norte de la valla: Nogales (Arizona).

Jim West/imagebroker.net/Photolibrary.



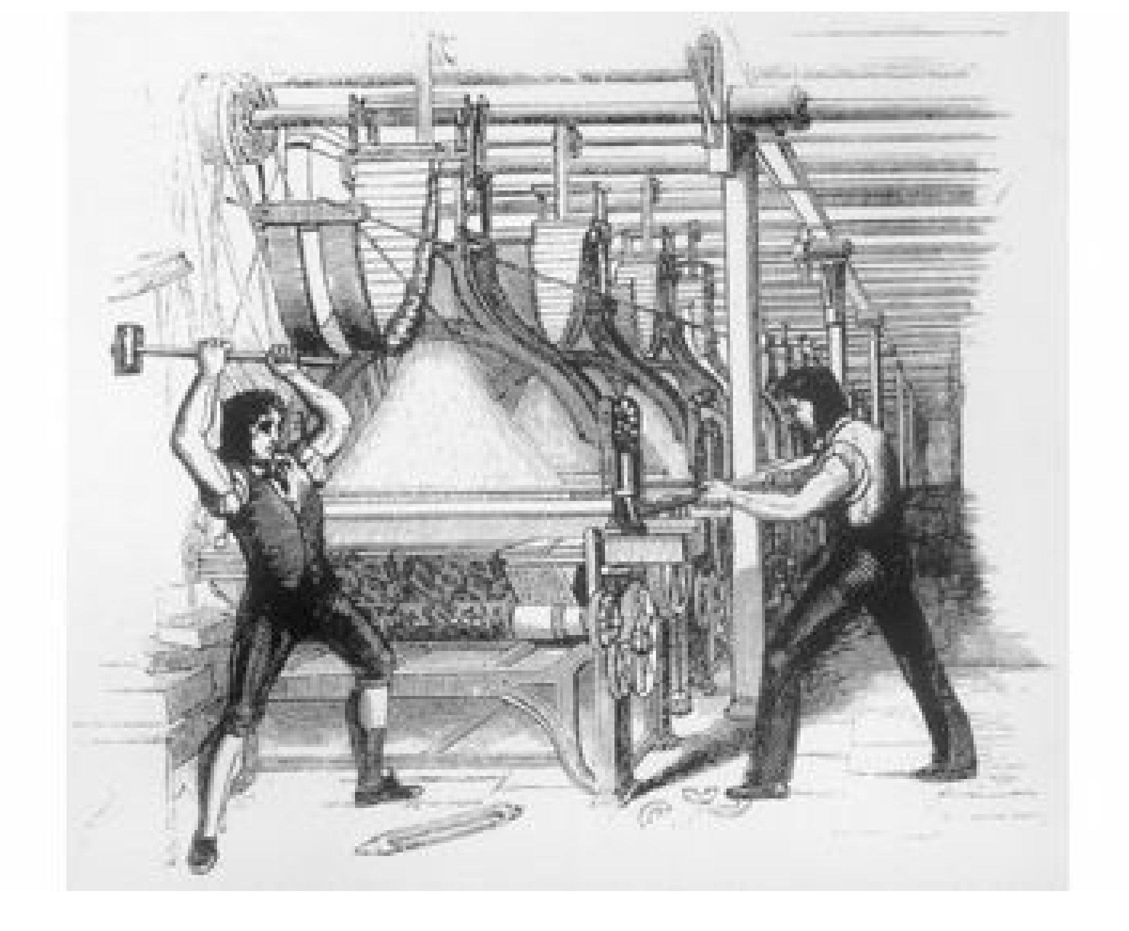
Al sur de la valla: Nogales (Sonora).

Jim West/age fotostock/Photolibrary.

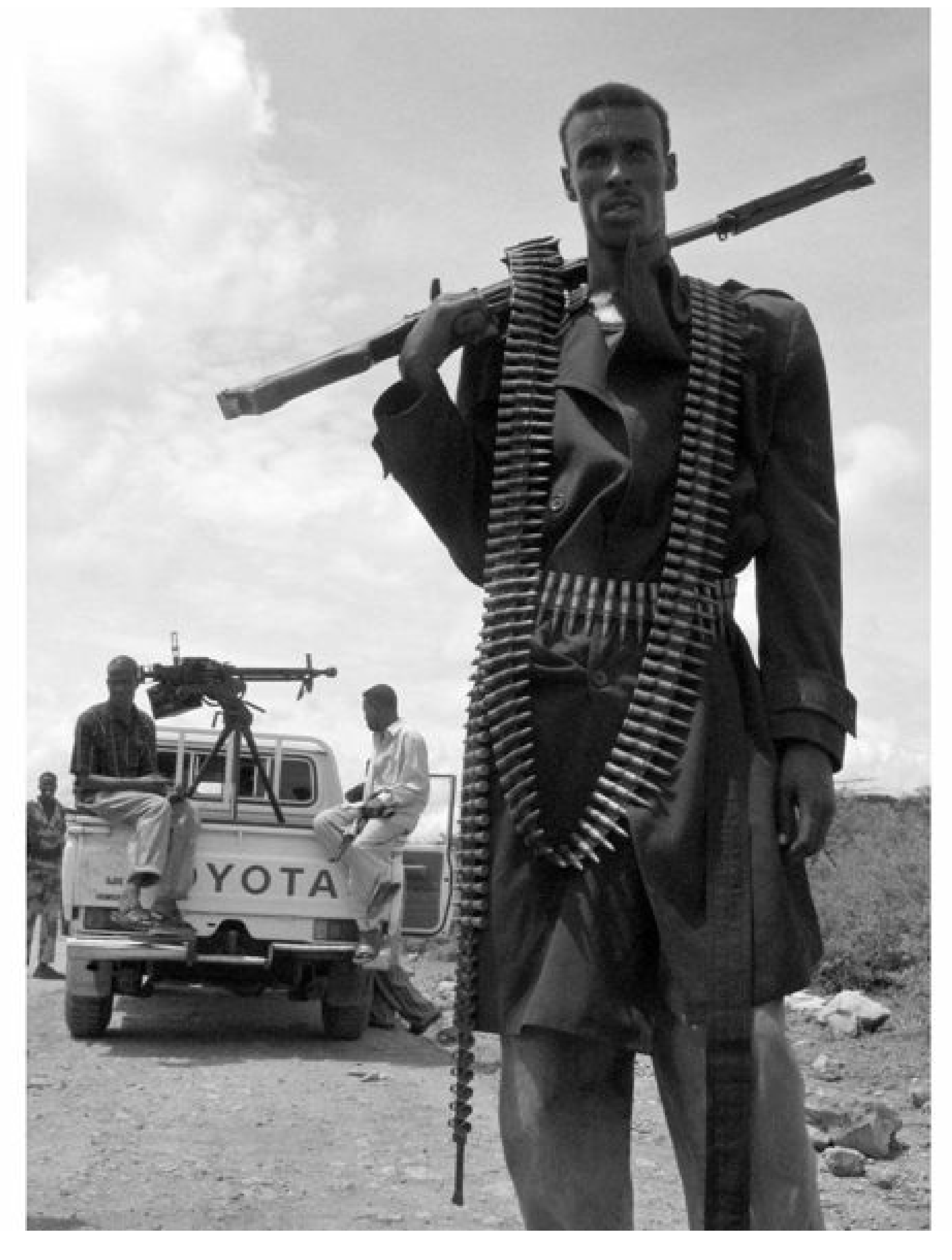


Consecuencias de la igualdad de oportunidades: patente de la bombilla.

Registros de la Oficina de Patentes y Marcas, grupo de registros 241, Archivos Nacionales.



Perdedores económicos de la destrucción creativa: luditas rompiendo máquinas en la Gran Bretaña de principios del siglo XIX. Mary Evans Picture Library/Tom Morgan.



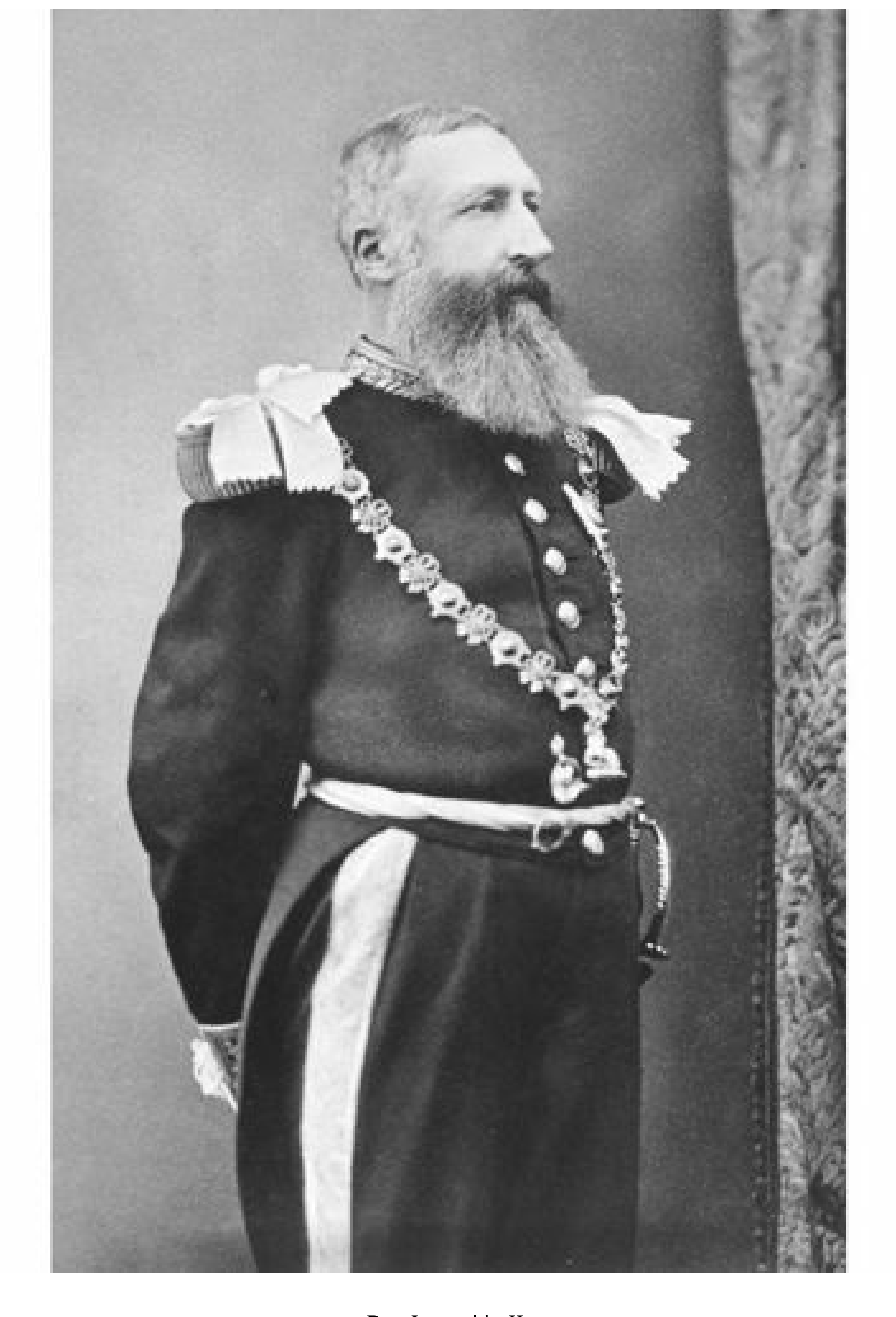
Consecuencias de una completa falta de centralización política en Somalia.

REUTERS/Mohamed Guled/Landov.



Beneficiarios sucesivos de las instituciones extractivas en el Congo: rey del Congo.

© CORBIS



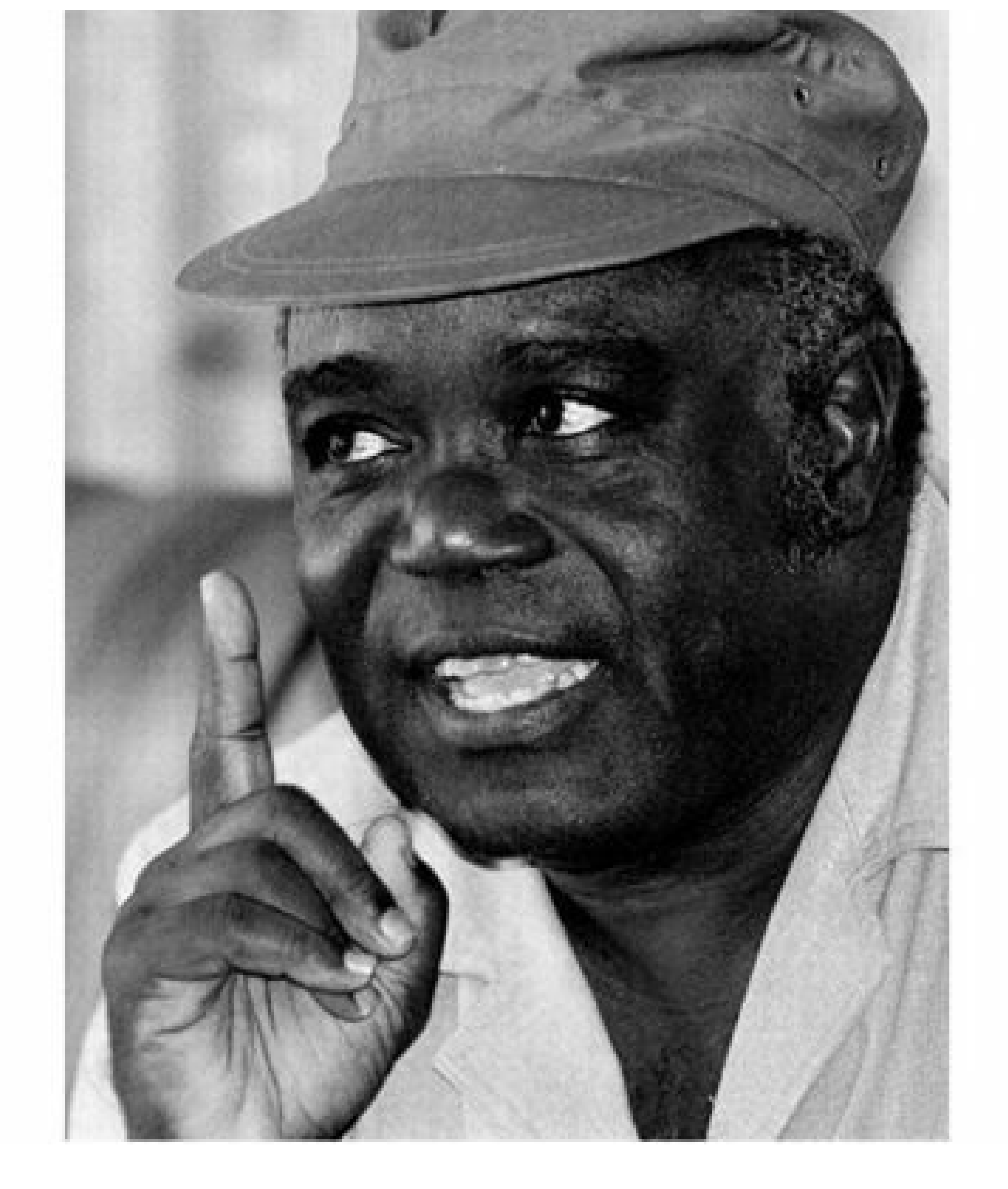
Rey Leopoldo II.

The Granger Collection, Nueva York



Joseph-Désiré Mobutu. Presidente de la República Democrática del Congo desde 1965 a 1997.

© Richard Meloul/Sygma/CORBIS.



Laurent Kabila. Presidente de la República Democrática del Congo desde 1997 a 2001.

© Reuters/CORBIS.



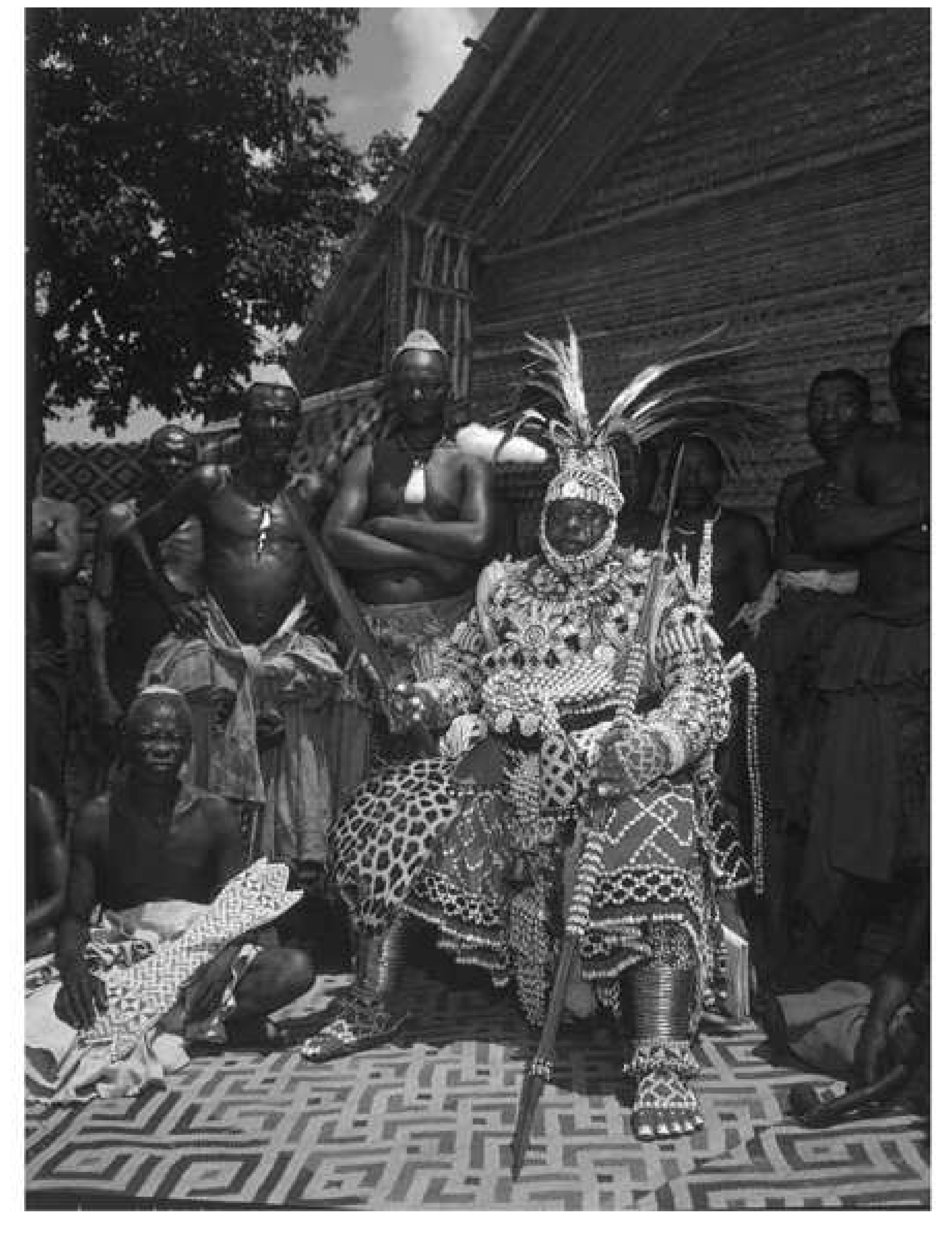
Revolución gloriosa: lectura de la Declaración de Derechos a Guillermo III de Orange antes del ofrecimiento de la Corona de Inglaterra por parte del Parlamento.

Edgar Melville Ward/The Brigeman Art Library/Getty images.



La peste bubónica del siglo XIV crea una coyuntura crítica (*El triunfo de la muerte*, obra de Brueghel el Viejo).

The Granger Collection, Nueva York.



Beneficiario de la innovación institucional: el rey de Kuba.

Eliot Elisofon/Time & Life Pictures/Getty.



La aparición de la jerarquía y la desigualdad antes de la agricultura: bienes en las tumbas de la élite natufiense.

http://en.wikipedia.org/wiki/File:Natufian-Burial-ElWad.jpg.

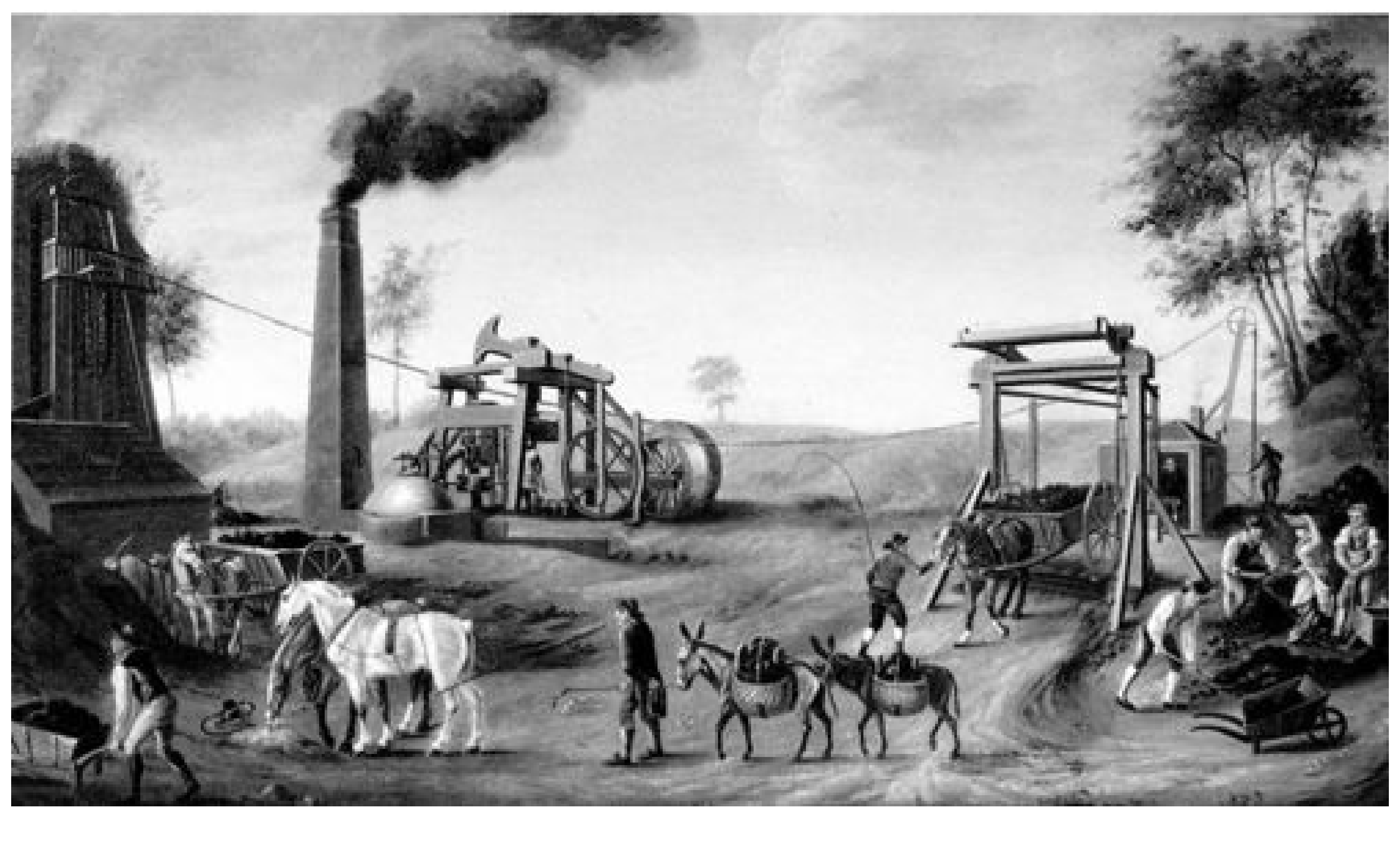


Crecimiento extractivo: el trabajo en un gulag soviético construye el canal del mar Blanco.

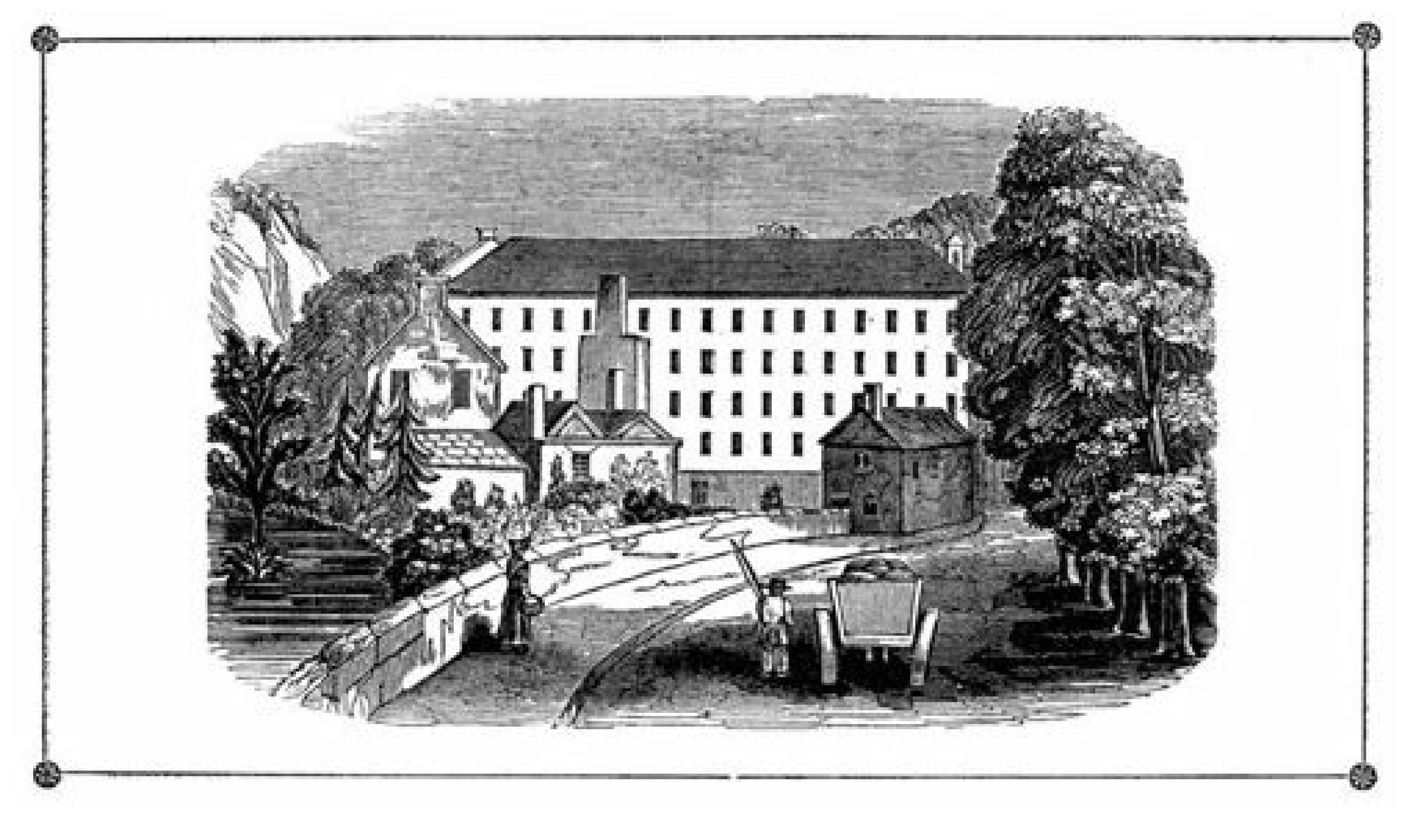
Sovfoto.



Gran Bretaña se queda rezagada: ruinas del Imperio romano en Vindolanda.
Cortesía del Vindolands Trust and Adam Standford.

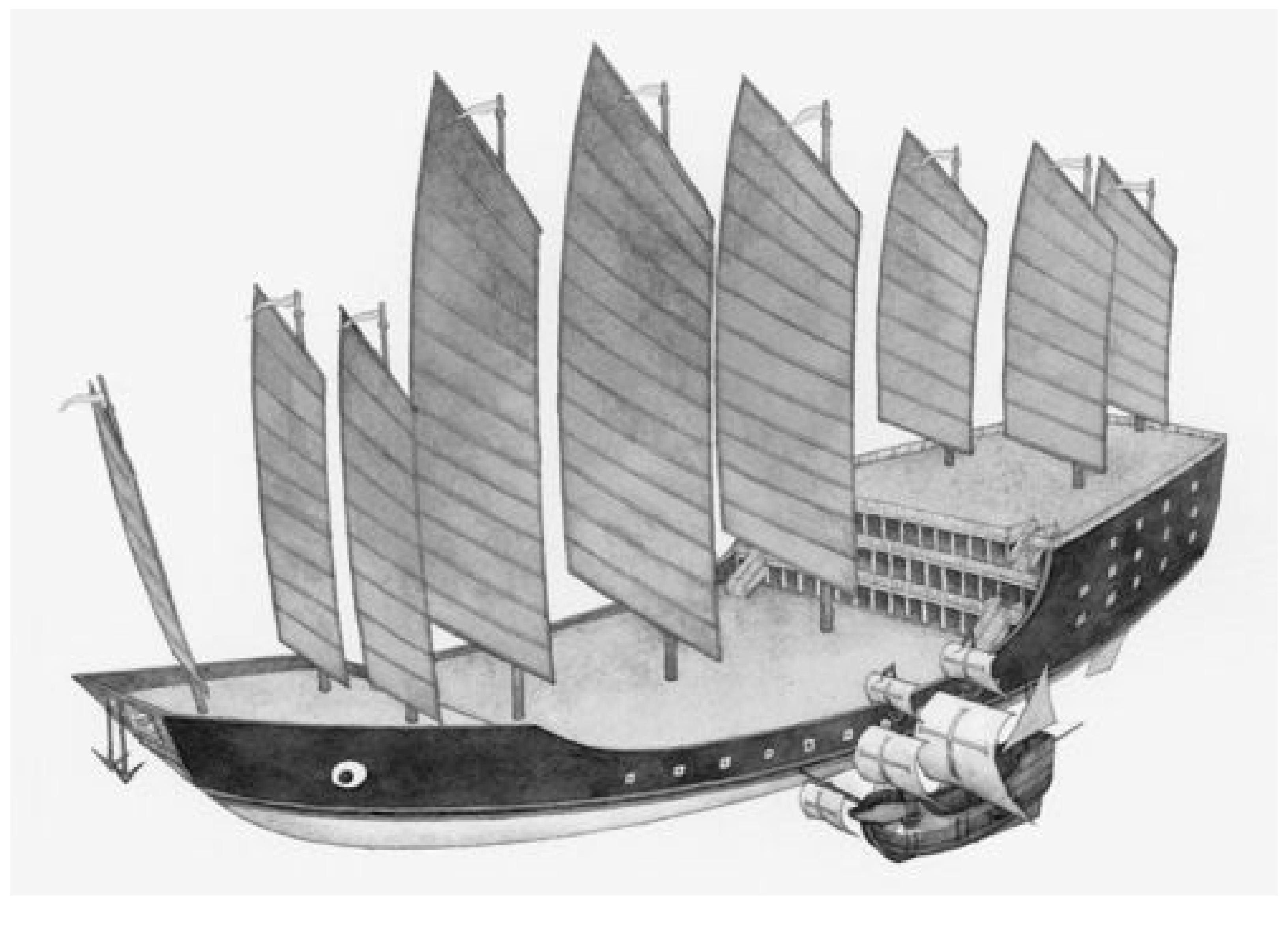


La innovación, esencia del crecimiento económico inclusivo: máquina de vapor de James Watt.
The Granger Collection, Nueva York.



La primera fábrica de algodón de Arkwright en Cromford. El cambio organizativo, una consecuencia de las instituciones inclusivas: fábrica de Richard Arkwright en Cromford.

The Granger Collection, Nueva York.



Frutos del crecimiento extractivo insostenible: barco de Zheng He junto a la *Santa María* de Colón. Gregory A. Harlin/National Geographic Stock.



Vista de pájaro de la economía dual de Sudáfrica: pobreza en el Transkei y prosperidad en Natal.

Roger de la Harpe/Africa Imagery.



Consecuencias de la revolución industrial: la toma de la Bastilla.

Bridgeman-Giraudon/Art Resource, Nueva York.



Retos para las instituciones inclusivas: la Standard Oil Company.

Departamento de grabados y fotografías de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, Washington, D. C.



Destrucción no creativa: estación de tren abandonada en Hastings de camino a Bo, en Sierra Leona.

@ Matt Stephenson: www.itsayshere.org.



Instituciones extractivas actuales: niños trabajando en un campo de algodón uzbeco.

Fundación para la Justicia Ambiental (Environmental Justice Foundation), www.ejfoundation.org.



Rompiendo moldes: tres jefes tswanas de camino a Londres.

Fotografía de Willoughby, cortesía de los Servicios de Archivos y Registros Nacionales de Botsuana.



Rompiendo otro molde: Rosa Parks desafía a las instituciones extractivas en el sur de Estados Unidos.

The Granger Collection, Nueva York.



Las instituciones extractivas devoran a sus hijos: la Revolución cultural china frente a los «intelectuales degenerados».
Weng Rulan, 1987. HSH Collection, International Institute of Social History (Ámsterdam).

Por qué fracasan los países
Daron Acemoglu y James Robinson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Why Nations Fail*

© del diseño de la portada, David Tran, 2012
© de la imagen de la portada, Kirk Mastin/Getty Images

© Daron Acemoglu y James Robinson, 2012

© de la traducción, Marta García Madera, 2012

© Centro Libros PAPF, S. L. U., 2012
Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.
Grupo Planeta, Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2012

ISBN: 978-84-234-1301-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual S. L.
www.victorigual.com

